LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

Ó

COLECCIÓN DE PRECEPTOS Y BUENOS EJEMPLOS

PARA LA LECTURA CORRIENTE EN LAS ESCUELAS Y FAMILIAS

POR TH. H. BARRAU

OBRA

aprobada por los Ilustrísimos Señores Arzobispo de París y Obispos de Versalles y Pamiers

Traducida del francés y adicionada

CON VARIAS LECTURAS CONCERNIENTES Á LA AMÉRICA DEL SUR

POR

D. CÉSAR C. GUZMÁN

Director que fué de la Instrucción pública de la República de Colombia

---

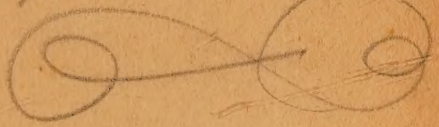
DUODÉCIMA EDICIÓN

PARÍS

LIBRERÍA DE HACHETTE Y Cía

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

Propiedad de
Francisco Morales Paz
Recuerdo a mi
hijo.
Joaquín M. Díaz



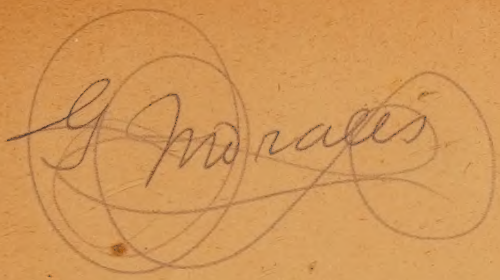
ILDARDO MORALES DIAZ.
CA DE SAN MIGUEL 142.

DE G'LDARDO MORALES

DE G'LDARDO MORALES

GILDARDO MORALES

Propiedad de Gildardo Morales
Enero 1º de 1910



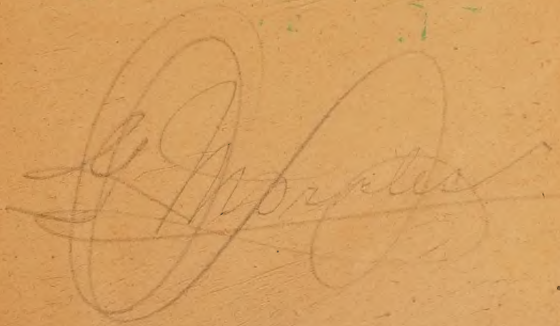
LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

DE G...LDO MORALES

DE GILDARDO MORALES



COULOMMIERS
Imprenta de Paul Brodard.

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

Ó

COLECCIÓN DE PRECEPTOS Y BUENOS EJEMPLOS

PARA LA LECTURA CORRIENTE EN LAS ESCUELAS Y FAMILIAS

POR TH. H. BARRAU

OBRA

aprobada por los Ilustrísimos Señores Arzobispo de París y Obispos de Versalles y Pamiers

Traducida del francés y adicionada

CON VARIAS LECTURAS CONCERNIENTES Á LA AMÉRICA DEL SUR

POR

D. CÉSAR C. GUZMÁN

Director que fué de la Instrucción pública de la República de Colombia

---

DUODÉCIMA EDICIÓN

PARÍS

LIBRERÍA DE HACHETTE Y Cía

79, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

—

1902

LIBRO

DE

MORAL PRÁCTICA

PRIMERA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS

---

§ I. PRÁCTICAS DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS.

La piedad es todo en el hombre. (BOSSUET.)

Dios nos ha hecho á semejanza suya, esto es, racionales, para que podamos conocerle como la verdad infinita y amarle como á la inmensa bondad. (FENELON.)

A vosotros os gusta la alegría, el reposo, el placer: yo he probado todo eso, y no encuentro alegría, reposo ni placer mas que en servir á Dios. (MADAMA DE MAINTENON.)

La religion consuela al hombre en la desgracia y derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida. (B.)

¡Cosa admirable! La religion cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, es al mismo tiempo nuestra dicha en este mundo. (MONTESQUIEU.)

San Vicente de Paul.

[1576-1660.]

San Vicente de Paul nos presenta el ejemplo mas hermoso de las virtudes cristianas, pues no solamente las practicó todas con admirable fervor y con una abnegacion heróica, sino que hacia amarlas y practicarlas á cuantos le trataban, abrazando todos los corazones con el mismo divino amor que á él le animaba.

La vida de este ilustre sacerdote frances fué una cadena no interrumpida de buenas acciones. Apresado cuando jóven por los piratas de Túnez y vendido como esclavo á un renegado, llenó de un verdadero arrepentimiento el alma de su amo, le convirtió é hizo que él mismo le restituyera á Francia. Siendo capellan de galeras descubrió un dia que uno de los presidiarios habia sido injustamente condenado; y para reparar esta injusticia humana, el buen sacerdote se puso él mismo la cadena de ese desventurado hasta que obtuvo su libertad. Recorrió toda la Francia visitando los presos y los enfermos, y fundando cofradías de caridad en todas partes. Estableciόse por último en Paris, desde donde su celo continuó haciéndose sentir por todo el ámbito de Francia. Fundó la congregacion de los *sacerdotes de la mision*, destinados á instruir á los campesinos y á formar clérigos en los seminarios; creó la admirable institucion de las *Hermanas de la Caridad* para asistir á los enfermos pobres; fundó las *casas de expósitos*, donde son recogidas esas miserables criaturas, á cuya subsistencia no pueden subvenir los padres á causa de su miseria, y que yacian abandonadas en las calles ántes que el virtuoso sacerdote se encargase de proporcionarles un asilo. Fundó lambien hospicios para los ancianos.

San Francisco de Sales.

[1567-1622.]

Cuando San Francisco de Sales fué nombrado obispo de Ginebra[1], resolvió consagrarse enteramente á sus deberes episcopales. Encargóse, pues, de asistir personalmente á pobres y enfermos, y su celo no descuidó medio ni esfuerzo alguno para restituir á la verdadera fe las ovejas de su diócesis que se habian descarriado de la Iglesia católica.

1. Aunque tenia el título de obispo de Ginebra, no por eso podia residir en esta ciudad protestante: la sede episcopal se habia establecido en Annecy, ciudad de Saboya, situada á 27 kilómetros de Ginebra.

Persuadido de que la voz del primer pastor era el medio mas eficaz para inducir al bien las almas extraviadas, se dedicó con este fin á visitar todas las parroquias de su jurisdiccion, resuelto á no interrumpir jamas tan útil ejercicio. Recorria con inauditos trabajos las montañas de Saboya, andando á pié por desiertos espantosos, reducido las mas veces á dormir sobre un monton de paja en las humildes cabañas de los pobres montañeses, obligado á trepar por rocas escarpadas y á salvar horribles precipicios, hablando á todo el mundo con una bondad capaz de enternecer aun á las mismas fieras. Participaba de las penas y necesidades de los pobres, les ayudaba en cuanto le era dable, y hasta se le vió despojarse de una parte de sus vestidos para abrigar con ellos á los menesterosos cuando no tenia otra cosa con qué socorrerlos.

Los principales habitantes de un valle de los Alpes fueron á buscarle un dia para decirle que unas rocas despeñadas de las montañas habian aplastado muchas habitaciones, sepultando bajo sus ruinas gran número de desgraciados y los rebaños, que eran la riqueza del país: añadieron, que á pesar de haber quedado reducidos á la indigencia por esta catástrofe, no habian podido lograr que se les eximiera del pago de las contribuciones, y le suplicaron se dignara enviar á aquellos parajes á uno de sus vicarios generales para que reconocido el estrago, intercediese con el gobierno en favor suyo. Ofreció Francisco partir con ellos al instante para aliviarlos en cuanto pudiese; y habiéndole hecho presente los comisionados, que si bien el valle distaba apénas tres leguas de allí, era intransitable el camino, el santo obispo les respondió: « Vosotros habeis podido venir. — Es verdad, le replicaron los montañeses, pero nosotros somos unos pobres acostumbrados á este ímprobo trabajo. — Pues yo, hijos mios, soy vuestro padre, y tengo el deber de proveer por mí mismo á vuestras necesidades.» Partió, en efecto, con ellos, y despues de emplear un dia entero en andar las tres leguas, halló una poblacion inconsolable y en la mayor miseria. Mezcló sus lágrimas con

las de aquellos infelices, les alentó con sus exhortaciones, les dió todo el dinero que llevaba consigo, escribió por ellos al gobierno, y consiguió lo que pedian. Esta diligente caridad, secundada por una elocuencia tan rara, produjo en todas partes maravillosos efectos.

Acababa de ganar un pleito de consideracion contra varios habitantes de su diócesis, litigio que sostuvo porque se trataba de los intereses de la Iglesia, los cuales no le era dable abandonar: su mayordomo queria que exigiese rigorosamente de sus contrarios el pago de todas las costas: «Líbreme Dios, respondió el digno prelado, de tratar á nadie así, cuanto ménos á mis diocesanos.» Insistió el mayordomo haciéndole notar que las costas ascendian á una suma no despreciable, y Francisco le preguntó: «¿Y en cuánto avaluais los corazones que acaso me haya enagenado esta lítis? Para mí son inapreciables. » En el acto envió á buscar á sus adversarios y les declaró que estaban en paz con él por las costas y gastos á que les habia condenado el tribunal.

La generosidad del prelado ponia de muy mal humor al mayordomo, quien hallándose á veces muy apurado para atender á los gastos domésticos, se quejaba amargamente á su amo y le amenazaba con abandonarle. Pero Francisco le respondia con su acostumbrada dulzura : « Tenéis razon; soy incorregible, y lo peor es que lo seré siempre, segun parece. »

Retirábase confuso el mayordomo y solia decir á los demas sirvientes del palacio episcopal : « Nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo será el primero que va ya si no se enmienda. »

San Cárlos Borromeo.

[1538-1584.]

Cárlos Borromeo, oriundo de una ilustre familia de Milan, contaba apénas veinte años cuando su tio materno fué elegido papa bajo el nombre de Pio IV. Este suceso, que le

abria la mas brillante carrera, no despertó en él ni orgullo, ni ambicion. Aunque su tio podia elevarlo á un alto puesto en las dignidades mundanas, fiel al deseo que habia manifestado desde su mas tierna edad, se ordenó *in sacris*, es decir, recibió las órdenes sagradas, á lo cual no se opuso su tio, aunque sí le sorprendió la determinacion.

Por grande que fuese la modestia de Cárlos, él no pudo sustraerse á los honores que merecia. Sin embargo de que era tan jóven, fué nombrado cardenal, arzobispo de Milan, y tal era la confianza que le inspiraba á su tio, que puede decirse que era el jóven Cárlos quien gobernaba la Iglesia. A su prodigiosa actividad se debe la conclusion de los trabajos del concilio de Trento, que arregló con tanta autoridad la disciplina eclesiástica.

Terminada esta tarea, resolvió Cárlos consagrarse únicamente al cuidado de su diócesis. Milan, que amaba y admiraba ya á su primer pastor, le hizo el mas brillante recibimiento, erigiendo arcos de triunfo á cada paso en el camino por donde entró. Ánimo varonil y perseverante, caridad tierna y compasiva, poder inflexible en el bien, voluntad incontrastable de la fe, modelo encantador de paciencia y de bondad, abnegacion generosa que rayaba en heroismo: tales fueron las cualidades que desplegó constantemente.

Hacia ya mucho tiempo que los arzobispos de Milan no residian sino como por excepcion en su diócesis; ausencia que habia producido una relajacion deplorable en la disciplina. Cárlos restableció el órden y la regularidad, mediante sus perseverantes esfuerzos y principalmente con su buen ejemplo

Mas severo consigo mismo que con los demas, se imponia las mas duras privaciones, comiendo con suma parsimonia y durmiendo sobre una tarima; y aunque era naturalmente muy inclinado al sueño, se pasaba estudiando la mayor parte de las noches. Si se le instaba para que tomara algun descanso á fin de reponer sus fuerzas, contestaba citando el ejemplo de su tio Santiago de Médicis, cé-

lebre capitan que no se acostaba nunca, dormia poco, y esto apénas sentado: «¿Por ventura, decia, no puede hacer otro tanto un obispo, sobre todo cuando tiene que luchar contra los enemigos de nuestra salvacion?»

Su paciencia para soportar el rigor de las estaciones era increible. Como se tratase de calentarle un dia la cama, dijo con sonrisa á la criada: «El mejor medio de no hallar el lecho frio, es el acostarse uno mas frio que él.» En vano le exhortaban para que moderase sus grandes austeridades, pues respondia que la vida austera no podia ser nociva á la salud, y que era menester cuidar del alma con preferencia al cuerpo.

Era tan dulce é indulgente para con los demas, como duro y severo consigo mismo, siendo el primero en disuadir á sus clérigos de los ejercicios de mortificacion á que él se entregaba y que ellos no habrian podido soportar.

Sus bienes de fortuna eran cuantiosos, pero su generosidad y su munificencia eran aun mayores. Sus abundantes limosnas aliviaban todas las miserias y se anticipaban á socorrer las necesidades. Nada reservaba para sí. Los colegios, escuelas, seminarios, fuentes públicas, hospitales é iglesias que hizo construir, subsisten aun en Milan y en otras ciudades, y son monumentos de una munificencia tan ilustrada cuanto caritativa.

Hacia con frecuencia visitas pastorales á los diversos cantones de su diócesis, algunos de los cuales son montañosos y de difícil acceso, padeciendo en sus excursiones muchos trabajos, porque no vacilaba en acudir á los sitios mas inaccesibles, sobre todo si habia de hallar en ellos algun desgraciado á quien amparar, algun oprimido á quien defender. Donde el camino lo permitia, iba á caballo, pero en los parajes montañosos andaba muy á menudo á pié, apoyado en un bordon, con ramplones en los zapatos para no caer en los precipicios. A veces, para trepar por las rocas escarpadas, se agarraba de ellas con piés y manos, llevando á cuestas una parte de su equipaje para aligerar la carga á sus criados.

Hé aquí un hecho que prueba la bondad de su alma y los peligros á que se exponia en sus visitas pastorales. Queriendo un dia visitar indispensablemente unas miserables chozas perdidas en las montañas, se separó de los suyos, tomó un guia y se encaminó solo con él á la aldea. Para llegar á ella habia que atravesar un torrente, cuyas aguas habian crecido á causa de las lluvias y que bajaba impetuoso de la sierra : propúsole el guia echárselo á cuestas, á lo que accedió el prelado, pero una vez á la mitad del torrente, el guia, fuese por torpeza ó por cansancio, le dejó caer, y en vez de alargar el brazo para ayudarle, retrocedió, llegó á la orilla y echó á correr. Aunque enredado Cárlos en su hábito episcopal, luchó contra las aguas, muy altas en aquel sitio, logró salir del torrente, y llegó empapado á una habitacion vecina. Inmediatamente hizo buscar al guia, y léjos de reconvenirle, le tranquilizó y le dió una gratificacion. Hoy dia se muestra aun el paraje donde tal accidente acaeció.

Combatiendo los desórdenes que reinaban en su diocesis, necesariamente tenia que grangearse enemistades el buen prelado y provocar resistencias. Hubo algunos frailes perversos que consideraron lícitos todos los medios para sustraerse á la reforma, y no retrocedieron ni ante el asesinato. Uno de ellos, de nombre Farina, se apostó un dia á la entrada de la capilla del arzobispado, cuando estaba rezando el cardenal, y le disparó un arcabuzazo. Al sentirse herido Cárlos, hizo esta exclamacion: « ¡Dios mio! ¡Creador mio! te ofrezco el sacrificio de la vida que me has dado, y te rindo gracias si la pierdo en defensa de la justicia! » No habia recibido, sin embargo, mas que una fuerte contusion, pues la bala, aunque lanzada casi á quema-ropa, no penetró en el cuerpo, y cuando le desnudaron no le hallaron sino una leve hinchazon, que mas bien que una herida, era una muestra del riesgo que habia corrido.

Toda la poblacion acudió en tropel al palacio del prelado para manifestarle su profunda simpatía, y á la iglesia

para dar gracias á Dios por haber librado á tan digno ministro. El gobernador de Milan le ofreció una guardia, pero Cárlos respondió: «No, las oraciones que por mí se rezan me protegen mas que un regimiento entero.»

Farina expió su atentado, no obstante las ardientes instancias del prelado para que se le concediese gracia.

No fué esta la única vez que se conspiró contra la vida de Cárlos. Un pariente suyo fué á verle un dia y le enseñó cartas de un obispo de una diócesis vecina, en las que este prelado le avisaba que se habia urdido una trama contra la vida del cardenal; al oir esto, toma Cárlos los papeles con no fingida indiferencia, y los arroja al fuego sin leerlos, diciendo en seguida á su pariente: «Os agradezco el aviso, pero no quiero saber los nombres de los que contra mí abrigan dañadas intenciones: dentro de un momento voy á ofrecer el santo sacrificio, y no quiero que durante él vengan á turbarme pensamientos de odio.»

Cuando iba á Roma á la eleccion de papa, no cesaba de repetir á sus colegas que los príncipes de la Iglesia debian distinguirse no ménos por sus virtudes que por sus dignidades, y les decia: «Cada vez que contemplo este vestido encarnado, su color me recuerda que debo estar siempre preparado para derramar mi sangre por la gloria de Dios y en provecho de mis hermanos.»

La terrible epidemia que afligió á la ciudad de Milan presentó á Cárlos vastísimo campo para ejercer su heróica caridad.

Hallándose ausente cuando el mal apareció, regresó sin tardanza á la poblacion, de donde habian huido los ricos, los nobles y los magistrados. En balde algunas personas quisieron disuadirle: «No, les respondió, el buen pastor da la vida por sus ovejas.»

El azote era tan terrible, era tan grande el terror, que nadie tenia valor para asistir á los enfermos, y la emigracion iba creciendo por momentos. Logró Cárlos serenar algun tanto los ánimos, contener la fuga de los habitantes y avivar el celo de los que podian socorrer á los enfermos;

Peste de Milan.

dictó reglamentos, adoptó acertadas medidas de policía y ejerció él solo la autoridad en una ciudad que los magistrados civiles y hasta los jefes militares habian abandonado.

Llegó el invierno y acrecentó los horrores de la situacion; era excesivo el frio y considerable el número de pobres que carecian de pan, de lumbre y de abrigo. La muchedumbre se agolpó llorando al palacio arzobispal, é invocó á Cárlos como su único amparo en aquella angustiosa situacion. Semejante espectáculo conmovió profundamente el corazon de Cárlos. Pero, ¿qué podia hacer el buen prelado? Habia vendido ya sus muebles, su vajilla y repartido el producto entre los menesterosos. Repasó de nuevo lo que le quedaba en palacio, quitó todas las colgaduras, alfombras, tapetes, sábanas, mantas, todo cuanto halló; distribuyó lo que podia servir para hacer vestidos, y llegó hasta dar los suyos propios, no conservando sino el que llevaba puesto.

Durante los quince meses que duró esta epidemia, de la cual murieron 18,000 personas en Milan y 8,000 en el resto de la diócesis, no se entibió ni por un momento el celo de Cárlos, quien permanecia dia y noche en medio de los pacientes. Serian menester muchos volúmenes para referir minuciosamente todos los actos de su inagotable caridad, sin que sea dable decir si debe admirarse mas la perseverancia en sus sacrificios ó esa multitud de trabajos que apénas es creible que un solo hombre haya podido llevar á cima.

No contento con prodigar su vida en provecho de sus conciudadanos, procuraba alentarlos, implorando la misericordia celestial, con actos de piedad y penitencia. Yendo en una procesion pisó un grueso y agudo clavo que le traspasó el pulgar y le hizo saltar la uña, porque no miraba donde ponia los piés. Este doloroso accidente no le impidió continuar su camino, y á pesar de las prescripciones de los médicos no quiso guardar cama ni un solo dia. Tanto era el afan que sentia de acudir á donde le llamaba su obligacion.

Cesó por fin la plaga, y Cárlos comenzó de nuevo sus visitas pastorales, en una de las cuales cayó enfermo y fué preciso volver á llevarle á Milan. Inútilmente le rogaron que se cuidase, pues la única comodidad en que consintió para modificar su género de vida, fué la de poner un poco de paja en el tablado que le servia de cama.

Al sentir que se acercaba su fin, no pensó ya mas que en prepararse á morir como cristiano; recibió los últimos sacramentos con la mayor serenidad, y el 3 de noviembre entregó su alma á Dios pronunciando estas palabras: *Ecce venio*[1].

El pueblo, á quien tanto bien habia hecho, vió una calamidad pública en su muerte, y veinte años despues el sumo pontífice le colocó en el número de los escogidos de Dios que invoca la Iglesia.

La gratitud pública erigió á san Cárlos Borromeo una estátua en la villa de Arona, su cuna, situada en las márgenes del lago Mayor. Desde allí se extiende la vista sobre el hermoso lago y las deliciosas islas llamadas Borromeas, que pertenecen aun á su familia, cuales son: la *isola Madre*, formada de siete terraplenes, en el último de los cuales se alza un castillo, y que se elevan unos encima de otros, vestidos todos de aloes y naranjos; y la *isola Bella*, que presenta una vista mágica con sus diez terraplenes que forman escalones y le dan la forma de una pirámide entapizada de jardines, embalsamada por los perfumes del azahar, del jazmin y de otras flores tan raras como hermosas.

La estátua colosal del santo, colocada á la orilla del lago sobre una colina, parece sonreir ante ese hechicero aspecto de la naturaleza: tiene veintidos metros de alto, y el pedestal quince; los piés, las manos y la cabeza son de bronce; el resto se compone de láminas de cobre muy espesas; lo interior es una masa de piedra destinada á darle solidez. Una escalera labrada por entre el ropaje permite subir hasta la cabeza del coloso, la que, agujereada en varias

1. Héme aquí que vengo.

partes, facilita á algunos curiosos el ridículo entretenimiento de oir por los oidos de la estátua, respirar por sus narices y ver por sus ojos.

La actitud del santo es á un mismo tiempo noble y sencilla. De pié, descubierta la cabeza, vestido de cardenal, tiene un libro abierto en la mano izquierda, y la derecha, tendida hácia el lago, parece que está echando la bendicion á aquella tierra, donde no se borrará jamas el recuerdo de sus virtudes.

El Cura de Aldea.

Hay en cada aldea un hombre que sin familia propia pertenece á la familia de todos, á quien se llama como testigo, consejero y agente en los actos mas solemnes de la vida civil; que recibe al hombre al salir del seno de su

madre y no le abandona mas que en el sepulcro; que bendice su cuna, el tálamo nupcial, su lecho de muerte y su tumba; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, á venerar y á temer, á quien los desconocidos mismos llaman *padre* y á cuyos piés van los cristianos á depositar sus mas íntimos secretos; un hombre que es el consuelo y alivio de todas las miserias, así del alma como del cuerpo,

el mediador nato entre la riqueza y la indigencia; á cuya puerta van á llamar el rico y el pobre alternativamente; aquel para depositar en sus manos una limosna secreta, éste para recibirla sin avergonzarse; un hombre, en fin, que todo lo sabe, que tiene derecho de decirlo todo y cuya palabra cae desde lo alto sobre las inteligencias y los corazones con la autoridad de una mision divina. Ese hombre es el cura.

Admirable es la mision del cura como moralista. El cristianismo es una filosofía divina escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de Cristo; y como precepto en la sublime doctrina que ha traido al mundo. El precepto y el ejemplo son dos palabras que se hallan unidas en el Nuevo Testamento ó Evangelio que el cura debe tener siempre en la mano, ante los ojos, grabado en el corazon. Un buen sacerdote es un comentario vivo de ese divino libro. No hay verdad moral ni política que no se encuentre en gérmen en un versículo del Evangelio.

La enseñanza del sacerdote debe ser como la de Cristo, en acciones y palabras; su vida ha de ser, en cuanto la humana flaqueza lo permite, la explicacion sensible de su doctrina, es decir, una palabra viva. La Iglesia le ha puesto allí mas bien como ejemplo que como oráculo, pues no hay lengua humana tan elocuente ni persuasiva como la virtud.

El cura es tambien administrador espiritual de los sacramentos de su iglesia y de los beneficios de la caridad; está en posicion de conocer las culpas, el arrepentimiento, las miserias, las necesidades, las angustias de la humanidad; su corazon debe rebosar de tolerancia, misericordia, mansedumbre, compuncion, caridad y perdon; su puerta ha de estar abierta á toda hora para el que vaya á despertarle, su lámpara siempre encendida; para él no debe haber estaciones, ni distancia, ni contagio, ni sol, ni nieve, si se trata de ir á absolver y bendecir al pecador moribundo. Porque no debe haber ante él, como no hay ante Dios, ricos ni pobres, pequeños ni grandes, sino hombres, esto es, hermanos en miserias y en esperanzas.

Como hombre, el cura tiene que cumplir asimismo algunos deberes puramente humanos é indispensables para mantener la buena reputacion de su ministerio. Retirado á su humilde habitacion, á la sombra de su iglesia, rara vez debe salir de ella. No le está vedado tener una viña, un jardin, una huerta, ó un pedazo de tierra, cultivarle con sus propias manos y crear animales domésticos para su recreo ó utilidad, como una vaca, por ejemplo, una cabra, unas aves, algun pajarillo, y sobre todo el perro, ese amigo del hogar doméstico, que no abandona nunca á los que el mundo olvida y que necesitan que álguien los ame. El buen párroco debe alejarse poco de este asilo del trabajo, del recogimiento y de la paz para mezclarse en las turbulentas reuniones del vencendario; solo en algunas solemnes ocasiónes le es dado enlabiar la copa que le ofrezca la suntuosa hospitalidad de los afortunados del siglo. El resto de su vida ha de pasarlo en el altar, en medio de los niños, á quienes enseña á balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas elevada filosofía; ó bien entregado á serios estudios, rodeado de libros, que son la sociedad muerta del solitario. Por la tarde, cuando toma el sacristan las llaves de la iglesia, cuando se ha oido el toque de oracion en la aldea, puede verse en ocasiones al buen párroco al pié de los manzanos de su vergel ó por las sendas elevadas de la montaña, respirando con el breviario en la mano el aire suave de los campos, ora parándose para leer un verso de las poesías sagradas, ora mirando al cielo ó al horizonte del valle, y volver luego á bajar con paso lento, sumido en la santa y dulce contemplacion de la naturaleza y de su autor.

Hé ahí su vida y sus placeres; sus cabellos encanecen, eleva el cáliz con manos trémulas, su voz debilitada no colma ya el santuario con sus acentos, pero resuena aun en el corazon de su rebaño. Muere, y una losa sin nombre indica el puesto que ocupa en el cementerio junto á la puerta de su iglesia. ¡Hé ahí una vida que se extinguió! ¡Hé ahí un hombre olvidado para siempre! Empero, ese

hombre ha ido á descansar á la eternidad, donde su alma ya se habia anticipado á habitar, y ha hecho en la tierra lo mejor que podia hacer; pues continuó un dogma inmortal, sirvió de eslabon á un inmensa cadena de fe y de virtud y legó á las generaciones futuras una creencia, una ley, un Dios. (LAMARTINE.)

Balmaseda.

Entre los bienhecnores de la humanidad ocupa un lugar muy distinguido el presbítero D. Francisco Balmaseda. Nació este santo varon en Santiago de Chile el dia 2 de octubre de 1772.

Despues de haber aprendido las primeras letras, hizo sus estudios superiores en el colegio de San Cárlos, donde su aplicacion, juicio i talento, le merecieron una corona literaria con que él no quiso adornar sus sienes.

Jóven ya, resolvió entrar de lego en el convento de San Francisco, para que su madre distribuyese su patrimonio en obras de beneficencia, y fué necesario valerse de su confesor á fin de apartarle de este propósito. Dominado siempre por el pensamiento de consagrarse al bien de la humanidad aflijida, abrazó mas tarde el estado eclesiástico y fué iniciado en el presbiterado por el Ilmo. Sr. Maran.

El hospital de mujeres de San Francisco de Borja le mereció los mas solícitos cuidados: cedió á él todas sus riquezas, é hizo de capellan del mismo establecimiento. Por su mano servia el caldo á las enfermas, permaneciendo entretanto de pié con los brazos cruzados delante de sus camas.

Habiendo entregado un dia al tesorero del hospital unos muebles que le quedaban y hasta las cucharas de su mesa, para que remediase cierta necesidad, aquel caballero, lleno de admiracion, le dijo: « Pero, señor don Francisco, esto es demasiado; » á lo cual contestó él con esta original pregunta: « Señor tesorero, ¿cuando tomó V. una esposa, le reservó algo de lo que poseia? Pues asimismo, yo tambien,

me he desposado espiritualmente con estas pobrecitas; déjeme V. darles cuanto tengo.»

En el desempeño de sus funciones sacerdotales era Balmaseda sumamente puntual y severo. Todos los dias se levantaba al amanecer, rezaba sus oraciones y se dirijia á la catedral para decir misa; despues que la celebraba se iba á la sacristía y permanecia allí horas enteras confesando á los pobres y á los niños.

Cerca de catorce años vivió sin mas alimento que un poco de legumbres cocidas con agua y sal. Este santo sacerdote, muy semejante en su ardiente caridad á san Vicente de Paul, murió el 2 de noviembre de 1842 á la edad de setenta años.

El negro piadoso.

[Fin del siglo XVIII y principios del XIX.]

El ejemplo de un pobre negro, nacido en la esclavitud, va á demostrarnos cómo el deseo de agradar á Dios y de obedecer á las santas leyes del cristianismo puede hacer que la vida mas humilde y oscura, sea fecunda en buenas obras.

Nació el negro Eustaquio en 1763, en la isla de Santo Domingo, en una de las haciendas del señor Belin, y se hizo notar desde muy niño por su amor á la religion y por la práctica de todas las virtudes que ella inspira. En breve se grangeó el aprecio de sus superiores y la consideracion de sus compañeros, hasta el punto que cuando estallaron los primeros movimientos de la colonia[1] tuvo Eustaquio bastante influjo para salvar á su amo y á muchos propietarios que estaban expuestos al degüello general.

Cuando los negros resolvieron la ruina de los blancos, jurando matarlos á todos, fueron á buscar á Eustaquio y le descubrieron el secreto de la conspiracion creyendo que hablaban con un cómplice. Mas Eustaquio era ante todo

1. Los negros y los mulatos de Santo-Domingo se rebelaron contra las franceses en 1792, y Francia perdió entónces esta rica colonia.

hombre de bien que no podia concebir la idea del asesinato con la de la libertad; y así al encontrarse entre sus compañeros armados de teas incendiarias y puñales y ver inminente el asesinato de los colonos, no titubeó un instante. Ni el encono de los negros contra los blancos, ni la comunidad de intereses, ni los lazos de la amistad le arredraron en su resolucion. Acudió donde le llamaban sus sentimientos religiosos, donde habia deberes que llenar, y nunca donde se ensañaba la venganza. Con su activa abnegacion salvó muchísimas víctimas de la suerte que las aguardaba; amparó sobre todo á su buen amo escudándole á cada instante, en cambio de la proteccion que le habia dispensado durante mas de veinte años: ayúdole en medio de inauditos peligros á guarecerse en un buque americano, adonde hizo llevar al mismo tiempo una considerable cantidad de azúcar para preservar al señor Belin de la miseria, y embarcóse con él sin mas pretension que la de servirle modestamente como hasta entónces. Tuvo, en fin, la indecible felicidad de poner fuera de peligro á mas de cuatrocientos colonos.

Pero, ¡qué desesperacion! El buque americano se ve atacado y apresado por un corsario inglés. ¡Dios mio! ¿El señor Belin y sus amigos no se han salvado de la muerte sino para verse reducidos á la esclavitud? No; Eustaquio va á librarles de ella como les libró de la muerte. Miéntras que los vencedores se entregan, sin recelo, al placer de un bullicioso banquete, el astuto Eustaquio les divierte con sus juegos, y aprovechando la seguridad en que se creen, escoge un momento favorable, se arroja sobre ellos y ayudado por los demas cautivos, prevenidos de antemano, les carga de cadenas y todos hacen rumbo para Baltimore, adonde llegan con toda felicidad. Así salvó Eustaquio dos veces á su amo.

Este hombre, nacido entre esclavos y digno de figurar en la primera línea de los ciudadanos libres, no se limitó á dar pruebas de su valor en los momentos del peligro, pues halló aun medios de ejercer su virtud, siempre activa, en

tiempos bonancibles, adoptando todas las formas posibles para satisfacer la infatigable necesidad de heroismo que devora el corazon de este noble hijo de la América francesa. Así, no contento con haber salvado á sus protegidos, trata de mantenerlos y consagra su tiempo, sus afanes y el producto de su trabajo á auxiliarles. Por donde quiera que pasa les reparte socorros, consuelos y todo cuanto su bondad puede dar de sí. Hay gente que no vive mas que para soñar males, pero él no existe sino para meditar el bien.

Cuando se creyó que se iba restableciendo el órden en la colonia, se apresuraron á regresar allá el señor Belin, Eustaquio y demas desterrados; pero no bien hubieron desembarcado, cuando supieron la funesta noticia de que 20,000 insurgentes habian establecido su campo en las alturas cercanas á la ciudad. Esta ciudad era el Fuerte-Delfin, ocupado entónces por los españoles, á quienes el señor Belin y sus compañeros pidieron, en vano, armas para defenderse y que por no habérselas dado fueron degollados por los negros que habian salido en tumulto de sus trincheras. El señor Belin trata de huir, pero perseguido de cerca por una cuadrilla de enemigos, hasta la orilla del mar, iba á precipitarse en él, cuando descubre un cuerpo de guardia español, á cuyo comandante se dirige gritando : « ¡Salvadme! » Acuden algunos soldados, le arrancan de entre los asesinos, le meten en el cuerpo de guardia y le visten con uno de sus uniformes : á la vista de este traje se detienen los negros, huyen, y el señor Belin se salva por segunda vez de una muerte casi segura.

¿Qué hacia entretanto su amigo? Separado de él por la muchedumbre, y despues de haberle buscado largo tiempo, el pobre Eustaquio se encomienda á Dios y se esfuerza por salvar á lo ménos del pillaje los restos de la fortuna de su amo. Hábil en sus proyectos, se dirige á la misma mujer del caudillo de los negros para preservar lo que pertenecia al señor Belin; va á la tienda de campaña, donde esa mujer yacia enferma en su lecho, la cuenta lo que acaba de suceder, la interesa en su suerte y la suplica que le ayude á

sustraer á la rapiña de los vencedores, unos baules llenos de objetos preciosos que eran propiedad del señor Belin. Accedió la negra á ello y Eustaquio escondió entónces debajo de su cama, la última riqueza de su amo; corre luego al teatro de la carnicería y busca entre los cadáveres el del señor Belin, que afortunadamente no halla; se informa de la suerte de éste y le dicen que ha logrado escaparse. Vuelve á la tienda á buscar su depósito, carga con él y á fuerza de precauciones y de astucia, logra embarcarse por segunda vez en un buque que va al muelle de San Nicolas, donde se ha refugiado el señor Belin. Llega allá en efecto Eustaquio precedido por la fama de su buena accion, y es recibido como el héroe de las colonias.

Desde entónces se hallaron ya fuera de peligro. A los rasgos de un sublime heroismo, iban á suceder las pruebas del cariño mas ingenioso. Vivian ámbos en un tranquilo retiro, pero el señor Belin, que era ya viejo, se quejaba de la debilidad de su vista que no le permitia leer. Eustaquio se desconsolaba de no poder hacer mas llevaderas las horas del anciano con la lectura de los diarios. ¡Qué pesar para él y para su amo! Éste se reconviene á sí mismo por no haberle dado, en la infancia, los primeros elementos de instruccion; pero este pesar no durará mucho, y Eustaquio alcanza al don que deseaba. Busca un maestro, y gracias al supremo esfuerzo de su firme voluntad, mas bien que á las lecciones que recibe, Eustaquio se presenta un dia al anciano medio-ciego, con un libro en la mano, y le prueba con el mas tierno ejemplo, que si nada parece fácil á la ignorancia, tampoco hay nada imposible para la abnegacion.

Poco despues perdió Eustaquio aquel á quien habia consagrado su vida, y recibió en su nombre considerables legados, entre otros uno de doce mil francos. Pero la mano que recibia estos tesoros era muy generosa para que los guardase. Eustaquio los consideraba como un depósito que le confiaba la Providencia para aliviar á los desgraciados; así es que pronto se agotaron estas riquezas,

porque los de las colonias eran infinitos y no habia mas que un Eustaquio.

Desataba cada dia los cordones de esa bolsa que provenia de la liberalidad de su amo, prodigando á cuantos imploraban su generosidad, ropa blanca, vestidos, muebles y víveres. Si habia soldados cuyas pagas estaban atrasadas, Eustaquio satisfacia la deuda del gobierno; si una familia carecia de pan, Eustaquio estaba allí para remediar sus necesidades. En fin, Eustaquio dió todo cuanto tenia y solo le queda hoy dia el recuerdo de sus buenas obras. Esto le basta; nadie le oirá quejarse, ántes bien, dará gracias al cielo, porque si bien no posee ya nada, los demas á lo ménos tienen algo.

Hace ya algunos años que Eustaquio vive en Paris, donde ejerce el oficio de cocinero y repostero. Con su modesto salario halla todavía ocasion de ser allí generoso y hasta pródigo, pasando su vida en hacer lo que ha hecho siempre, esto es, dichosos. No hay dia perdido para esta existencia consagrada al bien, pues á cada instante se descubren nuevas pruebas de su inagotable generosidad, cuyo ejercicio le es tan grato. Ora costea los gastos de nodriza de niños pobres, ó envia á otros á la escuela; ora compra herramientas para operarios necesitados que no pueden proporcionarse estos instrumentos indispensables del trabajo. Varios parientes de su amo obtienen de él sumas de alguna importancia, que no le devolverán jamas y que él por su parte no reclamará nunca.

Tal es Eustaquio, hombre que honra á la humanidad, y que rechaza cualquier elogio que se le haga, contestando con su acostumbrada sencillez: «Yo no hago esto por los hombres, sino por el Maestro que está allá arriba.»

§ II. CULTO INTERNO Y EXTERNO.

No basta conocer á Dios; es menester que probemos que le conocemos, con demostraciones sensibles y hagamos de modo que nin-

guno de nuestros hermanos tenga la desgracia de ignorar su existencia: estas demostraciones sensibles del culto, es lo que se llama « las ceremonias de la religion. »

El género humano no puede reconocer y amar á su criador sin demostrar que le ama, sin querer hacerle amar, sin manifestar este amor con una magnificencia digna de aquel que ama y venera, sin excitar al amor por signos del amor mismo. (FENELON.)

La divinidad, que no tiene ninguna necesidad de nuestros homenajes, nos manda, sin embargo, que la honremos, porque no podemos acercarnos á ella con el pensamiento, sin volvernos mas puros. (C.)

La oracion es la respiracion del alma, y quien no reza no respira. (JOSÉ DE MAISTRE.)

El que teme y ama á Dios, practica la religion, y quien practica la religion honra á sus ministros. (B.)

La oracion.

Preguntaba un hombre á San Macario cómo debia rezar: « Hermano, le respondió el santo, no hay necesidad de emplear muchas palabras; basta levantar las manos al cielo y decir: « ¡Oh Dios mio! hágase tu voluntad! » Cuando os veais atormentados por alguna violenta tentacion, exclamad desde lo íntimo de vuestro corazon: « ¡Padre « mio, socorredme! » pues Dios sabe lo que necesitais. »

Ya que tan fácil es el rezar, ¿cómo es que hay tantos hombres que descuidan una práctica tan saludable y tan santa?

Recordaremos con este motivo las inocentes palabras de un niño discípulo de una escuela de primeras letras.

Este niño, que tenia un padre que nunca se habia ocupado de prácticas religiosas, le dijo una vez: «Padre, ¿por qué no reza usted nunca por mí, como los padres de mis compañeros rezan por sus hijos! Esto seria un bien para mí.

— ¡Hijo! contestó el padre, nada tiene de extraño que no rece por tí, porque no he rezado nunca por mí mismo.

— Pues bien, padre, yo rezaré por usted y por mí, y mis oraciones serán un bien para ámbos. »

Conmovido el padre por las palabras de su hijo, hizo oracion con él, y desde entónces reinaron en su casa la paz y la felicidad.

En la oracion es donde principalmente se hallan fuerzas contra los malos pensamientos, y con ella se triunfa de las malas costumbres.

Gracias á tan saludable socorro, pudo sustraerse al vicio, hace algunos años, un vecino de una ciudad de Francia.

Este hombre, entregado al vicio degradante de la embriaguez, hacia mas de cuarenta años que deploraba esta desgracia. Todas las mañanas se indignaba de su debilidad, y juraba á su mujer y á sus hijos que observaria en adelante las leyes de la templanza; pero por la noche regresaba siempre con paso vacilante á su casa, donde reinaba en otro tiempo la abundancia, y no habia entónces mas que miseria á causa del desgraciado vicio de la bebida.

Un dia fué á visitarle el venerable cura de su pueblo, movido por su celo caritativo: « ¡Hijo! le dice, miéntras permaneceis así cautivo bajo el yugo de un vicio inveterado, olvidais que se acerca la muerte, y que despues de ella viene el juicio final.

— No, padre, no lo olvido, pero soy un miserable arrastrado por la fatalidad. Cada dia lucho, quiero y espero vencer, y acabo por ser vencido. Esta inveterada costumbre es superior á mis fuerzas... ¡Ah! bien veo que solo la muerte podrá curarme de ella... »

Y miéntras hablaba así, se tapaba este desgraciado la cara con las manos para ocultar las lágrimas.

El venerable ministro de la religion, vivamente conmovido, le respondia con dulzura:

— « ¡Luchais y padeceis!... Está bien: esas luchas en que sois vencido, prueban que sois capaz de una buena resolucion, y que teneis aun energía. Pero, ¿no habeis acaso participado de un error que es muy comun? ¿No habeis creido que el hombre puede librarse del mal con sola su fuerza y sin auxilio de Dios, es decir, salvarse sin el Salvador? »

El anciano se quedó cortado, mirando al venerable sacerdote, y como preguntándole qué queria decir.

— «Voy á explicároslo, dijo el santo varon con suma dulzura y comprendiendo su mirada. ¿Habeis recurrido al Espíritu Santo, único que puede infundir fuerza é inteligencia? ¿Orais alguna vez?

— ¡Ay! contestó el anciano, no me atrevo á rezar; conozco que soy indigno de la oracion. En vano he intentado rezar: despues de haber balbuceado entre dientes algunas palabras, me paraba; la vergüenza ahogaba las palabras en mi boca y me figuraba oir una voz misteriosa que decia: «¡Calla, miserable! ¿Mereces acaso que Dios te oiga?»

— Comprendo que estais envuelto en un círculo de que no podeis salir. No orais, porque os sentís vicioso; y no podeis libraros de vuestro vicio porque no rezais. Ya es tiempo de acabar. El jardin del presbiterio necesita algunas jornadas de trabajo; tomad vuestra azada y seguidme. Desde hoy empezareis á trabajar, comereis en el presbiterio, y al terminar vuestro jornal, vendreis á la iglesia á rezar las oraciones conmigo y con vuestra familia. Rezareis y nosotros rogaremos por vos, y cuando hayais contraido la costumbre de orar, hallareis en este piadoso ejercicio el valor y fuerza que necesitais.»

El anciano, abriendo su alma á la esperanza, se fué al presbiterio con el digno sacerdote. Llegó la noche, oró y halló en este ejercicio una infinita dulzura: le parecia que su alma, elevándose al cielo en alas de la oracion, se desprendia insensiblemente de los horribles lazos del vicio. Desde aquel dia no dejó ya salir la aurora ni ponerse el sol, sin invocar, por medio de una ferviente oracion, á Aquel que es la fuente de todos los buenos pensamientos. Era ya otro hombre, y aunque volvió á caer en la tentacion una que otra vez, se afianzaron insensiblemente sus pasos en la senda del bien; recobró la tranquilidad de conciencia, la paz doméstica y la consideracion pública. Este hombre, convertido en un ejemplo de buena conducta,

y su familia, ántes tan desgraciada y ahora tan feliz, no dejan pasar un solo dia sin dar gracias á Dios y sin bendecir á su dignísimo ministro.

Confianza en la divina Providencia.

La divina Providencia arregla y vigila la vida humana. Un autor contemporáneo nos lo da á comprender con la siguiente alegoría:

« Un hombre se extravía durante la noche. Al resplandor de un cielo estrellado, vislumbra un palacio, entra en él y se halla rodeado de numerosos criados que le salen presurosos al encuentro, y cada cual le dice en su lenguaje, que todos tienen órden de proveer á sus necesidades: algunos, sin embargo, callan, sin dejar por eso de cumplir con su obligacion. Reina mucho movimiento en torno suyo; se alumbran resplandecientes arañas, se calientan las habitaciones, le dan vestidos forrados en invierno, y refrescos y frutas en verano. Sus mas mínimos deseos se convierten en ocasiones para colmarle de beneficios. Un magnífico reloj, visible en todos los aposentos, da las horas y la señal de los quehaceres, que no son mas que la continuacion de los placeres.

En cuanto siente el viajero la dulce invasion del sueño, una espesa cortina se corre ante sus ojos, y se manda guardar el mas profundo silencio alrededor de su lecho. Al despertarse se reproducen con ahinco las atenciones con que se le obsequia, pero el dueño del palacio no se presenta. El viajero se aleja y tiene que proseguir su camino sin haberle visto personalmente; pero asombrado por el órden, el acuerdo, la dignidad, prontitud y exactitud del servicio, lleva consigo la idea de la presencia del amo. Se guardará bien de decir, en su vida, que ha residido en un castillo abandonado, donde la llegada de un huésped hubiera sido un accidente imprevisto y en donde nada estaba preparado para recibirle; se guardará mas todavía de suponer que el dueño del castillo es un ente maléfico, por el

hecho de haberse presentado en él otros viajeros que, en vez de disfrutar pacíficamente de las dulzuras de aquel asilo, han armado una contienda entre sí.

No le sorprenderá que de esta falta de concordia hayan resultado varios accidentes, tales como el hambre y la angustia de cierto número de comensales que, por la avidez y el egoismo de unos pocos, se han visto en parte privados de los beneficios de la hospitalidad ofrecida á todos; pues ha notado que las alacenas, los lechos de descanso y los guarda-ropas estaban copiosamente provistos para satisfacer todas las necesidades.

Sin embargo, el momentáneo desórden que ha presenciado, excita las reflexiones del viajero. Extraña que el príncipe hospitalario que ha albergado á tantos desconocidos, á quienes nada debia, no haya intervenido en sus contiendas, para impedir los despojos y violencias. A sus ojos, estos abusos de la fuerza lastiman así las leyes de la justicia como la dignidad del amo del palacio; y naturalmente, se presentan á su imaginacion algunos honrados compañeros de viaje, dignos del mayor interes por su carácter bondadoso y que, aunque con derecho á mejor suerte, han sido indignamente despojados y ultrajados.

El viajero prosigue su camino en medio de los tristes pensamientos que estos recuerdos despiertan. De repente ve á un anciano que le saluda, y acercándose á él, le dice: « ¿Creeis que todo eso que habeis visto va á quedar así? El príncipe lo ha oido y presenciado todo, y cada cual será tratado como merezcan sus obras. ¿No sabeis que en virtud de un poder cuyo orígen se pierde en las edades mas remotas, obliga á los viajeros que atraviesan el bosque á permanecer mas ó ménos tiempo en el castillo, para poder adquirir de este modo un conocimiento perfecto de sus buenas cualidades? Indulgente con las faltas, pero severo con respecto á toda costumbre culpable, va á esperarles á una quinta vecina de la que acabamos de salir, donde el mismo poder les obligará á entrar. Allí es donde se reserva la facultad de premiar ó castigar; allí es donde todos tri-

butarán un homenage forzoso á las santas leyes de la justicia. »

Estas palabras fueron un rayo de luz para la razon del viajero. Todo se explica, todo se revela á sus ojos. Bendice la sabiduría del soberano de quien ha recibido los beneficios de la hospitalidad, é igualmente consolado de lo pasado que tranquilizado acerca del porvenir, se adelanta hácia el término de su viaje. Ya vislumbra sin temor el peristilo del segundo palacio, cuya arquitectura, de un estilo algo austero, se contornea en una lontananza vaporosa. Colocada bajo la mano de un amo que le debe proteccion y justicia, se dormirá con confianza en todas partes. Le han visto y esto basta.

(KERATRY.)

Respeto á la religion y á sus ministros.

Rodolfo de Habsburgo, el mismo que fué despues emperador, iba un dia de caza por la selva, montado en un soberbio alazan, seguido de su escudero, que llevaba sus azagayas. Al llegar á una pradera, oye el toque de una campanilla, vuelve la cabeza y ve á un anciano sacerdote que, precedido de otro clérigo, llevaba en sus manos la hostia consagrada. Rodolfo se descubre con el mayor respeto.

Por la pradera corria un torrente que, aumentado por las lluvias, detenia los pasos de los viajeros. El sacerdote se descalza al punto para atravesar el agua helada del torrente: « ¿Qué vais á hacer? » grita Rodolfo dirigiéndose á él.

— Voy corriendo á ver á un moribundo que aguarda llorando este pasto celestial; el puente por donde se pasaba este rio ha sido arrebatado por la corriente, mas no por eso se ha de privar á un moribundo de la salvacion de su alma; voy á pasar el rio descalzo. »

Rodolfo no quiere ni puede consentir que aquel venerable anciano se exponga de este modo, y apeándose de su

caballo, pone la brida en manos del sacerdote. El santo varon pudo cumplir así con un deber sagrado, y llevar al desconsolado moribundo el pasto espiritual que tanto ansiaba.

El futuro emperador de Alemania regresó á su palacio muy satisfecho de haber renunciado al placer de la caza por un acto tan piadoso como humanitario.

---

§ III. MUERTE CRISTIANA.

Trata de vivir de tal modo, que si te sorprende la muerte, te halle siempre prevenido. (*Imitacion de J. C.*)

El que desempeña bien sus obligaciones, se prepara cada dia á la muerte y puede verla sin terror.

La hora llega, y el tiempo ha cesado para el justo qué va á pedir á Dios su galardon. Es un hijo que estaba viajando y que regresa al lado de su padre. (*Curso de moral.*)

Nada turba sus últimos momentos; es como la tarde de un hermoso dia. (La Fontaine.)

El homicidio de sí mismo, que se llama suicidio, es un crímen tanto mayor, cuanto implica la impenitencia final. (*Teología cristiana.*)

Un soldado no puede, sin cubrirse de vergüenza y sin cometer un crímen, abandonar el puesto donde le han colocado sus jefes. ¿Crées tú, por ventura, que tienes derecho para abandonar, sin órden de Dios, el puesto de la vida que Dios te ha confiado? (*Moralistas antiguos.*)

Cuadro de la muerte del justo.

Venid á ver el espectáculo mas hermoso que pueda presentar la tierra; venid á ver morir al fiel. Un sacerdote le consuela, sentado á la cabecera de su cama; este santo varon habla con el moribundo sobre la inmortalidad del alma, y la escena sublime que toda la antigüedad no presenció mas que una sola vez, en el primero de sus filósofos moribundos [1], se renueva ahora cada dia en el humilde lecho del último de los cristianos que expira.

Llega el momento supremo. Un sacramento ha abierto

1. Alusion á la muerte de Sócrates, célebre filósofo ateniense.

á este justo las puertas del mundo, y un sacramento va á cerrárselas. La religion le meció en la cuna de la vida, y sus hermosos cantos y la mano maternal le adormecerán ahora en la cuna de la muerte.

Ella prepara el bautismo de este segundo nacimiento, pero no es el agua lo que escoge ahora, sino el aceite, emblema de la incorruptibilidad celeste. El sacramento libertador rompe casi todos los lazos del fiel; su alma, medio desprendida del cuerpo, se muestra casi visiblemente en su semblante. Ya oye los conciertos de los serafines, ya está próximo á dirigir su vuelo hácia las regiones donde le llama esa esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. Sin embargo, el ángel de paz, descendiendo sobre este justo, toca con su cetro de oro sus amortiguados ojos y los cierra deliciosamente á la luz. Muere, y no se ha oido su último suspiro; muere, y mucho tiempo despues que ya no existe, sus amigos yacen silenciosos alrededor de su cama, pues creen que está durmiendo aún. ¡Tal es la dulzura con que ha pasado á mejor vida este cristiano! (CHATEAUBRIAND.)

Los mártires del Cristianismo.

La piedad de los primeros cristianos era tan pura y tan ferviente, que nunca nos cansamos de admirarla. Gracias al influjo de sus ejemplos y tambien al de su doctrina, las tinieblas de la idolatría se disiparon en ménos de tres siglos, y el culto del verdadero Dios se restableció en todo el universo.

Suscitáronse numerosas persecuciones contra la Iglesia naciente, y los fieles no opusieron á la tiranía mas armas que la paciencia y la constancia; el exceso de la injusticia no les incitó jamas á la rebelion, pero tampoco pudieron entibiar su fe los suplicios mas crueles.

No puede calcularse el número de aquellos héroes que, desafiando unos tormentos, cuya sola idea hace extremecer, recibieron con santo regocijo la corona del martirio.

El primero de los mártires fué el apóstol san Estéban, á quien llevaron arrastrando hasta fuera de Jerusalen, para matarle á pedradas [1]. Las únicas palabras que pronunció fueron para rogar á Dias que perdonase á sus verdugos. « ¡ Dios mio ! dijo, no les imputeis este pecado ! »

Algunos años despues [2] el apóstol Santiago fué delatado como cristiano y condenado á morir bajo la cuchilla. Al ir al suplicio, lleno de valor y de esperanza, le detuvo un instante un hombre, que, echándose á sus piés y anegado en lágrimas, le suplicó que le perdonase : este hombre era su delator. El apóstol le hace levantar, le abraza y le dice : « Sí, yo te perdono, pues tu arrepentimiento borra tu culpa. ¡ Bendito seas ! ¡ Dígnese Aquel con quien voy á reunirme en el cielo iluminarte con su luz ! »

Tales eran los sentimientos de que estaban animados todos aquellos generosos defensores de la fe, que durante tres siglos sellaron con su sangre la verdad del Evangelio. ¡ Amor inmenso á Dios ! ¡ Caridad inagotable para todos los hombres !

Entre el sinnúmero de ejemplos, á cual mas interesante, citaremos solo los de san Arcadio, santa Perpetua y santa Justina.

Durante una violenta persecucion contra los cristianos, abandonó Arcadio su casa y fué á ocultarse en una profunda soledad, donde servia á Dios en el silencio. Sus perseguidores entraron en su casa y hallaron á uno de sus amigos, que era al propio tiempo un pariente cercano suyo, á quien prendieron y sepultaron en una cárcel, declarándole que no saldria de allí hasta que descubriese el lugar donde se habia ocultado Arcadio. Sabedor éste de tal acontecimiento, salió al momento de su retiro y fué á presentarse al gobernador. « Si es por mí, le dijo, por quien teneis preso á mi pariente, vengo á entregarme para que le solteis y dispongais de mi suerte. »

El gobernador hizo poner en libertad al prisionero, y se

1. Año 33.

2. Año 44.

valió de toda clase de medios para que Arcadio se decidiese á sacrificar á los ídolos; pero habiendo recnazado él las seducciones y amenazas, sufrió por fin el martirio de la fe cristiana y de la amistad.

Martirio de santa Justina.

Santa Perpetua ha descrito, por sí misma, la persecucion que padeció hasta la víspera de su muerte. En esta relacion tan tierna como sencilla, nos refiere que recibió el bautismo á escondidas de su padre, el cual hizo los mayores esfuerzos para disuadirla de las verdades que él ignoraba. La santa tenia entónces un niño, que alimentaba con su seno, y hé aquí como nos refiere lo que pasó:

« A los pocos dias de haber recibido el bautismo, nos

pusieron en la cárcel. Asustéme, al principio, porque no habia visto nunca tantas tinieblas, y padecia aun mas por mi hijo que por mí; pero fortalecíme pronto, y la cárcel volvióse un palacio para mí, porque me consideraba feliz al padecer por la fe. Propagóse pronto la voz de que íbamos á ser juzgados : mi padre vino á verme, y con el corazon traspasado de dolor, me dijo: « ¡ Hija mia ! compadécete de mis canas, ten piedad de tu pobre padre. » Me hallaba yo misma penetrada del dolor que agobiaba á mi padre, y lloraba con él, pero Dios me daba fuerza. Traté de consolarle, diciéndole : « ¡ Padre ! venga lo que Dios quiera, y estad persuadido que no estamos bajo nuestro dominio, sino en poder suyo. » Quitóme entónces á mi hijo y se lo llevó. Al siguiente dia vinieron por nosotros para juzgarnos, y luego nos llevaron á la plaza pública, donde acudió en tropel la muchedumbre, por haberse divulgado por los barrios vecinos la noticia de nuestro suplicio.

« Se empezó por interrogar á otros, y declararon todos que perseveraban en la fe : llegó mi turno y se me presentó instantáneamente mi padre, llevando en brazos á mi hijó, y suplicándome que tuviese piedad de aquella inocente criatura. Esta escena me traspasó el corazon. Acercóse luego á mí el juez, y me dijo : « ¡ Respetad la vejez de vuestro padre ! ¡ Compadeceos de la infancia de vuestro hijo ! ¡ Haced sacrificio á los dioses ! — No, respondí yo con resolucion ; soy cristiana. » Mandó entónces el juez que me sacasen de allí, y queriendo oponerse mi padre, recibío un varazo, cuyo golpe me llegó al alma, como si lo hubiese recibido yo; lloré amargamente al ver que por mí maltrataban de este modo á mi anciano padre. Pocos momentos despues se nos dictó la sentencia que nos condenaba á ser arrojados á las fieras, y volvimos á la cárcel alabando al Señor ! »

Santa Perpetua termina su narracion en los términos siguientes : « Hé ahí lo que hice hasta la víspera del espectáculo[1]. Otro escribirá, si quiere, lo que sucedió despues. »

1. La ejecucion de la sentencia.

¡Qué valor brilla en esta relacion! ¡Qué angelical dulzura, y qué heróica tranquilidad!

Muerte de San Luis.

Luis IX [1] fué á sitiar á Túnez. En aquel entónces invadió el contagio á su ejército, extenuado ya por continuos combates y devorado por el sol de Africa.

Se esperaba á Cárlos de Anjou, hermano del rey, con tropas y víveres, pero éste no llegaba.

El rey habia visto ya expirar en sus brazos á uno de sus hijos, y él mismo, acometido del contagio, sintió desde el primer momento que el golpe era mortal. Sin embargo, procuraba disimular el mal y ocultar el dolor que le agobiaba por la pérdida de su hijo, yendo con la muerte grabada en la frente, á visitar los hospitales, á velar por la seguridad del campo, y á presentar al enemigo un semblante intrépido y sereno. Veíasele tambien á veces sentado delante de su tienda, hacer justicia á sus súbditos, como solia hacerlo bajo la encina de Vincennes [2].

Felipe [3], primogénito y sucesor de Luis, no se separaba ni un momento de su padre, viéndole próximo á bajar al sepulcro. El rey se vió, por último, obligado á no salir de su tienda, y no pudiendo entónces ser ya útil á sus pueblos por sí mismo, procuró á lo ménos asegurarles la dicha futura, haciendo á Felipe tiernas recomendaciones que ha conservado la historia y que son los mejores consejos que puedan darse á los gobernantes de los pueblos. Escribió esta instruccion en su lecho de muerte y un antiguo autor ha visto un manuscrito que, segun las apariencias, es el original; la letra era grande, pero, alterada y anunciaba la debilidad de la mano que habia trazado la expresion de un alma tan fuerte.

1. Luis IX ó San Luis, rey de Francia, modelo de reyes y cristianos.
2. San Luis solia hacer justicia por sí mismo sentado bajo una encina en el bosque de Vincennes, cerca de París.
3. Rey de Francia desde 1270 hasta 1283, bajo el nombre de Felipe el atrevido ó Felipe III.

Muerte de san Luis.

Como la enfermedad iba agravándose, Luis pidió la extrema-uncion, respondiendo á las oraciones de los agonizantes con voz tan firme como si hubiese dado órdenes en un campo de batalla. Arrodillóse á los piés de su cama para recibir el santo viático y hubo que sostenerle de los brazos, para que pudiese recibir esta última comunion. Desde aquel momento puso término á los pensamientos mundanos y se consideró como exento de toda obligacion con sus pueblos. ¿Y qué monarca desempeñó jamas sus deberes mejor que él? El lúnes por la mañana, 25 de agosto, sintiendo que se acercaba su hora, mandó que le pusiesen en un lecho de cenizas, donde permaneció tendido con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos levantados al cielo.

El campo de los franceses ofrecia la imágen del mas acerbo dolor : no se oia el mas mínimo rumor y los soldados moribundos salian de los hospitales, reanimándose para poder acercase á su rey agonizante. En fin, á las tres de la tarde, poco mas ó ménos, exhaló el rey un gran suspiro y pronunció distintamente estas palabras : « Señor, entraré en vuestra mansion y os adoraré en vuestro santo templo; » y al decir esto, elevóse en efecto su alma hácia el santo templo que era digna de habitar.

En aquel mismo instante se oyen resonar las trompetas de las tropas de Sicilia y aborda la flota llena de alegría y de inútiles socorros. Extraña Cárlos de Anjou que nadie responda á sus señales, y empieza á recelar que haya sucedido una desgracia. Desembarca y ve á los centinelas con la lanza á la funerala, patentizando ménos su dolor con esta demostracion de luto militar, que con el abatimiento pintado en su semblante. Vuela á la tienda de su hermano y halla su cadáver tendido en la ceniza. Arrójase á aquellas sagradas reliquias, las riegas con sus lágrimas, besa con respeto los piés del santo y da las señales mas vivas de ternura y de dolor. El rostro de Luis tenia aun todos los colores de la vida y hasta sus labios estaban encarnados.

Francia, que no podia consolarse de haber perdido semejante monarca en la tierra, le declaró su protector en el cielo, y colocado Luis en la categoría de los santos, ha sido desde entónces un rey eterno para la patria.

(CHATEAUBRIAND.)

Últimos momentos de un anciano.

Hé aquí como describe Bossuet los últimos momentos de un anciano piadoso.

¿Qué estoy viendo aquí? La fe sincera que por un lado no se cansa de sufrir, verdadero carácter de un cristiano, y por otro no procura mas que desembarazarse de sus tinieblas y transformarse en luz pura y en clara vision, desvaneciendo la nube que la cubre. ¡Feliz momento aquel en que saldremos de las sombras y enigmas para ver la verdad manifiesta! Corramos con ardor, apresurémonos á purificar nuestro corazon para ver á Dios segun la promesa del Evangelio. ¡Momento feliz! No es cristiano quien no le desea. Despues que el Espíritu Santo hubo inspirado este piadoso deseo en el ánimo de este anciano lleno de fe, ¿qué le falta ya sino ir á disfrutar del objeto que ama? Próximo á exhalar su alma, empieza así el himno de las divinas misericordias : « Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor. » Al pronunciar estas palabras expira y continúa el sagrado cántico con los ángeles.

Crímen y locura.

Algunos filósofos de la antigüedad osaron hacer la apología del suicidio, y sin embargo, nadie ha podido legitimar este momento de deseperacion.

El suicidio es un acto de rebelion contra Dios, y por consiguiente, un horrendo crímen.

Los que quieren legitimarle dicen que no hay culpa cuando no se hace daño á los demas.

¡Qué raciocinio tan falso! Hay siempre culpa cuando se

viola la ley de Dios, resulte ó no perjuicio ageno. El crímen está en la misma rebelion y no en las consecuencias que esta pueda tener.

Pero es falso decir que no se daña á otro con esta accion criminal, porque el ejemplo que se da produce siempre un mal inmenso en la sociedad.

El desgraciado que se deja arrastrar á este acto de desesperacion, dice: « Hago mal, lo conozco, convengo en ello, pero Dios es misericordioso y me perdonará. »

¡Qué abominable error! Sí; la misericordia de Dios es infinita; pero hacer voluntariamente y á sabiendas lo que es contrario á su ley, y volverse criminal contando de antemano con el perdon, es hacerse indigno de él.

« Pero yo no puedo soportar la vida, añade el pecador; soy excusable si me libro de su peso. »

¡Error y mentira! Se le puede responder: « Decid que no quereis, y nó que no podeis. Sean cuales fueren vuestras penas os es siempre mas fácil emplear vuestra fuerza moral en soportarlas, que abusar de esta misma fuerza para volver contra vos mismo una mano criminal. »

Proposicion impía, piadosa negativa.

Un hombre de ilustre nacimiento fué injustamente condenado á muerte por causas políticas. Miéntras aguardaba la hora del suplicio, un pariente suyo obtuvo permiso para verle en su prision y le dijo: « Vengo, querido amigo, á darte una prueba postrera de mi amistad. No, tú no morirás en un cadalso ignominioso, pues he hallado el medio de preservarte de él. Toma lo que te doy. »

Diciendo esto, le presenta un veneno y añade: « Mira, hé aquí un socorro que en la antigüedad libertó á tantos filósofos de la furia de los tiranos.

¡Oh, amigo mio! respondió el reo, ¿qué te atreves á proponerme? ¿Olvidas acaso que soy cristiano y que no tengo derecho alguno sobre mi vida? ¿Cómo osaria comparecer nte Dios, despues de haber cometido semejante crímen? »

— ¿Has reflexionado en lo ignominioso que es el subir á un cadalso público? añadió el amigo.

— La ignominia consiste en violar las leyes de Dios, y el honor en observarlas. Me rebelaria contra esta santa ley si me sustrajese, por medio de un crímen, á la pública desgracia que me está reservada. Me hablas de los filósofos de la antigüedad que elevaban su alma por la contemplacion de sus propias fuerzas; pero los cristianos tienen un testigo ante el cual han de vivir y morir. Los filósofos colocaban el suicidio en la categoría de las cosas permitidas, sustrayéndose por él al poder de los opresores; pero la fe cristiana le abomina y solo estima la abnegacion que nos somete á la voluntad de la Providencia. »

Abrazóle entónces su amigo derramando abundantes lágrimas : « Te agradezco, le dice, esta última leccion que acaba de darme tu virtud : olvida, te ruego, la desgraciada proposicion que he tenido la debilidad de hacerte. Ignoro si á mi vez tendré motivos para quejarme de la injusticia de los hombres; pero lo que te prometo al despedirme de tí, es que no quebrantaré nunca voluntariamente la ley de Dios. »

Último presente de una hermana.

Una señora, moribunda en la flor de la edad, envió á su hermana, como don, un ejemplar del Nuevo Testamento de que tenia costumbre de servirse, y al mismo tiempo esta carta :

« Hermana mia, querida Catalina, te envio un libro cuyo exterior no está enriquecido con dorados, pero cuyo interior es infinitamente superior al oro y piedras preciosas : es el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Si le lees con ánimo dócil y humilde, él te conducirá á la única felicidad digna de este nombre, al goce de la vida eterna, y te enseñará á vivir y á morir bien. Adquirirás, por él, riquezas que ningun hombre podrá arrebatarte. Pide con ardor, como David, la intelligencia de esta santa ley y la

gracia de obrar de modo que esté conforme con ella. Prepárate desde este momento para tu última hora, hácia la cual los mas jóvenes pueden ser arrebatados como los mas ancianos, si Dios les llama á sí. No llores mi muerte, querida hermana mia; ántes bien congratúlate conmigo, pues voy á pasar de la corrupcion á la incorruptibilidad, y tengo la firme esperanza de que, con la pérdida de esta vida, que no dura mas que un instante, ganaré la otra, que no tiene nunca fin, y en la que deseo ardientemente que algun dia entres allí conmigo. Con esta esperanza, ruego á Dios que te guarde en su divina gracia, para que vivas y mueras en su santo temor y perseveres sin cesar en la integridad de una vida cristiana. Adios, querida hermana, deposita toda tu confianza en Aquel que es nuestra fuerza. »

SEGUNDA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

---

§ I. PERFECCION MORAL.

CONCIENCIA.

La conciencia habla á todos los hombres que no se han vuelto indignos de oirla á fuerza de depravacion.

Nadie puede ser feliz sino goza de su propia estima.

Una conciencia pura es una blanda almohada, en la cual solo el hombre de bien puede descansar. (*Varios autores.*)

El contento de sí mismo es la prueba y la recompensa de la buena conducta. (B.)

Sé tan puro en tus pensamientos como en tus acciones y palabras, arreglándolos de modo que si te preguntan en qué piensas, puedas siempre dar una respuesta pronta, sincera y al mismo tiempo honorífica para tí. (*Moralistas-antiguos.*)

El que tiene la conciencia tranquila halla cierto deleite en todo lo que le rodea; solo para él es bella la naturaleza. (B.)

Testimonio interior.

La misericordia divina condujo á un jóven vicioso á una sociedad de hombres de costumbres santas y puras. Sus virtudes le conmovieron y no tardó en imitarles y en perder sus antiguas costumbres, volviéndose justo, sobrio, paciente, laborioso y benéfico. Nadie podia negar sus obras, pero las atribuian á móviles odiosos, obstinándose en juzgarle por lo que habia sido ántes y no por lo que llegó á ser despues. Esta injusticia le traspasaba el corazon de dolor y le hacia derramar abundantes lágrimas en el seno de un anciano solitario. « ¡Hijo mio! le respondió este hombre venerable, da gracias á Dios porque vales mas que tu reputacion. Cuán dichoso es aquel que puede decir, « mis enemigos y rivales censuran en mí vicios que « no tengo. » Siendo, como eres, bueno, ¿qué te importa que los hombres te crean malo? ¿No tienes para conso-

larte á dos esclarecidos testigos de tus acciones, Dios y tu conciencia? »

Buena conciencia y mala conciencia.

El maestro de escuela de una aldea, estaba un dia dando leccion á los niños del lugar, y éstos, sentados alrededor suyo, le escuchaban con suma atencion, porque su modo de enseñar era tan sencillo como eficaz. Hablaba en aquel momento de la buena y de la mala conciencia y de la voz secreta del corazon.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos : « ¿Cuál de entre vosotros puede hacerme una comparacion sobre este asunto[1]? »

Uno de ellos se levanta y dice : « Yo podria decir una, pero no sé si es justa. »

— « Veamos cuál es, » respondió el maestro; y el niño continuó de este modo :

« Comparo la intranquilidad de la mala conciencia á lo que experimenté un dia cuando los soldados enemigos, pasando por nuestra aldea, se llevaron por fuerza á mi padre con su caballo. Toda la familia lloraba amargamente y mi madre, en medio de su dolor, me envió á la ciudad para saber noticias suyas. Fuí en efecto allá, y volví á casa muy tarde y sumamente aflijido, porque no habia hallado á mi padre.

« Era una noche oscura de otoño : bramaba el viento entre las encinas, los abetos y peñascos, oyéndose á la par el chillido de los buhos y lechuzas. Abrigaba el fatal presentimiento de que habia perdido á mi padre, y se me representaba á cada momento el dolor que iba á desgarrar el corazon de mi madre al verme llegar solo y sin noticias de aquel á quien buscábamos. Esta idea me sobrecogió de un temblor mortal; hasta el movimiento de una hoja me llenaba de espanto y pensaba en mí mismo : « Hé aquí lo

1. En las escuelas de Alemania se suele pedir á los niños que hagan comparaciones sobre diferentes asuntos, para ejercitarles la inteligencia.

que debe experimentar el hombre que lleva consigo una mala conciencia. »

— ¡Niños! dijo entónces el maestro, ¿querríais andar así, en medio de las tinieblas, buscando en vano á vuestro padre, y no oyendo mas que la voz de la tempestad y los chillidos de las aves de rapiña?

— « ¡No, señor! » contestaron á un tiempo todos los niños estremecidos.

En seguida el niño narrador prosiguió de este modo : « Otra vez anduvimos el mismo camino mi hermana y yo : habíamos ido á la ciudad á comprar mil frioleras para regalarlas á mi madre en una fiesta que mi padre queria darle al dia siguiente. Regresamos ya tarde, por la noche, pero como era la primavera, estaba el cielo claro y azul, la naturaleza serena y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que apénas si se oia el murmullo del manantial que corria á lo largo del camino y el canto de los ruiseñores á lo léjos. Caminábamos juntos, mi hermana y yo, agarrados de la mano, con ánimo tan satisfecho, que no teníamos ganas de hablar; á poco trecho de nuestra casa, hallamos á nuestro padre, que salia á esperarnos.

Entónces me dije á mí mismo : « Hé aquí lo que debe experimentar el alma del hombre honrado que ha hecho siempre bien. »

Calló el muchacho, y el maestro miró amistosamente á sus discípulos, quienes exclamaron á un tiempo : « Sí, queremos ser hombres de bien. »

Felicidad que nace de una conciencia pura.

Un pescador, venerable por su edad y sus virtudes, acababa de embarcarse una noche con su hijo en una barquilla, y se metia mar adentro para tender sus redes en los cañaverales que rodeaban varias islas vecinas. El sol se sepultaba en el seno del mar, dando un aspecto de fuego al cielo y á las aguas.

« ¡Ay! ¡Qué hermoso es todo cuánto nos rodea! dijo, ad-

mirado el jóven. ¡Ved al cisne con su cria bulliciosa cómo se sumerge en el reflejo dorado del cielo! ¡Ved cómo navega, cómo traza surcos en las olas y cómo despliega sus alas! ¡Qué dulce murmullo dejan oir esos álamos que orlan la ribera! ¡Con qué gracia se inclinan ante el soplo del céfiro

esos trigos lleno de lozanía! ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡Cómo nos agrada y qué feliz nos hace!

« Sí, respondió su padre, la naturaleza es la que nos proporciona los goces mas puros. Si eres hombre de bien, si las pasiones violentas ó culpables no emponzoñan tu existencia, disfrutarás de esos placeres.

« El mas precioso de todos los bienes, hijo mio, es una conciencia tranquila.

« Si hoy vivo dichoso es por haber seguido esta máxima. Sesenta veces se ha embellecido con su verde ramaje el bosque que rodea nuestras cabañas, desde que ví la luz del dia : este largo espacio ha pasado, como un hermoso dia de primavera, en apacible calma y dulce satisfaccion.

« Sin embargo, no me han faltado momentos de ansiedad.

« ¡Cuántas veces la tempestad me sorprendió cuando con mi frágil barquilla hendia las aguas del mar! Quedaba mi barca suspensa en la cima de una montaña de agua y de repente, con espantoso ruido, hundíanse las olas y yo tambien con ellas; el trueno y el rumor de la mar agitada, hacian estremecer á sus silenciosos habitantes, que se refugiaban en el fondo del abismo : en aquellos momentos, cuando los vientos soplaban enfurecidos y el agua caia á torrentes sobre mi cabeza, creia ver mi tumba en cada ola que se abria ante mí.

« Pero luego se calmaba el furor del viento, la atmósfera se serenaba y volvia á ver la imágen de los cielos en el apacible espejo del líquido elemento. El sollo de azulado lomo y ojos colorados salia de entre las yerbas marinas que le habian dado asilo, y numerosos peces saltaban en la superficie del mar donde reflejaba el sol; entónces la alegría tranquilizaba mi angustiado corazon.

« Tu cariño, hijo mio, es mi felicidad. Hasta hoy has seguido mis consejos : síguelos siempre, que serás dichoso como yo, y la naturaleza será siempre bella para tí. »

ENMIENDA.

Para hacerme digno de llegar á la verdad, debo estudiarme á mí mismo, profundizarme y vencerme. (FENELON.)

La virtud no penetra en las almas instruidas y perfeccionadas, sino ejercitándola continuamente; nacemos para ella, pero no con ella. Los hombres que nacen con las mejores disposiciones para ser virtuosos, no lo son si no adquieren los conocimientos necesarios.

No hay ligereza en confesar un error que se conoce y se aborrece; al contrario, debemos manifestar ingénuamente que nos hemos equivocado. El que insiste en semejante caso, da pruebas de un nécio orgullo. (*Moralistas antiguos.*)

Nada cuesta confesar las culpas á los que tienen medios de repararlas.

Nadie sufre con mas docilidad una reprension que aquel que merece ser elogiado. (MADAMA DE LAMBERT.)

Mal muy grande es poseer toda clase de defectos, pero lo es mucho

mas no quererlos conocer, porque entónces se agrega á ellos el de la ilusion voluntaria. (PASCAL.)

El arrepentimiento es un vivo dolor, al que, sin embargo, se mezcla un consuelo interno, porque lamentando nuestra falta, gozamos interiormente del sentimiento que nos la hace aborrecer, y en el mero hecho de reconocernos culpables, nos hallamos mejores. Así, las lágrimas que el arrepentimiento nos hace derramar, nos alivian, y los sollozos que arranca llevan la calma al pecho que destrozan. (B.)

Exámen diario.

El célebre filósofo Pitágoras[1] prescribia á sus discípulos que todas las noches reflexionaran á solas y se preguntasen á sí mismos :

« ¿En qué he empleado el dia de hoy? ¿En dónde he estado? ¿A quién he visto? ¿Qué he hecho? ¿Qué he dejado por hacer? »

Esta costumbre es excelente, porque todo el que desee perfeccionarse y velar por su felicidad, debe consagrar algunos momentos, ántes de entregarse al sueño ó al levantarse, á repasar en su memoria todo lo que ha hecho, dicho, oido ú observado durante el dia. Este exámen rápido ocupa el tiempo que pierden todos los hombres, y que de este modo se emplea con fruto. Aprovechemos, pues, este momento que parece señalado por la naturaleza, y de que la misma vida social nos permite disponer libremente, para recordar todo lo que hemos visto, notado ó aprendido, todo lo que hemos podido decir atinada ó imprudentemente, con utilidad ó sin ella, con provecho ó con perjuicio del cuerpo, del ánimo ó del alma. Así podemos darnos cuenta exacta é imparcial de cómo hemos empleado nuestros instantes en las veinte y cuatro horas precedentes, haciendo esta pregunta á cada dia trascurrido : « ¿En qué has contribuido á mi perfeccion física, moral, intelectual y á mi dicha? » J 14

1. Nació en Samos (Grecia) y murió en Italia hácia el año 489 ántes de Jesucristo.

Asíduos y valerosos esfuerzos.

Un jóven concibió la generosa resolucion de corregirse de sus defectos y de entrar en la senda de la cordura. Pero, al examinar rigorosamente su conciencia, se halló tan débil para el bien, tan acostumbrado al mal y tan lleno de imperfecciones y de vicios, que desmayó considerando su conversion como una obra tan difícil como imposible y sin saber por donde empezar. Un buen anciano á quien descubrió el estado de su alma, le consoló y animó contándole esta parábola :

« Un hombre envió á su hijo al campo para que desmontase una tierra cubierta de espinas y abrojos, pero el muchacho, viendo cuán largo y penoso era este trabajo, desesperó de poderle llevar á cabo, y en vez de poner manos á la obra, tendióse á la sombra de un árbol y se durmió; de este modo no hizo nada aquel dia ni los siguientes.

« Fué el padre á ver en qué estado se hallaba el trabajo de su hijo y halló al jóven desalentado por la duracion de la obra y sin haberla siquiera empezado. El buen hombre, en vez de irritarse por la conducta de su hijo, le dice con dulzura : « Solo te pido que desmontes, durante tu jor- « nada, este rinconcito de campo ; » y al mismo tiempo le enseñó un pedazo de tierra que era poco mas ó ménos la décima parte del todo. « Si no es mas que eso, contestó el « hijo, es cosa fácil y voy á hacerlo al momento. » En efecto, empezó al punto su tarea y la concluyó ántes de anochecer. Pues bien, hijo mio, volvió á decirle el padre, haz otro tanto cada dia y verás qué corta y fácil es esta obra que te parecia inmensa. » Dócil el jóven á este consejo, dividió él mismo la tierra en diez partes iguales : al cabo de diez dias terminó su tarea y aquel campo, que ántes estaba erizado de abrojos, es hoy dia un jardin cubierto de flores y frutos.

« Así es como debeis proceder para corregir vuestros defectos, añadió aquel sabio anciano. Empezad luchando

contra la pasion que mas os domina, procurad ir venciendo sucesivamente las otras y restableceréis la tranquilidad en vuestro ánimo. »

Extirpacion de los vicios desde su nacimiento.

Preguntado por sus discípulos un sabio del Oriente, sobre el modo de combatir las pasiones, hé aquí cómo les contestó :

« Estaba en aquel momento en un sitio plantado de árboles y mandó á uno de sus discípulos que arrancara un arbolillo que le enseñó : el discípulo le desarraigó al punto, con una sola mano, sin el menor esfuerzo. Enseñóle luego otro algo mayor, que arrancó igualmente el jóven, pero no tan fácilmente, y con ayuda de ámbas manos. Para arrancar un tercero que era mucho mas fuerte, fué preciso que le ayudase uno de sus compañeros y no lo consiguieron sino á costa de grandes esfuerzos. En fin, el sabio les señaló con el dedo otro que era mucho mas robusto y que no pudieron desarraigar todos ellos juntos, á pesar de los esfuerzos que hicieron. « ¡Hijos! les dijo entónces el sabio, así sucede con nuestras pasiones : al principio, cuando no estan aun arraigadas, es fácil arrancarlas, por poco trabajo que nos tomemos para corregirlas; pero cuando una larga costumbre las ha dejado echar hondas raices en nuestro corazon, es casi imposible extirparlas. »

Medio para hacer progresos en la virtud.

« En mi juventud, dice Franklin[1], concebí el difícil proyecto de alcanzar la perfeccion moral. Deseaba preservarme de todas las faltas á que pudieran inducirme una inclinacion natural, la costumbre ó la sociedad, y ensayé con este

1. Benjamin Franklin (1706-1788) nació en Boston, en América, de una familia pobre. Simple cajista en una imprenta, adquirió luego despues muchas riquezas y celebridad con su trabajo, y fue uno de los que mas contribuyeron á la emancipacion de las colonias inglesas. La ciencia debe á Franklin preciosos descubrimientos sobre la electricidad y la invencion de los para-rayos.

fin la práctica siguiente : reuní bajo el nombre de virtudes todo cuanto se me presentó como necesario ó deseable, poniendo á cada nombre un corto precepto que expresaba la extension que daba yo á su significado.

Franklin.

Hé aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos :

1. *Templanza.* — No comais hasta el punto de empacharos, ni bebais hasta trastornaros.

2. *Silencio.* — No digais mas que lo que pueda servir á los demas y á vosotros mismos, y evitad las conversaciones supérfluas.

3. *Orden.* — Poned en vuestra casa cada cosa en su lugar y haced los negocios á su tiempo.

4. *Resolucion.* — Tomad la de hacer lo que debeis, y no dejeis de hacer lo que hayais resuelto.

5. *Economía.* — No hagais gastos mas que en provecho ageno ó en el vuestro propio, es decir, no malgasteis ni disipeis.

6. *Trabajo.* — No perdais el tiempo, ocupaos siempre en algo útil y abstenecos de toda accion que no sea necesaria.

7. *Sinceridad.* — No andeis nunca con rodeos; pensad con inocencia y justicia, y hablad como pensais.

8. *Justicia.* — No perjudiqueis nunca á nadie, sea haciéndole daño ó descuidando de hacerle el bien que estais obligados á hacerle.

9. *Moderacion.* — Evitad los extremos. Guardaos bien de resentiros de los agravios tan vivamente como parecen merecerlo.

10. *Limpieza.* — No tolereis ningun desaseo en vuestro cuerpo, ni en vuestros vestidos, ni en vuestra casa.

11. *Tranquilidad.* — No os incomodeis por bagatelas, ni por lances ordinarios ó inevitables.

12. *Humildad.* — Imitad á Jesús.

« Como mi objeto era el de contraer la costumbre de todas estas virtudes, resolví dedicarme particularmente á una de ellas durante una semana, sin descuidar por eso las demas.

« Para lograrlo, hice una libreta de doce páginas, cada una de las cuales llevaba al frente el nombre de estas virtudes, y las marqué con tinta encarnada, dividiéndolas en siete columnas, una para cada dia de la semana, señalando los dias; tracé luego doce líneas trasversales escribiendo al principio de cada una, en abreviatura, el nombre de una de las doce virtudes; en esta línea y en la columna del dia, marcaba con un tilde todas las faltas que, en mi exámen de conciencia, reconocia haber cometido.

« De este modo podia hacer un curso completo en doce semanas y empezarlo de nuevo cuatro veces al año. Asi

como un hombre que, queriendo limpiar un jardin, no trata de arrancar de una vez todas las malas yerbas, la cual seria superior á sus fuerzas, sino que empieza por uno de sus acirates y no pasa á otro hasta que lo deja limpio, así tambien esperaba yo disfrutar del lisonjero placer de ver grabados en mis páginas los progresos que iba haciendo en la virtud, gracias á la disminucion sucesiva del número de faltas, hasta que por fin, al cabo de haber vuelto á empezar muchas veces tuviese la dicha de ver ilesa mi libreta, despues de un exámen diario durante doce semanas.

« Me puse, pues, á ejecutar este plan, y quedé asombrado al hallarme lleno de mas defectos de lo que creia; pero tuve la satisfaccion de ver cómo iban disminuyendo.

« Acaso sea útil que mis descendientes sepan que uno de sus antepasados debió á este medio y á la gracia de Dios la felicidad de toda su vida, hasta la edad de setenta años, época en que escribió estas páginas. » *Fr.*

Confesion de una falta y enmienda de ella.

El célebre jurisconsulto Dumoulin era no ménos notable por su ciencia que por su carácter y talento.

Abogó algunas veces ántes de llegar á tener la fama que alcanzó con sus obras, pero su voz era tan áspera y su elocucion tan difícil, que el presidente del tribunal ante el cual hablaba, le dijo un dia, impacientado ya de oirle : « Callad, que sois un ignorante. »

El colegio de abogados se lastimó vivamente con esta injuria hecha á uno de sus individuos y decidió que el rector fuera con una diputacion á exponer sus quejas al primer presidente. Cuando entró esta diputacion en el gabinete del magistrado, le dijo á éste el rector del colegio, con la ruda franqueza de aquel tiempo : « Habeis injuriado á un hombre mas sabio que vos. — Es verdad, contestó al punto el primer presidente, que siendo muy leal para negar su falta, deseaba repararla; yo no conocia todo el mérito del señor Dumoulin; soy culpable, lo reconozco. »

Reconocimiento de un defecto y correccion de él.

Alfonso IV, rey de Portugal, se entregaba con excesivo ardor al placer de la caza, y sus favoritos fomentaban su gusto dominante. Así perdia en ejercicios inútiles un tiempo precioso que hubiera debido consagrar á los negocios del Estado.

Un dia que su presencia era indispensable en Lisboa, entró en la sala del consejo con la impetuosidad de un jóven cazador y se puso á referir alegremente los varios incidentes de sus últimas cacerías á los cortesanos reunidos en torno suyo. Cuando acabó de hablar, un respetable anciano consejero, le dijo : « Señor, permitid que os hable con franqueza :

« Cuando un súbdito cualquiera se ocupa en sus placeres en vez de pensar en sus negocios, solo perjudica sus propios intereses; pero cuando un rey abandona el cuidado de la cosa pública para correr exclusivamente en pos de vanos placeres, causa entónces la ruina de todo un pueblo. No nos hemos juntado aquí para oir proezas de cazador. Os rogamos que en adelante consagreis la mayor parte de vuestro tiempo al cumplimiento de los deberes que Dios os ha impuesto, pues la caza y demas diversiones no tienen derecho mas que á vuestros momentos perdidos. » Al oir unas palabras tan atrevidas, se puso Alfonso pálido de cólera, pero dominando al punto este primer movimiento, y haciendo un generoso esfuerzo sobre sí mismo, reconoció la cordura de las reconvenciones del anciano consejero.

« Razon teneis, contestó el rey, y os agradezco vuestras sábias advertencias. Acordaos que desde hoy, no soy ya Alfonso el cazador, sino Alfonso, rey de Portugal. » Cumplió, en efecto, su palabra el príncipe y fué uno de los soberanos mas activos de su siglo.

Reparacion honorífica.

La víspera de una batalla los soldados alemanes al servicio de Enrique IV, obligaron á su coronel á que fuese á pedir al rey el sueldo que se les debia. El soberano respondió : « ¡Cómo, coronel! ¿Es digno de un hombre de honor venir á pedir dinero cuando se han de recibir órdenes para pelear? » El coronel se retiró sumamente avergonzado y se encerró en su tienda para devorar en silencio esta bochornosa reconvencion. Al dia siguiente, al ir á empeñar el combate, acordándose Enrique de la durísima contestacion que dió al pundonoroso coronel, fué á verle y le dijo : « ¡Coronel! la batalla va empezar y quizá sucumba yo en ella. No es justo que me lleve conmigo el honor de un valiente soldado como vos : por tanto declaro que os conozco por un hombre de bien é incapaz de una cobardía. » Diciendo esto le abrazó con efusion. — « ¡Ah, señor! respondió el coronel derramando lágrimas; al devolverme el honor que me habiais arrebatado, me quitais la vida, pues me consideraria indigno de ella si no la sacrificase hoy en vuestro servicio. » El valiente coronel se cubrió de gloria en aquella batalla, muriendo en ella con las armas en la mano.

Extravío y arrepentimento.

Feliz el que conserva siempre la inocencia! ¡Dichoso tambien el que habiéndola perdido entra en la senda de la virtud por medio del arrepentimiento!

San Juan Evangelista[1], de regreso de Pathmos[2], se hallaba, como anteriormente, animado de una caridad divina. Habiendo reparado en un jóven cuya fisonomía cándida y pura anunciaba la inocencia : « Tomad á este mozo

1. Uno de los apóstoles llamado el *Discípulo querido*; murió en 101.
2. En la costa de Asia, á donde fué desterrado San Juan y escribió en él el *Apocalipsis*.

bajo vuestra proteccion, dijo al obispo, y velad por él atentamente. »

El obispo se encargó del jóven y le instruyó; pero demasiado confiado en su discípulo, no le vigiló con bastante severidad. La libertad fué muy funesta para él, pues seducido por dulces lisonjas, se disgustó del trabajo, dejándose arrastrar por perversas ilusiones y por los encantos de una peligrosa independencia. Ultimamente reunió á todos sus camaradas y metiéndose con ellos en la selva, se hizo capitan de bandoleros.

Cuando volvió san Juan á aquella tierra, lo primero que hizo fué preguntar por el que llamaba su hijo : « Murió, contestó el obispo bajando los ojos. — ¿Cuándo y cómo murió? volvió á preguntar san Juan. — Ha muerto para Dios, pues, no puedo decir sin llorar que se ha hecho bandolero. — ¿Dónde esta? — En la montaña. — ¡Es preciso que yo le vea! » exclama el apóstol partiendo al momento.

En cuanto llegó á la entrada del bosque, cayó Juan en manos de los bandidos, como lo deseaba : « Llevadme ante vuestro jefe, » les dijo. Lleváronle en efecto, y al verle, el jóven capitan se queda parado y vuelve la cara para no mirarle : « ¡No huyas, hijo mio, no huyas de tu padre! Te he prometido al Señor y debo responder de tí; si lo exiges, consiento en sacrificar mi vida por tí, pero no puedo abandonarte; he tenido confianza en tí, te debo á Dios y respondo de tí con mi alma. »

El mozo se arroja al cuello del apóstol derramando copiosas lágrimas y permanece mudo é inmóbil, sin dar mas respuesta que su llanto de amargura.

El apóstol abraza con ternura á su hijo sinceramente arrepentido; se lo lleva léjos de la montaña y de sus compañeros y purifica su corazon con dulces y santas palabras.

Desde entónces vivieron largos años íntimamente unidos, y el mozo se hizo digno de que el apóstol depositara en su corazon las expansiones de su alma.

Crímen y expiacion.

[1809.]

Entre Arezzo y Florencia, en medio de los Apeninos, se halla situada la célebre abadía de Vallombrouse rodeada d espesos bosques de negros abetos. Arriba de la abadía y á una grande altura hay una ermita desde la cual se descubre un inmenso paisaje que se extiende por un lado hasta el Mediterráneo y por el otro hasta el golfo Adriático.

En esta ermita habita un solitario que pasa allí todo el año haciendo ejercicios de la mas austera penitencia; tiene un jardinito, y una fuente que mana de la cumbre del peñasco le sirve para regar algunas legumbres y flores. Pero las nieves que no tardan en acumularse en las estrechas gargantas de los Apeninos, hacen impracticables todos los caminos de la abadía, y el pobre ermitaño permanece entónces muchos meses como sepultado en aquel retiro, sin la menor comunicacion con los vivos.

Caminando una noche dos viajeros por las montañas, se encontraron de súbito sorprendidos por una tempestad, y tuvieron que buscar asilo en la ermita. Uno de ellos era un

artista frances y el otro un italiano amigo suyo; llamaron apresuradamente y en seguida llegó el ermitaño á abrirles la puerta; encendió leña para que secaran sus vestidos y les ofreció una cena frugal que su hambre halló excelente.

El sitio era sombrío, alumbrado apénas por una clarabova demasiado alta; la cabeza del ermitaño, iluminada solo por la llama del hogar, demostraba un carácter tan enérgico y pintoresco, que inspiró al artista el deseo de tomar un boceto.

No costó poco trabajo para que el solitario consintiese en dejar hacer su retrato; pero decidióse por fin y tomando su posicion acostumbrada, esto es, el cuerpo algo encorvado y las manos cruzadas con el rosario, manifestó entónces en su fisonomía la tranquilidad y recogimiento propios de un piadoso solitario. Mas habiendo recaido la conversacion sobre la guerra que en aquel tiempo desolaba el norte de Italia, levantó la cabeza, sus ojos se animaron y el compañero del artista frances reconoció en aquel semblante, que se encubria con el hábito del anacoreta, un hombre de elevada clase que, en un momento fatal, habia cometido un asesinato: á su vista no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

« Veo que me habeis conocido, le dijo el ermitaño. En mí teneis un delincuente; si la justicia humana me ha perdonado, no por eso olvido mi delito. Afortunadamente, cuando el remordimiento iba á echarme en brazos de la desesperacion, la religion me abrió los suyos y me ha salvado. Repartí todos mis bienes en los establecimientos de beneficencia, y vine á sepultarme en este desierto, donde vivo de mi trabajo. Ofrezco á Dios mi arrepentimiento y confio en su misericordia infinita. »

EMULACION.

Aunque parece que hay alguna semejanza entre la envidia y la emulacion, hay tanta distancia entre ellas como la que media entre la virtud y el vicio. (LA BRUYÈRE.)

La emulacion es un sentimiento voluntario, valeroso, sincero, que fecunda el alma, haciendo que se aproveche de los grandes ejemplos, ensalzándola á veces por encima de lo que admira. (EL MISMO.)

Las alabanzas á que se hacen acreedoras las almas fuertes y elevadas, aumentan su vigor y su poder; se avergonzarian si no fueran fieles á su gloria y no la dieran mas lustre con acciones cada vez mas sublimes. (*Moralistas antiguos.*)

Emulacion apasionada.

Cuando se hallaba san Agustin[1] retirado en un campo con algunos amigos, instruia á dos jóvenes llamados Licente y Frigecio. Habia establecido pláticas regulares en las que les hacia hablar sobre diferentes asuntos; cada uno de ellos defendia sus ideas y contestaba á las objeciones, escribiendo ámbos todo lo que decian. Un dia se le escapó á Frigecio una respuesta que no era del todo conforme con la verdad, y que él deseaba no ver escrita. Licente, por su parte, instó con calor para que se escribiera, mediando entre ámbos contestaciones algo vivas.

San Agustin amonestó con severidad á Licente, cuyas mejillas se encendieron de rubor, pero Frigecio viendo la confusion y vergüenza de su competidor no pudo disimular su júbilo. Entristecido el santo al ver el secreto despecho del uno y la maligna alegría del otro, exclamó: « ¿Así es como os conducís? ¿Es ese el amor de la verdad y la virtud que hace un instante creia yo que poseíais y del que yo me gloriaba? ¡Ah! ¡Qué pena tan cruel me habeis causado! » Y al decir estas palabras se le arrasaron los ojos de lágrimas.

« Si creeis tenerme algun cariño, añadió, lo único que os pido es que seais buenos y continueis siendo amigos. »

Enternecidos los discípulos, no pensaron sino en consolar á su maestro con su arrepentimiento presente y sus promesas sinceras para lo sucesivo.

Acaso habrá quien diga que la falta de ámbos jóvenes no merecia que el maestro se conmoviera de tal suerte,

1. Uno de los mas ilustres padres de la Iglesia, que fué obispo de Hipona, en Africa, ciudad conocida hoy con el nombre de Bona. Falleció en 430.

porque ordinariamente es lo que acontece en esos casos; y que el vituperar la vivacidad y el sentimiento es apagar el amor al estudio y embotar el aguijon tan necesario en esa edad.

Ne pensaba así san Agustin, cuyos conatos se encaminaban á contener la emulacion en sus justos límites é impedir que degenerara en orgullo; bien léjos estaba su ánimo de querer reemplazar estas disposiciones por otras no ménos religiosas, cuales son la pereza y la indolencia. « ¡Qué desconsuelo seria el mio, decia, si no pudiera corregir los vicios de mis discípulos sino con otros nuevos! »

La envidia y la noble emulacion.

[Siglo XVII.]

Un jóven llamado Guidotto, discípulo de una de las escuelas de pintura mas célebres de Italia, presentó un cuadro que obtuvo grande éxito. Los maestros le elogiaron y declararon unánimamente que si continuaba aquel jóven como habia empezado adquiriria gran reputacion. Dos de sus condiscípulos miraron el cuadro de modo bien distinto. Brunello, discípulo mas antiguo que Guidotto, y que ya tenia alguna fama, vió su amor propio ajado por la superioridad del jóven artista; le parecia que los elogios que obtenia su émulo, eran como una usurpacion á su talento, y desde entónces deseó que perdiera el renombre que acababa de adquirir.

No pensaba así Lorenzo, otro jóven de la misma escuela que llegó á ser uno de los admiradores mas sinceros de Guidotto, y que deseando con ansia llegar algun dia á la misma altura que él, le tomó por modelo y cifró toda su ambicion en seguir sus huellas, entrando con pasion en la via del progreso. Durante algun tiempo fué poco afortunado en sus tentativas, pero no por eso desmayaba. « ¡Qué léjos estoy aun de Guidotto! exclamaba; pero por fin tuvo la satisfaccion de notar que comenzaba á salir bien con su empeño, y habiendo sido muy aplaudido por una de sus

obras, dijo entónces entre sí : « ¿Por qué no podré yo algun dia ponerme al nivel del émulo á quien admiro y respeto? » Entretanto Guidotto continuaba con éxito sus trabajos y Brunello, que por algun tiempo le disputó la palma, abandonó la lucha y se contentó con exhalar los sarcasmos de la envidia y la exageracion de la crítica apasionada.

Era costumbre en aquella época que cada discípulo expusiera un cuadro cierto dia en el salon destinado al efecto, donde examinadores nombrados por personas peritas en la materia, concedian un premio á la obra que mereciera su aprobacion.

Con este objeto, habia preparado Guidotto un cuadro que excedia á todas sus obras anteriores y le concluyó la víspera de la exposicion; solo le faltaba dar algun realce á los colores por medio de un barniz transparente.

El envidioso Brunello tuvo suficiente destreza para verter en el frasco que contenia el barniz, algunas gotas de una composicion cáustica, cuyo efecto debia ser destruir completamente la frescura y brillo de la pintura. Guidotto dió á su cuadro una capa de este barniz por la noche, alumbrado por una bugía, y ántes de amanecer colocó su cuadro en el sitio que le estaba señalado. Latiéndole el corazon puso Lorenzo su obra en la exposicion, cuadro que habia concluido con sumo cuidado, esperando, á pesar de su modestia, que no seria inferior á los primeros trabajos de Guidotto.

Sonó por fin la hora tan deseada; llegan los jueces del concurso, ábrese el salon, descórrense las cortinas y los cuadros reciben la luz del modo mas favorable. La atencion del público se dirige desde luego hácia el de Guidotto, pero en lugar de la obra maestra que se esperaba, lo que se presenta á su vista es un lienzo deslucido y manchado; todos los espectadores decian á un tiempo : « ¡Cómo! ¿Es esta la obra del primer artista de esta escuela? » El desdichado Guidotto se acerca, y al ver la horrible transformacion que habia sufrido su obra favorita, exclama desesperado : « ¡Me han perdido! » El miserable Brunello se

gozaba en su dolor, pero Lorenzo, en cambio, participaba de él. « ¡Esto es un infamia! ¡Es un crímen! gritaba, este no es el cuadro de Guidotto; yo le he visto y puedo asegurar que su colorido era tan perfecto como el dibujo. »

Todos los concurrentes participaron del dolor de Guidotto, pero no se pudo adjudicar el premio á un cuadro en semejante estado.

Examinados que fueron los demas, obtuvo la preferencia el de Lorenzo, que era artista poco conocido; pero al recibir éste el premio, se llegó á Guidotto y ofreciéndosele, le dijo : « Tomad lo que por vuestro mérito hubiérais obtenido si la envidia no hubiese trabajado vilmente contra vos; cifro mi gloria en seguir vuestros pasos, y si en lo sucesivo consigo igualaros, lo deberé á mis nobles esfuerzos, pero jamas á fraudes indignos. »

Tan noble proceder causó el mayor placer á los jueces y concurrentes, por lo que se decidió, á pesar de la resistencia de Guidotto, que éste conservara el premio que le cedia el jóven émulo, adjudicando á Lorenzo otro de igual valor.

ELECCION DE LAS PERSONAS CON QUIENES SE TRATA.

La compañía de los hombres de bien es un tesoro. (*Moralistas orientales.*)

El trato con las personas honradas es lo que mas predispone el alma á las ideas nobles, deshace las dudas y destierra las malas inclinaciones; sus palabras, su vista sola, tiene tal influjo, que penetran hasta el fondo y nos sirven de preceptos. (*Moralistas antiguos.*)

Los buenos ejemplos preparan las almas al bien; de ellos se exhala una emanacion saludable y vivificante; es un aire puro que nos da salud y fortaleza. (LEBRUN.)

Mas vale la soledad que la compañía de los malvados, ó como se dice vulgarmente, mas vale solo que mal acompañado (*Moralistas orientales.*)

Dime con quién andas y te diré quién eres. (*Adagio popular.*)

Las buenas compañías.

Saadi[1], poeta persa, demuestra en el siguiente apólogo el

1. Floreció en el siglo XIII.

benéfico influjo que tiene para el hombre el trato de personas honradas.

« Paseándome un dia, tomé una hoja medio seca que se encontraba á mis piés : despedia un olor agradable que aspiré con delicia : « Tú que exhalas perfume tan suave, le » dije, ¿eres rosa?

« — No, me respondió, no soy rosa; pero he vivido algun » tiempo con ellas y de ahí procede el perfume que ha lle» gado hasta tí. »

Las malas compañías.

Un filósofo encontró á un jóven acompañado de otro camarada suyo conocido por sus vicios. Avergonzóse el primero de hallarse en tan mala compañía, y el rubor se mostró en sus mejillas. « ¡Valor, hijo mio! le dijo el sabio, me alegro de ver en tu rostro esa muestra de pudor; pero valdria mas que te acompañases con personas de quienes no tuvieras que avergonzarte ante la sociedad. »

Funestos efectos de las malas compañías sobre la juventud.

Santiago, niño de catorce años, tuvo la desgracia de perder á su padre, quien, si hubiera vivido, seguramente le habria impedido frecuentar malas compañías : su madre no podia vigilarle del mismo modo. Sin embargo, le habia prohibido expresamente que concurriera á una posada que estaba á la salida del lugar, y razon tenia en prohibírselo, porque aquel sitio estaba siempre lleno de muchachos perversos y criados viciosos.

Olvidando un dia la prohibicion de su madre, se acercó Santiago á la posada, y mirando al patio vió un zagal y un mozo de mulas, de poca mas edad que él, que jugaban con cuartos á cara y cruz.

A poco oyó que decia el zagal : « Cuando me puse á jugar no tenia mas que un cuarto y ya tengo ocho, » y al

mismo tiempo hacie sonar las monedas en el bolsillo de su chaqueta.

Acordóse Santiago de que tenia en el bolsillo un cuarto que su madre le habia dado, y le entró tentacion de ponerse á jugar con los otros jóvenes.

Iba á entrar en el patio, pero le detuvo el recuerdo de que su madre le habia prohibido ir á aquel sitio, así como jugar dinero.

Mas al fin la tentacion triunfó de su voluntad.

Entró, y dirijéndose al mozo de mulas, le preguntó si queria jugar con él, en lo que consintió el otro; despues de haber jugado por espacio de dos horas, Santiago habia ganado tres cuartos que gastó en cerezas, y se sentó en el banco de la posada para comérselas tranquilamente. En tanto que comia oyó al zagal y al mozo que hablaban entre sí; sus dichos groseros y sus malos modales le disgustaron y le infundian miedo, pues todavía no estaba pervertido.

Pero poco á poco, acostumbrándose á su lenguaje y á sus maneras, concluyó por imitarlos.

Casi todos los dias, en vez de ir á la escuela, se iba al patio de la posada donde pasaba horas enteras; ya no le asustaba el vicio, y se acostumbró á jugar, á mentir y á jurar como los otros. Por la noche decia á su madre que venia de la escuela, y al dia siguiente decia á su maestro que habia estado ayudando á su madre en sus faenas. Para colmo de desgracia, trabó íntima amistad con el mozuelo con quien jugó la primera vez, el cual era de los peores del pueblo.

A fuerza de jugar con él, habia llegado Santiago á deberle tres pesetas, que para él eran una suma considerable. El mozo le pedia el dinero con el objeto de ir al otro dia á una fiesta que habia en una aldea próxima, donde esperaba divertirse y queria llevarse consigo á Santiago; mas para ello necesitaba dinero y éste no tenia.

Santiago le dijo que pediria prestada esta cantidad á uno de sus camaradas llamado Enrique, que era un modelo de prudencia y buena conducta, á quien por trabajar todos

los jueves en una fábrica, sus padres le dejaban el dinero que ganaba así, y que él iba guardando para comprar vestidos á su hermana el dia que hiciera su primera comunion.

Pidió, pues, Santiago las tres pesetas á Enrique, quien no quiso prestárselas, conociendo que era para malgastarlas.

Cabizbajo y entristecido volvió Santiago á contárselo al mozo de mulas, quien montando en cólera le dijo : « Es preciso que me pagues; si Enrique no quiere prestarte las tres pesetas, tómalas sin que él lo sepa, pues tú debes saber dónde guarda su dinero. Toma las tres monedas y pasado mañana las volverás á poner en el mismo sitio, porque mañana jugaremos en la feria y estoy seguro de que ganaremos. »

Esta proposicion causó espanto á Santiago, quien contestó : « Sí, yo sé que Enrique guarda su dinero en un tiesto medio roto, en un rincon de la cuadra donde duerme, cerca de una vaca que es de su madre; pero lo que me propones es horrible y no lo haré. »

Burlóse el mozuelo de sus palabras y ridiculizó sus escrúpulos de tal modo que el desdichado Santiago cayó al fin en el lazo, y se concertaron para efectuar juntos aquella misma noche su odioso atentado.

Así es como las malas compañías pueden conducir á toda clase de crímenes.

A eso de media noche oyó Santiago que llamaban á su ventana con precaucion; era la señal convenida. La idea de la accion que iba á cometer le hizo temblar. Se quedó inmóbil, cubrióse la cabeza con las sábanas, hasta que oyó el segundo golpe. Entónces se levanta, se viste, y abre la ventana que estaba casi al nivel de la calle. « ¿Estás listo? » le dijo el mozuelo con voz sorda. Santiago no contestó, pero saliendo por la ventana, siguió á su desalmado compañero.

Llegan á la puerta de la cuadra; negras nubes oscurecian la luna en aquel instante, sumiéndoles en espesas tinieblas. « ¿En dónde estamos? » decia Santiago, que

trataba de afirmar su paso vacilante apoyándose en la pared, « ¿en dónde estás? habla. »

Al decir esto, alargó la mano y el perverso muchacho la agarró. « ¿Es en efecto tu mano? » dijo á Santiago, « está fria como mármol. »

— Vámonos, respondió Santiago, todavía es tiempo.

— Nó, contestó el otro abriendo la puerta; estás ya muy adelantado para retroceder; » y al mismo tiempo empujó hácia la cuadra á Santiago que temblaba de piés á cabeza, y aunque sabia dónde estaba el tiesto, no podia dar con él. Temia sobre todo que despertara Enrique; creia oir á cada momento pasos y voces, y se le helaba la sangre en las venas; por último halló el tiesto y lo llevó á la puerta con todo el dinero que en él habia.

En aquel mismo instante, se desvaneció la nube que tapaba la luna y apareció con todo su brillo el astro de la noche.

« Escapemos cuanto ántes, » dijo el mozo de cuadra arrebatando el tiesto de las trémulas manos de Santiago. « ¡Santos cielos! exclamó éste, ¿quieres acaso apropiártelo todo? ¿No me has dicho que no querias tomar mas que tres pesetas para devolverlas pasado mañana sin falta? » — ¡Calla! » replicó el otro; y andando siempre sin hacer caso de su camarada, añadió: « si he de ir á una casa de castigo, no quiero que sea por solas tres pesetas. »

A estas razones se le heló á Santiago toda la sangre y se le erizaron los cabellos. Ni una palabra mas se dijeron. Santiago se metió en su cuarto, miéntras que su cómplice se llevaba el dinero. El imprudente muchacho sufrió cruelmente todo el resto de la noche; cada vez que procuraba dormir, se agolpaban á su imaginacion mil cavilaciones y el menor ruido le hacia estremecer; osaba apénas respirar y pensaba que no llegaria nunca el dia; pero cuando amaneció y empezaron á cantar los pájaros, sintióse aun mas desgraciado.

Era un domingo y la campana tocaba á misa. Todos los muchachos del pueblo, con sus vestidos de los dias de

fiesta, llegaban en tropel á la puerta de la iglesia, con la inocente alegría propia de su edad, y Enrique, el mas juicioso de todos, era tambien el mas alegre. No sospechaba el hurto que le habian hecho, porque en cuanto se levantó solo pensó en rogar á Dios, no en ir á visitar su dinero.

En medio de todos aquellos niños tan alegres, solo Santiago estaba triste y taciturno. Enrique se le acercó sonriéndose, y al verle Santiago se puso pálido como la muerte, alejándose, velozmente de su lado para evitar sus miradas.

La idea de su crímen le atormentaba y se figuraba que cada cual podia leerlo en su semblante: le parecia que todos los que pasaban junto á él le miraban diciéndole: « Ese es un ladron. »

A veces queria volver al lado de Enrique y confesarle su crímen, pero la vergüenza le arredraba.

Al salir de misa se fué á la posada y encerróse allí por un instante con su cómplice, que en vano se esforzó en desvanecer sus terrores. Repartiéronse, sin embargo, el dinero, metióse cada uno la mitad en el bolsillo y partieron juntos á la fiesta del pueblo vecino.

Entretanto Enrique, despues de haber oido misa fué á visitar su modesto caudal, y cuando vió que se lo habian hurtado se echó á llorar amargamente. A sus gritos y sollozos acuden sus padres, y Enrique, abrazándoles, les dice: « ¡ Qué desgraciado soy! Me han quitado todo el dinero que habia ahorrado para mi hermana. ¡Estaba tan contento de ver que lo habia ganado con mi trabajo!... ¡Esperaba daros este gusto, así como á ella!...»

Todas las personas que salian de la iglesia, se pararon delante de la casa de Enrique y todo el mundo participaba de su dolor. Preguntáronle de cuánto se componia su tesorillo, y él respondió: « ¡ Ay! Consistia en unas piezas de á cincuenta céntimos y de varias pesetas que me daban todos los jueves en la fábrica. A medida que las recibia, me entretenia en grabar en ellas un número con la punta de mi navaja. La primera que recibí lleva el número 1 y así

sucesivamente las demas. Habia cuarenta, que juntas hacian treinta pesetas.

En aquel momento pasó por allí una buena mujer, lechera del pueblo vecino, la cual iba á la ciudad á vender leche; abrióse paso con bastante trabajo, por entre el gentío y dijo á los padres de Enrique:

« ¿No están Vds. hablando de unas monedas de cincuenta céntimos que han sido perdidas ó robadas? En este mismo instante acaban de darme una que lleva el número 3. Mírenla Vds. ¿Es esta? »

Y presentó, en efecto, una moneda que Enrique reconoció por suya. Una voz general preguntó á la lechera quién se la habia dado, y ella contestó:

« Aun no hace un cuarto de hora, cuando entré en el pueblo, hallé á dos muchachos al volver de una esquina; iban tan atolondrados que tropezaron conmigo y me hicieron caer un cántaro de leche. A mis gritos y reclamaciones, contestó el mayor con injurias, pero el mas jóven, sacando una moneda, me la dió y ámbos se alejaron corriendo. Dejólos ir, porque la moneda que me dieron es poco mas ó ménos el precio de la leche que derramaron.

Preguntaron entónces todos á la lechera: « ¿Conoceis á esos muchachos? ¿Habeis visto donde se dirigian? »

— Conozco al mayor; lleva una chupa encarnada y es el mozo de cuadra de la posada, pero no sé quién es el otro. Han echado por el camino del pueblo donde hay una fiesta hoy, y si correis los alcanzareis pronto. »

Nadie dudó que aquellos dos muchachos fuesen los ladrones y todos admiraban y bendecian á la Providencia, que permitió que se descubriese tan pronto á los culpables. Ocho ó diez mozos echaron á correr en busca suya y los demas habitantes del lugar se quedaron al lado de Enrique, mirando todos hácia el paraje por donde presumian que traerian á los raterillos. En efecto, al cabo de media hora varias personas que se habian adelantado volvieron gritando: « ¡Ahí están! ¡ahí están! »

Casi al mismo tiempo llegaron los mozos arrastrando

por fuerza al de la chupa encarnada, que luchaba en vano contra ellos, y á Santiago que les seguia cabizbajo, sollozando y la cara medio tapada por la gorra calada hasta los carrillos. Por mas que sollozaba, nadie le conoció hasta que le quitaron la gorra. Enrique, al verle, prorumpe en un grito de dolor, y el arrepentido Santiago cae de rodillas confesando con voz ahogada por el llanto su delito con todas las circunstancias.

Todos le compadecian sin disculparle: « Tan jóven y ya delincuente, decian. ¡Desgraciado! ¿Quién te ha inducido á cometer una accion tan baja? ¡Las malas compañías! »

Los padres agarraban á sus hijos de la mano y estrechándoles contra su corazon, exclamaban: « ¡Loado sea Dios! ¡Nuestros hijos no son culpables! Mirad, niños, lo que resulta de juntarse con los malos! »

Registraron á los ladronzuelos y hallaron en sus faltriqueras las monedas hurtadas, ménos la pieza de cincuenta céntimos que la lechera habia recibido y dado á Enrique. Este queria que perdonasen á Santiago, pero el alcalde no quiso: « Mas vale, decia, que vaya ahora á una casa de correccion, para evitar que le envien mas tarde á presidio. »

El mozo de cuadra, aunque sumamente abatido, trataba de defenderse echando toda la culpa á Santiago y sosteniendo que era él quien le habia inducido á cometer el hurto; pero nadie le creia. Este miserable, que se hallaba en estado de reincidencia, fué sentenciado á cuatro años de cárcel. A Santiago le metieron en una casa de correccion, donde permaneció dos años; al cabo de este tiempo volvió al pueblo muy enmendado, se condujo en lo sucesivo siempre bien, y mereció que Enrique le devolviera su amistad.

INSTRUCCION, ESTUDIO.

Si reservais, cada dia, algunos ratos para la lectura, sin que la distraiga ninguna otra diversion ó negocio, os admirareis de los progresos que habreis hecho al cabo del año. (B.)

El estudio disipa el fastidio, distrae de las penas, calma el dolor y anima y acompaña en la soledad. (SEGUR.)

Si el divertirse es un bien, el instruirse lo es todavía mayor. La lectura, que reune estos dos beneficios, se parece á un fruto delicioso y nutritivo á un mismo tiempo.

Los buenos libros son la esencia de los mayores talentos, la flor de sus conocimientos y el fruto de sus largos desvelos; el estudio de una vida entera puede recogerse en algunas horas, y es un gran socorro.

Los libros son para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. (*Varios autores.*)

Petrarca [1].

Los amigos de Petrarca le escribian frecuentemente para disculparse por qué no iban á verle: «¿Cómo hemos de vivir contigo? le decian, ¡la vida que llevas en Vaucluse es tan extravagante! En invierno te quedas en tu rincon como un buho y en verano no haces mas que correr por los campos.» Petrarca, riendo de estas observaciones, respondia: « Esa gente mira como un bien supremo los placeres del mundo y no concibe que uno se aparte de ellos. Pero yo tengo amigos cuyo trato es muy amable para mí, amigos de todos los siglos y países, que se han ilustrado en la guerra, en los negocios públicos y en las ciencias [2]. Con ellos no tengo que incomodarme para nada y están siempre á mi disposicion, pues les mando venir y les despido cuando me place. Léjos de importunarme, responden á mis preguntas. Unos me cuentan los sucesos de los siglos pasados y otros me revelan los secretos de la naturaleza; éste me enseña el modo de vivir y morir bien y aquel calma mis enojos con su jovialidad. Hay tambien algunos que endurecen mi alma contra los sufrimientos, enseñándome á despreciar mis deseos y á soportarme á mí mismo; en fin, me llevan por la senda de la ciencia y de las artes, satisfaciendo todo cuanto necesita mi pensamiento. En

1. Célebre autor italiano que vivia ordinariamente en Vaucluse, cerca de Aviñon, donde los papas tenian entónces su residencia. El valle de Vaucluse, donde hay una hermosa fuente, ha dado su nombre al departamento. Petrarca murió en 1374.

2. Fácilmente se comprende que Petrarca designa así á los autores de cuyas obras se componia su biblioteca.

cambio de tantos favores, no piden mas que un modesto cuarto donde se hallen al abrigo del polvo. Cuando salgo, me los llevo conmigo por las sendas que recorro, y la tran-

Petrarca.

quilidad de los campos les gusta mas que el bullicio de las ciudades. » No es, pues, extraño que Petrarca cayese enfermo cuando cesaba de leer ó de escribir ó cuando no podia meditar sobre las lecturas en los valles solitarios junto á una fuente cristalina, sentado en una roca ó en la cuesta de la montaña. En el curso de sus frecuentes viajes, estudiaba y escribia en cualquier parte donde se paraba. Uno de sus amigos, que era obispo de Cavaillon, temeroso

de que el ardor con que trabajaba el poeta acabase de arruinar su quebrantada salud, le pidió un dia la llave de su biblioteca. Diósela Petrarca sin preguntar á su amigo para qué la queria. El buen obispo encerró en esta biblioteca libros y escritorios, diciéndole : « No se trabaja aquí en diez dias. » Prometió Petrarca obedecer, no sin un violento esfuerzo. Halló tan largo el primer dia, que creyó que nunca acabaria; en el segundo tuvo un contínuo dolor de cabeza, y al tercero hubieron de devolverle la llave.

Bossuet [1].

La aplicacion de Bossuet al estudio era increible. Todas las noches dejaba encendida una vela á su lado, y despues del primer sueño, que solia durar cuatro horas, se levantaba, aun en medio de los frios mas rigorosos, rezaba sus oraciones y se sentaba en seguida á su bufete para trabajar, hasta que no pudiendo mas, se volvia á acostar. Siguió constantemente este género de vida, aun en sus viajes, hasta una edad muy avanzada.

Así fué como este gran prelado, sin dejar de cumplir con los importantes deberes que tenia á su cargo, llegó á componer tantas y tan hermosas obras, y adquirir al propio tiempo una erudicion tal, que con dificultad se concibe cómo pudo leer todo lo que aprendió y escribir lo que compuso.

La Luzerne [2].

Otro ilustre prelado, el cardenal de la Luzerne, no fué ménos notable por su incansable pasion por el estudio, pues hasta la edad de ochenta años continuó instruyéndose y componiendo al mismo tiempo obras muy útiles. Conservó toda su vida la regla del seminario, levantándose

1. Obispo de Meaux. Fué uno de los prelados mas grandes y uno de los escritores mas ilustres que ha habido en Francia. Murió en 1704.
2. Murió en 1821.

todos los dias á las cuatro de la mañana, sin encender nunca lumbre por mas frio que hiciese, y empezando á trabajar inmediatamente. Ni en el destierro, ni en viaje interrumpió jamas esta útil y enérgica práctica.

Sofía Germain.

Esta mujer llegó á colocarse por su amor al estudio entre los primeros matemáticos del siglo XIX. En medio de la intranquilidad á que daba orígen la revolucion francesa y que preocupaba el ánimo de su familia, quiso Sofía, aunque solo contaba catorce años, crearse una ocupacion activa y consecuente para precaverse contra sus temores sobre el porvenir. La casualidad puso en sus manos una obra intitulada: *Historia de las Matemáticas*, donde leyó la relacion de la muerte de Arquímedes [1], á quien ni la toma de Siracusa, ni la espada del soldado levantada sobre su cabeza, pudieron distraer de sus meditaciones. La niña hizo al punto su eleccion, y sin otro maestro ni mas guia que un tratado elemental de matemáticas que encontró en la biblioteca de su padre, se puso á estudiar con ardor esta ciencia, superando todos los obstáculos que su familia opuso al principio á un gusto que no parecia deber convenir ni á su edad, ni á su sexo.

Levantábase Sofía á media noche con un frio tan riguroso que la tinta llegó á helarse en el tintero: entónces trabajaba abrigada con las mantas de la cama y á la luz de una lamparilla, pues, para obligarla á que descansase, la quitaban la lumbre del cuarto, sus vestidos y las velas. Por último, en vista de su decidida vocacion, cesaron de violentarla, y Sofía Germain llegó á ser famosa por su talento en las matemáticas, en las cuales ganó varios premios concedidos por la Academia de ciencias. Murió en 1831.

1. Gran matemático de la antigüedad. Estaba tan absorto en el estudio, que cuando los romanos tomaron por asalto á Siracusa (212 años ántes de J. C.), donde él se hallaba, ni siquiera notó la entrada de los enemigos.

Adriano Florent.

A mediados del siglo xv, distinguíase entre los estudiantes de la Universidad de Louvain, ciudad de Bélgica, el jóven Adriano, hijo de un tejedor de Utrecht, en Holanda.

Estudiaba Adriano con una perseverancia infatigable. A veces sus ojos apesgados y su cuerpo rendido de cansancio, le obligaban á interrumpir sus tareas; pero el amor al estudio reanimaba en breve sus fuerzas. Ansioso de toda clase de instruccion, iba á adquirirla á las fuentes de todas las ciencias.

Los maravillosos adelantos del jóven Adriano, no tardaron en excitar los celos de los demas estudiantes, sobre todo de los mas ricos y ménos aplicados.

A poco se descubrió que cada dia, al anochecer, salia furtivamente Adriano de la Universidad y que tomando constantemente una misma direccion, no regresaba jamas sino despues de media noche. Tambien notaron que inventaba siempre algun pretexto para que sus condiscípulos no le acompañasen en sus excursiones.

Una noche algunos de ellos le siguieron lisongeándose con la idea de hallarle culpable de algunos graves desórdenes; pero notando él que le seguian, pudo burlar la curiosidad de sus enemigos. Estos continuaron paseándose por la ciudad, esperando que alguna feliz coyuntura les haria descubrir las huellas del que buscaban. Como era ya cerca de media noche, les ocurrió visitar ántes de retirarse los alrededores de la iglesia de San Pedro, no con la esperanza de hallarle, sino para que su exploracion fuese completa.

Al llegar cerca de la iglesia, que es uno de los edificios mas hermosos é imponentes de los Países-Bajos, un estudiante dice de repente á sus compañeros: « Deteneos, que si no me engaño, veo bajo el pórtico una figura humana que permanece inmóbil junto á una lámpara. » Diciendo esto se adelanta poco á poco hácia el bulto que llamaba su curiosidad, seguido de sus compañeros, y al débil resplan-

dor de una lamparilla que ardia bajo el pórtico de la iglesia, perciben á un hombre inclinado sobre un libro. Un ligero reflejo de la lámpara alumbraba su rostro, que estaba pálido y cansado: « ¡Es Adriano! » exclaman á un tiempo todos, y en efecto era él. Al verse sorprendido, alza la cabeza y se pone encarnado como el carmin, pero serenándose en breve adelantóse hácia sus camaradas y les dijo: « El misterio está aclarado, puesto que ya lo sabeis todo; soy muy pobre para comprarme una vela y de cuatro meses á esta parte continúo mis estudios aquí ó en la esquina de una calle ó en cualquiera otra parte donde hallo luz. — ¿Pero, cómo puedes soportar el frio? ¿Cómo no te has helado? » le dijo uno de sus compañeros. Sonrióse Adriano, y tomando con su mano ardiente la de su condiscípulo: « ¿Tengo frio? le responde; y poniendo luego esa misma mano sobre su corazon: aquí hay algo, dijo, que arrostra el frio lo mismo que vuestra burla. » Nadie osó hacer mofa de él; muy al contrario, el odio y la envidia desaparecieron dejando el puesto á una sincera amistad.

Pueden leerse los detalles de su vida en los anales de su país, y se verá que, gracias á su talento, fué elevado al cargo de vice-canciller en aquella misma Universidad donde entró pobre y sin amparo. Despues fué nombrado preceptor de Cárlos V, emperador de Alemania y rey de España; mas tarde su discípulo, agradecido, le nombró primer ministro de España, y por último fué electo papa bajo el nombre de Adriano VI. Murió en 1523.

El Pastor de Ettrick.

Jaime Hogg, conocido con el nombre del pastor de Ettrick, villa situada en el condado de Selkirk, en Escocia, es un poeta muy estimado en Inglaterra. Empezó á estudiar á los veinte años, y hasta entónces no habia aprendido á leer ni á escribir; pero la buena voluntad, unida al trabajo, venció todas las dificultades. Su juventud fué pobre y miserable por haberla pasado apacentando los ganados

en las montañas de Escocia, donde, á fuerza de vivir en la mas profunda soledad, acabó por amar las fuentes, los arroyos, las grutas, las montañas, el cielo y las nubes. Obligado á renunciar al trato de sus semejantes para subsistir, se apasionó de las bellezas de la naturaleza; pero no hubiera llegado nunca á ser capaz de pintarlas, si no hubiese adquirido una variada instruccion y un talento notable, gracias á la fuerza de su voluntad y á su constante aplicacion. Su ejemplo nos enseña que un jóven cuya infancia ha sido descuidada completamente, puede reparar esta desgracia si es capaz de quererlo y de perseverar en su propósito.

---

§ II. MODESTIA.

De todos los vicios, el orgullo es acaso el mas odioso y peligroso. (*Tratado de moral.*)

La tontería y la vanidad son dos hermanas que rara vez se separan. (*Moralistas orientales.*)

Si quereis que hablen bien de vosotros, guardaos bien de elogiaros: el yo en este caso es detestable. (Pascal.)

La modestia es el adorno que da fuerza al mérito y lo realza. (La Bruyère.)

Conviene merecer las alabanzas y sustraerse á ellas. (Fenelon.)

Blasonar de nobles, afortunados ó talentosos, es confesarnos indignos de esas cualidades. (B.)

El que se avergüenza de su primitivo estado ó de la humilde condicion de sus padres, cuando ha llegado á un puesto superior á ella, es un ingrato con la Providencia. El que obra así da pruebas de tener un ánimo mezquino y un mal corazon. (B.)

Platon.

Era Platon un célebre filósofo ateniense, discípulo de Sócrates, que compuso importantes y bellísimas obras. Cuando estaba Grecia en el apogeo de su gloria, fué á Olimpia[1] á ver los juegos, y vivió allí con personas desconoci-

1. Los juegos olímpicos eran unas fiestas magníficas que se celebraban cada cuatro años, en el solsticio de verano, y en las cuales tomaban parte todos los pueblos que componian la confederacion de la Grecia.

das, cuyo afecto se grangeó en breve por la suavidad de sus modales y la dulzura de su carácter. Sin haberles hablado de ciencias ni de filosofía, les dijo solamente que se llamaba Platon; pero despues de la celebracion de los juegos, fueron juntos á Aténas, donde el filósofo les hospedó en su casa, con la mayor cortesía y cordialidad. Sus huéspedes le dijeron entónces: « Hacednos el favor de llevarnos á casa de ese célebre filósofo que se llama Platon, como vos, pues nuestra visita á Aténas ha sido, en parte, para verle. — Soy yo, contestó Platon con modesta sonrisa. Sorprendidos los forasteros al ver, que sin saberlo, habian tenido un compañero tan ilustre, se convencieron de que cuanto se decia de Platon, era inferior á lo que merecia, y que su modestia igualaba á su mérito. Murió 347 años ántes de J. C.

Epaminondas.

Epaminondas, general tebano, era famoso por sus hazañas y su desinteres. Sus enemigos, para mortificarle, le hicieron nombrar *tetarco*, empleo indigno de él, pues consistia en hacer barrer las calles; pero el valiente general, léjos de dar á entender que consideraba degradantes aquellas funciones, las aceptó con buena gracia y las desempeñó con celo. Con este motivo se dijo: « Epaminondas ha probado con su ejemplo que no es el empleo el que honra al hombre, sino el hombre el que honra al empleo. » Murió 363 años ántes de J. C.

Turena.

Turena, uno de los capitanes mas grandes y virtuosos que ha tenido Francia, acababa de ganar una gran batalla en la cual se cubrió de gloria. Para anunciar esta victoria á su mujer, hé aquí el billete que le escribió: « ¡Alabado sea Dios! Me he cansado un poco durante el dia; os doy las buenas noches y voy á acostarme. » De este modo

no dijo ni una sola palabra de su habilidad, de sus admirables maniobras, ni de sus heróicas hazañas. Nunca se desmintió la modestia de este gran capitan: « ¿Quién hizo

Turena.

jamas mayores cosas que él? » dice uno de sus panegiristas: « ¿Quién las hizo con mas moderacion? Si lograba alguna ventaja, no la atribuia á su habilidad, sino á una equivocacion de sus enemigos; si daba cuenta de una victoria, lo referia todo y solo olvidaba decir que era él quien la habia ganado; cuando contaba alguna de esas acciones que

le habian hecho tan célebre, cualquiera hubiera dicho que él no fué mas que un mero espectador de ellas, llegándose hasta dudar si él ó la fama se equivocaban; al regresar de las gloriosas campañas que inmortalizaban su nombre, huia de las aclamaciones populares, se sonrojaba de sus victorias y no osaba casi presentarse en la córte, porque el respeto le obligaba á soportar con paciencia los elogios con que le honraba siempre el rey.

Este grande hombre vivia en Paris con la mayor sencillez, y semejante á los héroes de la antigua Roma, no se singularizaba con ningun brillo exterior. Muchas veces iba solo á pié á oir misa en la iglesia mas cercana y desde allí á pasearse por la ciudad, sin acompañamiento ni distintivo alguno. En uno de sus paseos, se halló un dia junto á un corrillo de trabajadores que, no conociéndole, le pidieron que fuese árbitro de una jugada. Turena midió la distancia con su baston, pronunció su fallo y se vió injuriado por el perdidoso. El mariscal, sonriéndose, iba á medir por segunda vez la distancia, cuando varios oficiales que pasaban por allí, fueron á saludarle. El insolente mozuelo, al ver con quién las habia, se confundió en excusas, pero Turena se contentó con responderle: «Amiguito, has hecho mal en creer que yo queria engañarte.»

Una de las pocas veces que iba al teatro, se halló solo en un palco, donde entraron despues varios forasteros con mucho boato; éstos, que no le conocian, quisieron obligarle á que les cediese el puesto, pero habiendo él rehusado, como era natural, tuvieron la insolencia de echarle al patio el sombrero y los guantes. Turena, sin inmutarse, suplicó á un jóven que estaba allí cerca, que fuese á recogerlos. Hízolo así, y al devolvérselos, le saludó por su nombre. Al oirlo se llenaron de confusion los insolentes forasteros y quisieron retirarse, pero Turena les retuvo con bondad, y les dijo: «Señores, con apretarse un poco, habia fácilmente puesto para todos.» Turena nació en 1611 y murió en 1675.

Catinat.

Catinat, hombre virtuoso y uno de los mejores generales de Luis XIV, fué acaso el hombre mas sencillo y modesto de su tiempo. En la relacion que hizo al ministro de la batalla de Staffarde [1], que acababa de ganar, citó á todos los jefes de los cuerpos que pelearon bajo sus órdenes, y el rey, segun el parte del general, debia á cada uno de ellos un favor particular: solo las cartas de varios oficiales referian las hazañas de Catinat, y por ellas se supo que habia perdido su caballo, recibido varios balazos en sus vestidos, y por fin, una contusion en el brazo izquierdo. Era tan poco lo que hablaba de sí el valiente general, que una persona que leyó el parte, preguntó con mucha naturalidad si Catinat se hallaba presente en la batalla. Al dia siguiente, cuando fué á felicitar á uno de los regimientos que mas contribuyeron al triunfo por su valor, varios soldados, que estaban jugando á los bolos á la entrada del campo, dejaron el juego para acercarse al general; pero Catinat, con tono bondadoso, les dijo que no se incomodasen. Varios oficiales le propusieron entónces que hiciese una partida con ellos, lo que aceptó el general, poniéndose á jugar á los bolos. Hallábase presente un oficial de graduacion, y dijo, chanceándose, que era muy extraño ver jugar á los bolos á un general de ejército al siguiente dia de una batalla: «Os equivocais, contestó Catinat, lo extraño seria que jugase despues de haberla perdido.»

Esta moderacion y serenidad de ánimo, en un momento que para otros muchos seria un motivo de orgullo, pintan bien el carácter del grande hombre y del verdadero sabio.

El general Santander.

Paseábase un dia por su hacienda el general americano Santander. Viene á él un fatuo con el sombrero puesto, y

1. Pueblo de Piamonte, situado á 6 kilómetros N. E. de Saluces.

miéntras Santander le escuchaba con sombrero en mano, el otro le dice : « Buen hombre, yo no se de quién es esta hacienda, pero puedes decir á su dueño que me he tomado la libertad de cazar en ella. »

Como algunos aldeanos que se hallaban presentes se rieron á carcajadas, el jóven preguntóles con tono altanero de qué se reian. « De la insolencia con que habla usted al general, » le respondieron.

Vuélvese entónces hácia él con sombrero en mano, y se disculpa diciendo que no le conocia.

« No sé, le respondió, qué necesidad hay de conocer á un hombre para quitarse el sombrero y saludarle cuando se le habla. En adelante, amigo, hará bien en ser cortés con todo el mundo, y así tendrá derecho de que lo sean con usted.

Hipócrates.

Hipócrates era un célebre médico de Cos, una de las Cíclades ó islas del mar Egeo. Nació 460 años ántes de Jesucristo.

Ademas de haber estudiado medicina con su abuelo Nebro, se instruyó mucho leyendo las tablillas ó registros depositados en los templos de los dioses, en las cuales cada individuo estaba obligado á extender una descripcion de la enfermedad que habia tenido y de los remedios de que habia hecho uso.

Dió una prueba notable de sus conocimientos en medicina, librando á los atenienses de una peste horrible que los desolaba al principio de la guerra del Peloponeso. Una corona de oro, los derechos de ciudadano de Aténas, y la iniciacion en los misterios de Eléusis, fueron la recompensa de este importante servicio.

No tenia ambicion á honores ni riquezas. Habiéndole convidado Artajerjes Largamano, rey de Persia para ir á su córte, prometiéndole honores y recompensas considerables, Hipócrates los rehusó con firmeza, pero con modes-

tia, y respondió al monarca, que habia nacido para servir á sus compatriotas y no á los extranjeros.

Empleaba su tiempo en observar con atencion los síntomas y los progresos de cada enfermedad, y en hacer experiencias sobre el cuerpo humano. Los médicos que han vivido despues de él han sacado mucho provecho de sus observaciones llenas de claridad. Con razon fué llamado el padre de la medicina.

Recogió el fruto de la prudencia y moderacion con que arregló su método de vida, pues llegó hasta los cien años de edad, sano de cuerpo y de espíritu. Solo un corto número de sus obras han llegado hasta nosotros.

Madama Dacier.

Era madama Dacier una mujer muy instruida y famosa por sus obras. Un sabio aleman que las leyó y las apreciaba mucho, fué á visitarla á Paris y la presentó su álbum, para que escribiese algo en él. Habia en aquel álbum las firmas de los mas célebres literatos de Europa, y madama Dacier contestó que jamas se atreveria á poner su nombre al lado del de aquellos hombres ilustres. Insistió el aleman, y á fuerza de instancias logró decidirla. Madama Dacier tomó entónces la pluma y escribió su nombre al pié de esta sentencia de un autor griego: «El silencio es el adorno de las mujeres.»

Amyot.

Jaime Amyot, célebre por sus obras, nació en Melun, en 1513, y era hijo de una familia de pobres artesanos. Hizo sus estudios en Paris, sin mas socorro que un pan que su pobre madre le enviaba cada semana, y aun se dice que, falto de vela ó aceite para alumbrarse, estudiaba al débil resplandor de algunas brasas, como hacia Adriano Florent á la luz de la lamparilla de una iglesia.

Cuando acabó sus estudios á fuerza de privaciones y

trabajo, fué nombrado catedrático, y luego preceptor de los hijos de Enrique II, que le colmaron de bienes y dignidades. Murió en 1598, siendo gran limosnero de Francia y obispo de Auxerre.

Hé aquí una anécdota que le honra. Siendo niño, cuando iba á Paris para hacer sus estudios, se perdió y cayó enfermo en el camino. Un ginete que pasaba por allí, le vió tendido en medio del campo, se compadeció, ayudóle á levantar, y poniéndole en grupas de su caballo, le llevó al hospital de Orleans. Como sólo estaba enfermo de cansancio, se restableció pronto y salió del hospital con doce sueldos que le dieron. Cuando llegó á ser rico, léjos de avergonzarse de esta aventura, fundó una renta al hospital de Orleans en reconocimiento de aquel acto de caridad y para perpetuar su memoria.

Sixto-Quinto[1].

Cuando el jóven Félix Perelli, que llegó á ser papa con el nombre de Sixto-Quinto, fué á Roma por primera vez, hallábase muy necesitado y no poseia mas que una cortísima cantidad de dinero que no sabia cómo emplearla, si en comer ó en comprarse un par de zapatos. Durante esta consulta interior, se pintaba en su fisonomía la expresion de los diversos movimientos de su alma, y un mercader que acertó á pasar por allí, le preguntó la razon de su incertidumbre. Díjosela el mozo ingénuamente, y con tal gracia, que el mercader embelesado se lo llevó á su casa, le regaló con una buena comida, y puso de este modo término á su irresolucion.

Cuando Félix llegó á ser papa, se complacia en referir esta aventura sin el menor rubor. A su vez convidó á comer al mercader, y no contento con hacerle este honor, le colmó de favores.

1. Nació en Montalto, cerca de Aseoli, en Italia, y pasó su infancia guardando cerdos. Fué papa desde 1585 á 1590. Su reinado fué muy glorioso.

Duras.

[Siglo XVII.]

Un valiente oficial llamado Duras, era hijo de un pobre labrador, pero en el regimiento en que servia, le creian todos descendiente de la ilustre casa de Durfort de Duras. Un dia que su padre fué á verle, le recibió con los brazos abiertos, y en el transporte de su alegría, le presentó á su coronel con el traje campesino. Enterado Luis XIV del modo con que recibió y honró á su padre este buen hijo, le mandó ir á su córte, y le dijo: «Duras, me es muy satisfactorio conocer á uno de los mas honorables generales de mi ejército: os concedo una pension; casaos y yo me encargaré de vuestros hijos, pues mereceis tenerlos dignos de vos.»

Madama de Maintenon.

Acontece muy á menudo que en la prosperidad no nos acordamos de lo que hemos sido mas que para hacer que los demas lo olviden. La célebre Madama de Maintenon se acordaba siempre de lo que fué, pero era para hacer bien á los demas. Sucedió un dia que entre los numerosos solicitadores que llenaban sus salones, se acercó á ella un hombre que la dijo con cierto respetuoso atrevimiento: «Señora, hace unos cuarenta años que os ví por primera vez, y aunque no me reconozcais, no es posible que hayais podido olvidarme enteramente. ¿No os acordais de que á vuestro regreso de las islas íbais todos los juéves á la puerta del colegio de la Rochela, donde, segun la costumbre de la mayor parte de las comunidades, se repartia la sopa á los pobres? Entónces era yo uno de los profesores de aquel establecimiento, y cuando me tocó hacer este reparto, llamásteis mi atencion entre la muchedumbre de pobres por vuestros finos modales y ademan distinguido: la timidez con que os presentábais para recibir aquella limosna, me llenó de compasion. — ¡Cómo! respondió

Madama de Maintenon, ¡ sois vos aquel hombre generoso que, para evitarme el rubor de verme confundida con aquellos desgraciados, me enviábais la sopa á mi casa, añadiendo cuán sensible os era no poder darme mas que un socorro tan mínimo! En aquella ocasion me hicísteis dos favores; uno al darme la limosna, y otro ahorrándome el dolor de recibirla en público. ¿Qué puedo hacer en vuestro obsequio?»

Contestó el anciano que hacia ya muchos años que habia salido del colegio de la Rochela, y que en aquel momento, por una série de circunstancias desgraciadas, no era mas que maestro de escuela de un pueblo, pero que toda su ambicion se limitaba á obtener una cura, y que contaba para ello con la proteccion y acaso con el agradecimiento de Madama de Maintenon. Respondióle la noble señora que ella no queria intervenir en el nombramiento de curas, y que no sabia si él era apto para dicho cargo; que por consiguiente, le rogaba que se contentase con recibir, por el pronto, una bolsa con cien doblones[1], prometiéndole enviarle cada año igual cantidad.

Bernadotte en Viena.

[1798.]

El general Bernadotte[2], que llegó á ser con el tiempo rey de Suecia, fué enviado á Viena por la República francesa en calidad de embajador. Súpose en aquella córte altanera que habia servido como soldado en un regimiento, cuyo coronel era M. de Bethizy, y creyeron humillar al valiente general recordándole el modesto principio de su carrera. El baron de Thugut, ministro austríaco, le dijo un dia en medio de una brillante y numerosa reunion: «Señor embajador, tenemos aquí á un antiguo oficial emigra-

1. Pieza de oro de 10 libras que valia en aquel tiempo unos 20 francos de la moneda actual.

2. Bernadotte, célebre general frances, nació en Pau en 1764 y fué elegido rey de Suecia en 1810, por los Estados generales, bajo el nombre de Cárlos XIV. Murió en 1844, y le sucedió su hijo

do, que pretende haberos conocido mucho en otro tiempo. — ¿Puedo preguntaros quién ese oficial? — Se llama el señor de Bethizy. — En efecto, le conozco muy bien, porque ha sido mi coronel y he tenido el honor de servir como soldado raso bajo sus órdenes: declaro que si he llegado á ser algo, lo debo á las bondades, y sobre todo, á los estímulos con que me favoreció ese valiente jefe. Siento mucho que mi posicion oficial no me permita recogerle en el palacio de la embajada de Francia, como hubiera deseado[1]; pero os suplico le digais que Bernadotte, su antiguo soldado, le conserva siempre el mismo respeto y reconocimiento que ántes. » ¿Quién se quedó cortado al oir esta contestacion? El nécio ministro que, creyendo humillar al general frances, le facilitó la ocasion de dar una prueba de la elevacion de sus sentimientos.

---

§ III. MODERACION DE LOS DESEOS. — DESINTERES

Hay una noble emulacion que conduce á la gloria por la senda del deber; pero la ambicion, este insaciable deseo de elevarse siempre, y sobre las ruinas de los demas, es un vicio aun mas pernicioso para los imperios que la misma pereza. (MASSILLON.)

Todos debemos contentarnos con nuestra posicion y sacar de ella el mejor partido posible; por dura que sea la condicion del hombre juicioso, siempre encuentra en ella algun consuelo.

Quien se contenta con lo que posee, es suficientemente rico.

Un alma noble solo aprecia el dinero por el buen empleo que puede hacer de él; y se abstiene de todo aquello cuyo orígen no sea perfectamente puro.

Si teneis lo necesario, contentaos con ello. Ni fincas, ni palacios, ni montones de oro pueden curar las enfermedades del cuerpo ni las del alma. (*Moralistas antiguos.*)

El dinero es buen criado, pero mal amo.... (*Adagio popular.*)

La avaricia es mas contraria á la economía que la liberalidad. (LA ROCHEFOUCAULT.)

El avaro no se atreve á tocar su dinero, viniendo á ser así su mero guardian, y parece que no goza de otro derecho que del de recrear su vista. ¿Qué fruto saca, pues, de él? (BOSSUET.)

1. El embajador de la República francesa no debia tener ninguna clase de relaciones con los emigrados.

Cincinato [1].

Los romanos, en ciertos momentos críticos [2], eligieron por cónsul [3] á Cincinato, que era el hombre mas célebre de su época por su pericia militar y la sencillez de sus costumbres. Cuando los enviados del Senado y del pueblo fueron á buscarle á su modesta casa de campo, le encontraron surcando la tierra con el arado, y saludándole con el dictado de cónsul, le presentaron el decreto de su eleccion. No conmovió este honor á Cincinato, pero su amor á la patria no le permitia titubear, y aceptó sin vacilar. Al separarse de su esposa la encargó cuidase de su pobre hacienda, y la dijo: «Mucho temo que este año no sean bien cultivadas nuestras tierras.»

Con su prudencia y su energía, consiguió apaciguar los disturbios de Roma, volviéndose en seguida á su retiro á ocuparse de las faenas del campo.

Poco tiempo despues, los sabinos y los ecuos [4] invadieron el territorrio romano, y Cincinato tuvo que volver á salir de su retiro; fué nombrado dictador [5] y se le confirió el mando del ejército; alcanzó una victoria completa y cedió á sus tropas todo el botin sin reservar nada para sí.

Cuando el Senado recibió la noticia de su brillante hecho de armas, sabedor del modo como habia repartido los despojos el dictador, le ofreció una parte considerable de las tierras conquistadas, con el ganado necesario para su cultivo; pero Cincinato quiso dar un gran ejemplo á su patria, y se negó á aceptar el don, pues á su modo de ver, la pobreza laboriosa es la madre de todas las virtudes.

Entró triunfante en Roma: delante de su carro marcha-

1. Murió el año 438 ántes de J. C.
2. Los ecuos y los volscos cercaban al ejército romano.
3. Los cónsules eran los jefes de la República en Roma. Eran dos que se elegian una vez al año.
4. Pueblos fonterizos de los romanos, que á menudo se hacian la guerra.
5. En los momentos de peligro, los romanos nombraban un dictador, es decir, un jefe, cuya autoridad era absoluta, sin estar sometido á ley alguna y sin que tuviera que dar cuenta de su conducta; sin poder solo podia durar seis meses.

ban el jefe enemigo y un gran número de prisioneros cargados de cadenas. Los soldados romanos iban en pos, ceñida la frente con coronas de flores.

Aunque hubiera podido conservar la dictadura durante seis meses, hizo renuncia de ella pocos dias despues de haberle sido conferida. Semejante moderacion, al par que le daba mayor gloria, llevó al colmo el afecto y admiracion de sus conciudadanos, pero desentendiéndose de los aplausos con noble corazon, volvió á proseguir sus rústicas tareas.

El elector[1] de Sajonia.

[1520.]

Cuando ocurrió la muerte de Maximiliano I, varios pretendientes se disputaban la corona imperial, pero los mas poderosos eran Francisco I, rey de Francia, y Cárlos II, rey de España. Con el objeto de poner fin á una lucha que podia convertirse en guerra civil, resolvieron los electores excluirlos á ámbos por ser extranjeros, y nombrar emperador á un príncipe de su nacion, y para ello escogieron de comun acuerdo á Federico de Sajonia, llamado el Prudente. Federico pidió dos dias para reflexionar, y al tercero, dando las gracias á los electores, les dijo que no se sentia bastante fuerte para sobrellevar tan pesada carga. Inútiles fueron los esfuerzos que hicieron los electores para vencer su resistencia; entónces le rogaron que él mismo designase el nuevo emperador, prometiéndole que darian su aprobacion á lo que decidiese. Federico rehusó al principio tan señalada muestra de confianza, pero cediendo al fin á las reiteradas instancias de los electores, se declaró por el rey de España, que en el acto fué proclamado emperador de Alemania, con el nombre de Cárlos V.

Los embajadores de Cárlos V ofrecieron á Federico, como regalo de su soberano, la cantidad de sesenta mil monedas

1. Los siete príncipes mas poderosos de Alemania eran electores, y solo ellos tenian el derecho de elegir el emperador. La dignidad imperial era entónces electiva.

de oro, que él no quiso aceptar. Al ver su negativa le suplicaron les permitiera distribuir diez mil florines[1] á sus criados. « Difícil me seria, contestó, impedir que mis criados recibieran donativos; pero si llego á saber que alguno de ellos ha aceptado un solo florin, ni un minuto permanecerá en mi casa. »

Teofiláctes.

[871.]

En una batalla que empeñó contra los sarracenos, el emperador Basilio[2] se adelantó de tal manera hácia las filas enemigas, que se vió rodeado, estrechado y acosado á punto de perecer ó caer en sus manos. Mas de repente se presenta un simple soldado que, abriéndose paso á traves de los combatientes, admirados de su fuerza prodigiosa y su arrojo, los rechaza, y salva la vida y la libertad al emperador. El agradecimiento de Basilio era tan vivo como fogoso su valor; hizo buscar al soldado por todas partes, el que despues de haberle libertado, habia desaparecido modestamente; por fin, á fuerza de pesquisas llegó á encontrarle; llamábase Teofiláctes, y el emperador le ofreció magníficas recompensas. «Señor, contestó aquel héroe oscuro, he nacido pobre, y ni mi nacimiento ni mi educacion me han puesto en camino de llegar á los altos puestos que os dignais ofrecerme. No tengo ambicion; mi mayor bien lo cifro únicamente en haber tenido la honra de haberos salvado del peligro. No obstante, si deseais concederme algun premio por tan sencilla accion, solo os pido algunas fanegas de tierra para sustentar á mi familia. »

El emperador le hizo dueño de una hacienda respetable.

Tiempo despues, el hijo de Teofiláctes llegó á ser emperador de Oriente con el nombre de Romano Lecapenes.

1. El florin vale 2 fr. 25.
2. Basilio el Macedonio, emperador de Oriente. (Véase § X. *Peligros de la Precipitacion.*)

Enrique de Mesmes.

Enrique II[1] quiso nombrar abogado general[2] al virtuoso Enrique de Mesmes, uno de los magistrados mas ilustres de su siglo, á lo que contestó éste que no estaba vacante dicho empleo. « Ya lo está, replicó el rey, porque voy á quitárselo al que lo desempeña. — Señor, respondió Enrique de Mesmes, despues de hacer respetuosamente la apología del magistrado amenazado de perder su destino, ántes que entrar en ese cargo por semejante puerta, prefereria cavar la tierra con las uñas. » Estas palabras convencieron el rey, y conservó en su puesto el abogado general, quien se presentó á demostrar su gratitud á Enrique de Mesmes; pero tal era la nobleza de su corazon, que no podia comprender se le agradeciese una accion que, en su concepto, un deber imperioso le habia prescrito, y al que no hubiera podido faltar sin deshonrarse.

El cardenal de Amboise[3].

Conocida es la avaricia de muchos propietarios que desean extender y ensanchar sus posesiones, ambicion que algunas veces degenera en verdadera manía. El ejemplo del cardenal de Amboise les enseñará á moderar sus pretensiones y deseos.

Este cardenal, primer ministro de Luis XII y uno de los hombres mas virtuosos de su época, tenia en Normandía una quinta y un campo, que eran todas sus delicias. Deseaba vivamente dar mas extension á su parque, pero una hacienda vecina se lo impedia, estrechándole los límites, y aunque se hubiera considerado dichoso con la adquisicion de esa propiedad, sabia que su vecino la tenia mucho apego, y por esta razon no hacia diligencia alguna para proponerle la venta.

1. Reinó de 1547 hasta 1559.
2. Elevado empleo de la magistratura.
3. Jorje de Amboise (1460 1510), arzobispo de Ruan y cardenal, excelente ministro de excelente rey.

Pero un dia, ¡cuál fué su sorpresa al ver que este mismo vecino fué espontáneamente á proponerle la venta de su hacienda!

«La compraré gustoso, le dijo el cardenal, y me alegro mucho de vuestra proposicion.» Y viendo que su vecino estaba poseido de una profunda tristeza, que en vano procuraba disimular, añadió: «Yo creia que teníais mucho apego á vuestro dominio y que no os decideríais nunca á venderle.»

— Tal era, en efecto, mi resolucion, porque es la herencia de mis padres y pensaba que solo la muerte me separaria de ella; pero mi hija está á punto de contraer un rico matrimonio, y para ello se exige una dote en dinero y no la tengo: sacrifico, pues, mi dicha á la suya.

— Querido vecino, responde el excelente cardenal, renunciando instantáneamente al placer de aquella adquisicion, puesto que vuestra felicidad depende de la conservacion de vuestra quinta, ¿no hallaríais un medio de evitar su venta, sin dejar de dar la dote á vuestra hija? ¿No podríais, por ejemplo, pedir prestada á alguno de vuestros amigos la cantidad que necesitais, devolviéndosela á largos plazos y sin interes? De este modo podríais ahorrar todos los años alguna suma de vuestros gastos, y amortizaríais insensiblemente vuestra deuda.»

— «¡Ah, monseñor! ¿Dónde están hoy los amigos que presten esa cantidad con semejantes condiciones?»

— «Tened mejor opinion de vuestros amigos, replicó el ministro, dándole la mano; consideradme como á uno de ellos y aceptad el dinero que necesitais, bajo las condiciones de que acabo de hablaros.» El buen hombre no pudo responder mas que con lágrimas á un proceder tan noble y generoso, y el cardenal parecia estar aun mas feliz que él. «¡Qué buen negocio he hecho hoy, decia; en vez de adquirir una hacienda, me he grangeado un amigo!

Palabras de Bayardo.
[1476-1524.]

El caballero Bayardo, apellidado *sin miedo y sin tacha*, no solicitó jamas ningun cargo ni empleo, ni ostentó nunca ante el soberano sus largos y gloriosos servicios para obtener una recompensa. « Nuestras acciones, decia, son las que deben hablar por nosotros y pedir recompensas, pues vale mas merecerlas sin tenerlas, que poseerlas sin ser digno de ellas. » Bayardo fué el modelo de los caballeros franceses.

Respuesta de Menedemo.
[Siglo III ántes de J. C.]

Decia álguien un dia á Menedemo, filósofo griego: « Es una dicha el tener lo que deseamos. — Mayor dicha es aun, respondió el filósofo, el contentarnos con lo que tenemos. »

El príncipe jardinero.
[332 años ántes de J. C.]

Prosiguiendo Alejandro el curso de sus conquistas en Oriente, se apoderó de la antigua ciudad de Sidon, que tenia un rey particular bajo la autoridad de los soberanos de Persia. Vencido y expulsado este rey, ofreció entónces Alejandro la corona de Sidon á dos jóvenes del país, que por sus virtudes la merecian, pero á quienes las antiguas leyes de su patria prohibian aceptarla. « La ley, respondieron aquellos jóvenes, no permite que suba al trono ningun hombre que no sea descendiente de la antigua familia de nuestros soberanos. » Alejandro, léjos de ofenderse por tan noble negativa, preguntóles cuál de los descendientes de los antiguos reyes era mas digno de ceñir la corona. Respondiéronle ellos que Abdolonimo.

A pesar de su ilustre nacimiento, hallábase reducido Abdolonimo á una extrema pobreza, y ganaba á duras

El caballero Bayardo.

penas su vida, cultivando con sus manos un jardinito en los afueras de la ciudad. Pero noblemente resignado á su suerte, trabajaba la tierra con ardor, practicaba todas las virtudes y era feliz.

Fueron á buscarle á su jardinito y le llevaron la diadema de parte de Alejandro, con los regios vestidos, en medio de un gentío inmenso que llenaba el aire con sus vítores. Abdolonimo creyó al principio que estaba soñando, y luego se figuró que aquello era una chanza odiosa para insultarle en su miseria. Cuando se convenció de la realidad, aceptó su nuevo destino, sin apresuramiento ni turbacion, y recibió el cetro y la corona con la misma serenidad que si hubiera tomado la azada.

Al presentarse ante Alejandro, con ademan noble y modesto, le dijo el gran conquistador: «¿Cómo habeis podido soportar tanta miseria, siendo como sois, de régia extirpe? — Así pueda soportar la grandeza, contestó Abdolonimo; con el trabajo de mis brazos he podido hasta hoy socorrer mis necesidades. Nada tenia y nada me faltaba.»

Admirando Alejando tan elevados sentimientos, le colmó de presentes, y perseverando Abdolonimo en su acostumbrada actividad, no cesó de desempeñar sus deberes, siendo tan laborioso en su dignidad de rey, como lo fué siendo jardinero.

El panadero-poeta.

[Siglo XIX.]

En Francia, en la hermosa ciudad de Nimes, vive un hombre á quien el cielo ha dotado de un extraordinario talento para la poesía, pues ha compuesto versos que todos sus compatriotas saben de memoria, entre otros, una elegía intitulada *El ángel y el niño*. Este hombre, llamado Reboul, es panadero, pero muy instruido y de modales muy finos. En vez de salir de su modesta condicion y de recoger aplausos en los salones ó de correr en Paris tras la fortuna y los honores, trabaja como un simple operario,

amasa pan, mantiene á su familia con el sudor de su frente, y solo emplea su talento y sus libros para deleitarse en sus cortas horas de reposo. Dignos son de citarse tales ejemplos, y ojalá ejerzan influjo saludable en los hombres para que agradezcan los beneficios que derrama a Providencia en la vida modesta y oscura, y se persuadan de que el trabajo es santificado ante Dios, honroso para con nuestros semejantes, y al mismo tiempo es fuente del bienestar, salvaguardia de la salud y prenda segura de la felicidad[1].

El niño contento con su suerte.

El jóven pastorcito Marcelino conducia su rebaño por un monte, y habiéndose internado en las quebradas á buscar una de sus ovejas en un espeso bosque, encontró allí un hombre echado en los matorrales, que parecia agobiado de cansancio y que apénas podia respirar.

« Muchacho, le dijo el desconocido, me estoy muriendo de hambre y de sed. Ayer vine á cazar en este monte, me extravié, y he pasado aquí la noche. »

Marcelino sacó de sus alforjas pan y queso fresco, y dándoselo, le dijo: « Coma y venga conmigo; yo le conduciré hasta una vieja encina, en cuyo tronco hay agua siempre. »

Comió el cazador; fué despues con Marcelino y bebió el agua, que halló excelente; despues de lo cual, el pastorcillo le acompañó hasta la salida del monte.

— « Eres un buen muchacho, le dijo el cazador; me has salvado la vida, pues si hubieras tardado una hora mas, me hubieras encontrado muerto. Ahora deseo demostrarte mi agradecimiento; ven conmigo á la ciudad, soy rico, y te trataré como si fueras mi hijo.

— No, señor, respondió el muchacho, no voy con V. á la ciudad, porque tengo padre y madre, que son po-

1. M. Reboul falleció en 1864. (*Nota de los editores.*)

bres, y los quiero mucho; y ni aun por el rey mismo quisiera yo dejarlos.

— Pero tu casa es una triste choza cubierta de paja, replicó el cazador, y yo vivo en un palacio de mármol, rodeado de columnas magníficas. Beberás en copas de cristal, y comerás deliciosos manjares en vajilla de plata.

— Nuestra casita, respondió el niño, no es tan mísera

Marcelino y su rebaño.

como V. cree; si no está rodeada de columnas, lo está de árboles frutales y de parras. Bebemos un agua muy clara de la fuente que está al lado; nuestro trabajo nos proporciona el sencillo alimento que necesitamos, y si en nuestra casa no hay dinero, cristal ni mármoles, no nos faltan las flores.

— Ven conmigo, muchacho, añadió el cazador; tambien hay en la ciudad árboles y flores. Tengo allí un magnífico jardin con frondosas alamedas rectas y parques llenos de plantas rarísimas; en medio del jardin hay un

surtidor, del que brotan brillantes chorros de agua; tu no has visto jamas cosa parecida; el agua salta con fuerza por mil puntos, y cae formando espuma en un estanque de mármol blanco.

— En el monte somos felices, contestó Marcelino. La sombra de nuestros bosques es, por lo ménos, tan deliciosa como la de esas magníficas alamedas; nuestros verdes prados están esmaltados de mil flores; tambien alrededor de nuestra casita crecen las rosas, las violetas, las azucenas y los pensamientos. ¿Cree V. que nuestras fuentes son ménos bellas que sus surtidores de V? ¡Si supiera V. cómo me encanta ver salir el agua á borbotones por entre las peñas, ó caer de lo alto de las colinas para correr luego serpenteando por los floridos valles!

— ¡Hijo mio, tú no sabes lo que rehusas! dijo el cazador. Hay en la ciudad colegios famosos en donde podrás aprender las ciencias que quieras; hay teatros en donde se recreará tu oido con el armonioso concierto de la música; hay riquísimos salones, en donde asistirás á fiestas espléndidas.

— No, no, señor, repuso el niño, no iré á la ciudad. En la escuela de la aldea me enseñan todo lo que es útil, y sobre todo el temor de Dios, á honrar á mis padres y á imitar sus virtudes. Es todo lo que necesito. ¿Acaso sus músicos cantan mejor que el ruiseñor ó el jilguero? Tambien nosotros tenemos conciertos y fiestas. ¡Qué felices somos, cuando reunida el domingo toda la familia, nos sentamos á la sombra de los árboles, en la márgen de un riachuelo que corre murmurando! Mi hermana canta y yo la acompaño con la flauta; nuestros cánticos resuenan á lo léjos, y el eco los repite; muchos padres, dichosos al oirnos, nos contemplan con dulce sonrisa. ¡Oh, no! no iré yo á la ciudad.»

Viendo el cazador que eran inútiles sus esfuerzos por llevarse al pastorcillo, le dijo: «¿Qué te daré yo entónces para mostrarte mi agradecimiento? Toma, pues, esta bolsa llena de oro y plata.»

— ¿Y para qué quiero yo el dinero? Somos pobres, es verdad, pero nada nos falta; si yo aceptara ese dinero, me pagaria V. el servicio que le he prestado. Estaria mal hecho y mi madre me reñiria, pues siempre nos ha dicho que debemos socorrer á los desgraciados, pero sin interes alguno.

— Pues bien, preciso es que aceptes alguna cosa, porque sino me causarás un sentimiento. ¿Qué quieres que te dé?

— Si es así, déme V. ese frasco que lleva en la cintura, porque me parece que hay grabados en él unos perros que persiguen á un venado. »

Dióle el frasco el cazador, y el pastorcillo se fué brincando de contento, como los corderos que triscan en la pradera.

Consejos á los habitantes de los campos.

Dice un conocido literato que en el dia se trata de sustituir el lujo á la sencillez, y el aparato exterior al bienestar doméstico. Los aldeanos sueñan en riquezas y honores para sus hijos, y no cesan de excitar la avidez de éstos, presentando ante sus ojos un alegre cuadro de los placeres que ofrece el mundo; de ningun modo consienten en que su hijo querido vaya á trazar con ellos los duros surcos en el campo, y se apresuran á enviarle á la ciudad, donde creen le espera la fortuna; quieren hacer de él un propietario, un comerciante, ó un juez ó abogado; ya sonrien pensando en su dicha futura; ora le ven cruzando los mares en buques cargados de mercancías, ora al frente de los ejércitos, ó ya consiguiendo brillantes triunfos en las tribunas políticas.

« ¡Ah, pobre labrador, cuántos pesares te preparas! Ese niño, que por tu causa ha perdido el recuerdo de sus arroyos, de su colina y de su cabaña, llegará tal vez á olvidar tambien á quienes le dieron el sér!

Felices campesinos, no dirijais vuestros pasos hácia el abismo de las ciudades. Permaneced bajo vuestro techo de

paja, y con vuestro asiduo trabajo, con ingenio y constancia, aumentad el producto de vuestros campos, y asegurareis de ese modo el bienestar de vuestro tranquilo hogar. Huid del ruido y de los vicios; dejad los sueños é ilusiones á los que solo tienen este recurso aquí en el mundo, y contentáos con hacer mas agradable el rincon de tierra que la bondad divina os ha dado...! »

Pobreza voluntaria.

Los grandes hombres de la antigua Grecia estaban persuadidos de que no hay nada mas noble ni elevado que el desprecio de las riquezas, y juzgaban que la virtud mas sublime consiste en soportar la pobreza con dignidad, y considerarla como un bien mas que como una desgracia; el segundo grado de virtud, segun ellos, era el de hacer buen uso de las riquezas, y decian que el mejor empleo que se podia hacer de ellas conforme á su destino, y el mas adecuado para procurar á los ricos la estimacion y el afecto de sus semejantes, era emplearlas en el bien de la sociedad.

Cimon [1], general ateniense, no creia gozar de su inmensa fortuna, sino cuando hacia partícipes de ella á sus conciudadanos y podia aliviar sus males. Todo lo que Filopemenes [2] conquistaba al enemigo, lo empleaba en proveer de armas ó caballos á los ciudadanos pobres y en pagar el rescate de los prisioneros. Arato [3] pagaba las deudas de algunos de sus amigos, remediaba á otros en sus necesidades, y rescataba cautivos con los magníficos presentes que recibia de los reyes extranjeros.

El desinteres de Focion [4] fué mucho mayor aun. Aquel ilustre ateniense habia sido siempre partidario de la paz con Macedonia, cuyo rey, el célebre Alejandro, le envió en el curso de sus conquistas, un regalo de cien talentos [5]

1. Murió en 449 ántes de J. C.
2. Murió en 183 ántes de J. C.
3. Murió en 213 ántes de J. C. Por espacio de mucho tiempo fué el jefe de la liga aquea, que era una confederacion de ciudades griegas.
4. Falleció en 317 ántes de J. C.
5. El talento valia próximamenta 5,000 fr.

como prueba de agradecimiento. Preguntó Focion á los que le llevaron el presente, por qué le hacia Alejandro aquel don tan magnífico. « Porque sois, le respondieron, el hombre mas honrado que él conoce en Aténas. – Si Alejandro me tiene en tal concepto, repuso Focion, que me permita continuar siéndolo. » Y rehusó el dinero. En el instante que proferia estas palabras estaba él mismo sacando agua de un pozo, y su mujer se ocupaba en fabricar pan. En lo sucesivo, negándose á recibir presentes de Alejandro y de los reyes que le sucedieron, y como le dijeran que si no lo queria para sí deberia aceptarlos para sus hijos, contestó : « Si mis hijos son prudentes, tendrán bastante con lo que me basta á mí ; si no lo son, aun esto les sobrará. »

Respuesta de Bocicault [1].

El mariscal de Bocicault dió una respuesta parecida. Este hombre célebre no se ocupó en acumular riquezas para su hijo, único heredero de su nombre, y solo pensó en dejarle grandes ejemplos de virtud. Decíanle sus amigos que por qué no habia aprovechado el favor que gozaba con Cárlos VI para aumentar su fortuna. « Nada he vendido de la herencia de mis padres, les contestó, nada he añadido. Si mi hijo es hombre de bien, bastante tiene ; si no lo es, lo que tiene le sobra. »

Respuesta de Turena.

Un general propuso á Turena el medio de ganar 400,000 francos en quince dias á costa del enemigo, sin que el gobierno tuviera la menor noticia de ello; á lo que le contestó Turena con sencillez y dignidad : « Yo os lo agradezco, pero como muchas veces he encontrado ya ocasiones semejantes y no he querido aprovecharlas, no creo que á la edad que tengo deba mudar de conducta. »

1. Nació en Tours en 1364 y murió preso en Inglaterra en 1421 ; dejó unas interesantes memorias sobre su vida y sus campañas.

Respuesta de Catinat.

Cítase asimismo con frecuencia la contestacion que dió Catinat á Luis XIV, quien despues de haber hablado con él sobre las operaciones de la guerra, le dijo con esa gracia que siempre acompañaba sus palabras: «Bastante hemos discurrido acerca de mis asuntos; ¿cómo están los vuestros? — Señor, respondió Catinat, gracias á vuestra majestad, tengo todo lo que necesito. — Hé aquí el único hombre en Francia, repuso el rey, que me hable de esta manera.» Era aquel, en efecto, el solo hombre que nunca le pidió nada. «No quiero, decia Catinat sirviéndose de una frase enérgica y acertada, parecerme á esos servidores que manchan su afecto, pidiendo á sus amos que aumenten su salario.»

Escipion de Fiesque.
[Siglo XV.]

Escipion de Fiesque, pariente de la reina Catalina de Médicis[1], se negó á aceptar el título de mariscal de Francia[2] que aquella princesa le ofrecia. «Señora, le dijo, largo tiempo he servido en tierra y mar, y siempre me he conducido con honor, pero esto no es bastante para ser mariscal de Francia.»

Un sugeto deseaba obtener la proteccion de Escipion de Fiesque, y sin saberse cómo, se apoderó de ciertos papeles que perjudicaban á éste en un gran pleito que entónces sostenia, y se los presentó diciéndole: «Con esto estais seguro de ganar el pleito. — Hasta ahora, contestó Escipion, creia tener razon en este asunto, pero veo que estaba equivocado. Voy á escribir en seguida á mi contrario, y le diré que ha ganado su causa, y que ademas estoy dispuesto á pagar los daños y perjuicios á que debo ser condenado; al mismo tiempo acompañarán á mi carta es-

1. Esposa de Enrique II, madre de Francisco II, Cárlos IX y Enrique III.

2. Es el grado supremo en el ejército frances.

tos papeles, que deberíais haberle enviado si no hubiérais tenido tan mala opinion de mí como yo la tengo de vos; y ahora salid inmediatamente.»

Aubigné [1].

Referia Aubigné á Tolci, uno de sus vecinos, que era muy rico, el mal estado de sus negocios y su escasa fortuna, y Tolci le interrumpió diciendo: « Teneis en vuestro poder papeles que pueden comprometer al canciller del Hospital [2], que está en desgracia en la córte; sabeis que vive retirado en su casa de campo. Si quereis, yo haré que os den diez mil escudos por esos papeles, ya sea él, ó si se negare, quien quiera servirse de ellos en su contra.» Aubigné corrió á buscar todos los papeles, pero en lugar de entregárselos á Tolci, los quemó en su presencia, y como su amigo le vituperara aquella accion, le dijo: « Los quemo por temor de que no me quemen ellos á mí si caigo en la tentacion. » Aquella generosa accion conmovió á Tolci, quien al dia siguiente le dijo: « Aunque no me habeis manifestado nada, creo que vuestro mayor anhelo es la mano de mi hija; no os habeis declarado porque sabeis que la pretenden otros jóvenes mucho mas ricos que vos, pero los papeles que ayer quemásteis en mi presencia me han decidido á escogeros por yerno.

Nublé.

El poeta Escarron [3] tuvo que vender sus bienes, que los compró Nublé por la cantidad de seis mil escudos, sin conocer á punto fijo su valor, y Escarron se dió por satisfecho. Fué luego Nublé á ver la propiedad, y á su vuelta dijo á Escarrion: « Creíais que vuestros bienes no valian sino

1. Célebre por su valor y su talento; se distinguió al servicio de Enrique IV (1550-1630).
2. Virtuoso é ilustre magistrado (1505-1573).
3. Falleció en 1660. Se habia casado con Francisca d'Aubigné, tan conocida despues con el nombre de Madama de Maintenon, nieta de d'Aubigné, á quien acabamos de citar.

seis mil escudos, pero yo los he hecho tasar y valen ocho mil, » y le obligó á recibir los dos mil escudos mas. ¡Cuántos en su lugar hubieran celebrado entre sí tan ventajoso trato y hubieran hallado razones para calmar los escrúpulos de su conciencia!

La casa de Juana de Arco [1].
[1812.]

En Domremy, cerca de Vaucouleurs [2], hay una casa de apariencia modesta, que se distingue únicamente de los edificios vecinos por el color sombrío que le ha dado su antigüedad. Al pasar delante de ella, los transeuntes la saludan con respeto; es la casa de Juana de Arco [3]. Hace algunos años pertenecia á un buen labrador, llamado Gerardin, que la consideraba con razon como su mas preciosa herencia.

Un inglés muy rico que viajaba por Francia, se desvió algunas leguas para visitar esta casa. Gerardin, que estaba siempre dispuesto á recibir en ella con distincion á los forasteros, tuvo mucha satisfaccion en enseñarla al inglés con toda detencion : « Hé aquí, decia, el cuarto, donde segun las tradiciones, dormia Juana de Arco; hé aquí el de su padre y el de sus hermanas. Por esta puerta salia con su ganado. » Y luego, dando algunos pasos por el patio : « ¿Veis aquella colina? decia; allí se le apareció un ángel y le reveló su destino. »

El inglés despues que lo vió todo, concibió el deseo de poseer aquella casita, no para habitarla ó para tributar en ella una especie de culto á la heroina francesa, sino para poder decir á sus amigos de Inglaterra : « Soy dueño de la casa de Juana de Arco. » No dudaba que el campesino

1. La famosa heroina Juana de Arco salvó la Francia, invadida por los ingleses, en el reinado de Cárlos VII; despues cayó en manos de éstos, quienes la hicieron quemar viva en Ruan, en 1431.

2 Departamento de los Vosges (Francia), á 10 kil. de Neufchatel.

3. Juana de Arco era hija de un pobre labrador. En esta casa se ha establecido hoy una escuela

aprovecharia gustoso la ocasion de venderla ventajosamente, y lleno de confianza, le dijo sin preámbulo : « Buen hombre, ¿cuánto quereis por vuestra casa? »

Gerardin estaba tan distante de esperar semejante pregunta, que al pronto creyó haberla oido mal; pero habiéndola reproducido el inglés en los mismos términos, le contestó que no tenia ánimo de venderla. « ¿Por qué no? dijo el inglés. — ¿Por qué?... ¿Pensais acaso que porque soy un pobre labrador tengo ménos honor y patriotismo que cualquier otro? Aunque ignorante, sé lo que valia Juana de Arco y lo que hizo por su pais : en este lugar donde todos la amamos como si la hubiésemos conocido, y donde los niños saben su historia ántes de aprender á leer, pasaria por un cobarde y un traidor si vendiese á un extranjero la casa de donde salió para salvar la Francia. »

A pesar del fuego con que Gerardin pronunció estas últimas palabras, creyó el inglés que aquel celo ardiente por Juana de Arco y por la Francia, no era mas que una astucia para vender la casa mucho mas caro de lo que valia, pues no podia creer que un aldeano que apénas tenia con qué vivir, prefiriese los recuerdos históricos á una fuerte cantidad de dinero. « Pero, replicó, ¿si yo os diese 300 guineas? — En primer lugar, yo no sé que son guineas. — Es lo mismo que 7,500 francos. — Pues bien, si me ofreciéseis las 300 guineas, os responderia que os quedáseis con vuestros 7,500 francos y me dejáseis á mí en mi casa. — Os doy 10,000 francos. — No. — 15,000 francos, » dijo el inglés, pujando á cada instante con esa obstinacion particular á sus compatriotas, que les hace sacrificar muchas veces una parte de su fortuna por un singular capricho. « ¿20,000 francos? ¿25,000? — No, mil veces no. No la venderia á un frances, á un íntimo amigo y mucho ménos á un extranjero, sobre todo á un inglés. — ¡Ah! ya lo veo, nos guardais todavía rencor. — No es rencor, sino indignacion. ¡Haberla hecho quemar viva despues de haberla condenado como hechicera! ¡Cada vez que pienso en ello me nciendo en ira!... Es como si el hecho hubiese pasado

ayer: no sé lo que me detiene en vengarla, en todos los ingleses que encuentro. »

A estas palabras el intrépido comprador no pudo ménos de retroceder dos pasos, y Gerardin continuó diciendo: « Habeis venido para visitar mi casa y ya la habeis visto. Quereis comprarla y yo no quiero venderla; ahora no me queda mas que rogaros que salgais de ella. « Conoció entónces el inglés que era necesario levantar el sitio de la plaza, y se marchó disimulando con una sonrisa de indiferencia el mal humor de que estaba poseido.

Poco tiempo despues de esta conversacion, se hallaba Gerardin sentado con unos antiguos amigos en un banco que habia delante de su casa, y todos ellos estaban tomando el fresco de una hermosa noche de verano. De repente el silencio que reinaba en torno de ellos, fué interrumpido por el paso de un caballo que se adelantaba á galope.

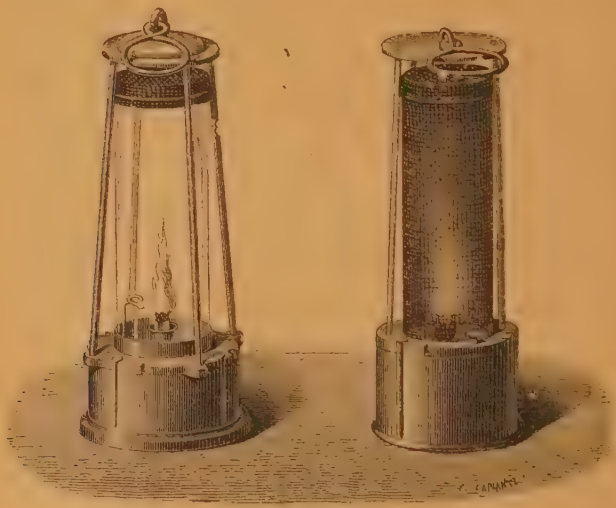
Casi al mismo tiempo se presenta un ginete y dice: « En nombre del rey quisiera hablar al señor Gerardin. » Todos los circunstantes se apresuraron á enseñarle el respetable anciano: « Gerardin, dijo el caballero despues de haberse apeado; el rey ha sabido que habíais rehusado vender vuestra casa á un inglés y quiere recompensar vuestro interes, no con dinero, pues sabe que no teneis mas apego al de Francia que al de Inglaterra, sino con la cruz de honor que me ha encargado que os entregue. Recibidla, pues, Gerardin, que sois digno de que brille en vuestro pecho. Los guerreros que la han ganado en el campo de batalla no la han merecido mas que vos, pues para despreciar la fortuna se necesita tanto valor como para arrostrar la muerte. (FILON).

Davy.
[Siglo XIX.]

Humphry Davy, célebre químico inglés, muerto en 1829, es el inventor de una lámpara que lleva su nombre y sirve para preservar del peligro de muerte á los numerosos tra-

bajadores empleados en las minas: es uno de los descubrimientos mas útiles de los tiempos modernos.

Hubiera podido Davy sacar un partido muy lucrativo de su excelente invencion, si se hubiese reservado el derecho



Lámpara de Davy.

de explotarla, pero renunció á él entregándola enteramente al dominio público: de modo que si la invencion de la lámpara es admirable, la generosidad de su inventor no lo es ménos.

La vieja indigente.

Los empleados de una administracion de beneficencia, encargados de hacer una cuesta para socorrer á los pobres, entraron en casa de una pobre vieja para ponerla en la lista de los desgraciados que tenian derecho á la caridad pública. Halláronla en una miserable guardilla ocupada en hilar

con su rueca, y sin mas muebles que tres sillas y una mesita medio rota. En cuanto la buena mujer se enteró del objeto de los encargados de recoger las limosnas, se levantó, y tomando una monedita que tenia cuidadosamente envuelta, les dijo : « Hé aquí lo que me ha sobrado de la venta de mi hilado; es poco, lo confieso, pero no puedo daros mas. Recibid este modesto don, pues hay otros que son aun mas pobres que yo. No quiero que figure mi nombre en vuestras listas, porque miéntras tenga un pedazo de pan y fuerzas para sacar un cubo de agua del pozo vecino, no se dirá de mí que he quitado el sustento á un desgraciado que carece de todo. »

Extravagancia de un avaro.

Un mal autor del tiempo de Boileau, llamado Chapelain, era célebre por su sórdida avaricia y se le llamaba por burla *el caballero de la órden de la Araña*, á causa del remendado vestido que llevaba. Un dia, cuando iba á la Academia francesa, de la cual era miembro, para recibir la ficha de presencia [1], se halló sorprendido por una tempestad. No queriendo gastarse unos cuantos maravedís para pasar por una tabla el arroyo formado por la lluvia, aguardó á descubierto á que cesara la tormenta; pero viendo que eran ya las tres, no quiso detenerse mas y pasó el arroyo con agua hasta la rodilla. Cuando llegó á la Academia, no quiso acercarse á la lumbre para calentarse, de miedo que notasen lo que le habia sucedido; sentóse, pues, ante su bufete y ocultó las piernas como pudo. ¿Qué resultó de esto? Que habiéndole sobrecogido el frio, tuvo una opresion de pecho y murió de las resultas. En el inventario de su casa se hallaron cincuenta mil escudos.

¡El posesor de esta suma importante prefirió exponerse á una enfermedad mortal ántes que gastar algunos mara-

1. Cada miembro de la Academia francesa, presente á la sesion, recibe en testimonio una ficha ó medalla que atestigua su asistencia al acto.

vedís! Así, la avaricia no solo degrada el carácter del hombre, sino que le quita, por decirlo así, el uso de la razon.

Fin trágico de un avaro.

Un acaudalado del siglo XVIII, llamado Thoynard, habia juntado una suma muy considerable, privándose durante muchísimos años de todas las dulzuras de la vida. Desconfiado, como todos los avaros, se asustaba al menor ruido que oia, temblando por su querido tesoro. Para preservarle de todo peligro, llamó un dia á un albañil para que construyese un retrete subterráneo, donde pudiese entrar por medio de un escotillon movido por un muelle secreto. Convinieron en el ajuste, y habiendo prometido el albañil guardar el secreto mas inviolable, construyó el subterráneo aposento, bajo la vigilancia de Thoynard, abriendo y cerrando por dentro y fuera la tabla movediza que franqueaba ó interceptaba la entrada.

Todo lo examinó el avaro con atencion, y despues de haber ensayado repetidas veces el mecanismo, despidió al trabajador, pagándole muy á pesar suyo, la cantidad prometida. Todos los dias iba á visitar su querido tesoro y creyéndose allí en seguridad, contemplaba con delicia, durante horas enteras, las relucientes monedas de oro, contándolas y recontándolas encima de una mesa.

Un dia, miéntras estaba mirando fijamente aquellos montones de oro, se apaga de repente la luz. Quiere salir el avaro, y no puede atinar el secreto. En su inquietud, hace vanos esfuerzos para levantar el escotillon, y no pudiendo conseguirlo, grita desaforadamente, implora socorro; pero su voz se estrella en las paredes del subterráneo. Así pasan muchos dias sin que nadie sepa lo que le ha sucedido, y toda su familia estaba en la mayor inquietud. La noticia de su desaparicion corre por toda la ciudad y llega hasta oidos del albañil que habia construido el cuarto subterráneo; este hombre sospecha que el mecanismo de la trampa

se ha desarreglado y corre á revelar el secreto á un magistrado. El juez va á casa del avaro con el albañil, levantan el escotillon y ven con horror á un hombre sin vida encima de un tesoro.

---

§ IV. SENCILLEZ, SOBRIEDAD.

El lujo, multiplicando las necesidades, enciende la sed de riquezas y mantiene en el corazon un fondo de avidez. La sencillez de costumbres, desprendiendo al hombre de los objetos exteriores, es como un baluarte impenetrable que defiende su virtud. (D'Aguesseau.)

No os dejeis seducir por el fausto, pues solo la virtud merece ser admirada. (Madama de Lambert.)

Un modo de vivir sencillo y frugal conserva la salud, mantiene la tranquilidad del ánimo y asegura la independencia. (B.)

El ser sóbrio no es una gran virtud, pero el no serlo es un defecto muy grande. (Cristina, reina de Suecia.)

Un sabio médico decia á sus enfermos : « Con ejercicio, alegría y sobriedad, podreis prescindir de mi asistencia. »

La destemplanza y la embriaguez arruinan el temperamento, degradan el alma y oscurecen la inteligencia. (B.)

Sencilla apariencia.

Filopemen tenia un exterior muy sencillo. Un dia que estaba convidado á comer en casa del primer magistrado de una ciudad, llegó allí muy temprano, y la mujer del magistrado, creyendo que era el criado de Filopemen á quien su amo enviaba de antemano para ayudar á servir á la mesa, le encargó que cortase leña. Filopemen, sin desengañarla, puso manos á la obra. Este rasgo admirable es el asunto de un hermoso cuadro de Rubens, célebre pintor flamenco.

Casa modesta.

El canciller Bacon tenia tanta modestia como mérito. Isabel, reina de Inglaterra, estando recorriendo las provincias de su reino, quiso ver la casa de campo que hizo

edificar el canciller ántes de su elevacion, y que no engrandeció despues: « Vuestra casa es muy pequeña, dijo la reina á Bacon. — Señora, respondió éste, mi casa es bastante grande para mí; pero vuestra majestad me ha hecho á mí demasiado grande para mi casa. »

Sencillez en los muebles.

El duque de Borgoña era nieto de Luis XIV y padre de Luis XV. Este príncipe, cuya pérdida sintió tanto la Francia, mostraba en la córte mas magnífica del universo una extrema indiferencia por todo fausto y todo gasto inútil. Le propusieron embellecer una habitacion con chimeneas mas lujosas y á la moda, pero no viendo la necesidad de su reforma, prefirió conservar las antiguas. Un escritorio de tres mil francos que le aconsejaban que comprase, le pareció demasiado caro y buscó otro viejo para trabajar. Así procedia siempre, y el motivo de esta economía era el de ponerse en estado de socorrer con liberalidad á los pobres.

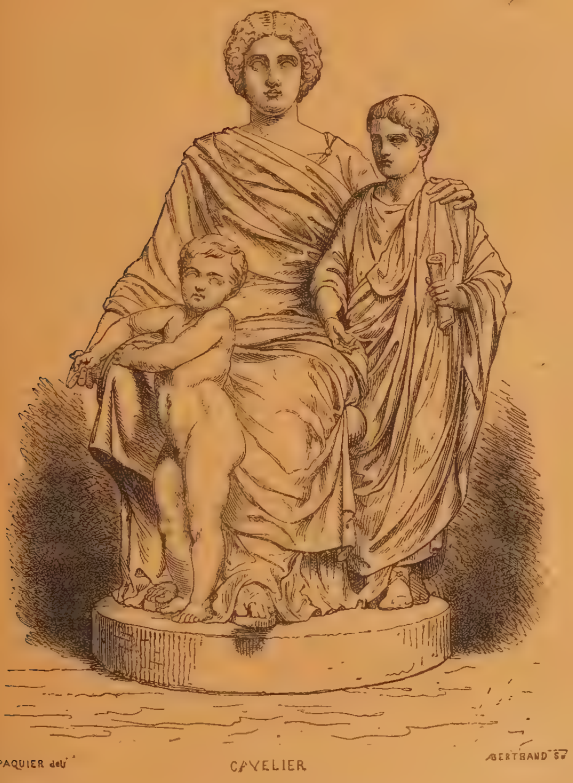
Sencillez en los vestidos.

Carlo-Magno llevaba en invierno un simple jubon de piel de nútria, una túnica de lana, una capa azul, y por calzado unas sandalias atadas con tiras de diferentes colores. Cuando los jóvenes magnates se presentaban delante de él, vestidos con preciosas pieles y ricas telas de seda, se divertia en llevarles consigo á caza, por medio de bosques y pantanos. Fácil es figurarse cómo se pondrian aquellos magníficos trajes: « ¡Qué mal parados estais! les decia riendo Carlo-Magno; habeis estropeado vuestros ricos forros, y mi capa no es ni ménos hermosa ni ménos bella que ántes. »

Las joyas de una madre.

Cornelia, hija del famoso Escipion y mujer de gran mé-

rito, se hallaba un dia en una reunion de señoras que, despues que se enseñaron mútuamente sus piedras preciosas



Cornelia y sus hijos.

y adornos, la preguntaron cuáles eran los suyos. Cornelia envió á buscar á sus hijos, que educaba con el mayor esmero, y presentándolos á aquellas damas, les dijo: «Hé aquí mis joyas y mis adornos »

Adorno del soldado.

Miéntras Ciro, sobrino y heredero del rey Ciaxaro, se ocupaba en disciplinar algunas tropas, su tio le hizo avisar que los embajadores del soberano de las Indias acababan de llegar á su córte, y le rogaba que acudiese á toda prisa. « Os traigo vestidos magníficos, dijo el correo, porque el rey desea que os presenteis pomposamente vestido ante esos extranjeros. » Parte Ciro sin perder un instante, y llega á presencia del rey con los sencillos vestidos que acostumbraba llevar. Ciaxaro se alegró de la pronta llegada de su sobrino, pero al mismo tiempo quedó sorprendido y aun descontento de la sencillez de su traje: « Si me hubiese puesto un vestido de púrpura, dijo Ciro, y adornado con brazaletes y cadenas de oro, ¿os hubiera hecho mas honor del que os hago con el sudor de mi rostro, que prueba á todo el mundo la prontitud con que he cumplido vuestras órdenes?

Esmero extravagante en la compostura.

Vespasiano, emperador romano, confirió un ascenso á uno de sus oficiales, y éste fué á darle las gracias lleno de exquisitos perfumes. Al percibir tantos olores, irritóse Vespasiano, y le dijo: « ¿Cómo puede perfumarse así un hombre? ¡ Yo preferiria que oliéseis á ajos! »

No hay que tomar á la letra estas palabras de Vespasiano, pues su verdadero sentido es que el esmero exagerado en la compostura y los adornos en el atavío, son disculpables en las mujeres, pero indignos de un hombre.

Comida frugal.

Probo, uno de los mas ilustres emperadores de Roma, anciano de costumbres sencillas y austeras, sostuvo una gran guerra contra los persas que habian invadido el imperio. Habiéndose sentado un dia sobre la yerba para

tomar una comida frugal, compuesta de unos guisantes cocidos la víspera y algunos pedazos de carne salada de cerdo, fueron á anunciarle la llegada de los embajadores de Pérsia. Mandó que los llevasen á su presencia, y les dijo: « Yo soy el emperador, y os encargo digais á vuestro amo que si no hace pronto la paz con nosotros, ántes de un mes dejaré vuestros campos tan desnudos de árboles y casas como lo está mi cabeza de cabellos. » Y al decir esto, se quitó el gorro para que viesen que era calvo. Convidóles despues á participar de su frugal comida, si tenian necesidad de comer, « ó si no, añadió, os aconsejo que os marcheis cuanto ántes. » Los embajadores transmitieron esta respuesta á su soberano, quien, lo mismo que sus cortesanos, se asustó de haberlas con un hombre tan enemigo de las delicias y del lujo. Fué en persona á ver á Vespasiano y le concedió cuanto le pidió.

Comida modesta.

Conversando con Sócrates un ateniense, se quejaba de su inapetencia y de hallar malo todo cuanto comia. « Yo sé un remedio infalible para vuestro mal, le contestó el filósofo: comed ménos; los manjares os parecerán así mas agradables, disminuireis vuestros gastos y os hallareis mejor. »

Este mismo sabio, debiendo un dia dar una comida, respondió á uno de sus amigos que parecia extrañar que no hubiese hecho mas preparativos: « Si mis convidados son juiciosos, tengo bastante para ellos; si no lo son, tengo de sobra. »

Vida frugal.

Es difícil corromper al hombre moderado y desinteresado que tiene pocas necesidades y sabe contentarse con lo que posee.

Queriendo el ministro inglés Walpole atraer á su partido á un hombre influyente, fué á buscarle en persona, y

le dijo: « Vengo en mi nombre y en el de todos los ministros del rey, á deciros cuánto sentimos el no haber hecho hasta ahora nada por vos, y á ofreceros al mismo tiempo un empleo digno de vuestro mérito. — Señor, le replicó su interlocutor, ántes de responder á vuestros ofrecimientos, permitid que me traigan la cena en vuestra presencia. » Y al decir esto le sirvieron un picadillo hecho con las sobras de la carne de la comida. « Señor ministro, dijo entónces á Walpole, ¿creeis que se pueda seducir fácilmente á un hombre que se halla satisfecho con semejante cena? Id á decir á vuestros colegas lo que habeis visto, pues es la mejor contestacion que puedo daros. »

Destemplanza.

Polemon, jóven ateniense, llevaba una vida de lujo y placeres, entregado á la destemplanza, y no se ocupaba en nada bueno ni útil. Un dia, al salir de una fiesta nocturna, volvia á su casa al amanecer, y vió que, á pesar de lo temprano de la hora, la puerta del filósofo Jenocrates estaba ya abierta. Sobrecogido de repente de una idea descabellada, quiere divertirse á costa del filósofo y burlarse de su sabiduría en su mismo santuario. Llevaba la cabeza coronada de rosas, iba vestido con una vistosa túnica, y tenia los brazos medio desnudos, los ojos soñolientos y el color encendido.

En este estado fué á sentarse en los bancos de la escuela, ocupados ya por numerosos jóvenes discípulos que, al verle entrar de aquel modo, se indignan y quieren expulsarle de la clase; pero Jenocrates les contiene con solo un gesto y una mirada. Se restablece el silencio, y entónces el maestro, interrumpiendo la leccion, empieza un noble y sentido discurso sobre la modestia, la pureza del alma y de los sentidos, y el encanto que la virtud da á la juventud. Miéntras hablaba el filósofo, se conmovia Polemon, pierde poco á poco su audácia y su jovialidad, sus ademanes se vuelven modestos, y por primera vez se sonroja,

baja la vista, se quita la corona de flores, se arropa modestamente con la túnica, escucha con mayor atencion, y por último, estalla en lágrimas su conmocion.

Bastó aquella leccion para enmendar su conducta, y desde aquel dia fué el discípulo mas asíduo de Jenocrates y el ciudadano mas recomendable de Aténas.

Embriaguez.

En un dia de embriaguez, olvidó Cárlos XII el respeto que debia á la reina, su abuela. Esta princesa se retiró á sus aposentos, traspasada de dolor. Al siguiente dia, viendo el rey que no se presentaba en la córte, preguntó la causa de tal ausencia, pues no se acordaba de lo que habia pasado la víspera. Dijéronsela, y fué al momento en busca de la reina, á quien dijo: « Señora, acabo de saber que ayer me olvidé del respeto que os debo; vengo á pediros perdon, y para que no vuelva á suceder, os declaro que el vino que bebí ayer, es el último que beberé en mi vida. »

Cumplió el rey con su palabra, y desde aquel dia no bebió mas que agua: esta sobriedad, unida al ejercicio, contribuyó á robustecer su temperamento. Nunca se quejó de que los manjares fuesen poco delicados ó estuviesen mal guisados. Despues de una comida frugal, daba largos paseos á caballo, y en campaña dormia encima de paja esparcida en tierra, con la cabeza descubierta, sin sábanas, y cubierto solo con una capa. De este modo adquirió un temperamento de hierro, con el cual resistió á las mas violentas fatigas.

Glotonería.

El duque de Maguncia, jefe de la Liga, era hombre á quien gustaba mucho el comer bien, pasando en los placeres de la mesa todo el tiempo que le dejaba en paz su infatigable rival, Enrique IV. Rara vez salia de estos festines con la cabeza fria, y entónces era cuando batia á Enrique IV, primero con la imaginacion, y luego en realidad.

El dia de la batalla de Arques[1] comió abundantemente, segun su costumbre; á los postres le sirvieron un excelente melon, y cuando iba á comérselo, fueron á advertirle que la caballería de Enrique IV se habia adelantado imprudentemente hasta un soto vecino, donde podia ser sorprendida y copada, si queria dar la órden para ello; los mensajeros añadieron que el ejército de la Liga, aprovechando de este triunfo, adquirido sin trabajo, podria arrojarse de improviso al campo enemigo, forzarle y quizá hacer prisionero al mismo Enrique.

« Esperad un momento, dijo el duque; dejadme comer el melon. »

Pocos instantes despues llega un oficial y le da un parte igual al precedente. « Dejadme acabar de comer este melon, » repitió Maguncia.

En fin, le anuncian que el ejército enemigo está ya á la vista, y que solo tiene tiempo para montar á caballo.

« ¡ Ya me lo he comido ! exclama el duque muy satisfecho. Y diciendo esto monta á caballo, sale al campo, y es completamente derrotado: justo castigo de su gula y de su glotonería.

Rasgo de un niño de cinco años.
[1789.]

Hé aquí un ejemplo de abstinencia, tanto mas interesante, cuanto nace de la ternura filial, y su autor es un niño de cinco años. Un cura de las cercanías de Rennes, ciudad de Francia, envió á buscar á tres hijos de uno de sus parroquianos, muy miserable, para hacerles tomar medida de un vestido. El frio era rigorosísimo, y los tres niños tenian los miembros entumecidos; el buen cura les hizo acercar á la lumbre, y les dió un pedazo de pan y carne. Los dos mayores se comieron su racion con mucha gana, pero el tercero miraba la suya con un aire satisfe-

1. Cerca de Dieppe, en 1589, Maguncia tenia 25,000 hombres, y Enrique solo 10,000.

cho, sin tocarla. «¿Por qué no comes, hijo? le dice el cura con suma bondad. — Porque quiero guardar mi pan y mi carne para mi madre que está enferma, responde el niño. — Cómetelo, replica el cura, que yo enviaré á tu madre lo que necesite. — No me lo comeré, porque quiero llevárselo á mi madre yo mismo.»

A estas últimas palabras se llenaron de lágrimas los ojos del niño. «No llores, hijo mio, replica el cura; á tu madre no la faltará nada; pero miéntras tanto come tú, porque debes tener gana. — Sí, señor, que tengo gana, pero mi madre está enferma. — Pues bien, aquí tienes pan y carne para la madre, pero quiero que te comas lo que te he dado. — En este caso, señor cura, comeré el pan solo, porque quiero llevar la carne á mi madre, y así tendrá mas.»

---

§ V. PACIENCIA.

La cólera es un acceso de demencia.

No seas orgulloso ni arrebatado; evita las contiendas, que son fuente fecunda de todas las desgracias:

Es menester acudir ántes á calmar un resentimiento, que á apagar un incendio. (*Moralistas antiguos.*)

La impaciencia encona y enagena los ánimos, y la dulzura les hace volver en sí. (MADAMA DE MAINTENON.)

Haced un estudio de la paciencia y sabed ceder por razon. (MADAMA DE LAMBERT.)

Cuando me hacen una injuria, trato de elevar mi alma tan alto, que la ofensa no pueda llegar hasta mí. (DESCARTES.)

El duelo está reprobado por la ley divina y prohibido por las leyes humanas. (*Curso de moral.*)

Temístocles.

Temístocles hizo á Aténas, su patria, y á la Grecia toda, los mayores servicios; pero sus ingratos conciudadanos le desterraron, y tuvo que refugiarse al lado del rey de Pérsia.

Cuando la invasion de Jerjes, los jefes de las diferentes repúblicas de la Grecia, reunidos en consejo de guerra, deliberaron sobre el partido que debian tomar. Euribíades, jefe de los lacedemonios, tuvo una viva discusion con el jefe de los atenienses, que era Temístocles. Euribíades se obstinaba en su opinion, que hubiera causado la pérdida del ejército si hubiese prevalecido. Temístocles la refutaba con calor, y Euribíades, irritado por la contradiccion y no queriendo oir mas, levantó el baston contra el jefe ateniense.

¿Qué hubiera hecho entónces un hombre vulgar? Habria dado rienda suelta á su justo resentimiento y rechazado el ultraje con otro ultraje, dimanando de aquí un odio mortal, no solo entre ámbos jefes, sino tambien entre los dos pueblos, odio que hubiera comprometido la salvacion de la Grecia entera.

Pero Temístocles no consideraba mas que el interes de la patria, y mirando á Euribíades, le dice: « Da, pero escucha. »

A estas palabras se sonroja Euribíades, y reconoce que el plan de Temístocles valia mas que el suyo. En efecto, se adoptó y salvó la Grecia.

Sócrates.

Una de las cualidades mas notables de Sócrates era una serenidad de ánimo que ningun accidente, ninguna injuria, y ningun maltrato podian alterar. Dicen, sin embargo, que este filósofo habia nacido fogoso y violento, y que su rara paciencia era el fruto de los esfuerzos que hizo para vencerse. Habiendo recibido un dia un brutal y vigoroso bofeton, se limitó á responder sonriendo: «Es sensible el no saber cuando debe uno cubrirse la cabeza con un casco.»

Halló en su propia casa un vasto campo para ejercer su paciencia, pues Jantipa, su mujer, le sometió á una ardua prueba con su genio extravagante, arrebatado y violento.

Una noche que habia convidado á cenar á uno de sus amigos, le suscitó Jantipa una disputa; y gritando como tenia de costumbre, se levantó furiosa y derribó todos los platos y vasos de la mesa. Atónito el amigo con este acto de violencia quiso retirarse, pero Sócrates le detuvo, diciéndole: «No os vayais: ¿os acordais que un dia que estaba yo co-

Sócrates.

miendo en vuestra casa, vino una gallina, y al volar por encima de la mesa, derribó todo cuanto habia en ella? Ambos nos reimos de aquel lance; hagamos lo propio ahora. »

Un dia Jantipa, en uno de sus arrebatos de cólera, le arrancó la capa al filósofo y la echó en el lodo. Sus amigos le aconsejaron que castigase inmediatamente aquella insolencia y la hiciese experimentar que él era el amo. « ¿Es decir, respondió Sócrates, que la riña de un marido con su mujer es para vosotros un espectáculo divertido? Pues yo no estoy de humor de daros este gusto á costa mia. »

Admirábase Alcibíades de que pudiese soportar los eternos gritos de aquella díscola mujer, y Sócrates le res-

pondió: «Estoy ya tan acostumbrado, que sus clamores me hacen la misma impresion que el ruido de una rueda.»

El gran filósofo sufrió hasta su muerte, sin quejarse, los arrebatos de aquella mujer, pues no parecia sino que el cielo la habia creado para hacer resaltar su virtud.

Casimiro.

Jugando un señor polaco con el rey Casimiro II de Polonia, perdió toda su fortuna. Desesperado por esta pérdida, olvidóse de sí mismo hasta el punto, no solo de injuriar al soberano, sino hasta el de pasar á vias de hecho contra él. En seguida echó á correr, pero los guardias le alcanzaron en breve y le llevaron ante el rey, que le aguardaba en silencio, en medio de sus cortesanos: «¡Amigos! dijo al ver comparecer el delincuente; este hombre es ménos culpable que yo. He comprometido mi rango y le he impelido á cometer este acto de violencia.» Y dirigiéndose luego al culpable: «Si te arrepientes, basta, le dice; recobra lo que has perdido y no juguemos mas.»

Enrique IV y Crillon.

Enrique IV habia nacido fogoso y arrebatado, pero logró dominar la cólera de tal modo, que sabia moderarse hasta en las ocasiones mas difíciles. Durante el sitio de Ruan, hizo el enemigo una vigorosa salida, que tuvo un éxito feliz, echándose generalmente la culpa de esta derrota al duque de Crillon. Éste quiso justificarse, y fué con tal objeto á ver al rey, que no quedó tan convencido de sus razones, como el duque hubiera deseado. De las disculpas pasó al acaloramiento de la réplica, y de la réplica á la violencia del lenguaje. Irritado el rey por esta falta de respeto, le mandó que saliese; pero insistiendo Crillon, se temió que perdiese el rey la paciencia. Por fin se marchó el duque, y Enrique dijo con calma á sus cortesanos: «La naturaleza me ha hecho propenso á la cólera, pero desde que me

conozco, estoy siempre en guardia contra una pasion, que es peligroso oir. Lo sé por experiencia, me alegro de tener tan buenos testigos de mi moderacion. »

Rasgo de San Francisco de Sales.

Un hombre á quien San Francisco de Sales no pudo hacer un favor que le pedia, por no permitírselo su conciencia, se irritó hasta el punto de dirigirle las palabras mas insultantes, aunque sin inmutar en lo mas mínimo al digno prelado.

Luego que hubo partido, el hermano de Francisco de Sales que habia sido testigo de esta aventura, dijo al buen prelado que hubiera hecho mejor en contestar á aquel insolente en vez de permanecer indiferente á tanto ultraje. « ¿Quiéres que te hable con sinceridad? le respondió el obispo : no solo en esta ocasion, sino en otras muchas, la sangre ha hervido en mi pecho, como el agua en la lumbre, pero, con el auxilio del cielo, moriré ántes que pronunciar una palabra que pueda ofender á Dios : así lo tengo resuelto y cumpliré fielmente mi resolucion. »

Turena y La-Ferté.

Turena estaba á punto de atacar las líneas de los enemigos que sitiaban la ciudad de Arras, pero careciendo de los instrumentos necesarios, envió á uno de sus guardias á pedirlos al mariscal de La-Ferté, su colega en el mando. Volvió en breve el guardia, y le dijo que La-Ferté no solo se los habia negado, sino que habia acompañado su negativa con palabras nada agradables para Turena. Este se volvió entónces hácia sus oficiales y les dijo con mucha tranquilidad : « Ya que tan irritado está, probémosle que podemos prescindir de sus instrumentos y hacer como si los tuviésemos. »

Abauzit.

Era Abauzit un filósofo tan modesto como sabio, que pasaba su vida en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de todas las virtudes. El siguiente rasgo dará una idea de su extrema dulzura.

Tenia la reputacion de no haberse encolerizado nunca. Algunas personas preguntaron á su criada si, en efecto, merecia este elogio: ella respondió que en treinta años que hacia que le estaba sirviendo, no le habia visto nunca enfadado. Prometiéronla un regalo de importancia si lograba encolerizarle, y ella consintió en intentarlo, empezando por no hacerle la cama, sabiendo que le gustaba estar acostado con comodidad. Notólo Abauzit, y á la mañana siguiente se lo advirtió á la criada; respondió ella que lo habia olvidado, y él no dijo nada mas. A la noche siguiente quedó tambien la cama por hacer, y á la observacion de Abauzit contestó la criada con una excusa vaga, mas pueril aun que la primera. En fin, á la tercera vez, dijo el buen hombre : « Van tres veces que no me habeis hecho la cama, y segun se ve, es partido que habeis adoptado porque probablemente hallais esta faena muy pesada. El mal no es cosa mayor, porque al fin y al cabo, me voy ya acostumbrando á dormir en la cama tal como está. »

Enternecida por tanta paciencia y bondad, la imprudente criada le pidió perdon y le descubrió la prueba á que se queria someter su carácter y la recompensa que le habian prometido.

Sin dejar de admirar la paciencia del sabio, debemos vituperar la indiscrecion de los que quisieron ponerla á prueba, y la culpable ligereza de la persona que consintió en ayudarles.

Comida arrojada al patio.

Conocí á un hombre que acostumbraba dejarse arrebatar por la cólera, siendo ordinariamente su criado la

víctima de su furia. Habia dias en que todo lo que hacia el pobre sirviente era malo y hasta se llevaba la culpa de lo que no habia hecho. Uno de esos dias, llegó el amo á su casa de muy mal humor y se sentó á la mesa para comer. No sé si la sopa estaba fria ó muy caliente, sosa ó salada; el caso es que mi hombre, furioso, agarra la sopera y la tira al pátio por la ventana. Entónces el criado, con la mayor serenidad, empieza tambien á tirar por la ventana el cocido, las legumbres, el asado, el pan, vino, postres y hasta los manteles. « ¡Insolente! grita el amo casi fuera de sí: ¿Qué significa todo eso? ¿Qué proyectos son los tuyos? — ¡Señor amo! responde el criado con mucho sosiego; perdonadme si os he comprendido mal; yo creia que queríais comer en el pátio. »

Comprendió aquel hombre la leccion, sonrióse de la presencia de ánimo de su criado y no reprodujo mas sus ridículos arrebatos.

La bofetada.

Un habitante de Orleans, llamado Lepelletier, no contento con dar á los pobres todo cuanto tenia, trataba contínuamente de interesar en su favor á todas las personas que conocia. Un dia, viendo á un rico comerciante, llamado Aubertot, que estaba parado delante de su puerta, se llegó á él y le dijo: « Señor Aubertot, ¿no me dareis nada para mis amigos los pobres? — ¡No! no puedo dar nada. » Lepelletier insiste diciendo: « Si supieseis para quien invoco vuestra caridad, acaso no me la negariais. Es para una pobre mujer que acaba de dar á luz un niño y no tiene con qué vestirle. — No puedo dar nada. — Es para un anciano que no tiene un pedazo de pan. — No puedo dar nada. — Es para un albañil que no tenia mas que sus brazos para ganarse la vida y acaba de romperse uno al caer de un andamio. — Digo que no puedo dar nada. — ¡Vamos, vamos! señor Aubertot, sed mas compasivo y estad seguro que hareis con ello una buena accion. — ¡Vuelvo á repetir que

no puedo! ¡Dejadme en paz! » Y al decir esto vuelve la espalda y entra en su casa. Lepelletier le sigue y va detras de él por todas partes, hasta su cuarto de dormir. Aubertot impacientado, le da una bofetada, y el caritativo Lepelletier, léjos de enfadarse, le dice sonriéndose : « Esto es para mí ; veamos ahora lo que me dais para mis pobres. »

Aubertot, avergonzado, le dió una buena limosna y le pidió mil perdones por su arrebato.

El bastonazo.

El conde de Boutteville, que llegó á ser despues tan célebre bajo el nombre de mariscal de Luxemburgo, siendo teniente general bajo las órdenes del príncipe de Condé, vió en una marcha á varios soldados que se habian rezagado del resto del ejército. Envió á uno de sus ayudantes para que los hiciese volver á sus cuerpos, y todos obedecieron ménos uno que no hizo caso. Ofendido el general por esta desobediencia, corrió hácia él con el baston levantado para golpearle. « Si me llegais á tocar, le dice el soldado, os arrepentireis. » Irritado Boutteville con esta respuesta, le da un bastonazo y le obliga á incorporarse á sus filas.

Quince dias despues sitió el ejército á Furnes, ciudad de Bélgica, y Boutteville encargó á un coronel que buscase en su regimiento á un hombre firme é intrépido para dar un golpe de mano, ofreciéndole una gran recompensa. El soldado de quien hemos hablado, que pasaba por el mas valiente del regimiento, se presenta llevando consigo á treinta de sus compañeros escogidos por él, y lleva á cabo su empresa, que era muy aventurada, con un valor y una dicha increibles. A su vuelta, Boutteville, despues de haberle elogiado mucho, le ofrece la recompensa que le habian prometido. El soldado rehusándola, le dice : « ¿Me reconoceis, mi general? Yo soy aquel soldado que maltratasteis hace quince dias : bien dije que os arrepentiríais. » Boutteville, lleno de admiracion y enternecido hasta lo sumo, le abrazó, le dió sus disculpas y obtuvo en el acto para él

un despacho de oficial, agregándole á su persona en calidad de ayudante. El príncipe de Condé, digno apreciador de las bellas acciones, se complacia en referir este rasgo de magnanimidad.

La taza rota.

[Siglo XIX.]

Una hermana de la órden de San Vicente de Paul, estaba cuidando á un granadero herido y enfermo de gravedad. Acostumbrado aquel militar á la vida de los campos y al desórden de la guerra, no tenia ningun respeto por la santa profesion ni por la abnegacion de su bienhechora, pues rechazaba frecuentemente con rudeza sus solícitos socorros y algunas veces la llenaba de groseras injurias. La buena religiosa oponia á estos insultos una paciencia inalterable, y acababa por vencer á fuerza de bondad el indómito genio del soldado.

Un dia que padecia mas que de ordinario, se le acercó la hermana con una medicina que habia recetado el facultativo. El enfermo la rechaza y ella insiste con dulzura. De la negativa pasa á las injurias y amenazas, pero la hermana le suplica que piense en el peligro en que le pone su obstinacion. Por último, convencido el militar de que no podia librarse de su importunidad, finje ceder, toma la taza que le presentan y arroja el contenido al rostro de la religiosa.

Esta piadosa mujer, se alejó sin murmurar, pero al cabo de unos instantes volvió á la cabecera de la cama del enfermo con la misma bebida, que habia preparado de nuevo. Apurada la paciencia del granadero por una constancia que él toma por terquedad, se enfurece, agarra el vaso y lo estrella contra el suelo, salpicando los vestidos de la religiosa. Esta vez pensó que, despues de tal ultraje, la caritativa mujer no se expondria á recibir otro; pero el militar no conocia mas que el valor de los campos de batalla y no tenia ninguna idea del que puede dar la religion.

La hermana se acerca por tercera vez al enfermo con otra

bebida preparada de nuevo, y le dice: « Tomad esta medicina, os lo suplico; no me negueis este favor. » El enfermo no sabe ya si debe creer lo que oye: un enternecimiento involuntario sucede á su adustez y se arrasan de lágrimas sus ojos: « ¡Sois un ángel! » exclama; y tomando la medicina se la traga sin titubear.

Este hombre debió la vida á la piadosa perseverancia de aquella á quien habia tratado como á una enemiga. Reconocido por este favor del cielo, demostró el deseo de conocer mejor esa religion que inspira unas virtudes tan dulces y sublimes á la vez.

El honor bien entendido.

Dos jóvenes oficiales, Valentin y Marcelo, se habian criado juntos y se les citaba como modelos de amistad, honor y generosidad. Jamas habia mediado entre ellos el menor motivo de disentimiento, cuando un incidente desgraciado les puso á pique de enemistarse entre sí. Estaban jugando una noche á las damas en un café, en compañía de muchos de sus compañeros. Valentin ganaba siempre y se reia él mismo de su buena suerte; Marcelo se figuró que se burlaba de él, y ciego de cólera echó las damas á la cabeza de su amigo. Todas las personas presentes se conmovieron vivamente, y no dudaron que el resultado de este lance seria un desafío entre ámbos jóvenes.

« Señores, dijo Valentin con mucha tranquilidad, soy militar, conozco las leyes del honor, y sabré cumplirlas. » Dicho esto, se arroja en brazos de su amigo que estaba ya muy arrepentido, y le dice: « Marcelo, yo he tenido la primera culpa y te perdono; ahora te suplico que me perdones el haber ofendido con mi ligereza un alma tan sensible como la tuya. Ahora, señores, continuó Valentin, aunque haya interpretado á mi modo las leyes del honor, si hay aquí alguno que dude de la resolucion en que estoy de no sufrir ni siquiera una sonrisa de desden, salga conmigo. » La noble conducta de estos verdaderos amigos

La tuza rata.

fué aplaudida por todos los circunstantes, y hasta los mas feroces partidarios del duelo, convinieron en que Valentin comprendia tan bien como ellos las leyes del honor.

El duelo rehusado.

Turena, en su juventud, fué desafiado por otro oficial, pero él le contestó: « No sé batirme con desprecio de las leyes; pero sabré arrostrar el peligro cuando el deber me lo permita. Mañana hay que dar cima á una empresa muy útil y honorífica para nosotros, pero al mismo tiempo muy peligrosa: vamos á pedir á nuestro general licencia para intentarla, y entónces veremos quién sale de ella con mas honor. » El que propuso el desafío, halló el proyecto tan peligroso, que rehusó someter su valor á semejante prueba.

El duelo evitado

Un oficial general irlandes que habia servido durante cuarenta años, sin haber propuesto ni aceptado jamas un desafío, refiere del modo siguiente una anécdota de su vida: « Provoqué, dice, el resentimiento de uno de mis compañeros de armas muy querido y respetado de todo el cuerpo. Parecióme que habia merecido algunas leves reconvenciones en ciertos casos, y con este motivo hablé de ellas en un idioma que no conocia aun bien, lo cual fué causa de que me sirviese de una voz cuyo sentido no comprendia. Creyóse insultado, se levantó, dejó la compañía y me desafió. Le contesté que esperaba tener con él una explicacion que le quitaria las ganas de batirse; pero sin embargo, prometí acudir á la cita. Fuí, en efecto, acompañado de todos los que habian oido la expresion que provocó el desafío y delante de ellos me eché toda la culpa, declarando que habia proferido términos cuyo verdadero sentido ignoraba. Mi contrario entónces arrojó léjos de sí la espada y nos echamos en brazos uno de otro. « Vine aquí, dijo, con intencion de sepultar mi espada en el seno

de un hombre que estimo y quiero; esta idea me hace extremecer. » Todos los circunstantes dieron muestras de la mas viva satisfaccion y convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara, y que un gobierno cuerdo debe refrenarla por todos los medios posibles.

---

§ V. FIRMEZA CONTRA LOS MALES.

La paz interior no reside solo en los sentidos, sino en la voluntad; y cuando ésta permanece firme y resignada, se conserva la paz en medio de los dolores mas acerbos. (FENELON.)

Un sabio célebre, llamado Cardan, elevaba de tal modo su alma sobre sus dolores, que no sentia los ataques mas crueles de la gota. (TISSOT.)

El dolor te vencerá si te desanimas; pero si te mantienes firme, le vencerás tú á él.

La adversidad es el crisol de la virtud

Un espectáculo verdaderamente digno, que Dios contempla complaciéndose en su obra, es el hombre justo y valeroso en lucha con la adversidad. (*Moralistas antiguos.*)

Un alma grande es superior á la injuria, la injusticia y el dolor. (LA BRUYÈRE.)

La razon soporta las desgracias, el valor las combate, la paciencia y la religion triunfan de ellas. (MADAME DE SEVIGNÉ.)

Cuando el cuerpo padece y está el ánimo abatido, debe entónces desplegar el alma su fuerza y su valor, elevándose á ideas dignas de su eterno autor.

Una voluntad fuerte triunfa de todo, hasta de las mismas enfermedades de la naturaleza; suple la vista en el ciego y el vigor en el enfermo. Un alma fuerte es dueña del cuerpo que anima. (B.)

La sed.

Durante una marcha larga y penosa por un pais muy árido, Alejandro y su ejército estaban devorados de sed, cuando varios soldados que iban de descubierta, hallaron un poco de agua en el hueco de una roca, y se la llevaron al rey en un casco. Para alentar á sus soldados á que soportaran pacientemente la sed, presentó Alejandro esta agua á sus soldados, diciéndoles que su hallazgo anunciaba

una fuente vecina : y en seguida, en vez de beberla, la arrojó al suelo delante de todo el ejército. ¿Cuál es el soldado que, con semejante jefe, pudiera quejarse de privaciones y fatigas? ¿Quién se hubiera negado á seguirle gustoso?

El hambre.

Alfonso V, rey de Sicilia y de Aragon, estaba acampado un dia en las márgenes de un rio, en frente del enemigo. Acercábase la noche, el ejército carecia de víveres, y ni el rey ni los soldados habian probado un bocado desde el amanecer. Uno de sus oficiales le ofreció un pedazo de pan, un rábano y un poco de queso, manjares preciosos en aquella circunstancia. « Muchas gracias, dijo el rey al oficial : comeré despues de la victoria, como todos mis valientes soldados. »

Pobreza y dolor.

¿Quién puede dispensarse de admirar los nobles sentimientos que expresa el célebre Epicteto, filósofo griego de la secta de los estóicos? « Dios me ha creado, dice, ojalá pueda decirle á mi última hora : « ¡Oh amo mio! ¡Oh pa- « dre mio! Tú has querido que yo padezca, y he padecido « con resignacion; tú has querido que yo sea pobre y he « abrazado la pobreza; tú me has puesto en una condicion « oscura, y no he querido salir de ella; tú quieres qu « muera, y yo te adoro al morir. »

Este héroe de la resignacion y de la paciencia habia sido esclavo de un hombre llamado Epafrodites. Un dia este bárbaro amo se divertia en torcer la pierna á su esclavo, que sufria con paciencia este juego brutal, y se contentaba con decirle sonriéndose : « Si continuais, me rompereis infaliblemente la pierna. » Así sucedió, y Epicteto le dijo entónces con mucha serenidad : « Os lo habia advertido. »

Epicteto se consideraba feliz y rico en la pobreza. En efecto lo era, pues el hombre que goza del testimonio de

una buena conciencia, es verdaderamente feliz, y aquel que no desea nada de lo que no tiene, puede decirse que es rico.

Peligro horroroso constancia heróica.

Invadida por las aguas la mina de hulla de Ans, cerca de Lieja, se desplomó el 28 de febrero de 1812, quedando cortada toda comunicacion y los mineros casi sepultados en una vasta tumba. En el momento crítico, Huberto Goffin, que era el minero mayor, hubiera podido escapar y llevarse consigo á su hijo, de edad de doce años, pero no lo quiso. « Si subo, dijo, mis trabajadores perecerán; quiero salir el último, salvarlos á todos ó morir. » Reune á sus camaradas en número de noventa, todos desanimados y sin ninguna esperanza de salvacion. La voz de Goffin les alienta y se ponen á trabajar con él para taladrar el terreno y abrirse un camino hácia la luz; pero en medio de aquellas profundas tinieblas apénas alumbradas por algunas lámparas, el trabajo agota en breve sus fuerzas, y la desesperacion se apodera de ellos. El digno hijo de Goffin les echa en cara su debilidad, diciéndoles: « Sois unos niños; seguid las órdenes de mi padre, que os ha prometido que el propietario de la mina no os abandonará.» De repente los trabajadores recobran aliento al oir un golpe lejano que les indica que desde fuera trabajan para salvarles. Pero las obras adelantaban con mucha lentitud y los pobres obreros estaban abatidos é inconsolables. En vano Goffin excita su celo, sin poder obtener nada. En fin, en un transporte de indignacion, exclama que va á apresurar su muerte y á quitarles toda esperanza, ahogándose con su hijo. A estas palabras, todos se ponen delante de él y juran obedecerle; pero pronto se apagan las luces y la oscuridad les deja sin esperanza ni consuelo. Cinco dias se pasaron en esta horrible situacion: Goffin habia sostenido constantemente á sus compañeros de infortunio, llevándoles á cada instante á la obra y dándoles el ejemplo con su celo y solicitud. Por último

se abrió un paso á aquellos infelices, salvándose setenta de los noventa que eran, gracias á la conducta heróica de Goffin.

Lieja pertenecia entónces á la Francia, y su gobierno, digno apreciador del valor cívico, dió al valiente Goffin la cruz de la Legion de honor y una pension.

El trabajador enfermo.

Hace pocos años que vivia en Ayr, ciudad de Escocia, un hombre muy notable llamado Jaime Sandy. Nació pobre y habia perdido desde muy niño el uso de las piernas. Reducido á no levantarse nunca de su cama, se dedicó á la mecánica, ocupándose noche y dia en un trabajo muy asíduo, rodeado de toda clase de herramientas: sabia tornear como el mas hábil tornero, y fabricaba relojes é instrumentos de música y óptica con tan rara perfeccion, que en nada cedian á los de los primeros operarios de Lóndres. Con sus consejos se perfeccionaron las máquinas de hilados de cáñamo, y por último, reunia á tantos conocimientos el del dibujo y grabado. De este modo supo evitar la miseria y el fastidio que le amagaban en su situacion.

En cincuenta años que yació en su lecho, solo le dejó tres veces y fué para huir de la inundacion y del incendio que amenazaban su casa.

Sandy, que era muy jovial y decidor, se trataba con lo mejor de la ciudad, que iba muchas veces á su casa para disfrutar de su conversacion. Este hombre notable por su industria y por su estado independiente, á pesar de su enfermedad, murió poseedor de una fortuna bastante considerable, enteramente adquirida con su trabajo.

El operario ciego.

En Armagh, ciudad de Irlanda, vivia un ciego llamado William Kennedy, que era la admiracion del pais por su habilidad, pues fabricaba toda clase de instrumentos de

cuerda, relojes de sobremesa, muebles, telares y sobre todo excelentes zampoñas. Nadie atinaba cómo un hombre privado de la luz podia hacer obras tan complicadas, y todos se complacian en oirle referir la historia de sus tentativas y labores. Héla aquí, segun una persona que la oyó:

« Debo el sér á un pobre jornalero que vivia en una aldea, cerca de Armagh. Al venir al mundo, estaban mis ojos abiertos á la luz, pero perdí la vista á la edad de cinco años, y aunque era muy jóven para comprender la enormidad de esta desgracia, la sentí, sin embargo, por el fastidio que se apoderó repentinamente de mí. Habia vivido hasta entónces con otros séres como yo y en medio de mil objetos que me interesaban, pero halléme en un instante solo y como en el vacío. Sin embargo, el mundo, que tan de pronto se habia vuelto desierto para mí, se pobló de nuevo. Hasta entónces habia hecho conocimiento con las cosas, solo por medio de la vista, pero en adelante me acostumbré á conocerlas por el tacto y el oido; y á medida que iba creciendo, sentia cuán importante era para mí el perfeccionar estos sentidos. Acostumbréme á juzgar la distancia por el sonido y á adivinar la naturaleza de los objetos por el tacto, siendo para mí estos ejercicios mas bien una necesidad que una diversion. Habeis pasado, sin duda, varias noches sin sueño y experimentado cuán largo es entónces el tiempo y lo fastidioso que es pasarlo rodeado de tinieblas. Pues bien, figuraos una noche semejante, pero sin fin... ¡tal era mi vida! Tenia, en verdad, algunos juguetes para distraerme con ellos algunos instantes, pero como esta distraccion no tenia objeto, pronto me cansé de ella. Por otra parte, no oia en torno mio mas que deplorar mi suerte y compadecer á mis padres de la carga que Dios les habia impuesto con mi desgracia.

« Esta compasion me irritaba; no podia acostumbrarme á la idea de ser perpétuamente causa del desconsuelo y la estrechez en que vivian mis padres. Preocupándome, sin embargo, la idea de saber si era cierto que yo no era apto para

nada, y si no era ingratitud y cobardía aceptar la situacion de impotencia que tanto debia afligir á los que me habian dado el sér, resolví dirigir todos mis esfuerzos á sacar todo el partido posible de las facultades que me quedaban. Me dediqué, pues, á estudiar los juguetes que me habian dado, los desmonté pieza por pieza, y llegué á conocerlos lo bastante para fabricar otros semejantes; esto era ya una industria, y adquiria al mismo tiempo la certidumbre de que todo se puede llevar á cabo con verdadera voluntad acompañada del sentimiento del deber. Con el objeto de alcanzar mi independencia, traté de escoger una profesion y estudié la música; al ver mis padres mis esfuerzos y mis progresos, me enviaron á Armagh, donde aprendí á tocar el violin. Mas no me concreté á este estudio, pues sabia muy bien que en el mundo hay que recurrir á diferentes medios de existencia, y yo, con mayor motivo que otros, me hallaba en este caso.

« Hizo la casualidad que fuera á vivir en casa de un tapicero, y durante los momentos que tenia libres, aprovechaba aquel tiempo en construir muebles de varias clases. Al volver á la aldea añadí esta industria á la de ministril, y en poco tiempo gané mas dinero que el que necesitaba para vivir. Aquel dia fué el mas feliz de mi vida; pobre niño ciego, que debia ser una carga pesada para mi familia, habia llegado á ser su apoyo á fuerza de perseverancia Entónces conocí la fortaleza y la ventura que proporciona el cumplimiento del deber.

« No por eso me detuve en mis esfuerzos y mis ensayos; compré algunas zampoñas irlandesas de deshecho con objeto de arreglarlas; con sumo trabajo llegué á descubrir su mecanismo, y nueve meses despues fabriqué una de mi invencion, que obtuvo muy buen resultado.

« Vivia en mi pueblo un relojero que era aficionado á la música y deseaba aprenderla; propúsome que le diera algunas lecciones, á lo que accedí gustoso, á condicion que él me enseñara su arte. De este modo conseguí sostener mi familia con las varias industrias que ejercia alternativa-

mente, segun las ventajas que me proporcionaban. Por este tiempo tuve el dolor de perder á mi padre, y mi madre no tardó tampoco en seguirle; recordándome aquellos lugares continuamente la irreparable pérdida que habia tenido, salí de la aldea y vine á Armagh, donde me he casado y vivo ya hace muchos años dichoso y al abrigo de la miseria. Lo único que pido á Dios es que me conserve la salud, porque en cuanto á la fortuna, me la ha concedido inagotable al dotarme de perseverancia y de amor al trabajo. »

---

§ VII. VALOR[1]

El valor acompaña por todas partes al hombre de bien : en los combates, contra el enemigo; en sociedad, en defensa de los ausentes; en su lecho, contra el dolor y la muerte.

Puede burlarse la fortuna de la prudencia de los virtuosos, pero jamas podrá doblegar su valor.

El que es valiente espera el peligro con calma, y no se expone sino cuando el honor ó el deber se lo mandan; pero una vez en el peligro nada puede detenerle. (*Autores varios.*)

Superior á todos los acontecimientos, parece que habiéndolos previsto todos, á todos los ha sabido dominar. Jamas la cólera turbó su sereno semblante; jamas imprimió el orgullo en él su huella; tampoco el abatimiento pintó jamas en él su debilidad. (D'AGUESSEAU.)

La intrepidez es una fuerza extraordinaria del alma que la hace superior á las turbaciones, desórdenes y emociones que pudiera causar en ella la vista de grandes peligros; esta misma fuerza da á los héroes su tranquilidad y el libre uso de su razon en los momentos mas imprevistos y terribles. (LA ROCHEFOUCAULD.)

No es un vicio la debilidad pero conduce á él; el malvado hace el mal; el débil deja hacerlo.

La Vacquerie.

Luis XI[2] envió al Parlamento ciertos edictos[3] para que fuesen registrados, en los cuales establecia varios impuestos

1. Véanse los artículos : *Deberes para con la patria; militares; marinos;* donde se hallarán rasgos de valor militar y de valor y firmeza cívica.

2. Reinó desde 1461 hasta 1483; fué hábil político, pero cruel.

3. Llamábanse edictos los reales decretos; el Parlamento los registraba, es decir, los inscribia en sus registros, formalidad que se consideraba necesaria par su autenticidad y ejecucion.

injustos y onerosos. En aquella ocasion demostró Juan de la Vacquerie, primer presidente del Parlamento, un valor tanto mas notable, cuanto la tiranía de Luis XI no sufria resistencia á su voluntad. Presentóse al rey á la cabeza de los magistrados, y con respetuosa firmeza, le dijo: «Señor, en vuestras manos venimos á poner nuestros cargos, y estamos dispuestos á sufrirlo todo ántes que obrar contra nuestra conciencia.» Luis XI revocó los edictos.

Desgenettes[1].

Hallábase en Siria el ejército frances al mando del general Bonaparte cuando se declaró la peste[2]. No tardaron los hospitales en llenarse de enfermos, y lo mas peligroso que la enfermedad misma, era que como se la creia contagiosa, los atacados de ella y hasta los que se suponia se hallaban amenazados, infundian tal espanto, que todo el mundo huia de ellos y se veian expuestos á perecer sin socorro alguno. El temor del contagio tenia sumido al ejército en el mas profundo abatimiento.

Persuadido el célebre Desgenettes, primer médico del ejército, de que aquella enfermedad solo era contagiosa para los que la temian, quiso hacer que lo comprendieran así los soldados. Un dia que el general, acompañado de numeroso séquito visitaba el hospital de los apestados de Jaffa[3], se acerca Desgenettes á uno de los enfermos, abre con su lanceta uno de los bubones pestilenciales, y haciéndose él mismo una pequeña incision en el brazo, introdujo en ella el veneno que acababa de extraer. «Si la peste es contagiosa, yo la tendré; pero ya vereis que no.» Y diciendo estas palabras, fué á enseñar á los soldados de los diversos cuerpos el brazo donde se habia inoculado el vírus.

Aquel rasgo admirable causó inmensa sensacion; ya no se temió acercarse á los apestados, cuidarlos ni servirlos;

1. Nació en Alenzon en 1762, y falleció en 1817.
2. Año 1799.
3. Antiguamente Joppé, ciudad célebre en la historia sagrada: puerto muy conocido en el Mediterráneo.

desapareció el miedo al contagio, y como Desgenettes seguia gozando de perfecta salud, los espíritus decaidos recobraron su alegría y su serenidad, cambiando con esto enteramente el aspecto del ejército. Los soldados que no habian sido atacados de la peste cesaron de temerla, los enfermos fueron bien cuidados, y muchos de ellos sanaron.

Crillon[1] y Sully[2].

En el sitio de Charboniera, ciudad de Saboya, Crillon mandaba la infantería, y Sully, que acababa de ser nombrado gran maestre de la artillería, cañoneaba con furia la plaza. Crillon, cuya bravura rayaba en temeridad, notando que Sully trataba de reconocer un revellin[3], marchó á su encuentro, y viendo que por el molesto fuego del enemigo iba á retirarse y esperar que el dia declinase para acabar de hacer sus observaciones, le detuvo, diciéndole con tono irónico : « ¡Cómo, señor gran maestre de la artillería! ¿temeis los arcabuzazos en compañía de Crillon? Estoy yo aquí y no se atreverán á acercarse. Vamos hasta aquellos árboles que veo á unos doscientos pasos, y desde allí podreis reconocer á vuestro

1. Intrépido militar, conocido con el sobrenombre del Bravo, uno de los mas célebres capitanes de Enrique IV (1545-1615).

2. Amigo de Enrique IV, y uno de los mejores ministros de Francia en aquel tiempo (1568-1641).

3. Revellin ó media-luna, es una

gusto el revellin. » Aunque no le faltaba valor á Sully, no le agradó tan temeraria proposicion; pero comprendiendo lo que exigian de él las circunstancias en que se hallaba, y sobre todo su reciente nombramiento, que le habia procurado no pocos envidiosos, quiso probar á Crillon, que si el valor del hombre está generalmente limitado por la prudencia, cuando llega la ocasion iguala en arrojo á los mas temerarios. « Puesto que así lo quereis, dijo, vamos allá á ver quien de los dos es mas loco. » Y tomando á Crillon de la mano le condujo pausadamente al otro lado de los árboles.

Al ver los sitiados en descubierto á los dos generales, hicieron sobre ellos un fuego horroroso. Crillon, que oia pasar silbando las balas cerca de sus oidos, se detuvo, y dijo riendo á Sully : « Voy viendo que esos señores no respetan ni el baston[1] del gran maestre ni el de coronel general[2]. Ea! volvámonos, pues veo que sois valiente y digno de ser gran maestre; seré vuestro amigo miéntras viva, y desde hoy, vivo ó muerto, contad siempre con Crillon.

Argenson.

El célebre Argenson, que organizó la policía de Paris, era un magistrado de un valor á toda prueba. En los años 1709 y 1710 era excesiva la carestía, y el pueblo, injusto porque sufria, acusaba de sus males á Argenson, quien, sin embargo, hacia todo lo que podia de su parte para evitarlos y remediarlos. Hubo algunos alborotos que no hubiera sido prudente ni humano castigar con severidad; el digno magistrado consiguió apaciguarlos, ya por medio de la firmeza resuelta y prudente con que los arrostraba, ya por la confianza que la multitud, aunque irri-

obra avanzada de fortificacion en las plazas de guerra, compuesta de dos caras que forman un ángulo saliente, protegido por un puente, muralla, etc.

1. El signo distintivo de los grandes maestres de la artillería era un baston ricamente adornado, como ahora el de los mariscales de Francia.

2. Crillon habia sido nombrado coronel general de infantería, empleo creado para él.

taba, tenia en él. Hallóse un dia cercado en una casa, á la que los amotinados querian pegar fuego, y haciendo abrir la puerta, se presentó, les arengó, y eso bastó para restablecer la calma.

Maury.

[1790].

El abate Maury[1], célebre orador, era miembro de la Asamblea constituyente[2] y defendia con calor ideas contrarias á la mayoría. En aquella época terrible se vió algunas veces al pueblo furioso arrojarse sobre los que consideraba como enemigos y ahorcarlos con las cuerdas de los faroles del alumbrado público. Llamaban á esto *colgarlos en la linterna*. Un dia que Maury pasaba por una calle excusada, se encontró con un transeunte, que, conociéndole, empezó á gritar: « ¡Aquí está el abate Maury! » A sus voces se amotinó una multitud en derredor suyo, y no tardó en oirse el grito fatídico de « á la linterna. » Maury conservó no obstante su sangre fria y contestó con tono reposado: « Cuando yo esté en la linterna, ¿vereis acaso mas claro? » Aquellas palabras, que cayeron en gracia, pero que eran profundas, desarmaron el furor de aquellos ilusos y el orador debió la vida á su serenidad.

Fabert.

[1599 -1662].

El general frances Tabert estaba haciendo los preparativos para poner sitio á una plaza, y señalando á sus oficiales los puntos exteriores de la ciudad, designaba con el dedo el lugar donde debia establecerse una batería, cuando una bala le llevó el mismo dedo. Apénas le alteró esta desgracia; y señalando el mismo punto con otro dedo con-

1. Murió cuando era cardenal en 1817.

2. Llamóse tambien Asamblea nacional y Estados generales; esta célebre Asamblea duró desde 1789 hasta el 30 de setiembre de 1791, y fué reemplazada en seguida por la Asamblea legislativa.

tinuó: « Señores, decia, pues, que seria menester colocar aquí nuestra primera batería. »

Guillermo Tell.

[1347].

Alberto, emperador de Alemania, hijo de Rodolfo de Habsburgo, habia resuelto someter á los suizos y convertir su país en un estado hereditario para la casa de Austria. Con este fin sedujo á los hombres mas influyentes de Suiza, y los atrajo á su causa con presentes y promesas; en seguida construyó fortalezas en varios cantones, envió á ellos gobernadores y les encargó que tratasen á los habitantes con la mayor severidad, para incitarles á la resistencia y ponerle en el caso de ir á ocupar todo el país con las armas en la mano.

Uno de estos gobernadores, llamado Gessler, que mandaba los dos cantones de Schwitz y Uri, hombre de un orgullo insoportable y una crueldad sin límites, se figuró que podia tratar á los campesinos como esclavos. Para probarles su desprecio, hizo colocar su gorro en la punta de una pica que clavó en medio de la plaza de Altorf[1], mandando que todos cuantos pasasen lo saludasen respetuosamente. Todos obedecieron, ménos Guillermo Tell, que dotado de un valor á toda prueba, aunque de carácter benigno y generoso á la vez, no quiso someterse á exigencia tan rídicula, y pasó por la plaza fingiendo no ver el gorro. Furioso Gessler, manda prender á Tell, y conducido á su presencia, le echa en cara con palabras duras lo que califica de rebelion; y como Tell guardase silencio, desplegó el gobernador una crueldad inaudita. Guillermo Tell tenia un hijo que entraba apénas en la adolescencia, y Gessler, que tenia noticia de la fama que gozaba el padre por su destreza en tirar el arco, condenó á este desdichado á que, á distancia de cien pasos, atravesase con una flecha una manzana colocada en la

1. Capital del canton de Uri, en donde se ha levantado una torre en honor de Guillermo Tell.

cabeza de su hijo. Todos los circunstantes se estremecieron al oir esta sentencia. Trajeron, pues, al niño, siendo vanos todos los esfuerzos que se hicieron para desarmar la cólera del tirano, quien juró haria dar muerte á Guillermo y á su hijo si no obedecia. El infeliz padre, dirigiendo interiormente á Dios una plegaria desde lo mas íntimo de su corazon, abraza á su hijo, le recomienda permanecer quieto y sin temor, coloca él mismo la manzana en su cabeza, apártase á la distancia señalada, estira su arco, apunta, y la flecha parte. ¡Qué terrible sensacion debe de experimentar el lector á la idea de semejante espectáculo! Pero cese la angustia: la manzana cae y el niño no ha sido herido!...

Poco tiempo despues pereció Gessler, á manos del mismo Guillermo, y la Suiza conquistó su libertad.

Pedro y los Strelitz.

[1698].

El zar Pedro, fundador de la civilizacion rusa, hallándose una vez en inminente peligro, dió un raro ejemplo de serenidad é intrepidez.

Los jefes de los strelitz, milicia indisciplinada y feroz, habian fraguado un terrible complot contra su vida, y para tal objeto debian prender fuego á Moscou.

Sabian que Pedro acudiria el primero al incendio, y en medio del tumulto y la confusion naturales en tales casos, podrian asesinarle á mansalva, y despues pasarian á cuchillo á todos los extranjeros que el zar habia hecho ir á Rusia con el objeto de extender la civilizacion.

Este era su infame proyecto; acercábase ya la hora designada en que debian llevarle á cabo. Tenian muchos cómplices y ningun denunciador; reunidos en un banquete, buscaban en la embriaguez de los licores el valor necesario para ejecutar su horrible trama.

Pero como la embriaguez ejerce influencias diversas, se-

1. Los soberanos ó emperadores de Rusia toman el título de *Zar*. La Rusia era un pais bárbaro ántes de Pedro I, quien la civilizó; su reinado duró de 1682 á 1725

gun los diversos temperamentos ó caractéres, dos de los conjurados perdieron su confianza; comunícanse entre sí, ya sea sus remordimientos naturales, ya su propia pusilanimidad; salen con un pretexto cualquiera, prometiendo á sus cómplices volver á tiempo, corren al palacio del zar, y descubren el complot.

A las doce de la noche debe estallar. Pedro da órden de cercar la casa de los conjurados á las once en punto, y á poco, creyendo llegada esta hora, va él solo á dicha casa, entra con paso firme, esperando hallar á los criminales encadenados ya por sus guardias; pero su impaciencia le ha llevado ántes de tiempo, se ha equivocado en media hora, y se encuentra solo y desarmado entre aquellos bandidos libres, audaces, armados, en el instante mismo en que acaban de jurar su muerte.

No obstante, á su presencia inesperada, se levantan todos como sobrecogidos; comprende Pedro el peligro, y conociendo que se ha engañado en la hora, contiene en su pecho la violencia de sus emociones. Habia aventurado demasiado para poder retroceder; mas no por eso se turba, se adelanta hasta el centro de los traidores, los saluda familiarmente, y con voz tranquila y reposada, les dice que pasando por allí habia visto las luces, y juzgando que se divertian venia á tomar parte en la fiesta. Dicho lo cual, se sienta, bebe y brinda con los asesinos, que no pueden ménos de beber y brindar todos á una por su salud.

Entretanto empiezan los conspiradores á mirarse entre sí á hurtadillas, las señales de inteligencia se multiplican y van recobrando valor; uno de ellos se aproxima al jefe del complot y le dice al oido: « Hermano, ya es hora; » pero éste titubea, y apénas acaba de responderle « todavía no, » cuando Pedro que lo habia oido, siente por la calle los pasos de sus guardias, se levanta, y dando en la cara un golpe bien sentado al jefe, le derriba al suelo exclamando: « ¡Si no es hora todavía para tí, infame, lo es para mí! » Al ver esto los conjurados y la llegada de los guardias al mismo tiempo, poseidos de terror se dejan prender sin resistencia.

Las tinieblas.

Muchos niños hay que tienen miedo de la oscuridad, pero es un temor absurdo que debe saberse dominar. Respecto á este asunto refiere un escritor la siguiente anécdota ocurrida en su infancia:

« Hallábame en el campo en una ocasion, y vivia en casa de un eclesiástico llamado el Padre Arenas. Yo tenia un primo que era sumamente medroso, sobre todo por la noche. Burlábame yo tanto de su miedo, que cansado ya el P. Arenas de mi jactancia, quiso poner mi valor á prueba. Una noche muy oscura del otoño me dió la llave de la iglesia, diciéndome fuese á buscar la Biblia que se habia dejado en el púlpito, y para picar mi amor propio, añadió algunas palabras que me impidieron retroceder.

« Iba sin luz, y era preciso atravesar por el campo santo, como lo hice sin temor alguno.

« Al abrir la puerta, oí en la bóveda cierto rumor como de voces que comenzó á desconcertarme un poco. Abierta ya la puerta, entro, doy algunos pasos y me paro. La profunda oscuridad que reinaba en aquel espacioso sitio me causó terror y los cabellos se me erizaron; me vuelvo atras, salgo, y temblando como un azogado echo á correr. En el patio encontré un perrillo llamado Sultan, cuyas caricias me tranquilizaron. Avergonzado de mi miedo, volví piés atras y quise llevar conmigo á Sultan, pero no quiso seguirme. Entré de golpe en la iglesia, pero apénas estaba dentro, cuando de nuevo me sobrecogí de espanto, y de tal modo, que perdí lo que se llama la chabeta; aunque sabia muy bien que el púlpito estaba á la derecha, como me habia vuelto de espaldas sin notarlo, le busqué por la izquierda largo rato, perdiendo el tino entre los bancos sin saber en donde estaba, y sin encontrar ni el púlpito ni la puerta, se trastornó mi juicio completamente. Por fin entreveo la puerta y consigo salir de la iglesia, de la que huyo

como la vez primera, bien decidido esta vez á no entrar en ella sino de dia.

« Al llegar á la casa oigo la voz del P. Arenas, que reia á carcajadas; creo que se rie de mí, y avergonzado de haberme expuesto á ello, no me atrevo á entrar. A poco oigo á la hermana del P. Arenas, que inquieta con mi tardanza, ordena á la criada tomar un farol, y éste se dispone á ir á buscarme, acompañado de mi intrépido primo, que hubiera gozado del resultado de la expedicion. En el mismo instante el miedo desaparece, solo me queda el de ser sorprendido en mi carrera; corro, vuelo á la iglesia, y sin perderme esta vez, sin andar á tientas llego al púlpito, subo, tomo la Biblia, bajo de un salto, y en otros tres salgo de la iglesia, olvidándome de cerrar la puerta, entro en la sala sin poder casi respirar y pongo el libro en la mesa, asustado aún, pero entusiasmado de gozo por haber desechado el auxilio ageno. »

---

§ VIII. PERSEVERANCIA.

La perseverancia, esto es, la constancia en proseguir lo que se ha comenzado, es una excelente cualidad, cuando se aplica á cosas útiles y justas. Solo la perseverancia proporciona la gloria á los talentos y la corona á las virtudes. El éxito no está reservado para quien ha empezado una empresa, sino para quien ha perseverado en ella hasta el fin. (B.)

Con la perseverancia se alcanza todo. (B.)

Dios rogando y con el mazo dando. (REFRAN.)

Palissy.

Bernardo Palissy, es un grande ejemplo de lo que puede una voluntad firme y perseverante. Nacido de padres pobres que apénas pudieron hacerle dar algunas lecciones de lectura, escritura y agrimensura, aprendió por sí solo el dibujo y llegó á ser muy hábil en este arte. Con el producto que sacó de varios trabajos de agrimensura y de unos vi-

drios que pintó, visitó para instruirse una parte de la Francia.

Tenia ya cerca de cuarenta años y se hallaba establecido en Saintes, cuando habiendo visto una magnífica copa esmaltada, resolvió buscar el secreto de la composicion del esmalte, secreto solamente conocido, en aquel tiempo, de algunos artistas italianos, que se servian de él para hacer hermosas cosas que vendian muy caras. Puso desde luego manos á la obra é hizo muchos ensayos infructuosos que agotaron sus economías, pero no por eso desmayó. Habiéndole encargado que levantase un plano de las salinas de Saintonge, consagró el precio que recibió para hacer nuevas tentativas. En seguida pidió dinero prestado para construir un horno, quemó para calentarle los muebles y tablas de su casa, y pagó al trabajador que le ayudaba dándole una parte de sus vestidos. En fin, despues de diez y seis años de tareas incesantes, vió coronados sus esfuerzos por el mas brillante éxito, pues sus hermosos vidriados esmaltados, sus floreros y figurines, comprados á competencia por el rey Enrique II y todos los aficionados á las artes, adornaron todas las quintas y jardines, hallándose la Francia enriquecida con una nueva industria.

Desclieux.
[1702].

El cafeto ó árbol del café, ese precioso arbusto cuyo cultivo ha enriquecido al nuevo mundo, era desconocido allí á principios del siglo XVIII, pues solo se cultivaba en Arabia. Un jóven alférez de marina, llamado Desclieux, que ascendió con el tiempo á teniente general de la armada, concibió la idea de enriquecer la isla de Guadalupe, su patria, con aquella produccion. Confiáronle dos arbolitos de café que se conservaban en Paris en un invernadero del jardin de plantas, embarcóse con ellos y se dedicó á cuidarles durante la travesía. Pero el viaje fué mas largo de lo regular y el agua escaseó hasta el punto de no dar á cada

pasajero mas que un vaso diario. Desclieux, con riesgo de su salud y hasta de su vida, se bebia apénas la cuarta parte de su racion, reservando el resto para regar sus arbolitos, que logró salvar con su perseverancia.

Los dos cafetos, plantados en Guadalupe, se aclimataron con tal prosperidad, que ellos son los que han propagado el café en todas las Antillas.

Enriquecidas las colonias francesas con la cultura del café, ofrecieron á Desclieux, veinte años despues, un don de 300,000 francos, que rehusó, pidiendo que destinasen esta cantidad para perfeccionar varios cultivos en las colonias.

Sickler.
[XVII siglo].

Superior á todo elogio es la perseverancia con que un naturalista aleman, llamado Sickler, ha dotado su pais de una riqueza que es acaso la mas útil de todas. Habíase dedicado particularmente al cultivo de los árboles frutales, y creó una almáciga en el ducado de Sajonia Gotha, que contenia unos ocho mil árboles injertados. En 1806 despues de la batalla de Jena, un cuerpo de caballería del ejército frances victorioso, acampó en la almáciga y destrozó completamente aquellos pobres árboles que habian costado tanto trabajo, muchos de los cuales estaban cubiertos de flores.

Sickler, en vez de desalentarse, plantó una nueva almáciga con el mismo esmero que la primera. Pero siete años despues, en 1813, época de los desastres del ejército frances, una nube de cosacos invadió el nuevo plantel, sin dejar en pié ni un solo árbol.

El intrépido arbolista emprendió otra vez la misma tarea, con igual celo, y la tercera almáciga, plantada con sus propias manos, tenia ya en 1820 una frescura y fuerza de vejetacion admirables, de modo que llegó á ser un verdadero tesoro para las provincias sajonas, á las que ha enriquecido

Desclieux regando una mata dè café.

con una gran variedad de frutos excelentes, desconocidos hasta entónces en el norte de Alemania.

Bremontier.

Bremontier, célebre ingeniero frances, nos ofrece uno de los mejores ejemplos de lo que puede la perseverancia en el bien.

Entre Burdeos y Bayona media una costa baja y árida que una mar irritada azota sin cesar, y donde las olas están continuamente llevando arena que forma unas colinas mas ó ménos elevadas. Estas colinas cambian de lugar, impelidas por otras, de modo que la arena va siempre invadiendo el terreno y conquistando progresivamente aquella desgraciada region. Cada año se notaban los progresos de esta invasion y los sabios calculaban ya, con espanto, que ántes de tres siglos quedaria sepultada la opulenta ciudad de Burdeos.

Bremontier, ingeniero de puentes y calzadas de Burdeos, concibió el proyecto de detener la marcha progresiva de la arena y preservar de su ruina á aquellas tierras amenazadas.

La idea que concibió fué grandiosa, pues se propuso cubrir aquellas movibles colinas de selvas, cuyas raíces, penetrando profundamente en la arena, impedirian, en primer lugar, que mudasen de sitio y luego, la espesura de los árboles extendiéndose como una espesa cortina á lo largo de la orilla del mar, detendria la impetuosidad de los vientos y de las olas, y se opondria á la invasion de nuevas montañas de arena. ¿Pero cómo realizaria su plan? ¿Cómo podria obtener esa frondosa vegetacion en unas costas eternamente azotadas por los ásperos vientos del Océano, enemigos de toda vegetacion y en una arena improductiva que, segun decia el mismo Bremontier, era tan pura y tan fina como la arenilla de una salvadera?

La dificultad era inmensa, pero una capa de humedad permanente que notó en el suelo á algunos centímetros de

profundidad, vino á darle cierta confianza, porque la humedad, como lo han reconocido todos los naturalistas, es, en ciertos casos, suficiente para la vegetacion. ¿Cómo podria sujetar las arenas durante los primeros años necesarios para la formacion de los árboles? ¿Y qué árboles habia de escoger.

Sin descuidar ninguno de los quehaceres que le imponian sus funciones de ingeniero en jefe, no cesó Bremontier ni un instante de proseguir la solucion de su doble problema. Seria muy difícil poder decir de cuántas pruebas y experimentos se valió este infatigable filántropo para lograr su fin. Tenia en su quinta innumerables macetas llenas de tierra y arena de toda clase, donde sembraba semillas de plantas herbáceas y leñosas, calculando la duracion de la germinacion, estudiando sus progresos relativos, y pesando la cantidad de agua con que las regaba; y en cuanto obtenia algunos resultados probables, se apresuraba á ir á ensayarlos en las dunas, que así se llaman esas colinas movibles.

En los primeros tiempos de su empresa, no recibió ningun estímulo, y apénas pudo obtener algunas cantidades insignificantes para unos trabajos que exigian grandes auxilios, porque todo el mundo consideraba como un sueño la esperanza que le animaba.

Todos decian que era tiempo y dinero perdido; que era una locura querer poner diques al Océano, impedir que los vientos moviesen las arenas; y llamaban extravagancia al querer crear bosques en donde no podia crecer un átomo de yerba. La murmuracion llegó á ser general, y á los sarcasmos con que se acogieron sus primeros pasos, se mezclaron gritos de reprobacion.

Pero Bremontier hacia poco caso de eso, y continuaba sus trabajos con ardor infatigable. Hallóse por fin un árbol, el pino marino, propio de las arenas húmedas y que resiste á los vientos del Océano; pero este árbol, en sus primeros años, es sumamente delicado. ¿De qué modo se podrian proteger los viveros hasta que pudieran defenderse por su

mismos? Despues de varios ensayos, consiguió Bremontier protegerlos convenientemente por medio de hileras de empalizadas de estacas. Este medio era seguro, pero bastante costoso; á medida que la arena se amontonaba era preciso levantar mas las empalizadas, y siendo muy limitada su accion protectora, habia que multiplicarlas hasta lo infinito. Cada montecillo estaba, pues, cubierto de cercas semicirculares imitando la forma de las escamas de los peces.

Este ensayo dió buenos resultados; Bremontier le simplificó en seguida, y con la economía que de ello resultó pudo ejecutar trabajos en mayor escala. Cubria simplemente el suelo con las ramas de los árboles cortados en el bosque mas próximo, y las sujetaba con unos ganchitos de madera que se introducian en la arena; la semilla de los pinos que se sembraba bajo esta cubierta germinaba perfectamente.

Una feliz casualidad ofreció al hábil ingeniero otro medio mas perfecto. Entre las ramas traidas de los bosques, habia algunas de juncos y retamas; los granos de estas plantas que cayeron por tierra crecieron entre los pinos, los superaron bien pronto en altura, y su vegetacion vigorosa y siempre verde, en lugar de ser perjudicial á los árboles nacientes á causa de su proximidad, les procuraba un abrigo bienhechor, porque bajo las copas de las retamas que el frio ó los vientos han secado por un lado, el tierno pino prospera y conserva su verdor.

Entónces llegó Bremontier al colmo de sus deseos, pues vió asegurado su trabajo, y la ejecucion era fácil y pronta.

Con la semilla del pino se mezcla cierta cantidad de la de retama y de junco, y las tres se extienden por la arena movediza; cúbrese el sitio despues con ramas de árboles que se echan por tierra y las malezas que se arrancan en los bosques; á los cuatro ó cinco años las retamas llegan á la altura de uno ó dos metros, y sus copas contienen la arena; las ramas que las cubrian se pudren y se reducen á polvo; entónces el pino crece á su vez, y elevándose por encima de las retamas su vigoroso tronco, su raiz penetra

hasta cinco ó seis metros en la arena. Desde aquel momento ya está creado el bosque y el terreno es fijo.

¡Admirable resultado de la perseverancia y de la abnegacion!

Pero aquel feliz éxito daba un terrible desengaño á la maledicencia, llegando á exasperarla hasta el furor. Algunos enemigos encarnizados trataron de quitar á Bremontier el mérito de su invencion, y hasta la direccion de los trabajos, solicitando con calor que se le destituyese. Las delaciones anónimas llovian por todas partes, y se exasperaban los ánimos de los ignorantes pueblos cuyo bienhechor iba á ser aquel hombre. Miéntras iba á Paris á presentar las primeras muestras de la resina extraida de sus plantíos, para apresurar los auxilios del gobierno por medio de tan evidentes pruebas de los resultados, los mismos habitantes de las poblaciones que queria salvar, amotinados por sus enemigos, talaban sus viveros é incendiaban las selvas nacientes.

Cuesta trabajo el referirlo, aunque no volvió á suceder; la envidia se confesó por fin impotente, respetó su obra, y solo dirigió sus tiros al autor; mas todos sus esfuerzos fueron vanos, y las murmuraciones desaparecieron cediendo el puesto á una voz unánime de reconocimiento y admiracion.

Una de las obras mas importantes de Bremontier es la conservacion de Mimizan, ciudad en otro tiempo bastante floreciente con un puerto frecuentado. El puerto y la ciudad habian desaparecido enterrados en la arena, y solo quedaba la iglesia con un grupo de casas que formaban un pueblo todavía algo importante. Ya hacia tiempo que sus habitantes vivian sin temor, cuando una mañana vieron con asombro el movimiento que durante la noche se habia efectuado en las dunas que cubrian la antigua ciudad, aproximándose hasta la iglesia é invadiendo el mismo pórtico. Sobrecogidos de espanto, abandonan sus casas y huyen á los bosques. Bremontier acude, les reune, les anima é inspira la confianza de que él mismo está poseido. El cura del pueblo secunda sus esfuerzos. « Yo no

abandonaré ni la iglesia ni mi casa, » dice el noble eclesiástico, sin embargo de estar ámbas amenazadas las primeras. Por fin cobran ánimo los habitantes, ponen manos á la obra, dirigidos por aquellos dos hombres honrados, rodean la terrible duna con empalizadas y ramas entrelazadas, y con vástagos de árboles verdes la cubren y la fijan. Pocos años despues ya no tenia nada que temer el pueblo de Mimizan, que luego vió cercada su iglesia de un bello bosque de árboles verdes; sus laboriosos habitantes levantan hoy vastos edificios al pié de la duna que, en vez de absorberlos, les protege. Gracias á este abrigo, que detiene el furor del viento, cultivan amenos jardines y huertas donde en otro tiempo habia un desierto.

El Estado posee hoy en las dunas de Gascuña diez y ocho mil hectáreas de bellos bosques sembrados segun el procedimiento de aquel ilustre ingeniero.

En medio de estos bosques y no léjos del Océano se halla un monumento construido para perpetuar la gloria de Bremontier; su misma sencillez le hace notable; es un cipo de mármol, y todo su adorno consiste en una corona de encina y una inscripcion.

Al viajero que con el piadoso recuerdo de honrar la memoria de un hombre de bien, llega hasta este sitio solitario, y se sienta al pié del monumento, el melancólico murmullo del viento que agita las hojas tiesas y aguzadas de los pinos, y el bramido del tempestuoso mar le sumergen en profunda meditacion; piensa en los inmensos servicios que Bremontier ha prestado, en las vicisitudes, obstáculos y pesares que le suscitó la envidia; pero tambien tiene la prueba á la vista, de que si la virtud está segura de conseguir un objeto laudable, tiene que armarse de fuerza y perseverancia contra todo lo que se oponga á sus esfuerzos.

Si él mismo está ocupado acaso en alguna grande obra de utilidad pública ó de beneficencia y ve que se ponen trabas á sus proyectos, que se desfiguran sus instituciones y se desconoce su carácter, halla un consuelo, diciendo para sí: « La obra de Bremontier subsiste; los pinos que él

plantó se hunden profundamente en la tierra, miéntras que sus altas copas se pierden en las nubes; y entretanto hé ahí inmóbiles esas colinas de arena que marchaban á la conquista del pais.... ¿En dónde están ahora los detractores del hombre de bien, los que querian cansar su perseverancia destruyendo sus empalizadas é incendiando sus plantíos?... »

El alud.

[1840.]

En uno de los primeros dias de octubre, un jóven, habitante del Valais, volvia de Sion[1]. La nieve caia abundantemente en las montañas, y con mucho trabajo se dirigia hácia su choza, situada en el rincon de un valle aislado. Por fin, al cabo de muchos esfuerzos llega hasta una roca desde donde la vista podia descubrir gran trecho y de donde podia ver su habitacion. ¡Pero cuál fué su espanto y su sorpresa! en el sitio donde yacia su cabaña, solo ve en desordenada confusion montones de nieve desprendida de los montes, y piensa que sin duda alguna su pobre mansion está enterrada, aplastada bajo aquellas masas heladas. Bien conocido es este pais por los aludes, que desprendiéndose de las montañas, ruedan, se precipitan, engruesan en su carrera, y cayendo con terrible estruendo, sepultan casas, campos y á veces aldeas enteras.... ¡La desesperacion se apodera del desdichado, pues en aquella casa está su jóven esposa y su único y querido hijo! Siéntase en aquel peñasco azotado por el viento y contempla tan horrible espectáculo sin tener fuerzas para llorar siquiera.

Mas de repente le asalta el pensamiento de que tal vez pueda á fuerza de valor y de constancia salvar á su esposa y á su hijo; con esto cobra ánimo, corre á las casas de sus vecinos, los llama y les ruega vayan á ayudarle en la empresa que el cielo le ha inspirado, y los guia al lugar de la

1. Capital del Valais, canton suizo.

catástrofe. Ármanse todos de picos, palas, azadones, y con infatigable ardor se apresuran á deshacer aquellos enormes témpanos de hielo. El los anima, y hace por sí solo casi mas trabajo que todos ellos. En esto sobreviene la noche, los trabajos se interrumpen y cada uno se vuelve á su cabaña, pero él continúa trabajando toda la noche. Reúnense al dia siguiente con el mismo ardor é igual constancia, pero, ¡son tan lentos los progresos que hacen!... Llega la segunda noche, y triste y acongojado se queda tambien solo, con el corazon desgarrado de dolor, pero conservando todavía alguna esperanza. Aparece por fin la aurora del tercer dia; el cielo es mas puro, las nubes se van disipando, y de repente, ¡oh dicha! él es el primero que descubre la chimenea de su choza; lleno de ansiedad se apresura, y percibe en el hogar, á la luz de una lámpara, su mujer, su hijo y una cabra que les daba su leche; su esposa, su hijo, el rebaño, todo salió ileso; un peñasco que guarecia la habitacion habia cortado el alud, y la nieve se amontonó sin caer directamente sobre el techo. Felices al verse reunidos, dieron ardorosas gracias al Omnipotente, á la vez que su esposa, poseida de júbilo, estrechaba contra su seno á su querido hijo, cuya vida y la suya propia eran debidas al perseverante valor de su marido.

---

§ IX. ACTIVIDAD, TRABAJO, EMPLEO DEL TIEMPO.

Dios ha colocado el trabajo como el centinela de la virtud:

La ociosidad nos cansa mas pronto que el trabajo. (*Curso de moral.*)

El fastidio entra en el mundo por la puerta de la pereza. (La Bruyère.)

El hombre activo esta en todas partes, sus cuidados lo abarcan todo; no pierde un momento, y si le ha quedado algo por hacer, cree no haber hecho nada:

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy:

El tiempo es tan precioso como el oro; no le malgasteis y tendreis bastante.

Un alud.

Siamais la vida, no prodigueis el tiempo, pues esta es la tela de que está hecha aquella :

La aficion al juego, fruto de la avaricia y del fastido, solo fructifica en las cabezas y en los corazones vacíos. (*Autores diversos.*)

Extravagancia es perder el tiempo en ocupaciones frívolas, pero perderle en el juego es demencia. (B.)

Cualquiera que sea la situacion en que te halles, reflexiona que en el mundo no hay nada que sea duradero. Acostúmbrate al trabajo, no solo para bastarte á tí misma sin auxilio ageno, sino para que ese trabajo pueda cubrir tus atenciones mas urgentes, y para que aunque puedas verte reducida á la pobreza no lo seas á la dependencia; si por acaso no necesitares jamas de este recurso, te servirá por lo ménos para preservarte del temor, para fortificar tu valor y para contemplar con serenidad los reveses de fortuna que pudieran amenazarte : conocerás que puedes pasar sin echar de ménos las riquezas, y por lo tanto ménos las estimarás; y estarás exenta de los peligros que se corren por adquirirlas ó por miedo de perderlas. (*Consejos de un padre á su hija.*)

Marco Aurelio [1].

En los *Pensamientos* de Marco Aurelio leemos los consejos siguientes que se dirigia á sí mismo :

« Si por la mañana te cuesta trabajo levantarte, debes hacerte esta reflexion : Me dispierto para vivir y obrar como hombre; ¿por qué me ha de ser penoso ir á desempeñar la tarea á que estoy destinado? ¿Acaso he sido creado para permanecer sosegado en mi cama?

— Pero me es muy grato.

— ¿Has venido al mundo para gozar de los placeres ó para trabajar y vivir? Ves esas plantas, esas aves, esas abejas, que de contínuo enriquecen el mundo con su trabajo ó sus productos, ¿y tú te has de negar á efectuar el trabajo de hombre? ¿Por qué no has de acudir á donde el deber te llama?

— Tambien es preciso descansar.

— La naturaleza ha puesto límites á esta necesidad, como á la de comer y beber, pero tú los excedes, y en cuanto al trabajo, al cumplimiento de tu deber, haces ménos de lo posible!... »

1. Emperador romano, célebre por su virtud y sabiduría; reinó de 161 á 180; escribió en lengua griega una *Recopilacion de pensamientos morales*.

Buffon.
[1707-1789.]

Buffon, el conocido autor de la *Historia natural*, uno de los franceses mas ilustres, se levantaba con el sol. Hé aquí cómo refiere la manera como adquirió esta costumbre: « Gustábame mucho dormir cuando era jóven, dice, y mi pereza me robaba la mitad del tiempo. El pobre José (criado que le sirvió durante sesenta y cinco años) hacia cuanto podia para desterrarla. Le prometí un escudo por cada vez que me hiciera levantar á las seis. A la hora indicada no dejó de venir á atormentarme al dia siguiente, pero le recibí con aspereza; al otro dia volvió á la carga, pero mis terribles amenazas le asustaron. Por la tarde le dije: « José, he perdido mi tiempo y tú no has ganado « nada; tú no entiendes tu negocio; piensa solo en mi pro- « mesa, y en adelante no hagas caso de mis amenazas. » Al dia siguiente vino á despertarme; primero le rogué, le supliqué, despues me incomodé; nada le hizo mella, y á pesar mio me hizo levantar. Apénas duró una hora mi mal humor, pero luego le dí la recompensa prometida. Por lo ménos diez ó doce volúmenes de mis obras los debo al pobre José. »

Cuvier [1].

Sabio ilustre, escritor famoso, hábil administrador, político profundo, y el hombre mas afectuoso, todo eso era Cuvier. Siempre contestaba de buen grado, sin demostrar nunca impaciencia ni enojo; y sin embargo, conocia como el que mas el valor del tiempo. Para no perderlo y para que no se le escapase ninguna idea, acostumbraba escribir en la palma de la mano, que á veces le servia de pupitre aun yendo en carruaje. Decia que en sus estudios de historia natural, no habia encontrado en el reino animal

1. Jorge Cuvier nació en Montbeliard (1769-1832).

ninguna especie, clase ó familia que tanto le atemorizase como la muy numerosa de los ociosos.

Respuesta de un obispo.

[Siglo XVII.]

El virtuoso Arnaldo, obispo de Tours, era tan vigilante y cuidaba tanto del cumplimiento de sus deberes, que no descansaba un punto. Habiéndosele dicho que debia tomar un dia por semana ó al ménos por mes para reposar un poco, contestó: « Bien está, pero tambien me direis qué dia no soy obispo. »

Alfredo[1].

Alfredo el Grande, uno de los mejores reyes que hubo en Inglaterra, debió su gloria y su fortuna al cuidado que ponia en medir el tiempo. Para conseguirlo, dividió las veinte y cuatro horas del dia en partes desiguales: una destinada á los intereses del reino y á los negocios del gobierno; otra á la lectura, á varios estudios y á ejercicios piadosos; la tercera á los ejercicios del cuerpo, las comidas, el recreo, el paseo, la caza, á juegos diversos y al sueño. Como no se habian inventado aún los relojes, para medir el tiempo se empleaban seis cirios de un largo determinado que ardian cada uno por espacio de cuatro horas en unos candeleros colocados á la puerta del palacio, y le advertian cuando se habia consumido uno de los cirios. Su severa economía de todos los instantes y el arte de sacar partido de ella le hicieron llegar á ser uno de los sabios mas célebres de su tiempo. Hé aquí de qué modo se expresa un historiador al hablar de este ilustre príncipe: « ¡Oh Alfredo, asombro y maravilla de los siglos! Si consideramos su religion y su piedad, creeríamos que siempre vivió en un claustro; si admiramos sus proezas guerreras, juzgaríamos que jamas salió de los campos de batalla; si

1. Reinó de 871 á 900. Arrojó á los daneses de Inglaterra.

recordamos su talento y sus escritos, nos figuraríamos que pasó en las escuelas toda su vida; si examinamos la sabiduría de su gobierno y las leyes que promulgó, podríamos persuadirnos de que la política y la administracion fueron su objeto exclusivo. »

El zar Pedro I[1].

[1672-1725].

Con el intento de civilizar la Rusia, á la sazon en la barbarie, Pedro I emprendió una tarea inaudita. Salió de su imperio, pasó dos años en Holanda á fin aprender las artes útiles, especialmente la construccion naval, para poder crear despues una marina por sí mismo; en traje de obrero fué á establecerse en el famoso pueblo de Saardam[2]; allí se presentó á su vista un espectáculo nuevo para él; aquella multitud de hombres siempre ocupados, el órden, la exactitud de los trabajos, la prodigiosa celeridad con que se construia un navío y se le aparejaba, y la increible cantidad de máquinas y almacenes que hacen el trabajo mas fácil, mas seguro. El zar se puso á manejar el hacha y el compas, y se inscribió en el registro de carpinteros con el nombre de Pedro Mikhaïlov. Comenzó por comprar un barco cuyo mástil fabricó él mismo; luego trabajó en todas las partes de la construccion de un navío, viviendo exactamente como los trabajadores de Saardam, vistiéndose y comiendo como ellos, trabajando en las fraguas, en las cordelerías, en los molinos[3] de que está rodeado el pueblo en prodigiosa cantidad, en los que se sierra el pino y el roble, se hace el aceite, se fabrica el papel y se trabajan los metales dúctiles. Asombrados al pronto los obreros de tener un soberano por compañero, le trataron despues familiarmente. Con sus propias manos concluyó un navío de se-

1. Véase página 137 *Pedro y los Strelitz*.

2. Hállase á 13 kilómetros de Harderm; son notables la limpieza y elegancia de este pueblo.

3. Habia entónces en Saardam y en sus cercanías 2,800 molinos de viento que se empleaban en usos diversos; hoy existen todavía 700.

senta cañones y le envió á Arcángel[1]; contrató con destino á Rusia gran número de operarios de todas profesiones, pero solo queria los que habian trabajado á su vista. Durante dos años se ocupó en sus trabajos como constructor naval, como ingeniero y físico práctico. Aún existe en Saardam la casa donde vivia, á la que han dado el nombre *casa del príncipe*.

De regreso en su vasto imperio, visitaba á menudo las fábricas y talleres con el objeto de fomentar la industria que habia creado. Muchas veces se le veia en las fraguas de Istia, que están cerca de Moscou, en las que pasó un mes entero. Era su distraccion principal, despues de despachar los asuntos del Estado, la de examinarlo todo con atencion minuciosa, y hasta quiso aprender el oficio de herrero, como no tardó en conseguirlo; algunos dias ántes de su partida forjó algunas barras de hierro y grabó en ellas su sello; recibió de manos del dueño de la herrería el valor de la obra en su justo precio, y con aquel dinero se compró calzado que le gustaba llevar y decia: « Estos zapatos los he ganado con el sudor de mi rostro. »

Víspera de la batalla de Jena[2].

[1806.]

Increible era la actividad de Napoleon, pues se extendia nasta las cosas de mínima importancia. La víspera de la batalla de Jena durmió en el vivac en medio de sus soldados, y cenó en compañía de todos sus generales; ántes de retirarse á descansar quiso bajar á pié por la montaña de Jena para cerciorarse por sí mismo de que no habia quedado abajo ningun carruaje de municiones. Allí encontró la artillería del mariscal Lannes embarazada en un barranco que la oscuridad le habia hecho tomar por un

1. Ciudad y puerto de Rusia en el mar Blanco. Aun no se habia fundado San Petersburgo, y Arcángel era el único puerto de Rusia.

2. Famosa batalla que se dió el 14 de octubre de 1806 en la que fue completamente destruido el ejército prusiano, compuesto de 150,000 hombres. Jena es una ciudad poco importante del ducado de Sajonia-Weimar, en la Confederacion de la Alemania del Norte.

camino, y era tan angosto el paso, que los ejes de las ruedas se atascaban en las peñas por los dos lados. Hallábase tan atascada, que ni podia avanzar ni retroceder, pues detras venian doscientos carros unos tras otros por el desfiladero, y aquella artillería era la que primero debia servir; la restante, perteneciente á otros cuerpos, estaba mas atras.

El emperador solo demostró su descontento con un silencio frio. Preguntó en vano por el general que mandaba la artillería, pero con gran extrañeza no le halló allí; sin perder tiempo en invectivas, se pone á la obra como cualquier oficial subalterno, reune los artilleros, y haciéndoles tomar las herramientas y encender los faroles, toma uno él mismo y alumbra á los artilleros que trabajaban bajo su direccion para ensanchar el barranco hasta que no tocasen en las peñas los ejes de las ruedas. « Siempre tendré presente, dice un testigo presencial, la emocion que manifestaban los soldados, viendo al emperador alumbrarles por sí mismo en su faena con un farol en la mano, y el vigoroso brío con que trabajaban en la roca. Estaban todos extenuados de cansancio, pero á ninguno se le oyó una queja, pues comprendian perfectamente la importancia del servicio que prestaban, sin ocultar su sorpresa al ver que era preciso que el emperador diera por sí propio el ejemplo á sus oficiales. » No se retiró el emperador sino hasta que pasó el primer carruaje, lo que sucedió ya bien entrada la noche. Volvió á su vivac, y ántes de entregarse al sueño expidió todavía algunas órdenes.

El trabajo es la independencia.

Hatemtai era, entre los árabes de su época, el mas liberal y generoso. Preguntósele si habia conocido en su vida algun hombre de corazon mas noble que el suyo, y contestó así: « Paseábame yo un dia por el campo con algunos amigos, y ví un hombre que habia recogido una carga de espinos secos para la lumbre. Díjele que fuera á casa de

Hatemtai, donde se distribuia entónces pan y carne. « El « que puede comer el pan con el trabajo de sus manos, res- « pondió, no quiere deber nada á Hatemtai. » Aquel hombre, añadió Hatemtai, tiene un corazon mas noble que yo.»

El trabajo es recurso seguro.

[Siglo XVII.]

Durante el reinado de Luis XIV habia un caballero de la órden de San Luis, anciano, estropeado, que no pudiendo conseguir una pension á pesar de sus solicitudes, se procuró por medio del trabajo los recursos que la injusticia de los hombres le rehusaba. Llamábase Girardot, y habia encanecido en el servicio militar. Cuando iba á Versalles á solicitar inútilmente la recompensa debida á sus servicios, entraba todos los dias por los jardines, donde estudiando la horticultura se distraia de su adversa fortuna. En medio de tantas maravillas hubo una que cautivó su atencion, y fué el ver el modo que empleaba el afamado jardinero La Quintinie [1] para hacer cambiar á la sávia de camino y que fuera á engrosar el fruto del albérchigo, darle color, perfume y las aterciopeladas tintas de las flores mas bellas.

Admirado él mismo de haber implorado por tanto tiempo la justicia de los hombres, cuando tan fácil era obtenerlo todo de la naturaleza, dejó el oficio de pretendiente, y marchó á establecerse en el pueblecillo de Montreuil [2], cuyos habitantes estaban entónces sumidos en la indigencia; y renunciando á las ilusiones de la fortuna para buscar el verdadero bien, planta, injerta y cultiva su árbol favorito; la experiencia le enseña á extender las flexibles ramas á lo largo de la pared que forma la cerca; aprende á curar las incisiones, á rejuvenecer las ramas poniéndolas de modo que estuvieran abrigadas; por medio de este trabajo consigue adquirir un bienestar modesto, y sus buenos resultados dan á sus vecinos la idea de seguir su ejemplo. Poco

1. La Quintinie, á quien la jardinería debe muchos adelantos, murió en 1687.

2. Montreuil está situado cerca de Vincennes á 8 kilómetros de Paris.

despues comienzan á desaparecer las rústicas cabañas, y en su lugar se levantan por todas partes alegres casitas; aquella miserable aldea es hoy una gran villa, con mas de nueve mil habitantes, y provee con profusion el mercado de Paris de esos hermosos frutos que en otro tiempo solo maduraban en los jardines reales.

---

§ X. PRUDENCIA, HABILIDAD.

La prudencia es debida á la sana razon, á la constante discrecion y al arte de guiarse por reflexiones justas. (DESCARTES.)

Ejecutar sin reflexion es ponerse en camino sin haber hecho los preparativos. (*Moralistas antiguos*.)

La prudencia que no va acompañada del valor, degenera en pusilanimidad; el valor que no va dirigido por la prudencia, degenera en insensata temeridad; unidos la prudencia y el valor y prestándose mútuo apoyo, triunfan de todos los obstáculos. (B.)

Antes de poner por obra la empresa que intentamos, debemos comparar nuestros proyectos con nuestras fuerzas, las que deben ser siempre mas poderosas que la resistencia:

No emprendais nada sin reflexionar ántes bien en ello; pero una vez tomada la resolucion, llevadla á cabo decididamente. (*Moralistas antiguos.*)

La habilidad encierra varias cualidades, que todas concurren al objeto deseado: el estudio de los sucesos pasados; la inteligencia de las cosas presentes; la prevision para el porvenir; la docilidad en seguir los consejos de los hombres sensatos y experimentados; la destreza en escoger el partido mas conveniente segun la ocasion; el modo de comparar ó examinar todas las circunstancias de tiempo, de lugar y de personas; la precaucion para evitar los obstáculos, los peligros y acontecimientos contrarios; la vigilancia y la actividad. (*Tratado de moral.*)

Nunca juzgueis por las primeras apariencias: pensad que hay cosas verosímiles sin ser verdaderas, como hay cosas verdaderas que parecen verosímiles. (MADAMA DE LAMBERT.)

Tomad el consejo de los hombres honrados é instruidos; cualquiera que sea el talento que se posea, siempre hay necesidad de consejos; el que marcha aislado y sin guia se halla expuesto á extraviarse. (B.)

Fabio.

[217 ántes de J. C.]

La historia de Fabio y de su lugarteniente Minucio, prueba suficientemente cuáles son las ventajas de la pru-

dencia y de la circunspeccion y cuáles son, al contrario, las funestas consecuencias de la imprudencia y de la vanidad.

Era en tiempo en que habiendo invadido Aníbal la Italia, puso la República romana al borde de su ruina, despues de haber vencido á todos los generales que se le opusieron.

No quedaba á los romanos mas que un solo ejército, cuyo mando confiaron á Fabio, confiriéndole el título de dictador y nombrando á Minucio su lugarteniente.

Sin escuchar Fabio mas que su prudencia contuvo el valor impetuoso de sus soldados, impacientes de vengar tantas derrotas, y con una sensatez tan serena como constante, arredró á Aníbal como se opone á un torrente un dique insuperable. Atento á evitar las batallas campales, en que preveia que todas las probabilidades le eran adversas, y no ménos atento á evitar una sorpresa, ocupa las alturas, hostiga al enemigo, le corta los víveres, le quita los forrajes y se mantiene siempre á una distancia que le permite ser dueño de todas sus operaciones.

En vano se vale Aníbal de todos los medios imaginables, y hasta emplea toda clase de artificios para atraer á Fabio á campo raso; en vano, con estratagemas hábilmente combinadas, le ofrece en apariencia la ocasion de vencer; nada puede contrastar la cuerda lentitud de Fabio, y Aníbal, á quien extenuaba esta clase de guerra y necesitaba batallas, ve con dolor que su enemigo le quita, sin combate, el fruto de sus victorias.

Sin embargo, en el campo de los romanos, se murmura contra el dictador, y Minucio, así como los soldados, furiosos de ver encadenado su ardor, califican de debilidad y hasta de cobardía la prudencia de su general. Todos pedian á gritos el combate, llegando hasta Roma el clamor sedicioso, de modo que toda la República conspiraba contra su salvador. Pero el juicioso Fabio no se intimidó por esas demostraciones de sus conciudadanos, así como tampoco se dejó engañar por los lazos que le tendió el enemigo.

Enfin, los amigos de Minucio logran triunfar en Roma. « Si se quiere evitar el completo oprobio de nuestro ejército, decian, quitemos el mando á Fabio, pues con él nuestras legiones no se atreven á mirar á la cara al enemigo : se las tiene encerradas en sus tiendas y parece que

Aníbal.

solo para huir han tomado las armas. Tiempo es ya de dar á estos valientes un jefe digno de mandarlos. »

Extraviado el pueblo en su opinion, dió un decreto sin ejemplo, pues no atreviéndose á destituir á Fabio, dividió la dictadura entre él y Minucio.

Fabio dió á su nuevo colega la mitad de su ejército, prefiriendo esta reparticion, que le dejaba un medio de salvacion, á un mando alternativo que hubiera podido comprometer á la vez todas las legiones.

Al entregar á Minucio la mitad de sus legiones, recomendóle Fabio la prudencia, pero su co-dictador oyó este consejo con desden, se burló de su circunspeccion y despreció las luces de su experiencia.

Avanzando en seguida al frente de sus tropas, atacó la caballería cartaginesa, que se replegó fingiendo huir. Esta aparente ventaja inflama su audacia, la persigue y cae en una emboscada hábilmente preparada por Aníbal, contando con su temeridad.

Fatal era la suerte que iba á caber á la mitad del ejército, pues iba á ser infaliblemente destruida, si Fabio, que previó la desgracia de su colega, no hubiese acudido á socorrerle, y combinado de antemano los medios de reparar su falta. Adelántose en buen órden y, gracias á sus sábias disposiciones, le libertó rechazando á Aníbal y retirándose modestamente á su tienda despues de la victoria.

Comprendió entónces Minucio cuán superior es un valor bien dirijido y contenido por la prudencia á un valor inconsiderado, y se convenció de lo injusto que habia sido con su general.

« ¡Amigos! dijo á sus soldados, el hombre no puede ser infalible: lo que debe hacer cuando tiene culpa es reconocerla y enmendarse para lo venidero. Habíamos juzgado mal á Fabio y me juzgué yo mal á mí mismo cuando creia tener la habilidad necesaria para mandar; pero léjos de obcecarme locamente en considerarme como su igual, quiero volver á ser su teniente si consiente en ello. »

Dicho esto, fué á buscar á Fabio seguido de sus tropas y todos saludaron al dictador con sus aclamaciones, prodigándole las señales de su profundo reconocimiento: « Mi general, dijo Minucio, habeis alcanzado hoy dos victorias, una sobre Aníbal, con vuestro valor y habilidad, y la otra sobre nosotros, con vuestra prudencia y generosidad. Salvándonos la vida habeis vuelto á ser nuestro padre, y este es el nombre que os daremos en adelante. »

Abrazó Fabio á su teniente, y los soldados de ámbos ejércitos se apretaron mútuamente las manos. No se vió

nunca un triunfo mas dulce que el que sometió así la temeridad á la prudencia, el orgullo ó la cordura y transformó la envidia en reconocimiento.

Circunspeccion de un general ateniense.
[IV siglo ántes de J. C.]

Estando acampado un dia Ifícrates, general ateniense, en las tierras de sus aliados, fortificó su campo con un foso y una estacada, como si hubiese estado en pais enemigo : « ¿Para qué tantas precauciones? le preguntó uno de sus tenientes; ¿qué teneis? — Cuando no se ve nada que temer, es cuando mas peligro hay, respondió el prudente capitan; al suceder una desgracia, es vergonzoso para un general el tener que decir : « No habia pensado en ello. »

Este mismo Ifícrates, despues de haber vencido un dia y puesto en fuga á sus enemigos, los persiguió hasta un desfiladero muy estrecho del cual no podian salir á ménos que se abriesen paso por en medio de su ejército. Pero sabiendo el general ateniense que la desesperacion infunde valor, se detuvo y dijo : « No obliguemos á nuestros enemigos á ser valientes. » Dejóles escapar y no quiso arriesgarse á perder el fruto de su victoria, combatiendo contra gente que no tenia ya nada que perder.

Víspera de la batalla de Austerlitz.
[Diciembre 1805.]

Nadie mostró jamas mas prudencia, habilidad y circunspeccion que Napoleon ántes de la batalla de Austerlitz, pues con solo 80 000 franceses, tenia que combatir á 120 000 rusos y austríacos con dos emperadores á su frente. Queriendo atraer al enemigo á un campo de batalla que habia estudiado por sí mismo de antemano y cuya ventaja reconoció, fingió temerle con la esperanza de hacerle cometer faltas de que aprovecharia para llevarles á aquel paraje.

Dió, pues, á su ejército la señal de la retirada, la efectuó de noche, como si hubiese sido vencido, tomó una buena posicion á tres leguas hácia atras é hizo en ella con mucha ostentacion trabajos de fortificacion para establecer baterías. En seguida envió dos veces á pedir al emperador de Rusia una entrevista.

El emperador Alejandro le envió en comision á su primer ayudante Dolgorouki. Este militar pudo notar que el aspecto del ejército frances respiraba la reserva y la timidez. La colocacion de las avanzadas, las fortificaciones que se hacian á toda prisa, todo presagiaba á los ojos del oficial ruso, un ejército medio batido.

El mismo Napoleon fué á las avanzadas y recibió en pié al enviado de Alejandro en el vivac de su guardia, colmándole de finezas y de elogios personales. Dolgorouki creyó que estas señales de benevolencia eran efecto del miedo, y habló con mucha arrogancia, pero el emperador contuvo su indignacion y el ruso se alejó con la idea de que el ejército frances estaba en vísperas de su perdicion. Al ausentarse echó una curiosa ojeada sobre las tropas que maniobraban aún tristes y silenciosas, para hacer un movimiento retrógrado, atrincherándose detras de muros elevados: su actitud y las apremiantes diligencias de Napoleon para obtener una entrevista, parecian indicar una situacion difícil.

Transmitidos todos estos detalles á Alejandro por su ayudante Dolgorouki, se enardeció la esperanza de los enemigos de los franceses y resolvieron ir á batir á éstos, á quienes suponian enteramente desanimados.

Esta batalla, que Napoleon deseaba ardientemente, era una inmensa falta que cometian los austríaco-rusos, porque para ellos todo era ventaja guardando tiempo, colocados como estaban en una fuerte posicion, recibiendo socorros sin cesar y debiendo reunirse á ellos un ejército de cien mil prusianos quince dias mas tarde.

Pero las maniobras y los pasos de Napoleon les inspiraron tanta audacia, que estaban impacientes por atacar: era tal su confianza, que no trataban ya de derrotar al ejército

frances, sino de cercarle y hacerle enteramente prisionero.

En fin, Napoleon detuvo el movimiento retrógado de sus tropas, tomó posesion en las llanuras de Austerlitz y concentró todas sus fuerzas en el terreno que habia elegido de antemano. Entónces los austríaco-rusos dejaron sus posiciones y empezaron su movimiento de avance con sumo gozo de Napoleon, pues gracias á su habilidad y prudencia, se le adelantaban los enemigos hácia el terreno escogido por él.

Estos operaron un movimiento de flanco para dar la vuelta á la derecha de los franceses, atribuyendo al temor la inaccion de los mismos, que en nada turbaban las maniobras de sus contrarios. Las masas rusas y austríacas se desplegaban con el mayor órden y era un magnífico espectáculo ver aquellas densas columnas de infantería resplandecer sus cien mil bayonetas.

Diez y ocho horas duró el desfile del ejército austríaco-ruso, y entretanto el de los franceses permanecia tranquilamente en sus posiciones, dejando operar á sus enemigos sus temerarias evoluciones. Napoleon tenia elegido su terreno demasiado bien para ceder de una sola pulgada, y queriendo al contrario dar mas seguridades á sus enemigos, aumentaba su confianza dejándoles ejecutar, sin quemar un cartucho, aquel desarrollo de columnas que facilitaba excelentes ataques de flanco, y mandó á Murat, comandante de su caballería, que fingiese hacer algunas escaramuzas y volviese bridas prontamente.

De este modo su prudencia lo preparó todo para alcanzar la victoria que su genio decidió al dia siguiente. La batalla de Austerlitz es una de las hazañas militares mas gloriosas de la historia del Imperio frances.

Hábil artificio.

[540.]

Bajo el mando de su rey Cosroes, hicieron los persas una invasion en el imperio de Oriente, penetrando hasta

el corazon de Siria. Los romanos enviaron contra ellos al famoso Belisario, pero al llegar á Siria este general, no halló allí ni soldados ni dinero, reinando la confusion por todas partes.

Presentóse solo ante los muros de Heliópolis, defendida aun por los restos que quedaban del ejército. Reuniólos Belisario, pero en vez de las aclamaciones de costumbre no oye mas que gemidos; los mas tímidos aconsejaban la fuga y los mas valientes la retirada: « Compañeros, les dice, no os ocultéis mas detras de los muros de Heliópolis, seguidme, pues inspiramos á los persas mas temor de lo que creeis. »

Desde que se descubrió en las llanuras de la Siria el estandarte y la tienda de Belisario, la fama, que todo lo acrecienta, le supone un ejército, y Cosroes le envia uno de sus oficiales. El hábil general habia dispersado en una vasta extension de terreno arbolado las tiendas de la débil guarnicion que le habia seguido, y estas tiendas estaban distribuidas con tal arte y los fuegos tan multiplicados, que á primera vista y á lo léjos se hubiera creido que el pais estaba cubierto por numerosas legiones.

El enviado persa halló á Belisario en una cabaña rodeado de soldados desarmados que unos tenian redes en las manos y otros arcos, de modo que al verlos con aquella calma y seguridad tan cerca del ejército enemigo, ántes parecian ocupados en la caza que en la guerra.

Recibió Belisario con altanería al enviado del rey, encargándole que por toda respuesta le dijese que si queria la paz hiciese proposiciones aceptables, ó si no que se preparase á sostener sangrientos combates ántes de penetrar en su campo.

Este artificio tuvo un éxito completo, porque viendo Cosroes que Belisario no daba indicios de temor alguno, le supuso grandes fuerzas, hizo proposiciones muy razonables y se estipuló inmediatamente la paz.

Éxito feliz é inesperado.

[Junio 1682.]

No hay suceso, por desgraciado que sea, del cual los hombres astutos no saquen alguna ventaja. La victoria de Steinkerque, pueblo de Bélgica en la provincia de Hainaut, es una prueba de esta verdad.

El mariscal de Luxemburgo tenia en frente de sí á Guillermo III rey de Inglaterra, uno de los mas hábiles generales de aquel gran siglo. Cada uno de los ejércitos era fuerte de ochenta mil á cien mil hombres.

Un dia llegó á ser descubierto un espía que el general frances tenia al lado del rey Guillermo, y le obligan á que escriba un informe al mariscal de Luxemburgo lleno de falsos datos. Engañado por la carta de su espía, adopta hábilmente el mariscal disposiciones que debian hacerle derrotar y su ejército, dormido, es atacado al amanecer poniendo inmediatamente en fuga á una brigada del ejército frances. Todo estaba perdido sin un excesó de diligencia y de valor.

No bastaba ser un gran capitan para evitar una derrota, pues era preciso tener tropas aguerridas capaces de volverse á reunir por sí mismas y oficiales generales tan hábiles como firmes para restablecer el órden.

Luxemburgo estaba enfermo, circunstancia funesta en un momento en que tan necesario era un redoble de actividad, pero el peligro le hace sacar fuerzas de flaqueza. Para no ser vencido en unas posiciones que su mismo enemigo le habia hecho tomar por medio de una astucia imposible de adivinar, era indispensable hacer prodigios, y los hizo. Mudar de terreno, dar á sus tropas un campo de batalla mas ventajoso, rehacer un ejército en desórden, y cargar tres veces al frente de cuerpos escogidos, fué obra de ménos de dos horas y la victoria, largo tiempo disputada, fué tan completa como brillante.

Así, aunque los franceses cayeron en el lazo que les ten-

dió el rey de Inglaterra, no solo lograron con su valor y habilidad salir de aquel apuro, sino que derrotaron á sus enemigos.

Al dar el general cuenta al rey de esta memorable batalla, ni siquiera consignó en su parte que se hallaba enfermo cuando la ganó.

Circunspeccion y sangre fria.

Los soldados de Gonzalo de Córdoba [1], famoso general español, se amotinaron por faltarles sus pagas. Para apaciguarlos empleó el general la paciencia y la benignidad, y desplegó la prudencia mas admirable para impedir que el motin se convirtiese en rebelion. Uno de ellos, el mas exaltado, volvió contra él la punta de su alabarda. Si Gonzalo hubiera tomado por lo serio esta amenaza, habria hecho estallar la exasperacion de los otros, y por consiguiente la de los soldados que permanecian fieles, trabándose una lucha en que hubiera corrido la sangre. « Ten cuidado, compañero, le dijo, que jugando con tu arma puedes herirme. » De este modo impidió, con su prudencia, que estallase la sedicion y su firmeza hizo lo demas.

Peligros de la precipitacion.

Por no haber observado un gran príncipe las leyes de la circunspeccion y de la prudencia, se expuso á ser desgraciado y criminal á la vez.

Basilio el Macedonio [2], emperador de Oriente, bravo, hábil y generoso, tenia el defecto de tomar medidas muy prontas sin reflexionar, sobre todo cuando era impelido por alguna pasion. Un traidor que conocia este defecto quiso aprovecharse de él; era éste uno de los personajes mas poderosos del imperio, llamado Santabareno, intrigante de la peor especie. A fuerza de astucia habia conseguido cap-

1. Conocido con el sobrenombre de « el Grande Capitan » (1443-1515).

2. Reinó de 866 á 886.

tarse la confianza del emperador; pero el hijo mayor de éste, Leon [1], que á los diez años de edad ya se habia atraido el efecto del pueblo, y se mostraba digno heredero de las virtudes y talento de su padre, habia descubierto un hipócrita en aquel cortesano, y le habia mostrado siempre el mayor desprecio, á que contestaba el malvado con un odio mortal; pero previendo que su desgracia seria cierta si Leon llegaba á reinar, resolvió perderle.

Para encubrir su odio, tomó la máscara pérfida de la amistad; sus solícitos cuidados y su aparente sumision fueron venciendo poco á poco la repugnancia del príncipe. Afectando acendrado celo, le manifestó que el emperador, en medio de una córte corrompida, en la que el puñal hacia tantas revoluciones, exponia muy á menudo su vida á las tramas de los ambiciosos y al hierro de los asesinos. « Los bosques están llenos de malhechores, decia á Leon, y una ley antigua y absurda prohibe que lleven armas los que acompañan al emperador á la caza; sus mismos hijos no están exentos de esta prohibicion. Yo tiemblo por la vida de vuestro padre; vuestro deber es defenderle contra su propia imprudencia, y creedme, velad por sus dias: sin alarmarle, seguidle, no le dejeis un momento, y llevad con vos algunas armas escondidas. »

Leon siguió su consejo, y la primera vez que acompañó á su padre á la caza, escondió una espada debajo de sus vestidos.

Apénas vió el traidor que el príncipe entraba en el bosque, fuése precipitadamente al emperador y le dijo dando muestras del mayor asombro : « Señor, poneos en salvo, porque impaciente vuestro hijo por reinar, se ha armado contra vos. »

Basilio, siguiendo su carácter impetuoso, hizo prender à Leon, y registrando sus vestidos se le encontró la espada.

¿Qué dictaba la prudencia? interrogar á Leon, escu-

1. Llamado despues el Filósofo.

charle, examinar sus respuestas y no decidir nada en el acto. Pero Basilio hizo todo lo contrario, y entregándose á su ciega cólera, se arroja sobre su hijo sin querer oirle, le arranca con sus propias manos las insignias imperiales, y manda encerrarle en un calabozo.

Mas hubiera querido Santabareno, pues conociendo el carácter fogoso del emperador, esperaba que Leon hubiera sido inmolado en el momento, ó al ménos que su padre, en el primer acceso de su furor, le hubiera privado de la vista [1], con lo que no hubiera podido reinar.

A la cólera que experimentó Basilio sucedió una tristeza sombría, y regresó á su palacio taciturno y pensativo; hizo quitar de sus habitaciones todo lo que podia recordarle su hijo, y no volvió á pronunciar su nombre; no sufria que en su presencia se hiciera la menor alusion respecto de él, hasta el punto que parecia que no existia Leon, ó mejor dicho que no habia existido nunca. El desgraciado le escribia desde su prision las cartas mas conmovedoras, pero no solo no quiso el emperador recibir ninguna, sino que prohibió se las presentasen. Las fiestas y la alegría desaparecieron del palacio, y reinaba el duelo en el corazon del emperador y en derredor suyo.

Tres meses transcurrieron de este modo.

En esto llegó la Navidad, y segun la costumbre, el emperador debia dar en esta fiesta solemne, un festin á los principales personajes de su córte. Aunque agobiado por el dolor, no quiso faltar Basilio á una costumbre que en cierto modo habia sido consagrada por la religion El banquete tuvo lugar en una espléndida galería, destinada á semejantes fiestas, y en la que no habia puesto el pié el emperador desde aquel dia fatal. Al lado de una de las ventanas habia una pajarera con alambres de plata, en donde Leon, que habia conservado los gustos sencillos de la adolescencia, cuidaba de un lindo pájaro que pronunciaba algunas palabras.

1. Este bárbaro suplicio era muy frecuente entónces, sobre todo en el imperio de Oriente. Ludovico Pio lo impuso á su sobrino Bernardo.

Tomaron asiento los convidados, pero todos, lo mismo que el emperador, estaban sumidos en profunda tristeza, y parecia que se hallaban mas bien en unos funerales que en una fiesta. De repente, en medio del sombrío silencio que reinaba en aquella inmensa galería, se oye gritar : « ¡Leon, querido Leon ! » Era el pajarillo que repetia las palabras que Leon le habia enseñado.

Cuando resonó este nombre en los oidos de los convidados, haciendo tres meses que estaba prohibido pronunciarle, el enternecimiento fué general; el emperador parecia como herido en lo mas íntimo de su corazon, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

Uno de los circunstantes, no pudiendo ya soportar el peso que le oprimia, exclamó : « Señor, la voz de esta ave nos condena; ¿por qué no nos atrevemos, como ella, á pronunciar un nombre que nos es tan caro? ¿Cómo podemos reunirnos en una fiesta cuando vuestro hijo gime en un calabozo, víctima de engañosas apariencias, ó tal vez de la mas negra traicion? ¿Ha sido interrogado? ¿Ha sido oido? ¿Ha obtenido las garantías que no se rehusan á los mayores delincuentes? »

Esta voz animosa despertó en el alma del emperador los sentimientos de la naturaleza; conducido su hijo al instante á su presencia, probó su inocencia á poca costa, y el emperador reconoció que habia sido engañado; maldijo su fatal precipitacion, que por espacio de tres meses habia causado la desgracia de su hijo y la suya propia; abraza entónces á Leon, las lágrimas de entrambos se confunden, y todos los circunstantes lloran de gozo.

¿Qué habia sido de Santabareno? Al entrar Leon en la sala, se aprovechó de la confusion general para emprender la fuga. Eran muy dichosos el emperador y su hijo para castigarle como merecia, y se contentaron con desterrar al traidor para siempre de sus dominios.

§ XI. DISCRECION, SILENCIO.

Si se descubre un secreto, culpa es del que le ha confiado. (La Bruyère.)

El secreto mas guardado es el que no se dice. (*Moralistas antiguos.*)

El que da cuenta á todo el mundo de sus asuntos, á menudo le saldrán mal; por todas partes encontrará obstáculos que procederán de las personas en quien mas se confia. Un deseo conocido vale casi tanto como otro que ha fallado. Para salir bien en los negocios y empresas, no hay como guardar secreto. (Blanchard.)

El que quiera hablar bien, hable poco. (Cristina, reina de Suecia.)

Raras veces nos arrepentimos de hablar poco, muchas de hablar demasiado; esta máxima, aunque antigua y trivial, y que todo el mundo sabe, no todo el mundo la practica. (La Bruyère.)

Buen decidor, mal carácter. (Pascal.)

Cuanto mas se desprecia á los graciosos sin gracia, mas parece que se reproduce esta especie de insectos. Un buen gracioso es raro, y es mas extraordinario aun que el que haga reir, se haga querer. (La Bruyere.)

Si quereis que nunca se piense ni se diga mal de vosotros, no hableis jamas mal de nadie. (Madama de Lambert.)

La maledicencia es cobarde y solo se ensaña contra los ausentes:

El que gusta escuchar la maledicencia puede contarse entre los maldicientes. (*Moralistas orientales.*)

El hablador.

Un hablador contó á uno de sus amigos una cosa que se le habia dicho en secreto, recomendándole que no dijera nada: « No tengais cuidado, le respondió el amigo, seré tan discreto como vos. »

Curiosidad indiscreta.

Estando en marcha para una expedicion militar Guillermo, príncipe de Orange, y luego rey de Inglaterra, le rogó uno de sus generales le diera á conocer sus intenciones. En vez de responderle el príncipe, le preguntó si en caso de saberlo, se lo confiaria á álguien. « De ningun

1. Nació en 1650; rey de Inglaterra de 1688 á 1702.

modo, » contestó aquel jefe. « Pues bien, le dijo Guillermo, si teneis entereza para guardar un secreto, yo tambien la tengo como vos. »

Funestas consecuencias de la indiscrecion.

Un noble inglés, llamado Wilkins, habia sido desterrado á la isla de Jersey [1].

Antes de marchar al lugar de su destierro, rogó á uno de sus amigos se encargara de la educacion de su hijo único. Habiendo muerto poco despues Gervasio, que así se llamaba su amigo, se dicidió Wilkins á ir á Lóndres secretamente para arreglar sus asuntos y llevarse á su hijo. Otro de sus amigos le ofreció su casa y Wilkins fué á ella sin ser conocido. Despachados sus negocios, se disponia á partir al dia siguiente y se felicitaba ya con su amigo del buen éxito de su viaje, cuando entró en la casa un jóven duque, y mirando atentamente á Wilkins, le reconoció. Wilkins le pide por favor guarde el secreto; prométeselo el duque, quien despues de conversar un rato, sale... A los pocos pasos encuentra un amigo que le pide noticias... El secreto es un peso para el duque y quiere dividirle en dospartes... Falta al deber mas esencial de la sociedad... El amigo del duque era uno de los enemigos mas encarnizados de Wilkins, y aprovechando la ocasiòn, le denunció enseguida. Prenden á Wilkins y á su generoso protector. Wilkins fué condenado á prision perpétua y su amigo á dos años. Tal desgracia causó la indiscrecion de un jóven atolondrado.

Bello ejemplo dado por todo un pueblo.

Hallándose en guerra los atenienses con Filipo, rey de Macedonia [2], apresaron un correo que llevaba cartas en-

1. Jersey es una isla inglesa situada en la Mancha.
2. Murió en 336 ántes de J. C.; fué hábil político y soldado famoso; tuvo por hijo á Alejandro el Grande, conquistador de Asia.

viadas por este príncipe. Tomaron las cartas que éste dirigia á sus ministros y generales y las leyeron, pero respetaron las que dirigia á su esposa Olimpia y las remitieron á la reina todas selladas, dando de este modo un noble ejemplo del respeto que se debe guardar á los secretos de familia, y los miramientos que nos imponen el honor y la discrecion aun para con nuestros enemigos.

Las chanzas insulsas.

Un orador griego que salpicaba siempre sus discursos con dicharachos y anecdotillas, parecia no tener otro objeto que el de divertir á sus oyentes. « ¿No temeis, le dijo un hombre sensato, que despues de haberse reido de vuestros dichos concluyan por reirse de vos mismo? Quien tanto se afana por divertir á los demas, tarde ó temprano cae él mismo en ridículo. »

Sully habia dejado la córte despues de la muerte de Enrique IV, pero algunos años despues le llamó Luis XIII para pedirle varios consejos. Los cortesanos quisieron ridiculizar con bromas de mal gusto el traje y las maneras anticuadas del viejo amigo de Enrique IV. « Señor, dijo entónces el duque, cuando el rey vuestro padre me concedia el honor de consultarme, solo hablábamos de negocios despues de hacer pasar á la antesala á los farsantes y bufones. »

El mariscal de Luxemburgo respondió tambien con gracia y nobleza á las bromas del rey Guillermo. El mariscal, vencedor por tres veces del rey de Inglaterra en Fleurus, Steinkerque y en Nerwinde, era jorobado, y supo un dia que aquel príncipe se burlaba de este defecto. « ¿Cómo sabe que soy jorobado, dijo con mucho donaire, si jamas me ha visto las espaldas? »

La murmuracion.

Dice un poeta que « el mal que se dice de otro no produce mas que males; » lo cual no impide, sin embargo, que

la murmuracion siga su curso empleando toda clase de astucias para disfrazarse.

Los murmuradores, sin calcular precisamente el peso de sus palabras, conocen como por instinto el daño que pueden hacer, y con el vago presentimiento del perjuicio que contienen, recurren á toda clase de precauciones para atenuar su efecto.

Ora se refiere una aventura *á que no se da crédito*, ora se habla con misterio de alguna fechoría, que se desliza al oido por decirlo así y bajo la condicion especial de guardar secreto, ora se hace el panegirista á fin de poder ser censor, y así, ántes de hablar de un vicio, se cuida de demostrar una virtud. « ¡Válgame Dios, qué lástima! ¡una persona tan buena, tan estimada de todo el mundo! pero, ¿qué quiere V.? nadie es perfecto y ella tiene el defecto.... » Aquí llega el defecto y de ordinario detallado minuciosamente. Si respecto al bien fué conciso el murmurador, es prolijo en el mal. « ¿Sabe V. lo que me acaban de decir? Si no lo puedo creer; este mundo es tan perverso que de lo malo que se cuenta debemos creer la mitad.... » Y sin embargo, se relata esta historia que no se cree segun se dice. « Es preciso que le diga á V. lo que acabo de ver, pero le ruego á V. que no hable de ello una palabra; yo no quiero hacer daño á nadie, y Dios sabe que no se lo diria á nadie sino á V. Por tanto le suplico que guarde el mayor secreto.... » ¡El secreto! ¿con qué derecho se pide cuando no se observa? »

No demos oido nunca á personas semejantes, despreciemos la murmuracion, sobre todo cuando va contra nuestros amigos, é imitemos á Platon, á quien dijeron que Jenofonte habia hablado mal de él. « No lo creo, » contestó, y aunque insistieron no por eso cedió. Ofreciéronle probárselo y replicó: « No; es imposible que no me quiera ese hombre cuando yo le tengo tanto cariño. »

Rechacemos, pues, la maledicencia; respetemos no solo la reputacion de los vivos sino hasta la memoria de los muertos. Hablábase, en cierta ocasion, en presencia de lord

Saint-John[1] de la avaricia de que se habia acusado al célebre Marlborough[2], y se citaban rasgos sobre los cuales se pedia el testimonio de lord Saint-John, que habia sido su enemigo : « Era tan grande hombre, contestó, que he olvidado si tenia defectos. »

---

§ XII. ORDEN, ECONOMÍA, PREVISION.

Si quereis ser ricos, no aprendais solamente el modo de ganar; sabed tambien cómo se ahorra :

Tres ventajas tiene el órden : ayuda á la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas :

Sin economía no hay grandes riquezas ; con ella no las hay pequeñas :

Una cosa inútil es siempre muy cara aunque haya costado poco :

Quien no tiene manía de comprar, tiene una renta :

Cuidad de no perder las monedas pequeñas de plata, porque las de oro se guardarán por sí mismas. (*Autores varios.*)

Miéntras sois jóvenes y fuertes, ahorrad para la ancianidad y las enfermedades. (*Moral popular.*)

Los dos pródigos.

Gastando con exceso, nos atraemos las burlas de los que creemos deslumbrar y arruinándonos hacemos que se rian de nosotros. Dos pródigos disputaban sobre quién de los dos gastaria mas desatinadamente, y una persona sensata que les oyó, dijo : « Me parece que se hacen cumplidos á la puerta del hospital, invitándose mútuamente á entrar el primero. »

Las dos bugías.

Un hijo preguntaba á su padre, que habia llegado á ser muy rico : « ¿Cómo habeis hecho, padre, para reunir tanta

1. Hombre de Estado inglés, que vivia á principio del siglo XVIII.

2. Juan Churchill, duque de Marlborough, célebre general inglés; falleció en 1722.

fortuna? A mí, á pesar de lo que me habeis dado al casarme, me cuesta trabajo llegar de un año á otro. » — « Es muy fácil, contestó su padre apagando una de las dos bugías que los alumbraban; no hay mas que contentarse con lo necesario y no encender sino una bugía cuando no se necesitan dos. »

El alfiler.

Toda la ambicion de Laffitte[1] cuando llegó á Paris en 1788, se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca. Presentóse en casa de Perregaux, rico banquero, y el jóven forastero, tímido, pobre y turbado, fué introducido en el gabinete de dicho señor y le manifestó sus deseos. « No me es posible admitirle á V., al ménos por ahora, dijo Perregaux; todos los empleos están ocupados. Mas tarde, si necesito alguno, pensaré en V., pero le aconsejo que busque en otra parte, porque no creo que haya plaza vacante en mucho tiempo. »

Despedido así, el pretendiente saludó y se retiró. Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, le cogió y le clavó en la solapa de su levita. Muy léjos estaba de creer que aquella accion maquinal habia de decidir de su porvenir.

Perregaux, que estaba de pié al lado de la ventana de su gabinete, habia seguido con la vista al jóven; el banquero era uno de esos observadores que conocen el valor de las cosas mas ínfimas y juzgan del carácter de los hombres por esos detalles fútiles en apariencia y sin consecuencias para el vulgo. Habia visto recoger el alfiler, y aquel rasgo le agradó; tan sencillo movimiento le revelaba todo un carácter, pues era una garantía de órden y economía.

Aquella misma noche recibió Laffitte una carta de Perregaux en que le decia: « Un empleo espera á V. en mis oficinas; puede venir á desempeñarle desde mañana. »

1. Célebre banquero y hombre político. Nació en Bayona en 1767, y murió en Paris en 1814.

No se engañó el banquero; el jóven del alfiler poseia todas las cualidades necesarias y aun mas de las que sospechaba; no tardó en llegar á ser cajero, despues socio, luego dueño de la primera casa de comercio de Paris, mas tarde diputado y hombre de Estado muy influyente, y por último, presidente del Consejo de ministros [1].

Lo que no habia previsto sin duda Perregaux era que la mano que recogia un alfiler era una mano generosa hasta la prodigalidad cuando se trataba de hacer bien; una mano siempre abierta y pronta á derramar el oro para socorrer las desdichas en la honradez. Nunca fué mejor empleada la riqueza, ni nadie como él hizo tan buen uso de ella.

La madre de Napoleon.

Leticia Ramiloni, madre de Napoleon, que falleció en Roma de ochenta y ocho años de edad [2], era sumamente económica por espíritu de prevision. Cuando la prosperidad de su familia, estaba en su apogeo, se la oia decir: « Todo esto puede acabar un dia, y entónces, ¿ qué será de mis hijos, cuya imprudente generosidad no mira nada, ni atras ni adelante, al dar á manos llenas? Entónces me encontrarán, pues mas vale que recurran á su madre que á los extraños. »

La caja de ahorros.

La caja de ahorros es un establecimiento que recibe las módicas economías y las devuelve, segun la voluntad de los imponentes, con los intereses acumulados.

Las cajas de ahorros evitan los apuros, la miseria y la pobreza;

Dan energía, inspiran amor al trabajo y á las buenas costumbres, y destierran la holgazanería;

Apartan de la senda de los vicios;

1 Noviembre de 1830 á marzo de 1831.

2. En 1836.

Son extremadamente útiles á los hombres activos, prudentes y laboriosos, que pueden colocar en ellas una parte de lo que ganan y retirar aquel dinero cuando lo necesitan.

Cuarenta céntimos ahorrados todos los dias y colocados en la caja de ahorros, producen 10,000 francos al cabo de treinta años.

Los dos obreros.

Félix, tejedor de seda en Lyon, visitaba un dia una de las salas del hospital general.

Se enteraba de cómo estaban cuidados los enfermos, si les daban buenos alimentos, y si se les trataba con dulzura, porque muchas veces la bondad hace mas efecto que los remedios. En esto llegan á su oido algunos ayes, y se acerca á la cama de donde salian; despues de hablar algunos instantes con el enfermo, cree conocerle y acordarse de que es un compañero con quien habia trabajado hacia veinte años. « No es posible, exclama; ¡cómo! ¿Eres tú mi antiguo compañero, tan activo y trabajador? ¿Y yo te encuentro despues de tantos años en este triste asilo? No, no quiero dejarte aquí; te llevaré á mi casa, y se te cuidará en ella como conviene. » En efecto, le hizo trasportar á una casita de campo que habitaba, y buscó una enfermera para que le cuidase. Al cabo de pocos dias, el enfermo comenzó á recuperar algunas fuerzas, y Félix, que le visitaba á menudo, le animaba y trataba de inspirarle valor. Al fin se atrevió una vez á preguntarle por qué causa le habia encontrado en situacion tan desgraciada : « ¿Qué te ha sucedido desde que pasamos juntos nuestros primeros años? — No quiero ocultarte nada, respondió Antonio. Mi padre, militar retirado, no obró como el tuyo, que era un artesano honrado; ni me envió á la escuela primaria, ni me puso á aprender un buen oficio; de modo que habiendo sido algo descuidada mi educacion, adquirí malas costumbres, me disgusté del trabajo y frecuenté

malas compañías. Veíaseme por todas partes con mis nuevos amigos en las tabernas, en las casas de juego y en los espectáculos. En lugar de economizar, contraje deudas, hasta que fuí preso y conducido á la cárcel. Mis acreedores se cansaron de pagar mis alimentos, y me devolvieron la libertad. Pero, ¿qué hacer? No teniendo con qué pagar una habitacion, erraba sin asilo en las calles por la noche. Consumido de pesar y de las privaciones que sufria de todo género, me atacó una fiebre violenta y entré en este hospital, donde he tenido la dicha de encontrarte. Y tú, amigo mio, ¿cómo has hecho para procurarte una casa tan bonita? ¿Has heredado, ó te ha salido bien algun negocio?

— Ni lo uno ni lo otro, contestó Félix; lo que he hecho ha sido emplear los medios que están al alcance de todo el mundo : tú hubieras podido hacer lo mismo. Es un secreto que te puedo enseñar y consiste en esto : Como yo era buen operario, ganaba cuatro pesetas diarias; dos bastaban para alimentarme y vestirme, y por tanto ahorraba otras dos; como trabajaba los lúnes, todas las semanas depositaba 12 pesetas en la caja de ahorros, lo que sumaba 600 pesetas al año. Continué ahorrando esa suma por espacio de veinte años, y acumulándose el capital y los intereses, poseo hoy unas 20,000 pesetas. Me he casado y he comprado esta casita, donde vivo tan feliz como puedo serlo con mis dos hijos. Aun podemos trabajar mi mujer y yo algun tiempo, y educar como es debido nuestros hijos.

— ¡Ay de mí! dijo Antonio, que habia escuchado atentamente este relato; yo he hecho todo lo contrario. En vez de economizar, gastaba el producto de mis jórnales en diversiones. Los lúnes, y muchas veces los mártes, holgaba, y me costaba sumo trabajo volver á la tarea. Los espectáculos, las tabernas, el juego y el tabaco absorbian las dos terceras partes de lo que ganaba; y al cabo de la semana no tenia mas que pesares y remordimientos. ¡Me faltó la fuerza para romper con mis funestas costumbres y seguir otra vida mas regular!

— Ya veo, dijo Félix, que has seguido el camino mas triste y desgraciado. ¿A dónde te han conducido esos falaces placeres? A la cárcel y al hospital. No está todo perdido, puesto que has encontrado un amigo, y como estás achacoso é incapaz para trabajar, te quedarás en mi casa y concluirás tranquilamente tus dias á mi lado.

— ¡Gracias, amigo mio! acepto de todo corazon, aunque la miseria y los sufrimientos que han debilitado mi cuerpo no permitirán aprovecharme largo tiempo de tu generosidad. ¡Puedan al ménos, tu ejemplo y el mio, servir de escarmiento á los jóvenes que principian su carrera! »

TERCERA PARTE

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON SUS SEMEJANTES.

§ I. JUSTICIA.

La justicia es la fuente comun de todas las virtudes sociales. (*Curso de moral.*)

La justicia es el lazo sagrado de la sociedad humana:

Cuando reina la justicia, hay fe en los tratados, seguridad en los negocios, policía ordenada, seguridad en la tierra, y, por decirlo así, el cielo brilla con mayor esplendor y nos envia su benéfico influjo:

La justicia consolida el imperio de la razon sobre las pasiones, y el de Dios sobre la razon misma. (BOSSUET.)

Las cualidades exteriores del poderoso y del débil, del rico y del pobre desaparecen á los ojos del magistrado que ve únicamente lo que la justicia y la verdad le muestran, y sobre todo, hace abstraccion de sí propio. (D'AGUESSEAU.)

Todos los pueblos deben ser justos para con los demas, guardarles las consideraciones debidas y prestarles sus servicios como lo hace cada hombre con su semejante:

Las naciones que estén en guerra deben limitar su odio y su venganza con la equidad, la humanidad y la compasion. (B.)

El legislador sometido á la ley.

Hallándose la ciudad de Regio[1] sumida en la anarquía y en todas las calamidades que son su consecuencia, se puso la autoridad suprema en manos de uno de sus ciudadanos, el prudente Charondas, quien recibió el encargo de redactar un código de leyes. Charondas restableció el órden, renaciendo con él la prosperidad, y las excelentes leyes que promulgó aseguraron la tranquilidad pública.

1. Ciudad de Italia en frente de Sicilia. Regio era ciudad griega. El hecho que referimos aconteció en la época en que todas las ciudades griegas eran independientes y se gobernaban como repúblicas.

Una vez terminada aquella importante mision, abdicó el poder soberano y vivió como los demas ciudadanos en el ejercicio de todas las virtudes públicas y privadas.

Una de sus leyes imponia un castigo severo á todo el que se presentase en la plaza pública con armas, queriendo destruir de este modo la funesta costumbre que habian contraido sus conciudadanos de llevar espada ó puñal cuando iban á la plaza á conferenciar ó deliberar, costumbre que habia causado muchos males, porque las mas ligeras disputas que se suscitaban entre ellos, degeneraban á menudo en contiendas sangrientas.

Un tumulto espantoso despertó una noche á Charondas, quien oyendo gritar por todas partes : « ¡A las armas! ¡el enemigo ataca la ciudadela! » toma sus armas, sale corriendo de su casa y se dirige á la ciudadela por el camino mas corto, atravesando la plaza. Llega, ve que se habia alarmado sin motivo á los habitantes, y que la ciudadela no corre ningun riesgo, pero al mismo tiempo echa de ver que en su turbacion ha violado la ley, miéntras que los demas la han respetado, dando un rodeo para no pasar armados por la plaza.

Preséntase al siguiente dia ante los magistrados pidiendo con instancia, y aun con autoridad, que se cumpla la ley que él mismo habia hecho.

« La ley, dice, no debe exceptuar á nadie, y seria muy injusto perdonarme por haber sido el legislador; soy tanto mas culpable, porque mejor que todo el mundo debo conocerla. Si consentís se violen impunemente las leyes por el mismo que las ha hecho, ¿cómo podreis exigir su observancia? No titubeeis en castigarme. Es mas: al sentir mi falta, me felicito por haberla cometido, puesto que me permite dar esta prueba de abnegacion á mi patria y á la justicia, porque, ¿quién se atreverá en adelante á quebrantar las leyes que han sido consagradas con el castigo de su mismo autor? »

Equidad del Senado romano.

[Siglo v ántes de J. C.]

Los pueblos de Ardea y Aricia, vecinos de Roma, se hallaban en guerra por causa de algunas tierras que cada uno de ellos reclamaba; cansados de combates, se decidieron en someterse al fallo del pueblo romano. Se discutió, pues, el asunto en la Asamblea del pueblo romano,

el que descubrió ó creyó descubrir que las tierras en litigio no pertenecian á Ardea ni á Aricia, sino á Roma, adjudicándoselas por tanto. El Senado romano vió con dolor que habia desmentido el pueblo en aquella circunstancia su natural generosidad, y que defraudaba así las esperanzas de sus vecinos que voluntariamente se habian sometido á su decision. Luego que fué pronunciada la sentencia, los habitantes de Ardea, cuyos derechos parecian mas evidentes, se aprestaron á vengarse por medio de las

armas. No creyó el Senado humillarse declarando públicamente que le era tan sensible como á ellos el perjuicio que se les habia causado; que no podia anular el fallo del pueblo, pero que si querian poner su confianza en el Senado, pronto dejarian de tener motivo de queja.

Los ardeanos fiaron en estas palabras, y poco despues un desastroso acontecimiento estuvo á pique de reducir á ruinas su ciudad; pero habiendo recibido rápidos socorros enviados por el Senado, se juzgaron recompensados por mas de lo que valian las tierras que habian perdido, y no pensaban ya mas que en mostrar su agradecimiento á sus fieles amigos. El Senado, sin embargo, no estuvo satisfecho hasta que pudo hacer se les restituyeran los terrenos que el pueblo se habia adjudicado, devolviendo su primitivo brillo á la gloria del nombre romano.

San Luis y su hermano.

[Siglo XIII.]

Cárlos[1], conde de Anjou, hermano de san Luis, rey de Francia, tenia un pleito pendiente con un caballero vasallo[2] suyo, sobre una propiedad que se disputaban. Habiendo sentenciado los jueces de Anjou en favor del príncipe, el caballero apeló al Tribunal del rey. Irritado Cárlos, mandó encerrarle en la cárcel, pero habiéndolo sabido el rey, hizo llamar en seguida á su hermano. « ¿Creeis, le dijo, que por ser mi hermano, sois superior á las leyes? Poned en libertad inmediatamente á vuestro vasallo y que venga á defender sus derechos ante los jueces reales. » Obedeció Cárlos, pero el temor que infundia impidió que el caballero hallase ni procuradores ni abogados. El rey mismo los nombró. Se examinó escrupulosamente el asunto, y entrando el caballero en posesion de sus bienes, el her-

1. Este príncipe fué rey de Sicilia y de Nápoles.

2. Llamábase *vasallo* en la edad media al que estaba sometido á la jurisdiccion de un señor, así como el rey de Inglaterra, en su calidad de duque de Normandía, era vasallo del rey de Francia.

mano del rey fué condenado á pagar las costas del proceso.

Severidad.

[365.]

Con el objeto de restablecer el órden y la justicia indignamente violadas hacia algun tiempo, Justino, emperador de Oriente, dió el cargo de prefecto de Constantinopla á un magistrado probo, á quien armó con toda su autoridad para castigar á los delincuentes, y con este fin declaró que se ejecutarian sin apelacion las sentencias del prefecto, y que el soberano no agraciaria á nadie con su clemencia. Estas medidas tan severas atemorizaron á todos los que hasta entónces habian tomado como costumbre la iniquidad y la violencia, excepto uno, que creyéndose superior á todas las leyes, despojó de sus bienes á una pobre viuda. Esta infeliz se quejó al prefecto, quien queriendo guardar algun miramiento con el culpable, le escribió rogándole hiciera justicia á aquella pobre mujer, y la encargó que llevase ella misma la carta. Por toda respuesta no recibió mas que insultos y golpes, é indignado el prefecto de semejante insolencia, citó á aquel hombre ante su Tribunal. Burlóse de la cita el culpado, y en lugar de comparecer, fué á comer á palacio, adonde habia sido invitado aquel dia. Como supiera el prefecto que aquel hombre estaba en la mesa con el emperador, pidió y obtuvo permiso para entrar en la sala del festin, y dirigiendo la palabra al príncipe, le dijo: « Señor, si persistís en la resolucion que habeis anunciado de reprimir la injusticia, continuaré ejecutando vuestras órdenes; pero si renunciais á este proyecto tan digno de vos, si honrais con vuestro favor á los mas perversos de los hombres y los admitís á vuestra mesa, os ruego acepteis la dimision de un empleo que solo me puede hacer odioso sin serviros útilmente. »

Admirado Justino de aquella representacion, le contestó: « No he mudado de parecer, al contrario, perseguid

la iniquidad; yo os la entrego, y aunque estuviera sentada en mi solio, yo la haria bajar para que sufriera el castigo. » Alentado el magistrado con tal respuesta, hace prender al culpable en medio de los convidados, le conduce á su Tribunal, oye la queja de la viuda, y como aquel hombre, ántes tan altanero y ahora confuso y tembloroso, no podia alegar nada en su defensa, le impuso un castigo ejemplar: todos sus bienes fueron confiscados en favor de la viuda, y con aquel escarmiento desapareció por muchos años la usurpacion y la violencia en Constantinopla.

Imparcialidad.

Encargóse á Arístides[1] la sentencia de un pleito que sostenian dos ciudadanos. Al defender su derecho uno de ellos, acusó á su adversario de haber injuriado de palabra á Arístides, por cuyo medio esperaba indisponer al juez con su contrario. « Amigo mio, dijo el juez, dejemos á un lado lo malo que vuestro adversario haya dicho de mí, y hablemos del perjuicio que decís os ha causado; estoy aquí para juzgar vuestra causa y no la mia. »

Inflexibilidad.

Un malhechor que habia sido condenado á la pena capital, halló poderosos protectores, que á fuerza de instancias, y falseando la rectitud del rey, consiguieron su perdon. El rey era Luis XIV, quien hizo llamar al canciller[2] Voysin: « He prometido el perdon, dijo á éste en cuanto llegó, traedme los sellos. — Señor, repuso el canciller os suplico no concedais la impunidad á semejante hombre, ni á tal delito; en conciencia no puede hacerlo vuestra Magestad. — ¡Traedme los sellos! » replicó el rey con voz severa. El

1. El mas virtuoso de los atenienses, llamado el *Justo*. Murió en 469 ántes de J. C.

2. Se daba en Francia el nombre de *canciller* al jefe supremo de justicia quien despues del condestable, era el primer personaje del reino; reunia casi siempre á sus funciones las de guardasellos.

canciller obedeció, y se sellaron los pliegos en su presencia. « Ahora llevaos los sellos, dijo el rey. — No, señor, están manchados y yo no los tomo. » Al oir aquellas palabras tan atrevidas, el monarca mas orgulloso de Europa en aquella época no manifestó ninguna cólera; reflexionó un rato, tomó despues los pliegos y los arrojó al fuego. « Señor, dijo Voysin, vuelvo á tomar los sellos, pues el fuego lo purifica todo. »

Conciencia de juez.

El docto Clavier, juez del tribunal criminal del Sena en la ruidosa causa del general Moreau [1], era de opinion que el acusado fuese condenado á un arresto de dos años. Como le instara vivamente un personaje poderoso para que fuera sentenciado á muerte, asegurando que el primer cónsul [2] concederia el perdon despues de la sentencia, dió el juez esta respuesta memorable: « ¿Y quién nos perdonará á nosotros? » Es la conciencia, en efecto, un juez inexorable que nunca perdona á los que han violado sus leyes.

Deber del magistrado.

En la época de la Restauracion [3] apuraba el guardasellos [4] á M. Seguier, que era entónces primer presidente del Tribunal real de Paris, para que decidiera un asunto importante segun las miras del gobierno. « Si obra así el Tribunal, decia el ministro, nos prestará un verdadero

1. Moreau, uno de los mejores generales de la República, célebre sobre todo por su magnífica retirada á la Selva Negra, en 1796, y por la victoria de Hohenlinden en 1800. Por rivalidad con Bonaparte se alió con los enemigos, y entónces ocurrió la causa de que hablamos. Fué desterrado á América. En 1813 cometió la flaqueza de aceptar el mando de los ejércitos aliados contra Francia, pero apenas habia llegado á su cuartel general ante los muros de Dresde, fué muerto por una bala de cañon.

2. Bonaparte gobernó en Francia con el título de *primer cónsul* desde el mes de noviembre de 1799 hasta el 18 de mayo de 1804. Desde esta época fué emperador de los franceses.

3. Se da el nombre de *Restauracion* al tiempo comprendido desde 1814 á 1830, en cuyos años reinaron Luis XVIII y Cárlos X.

4. Llámase *guardasellos* al ministro de justicia, porque es el depositario de los sellos del Estado.

servicio. » El digno magistrado solo le respondió con las siguientes frases : « El Tribunal pronuncia sentencias, pero no presta servicios. »

Recomendacion negada.

Así como solo se debe pedir justicia á los jueces, tampoco se debe tratar de ejercer influencia alguna en ellos. Un ayuda de cámara de Luis XIV rogaba á éste recomendara al primer presidente del Parlamento[1] de Paris un pleito que sostenia contra un pariente suyo; el rey rehusaba y él insistia diciendo: « ¡Ah señor! con una palabra vuestra puedo ganar el pleito. — No es así, contestó Luis XIV; estás en un grave error; pero, díme, si tú estuvieras en lugar de tu adversario y éste se hallara en el tuyo, ¿te gustaria que pronunciase yo esa palabra? »

Respeto al derecho de gentes.

Camilo[2], general romano, sitiaba la ciudad de Taleria[3]; íbase haciendo largo el sitio, pues hallándose bien guarnecida la ciudad, los sitiados no mostraban disposiciones de rendirse. Un traidor resolvió entregarla. Este hombre, indigno de la noble profesion que ejercia, concibió un designio atroz y le llevó á cabo. Un dia de asueto condujo á sus discípulos á un paseo que se hallaba fuera de los muros, por un lado donde no habia nada que temer del enemigo y haciéndoles dar varios rodeos por sitios que él conocia, les condujo hasta el campamento de los romanos: « General, dijo á Camilo, Taleria está ahora en tus manos, aquí están los hijos de sus principales ciudadanos, que

1. Llamábanse *Parlamentos* en Francia los tribunales supremos que gozaban de grandes prerogativas y ejercian un poder supremo.

2. Murió en 365 ántes de J. C. Es inexacto, como pretenden los historiadores romanos, que libertara á Roma del poder de los galos; los romanos rescataron su ciudad á peso de oro, y los galos volvieron á su pais con su botin.

3. Ciudad situada no léjos de las orillas del Tíber, llamada hoy *Civita Castellana*.

por recobrarlos, pasarán por todas las condiciones que quieras imponerles. »

El traidor esperaba hallar una acogida lisonjera y ser recompensado generosamente, pero su consternacion fué extrema cuando oyó á Camilo dirigirle estas terribles palabras:

« ¿Has creido ¡hombre infame! que los romanos son tan viles como tú?... Aprende para mengua tuya que las leyes de la justicia son sagradas, que deben observarse hasta para con los enemigos, y que ni la guerra misma puede quebrantar los derechos de la humanidad. Quien se aprovecha de la traicion participa de ella. Nosotros no hacemos la guerra á los niños, la hacemos lealmente á los hombres. »

Despues tranquilizó cariñosamente á aquellos jovencillos sobrecogidos de pavor, les hizo acompañar hasta Taleria, y entregó al traidor encadenado á la justa venganza de sus habitantes.

Cuando los niños entraron en la ciudad, donde ya reinaba el sobresalto, la alegría y el asombro se manifestaron en todos los semblantes; el noble proceder del general romano conquistó los corazones, y prefiriendo los habitantes de Taleria tener por amigo mas bien que por enemigo á un pueblo tan digno y generoso, abrieron las puertas á los romanos, que en adelante les trataron como hermanos y aliados suyos.

Equidad para con el enemigo.

[278 ántes de J. C.]

Cuando los romanos sostenian contra Pirro[1], rey de Epiro[2], una guerra larga y penosa, el cónsul[3] Fabricio[4],

1. Uno de los mas hábiles capitanes de la antigüedad, pero inconstante y ambicioso. Murió en 273 ántes de J. C.

2 Llamábase así á un pais semi-griego semi-bárbaro que forma hoy parte de la Albania, provincia turca.

3. *Cónsul*, jefe de la república romana; habia dos y eran elegidos anualmente.

4. Célebre por su virtud y sobre todo por su desinteres; cuando murió, tuvo el Estado que pagar sus funerales y dotar á sus hijas.

general del ejército romano, recibió una carta del médico del rey, en la que le ofrecia envenenar á Pirro si los romanos le prometian una recompensa proporcionada á aquel gran servicio. Fabricio escribió acto continuo á Pirro advirtiéndole se precaviese contra aquella negra perfidia. La carta estaba concebida en estos términos: « ¡Oh rey, qué mal escogeis vuestros amigos y vuestros enemigos! De esto os convencereis cuando hayais leido la carta que se nos ha dirigido y que os enviamos, y vereis que haceis la guerra á gentes honradas y pundonorosas, miéntras concedeis vuestra confianza á los perversos. »

Al leer esta carta exclamó Pirro: « En este rasgo conozco á Fabricio; mas fácil seria hacer que el sol cambiara de camino, que decidir este romano á abandonar la senda de la justicia y de la virtud. » Cuando estuvo convencido de la verdad del hecho anunciado en la carta, hizo expiar al culpable su traicion con el último suplicio; y para manifestar su agradecimiento al general enemigo, le devolvió todos los prisioneros romanos sin rescate. No quiso aceptar el magnánimo cónsul una recompensa por no haber cometido un crímen, y si recibió los prisioneros romanos, le envió un número igual de prisioneros tarentinos y samnitas [1].

Por lo demas, Fabricio no habia hecho sino cumplir con su deber al rehusar las ofertas de un malvado; lo que hay de loable en su conducta es el aviso instantáneo que trasmitió á Pirro.

Justicia y humanidad.

Durante la guerra que habia estallado entre Inglaterra y España [2], un navío inglés cargado de ricas mercancías, sufrió tan furiosa tempestad en el golfo de Jamáica, que se vió precisado á entrar en el puerto de la Habana para salvar la tripulacion y el cargamento. Conducido el capi-

1. Pueblos de Italia, aliados de Pirro.

2. En 1776.

tan inglés ante el gobernador, le expuso cómo se habia visto obligado á abordar á un puerto enemigo. « Os entrego, le dijo, mi buque, los marineros, los soldados, y yo tambien me entrego; solo os pido la vida para la tripulacion. —No señor, dijo el generoso español, no os trataré de ese modo; si hubiérais caido en nuestro poder en alta mar, ó en nuestras costas en un combate, vuestro navío seria buena presa y vosotros seríais nuestros prisioneros; pero habeis sido maltratados por la tempestad, y al refugiaros en este puerto, olvido y debo olvidar que mi nacion está en guerra con la vuestra. Yo no veo mas que hombres, y la humanidad me obliga á socorreros gratuitamente. Descargad tranquilamente vuestra embarcacion y reparad sus averías; despues partireis, y yo os daré un salvo-conducto hasta que hayais pasado á las Bermudas. »

No fué ménos digna la conducta del marino frances Laperouse[1]. Habíale encargado su gobierno que atacase y destruyese los establecimientos ingleses de la bahía de Hudson, y despues de una larga y penosa travesía, llegó al término de su navegacion, se apoderó de los fuertes ingleses y los destruyó. Su comportamiento hizo honor á su valor y humanidad. Rigurosas eran las órdenes que llevaba, y las cumplió con la obediencia de un marino; pero una vez vencido el enemigo y cumplidos sus deberes de soldado, no pensó sino en cumplir los de la humanidad. Los ingleses habian huido á los bosques; sus fuertes estaban destruidos; ¿qué iba á ser de aquellos desdichados, expuestos por una parte á morir de hambre, y por otra á caer en manos de los salvajes? Antes de marchar, les dejó Laperouse armas y víveres en la orilla.

1. Nació en Alby; Luis XVI le dió el encargo en 1785 de hacer un viaje de descubrimientos; desde 1788 se ignoró lo que habia sido de él; tiempo despues se adquirió la certidumbre que habia perecido en un naufragio con todos sus compañeros.

§ II. PROBIDAD.

La probidad puede suplir á otras muchas cualidades, pero sin ella ninguna cualidad es buena. No nos fiemos nunca de quien carece de probidad, por talento que tenga. (*Palabras de Washington.*)

Es una virtud tan delicada y escrupulosa la probidad, que hasta la sombra de una sospecha la espanta. (B.)

Alábanse, y son dignos de alabanza, los actos de probidad en donde se nota un principio de virtud, un esfuerzo del alma. Un pobre devuelve un depósito cuyo secreto solo él conocia; no ha hecho mas que su deber, porque lo contrario seria un delito; sin embargo, su accion es honrosa y debe honrarse. Júzgase que el que no hace mal, en ciertas circunstancias, es capaz de hacer bien; en un acto de simple probidad, lo que se alaba es la virtud. (*Curso de moral.*)

Arístides.

[490 ántes de J. C.]

Despues de la famosa batalla de Maraton[1], se quedó solo Arístides con un corto número de soldados para custodiar los prisioneros y el botin, teniendo así ocasion de confirmar la buena opinion que se tenia de su integridad. Por todas partes estaban esparcidos el oro y la plata en el campo enemigo; las tiendas de campaña y los bajeles apresados estaban llenos de vestiduras preciosas y muebles magníficos: no solo no tuvo la idea de tocar aquellos montones de riquezas, sino que hizo que los suyos las respetaran.

Nada hay en esto de loable, pues Arístides no hizo en esta ocasion sino lo que exigia la probidad mas vulgar; pero hé aquí un rasgo verdaderamente notable.

Poco tiempo despues todos los pueblos griegos designaron á Arístides para que administrara su hacienda y velara por el tesoro comun, por cuyo cargo no quiso admitir sueldo alguno, y murió tan pobre, que tuvo que encargarse la República de sus funerales y del dote de sus hijas.

1. Ganada por los atenienses que pelearon en número de diez mil hombres contra cien mil persas que habian desembarcado en sus costas. Maraton es hoy dia un pueblo situado á 31 kilómetros N. E. de Aténas.

San Eloi[1].

Cuando Eloi no era mas que un simple platero, Clotario II, informado de su habilidad, le encargó hiciera un sillon de oro guarnecido de piedras preciosas, trabajo para el cual le dió una gran cantidad de oro, que no recibió el platero sin pesarla ántes, contando asimismo los diamantes que se le entregaron. Hizo su trabajo segun el modelo que se le habia dado; pero en lugar de un sillon hizo dos Presentó primero uno al rey, quien mostró suma satisfaccion; despues le presentó el segundo, de lo que se sorprendió Clotario, pues no podia persuadirse de que con lo que se habia dado á Eloi hubiera habido bastante para hacer dos sillones, y fué preciso convencerle con el peso, que se halló ser igual al que habia dado. Entónces vió el rey que podia depositar toda su confianza en un hombre tan probo, lo que dió orígen á la fortuna de san Eloi, que, como es sabido, llegó á ser primer ministro.

Tomas Moro[2].

El canciller de Inglaterra Tomas Moro, uno de los grandes hombres de su época, era inflexible en cuestiones de rectitud. Uno de los señores mas poderosos de la córte sostenia un pleito que temia perder. Con el objeto de inclinar al canciller en su favor, le regaló dos riquísimos jarros de plata sobredorada. Moro los hizo llenar de un vino excelente y los devolvió á quien se los habia enviado, que ganó su causa porque era justa. Estaba persuadido con razon aquel digno magistrado de que todo juez que recibe un presente da el primer paso hácia la iniquidad, y de que cuando se dan oidos á los que quieren comprar la justicia, se anda cerca de venderla.

1. Falleció en 659. 2. Falleció en 1556.

Dougas.

Siendo Dougas preboste de los mercaderes[1] en Lyon[2], fueron los tahoneros á pedirle permiso para aumentar el precio del pan, á lo que les respondió que examinaria su peticion. Al retirarse aquellos, dejaron con disimulo encima de la mesa un bolsillo con doscientos luises (moneda de 20 francos); cuando despues volvieron, no dudaban que el bolsillo hubiera ejercido su influjo. M. Dougas les dirigió las siguientes palabras : « Señores, he pesado vuestras razones en la balanza de la justicia, y no he hallado justo su peso; por tanto, creo que no hay necesidad de hacer sufrir al pueblo por una carestía que nada justifica. He distribuido el dinero que me habeis dejado entre los dos hospitales de la ciudad, pues creo que no lo destinábais á otra cosa, y he comprendido que, cuando dais limosnas semejantes, no perdereis, como decís, en vuestro comercio. »

Wimpfen.
[Setiembre 1792.]

Al principio de las guerras de la Revolucion, sitiaban los ingleses á Thionville[3], y su general, en nombre del emperador, ofreció al comandante de la plaza, Félix Wimpfen, la cantidad de un millon, si la entregaba. « Con mucho gusto, respondió con socarronería aquel bravo frances, si quereis validar el acto de venta ante un escribano. »

Daumesnil.
[1814.]

En otra circunstancia semejante dió el general Daumesnil una respuesta igualmente graciosa y decidida. Habia

1. Llamábase *preboste de los mercaderes* en Paris y en Lyon al magistrado que desempeñaba las funciones de alcalde de la ciudad.

2. A mediados del siglo XVIII.

3. Plaza fuerte á orillas del Mosela, á 24 kilómetros de Metz; en el dia pertenece á Alemania.

perdido una pierna en la campaña de Rusia, y el ilustre inválido fué nombrado despues gobernador de Vincennes[1]. Los soberanos aliados que invadieron la Francia en 1814, le ofrecieron dos millones si ponia la plaza en sus manos; el general contestó en estos términos al emisario: « Podeis decir á los rusos que cuando me devuelvan mi pierna, les entregaré Vincennes. »

El ostiaco.

[Siglo XVIII.]

Los ostiacos, pueblo semi-salvaje que habitan al norte de Rusia, son notables por su desinteres y probidad. Hé aquí un ejemplo. Caminaba de Tobolsk[2] á Beresoff[3] un mercader ruso, y pasó la noche en la cabaña de un ostiaco; á la mañana siguiente, á corta distancia de allí, perdió una bolsa que contenia unos cien rublos[4]. Yendo un dia á caza el hijo del ostiaco que habia hospedado al mercader, pasó por aquel sitio, vió la bolsa, pero no la tocó. Al volver á la cabaña, dijo únicamente que habia visto una bolsa en el camino y que la habia dejado donde estaba. Su padre le envió en seguida á aquel sitio, y le mandó cubriese la bolsa con tierra y algunas ramas de árboles, para que pudiera encontrarla en el mismo lugar el que la habia perdido, si por acaso volvia á buscarla. Por espacio de tres meses permaneció la bolsa en el mismo sitio. Cuando el ruso volvió de Beresoff, fué á hospedarse en casa del mismo ostiaco y le refirió la pérdida que le habia acontecido el mismo dia que salió de su cabaña. « ¿Con que eres tú el que ha perdido la bolsa? le dijo el ostiaco; pues bien, no tengas cuidado, mi hijo te guiará á donde debe estar, y tú mismo la recogerás. » En efecto, el mercader encontró su bolsa en el mismo sitio donde habia caido.

1. Esta fortaleza está situada á 7 kilómetros de Paris.

2 Capital de la Siberia ó Rusia asiática.

3. A 570 kilómetros de Tobolsk; capital de una region espantosa y casi desierta, que produce pieles en gran cantidad.

4. El rublo es una moneda de plata cuyo valor es de 3 fr. 45 c. á 4 fr. 61 c. En el dia vale 4 francos.

Famille del Ostiaco

Idea de la probidad en un niño de siete años.

Un aldeano llamado Santiago, que debia algun dinero á un vecino suyo, le ofreció darle en pago sus gallinas, y el trato fué aceptado.

Lleváronse, pues, las gallinas á casa del vecino; pero como no las encerraron, cuando fueron á poner al dia siguiente, volvieron á su antiguo gallinero, donde pusieron sus huevos.

Felipe, hijo de Santiago, de unos siete años de edad, estaba solo en la casa en aquel momento, y oyendo cacarear á sus gallinitas, corrió en seguida al gallinero, rebuscó entre la paja, y hallando los huevos, dijo para sí : « ¡Ay qué huevos tan frescos y cómo me gustan! cuando vuelva mi madre se alegrará mucho, los hará cocer, y nos los comeremos. Sin embargo, volvió á decir al cabo de un instante, ¿podemos quedarnos con estos huevos? ¿No son del vecino, como nuestras pobres gallinas? El otro dia aprendí en la escuela que una cosa que se encuentra se debe devolver á su dueño en cuanto se sepa quien es éste. ¡Vamos! ¡Vamos! No quiero esperar á que regresen mis padres para restituir estos huevos á su dueño. » Y en efecto, corrió á llamar á la puerta del vecino : « Tome V., le dice al entrar, aquí le traigo unos huevos que sus gallinas de V. han venido á poner en nuestro gallinero. — ¿Quién te envía? le pregunta el vecino. — Nadie. — ¡Cómo! ¿Me traes esos huevos sin que nadie te lo haya mandado? — Sí, señor, mi padre y mi madre están fuera de casa, pero yo no hago mas que lo que ellos me hubieran mandado hacer en este caso. — ¿Y por qué no has esperado su vuelta? — Porque no volverán hasta medio dia, y de aquí á esa hora no tengo derecho para conservar lo que no es mio. »

El anciano ciego.

[Siglo XIX.]

Un pobre ciego, ya anciano, estaba sentado á la orilla

de un camino que iba desde su pueblo á la ciudad vecina, y los transeuntes echaban de cuando en cuando una mo-

neda en su sombrero. Tenia junto á sí á una niña, que era su nietecita, cuya risa, tan inocente como jovial, regocijaba á veces el semblante del pobre hombre. Las gracias de esta niña llamaban la atencion de los caminantes y contribuian á aumentar las limosnas que echaban en el sombrero del pordiosero.

Un dia que estaba jugueteando en medio del camino, pasó por allí, entre una nube de polvo, una silla de posta tirada por cuatro caballos. Al alejarse el carruaje, volvió la niña á sus juegos, y se sorprendió de hallar en medio del camino una cosa que no habia visto jamas: era una cartera que ella entregó á su abuelo.

Tomóla el anciano, y notando que estaba llena y cerrada con una cerrajita, léjos de tratar de abrirla, se puso en camino para la ciudad, con ánimo de entregarla al alcalde. En aquel momento pasó por allí un labrador que conocia al pobre ciego, y acercándose á él le dijo: «¿Qué es eso que teneis en la mano? — Una cartera que mi nieta ha hallado en el camino, y que probablemente ha caido del coche que acaba de pasar.»

Voy á llevarla al alcalde de mi lugar, para que la recobren los que la han perdido, si la reclaman. — ¡Qué tonto sois! esa cartera está probablemente llena de billetes de banco y puede hacer vuestra fortuna; quedaos con ella y no lo digais á nadie. — ¡Yo quedarme con lo ageno! contestó el buen anciano; Dios me libre; prefiero ser pobre con la conciencia tranquila, que rico con remordimientos. Y al decir esto, prosiguió su camino, llegó al pueblo y entregó la cartera al alcalde, la cual habiendo sido reclamada al dia siguiente, volvió á la posesion de su legítimo dueño.

El buen anciano rehusó enérgicamente la justa recompensa que se le ofreció, contestando de este modo á los que le instaban para que la aceptase, entre otras al labrador del mal consejo:

«La mejor recompensa, para un hombre de bien, es el testimonio de su conciencia que le dice haber obrado como Dios manda.»

El peon.

[Noviembre de 1845.]

Un arrendador de las cercanías de Tolosa habia colocado un saco con mil francos en el fondo de un canasto, cuidadosamente cubierto de paja, que llevaba en la grupa de su caballo para entregarlo al dueño de la hacienda: era el precio de su arriendo, juntado con mucho trabajo, porque el año habia sido muy malo en toda aquella tierra. Durante el camino se desfondó el canasto, dejando caer el saco en medio de la carretera, y el buen hombre no lo echó de ver hasta que llegó á la ciudad. Júzguese cuál fué su desesperacion y la de su familia, á la que volvió llorando y dando ya su dinero por perdido.

Un peon, de unos diez y ocho años de edad, pobre jornalero, llamado Leprieu, halló el saco en el camino cuando iba á su labor: álzale del suelo, queda admirado al ver por primera vez en su vida tanto dinero junto, le envuelve cuidadosamente, y se va á su trabajo sin hablar á nadie de su hallazgo.

Las malas noticias tienen alas, y así fué que la de la pérdida del arrendador se propagó rápidamente por toda la comarca, llegando á oidos de Leprieu, como de todo el mundo. Este buen muchacho, en cuanto supo el nombre del dueño del saco y adquirió la certeza de que era suyo, se fué en derechura á casa del arrendador, y le devolvió integralmente la fortuna de toda su vida.

Tal es Leprieu, cuya riqueza consiste en noventa céntimos diarios, que gana con su jornal.

Voltamad y su caballo.

Durante un violento huracan en el cabo de Buena Esperanza, un buque rompió sus amarras y fué á estrellarse furiosamente contra los arrecifes. La tripulacion saltó al mar, y trataron todos de salvar la vida montados en las rotas berlingas y aparejos. Azotaba el viento con tal furia,

que ningun bote podia acercarse á recoger á los pobres marineros. En este tiempo, un habitante de la colonia llamado Voltamad, hombre ya entrado en años, llegó en su caballo al lugar de la catástrofe. Lleno de compasion á la vista de aquellos infelices que luchaban con la muerte, y conociendo la intrepidez de su caballo y su habilidad en nadar, se propuso ir á socorrer á aquellos desgraciados.

Apeóse, hizo oler á su valiente corcel ciertas esencias, montóle de nuevo, y se lanzó con él á las olas. Al principio se le vió desaparecer entre ellas; pero poco despues caballo y caballero estaban cerca del buque náufrago. Recogió dos hombres y los sacó salvos á la costa. Repitiendo la peligrosa expedicion varias veces, logró salvar la vida á catorce personas; pero ya el caballo no podia resistir mas, y una formidable ola, azotando á Voltamad, le hizo perder el equilibrio haciéndole caer al agua para no volver á aparecer. El caballo poco despues llegó á la costa.

Este acto de filantropía y valor heróico llenó de admiracion á los colonos, quienes erigieron una estátua á Voltamad, y señalaron una magnífica pension á sus hijos.

Francisco José de Cáldas.

La época mas dichosa de la vida de Cáldas fueron los años en que gozó de la plena y pacífica posesion del Observatorio de Bogotá. Digno sacerdote de la divinidad tutelar de aquel santuario elegante, consagrado fervorosamente á su culto, pasaba allí la mayor parte del dia con sus libros, con sus instrumentos, ó con la pluma en la mano, en las diversas tareas científicas á que se habia dedicado: pasaba allí tambien parte de la noche si el estado del cielo era favorable para las observaciones astronómicas; y allí le amanecia, tras pocos ratos de inquieto sueño en su catre de camino, cuando así lo demandaba la circunstancia grave de algun notable fenómeno celeste. Un pariente inmediato y dos ó tres amigos íntimos, inca-

paces de abusar de su confianza, y algun jovencito que recibia de él lecciones de matemáticas, eran las únicas personas á quienes franqueaba sin disgusto la entrada de aquella su habitual residencia, donde el espíritu de órden todo lo regulaba y el menor acto de perturbacion era un crímen.

Habíale asignado el virey, despues del fallecimiento del Sr. Mútis, mil pesos de dotacion anual como adjunto á la expedicion botánica, en cuyo arreglo intervenia, y como encargado del Observatorio; y el mayordomo de la expedicion le suministraba papel y algunos útiles de servicio. Entre los deberes correlativos que tenia impuestos, y que desempeñaba con escrupulosa puntualidad, era uno el de informar cada cuatro meses sobre los trabajos astronómicos y botánicos que estaban á su cargo. En cuanto á los primeros, el período se extendió despues á un año.

En uno de estos informes, de fecha 1° de julio de 1809, participaba Cáldas estar ocupado con empeño preferente en tres obras, á saber:

1.ª *Coleccion de observaciones astronómicas hechas en el virreinato de Santa Fe de Bogotá desde* 1797 *hasta* 1805, *con todas las que se han verificado en el Real Observatorio astronómico de la capital desde* 1806 *para adelante*. El objeto de la obra era la geografía y topografía del país que comprenden hoy las dos repúblicas de Nueva Granada y Ecuador y un mapa perfeccionado y completado con una memoria especial anexa, relativa á la longitud de Quito.

2.ª *Chinchografía y topografía de los árboles de la quina, formada sobre las observaciones y medidas hechas desde* 1800 *hasta*.... Allí se resolvian varios problemas *botánico-económicos* para reconocer, dado un lugar de los Andes ecuatoriales, si hay quinas en sus bosques, cuáles especies se producen y qué especie prosperará mejor por el cultivo. Ignoramos el estado en que dicha obra quedó; y presumimos que, con título cambiado, es la *Quinología* puesta en limpio de su propia mano y firmada con su nombre, que fué vendida despues de su muerte á

un extrangero por su viuda en momentos de necesidad extrema.

3.ª *Fitografía, ó geografía de las plantas del Ecuador comparadas con las producciones vegetales de todas las zonas y del globo entero, formada sobre las medidas y observaciones hechas en la vecindad del Ecuador desde* 1800 *hasta....* Formaba el fondo de esta obra la carta botánica del vireinato, con diez y ocho grandes láminas de planos y perfiles de los Andes ecuatoriales: estaba ella dividida en tres partes principales; plantas medicinales, plantas útiles para la subsistencia y para las artes, y plantas de aplicacion desconocida, ó vegetacion en general.

En 1° de noviembre remitió Cáldas al virey la *Memoria* que habia redactado acerca de las refracciones astronómicas al nivel y latitud del Observatorio, dedicándosela junto con una planta á cuya flor habia puesto en su obsequio el nombre de *Amaria*.

Ya por este tiempo (1815) era muy grave la situacion de las cosas en el país, y continuó empeorándose rápidamente. Por el Sur, por el Norte y por la costa del Atlántico obraban fuerzas españolas considerables, combinando sus operaciones para la reconquista del territorio. El 6 de diciembre fué evacuada por sus defensores la plaza de Cartagena, despues de haber sufrido un largo y rigoroso asedio, y ocupada por el ejército expedicionario del general Morillo; el interior no tardó en ser invadido; las armas de la República sufrieron un gran descalabro en Cachirí; las provincias del Magdalena y las del Norte sucumbieron sucesivamente, y una fuerte division enemiga al mando del brigadier Latorre entró en Bogotá el dia 6 de mayo de 1816. Los altos empleados, la mayor parte de las personas mas comprometidas, y algunos militares emigraron hácia Neiva y Popayan: los restos principales de la fuerza armada se dirijieron por San Martin á los llanos de Casanare, de donde tres años mas tarde debia reaparecer victorioso el pabellon tricolor.

Cáldas fué uno de los que emigraron al Sur, con muy pocas esperanzas de salvacion, siendo una de ellas la de alcanzar á embarcarse en el puerto de la Buenaventura sobre el mar Pacífico, que se frustró para todos. Popayan estaba libre todavía; pero la accion reñida y desgraciada de la Cuchilla del Tambo, del 29 de junio, puso aquella ciudad á disposicion del vencedor Sámano. Cáldas, su íntimo y antiguo amigo Ulloa y otros se ocultaron entónces en la hacienda de Paispamba, diez leguas distante: y allí fueron sorprendidos y arrestados por el jefe patiano Simon Muñoz.

Personas diversas, todas veraces, refieren que al conducir el mismo Muñoz los presos á Popayan se quedó un poco atrás con Cáldas, de cuya suerte estaba compadecido y por quien le interesaban los empeños de su familia, y le ofreció salvarlo haciéndole pasar á Quito, en donde gobernaba y se distinguia por sus principios de humanidad Don Toribio Móntes; pero el generoso Cáldas, no habiendo podido obtener igual favor para sus compañeros de infortunio, lo rehusó, y á los pocos dias se le trajo con ellos á la capital. Juzgáronle sumariamente en consejo de guerra y fué condenado á muerte.

Tanto de palabra, con serenidad y entereza, ante ese tribunal de pura forma, como por escrito en una carta dirigida al general Morillo, Cáldas hizo presente cuanto importaba al servicio de la nacion que se le conservase la vida, aunque fuese temporalmente y aunque fuera encerrado en un castillo y con una cadena al pié, para terminar el arreglo de los trabajos de la exposicion botánica de que él solo tenia la clave, y para completar la coordinacion de sus trabajos geográficos y astronómicos, haciendo sobre todo esto súplicas y proposiciones específicas. Algunos de los vocales del consejo fueron conmovidos hasta verter lágrimas por el tono y la sinceridad de sus palabras, pero su comision no era dictar una sentencia sino cumplir una órden superior: díjose tambien que Morillo se inclinaba á perdonarle, y que su segundo en el mando, el general

de marina Enrile, lo desvió de semejante idea.... Dejó de existir Cáldas á los cuarenta años, en la flor de la edad....

Tal fué Cáldas, víctima de su lealtad y del cumplimiento de sus deberes para con sus compatriotas.

El arrendatario.

[1847.]

Un arrendatario de las cercanías de Búrgos se quejó al arrendador de que en una de sus cacerías habia pisoteado y causado grandes daños en una tierra sembrada de trigo. « Haced avaluar el perjuicio, respondió el propietario, y pagaré lo que sea. » El arrendatario repuso en seguida, que habia ya hecho calcular el daño, que ascendia á quinientos francos, que el arrendador le pagó en el acto, y ya no pensó mas en ello.

Pero, de allí á pocas semanas vuelve su arrendatario diciéndole : « Señor, el trigo que habia sido pisoteado se ha levantado, y en el dia es la mejor cosecha de toda la hacienda; por tanto vengo á devolveros vuestro dinero; aquí teneis los quinientos francos. » Y al decir esto puso sobre la mesa un saco que contenia dicha suma. « ¡Ah! exclamó el dueño con satisfaccion, pero sin sorpresa alguna, este sí que es un rasgo que me agrada; así deberian obrar todos los hombres entre sí. »

Y abriendo un cajon de su mesa de despacho, tomó otros quinientos francos en oro, los echó en el saco que contenian los que le habia traido su arrendatario, y poniendo el todo en sus manos, le dijo : « Teneis un niño que va todavía á la escuela; yo le hago este regalo. Haced producir este dinero para él como os parezca; y cuando tenga la edad necesaria, se lo entregareis de mi parte, pero sin olvidar de decirle por qué motivo lo habeis recibido. »

La probidad recompensada.

[Siglo XVIII.]

Un aldeano breton llamado Perrin, que cultivaba una pequeña hacienda en las cercanías de Vitré [1] volvia una noche de esta ciudad con su esposa Lucía. Perrin da un paso falso y cae; la oscuridad de la noche le impedia distinguir lo que habia ocasionado su caida, pero buscando á tientas, encuentra un saco muy pesado. Deseosos de saber lo que contiene, entran él y Lucía en un campo donde ardian aun algunas raíces á que habian pegado fuego los labradores aquel dia, y á la claridad que despedian, abre el saco y cuenta doce mil francos en oro. « ¡Ay Lucía! ¿Que es lo que veo? ¡Ya somos ricos! » Locos de contento, se ponen en marcha, pero, estando ya cerca de su casa, se para Perrin diciendo: « Con este dinero podemos ser felices, ¿pero es nuestro? La feria de Vitré se ha acabado ahora, y tal vez se le ha perdido este saco á algun mercader que volvia de ella; puede ser que miéntras nosotros estamos tan contentos, él se halle sumido en las mas negra desesperacion; ¿y nosotros habríamos de gozar de lo que le pertenece? Lo hemos encontrado por casualidad, pero el guardarlo seria un robo. Vamos á casa del señor cura y le entregaremos este dinero. » Aprobó Lucía su pensamiento, que su esposo resueltamente llevó á cabo en el acto.

El digno sacerdote anunció por los periódicos el hallazgo de aquel saco, pero nadie se presentó á reclamarle. Habian pasado dos años, y juzgó que no debia esperarse mas, por lo que entregando aquel dinero á los dos jóvenes esposos, les dijo así: « Hijos mios, podeis gozar de los bienes de la Providencia. Estos doce mil francos nada producen así, vosotros podeis emplearlos. Si algun dia llegais á saber quien es su dueño, teneis que devolvérselos; por consiguiente, empleadlos de modo que si cambian de

1. Cabecera de distrito en el departamento de Ille-et-Vilaine (Francia).

forma, no cambien de valor. » Perrin siguió su consejo y con aquella cantidad compró la granja que tenia en arrendamiento. Una vez propietario, su terreno adquirió mayor valor; mejor cultivados sus campos le dieron cosechas abundantes, y desde entónces vivió en una medianía tranquila y sin cuidados.

Diez años despues volvia una vez Perrin muy cansado del campo por la dura faena de aquel dia, cuando vió pasar por la carretera un hombre en un carruaje que volcó á los pocos pasos, y acudió á socorrerle; le ofreció las mulas de su arado para llevar los cofres, y rogó al viajero, que felizmente no estaba herido, fuese á descansar á su casa.

« Este sitio es fatal para mí, exclamó el viajero; ya hace mas de doce años que, viniendo de la feria de Vitré, perdí doce mil francos en oro que llevaba. — ¿Y cómo no habeis hecho las diligencias necesarias para encontrarlos? repuso Perrin. — No pude hacerlas porque iba á Lorient[1] donde debia embarcarme para las Indias; me faltaba ya tiempo; estaba el barco á punto de darse á la vela, y no podia esperar; así es que no pude hacer indagacion alguna, que ademas de ser tal vez inútil, retardando mi marcha, me habria causado mayor perjuicio del que ya habia tenido. »

Gran sensacion causaron estas palabras en Perrin, quien redobla sus instancias hasta que decide al viajero á aceptar su hospitalidad; le muestra su casa, su huerta, su aprisco, su ganado, enumera sus campos y lo que producen. « Todo esto es vuestro, le dice; el oro que perdísteis cayó en mis manos. Viendo que nadie lo reclamaba, compré esta granja con la intencion de devolvérsela algun dia á quien tuviera derecho á ella; por tanto es vuestra. »

Quedóse pasmado el viajero mirando á Perrin, á Lucía y á sus hijos. « ¿Qué es esto? ¿En dónde estoy? exclamó al fin; ¿qué es lo que oigo? ¡Oh qué bella manera de pro-

1. Ciudad y puerto muy frecuentado del departamente del Morbihan en Francia.

ceder! ¡Qué virtud y cuánta nobleza! ¿Poseeis algo maque esta granja? — No, señor; pero si no la vendeis, como necesitareis un arrendatario, espero que me deis la preferencia. — Otra recompensa merece vuestra probidad: doce años hace que perdí esa suma que vos hallásteis; desde entónces la Providencia ha bendecido mis esfuerzos, y mi comercio se ha extendido y ha prosperado. Esa restitucion no me haria mas rico hoy. Vos mereceis muy bien esa modesta fortuna, y puesto que Dios os la ha dado, el quitárosla seria ofenderle. Conservadla, pues, yo os la doy; podeis guardarla, que no la reclamo. »

Perrin, inundado el semblante en lágrimas de gratitud y alegría, exclamó: « ¡Hijos mios! ¡Mi querida Lucía! ¡Estos bienes son nuestros, y podemos disfrutar de ellos sin temor ni remordimientos! »

La mala fe castigada.

[1809.]

El emperador Napoleon, cuyo ejército ocupaba hacia algun tiempo la isla de Lobau [1] en el Danubio, estableció en ella su cuartel general. Su primer cuidado fué visitar los soldados en su campamento. « ¿Qué tal, amigos mios, exclamó parándose ante un grupo de ellos, es bueno el vino? — No nos emborrachará, señor, respondió un granadero señalando el Danubio, esa es nuestra bodega. » El emperador, que habia mandado dar una botella de vino por cabeza, se quedó pasmado al ver que no se habian ejecutado sus órdenes. De las investigaciones que ordenó hacer se descubrió que los encargados de la distribucion de víveres habian vendido en su provecho el vino destinado á las tropas acantonadas en la isla. Aquellos miserables fueron presos en seguida, juzgados por un consejo de guerra y castigados con todo el rigor de las leyes.

1. A 9 kilómetros de Viena.

§ III. FIDELIDAD.

Es una ley para el hombre honrado cumplir lo que ha prometido, hasta en las cosas mas nímias; pues cuando se acostumbra á faltar en asuntos de poca importancia, pronto llega á ser infiel en las de mayor trascendencia. (BLANCHARD.)

La fidelidad es sagrada para los corazones honrados; el terror y la seduccion son impotentes para hacerlos faltar á ella. (*Moralistas antiguos.*)

Régulo.

[250 ántes de J. C.]

Despues de vencer á los cartagineses[1] en Africa, el cónsul romano Régulo fué vencido por ellos y hecho prisionero. Conducido á Cartago, tuvo que sufrir los más crueles tratamientos, haciéndole expiar así los duros triunfos[2] de su patria. Los romanos, que con tanto orgullo encadenaban á sus carros los reyes destronados, mujeres y niños anegados en llanto, ¿podian esperar que fueran respetados sus conciudadanos en el cautiverio?

Poco despues la fortuna fué favorable á los romanos, y Cartago pidió la paz; envió embajadores á Italia en cuya compañía iba Régulo. Habíanle exigido los cartagineses su palabra de honor de que volveria á su cautiverio si no tenian buen resultado las negociaciones, esperando así que abogaria en favor de una paz que le habia de restituir su libertad.

El Senado romano dió audiencia á los embajadores y á Régulo, quien manifestó que por órden de sus señores, venia á pedir á Roma la paz ó el canje de los prisioneros.

Expusieron los embajadores las ventajas de cada una de aquellas proposiciones y en seguida salieron del salon.

1. La ciudad de Cartago en Africa, era una poderosa república, sobre todo en el mar, pero despues de luchar largo tiempo contra los romanos, fué destruida por ellos. La ciudad de Túnez está situada cerca del sitio que ocupó Cartago.

2. Cuando salian vencedores los romanos, arrastraban en triunfo á sus cautivos desde las puertas de la ciudad hasta el Capitolio.

Quiso seguirles Régulo, pero los senadores le rogaron que asistiese á la deliberacion.

Obligado á dar su dictámen, demostró con razones poderosas que Roma no debia hacer la paz ni acceder al canje. Admirados los senadores de su entereza, quisieron salvar á un ciudadano semejante; afirmaba el gran pontífice[1] que se le podia absolver del juramento que habia hecho de volver á Cartago.

« Seguid los consejos que os he dado, dijo el ilustre cautivo con voz solemne y tranquila, y olvidad á Régulo. Yo no me quedaré en Roma, pues no quiero atraer sobre vosotros la cólera del cielo por un perjurio. He prometido á mis enemigos volver á ponerme en sus manos si desechais la paz, y cumpliré lo que he jurado; si faltara cometeria un sacrilegio.

» No ignoro la suerte que me aguarda, pero el crímen mancharia mi conciencia, al paso que el dolor solo romperá mi cuerpo; por otra parte, el mal no existe para quien sabe soportarlo. No me compadezcais, pues, ¡oh senadores! yo vuelvo á Cartago y cumplo con mi deber; cumplid el vuestro. »

Dicho esto, sin proferir una palabra mas, se levanta, sale de Roma con la vista hácia el suelo, y rechaza de sí á su mujer y á sus hijos por miedo de dejarse ablandar con sus sollozos. Dícese que los cartagineses emplearon los mas espantosos suplicios para darle la muerte. Régulo es un memorable ejemplo de la influencia que ejerce en un alma valerosa la fe de un juramento y el amor á la patria.

Un sabio jóven.

[1650.]

Gudmond, jóven danes, fué acusado sin razon de profesar doctrinas contrarias á las del gobierno, y encerrado en la Torre Azul, prision de Copenhague. El carcelero,

1. Jefe de la religion entre los romanos.

que era un anciano muy humano y compasivo, al ver el afable carácter de aquel jóven y su amor al estudio, le cobró aficion. Un dia le dijo: « Si me dais palabra de no evadiros ni tener inteligencias con los de afuera, os daré una habitacion muy clara con vista á unos jardines. » Con mucho gusto prometió el jóven lo que se le pedia, y su carcelero le dió entónces un alojamiento muy cómodo sobre una calle desierta, formada de jardines separados de trecho en trecho por empalizadas. Hasta la ventana carecia de reja. Nuestro jóven, que era aficionado á la astronomía, permanecia hasta una hora avanzada de la noche observando los astros. Una de aquellas noches que habia inclinado demasiado su cuerpo fuera de la ventana, perdió el equilibrio y cayó á la calle, sin hacerse gran daño afortunadamente. Pasado el primer atolondramiento, ¿qué creeis que hizo?... ¿Aprovechar la ocasion para escaparse?... Muy léjos de eso, porque hubiera faltado á su palabra y comprometido al carcelero que tan bueno era para con él. Llamó á la puerta de la Torre y entró en su prision. Llegó este suceso á noticia del rey, quien por sí mismo examinó la causa de Gudmond, y halló que aquel jóven era inocente del delito que se le imputaba, con lo cual mandó ponerle en libertad inmediatamente y le colmó de beneficios.

Turena y los ladrones.

Pasaba Turena una noche por los boulevares exteriores de Paris y cayó en manos de una cuadrilla de ladrones que detuvieron su carruaje. Habiéndoles prometido cien luises de oro por conservar una sortija de menor valor, se la dejaron, y uno de ellos se atrevió el dia siguiente á ir á su casa acompañado de otros muchos, á pedirle el cumplimiento de su palabra. El mariscal mandó se le dieran los cien luises, y ántes de referir á nadie su aventura, dió tiempo á aquel hombre para que se alejara. « La palabra de un hombre honrado, dijo, es inviolable; ja-

mas debe faltar á ella, aun cuando se la haya dado á bribones. »

Dreux y Chamillard.

[Siglo XVII.]

Dreux y Chamillard, consejeros del Tribunal supremo en el reinado de Luis XIV, estaban unidos por la amistad mas sincera.

Dreux era rico y Chamillard pobre. En un mismo dia nacieron una hija del segundo y un hijo del primero. Al dia siguiente Dreux rogó á su amigo que prometiera, como él, unir á sus hijos cuando llegara el tiempo por medio del himeneo.

Chamillard manifestó á su amigo, por razones de delicadeza, que ántes de esa época hallaria partidos mucho mas ventajosos que su hija, pero de tal modo insistió Dreux, que concluyeron por darse palabra recíprocamente. Mucho habia cambiado la posicion respectiva de ámbos veinte y dos años despues. Dreux habia permanecido como simple consejero en el Tribunal supremo, miéntras Chamillard, colmado de honores y riquezas por Luis XIV, habia llegado á ser ministro de la Guerra y de Hacienda. Apénas recibió Chamillard su nombramiento, dijo á Dreux: « Nuestros hijos se hallan en edad de casarse y manifiestan mútua inclinacion; creo que ya es tiempo de cumplir lo que hemos prometido. » Conmovido Dreux hasta saltársele las lágrimas, hizo todo lo que un hombre pundonoroso puede hacer para devolver su palabra á su amigo, pero Chamillard le amonestó para que cumpliera la que habia dado. Aquel combate de generosidad duró algunos dias, hasta que por fin, bien resuelto Chamillard á dividir su fortuna con su amigo, consiguió vencer sus escrúpulos y se efectuó el casamiento. Rasgo es este que honrará siempre la memoria de Chamillard, pues muy á menudo cuando se alcanzan altos puestos, se pierde la cabeza y se endurece el corazon. ¡Loor al hombre que quiso que el ministro cumpliera la

palabra del amigo! pues de aquel modo se mostró digno de su rango y justificó su elevacion.

Pellisson [1].

Pellisson, uno de los grandes genios que florecieron en el reinado de Luis XIV, habia sido confidente del célebre Fouquet, ministro de Hacienda, quien le habia dado pruebas inequívocas de su amistad. Cuando Fouquet cayó en desgracia [2], preso y acusado de traicion por enemigos encarnizados, casi todos los que ántes le adulaban le abandonaron, pero Pellisson permaneció fiel, y aunque se le redujo á estrecha prision, nada fué parte á quebrantar su fidelidad ni arrancarle una palabra que pudiera comprometer á su bienhechor. Resistió á las ofertas mas seductoras, despues se le trató con extremado rigor; se le privó de papel y tinta, viéndose reducido á escribir en las márgenes de los libros con el plomo de las vidrieras. Viendo que no se le podia intimidar ni seducir, imaginaron engañarle con el objeto de obtener de él algunas palabras que sirvieran de arma contra Fouquet. Le dieron por compañero á un aleman, simple y casi estúpido en apariencia, pero astuto, que bajo la máscara de un preso infortunado y exasperado, ocultaba la sutileza de un hábil espía. Pellisson conoció el lazo, y léjos de dejarse engañar, consiguió dominar de tal modo al aleman, que éste mismo le procuró tinta y papel de que se sirvió para escribir sus admirables memorias dirigidas á Luis XIV en favor del desgraciado ministro.

El rey apreció en alto grado aquella fidelidad tan noble y decidida, y no solo devolvió la libertad á Pellisson, sino que le confió el importante cargo de magistrado relator en el Consejo de Estado y le honró con su confianza.

Tampoco debemos olvidar á La Fontaine, el célebre fa-

1. Murió en 1693.
2. En 1664. Decíase que habia dilapidado la Hacienda del Estado. Tuvo por sucesor al ilustre Colbert.

bulista, que fué otro de los pocos amigos que permanecieron fieles á Fouquet, y compuso sobre su desgracia una elegía que es una de sus obras maestras.

La mujer del ciego.

[Siglo XIX.]

En los límites del departamento del Jura, en Francia, en las montañas mas próximas á Suiza, se encuentra una linda aldea muy pintoresca á causa de los lagos, los baños y las rocas que la circundan. En ella habian nacido Gaspar y Margarita, ámbos de familias pobres, que á un mismo tiempo perdieron sus padres; amábanse desde la infancia, y aumentándose su mútuo afecto con su comun desgracia, diéronse palabra de matrimonio.

Iba éste á efectuarse, cuando haciendo saltar Gaspar un dia la mina de una cantera, fué herido de tanta gravedad, que despues de largos y crueles padecimientos quedó ciego sin esperanza de recobrar jamas la vista. Al verse en aquel estado dijo á Margarita: « Déjame y cásate con un hombre que pueda mantenerte, que ya encontraré yo algun muchacho que me guie para mendigar el pan. — ¡Que yo te abandone! exclamó Margarita; ¡tú quieres que ahora te abandone! Díme, ¿me hubieras tú abandonado si me hubiera sucedido á mí esa desgracia? — ¡Oh, nunca! ¡Dios es testigo! » murmuró Gaspar levantando los ojos al cielo que ya no podia ver.

Poco despues se celebró el casamiento, y aunque hubo algunos egoistas y escépticos que se encogian de hombros diciendo que Margarita hacia una locura, todas las gentes sensatas aprobaron aquella accion y la manifestaron el mayor aprecio. El amor que tenia á su marido, que no se desmintió un instante, su asiduidad al trabajo y su buena conducta la hicieron respetar por todas partes.

Aumentáronse con la edad las necesidades de ámbos, y se les disminuian los medios de subvenir á ellas, pero en toda la comarca se tomó como punto de honra asegurar y

cuidar de su bienestar en su vejez. Ninguna mujer del pueblo olvidaba llevar á Margarita las tortas con que habia costumbre de festejar los dias de solemnidad en las familias, ni un labrador que no se mostrase satisfecho ayudando á llenar la medida de trigo que bastaba á la ubsistencia de aquel matrimonio pobre, dichoso y venerado y estimado de todos; no habia niño, por atolondrado que fuese, que no se hiciese á un lado respetuosamente para dejarlos pasar cuando iban juntos á misa los domingos.

Todo el que veia el órden y el aseo que reinaba en su humilde morada, conocia que eran dichosos y que lo habian merecido.

---

§ IV. SINCERIDAD.

No siempre es bueno decir lo que se piensa; es preciso pensar siempre lo que se dice. Cuando un hombre ha adquirido la reputacion de sincero, se juraria sobre su palabra, que tiene la misma autoridad que un juramento; se oye con el mayor respeto todo lo que dice. (MADAME LAMBERT.)

Tan culpable es el que propala mentiras por verdades, como el que da moneda falsa por buena. (B.)

Nunca es creido el embustero aunque diga la verdad, porque tan cerca está de la mentira, como la llaga de la cicatriz que deja tras sí. (*Moralistas orientales.*)

Es peor la adulacion que un falso testimonio; el testigo falso engaña al juez, pero no corrompe; el adulador nos engaña y nos corrompe. (*Tratado de la sabiduría.*)

Confesion sincera.

[Siglo XVII.]

Despechada la duquesa de Longueville por no haber obtenido de Luis XIV un favor que le habia pedido, se permitió contra este monarca palabras muy poco respetuosas. Oyólas una sola persona, pero fué tan indiscreta, que el dicho llegó á oidos del rey y éste habló de ello á Condé.

hermano de la duquesa. Respondió el príncipe que la confidencia hecha á su majestad debia ser falsa ó cuando ménos errónea: « En ese caso, contestó el rey, me referiré á vuestra misma hermana y si ella desmiente esos dichos,

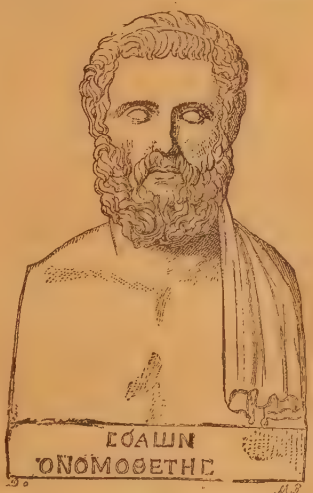
El gran Condé.

la creeré. » El príncipe fué á ver á su hermana, la cual no le ocultó nada y en vano la estuvo persuadiendo toda la noche de que la sinceridad en semejante caso era muy peligrosa, y que al asegurar que era inocente lo habia creido así; que por consiguiente no debia desmentirle y

aun añadió que con su negativa daria mas gusto al rey que con su ingenuidad. « ¿Quereis, respondió la duquesa, que repare esta falta con otra mayor? El que me ha delatado ha hecho muy mal, pero no por eso tengo yo derecho de hacerle pasar por un calumniador, pues ha dicho la verdad. » En seguida fué á ver al rey y se lo confesó todo, pero el monarca, léjos de ofenderse, no solo la perdonó sino que la otorgó la gracia que le habia negado.

Sinceridad de un sabio.

Hallándose Solon, célebre legislador de Aténas, en la córte de Creso [1] rey de Lidia, famoso por su opulencia, ordenó este príncipe que se le mostrase minuciosamente toda la magnificencia de su palacio, y creyendo despues haberle deslumbrado con semejante espectáculo, le dijo: « ¿Cuál creeis que es el hombre mas dichoso de todos los que habeis visto en vuestra vida? » Creia que Solon le responderia: « Sois vos. » Pero se quedó admirado cuando el sabio le contestó tranquilamente: « El hombre mas feliz que he conocido es un ciudadano de Aténas llamado Tellus, de virtud sin tacha, que despues de haber gozado toda su vida de un modesto bienestar y haber visto floreciente á su patria, dejó á



Solon.

1. El reino de Lidia comprendia una gran parte del Asia Menor. Creso fué su último rey, pues fué vencido por Ciro 568 ántes de J. C., y reunidos sus Estados al imperio persa.

sus hijos estimados de todo el mundo, tuvo la dicha de ver á los hijos de sus hijos, y por fin murió gloriosamente peleando por su patria.

—¿Y despues de Tellus?» dijo el rey. Solon citó dos hermanos muy jóvenes que murieron despues de cumplir un acto heróico de piedad filial. «¿Y yo? exclamó Creso ya irritado; segun eso á mí no me creeis feliz. —Príncipe, respondió Solon, hasta ahora vuestra existencia ha pasado en la prosperidad, pero no consiste en eso la verdadera felicidad. ¿Quién sabe el porvenir que á cada uno le espera? ¿Quién sabe la suerte que os aguarda despues?»

No agradó á Creso aquel lenguaje tan franco y tan sencillo, pues sus aduladores le habian hecho creer que era el mas feliz de los persas; y cuando se vió reducido á la esclavitud, se acordó de aquellas palabras, exclamando: «¡Ah Solon, Solon! ¡Solo tú me dijiste la verdad!

El adulador castigado.

Damócles, cortesano de Dionisio[1], ponderaba la opulencia del tirano, el número y el valor de sus soldados, la extension de sus dominios, la magnificencia de sus palacios, sus riquezas de toda clase, y concluia diciendo que no habia habido nadie tan dichoso como él. «Puesto que todo eso os admira tanto, le dijo el tirano, ¿quereis disfrutar un poco de esas delicias y ver por vos mismo cuál es mi suerte?» Damócles consintió en ello poseido de júbilo. En seguida le hacen sentar en un solio de oro adornado de piedras preciosas; se le rodea de todo el lujo de los reyes; una suave música deleita sus oidos; las flores y los perfumes embalsaman la atmósfera; los criados, con muestras del mas profundo respeto, colocan una mesa ante él y le sirven los manjares mas exquisitos y los vinos mas

1. La ciudad de Siracusa, en Sicilia, era rica y poderosa; Dionisio usurpó el poder supremo y ejerció en ella la tiranía mas cruel; murió en 365 ántes de J. C. Le sucedió su hijo del mismo nombre, pero fué destronado despues.

deliciosos. Damócles está transportado de alegría, pero en medio de su regocijo, levanta los ojos y ve una espada afilada suspendida sobre su cabeza, por órden de Dionisio, la que solo estaba sostenida del techo por una cerda de caballo. Desde aquel instante ya no vieron sus ojos los encantos que le rodeaban, ya no oyó la melodía de la música, desapareció el apetito que habian despertado en él los manjares, y no quiso probar los vinos. Pálido, tembloroso, dirigia sin cesar la vista á aquella cuchilla pronta á caer sobre su cabeza. « ¿Qué te parece mi suerte? le dijo Dionisio con ceñudo semblante; ¿estás contento? — ¡Oh! basta, basta, » respondió el cortesano con apagada voz, y obtuvo permiso del rey para dejar el sitio donde estaba sentado; sitio brillante, sí, pero en extremo peligroso. Todo el que se eleva por medios ilícitos tiembla sin cesar esperando el castigo merecido que está como suspendido sobre su cabeza y puede anonadarle de un momento á otro. El que está de este modo dominado por la zozobra no puede gozar de ningun placer, y esto es lo que quiso dar á entender Dionisio al suspender sobre la cabeza de Damócles la espada que solo pendia de un hilo.

Leccion dada á los aduladores.

Canuto[1], rey de Dinamarca, habia llegado al colmo del poder; habia conquistado la Inglaterra, y Suecia y Noruega eran tributarias suyas. Todos sus enemigos estaban vencidos, desanimados ó ganados á su causa. Adquirió el renombre de *Grande*.

Hallábase sentado una tarde á orillas del mar, pensativo, paseando su vista á lo léjos, meditando tal vez sobre la vanidad de las grandezas y de la gloria. Los cortesanos que le rodeaban, trataban de distraer su atencion multiplicando sus acostumbradas adulaciones. Empezaron por colocarle á la cabeza de todos los reyes habidos, y pare-

1. Rey de Dinamarca en 1014, de Inglaterra en 1017; falleció en 1036

ciéndoles que el silencio de su señor alentaba la exageracion de sus panegíricos, le pusieron sobre la humanidad entera. « Canuto no es un hombre, decian, es un dios. » El rey oia y callaba.

La tarde iba declinando, levantóse un viento fuerte, frio, y amontonábanse las olas llegando ya cerca de él mugientes y amenazadoras. Los cortesanos estaban inquietos, pero el rey permanecia sentado y como satisfecho de verse igualado por ellos á la divinidad sin que nadie se atreviese á turbar su augusto éxtasis. Por otra parte, despues de haber exclamado con entusiasmo : « ¡Sí, Canuto es un dios ! » ¿cómo podrian decirle en lenguaje frio y vulgar : « Cuidado, señor, que el mar moja vuestros piés? »

Esta escena duró algunos minutos. Complacíase Canuto viendo palidecer de temor á sus cortesanos; por fin una ola vino á estrellarse en la silla del rey, cubriendo de espuma á los cortesanos que retrocedieron asustados, y volviéndose hácia ellos Canuto, les dijo : « ¿Qué haceis? ¿Qué vano temor se apodera de vosotros? ¿No estais en compañía de un dios? » Y en seguida, extendiendo su mano hácia el mar, exclamó con voz solemne : « Olas, os prohibo que avanceis mas sobre esta tierra que me pertenece. Alejaos de mi reino; obedeced. » Apénas habia acabado de hablar, otra ola, mas furiosa que la primera, cayó sobre el rey y le cubrió casi enteramente. Levantóse entónces con calma, y abandonando su silla al mar, dijo á sus cortesanos : « ¿Osareis ahora comparar un mísero mortal al único Sér que tiene poder para decir al Océano : « De aquí no pasarás? »

---

§ V. GRATITUD.

La gratitud es un sentimiento que nos une al bienhechor con el deseo de probarla con hechos ó al ménos confesando el beneficio, que se publica con placer en todas las ocasiones que se presentan ó que se escogen cuidadosamente:

La ingratitud es un vicio contrario á la ley natural; los animales mismos son agradecidos:

Entre el bienhechor y el obligado existe una convencion tácita, y es que el primero debe olvidar en seguida el servicio que ha prestado, miéntras que el segundo debe recordarlo siempre. (*Autores varios.*)

Frescobaldi.

Un negociante de Florencia[1], llamado Frescobaldi, era reputado con justicia como un hombre liberal y benéfico. Presentósele un dia un extranjero de aire muy distinguido, pero vestido pobremente, y le dijo: « Los elogios que he oido acerca de vuestra generosidad me han alentado á solicitar algun socorro de vuestra parte. Soy natural de Inglaterra, mi nombre es Tomas Cromwell[2]; he dejado mi país para probar fortuna, pero por todas partes me persigue la desgracia. Acabo de salir de una enfermedad y no tengo recurso alguno para volverme á mi patria. » Sensible Frescobaldi á la vista de su infortunio, le hizo vestir con decencia, le alojó en su casa hasta que recobró sus fuerzas y le dió para su viaje treinta monedas de oro. De regreso en Inglaterra, obtuvo Cromwell un modesto empleo en la administracion, y ascendido con rapidez, conquistó completamente el favor de Enrique VIII, siendo por fin nombrado canciller de Inglaterra.

Entretanto Frescobaldi, que habia olvidado á Cromwell é ignoraba su prosperidad, se vió arruinado á consecuencia de continuas pérdidas que habia tenido por mar y por tierra. Algunos mercaderes ingleses le debian sumas considerables, y con el objeto de cobrarlas, se puso en camino para Inglaterra. Una vez allí, fué á ver un dia á uno de sus deudores y encontró el canciller á caballo que iba á palacio. Cromwell le vió y reconoció en seguida al que en Italia le habia prestado tan importante servicio. Echa pié á tierra y corre á abrazar á Frescobaldi, quien se queda es-

1. Bella y hermosa capital de Toscana en Italia.

2. Este Cromwell no tiene ningun punto de contacto con el famoso *Oliverio Cromwell*, que reinó mas tarde en Inglaterra con el título de *protector*.

tupefacto. «¿No me conoceis? le dijo el canciller; yo soy aquel inglés que sacásteis de la indigencia; me salvásteis la vida y habeis sido la primera causa de mi fortuna actual. Mi deber me impide en este momento detenerme con vos por mas tiempo, pero os suplico encarecidamente vengais hoy mismo á comer á mi casa; con esta esperanza os dejo. » Y al decir esto continuó su camino.

Alegre Frescobaldi por tan feliz encuentro, no faltó á la cita; el canciller le recibió con el mayor agasajo. Acabada la comida, Frescobaldi, á instancias de su amigo, le manifestó la triste situacion en que se hallaba, obligándole el canciller á que aceptara, á pesar de su resistencia, cuatro sacos de dinero, cada uno de los cuales contenia una suma respetable, y le dijo : « Hé aquí el dinero que me adelantásteis en Florencia, aumentado con los intereses y ganancias que os hubiera producido en vuestro comercio; no es un don que os hago, sino un reembolso. » Pidióle despues la lista de sus deudores, y tal fué su actividad, que en ménos de quince dias estaban saldadas todas sus cuentas. Durante este tiempo vivió Frescobaldi en casa del canciller, quien hubiera deseado retenerle en Inglaterra; pero aunque sentia Frescobaldi separarse de tan generoso amigo, deseaba regresar á su patria; entónces el rey Enrique VIII, condescendiendo á los deseos de su canciller, le recomendó con tanto calor al duque de Toscana, que de vuelta á Florencia, el honrado negociante llegó á poseer en pocos años una fortuna mayor que la que habia tenido ántes.

El argelino.

Una escuadra francesa bombardeó á Argel[1] en 1683 para castigar las piraterías y crímenes de sus habitantes. Poseidos de rabia aquellos bárbaros, ataban á las bocas de sus cañones á los prisioneros franceses, cuyos destrozados

[1] Antes de ser conquistado Argel por los franceses en 1830 era aquella ciudad una guarida de piratas.

miembros iban á caer en los buques de la escuadra. Un capitan argelino que habia estado en poder de los franceses y habia sido tratado por ellos con su humanidad proverbial, reconoció entre los que iban á sufrir tan terrible suerte á un oficial que en otro tiempo le habia prestado grandes servicios. Con súplicas y con lágrimas pidió la vida de aquel oficial; todo fué inútil. Iban ya á aplicar la mecha al cañon en que estaba atado el frances, cuando arrojándose sobre él el argelino, dirigió estas palabras al artillero: « Puesto que no puedo salvar á mi bienhechor, tira, pues; al ménos tendré el consuelo de morir con él. » El dey [1], que estaba presente, no pudo dominar la emocion que le causó semejante espectáculo, y concedió á aquel generoso capitan la libertad de su bienhechor.

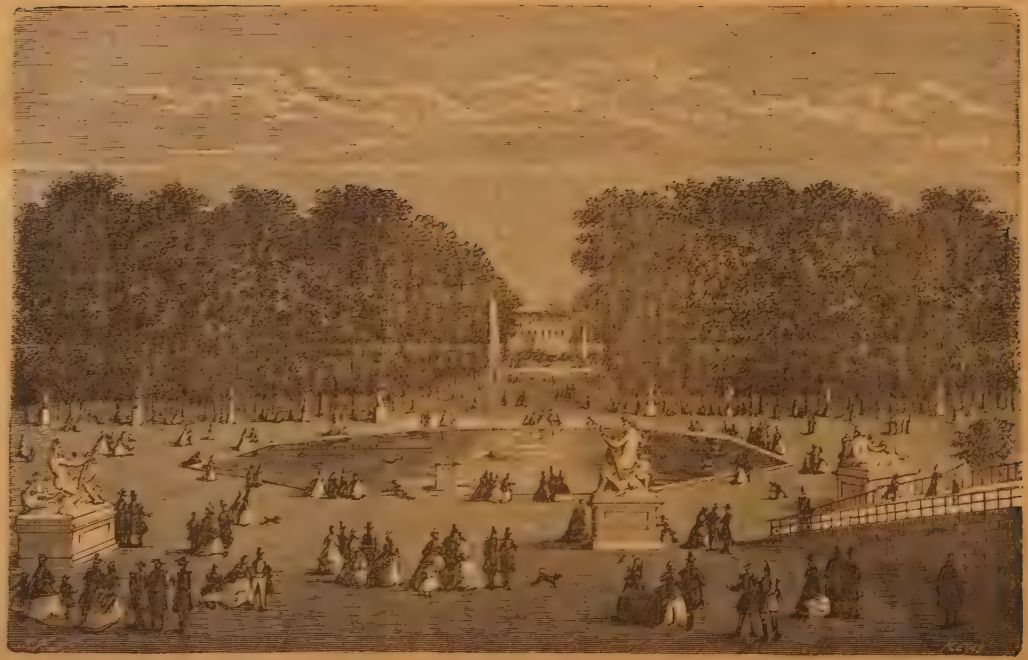
Beneficio y agradecimiento.

Un capitan de guardias suizos estuvo peleando desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde en la jornada del 10 de agosto de 1792 [2], y habia sido herido de varios sablazos. Abrumado de cansancio y de sufrimientos, se escondió subiéndose en un árbol del jardin de las Tullerías, donde permaneció hasta las ocho de la noche. Esperando esquivarse favorecido por la oscuridad, bajó del árbol para buscar otro asilo. Al pasar por la plaza de Vendoma vió un grupo de hombres y se ocultó detras de la balaustrada que rodeaba la estátua de Luis XIV [3]. Un criado jóven al servicio de un rico hacendado que vivia en la calle de Vivienne, corrió hácia él gritando: « ¿Quién está ahí? » El capitan le dió á conocer su nombre y su calidad, diciéndole: « Amigo mio, yo sabes quién soy; mi suerte está en tus manos, entrégame si quieres, porque estoy rendido de fatiga, herido,

1. El soberano de Argel llevaba el título de *dey*.

2. Atacado el palacio de Luis XVI en esta jornada por los insurrectos, tuvo que refugiarse el rey con su familia en el seno de la Asamblea legislativa. Casi todos sus guardias suizos perecieron en su defensa.

3. Hallábase dicha estátua en el sitio que ocupa hoy la columna en cuya cima se halla la de Napoleon I.



Jardin de las Tuilerias.

sin asilo, por tanto la vida es una carga para mí. » Compadecido el jóven, conduce al suizo á casa del hacendista y le esconde en su mismo cuarto cuidando de que nada le faltase. Sabedor el hacendista del hecho, y temeroso del compromiso, despidió en el acto al protegido y al protector. Entónces el generoso jóven conduce á su huesped á casa de su madre, que tenia una carbonería en el malecon de la Greve, animándole para que con paciencia esperase en aquel modesto retiro una ocasion propicia.

El jóven y su madre sabian muy bien que exponian su vida dando asilo á un proscrito, pero la voz de la humanidad era mas fuerte en ellos que el temor del peligro; llegóse ya á sospechar de ellos, y se hizo una visita domiciliaria en su pobre tienda; apénas tuvieron tiempo de esconder al capitan bajo unos sacos de carbon.

Todo se registró minuciosamente y los sacos fueron sondados con picas de cuatro piés de largo; retiróse por fin la policía y el capitan estaba en salvo. Este llegó por último á conseguir un pasaporte con nombre supuesto y regresó al canton de Berna donde poseia una fortuna considerable. Apénas llegó remitió una fuerte suma á sus bienhechores rogándoles con vivas instancias para que fueran á verle á Suiza. Llegan, y con las muestras del afecto mas puro les recibe en una linda propiedad que les obliga á aceptar como presente de su amistad.

Alejandro Martin.

[Siglo XIX.]

En el pueblo de Champrond, en Gâtinais, distrito de Nogent-le-Rotrou[1], que pertenecia casi todo en otro tiempo á Sully[2], habitaba un carpintero llamado Alejandro Martin, cuya familia habia recibido muchos beneficios del marques de Aubespine, descendiente de Sully. Su educacion y su oficio los debia Martin á dicho marques, quien

1. Departamento de Eure y Loir.
2. Uno de los mejores ministres que hubo en Francia, y que ilustró el reinado de Enrique IV.

durante la Revolucion le tuvo á su servicio, y no olvidó lo que debia á su amo; no le abandonó por espacio de treinta y cinco años.

El marques de Aubespine se vió arruinado; tuvo que venderlo todo, reservándose únicamente tres rentas vitalicias, una para él, otra para su hijo y la tercera, de 400 francos, para Martin, falleciendo poco despues. Martin se retiró al seno de su familia contando en vano con su pension, pues los acreedores se la embargaron. Privado de este auxilio emprendió de nuevo la profesion de sus primeros años, cuando una noche se abre la puerta de su casa.... y se presenta el señor de Aubespine, hijo de su bienhechor, acompañado de tres niños de corta edad; veíase obligado á salir de Francia, á expatriarse, y solo habla á Martin de una corta ausencia, marchándose para no volver mas, dejando á cargo del carpintero sus tres hijos, únicos vástagos del gran Sully.

Martin tenia otros tres hijos; por fortuna su hija mayor salia de aprendizaje y podia trabajar. Entre la madre y la hija ganaban cinco reales diarios; Martin ganaba seis, y con estos recursos esperaban educar la nueva familia que la Providencia habia unido á la suya. Cuando el trabajo falta, piden prestado; cuando no hallan crédito, venden sus muebles. Ellos se mantienen con holganza, pero jamas falta pan blanco á los hijos de Aubespine.

Seis años despues fallece Aubespine. Los pobres huérfanos necesitaban un tutor, y ¿quién podia serlo con mas justicia que Martin?... Así, pues, fué entregada sin inconveniente á aquel noble corazon la tutela de los descendientes de Sully.

Sin embargo, llegó á conocerse en toda la comarca la abnegacion de Martin, y el hospicio de Nogent-le-Rotrou, que Sully habia dotado y que guarda sus cenizas, dió algunos socorros para la educacion de los niños. De toda la herencia de aquel gran ministro, solo llegó á su posteridad una partícula, procedente de los dones que hizo á los necesitados.

El gobierno concedió al jóven Aubespine una dotacion en un liceo, sus hermanas fueron admitidas en un colegio que estaba á cargo de religiosas, y una recompensa con que se premió á Martin marcó para siempre el recuerdo de su agradecimiento y su fidelidad.

El maestro de escuela.

Despues que hubo concluido Bernadotte[1] sus estudios con brillante éxito en el colegio de Pau, su país natal, llegó á ser un gran capitan, hábil ministro, y por último subió al trono de Suecia con el nombre de Cárlos Juan. Al salir un dia de su palacio para pasar revista al ejército, vió á un anciano que, atravesando por entre la multitud, se arrojó á sus piés de tal modo conmovido, que no podia pronunciar una palabra, con los ojos arrasados en lágrimas, y agitando con la mano en el aire una medallita de plata atada con una cinta muy gastada. Fijó la vista Cárlos Juan en aquella medalla, la reconoció y su corazon se estremeció súbitamente; era la primera que habia ganado en la escuela primaria de su patria. Levanta al anciano, y ve á su primer maestro: le abraza con efusion y le conduce á palacio, de donde no salió el buen viejo sino para ir á vivir bajo el sol de Francia, donde habia nacido, dotado con una pension que le aseguró su agradecido discípulo.

El director de colegio.

[1846.]

Hace veinte y cinco años vivia en Reims M. P..., director de un colegio y era muy querido de todos sus discípulos. A su carácter firme y bueno unia la instruccion y la modestia. Despues de haber trabajado algunos años con poco fruto, reveses de fortuna le obligaron á dejar aquella

1. Nació en Pau; fué sucesivamente embajador de Francia en Viena, ministro en Francia, príncipe real de Suecia en 1810, y rey de este país en 1818; falleció en 1845. (Véase pagina 81.)

ciudad; sus discípulos le perdieron de vista, aunque conservaban el recuerdo mas vivo y afectuoso á su maestro.

Un habitante de Reims, bastante jóven aun, pasaba en el mes de noviembre de 1846 por una de las calles mas estrechas y sombrías del barrio de la Cité, en Paris, cuando llamó su atencion un anciano que, si bien en la miseria, denotaba pertenecer á una clase distinguida. Se acercó á él, ¡y cuál no seria su asombro al reconocer en aquel infortunado á su antiguo director de colegio! Le dirije la palabra afectuosamente, le interroga discretamente y consigue saber dónde vive. Llevando mas léjos sus investigaciones con la mayor delicadeza, se informa de sus medios de existencia y sabe con dolor que está casi exhausto de recursos.

Regresa luego á Reims el discípulo de M. P..., reune una noche en su casa á sus antiguos condiscípulos, les refiere el encuentro que ha tenido en Paris, y les invita á unirse á él para socorrer á aquel desgraciado. Acordóse en el acto que se le aseguraria una pension de mil francos miéntras viviera.

El 1º de setiembre de 1846 cobró M. P.... anticipado el primer trimestre de su pension.

Digno es de citarse un rasgo tan noble y conmovedor, que prueba al mismo tiempo que no ha llegado á ser un vicio universal la ingratitud, y que el maestro que ha sembrado buenas lecciones recoge alguna vez el agradecimiento.

Pedro y Menzikoff.

El célebre Menzikoff[1] expuso en una batalla su vida por salvar la de Pedro el Grande[2] su soberano. Pero si este favorito tenia buenas cualidades, tambien tenia grandes

1. Menzikoff, pastelero de oficio, llegó á las mas altas dignidades, gracias al favor del zar Pedro el Grande. En el reinado de Pedro II fué desterrado á Siberia, donde murió.

2. Pedro I reinó de 1682 á 1725. Civilizó la Rusia y fundó á San-Petersburgo, capital de este imperio.

defectos; su avaricia y su ambicion no conocian límites; distrajo en provecho propio sumas considerables de los fondos públicos. Habiendo salido de San Petersburgo acompañando al zar [1], que á marchas forzadas se dirigia á Azov [3] con la intencion de caer de improviso sobre esta ciudad y apoderarse de ella, supo en el camino que habia sido denunciado y que el zar estaba perfectamente enterado de la conducta de su favorito.

El silencio y aire sombrío del príncipe, cuya inflexible severidad conocia, le anunciaron su desgracia; ya se cree desposeido de los honores, en el oprobio y en la miseria; los desiertos de Siberia [3], la soledad en un largo destierro, el hacha del verdugo que amenaza su cabeza, todas estas imágenes se presentan gradualmente á su imaginacion; su sangre hierve y se apodera de él una fiebre maligna; se queda enfermo en una mísera cabaña y pasa en ella tres semanas en un delirio espantoso. Recobra al fin la razon y examina con azorados ojos su pobre habitacion; todo parece haberle abandonado; únicamente ve á un hombre á su lado, el solo hombre que le cuida y la sola voz que le dirige palabras de consuelo; pero esta voz es la de su soberano, este hombre es Pedro el Grande.

Al ver al príncipe de manera tan inesperaba, lágrimas abrasadoras surcan su rostro y exclama: « ¡Oh Dios mio! ¿Sois vos?... — Sí, hace tres semanas que no me muevo de aquí. — ¡Cómo! ¿Aun me teneis tanto afecto que no habeis pronunciado mi sentencia de muerte? — ¡Insensato! dijo Pedro tendiéndole los brazos, ¿podias creer por ventura que olvidaria yo que te debo la vida? Repara tus faltas, no vuelvas á caer en ellas, y cuenta siempre conmigo. »

El agradecimiento recompensado : Julian.

Julian era hijo de un pobre carpintero, y al morir éste

1. Se da este título á los emperadores de Rusia.
4. Ciudad situada á orillas del Don ó Tanais.
3. La Siberia ocupa la mayor parte de la Rusia asiática. Es un país in

quedó abandonado y en la mayor miseria. Un hombre bien acomodado llamado Dulac, se compadeció del pobre huérfano y le tomó á su cargo para que aprendiera el oficio de su padre.

Al cumplir Julian diez y seis años, Dulac le entregó cierta suma de dinero y le dijo: « Julian hasta aquí te has conducido bien; todos hacen elogios de tí, continúa del mismo modo. Aquí tienes esta cantidad que te doy para que recorras las provincias de Francia, pues es preciso que viajes para perfeccionarte en tu oficio. ¡Adios! y si quieres ser dichoso algun dia, que la honradez te acompañe cuando vuelvas, pues solo los hombres de bien pueden ser felices. »

Muchas lágrimas le costó á Julian dejar á su bienhechor. Púsose al fin en camino y viajó durante cinco años, portándose bien en todas partes; decidióse luego á volver á su tierra; el camino se le hacia largo cuando pensaba que iba á volver á ver los sitios donde habia pasado su infancia, y sobre todo por ver á su bienhechor.

¡Pero cuál fué su desconsuelo al llegar á la aldea! M. Dulac acababa de morir de repente.

Sobrecogióle la afliccion hasta tal punto, que por espacio de muchos dias no pudo hacer otra cosa sino llorar. Púsose luego á trabajar, pues no traia recursos, pero como volvia muy diestro en su oficio no le faltó que hacer. Acostumbrado á ser económico, alquiló una cueva reducida hasta que pudiera establecerse con mas comodidad.

Pocos dias despues llegó á su noticia que los herederos de M. Dulac habian llegado al pueblo y habian puesto en venta los muebles del difunto. Julian fué allá, no por curiosidad, sino por volver á ver la casa que habia habitado su bienhechor; al entrar en ella se le oprimió el corazon y se le saltaron las lágrimas.

Pero no tardó en mezclarse la indignacion con su dolor al ver que el sobrino y la sobrina de M. Dulac vendian los

menso, muy frio y casi desierto, que sirve de lugar de deportacion á los criminales, y especialmente á los reos de Estado.

muebles de un tio que tan bueno habia sido para ellos. « ¡Ay si yo estuviera en su lugar, decia, como lo guardaria todo y respetaria su memoria! »

Iba á marcharse de allí cuando oyó gritar : « ¡Tres francos el cuadro! » Era el retrato de su bienhechor, y al oir esto su indignacion subió de punto.

La angustia desgarraba su pecho. « ¡Oh qué ingratos! exclamó; ¡venden hasta el retrato de su tio! Pues bien, yo le compraré, yo.... la imágen del hombre que tanto bien me ha hecho no irá á parar á manos extrañas. »

Cinco francos era todo el capital de Julian, los ofreció y el retrato fué suyo

Llevósele en seguida para colgarle en su pobre cueva, pero le extrañaba en el camino lo pesado que le parecia. Al colocarle en la pared se rompió el clavo y cayó el retrato al suelo. Levántale Julian con cuidado, y ve qué se habia desgarrado un poco la tela de detras y por la abertura sale un cartucho de dinero, le abre, y.... ¡oh sorpresa! encuentra en él cincuenta luises [1]; entre las dos telas habia otros cartuchos con igual cantidad, y el todo ascendia á doscientos cincuenta luises.

« ¡Cielos! exclamó Julian brincando en derredor de su tesoro, ¡ya soy rico! »

Pero pronto le atormentó una reflexion : « ¿Es mio este dinero? se dijo. Es verdad que me han vendido este cuadro, pero ¿le habrian dado por cinco francos si hubieran sabido que tal tesoro contenia? No, este dinero no es mio; es preciso entregarle á los herederos. »

Al formar esta resolucion, echó de ver que de en medio de los cartuchos habia caido por tierra un billetito que no habia visto ántes. Le coge, le abre, y lee lo siguiente :

« Mucho temo que sean ingratos mis herederos.... Si cometiesen la villanía de vender mi retrato, estoy seguro de que le comprará alguno á quien yo haya hecho algun bien;

1. Moneda de oro francesa, del valor de 20 francos.

por tanto, la cantidad que contiene será para él. Yo se la doy.

DULAC. »

La alegría de Julian fué imponderable, pues podia quedarse tranquilamente con aquel dinero, como lo hizo. El suceso corrió de boca en boca por todos los alrededores, y al saberlo los herederos, movieron pleito á Julian; pero la carta de su bienhechor le hizo ganar la lítis, y los dos sobrinos fueron condenados á todas las costas, teniendo que sufrir despues las burlas de todo el mundo, á que dió lugar su avaricia y su ingratitud.

Julian colocó en la parte mas visible de su sala el retrato de su bienhechor y no pasó un solo dia que no contemplara sus facciones y bendijera su memoria.

La ingratitud castigada: Aufredi.

[Siglo XVII.]

Hubo un tiempo en que la ciudad de la Rochela era tan rica y tan activa que cubria la mar con sus bajeles.

En aquella época dichosa, uno de sus comerciantes mas distinguidos llamado Aufredi, era á la par uno de sus mas virtuosos y preclaros ciudadanos.

Una probidad tan austera y una bondadosa indulgencia, su rígida economía y su caridad inagotable al mismo tiempo, eran tan raras prendas que Aufredi habia conquistado todos los corazones á la vez que aumentaba considerablemente sus riquezas. No tenia hijos, pero tenia algunos parientes mas ó ménos lejanos, y su generosidad para con ellos era la de un padre: ayudábalos en sus empresas; si conseguian alguna buena posicion lo debian á sus buenos consejos y á los recursos pecuniarios que jamas les negaba. De esta suerte todos le profesaban el mayor agradecimiento, y hasta exageraban los servicios que les habia prestado, queriendo hacer creer que todo se lo debian

á él, porque sabian que un buen corazon cobra afecto á medida del bien que hace.

« ¡Cómo le probaríamos nuestro agradecimiento, decian, si llegara la ocasion! » La ocasion se presentó en efecto.

La desgracia, rápida y terrible como el rayo, cae sobre Aufredi. Estalla la guerra; de doce buques que tenia en lejanos mares son capturados siete por los cruceros ingleses, dos se perdieron al querer escaparse, y los otros tres perecieron, ó al ménos no se tuvo noticia de ellos, pues el puerto en donde se habian refugiado, segun se supo, fué incendiado por los ingleses.

Una tras otra llegaron aquellas fatales nuevas en el espacio de pocos dias. Aufredi estaba arruinado; y con espantosa rapidez habia pasado de la opulencia á la miseria. ¿Qué iba á ser de él?

Encontrábase enteramente solo en aquella vasta casa, vendida ya y que era preciso dejar, y con febril impaciencia esperaba la visita de sus parientes, pero á ninguno vió. ¿Qué digo? ya no tenia parientes, pues al verle en la desgracia todos le desconocian. « Es cierto que hemos tenido algunas relaciones con ese imprudente que tan mal ha dirigido sus negocios, decian, hemos tenido á bien recibirle algunas veces, pero no somos parientes suyos, á Dios gracias. » Uno de ellos, que llevaba el mismo apellido que su bienhechor, habia hallado una explicacion ingeniosísima para negar el parentesco. « ¡Para que se vea hasta donde llega el orgullo de ciertas personas! ¿Pues no ha tenido Aufredi atrevimiento para quitar una *f* de su nombre para hacer creer que pertenece á nuestra familia, cuando su verdadero nombre es Auffredi con dos *ff*? »

Aufredi soportó con entereza los rigores de su mala suerte, pero la ingratitud de sus parientes despedazó su corazon y cayó enfermo. Trasportáronle á una mala alcoba de una casa pobre, donde la larga duracion de su enfermedad agotó los escasos recursos que le quedaban. Ninguno de sus parientes fué á verle ni preguntó por él, pero los pobres obreros de la vecindad le prodigaron auxilios

asiduos y desinteresados. A ellos debió volver á la vida, débil, pero algun tanto consolado. Los solícitos cuidados de aquellas pobres gentes reanimaron su espíritu.

« En adelante, dijo, los pobres serán mis amigos, con ellos viviré, y trabajaré como ellos. En ese mundo brillante que me ha abandonado, ya no hay sitio para mí; pues bien, Aufredi no se rebajará hasta el punto de implorar su caridad, y viviré con el pan negro que yo gane. »

Se fué al puerto con una chapa de cobre en el ojal y servia de mandadero á los capitanes de los buques extranjeros; su conocimiento en diversos idiomas hizo su oficio bastante lucrativo. Los demas mozos del puerto le guardaban profundo respeto: no podian ver que cargara con fardos muy pesados, por lo cual se los quitaban á menudo y llevaban en provecho de él, quien en cambio les servia de intérprete, facilitándoles así mas su trabajo; existia entre ellos un cambio recíproco de buenos servicios.

Al verle pasar sus parientes por el puerto ó por las calles cargado con un fardo, desviaban los ojos y se encogian de hombres murmurando: « ¡Qué vergüenza! » Pero las personas sensatas y de buen corazon exclamaban: « ¡Qué valor tan noble! » y al pasar los jóvenes á su lado le saludaban con mayor respeto que en la época de su prosperidad.

Por espacio de cuatro años fué esta la existencia de Aufredi, penosa y admirable á la vez.

Un dia de verano, el mar estaba en calma y sus olas reflejaban los rayos del sol poniente; soplaba una suave brisa impregnada del olor del mar, y toda la poblacion elegante de la Rochela se paseaba por el puerto disfrutando del encanto de una tarde hermosa. En esto señálanse tres buques, y todos los anteojos se dirigen hácia la entrada de la rada. ¿A qué nacion pertenecen aquellos tres bergantines que apénas se divisan? Gran motivo fué éste de contradiciones. « Son noruegos, decia uno, con cargamento tal vez de brea y de madera. — Yo conozco el aire de los holandeses, dijo otro, ya vereis como traen especias de las

Puerto de la Rochella.

Malucas y té del Japon. » Cada uno emitia su parecer, hasta que un marinero viejo que observaba hacia un rato los buques en el mayor silencio, exclamó con acento conmovido : « No, señores, todos Vds. se equivocan; esos hijos del Océano que vemos allá, han sido bautizados en la Rochela. Y no me engaño, esas embarcaciones son de nuestro puerto.

— ¡De nuestro puerto! prorumpen muchas voces; pero ninguna casa espera buques : ¿qué ha sucedido entónces? » Redobla la atencion junto con la ansiedad; todos los ojos están fijos en los tres bergantines que se acercan con rapidez : « ¡Aufredi!... grita el marinero viejo, ¡ahí tienes los tres buques que se creian perdidos desde hace cuatro años!»

En esto entraron los tres bergantines en el puerto en medio de las aclamaciones de la multitud, y embarcándose los tres capitanes en una chalupa ligera, saltan á tierra. Su primer movimiento, en un momento de entusiasmo, es besar el suelo querido de su patria. Levántanse y apénas pueden contestar á las preguntas que llueven sobre ellos. « Sí, hemos escapado de los ingleses, hemos dado dos veces la vuelta al mundo, perseguidos muchas veces, escapando siempre, vendiendo, comprando ó revendiendo con ventaja, y con la ayuda de Dios traemos á nuestro excelente patron un hermoso capital, ¡tres millones! ¡Viva Aufredi, viva la Rochela! »

Con la celeridad del rayo se propagó esta nueva por la ciudad. Escoltados los tres marinos por la multitud buscan á Aufredi, y le encuentran con un fardo á las espaldas y su chapa de cobre en el ojal.

« ¡Qué es esto! ¡En este estado!... ¿Qué? ¡Los rocheleses!... ¿Y vuestros parientes?... » No pueden decir mas : la indignacion y las lágrimas ahogan su voz.

« ¡Amigos mios, mis fieles amigos, les dice Aufredi con reposado semblante, á traves de tantos peligros habeis salvado y doblado mi fortuna! ¡Oh! esa fortuna deberia ser enteramente vuestra, pero al ménos, aceptad la tercera parte, que dividireis con vuestros marineros. »

Todo el mundo aplaudió en la Rochela su liberalidad Una vez que habia vuelto á ser rico Aufredi, no podian faltarle amigos ni admiradores.

« ¡Un millon! ¡Un millon! decian aquellas honradas personas que de repente habian vuelto á ser sus parientes; ¡eso es exhorbitante! ¿Cómo puede nuestro tio (porque es nuestro tio) perjudicar de ese modo á su familia? — Y sobre todo, decia el de las dos *ff*, al único entre sus sobrinos que lleva su nombre y puede perpetuarle dignamente. »

Tuvieron la osadía de volver á su lado y cumplimentarle, no en la intimidad, porque no hubieran sido recibidos, sino en los salones de su antigua morada que habia vuelto á comprar inmediatamente, y que se habia visto obligado á abrir á las muchas personas que iban á felicitarle. Temian que el primer momento de la entrevista fuese terrible, pero se engañaron : Aufredi les recibió con una política fria que ellos tomaron como un resto de enfado fácil de vencer. La reunion era brillante y numerosa.

Despues de recibir sus calurosos cumplidos, se dirige Aufredi á los que le rodean y les habla así :

« En este momento solemne, ante lo mas escogido de mis conciudadanos, quiero hacer conocer mis resoluciones inmutables. »

A estas palabras sus primos sintieron latir el corazon de impaciencia y de temor á la vez; su suerte iba á salir de los labios de su pariente.

« Por el favor divino he recuperado una hermosa fortuna. Pero agobiado por los años y por el trabajo, sé que no la disfrutaré mucho tiempo; quiero darlo todo á mi excelente familia, á los que yo me complazco en llamar, segun su edad, mis hijos, mis hermanos. »

Ménos radioso brilla el sol en un cielo puro en el mes de julio que brillaron los semblantes de todos los primos.

« Sí, mi familia, continuó Aufredi con enternecido acento, mi excelente familia; éste es el nombre que doy á los pobres obreros de la Rochela; esos son mis parientes; han sido hermanos, hijos para mí; para ellos son mis sen-

timientos mas afectuosos y para ellos es la fortuna que Dios me ha devuelto. »

¡Qué desesperacion para los primos! el sudor corre por sus frentes lívidas. Las miradas de todos los circunstantes estaban fijas sobre ellos con expresion irónica. Preciso era beber hasta las heces de aquel amargo cáliz y oir el resto de tan cruel discurso :

« Divido mis bienes en tres partes iguales. La primera será distribuida desde ahora mismo entre todos los que me han cuidado durante mi enfermedad, entre los que me han ayudado en el puerto en mi dura faena, ó que con muestras de interes han reanimado mi espíritu abatido.

» Las otras dos partes, las guardo.... (á estas palabras respiraron los primos; una débil luz brilló en sus ojos) las guardo para construir y dotar un hospicio destinado exclusivamente á los obreros pobres de la Rochela y á las familias de los comerciantes que se vieren arruinados, porque por desgracia, no siempre bastan el trabajo y la probidad para precaverse contra la miseria. »

La construccion y direccion de aquel establecimiento de caridad ocuparon los últimos dias del virtuoso negociante. Aun existe el hospicio de Aufredi en la Rochela, rico siempre con la dotacion que legó su fundador, acogiendo exclusivamente á los infortunados para quienes le creó el digno negociante.

---

§ VI. BONDAD, INDULGENCIA.

CELO POR EL BIEN DE LA HUMANIDAD.

Quien no ama á sus semejantes no ha conocido á Dios, porque Dios es el amor mismo. (SAN JUAN.)

La Rochefoucauld-Liancourt.

[1747-1827.]

El duque de la Rochefoucauld-Liancourt dedicó su existencia entera al ejercicio de la filantropía. Contar su vida

seria hacer la historia de todas las instituciones que tienen por objeto prolongar los dias del hombre, adelantarse á sus necesidades, aliviar sus achaques, aumentar su bienestar y mejorar su condicion purificando su moralidad. Él fué quien introdujo en Francia la vacuna [1] y trabajó en propagarla con un celo que dió á este útil descubrimiento la fuerza necesaria para triunfar de la preocupacion, hecho por el cual merecia se colocase su nombre entre los bienhechores de la humanidad.

A fuerza de celo y de abnegacion consiguió la reforma de las cárceles, mejorar el régimen de los hospitales y el establecimiento de farmacias de caridad [2] donde se distribuyen gratuitamente medicinas á los pobres.

Introdujo en su posesion de Liancourt la perfeccion de la agricultura inglesa, estableciendo allí manufacturas de algodon que han servido de modelo á las que despues se crearon en Francia.

Su máxima favorita era que la mejor limosna que se puede dar al pobre es proporcionarle trabajo. Con este objeto fundó en Liancourt una escuela de artes y oficios, que sostuvo á su costa durante veinte y cinco años, y adquirió tanta importancia, que aunque habia sido fundada por un simple particular, llegó á elevarse al rango de instituto nacional, siendo adoptada al fin por Napoleon en nombre del país. Se la trasladó á Chalons donde hoy subsiste, y ha servido de modelo para las que se fundaron despues en Angers y Aix.

Inagotable era la beneficencia de este hombre que no solo no se limitaba á ayudar con sus consejos, sino con socorros pecuniarios y con su influjo; cuando era necesaria su cooperacion personal trabajaba por llevar á cabo sus proyectos y los de los demas con un ardor que no retrocedia ni ante las mas fatigosas tareas ni ante los obstáculos. Con-

1. Antes de la introduccion de la vacuna fallecian muchos niños de las viruelas. La vacuna fué descubierta por Eduardo Jenner, médico ingles, que nació en 1749 y murió en 1823.

2. En Francia llevan el nombre de *Dispensaires*.

sagraba al estudio todas sus vigilias, y su elegante pluma se ocupaba continuamente en popularizar toda clase de verdades útiles.

Pasó su vejez tranquilo y venerado de todos, y alcanzó á ver en la prosperidad sus creaciones; la semilla que en su juventud sembró fué centuplicada.

CONDESCENDENCIA.

Al prestar un servicio, dice un sabio, no creo hacer un favor, sino pagar una deuda.

Cuando la condescendencia es inspirada por motivos honrosos, es uno de los lazos mas dulces de la vida.

Rasgo de Catinat[1].

La bondad y la condescendencia eran las prendas principales que adornaban al mariscal de Catinat, que se com-

Palacio de los Inválidos

placia sobre todo presenciando los juegos infantiles, hasta mezclarse en ellos algunas veces. Un niño le oyó elogiar el

1. Véase página 76.

cuartel de los Inválidos[1], y con la precipitacion propia de su edad le rogó que le condujese á verle. Accedió el mariscal, y tomando al niño de la mano llegó á las puertas del edificio. A su llegada forma la guardia, suenan los tambores, llénanse los patios, oyéndose decir por todas partes: « ¡Aquí está Pensamientos[2]! » El movimiento y el ruido asustaron un poco al niño, pero Catinat le tranquiliza con estas palabras: « Son muestras de amistad con que me reciben estos bravos soldados. » Le conduce por todas partes enseñándoselo todo, y llegando la hora de comer, entra en el refectorio, y con aquella noble sencillez y franqueza de costumbres marciales que unen entre sí á los que ya se han igualado en el valor y en los peligros, exclama bebiendo y haciendo beber al niño con él: « ¡A la salud de mis valientes camaradas! » Los soldados, de pié y descubiertas sus cabezas respetables, prorumpen en aclamaciones que le acompañan hasta la puerta, y sale de allí con el corazon henchido de la dulce emocion de aquella escena, cuya relacion, conservada en las memorias de su vida, es tierna y augusta á la vez.

INDULGENCIA.

La indulgencia ó sea la predisposicion á soportar los defectos de los demas y excusar sus faltas, es uno de los caractéres mas aprecia les de la verdadera virtud. Generalmente, cuanto mas severos somos para con nosotros mismos, mas indulgentes somos para con los demas. (B.)

Rasgo de José II.

Gustábale poco el lujo y el aparato al emperador José II[3], y un dia que, vestido como un particular, con una levita abotonada, iba solo en un birlocho de dos asientos que el

1. Magnífico establecimiento construido en Paris bajo el reinado de Luis XIV, en donde se da asilo á los soldados viejos ó inutilizados para el servicio.

2. Daban los soldados este sobrenombre á Catinat, á causa de sus continuas meditaciones.

3. Emperador de Alemania, hijo de Francisco de Lorena; nació en 1741 y falleció en 1790.

mismo conducia con el objeto de dar un paseo matinal por los alrededores de Viena, sobrevino de pronto la lluvia en el momento que se volvia para regresar á la capital.

Aun se hallaba bastante léjos, cuando un viajero que marchaba á pié hácia la poblacion, le hizo seña de parar. José II detuvo sus caballos. « Caballero, le dijo el militar (era un sargento), ¿seria indiscreto pediros un sitio á vuestro lado? Yo creo no os incomodaria mucho puesto que vais solo en el carruaje, y de ese modo podria resguardar este uniforme, que he estrenado hoy. — Muy bien, resguardaremos vuestro uniforme, le contestó José. ¿De dónde veñís? — Vengo de casa de un guarda de los montes del emperador, donde he almorzado divinamente, dijo el sargento. — ¿Y qué habeis comido de bueno? — Adivinad. — No sé.... ¿una buena sopa?... — Sí, sopa, otra cosa mejor. — ¿Una tajada de jamon? — Mejor que eso. — ¿Una lengua de ternera? — Mejor que eso, os digo. — Entónces, dijo José, me doy por vencido. — Pues ha sido un faisan, sí, caballero, un faisan que ha sido muerto en los bosques de Su Majestad. — ¿En los bosques de Su Majestad? Eso es mucho mejor. — ¡Oh! sí, os lo puedo asegurar. »

Generalmente los príncipes y aun los propietarios son muy celosos de su caza, y otro que José II hubiera castigado severamente al sargento, pero no fué así.

Ya estaban cerca de la capital, y como seguia lloviendo, preguntó á su compañero en qué barrio vivia y á dónde queria que le condujese. « Caballero, eso seria abusar de vuestra bondad, y.... — No, no, decidme la calle. » Dió el sargento sus señas y entónces deseó conocer á quien le debia tanto favor. « A vuestra vez, ahora, dijo José, adivinad. — Debeis ser militar, ¿no es cierto? — Sí. — ¿Teniente? — Sí, teniente, otra cosa mejor. — ¿Capitan? — Mas que eso. — ¿Coronel tal vez? — Mas que eso, os digo. — ¡Cómo! dijo el sargento encogiéndose en un rincon del birlocho, ¿sois acaso mariscal de campo[1]? — Mas que eso.

1. La dignidad de mariscal de campo en Alemania corresponde á la de mariscal en Francia y capitan general en España.

— ¡Oh Dios mio! ¡Es el emperador! — Él mismo, » dijo José. Espantado el sargento se deshace en excusas y suplica al emperador pare el carruaje para poder bajar. « De ningun modo, dijo José, porque despues de haberos comido mi faisan, os daríais por muy contento, á pesar de la lluvia, de poder escapar de mi lado en seguida, y yo deseo que no me dejeis sino en vuestra casa, » y así lo hizo.

CLEMENCIA.

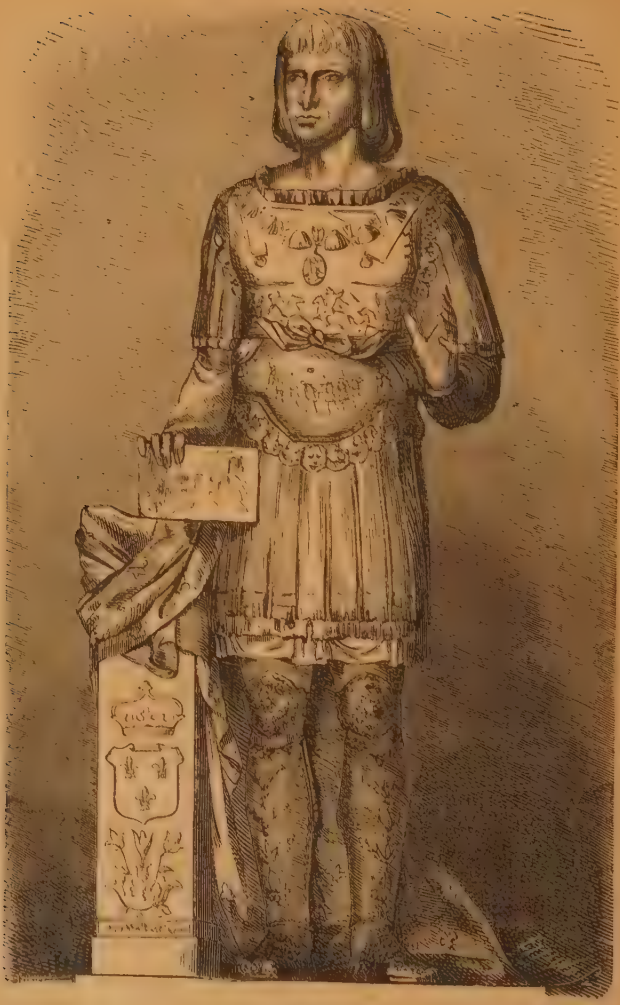
La satisfaccion que proporciona la venganza es poco duradera, pero la que produce la clemencia no se acaba nunca. (Palabras de ENRIQUE IV.)

Tito y Luis XII.

Tito, emperador romano[1], benéfico como pocos, supo que dos senadores, á los que prodigaba su afecto, conspiraban por ambicion para apoderarse de su trono. Mandóles presentarse á él y les habló bondadosamente en estos términos: « Confesad vuestra falta á Tito, y el emperador no sabrá nada. » No contento con perdonarlos les invitó á cenar con él aquella noche. Estando solo con ellos al dia siguiente les entregó dos espadas que estaban destinadas á un combate de gladiadores[2] para que las examinaran, demostrando de aquel modo que no temia hacerlos dueños de su vida. Aquel príncipe excelente alcanzó el sobrenombre de *Delicias del género humano*. El dia en que no habia hecho bien á alguien, exclamaba por la noche: « He perdido el dia de hoy. »

No ménos magnánimo era Luis XII, uno de los mejores soberanos que han reinado en Francia. Cuando era solo duque de Orleans, disputaba la regencia á la hija de Luis XI, y fué vencido y hecho prisionero en una batalla

1. Tito, hijo de Vespasiano, reinó en Roma de 79 á 81 despues de J. C.
2. Los gladiadores peleaban entre sí en los espectáculos para distraccion de los romanos. Estos juegos horribles fueron suprimidos al mismo tiempo que las luchas de fieras.



Luis XII.

por la Tremouille. Cuando pasados algunos años ocupaba el trono, no faltó quien le exhortara á vengarse de la Tremouille, y entónces dió esta respuesta inmortal: « No corresponde al rey de Francia vengar las injurias hechas al duque de Orleans. » Y llamó á su lado á la Tremouille, dándole marcadas muestras de aprecio.

Por aquel tiempo tambien mandó formar una lista de los principales personajes de su córte, y en dicha lista marcó con su mano una cruz roja al lado de varios nombres, que eran de los cortesanos de quienes tenia motivos fundados de queja. Sabedores aquellos del caso, estaban poseidos de viva inquietud, é informado de ello Luis XII, se expresó así : « Que cese su temor ; la cruz que he puesto al lado de sus nombres es para acordarme de que debo perdonarlos. » Como los perdonó en efecto, y jamas hizo distincion alguna entre ellos y los demas cortesanos.

Perdon magnánimo : el duque de Borbon.

Luis[1], duque de Borbon, estuvo algun tiempo prisionero en Inglaterra, y señaló su vuelta con una de las acciones mas nobles que refiere la historia. Habian aprovechado su ausencia algunos vasallos suyos para despojarle de varias tierras, y confiaban en que nadie se atreveria á dar cuenta de su conducta. Llegado que hubo el príncipe, todos fueron á felicitarle, y hallábanse reunidos en torno de él, cuando el procurador del duque, hombre íntegro, escrupuloso y de inflexible severidad, le presentó una memoria detallada del daño que le habian ocasionado. Los delincuentes perdieron el color y quedaron consternados ; pero el generoso príncipe dijo al magistrado : « ¿Habeis tenido tambien cuenta de los servicios que me han prestado? — No, señor, respondió aquel. — Entónces hay que quemar estos papeles, repuso el duque, pues no puedo ha-

1. Príncipe real, amigo y émulo de Duguesclin ; murió en 1410.

cer uso de ellos. » Y dicho esto los arrojó al fuego sin haberlos leido.

Venganza de un hombre de bien.
[1648.]

Cuando se dirigia Molé, á la cabeza del Tribunal supremo de Paris, al palacio de la reina regente para solicitar la libertad de dos consejeros arrestados ilegalmente, la multitud amotinada detuvo su carruaje, y un desconocido, cogiéndole de la barba, le amenazó con grosera insolencia. Al dia siguiente recibió una visita el primer presidente; era un hombre que le hizo saber quién era el que la víspera le habia tratado con tan malos modos. « Es un boticario vecino mio, » le dijo. Molé mandó llamar al boticario, que se presentó todo trémulo y exclamó : « Bien veo que estoy descubierto, y os pido seais indulgente conmigo. » No quiso hacer sufrir Molé á aquel hombre por mas tiempo con su temor, y contestó : « Os he llamado para advertiros que teneis un vecino muy malo, desconfiad de él. Adios. »

Medio para deshacerse de un enemigo.
[1075.]

Despues de san Agustin, el mejor autor de obras filosóficas que ha tenido la Iglesia, es san Anselmo, quien muy jóven todavía, fué nombrado prior del convento de Bec, en Normandía. No poca envidia excitó su nombramiento entre sus cofrades, pero opuso Anselmo tanta paciencia y caridad á su odio, que triunfó al fin. Solo un jóven monge, llamado Osberne, que se habia encarnizado contra Anselmo en mayor grado que los demas, persistió en sus malos sentimientos. A pesar de la injusticia de Osberne, el piadoso filósofo reconoció el mérito de éste, y descubriendo en él cierta bondad natural, le cobró aficion y le demostró tanta afectuosidad que reanimó en su corazon la generosidad ahogada por la aversion, hasta que tuvo a dicha de obte-

ner enteramente su amistad y su confianza. Solo las almas buenas pueden sentir todo el placer que proporciona la conquista del corazon de un enemigo que se aprecia. Anselmo, convertido en guia y amigo de Osberne, conoció en toda su pureza esta felicidad.

BUEN TRATO Á LOS ANIMALES.

Es un deber de humanidad ser bueno para con los animales; el maltratarlos es un acto inexcusable de barbarie. (B.)

El pintor inglés Hogarth[1] hizo cuatro dibujos que demuestran el modo como puede conducir insensiblemente la crueldad con los animales á la crueldad para con nuestros semejantes y hasta llegar al crímen.

En el primero de dichos dibujos se ven varios niños atando perros y gatos, tirando á un gallo con la ballesta, haciendo saltar un ojo á un pájaro y pareciendo recrearse mucho en sus sufrimientos. Un niño sale de una casa corriendo á la calle para libertar á su perro que le están martirizando; llora, suplica á los traviesos muchachos que pongan en libertad al pobre animal, y les ofrece una hermosa torta que estaba dispuesto á comerse con buen apetito, pero los chicuelos le rechazan mofándose de él y continúan sus desapiadados juegos.

En el segundo dibujo, los niños ya son hombres, pero siguen siendo crueles con los animales. Un cochero golpea enfurecido á su caballo con el mango del látigo, miéntras el animal, que ha caido al suelo, se halla enredado entre las correas y las varas de un coche. Dos hombres, el uno muy alto y el otro muy grueso van montados en un pobre borriquillo que lleva ademas dos medios toneles á manera de cestas y un gran cofre; otro hombre le va dando de palos por detras con una horquilla. Por último, un pastor que conduce un rebaño, mata de un golpe á una oveja que el cansancio hacia rezagarse.

1. Guillermo Hogarth, pintor inglés. murió en 1764.

En el tercero y cuarto dibujo se ven estos hombres, que dominados por sus brutales costumbres, maltratan niños y mujeres, siendo por tanto condenados á severas penas.

En Francia y en Inglaterra existe hoy una ley [1] que prohibe pegar á los animales sin necesidad; así es que no se ve en las calles de las ciudades francesas é inglesas á nadie que maltrate á un animal sin que excite en seguida la indignacion y los murmullos de los transeuntes.

Otras veces es el mal ejemplo el que arrastra á obrar mal y á gozarse en ello; por tanto debemos saber resistir y obedecer los buenos impulsos de la conciencia.

« Me acuerdo de que un dia, dice M. Eduardo Charton, cuando era niño, me hallaba de paseo con los colegiales de Sens, y nos internamos todos en un bosque á buscar nidos. Cada uno fué por su lado, y yo por mi parte buscaba con ansia, pues nunca habia cogido ni un huevo ni un pajarillo, y mis compañeros se burlaban de mi poca maña. Al cabo de una hora larga de pesquisas, ví de pronto en la rama de una encina pequeña, y como á tres piés del suelo, un nido de mirlos. Temblando de emocion me voy acercando sin hacer ruido, la mano y el cuello extendidos adelante; la madre me ve, y permanece quieta hasta que ya toco al árbol. Habia tres huevecillos; me disponia ya á cogerlos, cuando mirando atras ví la madre que se habia posado á corta distancia, y parecia suplicarme con sus miradas; se me oprimió el corazon. Oigo en esto la señal de marcha á la entrada del bosque, y tomando una resolucion heróica, me voy con las manos vacías diciendo á la madre como si pudiese comprender mis palabras: « Vuelve, vuelve, « te dejo tus huevos que encontrarás intactos. » Casi todos mis camaradas tenian nidos ó pájaros, y segun su costumbre me zaherian diciendo: « ¡Bah! Sabido era que no en- « contrarias nada. » Una vergüenza falsa me impidió confesar el movimiento de compasion que se habia apoderado de mí, pero estaba satisfecho de mí mismo y á nadie referí lo

1. La ley de Grammont, en Francia. ¿Por qué no habia de aplicarse igualmente esta ley en todos los países civilizados? (*Nota del Traductor.*)

sucedido sino á mi buena madre, que me abrazó llorando de alegría. »

Bien diferente era en esto Augusto, hijo de un negociante de Paris, porque siempre que hallaba ocasion se complacia en atormentar los animales.

Al pasar un dia por delante de una carnicería, vió á la puerta un ternero atado por las patas; se acerca y comienza á martirizar al animal tirándole de las orejas y dándole puntapiés; pero un hombre que lo habia visto sale de repente de una casa de al lado y da al muchacho tales tirones de orejas, que castañeteaban sus dientes. ¡Ay, ay! gritó Augusto. — ¡Ola! ¿Eso te hace daño?... pues tambien padecen los animales cuando se les maltrata. » Entónces prometió Augusto, aunque algo tarde, que no le volveria á suceder.

El hombre debe á estos útiles compañeros de su trabajo mas que la bondad, débeles agradecimiento. El duque de Calabria[1], por medio de una severa reprimenda recordó una vez esta verdad á un personaje que la habia echado en olvido.

Encargado este príncipe por su padre del gobierno del Estado, todos los dias asistido de sus consejeros daba audiencia en Nápoles á los que tenian alguna solicitud que presentarle; y temiendo que los guardias impidiesen la entrada á los pobres, habia hecho colocar, en la sala misma del consejo, una campanilla cuyo cordon colgaba fuera del primer recinto. Un caballo viejo, abandonado de su amo, rascándose contra la pared, hizo sonar la campanilla. « Abrid, dijo el príncipe, y que entre quien sea. — Es el caballo del señor Capeso, » dijo el guardia riendo, y toda la asamblea soltó la carcajada. « ¿Os reís, eh? dijo el príncipe; pues habeis de saber que la justicia cuida hasta de los animales ... Llamad á Capeso.... ¿Qué es esto? le dijo el príncipe en cuanto llegó; ¿así dejais vagar errante á vuestro caballo? — ¡Ah, señor! replicó el caballero; fué

1. Hijo del rey de Nápoles, encargado del gobierno durante la ausencia de su padre. La Calabria es una provincia del reino de Italia.

un buen animal en otro tiempo, ha hecho veinte campañas conmigo, pero hoy está ya fuera de servicio y no estoy por darle avena sin utilidad alguna. —¡Cómo! á un animal que tanta parte ha tenido en vuestra carrera militar, ¿no os dignais alimentarle? Id en seguida á vuestra casa y dadle un sitio en vuestras cuadras y que sea tratado como todos vuestros animales domésticos, y si así no lo hiciéreis, dejaré de mirar en vos un caballero leal y os retiraré mi afecto.

---

§ VII. CARIDAD, BENEFICENCIA.

CARIDAD, BENEFICENCIA DE LOS RICOS.

El rico debe considerarse únicamente como dispensador de los bienes que le ha confiado la Divina Providencia. (NEUVILLE.)

No consiste la felicidad de los ricos en los bienes que poseen, sino en el bien que pueden hacer. (FLECHIER.)

El que se acostumbra á la prosperidad se hace insensible á ella, pero siempre siente la dicha de ser autor de la prosperidad de otros. Todo beneficio lleva á nuestra alma ese tributo dulce y secreto. El largo uso de todos los placeres endurece el corazon, pero el de la beneficencia le hace mas sensible cada dia. (MASSILLON.)

El manantial de la felicidad mas pura é inagotable son las buenas acciones y los afectos tiernos:

Nos procura paz interior una especie de dulce voluptuosidad que derrama su encanto en todas las ocupaciones y hasta en la simple existencia:

Acostúmbrate desde niño á ser caritativo, pero con caridad dirigida por la razon y la justicia:

No des jamas por librarte del espectáculo de la miseria ó del dolor, sino para consolarte con el placer de haberlas aliviado:

No te limites á dar dinero; debes saber tambien que á menudo tus cuidados, tu tiempo, tu talento y los consuelos cariñosos, son mas preciosos que los socorros pecuniarios:

De ese modo no será limitada tu caridad por la fortuna; será independiente, y la ocupacion que te procurará se convertirá para ti en placer puro:

Aprende sobre todo á ejercitarla con delicadeza, con respeto para la desgracia, que dobla el beneficio y ennoblece al bienhechor á sus propios ojos; no olvides nunca que el que recibe es igual por naturaleza al que da; que todo auxilio que trae consigo la dependencia no es un don, sino un negocio, y que si humilla, se convierte en injuria. (*Consejos de un padre á su hija.*)

Estanislao.

Estanislao [1], duque de Lorena, mereció el glorioso título de filósofo bienhechor. Cítanse multitud de rasgos suyos que harán su memoria querida y respetada. El delfin de Francia, su nieto, le pedia un dia que le enseñase el gran arte de hacer dichosos : « Hijo mio, le respondió Estanislao, amad á vuestro pueblo, y ya sabeis mi secreto. »

Habiéndole ofrecido un propietario venderle una posesion que le convenia, envió uno de sus intendentes para que la visitara y se entendiese en el precio. Antes de cerrar el trato escribió el intendente á su amo diciéndole que la heredad valia lo que pedian por ella, pero que estando su dueño algun tanto necesitado, tendria que aceptar el precio que se quisiera señalar. « ¿Pudísteis creer, le contestó Estanislao, que seria yo capaz de abusar de una situacion desgraciada? Pagad la heredad en lo que vale. »

Un caballero de su córte, que mas de una vez habia participado de sus liberalidades, se quejaba un dia amargamente de que hubiera tantos establecimientos para los pobres, ademas de los muchos socorros que recibian. « Verdaderamente, añadió, no les falta mas que tener carrozas á su disposicion. — No, amigo mio, no, dijo el rey; demasiadas importunidades tengo ya que sufrir de los mendigos en carroza y me guardaré bien de aumentar su número, pero sí haré lo posible para que nadie vaya descalzo. »

Su mayor dicha se cifraba en poder emplear sus economías en la fundacion de algun establecimiento útil á la humanidad : « No quiero, decia, que cualquiera que sea su enfermedad, dejen los pobres de poder curarse gratuitamente. » Con este objeto vigilaba los hospitales ya esta-

1. Estanislao Leczinski, rey de Polonia, fué destronado; su hija casó con Luis XV. A consecuencia de las victorias alcanzadas en 1738, Luis XV concedió á Estanislao como compensacion el ducado de Lorena, con la condicion de que á su muerte volveria al dominio de Francia. Estanislao murió en 1766.

blecidos, creaba otros nuevos y multiplicaba hasta lo infinito los socorros destinados á los enfermos pobres. Para evitar á la virtud desgraciada la vergüenza de solicitar un socorro útil, destinó una cantidad considerable á la fundacion de limosnas secretas. « No debemos preguntar si hay pobres, decia, sino saber dónde están. »

Montyon.
[1733-1821.]

Montyon, magistrado virtuoso y sabio distinguido, poseia una fortuna considerable que empleó sucesivamente, durante su larga carrera, en hacer bien con el mayor sigilo. Su caridad igualaba á su modestia; así es que sus innumerables obras de caridad eran siempre anónimas.

Indicáronle una vez un jóven literato de gran talento, pero escaso de fortuna, y Montyon hizo en secreto que le ofrecieran una pension, sin que se descubriera su nombre. « No acepto el beneficio, dijo el jóven escritor, sino á condicion de conocer la persona que le hace. » La lucha duró algun tiempo, y no hubo medio de vencer ni la modestia del hombre generoso ni la del literato.

Este hombre tan rico despreciaba en sumo grado el lujo y los placeres. Sus deseos eran muy limitados; se mantenia únicamente con legumbres, frutas y leche, abstinencia que prolongó sus dias y conservó su alma tranquila, á la par que le procuraba mayores recursos que poder emplear en su benéfica obra.

Montyon tenia una correspondencia activa y misteriosa con todas las juntas y administraciones de beneficencia. Como por desgracia sobrevivió á toda su familia, se formó otra nueva con los indigentes.

Cargado de años y de virtudes llegó á ese momento fatal que es para el sabio la noche de un bello dia y para el sabio cristiano la aurora de un dia sin fin. Al morir salieron de su tumba los secretos de su beneficencia, pues por su testamento se supo el empleo que habia hecho de su exis-

tencia y los bienes que puede hacer una bien entendida economía. Legó á los hospicios la enorme cantidad de tres millones de francos, y á la Academia de Ciencias y á la Academia francesa dotaciones para fomentar los trabajos útiles á la humanidad y obras útiles á las costumbres, é igualmente dejó otros para premiar las acciones virtuosas practicadas en la oscuridad y en la indigencia.

Anicio.

El año 383 faltó la cosecha en toda Italia, y se encontró Roma amenazada por el hambre. Para evitar esta calamidad, se hizo salir de esta ciudad á todos los que no habian nacido en ella ó no estaban domiciliados. Estos infelices, errantes y sin auxilios por las estériles campiñas, se veian reducidos á mantenerse con bellotas, raíces y frutas silvestres. Su desdichada situacion inspiraba compasion generalmente en todos los corazones, pero nadie la sintió en tanto grado como Anicio, prefecto de la ciudad. Era un anciano caritativo y decidido. Reunió á los ciudadanos mas ricos y les habló en estos términos: «¿Qué estamos haciendo para prolongar nuestra vida? ¡Dejamos perecer á los que trabajan por sostenerla! Estos forasteros que desterramos, ¿no son acaso nuestros operarios, nuestros sirvientes, nuestros mercaderes, y aun algunos nuestros parientes mismos? ¡No privamos á nuestros perros de su alimento y se lo quitamos á los hombres! ¿Quién querrá en adelante con su trabajo ó con su comercio procurarnos lo necesario para la vida? ¡Sacrifiquemos ántes nuestras riquezas y salvemos á esos desgraciados! Abrámosles las puertas de la ciudad, y para comprar el trigo necesario para ellos, demos todo nuestro dinero, y si es preciso vendamos nuestras alhajas y nuestros muebles; de ese modo seremos bendecidos por Dios, estimados de los hombres y viviremos contentos de nosotros mismos. »

Tan viva fué la emocion que produjo este discurso en el ánimo de los circunstantes, que hasta los mas avaros se

mostraron generosos. Se hizo venir trigo de todas partes, se abrieron las puertas á los que se habia expulsado y se proveyó á su subsistencia.

Montesquieu.

Montesquieu, uno de los mayores genios que ha producido la Francia, iba frecuentemente á Marsella á visitar á su hermana.

Un domingo quiso dar un paseo por el mar y entró en una lancha que dirigia un jóven como de diez y ocho años: soplaba una brisa suave, el cielo estaba sereno, el mar en calma, y como iluminado por los rayos del sol poniente. Montesquieu se hallaba como embriagado por las delicias de aquel paseo. Comunicó lo que sentia al jóven marinero quien le respondió discretamente y con elegancia. Admirado de su lenguaje distinguido, notó entónces Montesquieu que el cútis de aquel jóven estaba ménos curtido y sus manos eran mas blancas que las que ordinariamente tiene la gente de mar, y le manifestó su extrañeza. « Yo no soy marino, dijo el jóven, estoy empleado en casa de un negociante. He hecho todos mis estudios en el colegio; ahora aprovecho los domingos y dias festivos para pasear los extrangeros ú otras personas por el puerto con objeto de ganar algun dinero. »

Al oir esto creció de punto la sorpresa de Montesquieu. « Me choca vuestra conducta, dijo; sin duda encierra algun misterio. — ¡Ay señor! ese misterio es bien fácil de explicar y bien triste al mismo tiempo; mi padre que era un honrado negociante de esta ciudad, se embarcó una vez llevando mercancías que eran toda su fortuna, pero el buque fué apresado por los piratas de Marruecos, le llevaron como esclavo á Tetuan[1], y piden 6,000 francos por su rescate. No nos ha quedado nada; mi madre, mi hermana y yo tra-

1. Tetuan, ciudad y puerto de Marruecos cerca del Mediterráneo, fué tomada por los españoles en 1860, en la guerra contra esa nacion.

bajamos sin descanso para reunir esta suma, pero por mas economía que empleemos, es preciso vivir; ¡da tan poco de sí el trabajo de dos mujeres! y luego mi principal me da todavía un sueldo muy corto.... Ved ahí, señor, por qué

Paseo por el mar.

los dias festivos me pongo al servicio de los que quieren pasear por el puerto. »

Profundamente impresionaba esta relacion á Montesquieu, quien admiraba los bellos sentimientos del jóven, aunque disimulándolo, y continuó interrogándole, por cuyo medio supo el nombre de su padre y el del pirata que le

tenia cautivo. El jóven se sentia arrastrado hácia aquel desconocido por un encanto indefinible y le confiaba ingénuamente sus menores pensamientos, con lo que se aumentó la estimacion y bondad que habia inspirado á Montesquieu. El paseo se prolongó hasta bien entrada la noche. Al desembarcar entregó Montesquieu al jóven dos monedas de oro como recompensa de su trabajo. « Yo no sé á quién he llevado hoy en mi lancha, decia para sí Roberto (éste era su nombre), pero de seguro no es un hombre ordinario; jamas olvidaré esta noche. »

Seis semanas despues hallábanse Roberto, su madre y su hermana sentados á la mesa ante una frugal comida, y hablaba el jóven todavía del desconocido cuyo semblante y noble lenguaje habian quedado grabados profundamente en su memoria, cuando se abre la puerta de pronto y se presenta á sus ojos.... el padre y el esposo cuya ausencia lloraban todos los dias.... Habia sido pagado su rescate y le habian entregado una cantidad suficiente para los gastos del viaje.

Pasados los primeros momentos de transporte, preguntó Roberto (que así se llamaba tambien el padre) : « ¿A quién debo mi libertad? — ¡Ah! no me queda duda, dijo el jóven, que es á ese desconocido de quien hablo á mi madre tan á menudo. ¡Oh si yo le encontrara, cómo le manifestaria el agradecimiento de la familia que ha hecho dichosa! »

Una vez Roberto entre los suyos, no le faltaron amigos y apoyo. El éxito superó sus esperanzas, pues cuatro años despues adquirió un modesto bienestar; sus hijos participaban de su felicidad, la que hubiera sido completa si las contínuas pesquisas de su hijo hubieran descubierto aquel bienhechor que con tanto cuidado se ocultaba á su agradecimiento. Pero un domingo por la mañana le encontró al fin en una de las calles mas frecuentadas de la poblacion : « ¡Ah, mi bienhechor! » fué todo lo que pudo decir cayendo á sus piés sin sentido. Apresúrase Montesquieu á darle auxilio y le pregunta la causa de aquella emocion.

« ¡Cómo, señor, podéis ignorarla! contesta el jóven; ¿habeis ya olvidado á Roberto y su infortunada familia á la que dísteis la vida devolviéndola su padre? — ¿Y por qué creeis, amigo mio, que sea yo mas bien que otro cualquiera el que os haya prestado este servicio? Es muy probable que el que lo ha hecho no quiera ser conocido. » Así queria ocultar aquel grande hombre su bella accion en vez de buscar elogios. La multitud atraida por aquella escena llenaba ya la calle, y Montesquieu, desprendiéndose suavemente de los brazos del jóven, desaparece entre los curiosos.

Lacepede [1].

Lacepede, cuya generosidad igualaba á su talento, fué un distinguido naturalista, gran canciller de la Legion de Honor y superintendente del Jardin de Plantas; ejercitaba la caridad con tal discrecion, que esto mismo acrecentaba su mérito. Llegó á sus oidos que un empleado del Jardin de Plantas, honrado y laborioso padre de familia, á quien conocia particularmente, se hallaba en grave apuro por circunstancias imprevistas, pues habia contraido ciertos compromisos que le era imposible cumplir, y veia con terror llegar el vencimiento de los plazos. Llamóle Lacepede y le habló de esta manera : « Dispensadme si me mezclo en vuestros asuntos particulares, pero he sabido vuestros apuros momentáneos y deseo tranquilizaros; veré á vuestros acreedores y trataré de ganar tiempo, pues con el tiempo y la economía se arregla todo. — ¡Ah señor! ¡Yo no sé cómo expresaros mi agradecimiento, pero el todo asciende á 18,000 francos, y mis acreedores son inflexibles! — Dejadme obrar, repuso Lacepede, serenaos y tranquilizad á vuestra familia. » Contando con el crédito y la elocuencia de su protector, el desgraciado empleado se marchó lleno de esperanza. Presentáronse los acreedores al célebre na-

1. Lacepede continuo la *Historia natural* de Buffon. Murió en 1825.

turalista y tanta fuerza tuvieron los argumentos de Lacepede que consiguió un éxito completo.

Habia pasado algun tiempo sin que el empleado viera presentarse en su casa los semblantes siniestros de sus acreedores, pero encontrando un dia á uno de ellos en la calle, se fué á él, y le dijo estrechándole la mano : « Amigo mio, vuestro modo de proceder es sumamente honroso y podeis contar, no solo con que pagaré muy pronto mi deuda, sino con mi eterno agradecimiento. — No me debeis nada, dijo el hombre algo turbado, ni dinero ni agradecimiento, puesto que M. Lacepede me ha remitido el importe de parte vuestra. » Se dirige en seguida el empleado á casa de los demas acreedores y adquiere la certidumbre de que todas sus deudas han sido saldadas por la misma mano. Transportado de admiracion y gratitud, con las lágrimas en los ojos, corre á casa de su bienhechor, exclamando en cuanto le ve: « ¡Lo sé todo, sé que habeis salvado á mi familia de la indigencia, y á mí la vida! » Al decir esto, se sentó al lado de la mesa de M. Lacepede disponiéndose á extender un documento de la suma que le debia, pero quitándole éste la pluma de las manos, le dijo: « ¿Qué vais á hacer, amigo mio? ¡Yo no soy prestamista!... »

Dupaty [1].

Cárlos Dupaty era un escultor notable por su elevado carácter y raro talento. Cuando se trataba de sus compañeros de arte, siempre hallaba medio de hacer resaltar su mérito aun á costa del suyo propio, y respecto á sus inferiores, su beneficencia llegaba hasta el olvido de sí mismo. Un dia se le presentó todo turbado un empleado de su taller á quien habia tenido que despedir ántes, y que mas de una vez habia hecho causa comun con los detractores de Dupaty, manifestándole que iban á embargar sus muebles inmediatamente por no poder pagar una letra de cambio, y

1. Era hijo del autor de las *Cartas de Italia*; falleció en 1825.

en consecuencia su mujer y sus hijos iban á verse reducidos á la mas espantosa miseria. Conmovido el escultor ante este infortunio, olvida en el instante las invectivas mordaces que aquel hombre habia lanzado contra él, y le pregunta cuál era la suma necesaria para conservar su honra y su libertad. « Si no encuentro 3,000 francos dentro de dos horas, dijo, estoy perdido. — ¡ 3,000 francos ! contesta el artista, es una cantidad bastante fuerte.... » Y diciendo estas palabras, entra en su gabinete, tira del cajon de su mesa de despacho donde encuentra la suma necesaria (era todo lo que poseia en aquel momento), vuelve al demandante y le dice: « Aquí teneis los 3,000 francos que necesitais; sé que hago favor á un ingrato, pero eso corre de vuestra cuenta. Id, y salvad á vuestra mujer y á vuestros hijos de la desesperacion y de la indigencia. »

Garrick.
[Siglo XVIII.]

Un hombre universalmente estimado en Lóndres habia pedido prestada á Garrick la cantidad de 500 libras esterlinas[1], entregándole el correspondiente recibo, pero poco tiempo despues, vió comprometida su fortuna á causa de algunas quiebras inesperadas.

Deseando librarle del compromiso sus parientes y amigos, se reunieron un dia para formar la lista de sus acreedores con el objeto de entenderse con ellos.

Sabedor Garrick de lo que ocurria, léjos de sacar partido de aquella circunstancia que le aseguraba el pago de la suma prestada, puso el recibo de su deudor dentro de una carta que le remitió concebida en estos términos: « Acabo de saber que hoy teneis una reunion de amigos; me hubiera alegrado de tomar parte en la fiesta y por tanto os ruego me permitais participe de ella. Hace frio, y como no dudo hareis buen fuego para recibirlos, os envio ese papel que servirá para encenderle. »

1. La libra esterlina, moneda de cuenta en Inglaterra, vale 25 francos.

La señorita Barrau.

Esta señorita, hija de un magistrado de Cahors, dedicó toda su fortuna al socorro de los pobres, prodigando su patrimonio entero en obras de caridad. Fundó una casa de instruccion y de trabajo para los niños indigentes, en donde acogia á las niñas que, gracias á su celo, aprendian á leer, escribir y á practicar los deberes religiosos. Tres personas la asistian en su noble tarea y otras la auxiliaban con sus recursos. Una de éstas la dijo un dia: «¿No temeis que alguno de los niños por quienes os han prometido señalar una pension, quede á cargo vuestro? ¿qué haríais, vos que tantos niños pobres habeis adoptado, si tuviérais que encargaros de todos ellos? — Bien tendria que hacerlo, » contestó con la ingenuidad y franca alegría que reflejaba su alma. A aquel establecimiento añadió otras obras del mismo género que apénas bastaban á su ardiente caridad. Veíasela socorrer á los enfermos pobres, á las paridas indigentes, visitar las cárceles, y sobre todo llevar sus consuelos á los condenados á muerte.

Hace pocos años se hallaba próxima á subir al cadalso una desdichada mujer que difícilmente podia resignarse á las exhortaciones de esta piadosa señorita, hasta que al fin la manifestó en estos términos el estado de su corazon: « Moriria tranquila, dijo, si supiera que os encargábais de mis tres pobres hijas. » Semejante proposicion podia alarmar la caridad mas decidida, porque convertirse en madre adoptiva de los hijos de un ajusticiado era desafiar una preocupacion, injusta indudablemente, pero muy arraigada en general, y por lo mismo requeria un valor á toda prueba ponerse en relacion directa diariamente con aquellos séres desgraciados. Sin embargo, la señorita Barrau no titubeó un instante; se encargó de su subsistencia y de su instruccion, las hizo aptas para el trabajo, consiguió educarlas convenientemente, y hoy ve con satisfaccion que su conducta corresponde á sus desvelos.

La modestia de esta señorita iguala á su generosidad; sin saberlo y bien á pesar suyo ha sido revelada su caridad; la publicidad de sus buenas obras le ha causado bastante pena.

Mistress Howard.

[Siglo XVIII.]

El célebre filántropo inglés tuvo la dicha de hallar una esposa de tan buen corazon como el suyo. Ocupábase Howard un dia en arreglar la cuenta de uno de sus corresponsales, y, contra lo que esperaba, halló que la balanza estaba en su favor. En seguida propuso á su esposa emplear aquella cantidad para hacer un viaje de recreo y pasar algunos dias en Lóndres. « ¡Qué linda casita se podria edificar para una familia pobre con ese dinero! » tal fué la respuesta de mistris Howard, consejo que se ejecutó luego. Una buena accion vale mas que el placer de un viaje.

Eugenio.

Un pobre labrador de las cercanías de Amboise habia dejado al morir su mujer y cuatro hijos de corta edad en la miseria; poco tardó su esposa en seguirle á la huesa.

Reuniéronse los parientes, y cada familia se encargó de uno de los tres niños mayores, pero no hubo nadie que tomara el cuarto, que apénas contaba seis meses. Uno de los parientes salió á pedir el parecer de un eclesiástico que tenia á su cargo la educacion de los niños en una quinta de los alrededores.

No halló el sacerdote otro medio que enviar la desgraciada criatura á la inclusa de Blois ó al hospicio de Tours; pero Eugenio, uno de sus discípulos, de edad de doce años, exclamó al oirlo: « Yo me encargo del niño; vamos á verle. »

Para probarle que no podrá hacer frente á los gastos, le hace su profesor algunas objeciones, particularmente que su padre tiene ya á su cargo multitud de pobres.

« ¡ Cómo, mi querido maestro ! ¿No veis este buen labrador que viene á consultaros con la mayor confianza, que apénas puede mantener su propia familia, y á pesar de eso encuentra recursos en medio de su escasez, para encargarse de uno de esos pobres huérfanos, y yo, hijo de un rico, no habia de hallar modo para venir en auxilio de esa criatura? Con la mayor satisfaccion dedicaré todo el dinero que gasto inútilmente en golosinas, y ademas estoy seguro de que mi padre no se negará á ayudarme. Vamos en seguida á tranquilizar su familia. »

Pónense, pues, en marcha, llegan á la casa; el tierno niño dirige sus bracitos á su jóven bienhechor, que le acaricia entusiasmado, y dice así á los parientes mas cercanos:

« No os inquieteis por este niño; yo me encargo de él, y desde este momento corre de mi cuenta; proporcionadme una nodriza lo mas cerca de mi casa, pues quiero estar cerca de él para cuidar de que nada le falte. »

Desde este momento, aquel buen jóven empleaba todo el tiempo que le dejaban libre sus estudios en velar por su protegido, sacrificando en su favor todo el dinero de que podia disponer. Cuando llegó el tiempo pagó su aprendizaje para enseñarle un oficio y le puso en disposicion de ganar honradamente su subsistencia.

Las camisas nuevas.

[Siglo XIX.]

Inagotable era la caridad del venerable Daviau de Bois de Sanzay, uno de los últimos arzobispos de Burdeos, pues nada era suyo, todo de los pobres. No podian conseguir sus allegados hacer que se proveyese de lo mas necesario. Estaba casi exhausto de ropa interior, y cuando le hablaban de reemplazarla, contestaba: « Aguardad un poco, ya veremos luego. »

Su ama de llaves empleó una astucia ingeniosa para procurarle lo que le faltaba. « Señor, vengo á mi vez á imploraros para una obra de caridad, le dijo. — ¿De qué se

trata, Juanita? Desde el momento que se trata de alguna persona que os interesa, estoy dispuesto á ello. — Quisiera que me permitierais emplear mis ratos de ocio en hacer algunas camisas para un pobre anciano que tiene gran necesidad de ello, y he pensado que no tendríais inconveniente en procurar la tela; os aseguro que será una obra de caridad bien empleada, pues el pobre viejo es digno de vuestra bondad y no tiene mas recursos sino los que podais suministrarle. — De buena gana, contestó el arzobispo; tomad estos doscientos francos, es todo lo que me queda, haced las camisas á ese pobre viejo, y si necesita otra cosa, acudid á mí, no temais importunarme.»

Por este medio tuvo el arzobispo camisas nuevas.

Un propietario generoso.

[Setiembre de 1846.]

El dueño de una casa de la Cruz Roja[1] tenia por inquilino en una de las boardillas un pobre trabajador, padre de familia, y de conducta ejemplar, que le debia ya seis meses de alquiler. Sube un dia á su habitacion, y su visita causa una gran conmocion en la familia. El honrado obrero era poco afortunado: estaba enfermo, sin recursos, y por lo mismo en imposibilidad de pagar. Al ver el propietario el cuadro que tenia delante, le dijo: « Amigo mio, no podeis continuar aquí.» Perdió el color su inquilino, pues por aquellas palabras comprendió que su casero le despedia. « No, continuó aquel hombre caritativo, no podeis continuar aquí, pues estais muy mal y vuestra familia es muy numerosa; ireis dos pisos mas abajo y tendreis dos habitaciones. El alquiler será el mismo y me pagareis cuando podais.»

Respuesta discreta.

Reprochaban á un sábio por haber dado limosna á un

1. Arrabal de Lyon (Francia), habitado por trabajadores.

malvado · « La doy á su desgracia, contestó, no á su persona. »

Beneficencia y probidad.

Una mujer se presentó al cardenal de la Rochefoucauld manifestándole que iba á ser despedida con su hija del reducido cuarto que ocupaba en casa de un rico propietario por no poder pagarle cinco escudos que le debia. La honradez que se desprendia del tono con que aquella pobre mujer le hablaba, daba á conocer que si habia caido en la desgracia era porque apreciaba mas la virtud que las riquezas. Escribió una carta para que la presentara á su intendente, quien habiéndose informado de su contenido, la entregó cincuenta escudos. «Señor intendente, dijo la portadora, debe de haberse equivocado su eminencia, pues yo no he pedido tanto. » Volvió á llevar la carta al cardenal, quien contestó : « Es cierto que me habia equivocado. » Y en lugar de cincuenta escudos escribió quinientos, que hizo aceptar á la virtuosa madre como dote para su hija.

El platero.

En 1794 perdió su marido la señora de N...., y con él todos sus recursos, encontrándose en Paris sin medio alguno de subsistencia y con cinco hijos de corta edad. Púsose á trabajar esta digna mujer en casa de un zapatero como ribeteadora, pero faltó el trabajo, y entónces acudió á un platero de la vecindad, al que fué vendiendo sucesivamente las pocas alhajas que la habian quedado : hoy era un vaso de plata, mañana unos pendientes, despues una cruz de diamantes, hasta el anillo nupcial. Ya no la quedaba mas que la ropa blanca, que tambien aceptó el honrado platero. Todas las semanas le llevaba alguna prenda y él le entregaba su valor; por este medio pudo sostener tres años á su familia la pobre viuda, pero de pronto cesó de presentarse en casa del platero. Extrañando éste su ausencia, se inquietó por ello, y preguntando dónde vivia

aquella señora, consiguió saber sus señas y fué á llamar á su puerta. Salió á abrir una niña de corta edad; habia entrado el invierno y no habia lumbre en el cuarto. La señora de N...., medio cubierta con una manta, hacia lo posible por preservar con ella á sus niños del frio, derramando á la vez abundantes lágrimas.

« ¿ Cómo es, señora, que ya no venís á mi casa? dijo el platero. ¿Estais enferma? — He vendido ya todo, no me queda nada absolutamente, respondió la señora de N...., y me encuentro reducida, como veis, al solo abrigo de esta manta. ¿A qué quereis que vaya á vuestra casa si ya no puedo llevaros mas que lágrimas? — ¡ Desdichada mujer! ¿ Y con qué os sosteneis vos y vuestros hijos? — ¡ Comemos el pan que la administracion de beneficencia da á los pobres; es nuestro único recurso, pues ni aun puedo dar un poco de sopa á mis niños, que de dia en dia van extenuándose!.... — Señora, cobrad ánimo, repuso el platero, y confiad en el porvenir; entretanto, oidme. Habeis depositado en mi casa vuestros pendientes, el anillo nupcial, una cruz de diamantes y ropa blanca; lo he vendido todo y he sacado de ello 2,000 francos que os entrego; este dinero es vuestro, aceptadle, pues. En cuanto á las pequeñas sumas que habeis recibido de mí, consideradlas como un préstamo, como un adelanto que arreglaremos en mejores tiempos. » Al decir estas palabras el platero, desaparece sin esperar respuesta.

El agradecimiento de la señora de N.... correspondió á la generosidad de su bienhechor; léjos de ruborizarse de su miseria y de los dones con que habia sido aliviada, refirió el suceso por todas partes, y la prensa misma lo divulgó á instancias suyas.

Dos años despues cambió su situacion, y pudo entónces devolver al honrado platero sus adelantos; la publicidad que ella misma habia dado á su historia procuró al platero infinidad de buenos parroquianos, por cuyo medio hizo una fortuna brillante que justamente merecia, puesto que la debia á su virtud y filantropía.

CARIDAD, BENEFICENCIA DE LOS POBRES.

No es necesario ser rico para ser benéfico; la bondad nos proporciona placeres verdaderos que no se gastan con el uso, que se renuevan sin cesar y cuyo recuerdo es otro goce purísimo:

Mas mérito tiene el pobre que el rico ejerciendo la caridad, porque éste solo da lo supérfluo miéntras que el pobre da de lo que necesita:

No hay condicion por humilde que sea en la que no se puedan crear deberes que, perseverando en ellos, se convierten en virtudes admirables:

Las buenas obras adquieren mayor mérito con la modestia de su autor y la sencillez que las acompaña. (*Autores varios.*)

Una deuda pagada.

Llegó á Módena un pintor jóven falto de todo recurso, y dirigiéndose á un artesano le pidió por favor le buscara un alojamiento barato; el artesano le ofreció la mitad del suyo. En vano se buscó trabajo para el extranjero, pero no por eso desmayó su protector, animándole y consolándole. Cae enfermo el pintor, y lo que hace el artesano es levantarse mas temprano y acostarse mas tarde para ganar algo mas y proveer á las necesidades del enfermo, que escribe á su familia.... Cuidó de él todo el tiempo que duró la en-

El Pintor.

fermedad, que fué bastante larga, y satisfizo á todos los gastos. Algunos dias despues de su curacion recibió el extranjero una suma importante que le remitia su familia y quiso pagar al artesano, pero éste le respondió así: «De ningun modo; esa es una deuda que habeis contraido para con el primer hombre de bien que encontreis en la desgracia; ese beneficio le debia yo á otro y acabo de solventarle; no olvideis hacer lo mismo cuando la ocasion se presente.»

El herrero.

Pasando á media noche M. Cheron por delante de la fragua de un pobre herrero, oyó los repetidos golpes que

éste daba sobre el yunque. Entró y quiso informarse del motivo que le tenia trabajando hasta hora tan avanzada.

« No trabajo para mí, dijo el herrero, sino para mi vecino Pedro, pues el fuego ha reducido su casa á cenizas y se encuentra por puertas. Madrugo dos horas ántes de lo acostumbrado y me acuesto otras dos mas tarde, lo que suma dos dias de trabajo por semana que dejo en su favor; todo es algunos martillazos de mas. Si tuviera alguna cosa la partiria con él, pero no tengo mas que mi yunque; á Dios gracias no falta el trabajo por ahora, y cuando hay brazos bien se puede socorrer al prójimo. — Está muy bien lo que haceis, pero, ¿creeis que podrá devolveros algun dia vuestro vecino lo que hoy estais haciendo por él? — Puede que no, y lo temo mas por él que por mí; pero, ¿qué quereis? no falta el pan de cada dia, y en suma, yo no seré mas pobre por eso, y sus pobres hijos no morirán de necesidad. Bueno es ayudarnos unos á otros; si fuera mi casa la que hubiera ardido, bien me alegraria de que hicieran otro tanto por mí. »

El afilador.

Antonio Bonafoux, nacido en el departamento de Cantal, era afilador, y vivia en la misma casa y piso que una pobre viuda que habia tenido doce hijos á todos los cuales habia criado; un niño le quedaba cuando falleció su marido.

Este triste suceso la sumió en la miseria, hallándose en la imposibilidad de procurar á su hijo la conveniente educacion ni que aprendiera un oficio. El afilador, que no tenia sino lo que podia ganar diariamente, se conmovió al ver el infortunio de la madre y del niño, y comenzó por socorrerla con lo que podia, pagándole la pobre mujer con su celo y sus cuidados.

Tuvo la viuda un ataque de apoplegía, y Bonafoux se opuso á que la llevaran al hospital, haciendo los mayores sacrificios para que se curara en su casa.

El niño fué puesto de aprendiz, y el buen afilador, que proveia una parte de lo que necesitaba, estaba siempre imaginando medios para vestirle.

La viuda sufrió otro segundo ataque mas terrible; se quedó paralizada de un brazo, y ya no pudo hacer uso de las piernas sino con una muleta. Aquella nueva desgracia excitó mas la compasion y la generosidad de Bonafoux, quien aumentó sus sacrificios para subvenir á las necesidades de la madre y de su hijo hasta que terminara éste su aprendizaje.

Digna es de citar como un ejemplo admirable la perseverante generosidad de aquel honrado obrero, que vivia del escaso producto de una familia desdichada, á la vez que empleaba en su modo de proceder una delicadeza de sentimientos que honraria á muchas personas de superior categoría.

El soldado enfermo.

Acababa de concluir sus estudios un jóven pobre que no tenia ni siquiera el dinero necesario para hacer un viaje que debia decidir de su suerte, y con este objeto se dirigió á la administracion del hospital de Poitiers, ignorando que los fondos de los hospitales están destinados á un objeto muy sagrado y que no se pueden gastar; así fué que la administracion, á pesar de su buena voluntad, y de tener á la vista semejante infortunio, no pudo hacer nada para socorrerle. Cuando estaba el jóven exponiendo su situacion á uno de los administradores, oyó la voz de un soldado enfermo que se hallaba en cama, y que dirigiéndose á él, le dijo: « Amigo mio, tengo veintiun francos, tomad diez y ocho; si me curo, ya encontraré medios de reunirme á mi regimiento; un apurillo se pasa pronto, máxime cuando se hace algun bien, pues esto da fuerza y valor. »

El ama de leche.

Una nodriza dió tambien un ejemplo de ternura; era una lechera que vivia en un pueblecillo cerca de Besanzon. Habia criado un niño perteneciente á una familia de dicha ciudad, y no le costó pocas lágrimas cuando ya destetado tuvo que devolverle á sus padres, pues le habia criado considerándolo como hijo propio. Poco despues supo que el padre, que era comerciante, habia quebrado, que estaba arruinado, que los acreedores le perseguian, y por último, que habia desaparecido abandonando á su familia. Corre en seguida á la casa, busca su hijo de leche, y hallándole en un estado lastimoso, le toma en sus brazos, le cubre de besos y se le lleva á su casa. Desde entónces su marido y ella partieron con aquel niño el pan que ganaban con el sudor de su frente.

El aguador.

Relato del párroco de san Juan y san Francisco de Paris.

Hace algun tiempo vino á verme la mujer de un aguador llamado Jacquemin, padre de tres niños, que solo ganaba de siete á ocho reales diarios, con el fin de pedir algun socorro para una mujer indigente, imposibilitada y por lo mismo sin poder ganar su subsistencia. « ¿Dónde vive esa mujer? la pregunté. — En mi casa. — ¿Desde cuándo? — Hace diez meses, ahora empieza el onceno. — ¿Cuánto os paga por mes ó por dia? — Nada, señor. — ¿Cómo nada? — No tiene sobre que caerse muerta; desde que está en casa hago un poco mas de sopa y come con nosotros. — Pero vos no teneis medios de hacer ese sacrificio; ¿os ha prometido al ménos que tarde ó temprano podrá pagaros de algun modo? — No nos ha prometido nada y no promete sino sus oraciones. — ¿No murmura vuestro marido? — ¿Mi marido? mi marido es muy bueno y no dice una palabra. — ¿Va á la taberna? — Nunca; lo

que hace es matarse trabajando para dar de comer á sus hijos. — Hace diez meses.... es demasiado.... — Estaba en la calle esa pobre mujer, y me pidió la diera asilo por dos ó tres dias, pero ni Jacquemin ni yo tenemos corazon para despedirla de casa. — Pero buena mujer, ¿cuántas piezas tiene vuestra habitacion? — Dos. — ¿Cuánto os cuesta? — Pagaba ciento veinte francos al año, pero le han subido veinte francos, lo que hace cuarenta céntimos diarios. — Pues creo que deberíais pedir para vos el socorro. — Gracias á Dios, yo no pido nada miéntras mi marido y yo podamos trabajar; me avergonzaria de importunar á nadie por nosotros. — Está bien; tomad, buena mujer, hé aquí diez francos para.... — ¡Oh qué contenta se va á poner la señora Petrel!... »

¡Lágrimas de alegría surcaban el rostro de aquella mujer caritativa; era á ella á quien yo queria dar aquel dinero, pero la dejé en su error, error que la honraba sobremanera! « Decid á la viuda Petrel, que tanto os debe, que presente un memorial para ser admitida en un hospicio y que me le entregue á mí; yo me encargo de lo demas. »

La viuda fué colocada en un hospicio excelente.

¿No es este un ejemplo que merece citarse? ¡Diez meses de asistencia, casa y alimento dados sin esperanza de recompensa, por la indigencia laboriosa á la indigencia imposibilitada!...

La señorita Linet.

En el piso mas elevado de una casa de modesta apariencia en una calle de Paris, hay una reducida habitacion, donde no se ve mas que un sillon, una cama, y por todo adorno un crucifijo; allí vivia hacia muchos años la señorita Petra Linet, no teniendo para vivir sino el producto de sus manos.

Ya contaba sesenta años y muchas buenas acciones cuando fué á refugiarse en una boardilla próxima á la

suya una pobre anciana, la señora Billy, viuda de un ex-empleado de correos.

No tenia esta señora otro recurso para vivir que una pension vitalicia de treinta francos semanales. Sin embargo, no era la pobreza lo que mas la contristaba, pues llegaba ya el término de su vida; la acompañaba sí un profundo dolor: su hija estaba impedida á mas de ser sordo-muda. ¿Cómo buscarla un apoyo? No podia consentir en la idea de dejarla sola.

Cada dia que pasaba aumentaba la desesperacion de la pobre madre, hasta que movida de compasion la señorita Linet, llegó á enterarse poco á poco de los pesares de la madre, de las necesidades de la hija, y colocarse entre aquellos dos séres como una segunda Providencia.

Cuando llegó el momento fatal, la señora Billy, en la hora de su muerte, confió su hija á su amiga, quien la dijo: « Jamas la abandonaré. »

No pensando sino en cumplir aquella promesa sagrada, la señorita Linet comenzó á los sesenta y cinco años la sublime tarea por la pobre huérfana que la habia inspirado un cariño verdaderamente maternal.

Apénas cerró los ojos aquella anciana, hizo trasladar á su hija á su estrecha habitacion. No habia sino un lecho, que fué destinado á la enferma. La señorita Linet trabajaba diez horas diarias, trabajó quince, diez y ocho; cuando el trabajo no bastaba, vendia lo poco que tenia.

¡A qué punto puede llegar la pasion de la caridad! Un solo sér habia podido comprender hasta entónces los signos y sonidos inarticulados de la desdichada sordo muda. La ingeniosa virtud de la señorita Linet la dió la llave de aquel lenguaje.

Siente por la huérfana la misma inquietud, el mismo amor turbado que una madre sin haber conocido nunca sus goces ni esperanzas; cuando se la habla de la imposibilidad de continuar á su edad esa vida de sacrificios perpétuos y abnegacion sobrehumana, dirije sus ojos al cielo, y llevándolos desde allí hácia su hija adoptiva, res-

ponde con sosegada confianza: « La he recibido de su madre, y solo á Dios la entregaré. »

La familia Grosso.

[Siglo XIX.]

Un coronel español, que por diversas vicisitudes se quedó sin recursos y sin asilo, habia tenido á su servicio por espacio de veinte y cinco años un soldado llamado Grosso, que le habia seguido en todas sus campañas, sin abandonarle el fiel sirviente ni en la vejez ni en la ancianidad. Grosso murió, pero su mujer y sus hijos creyeron de su deber continuar su tarea y se dedicaron á ella con valor. El hijo entregaba religiosamente á su madre todo lo que ganaba para poder sustentar al amo de su padre; desgraciadamente, la muerte le sorprende en lo mas florido de su edad, cuando contaba treinta y tres años, y la madre, agobiada de golpes tan terribles, se encuentra incapaz de trabajar. Quedan dos hijas para sobrellevar aquella herencia de abnegacion y sostener á la vez al anciano coronel y su bienhechora. Las dos eran bordadoras y trabajaban dia y noche, pero con tanta asiduidad, que atacada la mayor de una enfermedad incurable, no pudo ya contribuir con su trabajo. De este modo se encontraron á cargo de la hermana menor tres personas, el coronel, su madre y su hermana; no obstante, Petronila Grosso acepta todas las cargas que la envia la Providencia. A fuerza de trabajo, de privaciones y valor, á todo basta. Su ánimo no cejará, pero su salud se quebranta, y cuando los vecinos asustados la proporcionan medios para procurarse mejores alimentos, compra al anciano alguna chuchería que le recuerda su pátria y sus tiempos prósperos. Si la dan en el invierno algunas prendas para abrigarse, se las da á su hermana. Parecia sobrenatural su constancia en medio de tanto infortunio, si no hallara en la religion el sosten que puede igualar nuestras fuerzas con nuestros deberes y nuestras tribulaciones. ¿No es de admirar esta familia que la

muerte hiere con repetidos golpes sin que se agote el manantial de sentimientos generosos que de ella brota, y que de uno en otro se transmite en esta generacion como una herencia? Nada atestigua mejor el poderoso influjo de la educacion, y lo que pueden hacer los padres para asegurar á sus hijos el tesoro de los buenos sentimientos con el de los buenos ejemplos.

La viuda Vignon.
[1822.]

Miserablemente vivia en Burdeos la viuda Vignon, cardadora de oficio. Era amiga suya la viuda de un oficial retirado que habia muerto en el cuartel de Inválidos. La enfermedad que habia atacado á la señora Dutois (éste era el nombre de su amiga) la impedia ganar para vivir, y habiendo perdido la viuda Vignon parte de sus parroquianos, fué preciso pensar en buscar otro modo de existencia. La cardadora se acordó de Paris, donde habia nacido, y donde habia dejado sus protectores, pero donde no sabia si encontraria trabajo. Decídense á ponerse en camino; ¿pero cómo hacerlo? es tan largo, tan penoso y tan costoso, y ninguna de las dos tiene crédito ni recurso alguno. La viuda Vignon puede ir á pié, pero la señora Dutois no puede moverse. ¿Quién no retrocederia ante tales obstáculos?

Pero la viuda Vignon no se desalienta por eso; vende sus pobres muebles y con su producto compra un carretoncillo en donde coloca á su amiga y ella misma tirando de él intrépidamente, la conduce de este modo de pueblo en pueblo, de una ciudad á otra, por caminos erizados de dificultades y malos pasos, sufriendo el cansancio y las privaciones sin quejarse, sin amilanarse, y sin pesar alguno por haber tomado tan atrevida resolucion. Conforme va adelantando crecen los obstáculos; las nubes cumbren el cielo, estalla la tempestad y los caminos se hacen imtransitables. Ya llegan á Angulema, y cruzan por sus calles en una situacion

lastimosa. A la pobre viuda, jadeante, sudando á chorros, y su carreton hundido en un bache de barro espeso y pegajoso, solo la queda un resto de fuerza debido á la angelical obstinacion de su virtud, excitando el interes de todos, pero sin obtener auxilio de ninguno. Aquel espectáculo tan nuevo, tan conmovedor, llama la atencion de una señora que pasaba por allí [1], quien profundamente admirada de aquella escena, se acerca á las dos mujeres, pregunta, sabe la verdad, corre hácia aquellas desdichadas que van á dejar de serlo, pone en sus manos el oro que ha recogido en el instante para ellas, y les procura la proteccion del prefecto, dichoso en asociarse á aquella accion benéfica, quien las da una boleta de ruta con la etapa y el socorro correspondiente; y entónces con tan poderosa intervencion, puede llegar la viuda Vignon á donde la llamaba su evangélica mision.

Una vez en Paris, la viuda y la enferma se hospedan en una boardilla; la cardadora encuentra trabajo y con él puede proveer á dos existencias. No pasaba dia en que no aplaudiera su valerosa decision que el éxito coronó, y diariamente tambien recibia nuevas bendiciones de su compañera, que á pesar de ser de mas edad, se complacia en llamarla su madre adoptiva.

María.

[Siglo XIX.]

Con paso alegre y ligero marchaba una jovencita de quince años por el camino de Vesoul: iba á comprar, con el dinero que habia economizado, el vestido y otras prendas que pensaba estrenar el dia de la fiesta de su aldea. Su corazon rebosaba de júbilo; sus adornos iban á eclipsar los de sus compañeras. Esta jovencita era María, hija de un labrador humilde. En medio de sus sueños dorados encuentra en el camino un pobre viejo en la mayor indigencia y derramando copioso llanto. Párase Ma-

1. Madama de Jumilhac, sobrina de un ministro de Luis XVIII.

ría, y escucha, llorando ella tambien, la relacion que hace el anciano de sus desgracias; la piedad se apodera de su alma, ya no necesita vestidos nuevos, la caridad entra en su corazon y triunfa de su vanidad juvenil : da al pobre su modesto bolsillo y empieza á conocer que una buena accion proporciona mas felicidad que un vestido nuevo.

Los niños de la escuela de Stans.

[1799.]

Pestalozzi, célebre por su virtud y su talento, se dedicó á la educacion de la juventud. Aceptó la direccion de un establecimiento en Stanz[1], donde se hallaban acogidos los niños pobres que la guerra habia hecho huérfanos y que carecian de toda clase de medios. Estaba sostenido dicho establecimiento con una subvencion pagada por el gobierno y con el producto del trabajo de los niños, que se ocupaban en le jardinería en el buen tiempo, y durante el invierno en hacer tejidos ó hilados. Apénas tenian lo extrictamente necesario. Súpose de pronto que la pequeña ciudad de Altorf, cerca de Stanz, habia sido reducida á cenizas por un incendio. Pestalozzi reune sus discípulos y les habla de este modo : « Altorf ha quedado destruido, y puede que pasen de ciento los niños que en este momento se encuentran sin ropa, sin alimento y sin asilo; ¿quereis que pidamos al gobierno nos permita recibir en este colegio veinte de esos niños? — ¡Sí, sí! respondieron á una los escolares. — Pero reflexionad bien lo que pedís, repuso el director. Tenemos poco dinero á nuestra disposicion, y no es seguro que nos concedan nada mas en favor de los que vengan. Para con-

1. Pequeña ciudad de Suiza, capital del canton de Unterwald.

servar nuestros medios de existencia tal vez tengamos que trabajar mas que hasta ahora, y probablemente habreis de dividir vuestros vestidos y vuestro alimento con ellos. Si no estais seguros de imponeros estas privaciones sin sentirlo despues, no los llameis á vuestro lado.» Varias veces insistió el director en estas objeciones, haciendo repetir á los niños las mismas palabras que habia pronunciado para ver si las habian comprendido, pero ellos perseveraron en su generosa resolucion. « Que vengan, dijeron todos, que vengan, y aunque suceda lo que nos habeis dicho, queremos que dividan con nosotros todo lo que tenemos. » Fueron, en efecto, siendo recibidos y tratados como hermanos.

Los jóvenes escolares de Passy.

[1842.]

Un pobre trabajador llamado Morvan, viudo hacía ya algunos años, marchó á Paris en el invierno de 1842 con un niño pequeño desde una provincia lejana, con la mira de trabajar en las fortificaciones de la capital; á su llegada obtuvo autorizacion para colocar á su hijo, de edad de nueve años, en la escuela comunal de Passy. El padre y el niño se hallaban en la mayor miseria; apénas si tenian pan todos los dias, pues muy á menudo se acostaban sin cenar. Una vez dijo á sus condiscípulos con su franca ingenuidad: « Esta noche nos acostaremos en ayunas, porque no tenemos pan. » Entónces otro niño, casi tan pobre como él, le dió parte de su comida, lo que visto por los otros, se condolieron de su triste situacion, y todos los dias se apresuraban á darle no solo lo que necesitaba sino tambien para su padre que perdia muchos dias de trabajo á causa del mal tiempo. Así unos daban pan, otros un cuarto, dos ó tres; otros les procuraban ropa y hasta zapatos. De este modo el pobre niño llevaba todas las noches dos libras de buen pan por lo ménos que servia para cenar y al dia siguiente desayunarse. Lo mas admirable fué que todo

el tiempo que duró el invierno se sostuvo en el mismo grado la piedad en los corazones de los niños, sin debilitarse un momento y siempre con el mismo afecto cariñoso.

Cuando mejoró el tiempo, aquellos dos desdichados volvieron á ponerse en camino, dirigiéndose á pié á su tierra, pero llevando grabado el recuerdo de la escuela de Passy.

---

§ VIII. HUMANIDAD, ABNEGACION.

El espectáculo de las desgracias causadas por algun incendio violento, la vista de un hombre atacado por malhechores, los gritos de un niño que va á perecer entre las olas, en fin, la presencia de un peligro inminente arrastran multitud de almas generosas á arriesgar la propia vida por salvar la de sus semejantes; estos son arranques del alma, movimientos de generosidad espontánea dignos de toda alabanza y que honran á la humanidad. (LEBRUN.)

Hay circunstancias en que el hombre, para socorrer á sus semejantes, despliega de repente una magnanimidad, una fuerza de voluntad y decision, y una elevacion de sentimientos asombrosos. Es Francia tan fecunda en almas generosas, que siempre que ocurre alguna catástrofe extraordinaria, por todas partes brota una abnegacion tambien extraordinaria. (B.)

Cuando oimos referir algun rasgo de abnegacion, nos sentimos conmovidos profundamente, disfrutamos un placer puro, y nos sentimos mejores. Si imitásemos lo que hemos admirado, haciendo obras semejantes á aquellas cuyo solo relato nos ha conmovido tanto, ¿no es indudable que nuestro placer seria mucho mas vivo, nuestra emocion seria mas fuerte y mayor nuestra dicha?

ENFERMEDADES Y MISERIA.

Betancourt.

[Siglo XVI.]

Pedro de Betancourt, religioso frances, se hallaba en Guatemala, ciudad de la América central, y no pudo ménos de compadecerse de la suerte de los esclavos para los que no existia asilo alguno en caso de enfermedad. Habiendo obtenido por caridad el don de una mísera casita que le habia servido ántes de escuela para los pobres,

construyó él mismo una especie de enfermería que cubrió con techo de paja, con el objeto de que sirviera de refugio á los esclavos que lo necesitaran. No tardó en encontrar una esclava negra, lisiada y abandonada por sus amos. El noble religioso carga con ella á cuestas, y orgulloso con su fardo, la lleva á aquella mala choza, que él llamaba hospital. Recorria toda la ciudad en busca de auxilios para la enferma, que no sobrevivió mucho tiempo á su caridad, y derramando sus últimas lágrimas prometió á su bondadoso enfermero pediria por él la recompensa celeste que sin duda ha obtenido.

Enternecidos muchos ricos con la virtud de aquel sacerdote, procuraron fondos á Betancourt, que vió transformarse la cabaña de la esclava negra en un hospital magnífico. Nuestro religioso murió jóven, su amor á la humanidad habia consumido su corazon. Apénas se divulgó la nueva de su muerte, todos los pobres y los esclavos corrieron en tropel al hospital para ver por última vez al que habia sido su bienhechor; besaban los piés del cadáver, le cortaban retazos de su hábito, hasta que hubo que poner centinelas al lado de su atahud.

La órden del padre Betancourt sobrevivió; la América entera se cubrió con sus hospitales, servidos por religiosos que tomaron el nombre de Bethlemitas. Hé aquí la fórmula que empleaban al hacer sus votos: « Hago voto de pobreza, de castidad y de hospitalidad, y me obligo á servir á los enfermos pobres aun cuando sean infieles y estén atacados de males contagiosos. »

Belzunce y Roce.

La historia ha consignado en sus páginas los nombres del piadoso Belzunce, arzobispo de Marsella, y del noble caballero Roze, quienes durante la peste que desoló esta ciudad en 1720 y 1721, imitaron el celo y la abnegacion de que tan bello ejemplo dió san Cárlos Borromeo cuando la peste de Milan. Veíaseles en lo mas fuerte del contagio

ir de calle en calle, de casa en casa, llevando auxilios de toda clase á los enfermos; alentando con su ejemplo mas que con sus discursos á los militares y magistrados que le acompañaban en aquella obra heróica. A cada momento exponian su vida, pero por un favor especial de la Providencia, la plaga destructora las respetó.

El cólera en Paris.

Con la rapidez del rayo entró el cólera en Paris el año 1832, ejerciendo sus estragos lo mismo en las casas de los pobres que en los grandes palacios, esparciendo la muerte en el seno de una poblacion amilanada ya y presa del terror.

Espantados los habitantes de aquel mal devastador, quieren aislarse unos de otros. ¿Serán abandonados los atacados? No, porque la humanidad va á hacer prodigios. Animados los médicos de un celo tan grande como el peligro, piden á la ciencia nuevos secretos; para ellos no hay hora de reposo, ni de dia ni de noche; todos sus instantes están consagrados al deber, á los peligros, á la fatiga, y en todos los puntos de la capital se establecen ambulancias[1]; desde los diversos puestos en donde se ha distribuido esta docta y valerosa milicia, vuela al primer llamamiento del dolor, siguiendo sus pasos farmacias portátiles hasta el lecho de los enfermos

Pero el número de estos se multiplica. ¿Cómo bastar á todo? Mas hé aquí que llegan auxiliares: ¿y quiénes son? los hijos de las familias mas ricas de Paris desiertan de sus lujosas moradas para ir á instalarse en las boardillas y en los hospitales: son enfermeros voluntarios que van sembrando el oro, prodigando sus cuidados, permaneciendo al lado de jergones infectos; su celo suple su experiencia, su caridad triunfa de la repugnancia, su perseverancia desarma la muerte.

1. Las ambulancias son como hospitales portátiles

La mujer reclama tambien su parte sublime en los servicios y en los peligros. Los ministros de la religion se multiplican por todas partes, llevando consuelos y socorros. Jamas ofreció el celo de la humanidad un espectáculo mas patético, una rivalidad mas heróica.

La señorita Detrimont.

A principios de 1825, en la villa de Saint-Remi-Bosrecourt, distrito de Diepa, se presentó una enfermedad epidémica, contagiosa, con todos los caractéres del tifo, empezando no se sabe cómo, en casa de una pobre familia compuesta de once personas. En seis dias sucumbieron la abuela y dos de los nietos; un mes despues murió la madre, siguiéndola dos de sus hijos con siete á ocho dias de intervalo. Quedaba solo el jefe de aquella familia infortunada, Santiago Vasselin y cuatro hijos, pero todos ellos estaban ya atacados del mal que habia herido seis víctimas ante sus ojos.

Aterrorizados los parientes, los vecinos y amigos con tantas muertes repentinas, unas tras otras, no se atrevian á acercarse á Vasselin ni á sus hijos, que, abandonados de todos, parecian condenados á morir sin socorro alguno. « No queremos ir á buscar la muerte, » contestaban todos aquellos á quien se dirigia la autoridad local para que procurasen algun alivio ó socorriesen á aquellos desgraciados. Una señorita que habitaba en un pueblo vecino, Celestina Detrimont, llegó á saber lo que ocurria por el rumor público, y se presentó al alcalde de Saint-Remi con el objeto de proporcionar á aquella infortunada familia los socorros que todos la rehusaban. El alcalde aceptó enternecido la oferta, pero creyó de su deber no ocultar á aquella señorita el riesgo á que iba á exponerse. « Conozco el peligro, dijo ésta, pero no puedo dejar perecer cinco desgraciados abandonados de ese modo. » Y provista apénas de algunos preservativos, fué á encerrarse en la casa apestada con Vasselin y sus hijos. Uno solo de éstos mu-

rió. Los cuidados activos y constantes de la señorita Detrimont consiguieron arrancar á una muerte que parecia cierta á Vasselin y los tres hijos que le quedaban. No era aquella bella accion la única de la vida de la señorita Detrimont, pues hizo otras obras semejantes, que solo son conocidas del Sér Supremo y de los infortunados que socorrió.

Magdalena Saunier.

Era lo mas crudo del rigoroso invierno de 1835. Magdalena Saumier, mujer caritativa, habia descubierto en un sitio retirado del campo el lugar donde vivia una infeliz llamada Mancel, que era mas bien la guarida de una fiera que el asilo de una persona humana. La señora Mancel, largo tiempo enferma, veia acercarse su última hora, y Magdalena, á la cabecera de su cama, no la dejaba un momento. Una larga noche de aquel invierno, era ya cerca del amanecer y la nieve caia en abundancia cubriendo la tierra con sus espesos copos; soplaba un viento helado que hacia temblar la cabaña donde se albergaban tanta miseria y tanta caridad. Con objeto de preservar á la enferma del frio mortal que se juntaba con sus padecimientos, encendió Magdalena un poco de leña verde que llenaba la choza de humo, y prodigaba los últimos consuelos á su protegida, ya en las convulsiones de la muerte, cuando se entreabre la puerta, que solo estaba cerrada por una piedra que la sostenia por dentro, y asoma un lobo hambriento, pronto á lanzarse sobre Magdalena ó á disputar su presa á la muerte. Espantada Magdalena, hubiera emprendido la fuga si hubiera estado sola, pero léjos de eso, se lanza á defender el depósito que la Providencia ha puesto en sus manos; resiste con firmeza, apoya la puerta y la piedra, pone otros obstáculos mas, y no cesa de dar gritos, variando el sonido, para que el animal crea tener que habérselas con varias personas á la vez. Se van agotando ya sus fuerzas, pero afortunadamente empieza á despuntar el dia y el lobo

se aleja. Pocas horas despues habia dejado de existir la señora Mancel. ¿Creeis que Magdalena da por cumplida su mision y que ya no piensa sino en regresar á su casa?... No, la piedad para con su semejante no la permite abandonar así los restos de aquel sér, cuyos sufrimientos habia aliviado por tanto tiempo, y cuyos últimos momentos acababa de defender con peligro de su vida. Se estremece á la sola idea de que el lobo podia volver á la cabaña, corre á la casa mas próxima y ruega al aldeano que la habita le permita depositar allí los restos mortales de la pobre mujer. El aldeano accede, y su mision queda terminada de este modo, cayendo de rodillas y dando gracias á Dios por haber bendecido sus esfuerzos. Júzguese cuál seria su emocion cuando supo que el animal con que habia luchado tan heróicamente habia vuelto á la siguiente noche, probando sus pisadas, impresas en la nieve y en la choza, hasta qué punto habia sido recompensado su valor.

Juana Jugan.

Juana Jugan, natural de Cancale, hace unos veinticinco años fué á buscar colocacion como criada en San Servan, pequeña ciudad del distrito de San Maló.

Puede decirse que la última casa donde entró á servir era la escuela de las buenas obras. Habiendo fallecido la señora, resolvió Juana reemplazarla en el ejercicio de la caridad.

Hé aquí los resultados de su resolucion, que fué como una especie de voto.

Una pobre anciana, ciega, baldada y en la miseria, acababa de perder su hermana mayor, tambien pobre, pero que era su único sosten. Se aproximaba el invierno de 1839, y la pobre ciega necesitaba un apoyo; ¿dónde le hallaria? Juana Jugan hizo que la trasladaran á su casa, con lo que tuvo quien la cuidara y proveyera á su manutencion.

Una criada se habia sacrificado por sus amos, primero sirviéndoles en su prosperidad, despues sin salario cuando se hallaron en necesidad, y por último, alimentándolos con el producto de su trabajo y sus propios ahorros; pero la edad, los achaques, la incapacidad para trabajar, en fin, el aislamiento cayeron sobre ella; sus amos habian muerto y se encontraba sin asilo; Juana Jugan la conduce á su casa: son tres, la habitacion es reducida, así como sus recursos, pero la Providencia velará por ellas.

Otros dos desgraciados vienen á llamar á la puerta de aquella pobre morada, convertida en asilo de la desgracia. Son numerosos los ancianos abandonados en San Servan, pues componiéndose la poblacion en su mayor parte de marineros, muy á menudo sucede que las olas ó la fatiga de tan duro oficio se llevan repentinamente al mas fuerte de la familia, el que con su trabajo cubria las necesidades de todos, y muerto él, los niños y los ancianos se hallan sin recursos. Juana desea serles útil, pero será preciso buscar una casa mayor; la encuentra, la alquila y va á vivir en ella con sus pobres; un mes despues está llena; doce pobres han encontrado su refugio en ella.

Empiezan á hablar del asunto varias familias pudientes de la ciudad; visitan la casa y se admiran del órden, los cuidados y los medios ingeniosos que encuentra una pobre mujer exhausta de bienes, para alimentar, cuidar y tener contentos á todos. Entónces varias personas quieren unirse á aquella buena obra, se procura á Juana una casa mas espaciosa pero con la formal advertencia de que es todo lo que se puede hacer y que no se puede contribuir á los gastos; que mire bien lo que va á emprender, pues tiene que subvenir ella sola á todo, y por tanto que no aumente demasiado el número de sus acogidos. « Dadme, dadme la casa, dice, que si Dios la llena, no la abandonará. »

Bien pronto, en lugar de doce pobres, tiene ya veinte, y hoy cuenta en derredor suyo una familia de sesenta y cinco desgraciados de ámbos sexos, todos ancianos, impedidos ó

incurables, arrancados de la miseria, de lugares infectos, á la vergüenza de mendigar por la calle, ó sustraidos á los vicios que trae consigo la holganza.

Tres personas, movidas por su ejemplo, se reunieron con Juana para ayudarla al servicio á y todas las ocupaciones interiores. El trabajo está organizado en la casa voluntariamente, segun la aptitud y facultades de cada uno; visita gratuitamente los enfermos un médico, que ha establecido allí una farmacia en pequeño; en una palabra, Juana Jugan ha dotado á la ciudad de San Servan con un verdadero *hospicio*.

La mayor parte de los hospicios han sido formados por las ciudades ó por el Estado; otros establecimientos del mismo género lo han sido por personas ricas en sus disposiciones testamentarias, ó por llamamientos á la caridad; pero el hospicio de San Servan ha sido fundado por una pobre criada, que no tenia otra riqueza sino su caridad.

¿Cómo es posible que Juana subvenga á los gastos de una casa semejante? La Providencia es grande. Juana es infatigable, elocuente; Juana ruega, llora, trabaja; siempre lleva la cesta al brazo y siempre la trae llena

INUNDACIONES, NAUFRAGIOS.

Dercy.
[Siglo XIX.]

A principios de un terrible invierno ocurrió un gran desastre en las cercanías de un pueblecillo. A consecuencia de lluvias abundantes, todos los rios habian salido de madre y habian reventado varias esclusas del canal. Ya llegaba la inundacion á las primeras casas y causaba bastante sobresalto la suerte de los habitantes de un molino situado á trescientos pasos del pueblo. El molinero y su hijo estaban ausentes; su esposa habia quedado sola en la casa con dos niños pequeños. El camino del molino era una calzada que se hallaba entre el canal y una pradera, pero

estaba ésta sumergida desde la víspera, y al rayar el alba se vió con espanto que habia ya quince centímetros de agua en la calzada.

Jorge Dercy, dueño de una granja vecina, habia pasado toda la noche trabajando con algunos mozos del pueblo para construir de prisa y corriendo algunos diques y á abrir paso á las aguas por otro lado. ¡Pero cuál fué su terror al advertir el peligro que amenazaba á aquella familia! El agua crecia por momentos y no habia ningun barco; el único que habia, amarrado de ordinario en el molino, habia sido arrebatado por la corriente. En esto pasa un hombre á caballo por entre el grupo de habitantes reunidos en lo alto de la calle que no estaba inundada. De una ojeada mide Jórge el agua que cubre la calzada y dirigiéndose al ginete le dice con finura: « Caballero, os ruego echeis pié á tierra. — ¡Cómo! ¿que baje del caballo? — En seguida. » El tono del jóven era tan imperativo al decir estas palabras, que aturdido el viajero, se apea, Jorge salta á la silla y toma á paso largo el camino de la calzada. « ¡Ay mi hijo! ¡hijo mio! ¿á dónde vas? gritaba su madre. — No tengais cuidado, señora, no hay peligro. » Vésele llegar al pié del molino; la pobre mujer ata á uno de sus niños con una cuerda por los sobácos, y al otro con una sábana; Jorge se alza sobre la silla y recibe los dos niños que coloca á la delantera y parte, prometiendo volver á buscar la madre. La anciana señora Dercy toma los niños de manos de su hijo; la pobre mujer tiembla, está sin aliento, pero sin atreverse á detener á su hijo; sabe que serian vanos sus esfuerzos y que no la escucharia; conoce al mismo tiempo que no hay un minuto que perder. Al segundo viaje llegaba el agua casi al cuello del animal y parecia que iba nadando. Afortunadamente el segundo viaje tuvo tan buen éxito como el primero, y entónces la madre de Jorge entregó los niños á la de éstos.

Jorge recibió los parabienes de los habitantes y entregó el caballo al viajero que habia exclamado al principio de esta escena: « ¡Pero ese jóven está loco! ¡Va á ahogar mi

Inundacion.

caballo y él tambien! » Pero al tomar su caballo dijo á Jorge: « Caballero, sois un valiente; pero he tenido miedo por vos al ver por un lado el canal y por el otro la pradera con tres metros de agua. — Sí, repuso Jorge, pero uno apénas en la calzada que conozco como los dedos de la mano; muchas veces me paseo por ella, y ademas sé nadar, por consiguiente no hay mérito ninguno; me hubiera causado gran pesar si despues de haber salvado los niños no hubiera podido salvar á su madre. »

Antonio Dejean y sus compañeros.

El Aveyron[2] corre á lo largo de la pequeña y linda llanura de Riol. La aldea de Riol Bajo, compuesta de diez y ocho familias, situada en dicha llanura y á doscientos metros del rio, empezó á ser inundada desde el mes de febrero. El rio fué creciendo todo el dia, pero por la noche fué terrible la inundacion. Enormes troncos de árboles arrastrados por la corriente entraban en las calles de la aldea y golpeaban las casas con increible fuerza; dos de estas se hundieron ántes de amanecer. El ruido que produjo esta catástrofe, junto con el que hacia el agua dentro y fuera de las habitaciones, consternó los ánimos de los habitantes. Las familias temian ser sepultadas bajo los escombros de sus casas. Amaneció por fin, pero fué para permitir á aquellos desgraciados que contemplasen su horrible situacion.... La inundacion seguia creciendo y la lluvia continuaba cayendo á torrentes. Los habitantes de un pueblo cercano quisieron darles auxilio, pero se hallaron detenidos á considerable distancia; apénas si podian hacerles oir algunas palabras para consolarlos y alentarlos; la sola barca que habia cerca de allí yacia en el fondo del agua. A todo esto los gritos desesperados y los gemidos se mezclaban con el mugido de las olas, y se veian en las ventanas

1. Rio impetuoso que desemboca en el Tarn, entre Montauban y Moissac; debe su nombre á un departamento formado del antiguo Rouergue.

y sobre los techos de las casas las familias agrupadas alzando las manos al cielo.... Las madres abrazaban sus hijos regándolos con lágrimas de dolor y de agonía. « Imploremos todos juntos la misericordia divina, exclamaron sollozando, porque vamos á perecer si Dios no se apiada de nosotros! » Testigos de aquel doloroso espectáculo los habitantes que habian venido con el objeto de socorrerlos, conciben la feliz idea de ir á Ardourels, villa situada á tres cuartos de legua á lo largo del rio, para ver si se habia salvado algun barco. Al llegar á la villa vieron una gabarra que se balanceaba bien adentro del agua, á orilla de un terromontero que dominaba el cáuce del impetuoso rio. Pero ¿quién se arrojará en medio del torrente para apoderarse del barco? Unos no saben nadar, otros temen ser arrastrados por la fuerza de la corriente. « ¡Ochenta personas habrán perecido ántes de la noche si no vamos á socorrerlas!... clama una voz. — ¡Pues hay que ir volando!... » dice el jóven Antonio Dejean, dueño de la gabarra, y poniendo su confianza en Dios, se arroja al agua, llega con felicidad al barco, le desamarra y le conduce á la orilla. Era imposible conducirle por agua hasta el lugar de la desolacion, así es que le colocan en un carro y no tardan en llegar á Riol Alto, distante unos seiscientos metros de la aldea inundada. Bótase en seguida la gabarra al agua; Dejean la dirige, acompañado de dos mozos valerosos, armados de largas pértigas y remos cortos; los tres compañeros, hábiles y arrojados á cual mas, arrostran los mayores riesgos. En la rapidez con que van costeando las cercas y las paredes se echa de ver, se siente la generosa humanidad que les anima. Todos los espectadores hacen votos por el éxito de tan peligrosa empresa. Ya apénas se percibe en medio del agua la fugaz navecilla.... y no tarda en llegar al lugar de la afliccion. A su vista redoblan los gritos y los llantos, pero son gritos de esperanza, lágrimas de alegría. Los pilotos salvadores se dirigen primero á las casas que se hallan mas amenazadas, y unos tras otros, consiguen salvar todos los habitantes de la aldea sumergida. De cuando en

cuando van hundiéndose las casas, y al anochecer todo el pueblo estaba destruido, pero completamente evacuado. Los vecinos de los pueblos inmediatos dieron hospitalidad á los emigrantes y no hubo ninguna pérdida personal que deplorar.

Gilberto Bellard.

Gilberto Bellard es uno de esos soldados viejos que han adquirido bajo las banderas las nobles inspiraciones que poseen. La villa de Artonne, departamento de Puy-de-Dome, le eligió como guarda campestre despues del licenciamiento de 1815, y desde entónces parecia que Gilberto no vivia sino para ser útil á sus conciudadanos.

Una terrible tormenta sorprende el 25 de julio á los labradores de Artonne y de Saint-Myon en el momento de hallarse ocupados en los trabajos de la cosecha; una enorme manga de agua cae súbitamente y les corta la retirada; la lluvia, el granizo, impelidos por el viento, hacen salir de su cáuce al rio Morge. Los dueños de las fábricas establecidas en las orillas de este rio parecen ser los mas amenazados, y allí se presenta Gilberto.

Sin embargo, no tarda en dejarlos, pues otro peligro mas grave reclama su ayuda. Todos los habitantes de las cercanías acuden, pero quedan embargados de espanto. En un pequeño espacio que infaliblemente van á cubrir las aguas se encuentran cinco desgraciados que se han refugiado allí y esperan la muerte que parece no puede evitar ningun socorro humano, pues gruesos troncos de árboles arrastrados por las aguas, chocan unos con otros, se amontonan ó impiden el acceso al nadador mas avezado. Los angustiados gritos de los cinco desgraciados, las desgarradoras súplicas de las familias aumentan la consternacion general. El atribulado párroco del pueblo ruega y llora bendiciéndolos.

En esto llega Gilberto, ve y comprende todo. Dirigiéndose entónces á sus conciudadanos, les dice así: « Sé á lo

que me expongo; si perezco, os lego mi mujer y mis cuatro hijos. »

En seguida se echa al agua y comienza una lucha terrible, pues tiene que salvar aquellos infortunados uno por uno, y así no ha puesto el pié en la orilla, respirando apénas con el peso del que ha salvado, cuando vuelve á buscar otro, renovando con todos la misma intrepidez inspirada por su heroismo.

Sin duda alguna los gritos de la poblacion entera y las lágrimas de agradecimiento de las madres y de los hijos, le sostuvieron durante las seis horas de terribles peligros que venció, pues todos quedaron en salvo y en el seno de sus familias.

Paillette.

Despues de veintitres años de ausencia volvió Paillette á su hogar, y hubiera podido decirse que habia sido colocado como un poder conservador al lado del estanque de la Villette[1], teatro de actos numerosos de su intrépido desinteres. Era un nadador muy diestro, y en cuanto sabia que uno de sus semejantes corria peligro, volaba á su socorro. Ya eran mujeres imprudentes, ya otras desesperadas, hombres desgraciados y sin recursos los que libraba del agua en donde iban á perecer, fuera por casualidad ó por voluntad propia. Estos rasgos que le eran tan familiares, los habia demostrado desde su infancia. Un dia salvó tres personas, y una de ellas, en lugar de dar las gracias á su libertador, le pagó injuriándole. En la Villette habia sido arrojado al agua un carretero por unos ladrones despues de haberle robado, y advertido Paillette le sacó sano y salvo á la orilla. Una mujer que habia tenido una violenta contienda con su marido, se arroja al agua; pero Paillette, que la habia seguido, la coge en el momento de desaparecer y la devuelve la vida, la razon y su esposo. Dos plo-

1. Pueblo que fué reunido con Paris en 1860; los canales de Saint-Martin, y Saint-Denis empiezan en este hermoso estanque ó depósito de agua formado por el canal del Ourcq.

meros embriagados equivocan su camino y caen por la noche en el hielo que se rompe, se abre, los cubre en un instante, y sin el socorro de Paillette hubieran perecido. Un infortunado, impulsado por la miseria, fué á buscar en el fondo del agua el alivio de sus males; pero Paillette le arranca á la muerte, le da asilo, de comer y dos francos, insignificante cantidad para un rico, pero preciosa para un pobre. De este modo salvó Paillette en el espacio de algunos años mas de sesenta personas arriesgando su vida contínuamente.

Siempre está pronto, de dia y de noche, en verano y en invierno, y por decirlo así, se convierte en esclavo de su virtud; su vida está á disposicion de todo el que se halle en peligro. A menudo van á despertarle á cualquier hora de la noche transportando asfixiados ó heridos á su casa, convertida en hospital. No contento con exponer sus dias por salvar los de sus semejantes, acoge bajo su techo á los infelices que ha robado á la muerte, los vela, los alimenta y parte con ellos sus escasos posibles, conduce á los buenos sentimientos á los que el exceso de su miseria ó los errores de las pasiones habian arrastrado al suicidio, y no los deja de la mano hasta estar bien persuadido que no reincidirán. Hace mas que garantizarlos contra el peligro presente: protege su porvenir contra sus malas ideas, y es un salvador y un apóstol á la vez.

Naxi.

Hay en Lorena una ciudad poco conocida en medio de unas llanuras bajas y pantanosas á algunas leguas de Nancy. Cruza por la poblacion un rio que generalmente lleva poca agua en el verano, y por algunos sitios es vadeable, por lo que las gentes se han acostumbrado á no creer en el peligro; pero á la menor lluvia de tempestad crece mucho de repente, y hay varios sitios en él muy temibles y que se conocen en el pais por numerosas desgracias ocurridas en ellos.

En esta ciudad llamada Vic[1], y á orillas del Seille[2] habita un hombre que parece haber sido enviado allí expresamente por la Providencia para correr á auxiliar á todos los que invocan su ayuda en los accidentes que ocasionan las crecidas. José Naxi, siempre pronto cuando se le necesita, es tanto mas digno de admiracion, cuanto no es un batelero, ni un marinero, sino un licenciado del ejército que ahora es sombrerero.

La tarea de salvar á los que de repente se encuentran arrastrados por las aguas ha venido á ser en él una costumbre, casi una vocacion, de suerte que se le considera hoy en esa tierra como el guardian del rio. A cualquier desgracia que ocurre, la primera idea es ir á llamar á José Naxi, ó bien dicen: « ¡Ah si estuviera aquí José! » Y José está allí siempre. En cuanto se le llama, deja su trabajo, su tienda, su mesa ó su lecho, en invierno ó en verano, á todas horas y cualquiera que sea el tiempo.

Multitud de personas le deben la vida. Ora es un viñador que estaba pescando á orillas del Seille y se ve arrastrado por las aguas, ó bien un guarnicionero que cae al rio y está próximo á perecer; un soldado que se ahoga con su caballo; obreros que zozobran con su barco; dos escolares que bañándose en una corriente rápida, desaparecen, y él devuelve á su familia; otra vez salva á un pobre demente, á una mujer de avanzada edad, á una niña de tres años

Una niña habia caido en el rio desde un puente; dos habitantes de Vic, testigos de su caida, se echaron al agua, pero, malos nadadores, no pudieron alcanzarla. El rio, muy crecido entónces, la habia llevado ya léjos; la niña flotaba aun sobre el agua, pero iba hácia un sitio muy peligroso, y ya se veia el agua formando remolino al derredor de ella, y próxima á desaparecer. Llaman á José que acababa de comer y estaba enfermo; el frio del agua podia serle mortal, pero á pesar de las súplicas de su mujer que se pone

1. Cabecera de distrito en el departamento de la Meurthe.

2. Este rio desemboca en el en Metz.

por delante, la responde diciendo: « Quiero salvar esa niña, » y consigue devolverla á su padre.

Un dia sobre todos consiguió un verdadero triunfo su valeroso y perseverante amor á la humanidad.

Engrosado el Seille por largas lluvias, habia salido de madre por sus dos márgenes, invadió las calles de la ciudad y subió á mas de un metro en las habitaciones. Muchos eran los que gritaban pidiendo auxilio, pero José les oia á todos. Siguiendo sus impulsos, desempeña su oficio acostumbrado, y familias enteras, maridos y mujeres, ancianos y niños le debièron su seguridad, su salvacion. ¡Con infatigable constancia, en el mes de noviembre, permaneció en el agua desde las seis de la mañana hasta por la noche, es decir, once horas enteras sin descansar! Aquel dia salvó del agua diez y nueve personas.

Si viviéramos en la época y en el pais[1] donde por cada ciudadano salvado se daba una corona de encina, José tendria hoy treinta y dos coronas con que ornar su casa.

Boisdoux.

Mateo Boisdoux, habitante de Montereau[2], es un hombre honrado, arreglado, sóbrio, laborioso, que trabaja dia y noche para cuidar de su madre y criar sus hijos. Su único defecto es prodigar una existencia tan necesaria á todos los suyos, por atender al bien de sus semejantes. Apénas ve un incendio á lo léjos, acude en seguida, y se le ve en todos los sitios mas peligrosos, y donde es necesario ser útil á sus semejantes. Si en el Sena ó en el Yona ocurre algun caso desgraciado, si un hombre ó un niño necesitan auxilio, por léjos que esté Boisdoux de ellos, no deja de oir su voz, y salvará al hombre y al niño. Ya no pueden contarse los incendios donde ha dado pruebas de valor, ni las víctimas que ha arrancado á los dos rios de su ciudad. Un dia cubria el rio desbordado la llanura

1. En Roma.
2. Ciudad del departamento de Sena y Marne, confluente del Sena y del Yona.

á gran distancia, y algunos barrios estaban inundados. Refugiados los habitantes en los pisos altos, comunicaban entre sí por medio de lanchas. Tres de ellos que iban á ver los desastres de la inundacion, entran en una barca, la empujan con el pié y se van rio adentro, sin echar de ver que no tenian remos ni vichero, hasta que ya es tarde. Van á merced de la corriente; ante ellos se ve un puente, cuyos arcos, cubiertos casi todos, están ocultos bajo el agua, é indudablemente van á estrellarse allí. Gritan pidiendo socorro; Boisdoux les oye, pero, ¿qué puede hacer? ¿Irá á buscar su barco? De ningun modo; el tiempo es precioso y el apuro es inminente. Se precipita al agua y despues hará lo que pueda. Hé aquí lo que hizo.

El barco seguia su marcha y ya estaba léjos; él le veia correr y llegar cerca del puente. ¡Qué angustia sentia Boisdoux en su pecho! En fin, tal es el miedo que le causa la suerte de aquellos hombres que van á perecer, tales esfuerzos hace que consigue alcanzar el barco. ¿De qué serviria este barco á otro qualquiera que no fuera Boisdoux, arrastrado por las olas, cerca del puente que casi se está tocando, sin remos ni palo de virar? ¿Qué podrá hacer mas que aquellos tres hombres que nada han podido por sí mismos? Sí; posee en mayor grado que ellos el valor inteligente, el valor del sacrificio. Parece que hay en él una luz y fuerza sobrenatural. Boisdoux mantiene extendido su brazo contra el barco para detenerle, y coge la cuerda que cuelga; pero, como necesita los dos brazos para luchar contra las terribles oleadas del agua, coge entre sus dientes la cuerda que debe salvarlos; y con la ayuda de Dios los salva, en efecto, á fuerza de valor y de fatiga; llega á la orilla rendido, pero contento, pues le deben la vida tres hombres.

El 7 de noviembre de 1843 bajaba la almadía[1] de Auxerre con direccion á Paris. La corriente era rápida; la

1. Barco grande del que una parte forma una cámara bajo el puente. Su primitivo nombre fué el de *coche*, con el que aun se conoce igualmente hoy en Francia.

embarcacion va derecha al puente, pero yerra el arco, y se oye un grito inmenso; el barco estaba destrozado bajo el agua. Boisdoux todo lo habia visto y oido. La almadía llevaba veinte y tres pasajeros que se hallaban casi todos en el gran salon. El barco está hundido todo excepto la popa que se ve aun á flor de agua, á donde llega Boisdoux y se encarama sobre lo que queda de puente [1]. Y como inquiriese los medios que habria para salvar á los que se estaban ahogando, le responde un hombre que estaba agarrado al barco, con el agua hasta la cintura, que están perdidos sin remedio. «¿Quién puede pensar en salvarlos? — Yo, dijo Boisdoux, puesto que para eso he venido.» Busca las salidas; solo la mitad de una de las ventanas del barco, llamadas portas, está fuera del agua y es muy estrecha para que pueda pasar, pero no hay otro medio, y por tanto pasará. Sus esfuerzos fueron inauditos para forzar la puerta y zambullirse en el abismo donde luchaban contra la muerte los desgraciados que en él se hallaban, y forcejeó con el mismo afan por entrar que otros hubiesen hecho para salir. Por fin consigue su objeto, entra, coge una de las víctimas, una jóven, la lleva á la ventana, la hace pasar, respira y vuelve á engolfarse en el agua; trae un jóven, vivo todavía, despues una muchacha, luego otra que ha perecido. Entretanto el tiempo corre en esta lucha heróica, y la muerte va mas de prisa que Boisdoux. Continúa á pesar de todo, pero en balde, no habia mas sér vivo que él, y tiene que contentarse con las tres vidas que ha salvado, las dos muchachas y el jóven que han vuelto á ver, gracias á él, la luz del dia.

Por fin se decide á salir del agua, de las tinieblas, de aquel sepulcro tan lleno; estaba aniquilado de cansancio, y fué preciso darle auxilio para sacarle con trabajo por aquella ventana, por donde habia pasado él solo cuando se trataba de sus semejantes, faltándole las fuerzas cuando no tenia que salvar sino su persona.

1. Llámase *puente* al piso del barco.

Bousard
[1777.]

Eran las nueve de una noche tempestuosa, cuando un buque con cargamento de sal, tripulado por ocho marineros, y llevando á bordo dos pasajeros, se aproximó al mue-

Casa de Bousard.

lle[1] de Diepa. Era tal la fuerza del viento y el mar estaba tan alborotado, que un práctico llamado Bousard, intentó inútilmente salir por cuatro veces para dirigir la embarcacion á la entrada del puerto. En esto echó de ver Bousard que el capitan del barco ejecutaba una maniobra falsa, y trató de advertirle con señales y con su bocina; pero la oscuridad, el silbido del viento, el ruido de las olas y la

1. Llámase muelle á un dique de piedras de sillería que entra en el mar.

agitacion del mar impidieron que el capitan le viera y oyera, viniendo á parar el barco sobre la escollera, encallando á sesenta metros del muelle.

Al oir Bousard los gritos de los infelices que iban á perecer, sin hacer caso de las amonestaciones que le hacian ni á la aparente imposibilidad de salvarlos, resuelve ir en su socorro. Hace alejar á su mujer y á sus hijos que querian detenerle; y en seguida, atándose por la cintura con una cuerda sujeta por la punta en el muelle, se arroja en medio de las olas. Solo los marinos pueden formarse una idea del peligro que corria. Despues de esfuerzos increibles, llega Bousard hasta el casco de la embarcacion que el furor del mar iba haciendo pedazos, pero una ola le arranca y le arroja á la orilla, y así fué por veinte veces rechazado por las olas y llevándole éstas con violencia sobre la escollera. No por eso se desanima; se arroja de nuevo al mar, y una fuerte ola le lleva debajo del buque. Todos le creian ya perdido, cuando reaparece llevando en sus brazos un marinero que habia caido al mar, hasta que le deja en tierra sin movimiento y casi exánime. Por fin, despues de algunas horas de tentativas infructuosas, rodeado de restos del buque que aumentan el peligro, y cubierto de heridas, consigue subir á bordo y ata allí su cuerda sólidamente. Bousard alienta los ánimos y dice á los marineros lo que tienen que hacer; los hace tocar aquella cuerda que debe ser su salvacion y les indica el camino que han de seguir en medio de las tinieblas y de las olas enfurecidas; él mismo los conduce, y cuando les faltan las fuerzas va nadando en derredor suyo como un ángel tutelar, luchando con las enhiestas olas que piden con terribles mugidos sus víctimas, de las que él deposita siete en la orilla.

Agotadas sus fuerzas con su triunfo, sube Bousard al muelle con mucho trabajo, y cae por tierra en un estado espantoso de postracion por algunos momentos. Se le dió el socorro que necesitaba, arrojando agua de mar por la boca, y ya volvia á recobrar el ánimo cuando otros gritos

llegan á su oido. La voz de la humanidad le devuelve su primitivo vigor, corre al mar, se precipita en él otra vez y es bastante dichoso para salvar uno de los dos pasajeros que habian quedado en la embarcacion, y cuya debilidad habia impedido seguir á los demas náufragos. De los diez hombres que llevaba el buque solo dos perecieron; sus cuerpos se encontraron al dia siguente sobre los guijarros.

La piedad filial era el orígen de la asombrosa intrepidez que demostró Bousard en esta ocasion; su padre habia perecido ahogado en el mar sin que se le pudiera socorrer, y desde entónces habia hecho voto Bousard de salvar los náufragos que pudiera con riesgo de su propia vida.

Herserho.

En la noche del 21 al 22 de octubre de 1820 estalló una terrible tempestad; soplaban con furor los vientos del sudoeste azotando la costa, y arrastraban sobre el acantilado de Quiberon [1], masas enormes de agua que se sucedian sin interrupcion, yendo á estrellarse en tierra con espantoso ruido aumentado con el de los torrentes de lluvia mezclados con torbellinos de arena; toda aquella costa brava de Quiberon, llamada con suma justicia la *Costa salvaje*, presentaba en aquel momento la imágen de la desolacion.

A eso de medio dia se hallaba en los arrecifes [2] el bergantin *San Francisco*, y la marea y el huracan le llevaban hácia una cadena de rocas donde iba á hacerse pedazos sin remedio, cuando una ola enorme le lanzó mas allá de aquel sitio, arrojándole á la costa á un cuarto de legua de la playa. Al ver el patron del barco el riesgo que le amenaza, echa su lancha al mar con el objeto de llegar á la playa aprovechando la marea. Habia á bordo como pasajeros una señora, su hija, de edad de seis años, y un

1. Departamento de Morbihan (Francia). 2. Escollos á flor de agua.

niño de trece, y los tres iban con direccion á Nántes. Encerrada esta señora en su camarote, estrechaba á su niña en sus brazos, esperando que la muerte viniera á terminar su agonía, cuando notó que los marineros se disponian á abandonar la embarcacion. Sale de su camarote con bastante trabajo y ve que el patron habia ya embarcado en la lancha todos sus efectos, su equipaje y el jóven pasajero. Se lanza al puente implorando su generosidad y le ruega que por lo ménos salve á su niña. « No hay sitio en la lancha, contesta con sequedad; encomendad vuestra alma á Dios vos y vuestra niña, porque estais perdidas. » El indigno marino, sordo á los ruegos de la infortunada madre, se aleja y la abandona.

El comandante del puerto de Quiberon, los oficiales del puerto, la guarnicion y los marineros y pescadores se hallaban en el acantilado desde el principio del naufragio; cuando vieron alejarse la chalupa del *San Francisco* abandonando su patron á aquella infortunada y á su hija, se oyó por todas partes un grito de indignacion; percibíase á la pobre madre agarrada á los obenques[1] con su hija en brazos, implorando con lastimeros gritos la misericordia y el socorro de los que asistian á aquella desgarradora escena.

Entónces el intrépido Herserho, uno de los marineros que se hallaban en el acantilado, sin escuchar mas que su valor, se arroja al mar, y despues de escapar de infinitos peligros, llega al buque y dice á la madre: « Dadme al punto vuestra niña; y si tengo la suerte de salvarla vendré á buscaros pronto. » Consigue llegar á tierra, donde deja la niña, vuelve otra vez á las olas, llega á la embarcacion, que submergiéndose á cada oleada, amenazaba zozobrar completamente; á pesar de todos los obstáculos que le oponia la posicion inclinada del barco y la tempestad, entónces en el mayor grado de furia, tiene la fortuna el

1. Los obenques son gruesos cabos de cuerdas en forma de escala, desde la cabeza de los palos hasta el costado de los buques para sostener los palos contra el movimiento de la marea.

valeroso marinero de alcanzar á la desgraciada madre y llevarla hasta la playa, reuniéndola con su hija en medio de la aclamacion general.

ACCIDENTES VARIOS.

Incendio en Nancy.

Un terrible incendio ocurrido en 1766 redujo á cenizas varias casas de Nancy. El elemento destructor era tanto mas rápido y espantoso cuanto hallaba fácil pábulo en

Incendio.

casas miserables construidas casi enteramente de madera. Un viento fuerte apresuraba los progresos del incendio; las llamas salian por los tejados, todas las vigas estaban abrasadas, varias paredes maestras se habian venido abajo anunciando el hundimiento próximo y general. Las bombas eran inútiles á pesar de su actividad y nadie se atrevia ya á acercarse á aquellas paredes prontas á derrumbarse Una mujer llamaba la atencion de todos en medio de los lamentos de la multitud á causa del carácter sagrado de su dolor: era una madre que derramando copioso llanto veia avanzar los torbellinos de fuego hácia una habitacion del cuarto piso, donde, engañada su ternura por el espanto y el tumulto, habia dejado dos niños en sus cunas.

De rodillas, levantando las manos al cielo, sintiendo la muerte en el corazon, fijos los ojos en las llamas que van ganando terreno y que la queman sin tocarla, implora socorro y solo excita una piedad inútil.

Dos granaderos (eran hermanos) de un regimiento de infantería que se hallaba de guarnicion en Nancy, saltan por encima de las abrasadas vigas hácia la habitacion donde se hallan los niños, y desaparecen entre nubes de humo; apénas han entrado se hunde la mitad de la casa.... La madre cae por el suelo sin sentido; pero los dos valerosos militares aparecen con los uniformes medio quemados, tostados sus cabellos hasta la raiz, y entregan cada uno un niño á la madre que vuelve en sí, en tanto que el pueblo prorumpe en un grito de admiracion y el edificio se hunde en las llamas.

Incendio en Auch.

[Siglo XVII.]

Una noche estalló un incendio cerca de la iglesia metropolitana de Auch; estaba tan enrojecido el cielo en derredor de la iglesia, que hubiérase dicho que era ella la que ardia. Ya habia consumido el fuego dos casas y acababa de invadir la de un comerciante de aceites donde llegó á ser tan intenso, que la multitud guardaba una distancia respetable

En vano quisieron penetrar en la casa los soldados mas intrépidos, al oir en ella los gritos lastimeros de: « ¡Socorro! ¡Socorro! » Llegaban lo mas cerca posible, pero al lado ya de las paredes calcinadas que amenazaban ruina era tal el calor del fuego, que á pesar suyo retrocedian. Queriendo algunos oficiales dar el ejemplo á los soldados, les dijeron: « ¡Pues bien, nosotros vamos á subir á esas paredes! » Intentaron hacerlo, pero tambien se vieron obligados á retroceder.

Los bomberos, con su ordinaria bravura, habian hecho prodigios de valor pero se detenian igualmente ante lo

que parecia imposible á todos; y entretanto seguíase oyendo la voz de una mujer que gritaba: « ¡Socorro, salvad á mi hijo! »

Habíanse oido ántes otras voces en aquella casa que pedian *socorro*, pero ya no se oia entre el chisporroteo de l s llamas, el crugido y hundimiento de los techos, sino la voz de aquella madre y de su hijo; los demas habitantes de la casa habian perecido. Un instante se la vió asomarse con su hijo en el piso principal.

El Ilmo. arzobispo de Auch, monseñor Apchon, acababa de llegar al frente de la casa incendiada, y miéntras pudo trabajó acarreando agua y exhortando á la multitud.

« ¡Veinticinco luises, exclamó, al que salve esa mujer y su hijo! »

Oyóse la voz del prelado, y varios hombres del pueblo dieron algunos pasos hácia el fuego, pero pronto echaron pié atras.

« ¡Cincuenta luises al que arranque de las llamas á ese niño y á su madre! » gritó mas recio el arzobispo.

Todos lo oyeron, pero nadie se movió. Entónces se vió al magnánimo prelado á la luz del incendio, empapar una sábana de agua en un cubo, envolverse en ella, y ayudado de uno ó dos hombres, poner una escalera de mano apoyada en la pared de la casa, y haciendo la señal de la cruz, cubierto de la sábana mojada, subió por sus peldaños.

Todos los corazones palpitaban de admiracion y de temor ante semejante espectáculo; todos los ojos se fijaban con avidez é inquietud en el valeroso arzobispo, hasta que llegó á una ventana enrojecida por las llamas; despues no se vió nada... Entónces todos los circunstantes se quedaron petrificados de espanto.... Pero Dios no permitió que fuese vana tanta caridad; aparece un grupo en la ventana, compuesto del arzobispo, la mujer y su niño. ¡Qué alegría al verlos! Hélos ya bajando por la escalera.

Despojándose el arzobispo de su sábana medio quemada, cae de rodillas y da gracias á Dios; levantándose luego,

dice á la pobre madre arruinada por el incendio: « Señora, he prometido cincuenta luises al que os salvase; y puesto que soy yo quien los ha ganado, se los regalo á vuestro hijo. »

La explosion.

El 15 de setiembre de 1837 bajaba hácia Nántes el vapor *Vulcano*, y llegando cerca de Ingrande [1], se acercó á tierra para embarcar los pasajeros. En aquel instante encalla, páranse sus ruedas, revienta la caldera y se derrama por todas partes el vapor ardiente. Un marinero que habia sido alcanzado por el líquido abrasador y herido en el puente, piensa en seguida en cinco niños con quienes se entretenia un minuto ántes en el gran salon. El denodado Pedro Guillot quiere volver á donde estaban; la escalera habia desaparecido bajo el agua hirviendo. En vano se cubre la cara con las manos, pues no puede avanzar un paso; y sin embargo, habia allí una madre, cinco hijos y su aya que iban á ser quemados vivos !...

« Esta idea me mata, » decia.

Va á las portas, se asoma y ve la madre. Era admirable verle suspendido con su pié abrasado en un costado del barco sacar con su robusto brazo la infortunada madre, pero estaba muerta. Vuelve y quiere coger el aya.... pero la generosa muchacha, medio calcinada, le rechaza, diciendo: « ¡No, no, salvad los niños! » Entra Guillot por la porta en medio de aquel horno y hace dos viajes; los cinco niños vuelven á la luz, y el aya los sigue; pero desgraciadamente murieron tres de los niños con el aya y su madre; dos vivirán.

No es ésta sola la accion benéfica que Pedro Guillot ha hecho; pues en su vida cuenta otras en gran número.

El caballo desbocado.

Un carruaje, en el que se encontraban dos señoras y dos caballeros jóvenes, corria con furiosa velocidad arrastrado

por un caballo desbocado en derechura al rio que pasa por Montreramey[1], en ocasion de hallarse éste muy crecido por una tempestad. Presenciando el peligro Isidoro Masson, padre de una familia numerosa que sostiene únicamente con el producto de su trabajo, corre á alcanzar el caballo para sujetarle, pero llega un poco tarde, pues no puede impedir que el carruaje y los viajeros se sumerjan en unas aguas profundas y cenagosas.

Uno de los caballeros jóvenes habia podido salvarse llegando á nado á la orilla, pero el otro y las dos señoras iban á perecer, porque para colmo de desgracia, la corriente les llevaba bajo las ruedas de un molino; el jóven habia ya desaparecido en el cieno del rio. Lleno de sangre y sin tomar aliento, se arroja Masson al agua, vestido como estaba, salva las señoras en primer lugar, y zambulléndose de nuevo, consigue asir al jóven, que desde el fondo del abismo, solo la agitacion que comunicaba al agua en las ánsias de su agonía, indicaba el sitio donde iba á espirar, y le lleva á la ribera con unánime aplauso de los numerosos espectadores de aquella accion heróica á que nadie habia tenido el valor de contribuir.

Hundimiento en un cantera.

[1847.]

En la villa de Beauquesne, cerca de Douttens, hay una cantera de veinticinco metros de profundidad, en donde estaba trabajando un obrero, cuando de repente se hunde uno de los pilares que sostenian la bóveda, y el desgraciado queda enterrado hasta los hombros. Su hijo se hallaba á la boca del pozo esperando la órden de subir la piedra, y no oye sino los gemidos ahogados de una voz que apénas puede gritar pidiendo socorro. Acude gente á los azorados gritos del jóven; le atan á la cuerda, le bajan, y al llegar no ve mas que la cabeza de su padre donde está pintado el

1. Montreramey es una villa del departamento del Aude, á 10 kilómetros de Vandeuvre.

espanto mas terrible. Pónese á trabajar para retirar el monton de piedras que le cubren... pero, ¡vana esperanza! otro nuevo hundimiento le sepulta á él tambien. Sus brazos magullados no pueden socorrer á su desgraciado padre; su cabeza está ensangrentada y su voz, apénas inteligible, anuncia á los de arriba que ámbos van á perecer. La multitud grita, rodean todos la entrada de la cantera, sondean el precipicio con sus miradas, pero nadie se atreve á bajar, mostrándose unos á otros con terror montones de piedras removidas y prontas á cubrir aquellos dos infelices.

El hermano de la primera víctima retrocede tambien ante aquel peligro tan inminente, hasta que un albañil que trabajaba allí cerca pregunta la causa de aquellos gritos. Era Francisco Retel, padre de tres niños pequeños, recuerdo de los cuales no enfrió su intrepidez : se apodera de la cuerda y baja al fondo del abismo; el hijo no puede hacer mas que mostrarle la cabeza de su padre. Retel va á él y trata de levantar una piedra que pesa cuatrocientos kilógramos : ¡no importa! vuelve á la carga, la mueve, y por fin consigue hacerla rodar, separa las otras, y levanta en sus brazos al infeliz obrero; pero está sin sentido, y teme Retel haber llegado tarde; pide un poco de aguardiente y con algunas gotas se reanima el moribundo. Bajan un gran cesto, donde le coloca, le ata, y hé aquí ya una víctima robada á la muerte; el hijo sube despues y Retel aparece el último; en el momento en que la gente allí reunida prorumpe en aclamaciones, se oye otro nuevo hundimiento; un minuto mas, y el libertador de los dos obreros hubiera pagado con su vida la valerosa abnegacion con que conquista el aprecio público.

El carro llevado por la corriente.

En diciembre de 1840 no estaba aun concluido el puente que se ha construido sobre el rio Fremur, no léjos de su embocadura, cerca de San Maló; los carruajes seguian la

costumbre antigua, es decir, atravesar el rio por el sitio donde se puede pasar el vado con la marea baja.

Presentóse en la orilla un labrador que conducia un carro tirado por tres caballos, en el que iba un pobre anciano, y aunque no se habia retirado todavía la marea, se dispone á pasar. Al verle entrar en el rio, muchas de las personas reunidas en la orilla le gritan que la marea no está bastante baja y que se vuelva.

Pero el labrador se obstina en su funesta resolucion, y saltando á las varas del carro, entra con los caballos en el rio. Apénas ha avanzado algunos metros cuando los caballos no hacen pié y comienzan á nadar; el carro da fuertes vaivenes á uno y otro lado, y su conductor cae al agua.

Entónces se siguió una confusion espantosa, pues viéndose los caballos sin direccion, se enredan unos con otros entre los tirantes del carro, y con sus desordenados movimientos se bambolea éste de tal modo, que el pobre anciano que iba agarrado en él creia ya llegada la hora de su muerte.

Renaud, un jóven empleado del empresario del puente, se encontraba por allí, y al oir los clamores de los espectadores, corre á la orilla; á pesar de las súplicas que se le hacen conjurándole á que no se exponga á una muerte casi cierta, se quita la chaqueta, se arroja al agua y llega con rapidez al sitio donde habia caido el desgraciado labrador, uno de cuyos brazos se habia visto salir fuera del agua de cuando en cuando; pero aquel brazo desapareció por la última vez, no quedando ya esperanza de salvarle.

Entónces se dirige Renaud á donde estaban bregando los caballos; á pesar de las agitadas olas del mar y la inminencia del peligro, consigue desenredar los tirantes, regulariza el movimiento de los caballos y los dirige hasta la orilla, donde haciendo pié, sacan con ellos el carro donde se encontraba el pobre anciano, compañero del desgraciado que acababa de pagar su imprudencia con la vida.

El perro rabioso.

A cosa de las siete de la noche se dirigia á su casa Simon Albouy, tejedor de Rodez, cuando se halló frente á un perro rabioso que habia ya mordido algunas personas. El animal corrió hacia él; Albouy, arrimado á una pared, esperó con valor al perro, que se abalanzó sobre él y le mordió cruelmente, pero el tejedor logró apoderarse del animal, y entónces gritó pidiendo socorro. « No le soltaré, dijo, pues quiero evitar mayores desgracias : traed un hacha y matadle. Yo respondo de él, pues por salvar las vidas de mis conciudadanos, sacrifico la mia. »

Un gendarme llamado Portal oyó sus voces, corrió en su socorro, y vió al tejedor que forcejeaba con el perro, al que tenia asido del collar y de las orejas, no cesando de pedir un hacha para acabar con él ó impedirle hiciera mas víctimas. El gendarme daba palos al perro con el baston que llevaba, arma insuficiente para matarle, hasta que llegó un vecino con un garrote sólido, y tales fueron sus golpes que le tendió muerto á sus piés.

Un médico que acudió en el acto vió que Albouy habia recibido catorce mordeduras profundas; las cauterizó con un hierro incandescente, operacion que soportó el herido con tanto valor como el que habia demostrado en la lucha con el perro. « Continuad sin miedo, decia al médico, no temo nada, al contrario, estoy contento al ver que he podido ser útil á mis conciudadanos. »

Despues de cuatro meses de enfermedad, el generoso Albouy recobró su salud y sus fuerzas.

Los niños bajo el hielo.

[1780.]

Estaban jugando tres niños sobre el hielo de un estanque cerca de Versalles, cuando de repente se rompió el hielo bajo sus piés y los tres desaparecieron. Nadie se atre-

via á dar les auxilio, temiendo aventurarse sobre aquella frágil superficie y perecer con ellos. En esto se presenta un jovencillo como de catorce años; mide con la vista la extension del peligro, se pone de rodillas, y alzando los manos al cielo implora la proteccion divina; fortificado con la plegária, se lanza con intrepidez abriéndose un camino en medio del hielo que él mismo rompe y llega adonde yacen los tres niños luchando con la muerte. Tres veces recorre el mismo camino, y salva á los tres sacándolos á la orilla. Entónces se considera dichoso y los contempla enternecido; trata de calentar sus cuerpos transidos de frio y los pone luego en los brazos de su madre.

Los niños en un pozo.

Jugaban dos niños de cuatro años en la plaza pública de Gimont[1], expuestos á mil peligros como sucede siempre que la paternal institucion de las salas de asilo no vela por la infancia. Se encaraman sobre el brocal del pozo de la ciudad y caen en él. Todos acuden, pero no saben qué hacer deliberando y lamentándose sin resolverse á nada. José Serres, niño de doce años, se conduce en aquella ocasion como un hombre maduro. Pide una escalera de mano, pero es muy corta la que traen; no importa, se la tendrán y baja por ella. Uno de los niños tenia el cuerpo fuera del agua, y tendiendo los brazos, ayuda á su propia salvacion. Inclinándose José, le puede coger, le sube con mucho trabajo, mas sin desalentarse, y le entrega á sus padres.

El otro está aun bajo el agua. ¡Está perdido!... Vuelve á bajar José sin que á ninguno de los que estaban allí se le haya ocurrido ir á buscar otra escalera mas larga y ménos peligrosa para el intrépido niño. Llega éste hasta abajo, y á pesar de sus esfuerzos no alcanza al agua. ¿Qué hará? Se cuelga de un pié en el último peldaño y sumergiendo el resto del cuerpo en el agua, busca con afan. Todo el mundo

1. Pequeña ciudad del departamento de Gers, á 23 kilómetros de Auch.

tiembla por la vida de ámbos; hay un instante en que no se ve nada y le creen perdido. El, entretanto, ha hallado el niño; al cogerle ve que está sin conocimiento, muerto tal vez, pero de todos modos le sacará. ¿De qué medios se vale? El mismo no lo sabe, pues cuando es necesario, una fuerza sobrenatural acompaña á las acciones generosas. Por fin aparece con su carga, y el niño pequeño vuelve á la vida.

El paso obstruido.

[14 de junio de 1837.]

Habíase terminado la fiesta que se celebraba en el Campo de Marte el 14 de junio de 1837. En aquella época estaba rodeado este sitio de fosos y de verjas. Apresurándose la multitud por salir, obstruyó el paso de la verja próxima á la Escuela militar. Cae una mujer asfixiada, y los que la siguen, empujados por la creciente multitud con brio irresistible, caen tambien sobre ella y son pisoteados á su vez. Esto produce un desórden terrible, un tumulto espantoso, gritos de agonía, heridos, muertos, moribundos, desgracias sin fin, que hubieran sido incalculables sin la abnegacion, la sangre fria y la inteligente humanidad de un hombre que otros tan animosos como él se apresuraron á imitar.

Hallábase en aquel momento delante del cuartel de su regimiento, cercano á la verja, el ayudante Martinel, del 1º de coraceros; al ver aquel tumulto acude, se arroja contra la muchedumbre tratando de rechazarla con sus esfuerzos, con la voz y con sus ruegos para dejar libre el paso y auxiliar á las víctimas; pero la multitud, espantada ó ignorando lo que pasa se amontona cada vez mas, y con los esfuerzos que hace para salir, crece el peligro. En aquella confusion cae un árbol iluminado y cierra el paso. En vano el denodado Martinel, ayudado de algunos coraceros trata de alejar de una muerte inminente á los caidos y heridos; comprende que no hay mas que un medio para socorrerlos y evitar mayores desastres, y es dividir la multitud

dentro de la verja. Corre al cuartel, manda tocar llamada, y sin esperar que estén listos los soldados, vuelve al campo, penetra en el interior á traves de aquellas olas humanas, se abre paso esforzadamente, y para llegar al peligro emplea todo el ardor que otros para huir de él; el coracero Speulée es el único de sus camaradas que ha podido seguirle, y allí rechazando á la multitud, trabaja con increible energía para desembarazar el paso, levantar á los muertos y salvar á los que todavía respiran. Saca en brazos á un pobre inválido y á un soldado jóven librándolos de una muerte cierta; y sucesivamente á un muchacho, una mujer, una niña, en fin, nueve personas. Vésele entrar y salir sin cesar, extrayendo víctimas de entre la muchedumbre, arriesgando perecer él mismo, pero no importa, vuelve á buscar mas creyendo no haber terminado su tarea. Agobiado por el cansancio, sin aliento, continúa su trabajo heróico con peligro contínuo de su vida, animando á todo el mundo con la voz y con el ejemplo, y sobre todo al coracero Speulée, que electrizado tambien, salva un hombre y un niño de aquel espantoso cáos. El portaestandarte Mitz salva á una mujer que se estaba ahogando; el teniente Gruss que llevaba en sus brazos una jóven desmayada, hace le carguen en sus hombros un niño, y con el peso de su doble carga forcejea con la multitud por espacio de media hora, hasta que cae, y el mismo Martinel, derribado á su vez, está á punto de sucumbir.

Entónces se vió un espectáculo curioso y conmovedor. Un piquete de coraceros á caballo se presentó para poner un dique á la inmensa oleada que invadia la verja, ejecutando una maniobra inteligente en aquella lucha de nuevo género Veíase á aquellos bravos soldados, consternados y en silencio, ir avanzando paso á paso, con prudencia y lentitud, y sus caballos, como si fueran tan inteligentes como la humanidad que guiaba á sus dueños, parecia que marchaban ellos mismos con precaucion. Causaba emocion ver los brazos que de todas partes se dirigian hacia ellos como á libertadores entregándoles los niños que colocaban

en la grupa, y hasta en el cuello de sus caballos. A fuerza de cuidado y de paciencia, uno á uno, dos á dos, en larga fila consiguen dividir al fin la multitud, poniendo así un dique á aquella masa inmensa; queda desembarazada la verja, se restablecen las comunicaciones y puede ir desfilando el gentío. Se establecen ambulancias en el cuartel, á donde se llevan los heridos y se les prodigan los cuidados mas delicados y solícitos.

Preguntados los oficiales y soldados quién habia merecido el premio de inteligencia aquel dia, todos por unanimidad designaron á Martinel.

---

§ IX. GENEROSIDAD.

El que hace lo que debe es justo, el que hace mas es generoso. (B.)

La probidad tiene sus límites, y para la generalidad de los hombres es ya mucho llegar á ellos: pero la virtud y la generosidad pueden extenderse hasta lo infinito; puede retrocederse de estos límites, pero pasar de ellos nunca. (*Curso de moral.*)

El hombre generoso contesta á las injurias con beneficios, y á los beneficios con otros mayores. (B.)

Devolviendo mal por mal imitais lo que vituperais; vengándoos con beneficios, haciendo bien y haciéndolo á un enemigo, doblais vuestra gloria. (Madama de Lambert.)

La superioridad de un alma que no solo se inclina ante la ley y la razon, el orgullo generoso de un corazon sinceramente virtuoso que no espera otra recompensa sino la virtud misma, tal es la verdadera grandeza de alma. (Aguesseau.)

El campo de cebada.

[Siglo XVIII.]

Durante la guerra de los franceses en Alemania en el siglo pasado, recibió un capitan de caballería el encargo de ir á forrajear. Se pone en marcha á la cabeza de su escuadron y va al punto que le habian designado. Era un valle solitario en el que no se veian sino algunos bosques; descubre una pobre cabaña, se dirige á ella, llama, y sale á abrir un viejo campesino con toda la barba blanca. « Buen

hombre, le dijo el oficial frances, ¿podeis indicarme un campo donde pueda hacer forraje para mis caballos? — Por supuesto, » responde el anciano, y poniéndose á la cabeza de la tropa sube con ellos por el valle. Despues de un cuarto de legua de marcha llegan á un hermoso campo de cebada. « Aquí tenemos lo que nos hace falta, dice el capitan. — Venid un poco mas léjos, le contestó su guia, que no os pesará. » Continuaron su marcha, y un cuarto de legua mas allá encontraron otro campo de cebada. Los soldados echaron pié á tierra, segaron la cebada, la ataron en gavillas y dispusieron su marcha. El oficial dice entónces á su guia: «Nos habeis hecho andar mas sin necesidad, pues el primer campo que hemos visto era mejor que éste. — Sí, señor, responde el honrado anciano, pero éste es mio y el otro nó. »

Bien por mal.

En una pequeña ciudad de Alemania vivian dos hombres, cuyo oficio era cortar y aserrar madera. Hans, que tal era el nombre de uno de ellos, tenia envidia de Enrique, su cofrade, porque le empleaban con mas frecuencia. Esta preferencia era muy natural, porque Hans era brusco, grosero, importuno, y jamas se daba por contento, al paso que Enrique aceptaba agradecido lo que le daban, por poco que fuese, sucediendo con esto que á veces le pagaban mas de lo que valia su trabajo; así es que no podia dar abasto á todo. Cada vez que pasaba Hans por la calle donde trabajaba Enrique, no dejaba de hacerle alguna mala jugarreta; ya, como por casualidad, le derribaba un caballete, ya cortaba la cuerda de la sierra, ó si podia apoderarse de su hacha le quebraba el mango.

Aconsejaron al ofendido se quejase á la justicia, y él contestó: « No; miéntras yo tenga brazos, no me impedirá Hans ganar mi subsistencia. » Y sobrellevaba todo con paciencia.

Un dia que estaba ébrio Hans, puso fuego á su propia

casa sin querer y perdió todo lo que tenia; él y su familia pudieron salvarse. La desgracia excitó generalmente la compasion, y ya el uno le daba una cama, otros vestian á sus niños, cediéndoles entretanto una pobre boardilla por vivienda. Por la noche oyeron que llamaban con discrecion á la puerta; Hans abre y se estremece al ver á quien tanto habia ultrajado y quiere rechazarle violentamente, pero Enrique le dice: « Tengo dos hachas, y como no puedo servirme de las dos á un tiempo, te traigo ésta. Acabo tambien de comprar una sierra nueva y he arreglado este caballete, que pongo á tu disposicion. El mercader, que vive aquí cerca, me ha enviado á decir que tendrá trabajo mañana para mí, y he contestado que enviaré otro en mi puesto; vé muy temprano y dirás que vas de mi parte. »

Hans, á pesar de su carácter duro, se conmovió á la vista de tan noble proceder; alargó la mano á su bienhechor, quien continúa hoy encargándole el trabajo que él no puede hacer.

Noble venganza.

Despues de apoderarse Berenger[1] de la corona de Italia, encerró en una torre á la reina Adelaida, viuda del último rey. El tirano y su esposa Hilla atormentaron cruelmente á su prisionera para obligarla á que se casara con su hijo. Othon[2], rey de Alemania, consiguió devolverla su libertad haciendo prisionera á Hilla, á quien puso en manos de Adelaida. Hilla esperaba ser tratada con crueldad, como lo merecia; conducida ante Adelaida, la dijo mirándola con furor: « Una sola falta he cometido en mi vida y es no haberos dado la muerte cuando estábais en mi poder. — Pues yo, dijo Adelaida con reposado semblante, haré al ménos en mi vida una buena accion, y es devolveros la vida y la libertad. Id á reuniros con vuestro marido y tratad de persuadirle para que ceso de ser perverso, y con eso dejará de ser infortunado. »

1. Berenger II, murió en 968.
2. Othon I, llamado el Grande, rey de Germania y luego emperador; falleció en 973.

El enemigo generoso.

Un ódio hereditario reinaba entre dos jóvenes de Quercy, llamados Resnier y Vesins; el primero era protestante y el segundo católico; la divergencia de religion habia aumentado su aborrecimiento y la guerra civil le habia agriado.

Hallábanse ámbos en Paris en la fatal época de la San Bartolomé [1]. La ocasion era favorable para Vesins, que toma sus armas, monta á caballo, y seguido de algunos hombres armados, se dirige á casa de su enemigo. Resnier, dispertado hacia poco por el rumor que se oia en las calles, y sabedor del peligro que le amenazaba, se habia puesto á orar y esperaba la muerte. De repente se presenta Vesins ante él, y sin tratar de defenderse, le dice mostrando su cabeza, *que no le costaria nada.*

Otras eran las intenciones de Vesins. Dice á Resnier que tome sus armas, le hace montar en un caballo que tenia listo, le sirve de escudo para preservarle de los riesgos que corria en Paris, le conduce hasta Quercy, su pais natal, y le pone en brazos de su esposa y sus hijos, que no esperaban ya volver á verle.

¡Júzguese de la impresion que causó en aquella familia la buena accion de un hombre, cuya animosidad era conocida. Extremado fué su regocijo, y sin límites su agradecimiento; quisieron hacer magníficos regalos á Vesins, que los rehusó, dando al contrario á Resnier el caballo que le habia conducido, y se contentó con disfrutar del delicado placer de haber sido generoso.

Hebron.

En vano habia ensayado Gustavo Adolfo [2] forzar los

1. 24 de agosto de 1572. En aquella terrible noche fueron pasados á cuchillo los protestantes que se hallaban en Paris, por órden de Cárlos IX, á instigacion de su madre Catalina de Médicis.

2. Rey de Suecia; hizo la guerra en Alemania, donde alcanzó notables victorias; fué muerto en la batalla de Lutzen que ganó en 1632.

atrincheramientos del enemigo en Nuremberg[1]. La noche se acercaba despues de una sangrienta lucha, pero de tal modo habian avanzado los suecos, que el regreso á su campamento ofrecia sérios peligros. Bien lo veia Gustavo, y buscaba con la vista un oficial experimentado á quien poder confiar tan difícil encargo, cuando se encontró con el coronel Hebron, escoces y valiente soldado, que, sin tomar parte en la accion, seguia las diferentes fases del combate; creia haber sido ofendido por el rey, y habia pedido y obtenido su licencia, habiendo hecho juramento solemne pero irreflexivo, de no sacar la espada en su servicio; sin embargo, Gustavo Adolfo se dirigió á él para que ordenase la retirada.

« Los instantes son preciosos, dijo Gustavo, el ejército corre gran peligro si la retirada no es bien dirigida. Si es verdad que me aborreceis, yo os ofrezco una buena ocasion para vengaros; ordenad la retirada y contribuircis á salvar vuestros antiguos compañeros; obligadme á deberos tanto agradecimiento como estimacion os profeso. — Señor, replicó el valeroso escoces, Vuestra Magestad ha obrado acertadamente al pedirme ese servicio, que es el único que no puedo rehusar, puesto que hay cien probabilidades contra una de perder mi vida. »

Dice, y arrojándose donde es mas vivo el fuego, se abre paso hasta los escuadrones mas expuestos; los reune, trasmite las órdenes de Gustavo á la infantería que ya se veia en grave aprieto, y comienza la retirada haciendo siempre frente al enemigo; Hebron la apoya con la caballería. A pesar de todos los esfuerzos del enemigo, la retirada se lleva á cabo en buen órden y con brillante éxito. Manda llamar Gustavo á Hebron para manifestarle su agradecimiento, y le ofrece recompensas capaces de tentar el hombre mas desinteresado. « El juramento que he hecho, dice Hebron, no me permite aceptar; me pongo en

1. Ciudad libre entónces, y una de las mas antiguas de Alemania; hoy pertenece á Baviera. Se fabrican en ella juguetes de niños é instrumentos de música.

camino y jamas sacaré mi espada sino en defensa de mi pátria. »

Biron.

Hallábase en Paris el almirante Rodney cuando el año 1778 [1] estalló la guerra entre Inglaterra y Francia. Era un marino distinguido, pero su conducta dejaba mucho que desear. Cuando comenzaron las hostilidades, hubiera querido salir de Francia para ponerse al frente de la marina inglesa, pero estaba acribillado de deudas, y solo pudo tranquilizar á sus acreedores con la promesa de no salir de Francia sin haberles pagado; de modo que estaba prisionero bajo palabra de honor. En este tiempo habian conseguido los franceses algunas ventajas notables sobre los ingieses, y como se hablara de ello en un banquete que daba en Paris el duque de Biron, el almirante Rodney, que era uno de los convidados, dijo con aire orgulloso: « Buena fortuna tienen vuestros compatriotas con que estén tan mal mandados los ingleses; vuestros almirantes no saben lo que se hacen. Si yo estuviera á la cabeza de la armada inglesa, no tardaria la vuestra en ser destruida; pero desgraciadamente me veo forzado á la inaccion. — Pues que eso no os detenga, respondió Biron; yo me obligo á pagar vuestras deudas; podeis marchar, señor almirante, y vereis si los franceses os tienen miedo. »

Pagó en efecto todas sus deudas; Rodney tomó el mando de las escuadras inglesas, y á pesar de la habilidad que desplegó, vió que en efecto no infundió pavor á los marinos franceses.

1. Habiéndose sublevado las colonias inglesas de América contra su metrópoli, fueron los franceses en su auxilio, consiguiendo las colonias su independencia; formaron un Estado con el título de Estados Unidos de América. Tal fué el objeto de la guerra de 1778, en la que se distinguió el marques de Lafayette.

El archiduque Carlos y el general Moreau.
[1800.]

Yendo el Archiduque Cárlos [1] á ponerse al frente del ejército austríaco contra los franceses mandados por Moreau, encontró en el camino algunos soldados austríacos heridos que su coronel habia abandonado; ni aun caballos tenian aquellos infelices por conducir sus carros. Cárlos ordenó en el acto que se emplearan con este objeto los caballos de la artillería: « La vida de un valiente, dijo, vale mas que cincuenta piezas de artillería. » Aquellos cañones cayeron en poder de Moreau, pero, sabedor éste por qué los habia abandonado Cárlos, no quiso conservarlos, pues, demasiado noble para aprovecharse de una ventaja debida á la humanidad de un jefe enemigo, le dejó las piezas.

Almaque.
[311.]

Desde los confines de Oriente llegó á Roma un piadoso anciano llamado Almaque [2], con la esperanza de obtener la abolicion de los horribles juegos del circo, donde peleaban unos hombres contra otros ó con las fieras, para distraccion de los espectadores. El paganismo reinaba todavía en Roma, que estaba sometida entónces á un príncipe llamado Majencio. Llega Almaque al circo, cuyas gradas ocupaba una multitud innumerable; ya estaban en la arena los gladiadores esperando á los tigres y leones que rugian en sus jaulas de hierro y se abalanzaban con rabia contra los hierros. Salta Almaque á la arena y ruega á los romanos renuncien á aquellos placeres crueles, en los que por vía de diversion se expone la vida de los hombres. La muchedumbre contesta con una explosion de furor, y por todas partes resuena el grito feroz: « ¡A las fieras el cris-

1. Hermano de Francisco II, emperador de Austria y hábil general. Los príncipes de la casa de Lorena tenian el título de archiduques.

2. Algunos historiadores le dan el nombre de *Telemaco*.

tiano, á los leones. » En el instante ábrense las puertas de las jaulas y Almaque perece víctima de su tentativa, pero con su muerte consiguió lo que deseaba; el circo, regado con su sangre no volvió á abrirse, y desde aquel dia quedaron abolidos aquellos juegos sangrientos[1].

---

§ X. DEBERES PARA CON LA PATRIA.

Nosotros amamos á nuestros padres, nuestros hijos, nuestros deudos y amigos; mas la patria resume en sí todos estos afectos. (B.)

Acordaos sin cesar de que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados sobre vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros sentimientos y vuestras acciones; que en cualquier situacion en que os halleis, estais como soldados de guardia, obligados á velar por ella continuamente y á volar á su socorro al menor peligro. (BARTHELEMY.)

El que se sacrifica por su patria muere contento y con gloria.

Es un crímen irritarse con la patria :

Para que la patria sea dichosa es preciso que los magistrados obedezcan las leyes y los ciudadanos á los magistrados. (*Moralistas antiguos.*)

Cuando se trata de servir á la patria deben cesar las discusiones y callarse nuestras pasiones; desaparece el hombre y solo queda el ciudadano. (B.)

El combatir contra la propia patria es obrar contra la naturaleza. (FENELON.)

Un gran príncipe : Carlo Magno.

[783-814.]

Incumbe principalmente al jefe de un Estado cumplir con religioso cuidado todos sus deberes para con el pueblo, y bajo este concepto, como bajo otros muchos, debe citarse como modelo á Carlo Magno.

Este príncipe era rey de Francia y emperador. Vivia en una época de ignorancia, pero amaba el estudio con pasion é hizo todo lo que pudo por ilustrar á sus pueblos.

Puso el mayor esmero en instruir á la juventud; visitaba á menudo las escuelas, adonde acudian los hijos de

1. Majencio fué vencido por Constantino, primer emperador cristiano; y huyendo por un puente, se hundió este él y pereció ahogado.

los señores de su córte, se informaba de sus progresos, les interrogaba por sí mismo y les decia : « Tratad de distinguiros tanto por medio de la instruccion y la virtud como lo sois por el rango que ocupan vuestros padres, y

Carlo Magno dicta las Capitulares

podeis contar con mi apoyo. De otro modo, nada alcanzareis de mí. »

Carlo Magno era en extremo piadoso, su celo por los progresos de la religion era ardiente. Era justo, mas

cuando habia necesidad, llevaba la severidad hasta el rigor; sin embargo, su mayor satisfaccion era perdonar y mostrarse clemente.

Fué hábil capitan, intrépido soldado y conquistador siempre dichoso; sometió la Italia, la Alemania y una parte de España. Cuando murió, los pueblos que habia vencido le lloraron como los franceses mismos.

Con la energía de su voluntad y su genio incomparable supo mantener el órden en todo el vasto imperio. Incansable en el trabajo, queria verlo todo con sus propios ojos, con cuyo objeto recorria las provincias sin cesar para conocer sus necesidades y asegurarse de si se administraba rectamente la justicia.

Su carácter era afable y moderado; sus gustos eran sencillos. Era, segun convenia, generoso ó económico.

Tal fué Carlo Magno, uno de los jefes mas ilustres del imperio frances.

Bajo su reinado alcanzó Francia un grado de gloria y de prosperidad á que no habia llegado hasta entónces.

Un gran ciudadano : Washington.

Jorge Washington, verdadero fundador de la libertad americana, es uno de los mejores modelos que se pueden citar respecto al cumplimiento de los deberes del ciudadano; como hombre privado, como militar ú hombre de Estado, practicó constantemente todas las virtudes cívicas.

El país que hoy se llama Estados Unidos comprendia en la época en que nació Washington[1] trece colonias sometidas á Inglaterra, que oprimidas por el gobierno inglés, se aliaron para declararle la guerra[2], y resolvieron conquistar su independencia. Faltaba un jefe para esta empresa y fué elegido Washington, confiriéndosele el título y los honores de generalísimo.

Nueve años duró la lucha contra los ingleses, en la que

1. En Brige-Creef, en Virginia. 2 Comenzó la guerra en 1774

tuvo Washington que vencer dificultades inmensas, obstáculos, reveses, enemistades, traiciones, injusticias que hallaba á cada paso, pero salió triunfante de todo.

Cuando se concluyó la guerra licenció el ejército, hizo dimision de su título de generalísimo, y regresó á su casa como un simple particular.

Nombrado por dos veces jefe de ese gran Estado con el título de presidente, le gobernó durante ocho años con habilidad y firmeza, permaneciendo siempre fiel á los grandes principios de órden, justicia y libertad.

Por tercera vez se le ofreció el gobierno, pero lo rehusó, y pasó sus últimos dias retirado en el hogar doméstico.

Abnegacion: el sitio de Colchester.

[1648.]

Terribles calamidades devastaban la Inglaterra en el reinado de Cárlos I. El rey y el Parlamento se hacian la guerra; los ejércitos realistas y los del Parlamento sostenian continuos y desastrosos combates, porque despues de la batalla los vencedores trataban sin piedad á los vencidos.

Habiendo sido derrotado el ejército realista, muchos de sus oficiales, fieles á su infortunado monarca, se refugiaron en la ciudad de Colchester, cuyo gobernador era lord Capel; el ejército del Parlamento, mandado por lord Frairfax, puso sitio á la plaza.

El sitio de Colchester es uno de los acontecimientos mas memorables de aquellos desgraciados tiempos por la tenaz resistencia de sus defensores. A pesar de los rudos asaltos que tuvieron que rechazar y de la espantosa escasez á que se vieron pronto reducidos, hacian salidas incesantes, desafiando todas las fuerzas de los sitiadores.

Fairfax ardia de impaciencia por apoderarse de la ciudad, y sobre todo por atraer al partido del Parlamento á lord Capel, que era uno de los hombres mas virtuosos é ilustres de aquella época; mas viendo que estaba éste de-

terminado á morir ántes que faltar á la fidelidad que debia á su rey, imaginó un medio espantoso para vencer su resistencia.

Hallábase entónces estudiando en un colegio de las cercanías de Lóndres el hijo de lord Capel, de diez y seis años de edad. Fairfax se apoderó de él en secreto y le hizo conducir á su campamento. En seguida invitó á lord Capel á una conferencia, no pudiendo imaginar Capel lo que habia sucedido. Se acordó una tregua de veinticuatro horas, y los dos generales celebraron su entrevista en una tienda de campaña situada á igual distancia del campamento y de la plaza.

Léjos estaba Capel de adivinar el motivo por que habia sido llamado, y Fairfax se lo explicó: le ofreció en nombre del Parlamento las mas altas dignidades y brillantes recompensas si abandonaba la causa del rey y queria entregar la ciudad de Colchester.

Semejantes proposiciones indignaron en sumo grado á aquel hombre pundonoroso, y manifestó á Fairfax su firme resolucion de permanecer fiel hasta el último suspiro á la causa del rey y á su juramento; y levantándose de la silla iba á romper bruscamente la conversacion y volver á la ciudad, cuando Fairfax le dijo encolerizado:

« Esperad, que no lo habeis oido todo, y puesto que no puedo persuadiros, voy á hacer que hable alguno para ver si tiene mas poder que yo sobre vos. ¿Veis este niño? Vuestra respuesta decidirá de su vida. »

En aquel instante entraba en la tienda el hijo de lord Capel, entre varios soldados, y uno de estos apoyaba sobre el desnudo pecho del jóven la punta de un puñal.

« Hablad á vuestro padre, le dijo Fairfax lanzándole una mirada feroz, y decidle que me entregue inmedietamente la ciudad, pues si así no lo hace, juro que morireis á sus ojos. »

El padre y el hijo, que no se habian visto hacia dos años, se miraban con dolor y con cariño, y quisieron arrojarse uno en brazos de otro; pero los soldados de Fairfax lo im-

pedian. « ¡Bárbaro! exclamó Capel; ¿qué os ha hecho este niño? ¿Con qué derecho amenazais su vida? — ¡Padre mio! exclamó á su vez el niño, no me arrancará este hombre ni una palabra contraria á las ideas que me habeis inspirado. ¡Que me mate si quiere, pero moriré digno de mi padre! »

Fairfax temblaba de furor. « ¡Ay hijo mio! Bien sabes lo que te amo; pero si por tí hiciera traicion á Dios, á mi rey y á mi juramento, me deshonraria y te deshonraria á tí mismo. Tu vida está en manos de ese hombre, pero si en tan tierna edad tienes el honor de morir por tu rey, no dudes que serás digno de admiracion. ¡Adios! » Y cambiando la última mirada con su hijo en la que se pintaba el dolor, salió de la tienda y regresó á la ciudad.

Todos los que presenciaron esta escena tenian las lágrimas en los ojos. Uno de los oficiales de Fairfax exclamó: « No, general, no cometereis accion tan cruel, pues toda Inglaterra os maldeciria. »

Fairfax, que habia estado á punto de dar órden á los soldados de matar al niño, volvió á sentimientos mas dignos de un hombre y de un cristiano; temió la execracion de la posteridad y los remordimientos de su conciencia; se contentó con tener prisionero al niño, devolviéndosele tiempo despues á su madre [1].

Sacrificio por la patria; la despedida de Fontainebleau. [1814.]

Quedábanle aún á Napoleon bastantes fuerzas para sostener la guerra despues que los aliados entraron en Paris; pero hubiera sido prolongar las desgracias de la Francia, y prefirió ántes renunciar al trono. « Por el interes de la Francia, dijo, estoy pronto á hacer todos los sacrificios personales, hasta el de mi propia vida. »

1. Colchester se rindió cuando sus defensores, devorados por el hambre, no pudieron ya sostener el peso de sus armas. El Parlamento inglés condenó á muerte á lord Capel y á los jefes principales de la guarnicion.

Despues de esta declaracion firmó el tratado con las potencias extranjeras y se dispuso á salir de Francia con destino á la isla de Elba. El 20 de abril dió su último adios en el patio del palacio de Fontainebleau á su guardia veterana con estas palabras que la historia ha consignado :

« Soldados de mi vieja guardia, me despido de vosotros. Desde hace veinte años os he hallado constantemente en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de bravura y de fidelidad. Con hombres como vosotros no estaba perdida nuestra causa; pero la guerra hubiera sido interminable, hubiera sido la guerra civil, y la Francia seria mas desdichada; por tanto he sacrificado mi propio interes al de la patria. ¡Marchad! Vosotros, amigos mios, continuad sirviendo la Francia. Su felicidad era mi único pensamiento y siempre será el objeto de mis deseos. No os compadezcais de mi suerte; si he consentido en sobrevivirme, es por servir aún á vuestra gloria. Quiero escribir las proezas que juntos hemos hecho.... ¡Adios, hijos mios! Quisiera estrecharos á todos contra mi pecho; pero al ménos abrazaré vuestra bandera. »

A estas palabras el general Petit tomó el águila de los granaderos, el emperador recibió al general en sus brazos y cubrió el águila con sus besos.

Aquellos valerosos veteranos lloraban y prorumpian en sollozos; todos querian seguir á Napoleon á la isla de Elba, pero como solo se le estaba permitido llevar cuatrocientos, hubo que sortear los que debian acompañarle.

Amor al país natal.

Ejemplos de Ruth, de José, de Temistocles, de Nehemías, y de los judíos cautivos en Babilonia.

El hombre ama la tierra donde habita; la considera como madre, como nodriza comun; el cariño que la tiene le une á ella.

En efecto, al pensar los hombres que la misma tierra donde han visto la luz y que los ha alimentado durante su vida, los recibirá á su muerte en su seno, se sienten atraidos por ella. « Vuestra morada será la mia; vuestro pueblo será el mio, decia Ruth á su suegra Noemi; moriré en la tierra donde seais enterrada, y allí escogeré mi sepultura. »

José, en la hora de su muerte, decia á sus hermanos: « Dios será con vosotros y os establecerá en la tierra que ha prometido á vuestros padres; llevad mis huesos con vosotros. » Estas fueron sus últimas palabras. Es un consuelo para él morir con la esperanza de acompañar sus hermanos á la tierra que Dios les ha dado por patria, y que sus huesos reposarán con mas tranquilidad en medio de sus compatriotas.

Este es un sentimiento natural en todos los pueblos. El ateniense Temístocles es desterrado de su patria y halla un asilo en la córte del rey de Persia; mas al morir ordena á sus amigos transporten sus huesos al Atica y los entierren en secreto.

Hé aquí otro ejemplo del amor á la tierra natal. « Estaba yo delante del rey, dice Nehemías [1], presentándole la copa, y estaba lánguido y triste. » Y el rey me dijo: « ¿Por qué está vuestro rostro tan triste si no os veo enfermo? » Y dije al rey: « ¿Cómo no podrá estar mi rostro triste, puesto que está desierta la ciudad donde están sepultados mis padres, y sus puertas han sido quemadas? Si quereis concederme alguna gracia, enviadme á Judea, la tierra que guarda los huesos de mi padre, y la reedificaria de nuevo [2]. »

Al llegar á Judea, llama á sus conciudadanos, que el amor de la patria reune en un mismo pensamiento: « Vosotros conoceis nuestra afliccion, dice, está desierta

1. Este judío ilustre, copero de Arlajerjes, rey de Persia, obtuvo de este el permiso para reedificar á Jerusalen y el templo; murió en 430 ántes de J. C.

2. *Esdras*, II, 1, 2, 3, 6.

Jerusalen; sus puertas consumidas por el fuego; venid y unámonos para reedificarla [1]. »

Todo el tiempo que permanecieron los judíos en país extranjero [2] y tan léjos de su patria, no cesaron de llorar engrosando, por decirlo así, con sus lágrimas los rios de Babilonia, en recuerdo de Sion. No podian ni aun entonar sus agradables cánticos, que eran los cánticos del Señor, en tierra extraña. Sus instrumentos de música, en otros tiempos su consuelo y su alegría, permanecian colgados de los sauces en la ribera, y hasta habian olvidado el uso de ellos. « ¡Oh Jerusalen! decian; ¡si te olvido alguna vez, ántes me olvide yo mismo [3]! » Los judíos que el vencedor habia dejado en su tierra natal se estimaban dichosos y decian al Señor en los salmos que cantaban durante el cautiverio: « ¡Ya es tiempo, Señor, que tengais piedad de Sion; vuestros servidores aman hasta sus ruinas y las piedras demolidas; todavía conservan toda la ternura y compasion hácia la tierra natal, por mas que se halle en la desolacion [4]! » (BOSSUET.)

Recuerdo de la tierra natal: el general Martin.

Nació Martin en Lyon, de familia modesta, pero habiendo recibido una educacion esmerada se sintió atormentado, á la edad de diez y siete años, del ardiente deseo de ir á buscar en lejanas tierras la gloria y la fortuna que no esperaba hallar en su pais.

Largo tiempo resistieron sus padres á sus deseos.

Creíase llamado el jóven á un porvenir brillante, y sin cesar conversaba á sus padres de sus magníficos sueños rogándoles le permitiesen realizarlos.

A fuerza de súplicas y de lágrimas consiguió al fin su beneplácito para su partida. Su madre, medio persuadida con sus risueñas esperanzas, le decia, sonriendo para ocul-

1. *Esdras*, II, 17.
2. Cautiverio de Babilonia; duró desde 695 hasta 536 ántes de J. C.
3. Salmo CXXXVI, 5.
4. Salmo CI, 14, 15.

tar su dolor : « Sí, ya veo que no volverás á Lyon sino en una carroza tirada por seis caballos. »

No volvió Martin jamas á Lyon; sus deberes primero y su salud despues no le permitieron volver á ver su ciudad natal, pero la tenia siempre presente en su pensamiento y la conservaba profundo afecto.

Martin fué á buscar la fortuna y la gloria á las orillas del Gánges, y encontró allí una y otra. A fuerza de actividad, de habilidad y de valor llegó al grado de general, y por medios honrosos adquirió inmensas riquezas.

Gracias á él, sus padres pasaron sus últimos dias en la opulencia.

A su muerte [1] dejó á la ciudad de Lyon magníficos testimonios de su amor á la patria.

Entre los numerosos legados que hizo á dicha ciudad, el mas señalado es el de una suma de dos millones que, segun su voluntad, se destinaron á la fundacion de una escuela que lleva su nombre, esto es, la Martiniere. Esta escuela está dedicada á dar á los hijos de los artesanos de Lyon, clase á la que se habia honrado siempre de pertenecer el general Martin, una instruccion ménos brillante que la que él habia recibido, pero sólida y suficiente para asegurar al trabajo un modesto porvenir.

Esta escuela, establecida hace ya treinta años, se halla en plena prosperidad.

Patriotismo y caridad.

Atila, rey de los hunos, pueblo feroz y repugnante, invadió las Galias en 450. La proximidad del conquistador y de sus hordas salvajes sembraba el espanto por todas partes, y las poblaciones enteras corrian á ocultarse en los montes y en los bosques.

Marchó sobre Paris, y esta noticia consternó á sus habitantes.

1. Falleció en 1809.

Paris era desde aquella época una ciudad muy rica y comerciante, pero de poca extension; tenia algunos arrabales importantes en las dos márgenes del Sena, y la ciudad propiamente dicha consistia en la isla que conserva todavía el nombre de la cité. Rodeada la ciudad por todas partes por el Sena, estaba perfectamente fortificada; y cuatro siglos despues, cuando fué atacada por los normandos, otro pueblo bárbaro, se defendió con valeroso denuedo y los rechazó. Pero en la época de que hablamos, sabedores los parisienses de que Atila se dirigia sobre su ciudad, se apoderó de ellos el terror, y á toda prisa trasportaban en barcas sus riquezas para huir por el Sena, con la esperanza de que los hunos no encontrarian barcos bastantes para perseguirlos.

Vivia entónces en Paris una jóven ilustre por la santidad de su vida; llamábase Genoveva, habia nacido en Nanterre (cerca de Paris), y el ilustre obispo de Auxerre, san German, profesaba el mas profundo respeto á su virtud.

Solo Genoveva mostró un ánimo viril en medio de la consternacion general. « ¡Cómo! exclamaba; ¿en lugar de defender vuestra ciudad la abandonais? ¿A dónde ireis? ¿En que plaza fuerte podreis refugiaros? Vuestros barcos serán apresados, robados; y vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos perecereis al filo de la espada ó reducidos á la esclavitud. Poned, pues, vuestra confianza en Dios, y Dios os cubrirá con su brazo tutelar. ¡Dios os ha colocado en una posicion casi inexpugnable; os ha dado fuertes murallas, armas, víveres, todo lo necesario para vuestra defensa; y en vez de aprovechar sus dones vais á entregar vuestra ciudad al enemigo y buscar en vergonzosa fuga una salvacion que no encontrareis! ¿Qué quiere Atila? El degüello, el saqueo, y galopando á la cabeza de sus hordas llevar por todas partes el incendio y el exterminio. Pues bien; si ve que Paris tan bien fortificado por la naturaleza y por el arte está resuelto á defenderse, si ve que Paris le costará lo ménos un año de sitio, ¿creeis que se detendrá ante vuestros muros? ¿No preferirá mejor conseguir con-

quistas mas fáciles? Cumplid vuestro deber, y Dios estará con vosotros. ¿Qué son ante su grandeza los conquistadores mas temibles? Rogad, velad y combatid, y yo os prometo que la ciudad será salva. »

La fama de santidad que justamente merecia Genoveva daba á sus palabras una elocuencia sobrenatural; las mujeres eran quienes mas se conmovian al oir sus discursos, y animaban á sus maridos, á sus padres, hijos ó hermanos á escuchar su voz. Renacen el valor y la confianza en los corazones. Se siguen sus consejos, y obedeciendo á su voz como si viniera del cielo, se pone Paris en estado de defensa.

Al saber Atila la noticia da rienda suelta á su furor, pero, como lo habia previsto Genoveva, no se cuida de perder tiempo ante una plaza bien abastecida y resuelta á defenderse. Se aproxima á Paris, pero de repente levanta el campo en medio de la noche y va á buscar en otra parte triunfos ménos costosos.

Poco tiempo despues hubo en Paris un hambre terrible. Embárcase Genoveva en el Sena, y de una ciudad á otra va pidiendo auxilio para sus conciudadanos, y vuelve acompañada de once barcos cargados de trigo, salvando así de una muerte cierta á todas las familias pobres.

Créese que Genoveva era pastora, por lo que se la representa generalmente apacentando ovejas con una rueca en la mano.

El 3 de enero de 513 falleció santa Genoveva á la edad de ochenta y seis años; la ciudad de Paris la eligió por patrona; la urna que contiene sus huesos es objeto de gran veneracion, y una soberbia basílica construida en el lugar de la arruinada iglesia de Santa Genoveva, llamada Panteon por algun tiempo, acaba de volver á tomar el nombre de esta santa.

Sumision á las leyes: Sócrates.
[400 ánt. de J. C.]

Sócrates, el mas sabio de los griegos, condenado injustamente á muerte, esperaba en la prision que se fijase la época en que seria ejecutada la sentencia. Un dia por la mañana muy temprano fué á verle su amigo Criton, y hallándole dormido apaciblemente, se sentó sin hacer ruido

Muerte de Sócrates.

al pié de su lecho para no turbar su sueño. Al despertarse Sócrates le preguntó: «¿Cómo tan temprano, amigo mio?» Criton le dijo que al dia siguiente debia ejecutarse la sentencia. «Sea, pues, respondió Sócrates con su tranquilidad acostumbrada, si tal es la voluntad de Dios.»

Criton le manifestó entónces que habia sobornado al carcelero, que le abririan las puertas por la noche, y hallaria en Tesalia un asilo seguro.

Sócrates le preguntó chanceándose si conocia algun lugar donde no se muriera nadie. Criton se esforzó en convencerle con las razones mas enérgicas de que debia sustraerse á un suplicio injusto; en nombre de su amor por la patria lo suplicó evitara á los atenienses la deshonra de

derramar sangre inocente; en nombre de sus amigos, para evitarles el dolor de su pérdida y el remordimiento de no haber hecho todo lo posible para libertarle. Por último, le habló en interes de sus hijos, que necesitaban las lecciones y la proteccion de un padre.

Sócrates agradeció estas pruebas de generosa amistad, pero rehusó aprovecharse de sus ofertas, y le probó que nunca tiene derecho un ciudadano para rebelarse contra su patria, y que sustraerse á la justicia de su pais es ser rebelde: « Si mi patria me condena injustamente yo no tengo derecho para ultrajarla. Ella tiene todos los derechos sobre mí, yo no tengo ninguno sobre ella. Cuando juré obedecer á la leyes, ¿fué acaso con el pensamiento de que podria eximirme de ellas cuando me conviniese? No, ese juramento subsiste siempre. »

Sócrates se animaba cada vez mas sosteniendo esta bella tésis. Preguntó á su amigo qué podria responder, si en el momento en que estuviera para evadirse, las leyes mismas, que personifica en una alegoría familiar á los griegos, se presentasen en el umbral de su prision y le recordasen sus deberes. El lenguaje que presta á éstas divinidades alegóricas es sublime y categórico. « Respecto á mis hijos, dijo terminando su discurso, amigos como vosotros sabreis remplazarme cerca de ellos, y la divina Providencia no los abandonará. »

Criton, vencido y subyugado, no halló ni una palabr que replicar, y se retiró con las lágrimas en los ojos.

Desobediencia generosa : Orte y Montmorin.

No debe llegar la obediencia hasta el punto de hacernos cometer malas acciones : debemos sufrirlo todo ántes que olvidar las leyes de la conciencia.

Hé aquí la respuesta que dió el vizconde de Orte, gobernador de Bayona, á Cárlos IX, que le habia ordenado el degüello de los protestantes de su ciudad y de los alrededores:

« Señor, he comunicado las órdenes de Vuestra Magestad á sus fieles habitantes y hombres de guerra; he hallado buenos ciudadanos y soldados valerosos, pero ni un solo verdugo; por lo cual suplicamos humildemente á Vuestra Magestad tenga á bien emplear nuestras vidas y nuestros brazos en cosas posibles, que por arriesgadas que sean, verteremos hasta la última gota de nuestra sangre. »

Montmorin, gobernador de Auvernia, dió una respuesta semejante. Héla aquí:

« Señor, he recibido una órden con el sello de Vuestra Magestad de dar muerte á todos los protestantes de mi provincia. Yo respeto mucho á Vuestra Magestad para no creer que estas cartas son supuestas; y, si lo que Dios no quiera, emanase esta órden verdaderamente de vos, os respeto demasiado para obedeceros. »

Firmeza cívica: Lanjuinais.

[2 de junio de 1793.]

Lanjuinais, diputado de Rennes en la Convencion, defendió constantemente con energía el partido de la moderacion contra la violencia. Parecia que su valor crecia con el peligro.

Para asegurar su triunfo, pedian los jefes del partido exaltado á la Convencion se pusieran fuera de la ley [1] á veintidos representantes, entre ellos á Lanjuinais, culpables de moderacion y acusados como conspiradores porque eran opuestos á los excesos. Con el objeto de obligar á la Convencion á que proscribiese dichos diputados, se organizó ostensiblemente en Paris un comité insurreccional; la guardia nacional y el pueblo, en el paroxismo de la exaltacion, se pusieron á sus órdenes; se acordó rodear con fuerza armada el palacio de las Tullerías, donde celebraba entónces la Asamblea sus sesiones.

Toda la noche del sábado al domingo 2 de junio de 1793

1. Poner á alguno *fuera de la ley* era proscribirle ó condenarle á muerte.

resonó en Paris la generala y las campanas de rebato; el cañon de alarma dejó oir su terrible voz, y al rayar el dia toda la poblacion de Paris estaba sobre las armas. Cerca de ochenta mil hombres amenazaban y asediaban la Convencion; algunas baterías de artillería estaban formadas en batalla al rededor de las Tullerías con ciento sesenta y tres bocas de fuego, y dispuestos los arcones de municiones, los hornillos para las balas rojas y las mechas encendidas; los artilleros estaban prontos á ejecutar lo que quisieran prescribirles los agitadores y á entregarse á los mayores excesos contra la Asamblea.

Casi todos los diputados asistian á la sesion; pero los que se queria proscribir no se presentaron, á excepcion de Lanjuinais y otros tres que le acompañaron.

Abrese la sesion, y resuelto Lanjuinais á tentar el último esfuerzo para hacer respetar la autoridad y las leyes, sin que los gritos, las amenazas ni la inminencia del peligro le intimiden, es el primero que pide la palabra. Al oir su peticion estallan murmullos violentos por todas partes. « Quiero, dijo, exponeros los medios de detener los nuevos movimientos que os amenazan. — ¡Fuera, fuera! gritan muchos; quiere encender la guerra civil. — Miéntras me sea permitido hacer oir aquí mi voz, repuso Lanjuinais, no sufriré que la insurreccion me dicte su voluntad. »

Gritos espantosos interrumpen á cada instante al orador, y es tal la cólera que inspira, que varios representantes del partido opuesto se levantan de sus bancos, corren á la tribuna y quieren arrojarle de ella; Lanjuinais resiste y se agarra con todas sus fuerzas. El desórden llega á su colmo; por fin consigue el presidente hacer oir su voz: « La escena que acaba de tener lugar, dice, es verdaderamente triste; si continuais obrando de este modo perecerá la libertad. »

Restablécese un poco la calma, y Lanjuinais, siempre intrépido, continúa exhortando á la Asamblea á que se muestre firme contra los revoltosos. Sin embargo, redobla el ruido por fuera, se oye gritar: « ¡A las armas! » La

comision encargada por la Convencion para presentar su dictámen y una proposicion sobre los acontecimientos, entra en el salon, y en nombre suyo, ocupa la tribuna uno de sus miembros: « No ha tenido tiempo la comision de aclarar ningun hecho, dice, pero, visto lo que ocurre, cree que la suspension ó dimision voluntaria de los diputados designados producirá los mejores efectos y salvará á la República de una crísis funesta. »

Apénas acabó de hablar, cuando presentaron su dimision los tres diputados que habian ido con Lanjuinais; pero éste, que no creia fuera preciso ceder, sube á la tribuna y dice: « Creo que hasta ahora he demostrado suficiente energía para que no espereis de mí ni suspension ni dimision.... » Numerosos gritos estallan en la Asamblea; se le injuria, se le amenaza, miéntras que él dirige miradas seguras á los que le interrumpen: « El sacrificador que conducia en otros tiempos una víctima al altar, dice, la engalanaba con flores y no la insultaba.... Se quiere el sacrificio de nuestros poderes; pero los sacrificios deben ser libres, y nosotros no lo somos. No es posible salir de aquí ni asomarse á los balcones; los cañones están apuntados; no se puede emitir ninguna opinion y por tanto callo. »

Concluyó aquella terrible sesion poniendo fuera de la ley, no á veintidos diputados, sino á treinta y dos. Los amigos de Lanjuinais facilitaron su evasion. Tres años despues recibió su valor cívico una recompensa honrosa: sesenta y tres departamentos le elegieron á un tiempo como su representante.

Patriotismo y generosidad: Fabio.

Fabio, general romano, habia hecho un tratado con Aníbal, general cartagines, para canjear sus prisioneros; se habia convenido que se cambiaria hombre por hombre, y si alguno de los generales tenia todavía prisioneros despues del cambio, recibiria una cantidad determinada por cada

uno. Efectuado el canje, le quedaban á Aníbal aún doscientos cincuenta romanos. Negóse el Senado á enviar el rescate y reprendió á Fabio por haber rescatado hombres que teniendo las armas en la mano, no habian sabido servirse de ellas y se habian rendido al enemigo; mas no pudiendo resolverse á faltar á su palabra ni á dejar á aquellos ciudadanos en manos del enemigo, hizo vender una parte de sus tierras y empleó el dinero en pagar el rescate de los cautivos. Muchos de ellos ofrecieron reembolsarle en seguida, pero Fabio rehusó diciendo : « Todo lo que exijo de vosotros es que ameis á vuestra patria y que la sirvais mejor. »

Patriotismo y desinteres : Hipócrates [1].

Asolaba la peste el imperio persa y amenazaba á Grecia con sus estragos, por lo que temeroso el rey de aquel país por su propia vida, mandó llamar al famoso médico griego Hipócrates, rogándole acudiese á su córte y prometiéndole colmarle de dignidades y de tesoros. Hipócrates rehusó, y rechazando los presentes dijo á los mensajeros : « Mis compatriotas están en peligro y soy todo de ellos. »

En efecto, poco tiempo despues fueron atacados los atenienses por el contagio é imploraron su socorro; Hipócrates corrió á Aténas y no salió de allí hasta que, gracias á sus desvelos y su ciencia, desapareció la peste.

Piedad y patriotismo : los canónigos de San Quintin.

Cinco brechas habia en los muros de San Quintin, y era el undécimo asalto que daban los españoles cuando tomaron la ciudad en 1559. El comandante español concedia permiso á los canónigos para que se quedasen y desempeñaran tranquilamente sus canongías, pero rehusaron aprovecharse de él diciendo : « No queremos permanecer en

1. El médico mas celebre de los tiempos antiguos; murió en 380 ánt de J. C.

una ciudad donde no se nos permitirá rogar á Dios públicamente por la Francia. » Y se retiraron á Paris.

Patriotismo de las mujeres : las señoras de Beauvais. [1472.]

Cárlos el Temerario[1], duque de Borgoña, se hallaba en guerra contra Luis XI, rey de Francia, y puso sitio á Beauvais, creyendo que con facilidad se apoderaria de dicha ciudad y podria luego marchar sobre Paris. Los habitantes se defendieron con valor, pero eran poco numerosos para poder resistir largo tiempo. Las mujeres, inspiradas de magnánima emulacion, quisieron participar con sus padres y esposos de las fatigas del combate y la gloria de salvar la ciudad. A las órdenes de la heroina Juana Hachette, corren á las murallas desprovistas de defensores; echan abajo las escalas y arrojan con ellas á los fosos á los sitiadores; Juana Hachette, á su cabeza, toma un estandarte de manos del enemigo. El ejemplo de las mujeres dobla el valor de los hombres; en vano Cárlos el Temerario multiplica los asaltos, y la artillería acribilla la plaza dia y noche, pues se ve obligado á levantar el sitio despues de haber perdido gran parte de su ejército. La resistencia de los ciudadanos y de las señoras de Beauvais salvó á Paris.

En conmemoracion de la conducta heroica de Juana Hachette y de sus compañeras, se celebraba desde entónces en Beauvais una fiesta anual en la que las mujeres tenian en la procesion la prioridad sobre los hombres.

Sentimientos patrióticos : dos generales franceses.

En el calor del combate, dijeron á un general frances que su hijo habia sido muerto; y el general contestó : « Pensemos por ahora en vencer al enemigo; mañana lloraré á

1. Era un príncipe poderoso, que no solo poseia la Borgoña y el Franco Condado, sino casi todos los Paises Bajos. Perdió la vida en la batalla de Nancy en 1477, y el ducado de Borgoña fué incorporado á la corona de Francia. El Franco Condado lo fué mucho tiempo despues.

mi nijo. » Este rasgo magnánimo nos recuerda las sublimes palabras de Saint-Hilaire, general de artillería al mando de Turena. La misma bala de cañon que quitó la vida á aquel gran capitan [1], el libertador, la gloria de Francia, le llevó un brazo á Saint-Hilaire. A su lado se hallaba su hijo, de edad de once años, quien al ver á su padre en aquel estado, se arroja á su cuello llorando y sollozando: « Mi muerte es poca cosa, hijo mio, le dice mostrándole á Turena muerto, ése es el que hay que llorar. »

Modestia y patriotismo : Vauban.

Al frente de un ejército frances sitiaba á Turin el mariscal de la Feuillade con energía pero sin resultado. El mariscal de Vauban [2], que deseaba ardientemente pelear por su patria, ofreció servir á este general en calidad de voluntario, pero fué rehusada su demanda; porque queria la Feuillade que le cupiera á él solo el honor de tomar la ciudad, y no lo logró. Viendo Luis XIV que el sitio no progresaba, habló á Vauban, quien se ofreció á dirigir los trabajos. « Pero señor mariscal, le dijo el rey, ¿no veis que este empleo es inferior á vuestra dignidad? — Señor, contestó Vauban, mi dignidad consiste en servir al Estado; si es un obstáculo el baston de mariscal, al entrar en el campamento le dejaré á la puerta. »

Abjuracion de la enemistad por el servicio público : Arístides y Temístocles.

Arístides y Temístocles eran enemigos y siempre opuestos uno á otro en los negocios públicos. Habiendo sido elegidos ámbos para una embajada importante, los unió el interes comun; al salir por las puertas de Aténas dijo

1. El 27 de julio de 1675 en Saltzbach, en una batalla contra los imperiales.
2. Célebre sobre todo por su habilidad en el ataque y defensa de las plazas. Construyó ó reparó casi todas las plazas fuertes de Francia. Murió en 1707.

Vauban.

Temístocles á Arístides : « Dejemos aquí nuestra enemistad, la volveremos á tomar, si así lo quereis, á nuestro regreso. »

Aquella reconciliacion fué sincera, pero momentánea; sin embargo, la enemistad de aquellos dos hombres célebres se cambió en amistad verdadera cuando la patria estuvo en peligro por la invasion de Jerjes. Llamado Arístides del destierro (Temístocles le habia hecho condenar), llegó por la noche á la escuadra reunida para combatir contra los persas, y sin perder un momento va á ver á Temístocles. « Olvidemos nuestras disensiones, le dice ; no debemos tener otro pensamiento que el de salvar á la Grecia, vos dando las órdenes y yo obedeciendo. »

Conmovido Temístocles al ver su generosidad, dividió el mando con él. Aquellos dos grandes ciudadanos obraron en perfecto acuerdo, é indiferentes á su gloria personal, parecia que una misma idea y un mismo corazon los animaba.

Abnegacion y sacrificio : Epaminóndas; Moreau.

Epaminondas, ilustre general tebano, despues de una gloriosa campaña fué calumniado ante el pueblo, su nombre borrado de la lista de los jefes, y enviado como simple soldado á la guerra de Tesalia, á todo lo cual se sometió aquel gran corazon sin murmurar. Empéñase una batalla, y á pesar del valor é intrepidez de que daba ejemplo, desalentadas las tropas y próximas á sucumbir, se oye resonar de repente en todas las filas, en aquel instante de crísis, el nombre de Epaminóndas. Todos le invocan, le llaman y juran morir ó vencer á sus órdenes. Proclamado general unánimemente, acepta el mando, salva al ejército, alcanza una victoria completa, y vuelve luego á ocupar su puesto entre los soldados.

Igual conducta observó en una ocasion semejante el general Moreau. Despues de brillantes victorias, hallábase en desgracia y privado del mando; no obstante, sacrifi-

cando su justo descontento al interes de su patria, consintió en servir en el ejército de Italia, mandado por Scherer, general sin mérito ni gloria, quien cometió falta sobre falta y sufrió una derrota tras otras. Hallábase atrincherado detras del Adda[1], cuando una noche le llevan la noticia de que ha sido forzada la línea del Adda y que el enemigo está pasando el rio.

Desperado y aturdido Scherer, suplica á Moreau tome el mando del ejército. Parecia que Moreau estaba en el derecho de rehusarle, pues se le habia tratado injustamente, y hasta habia sido despreciado; ¡y ahora que estaba perdida la campaña, cuando no se podian esperar sino descalabros, cercados por todas partes veinticinco mil franceses por ochenta mil rusos, se le daba el mando!...

Sin embargo, con una abnegacion digna de los mayores elogios, sacrificó todos sus resentimientos contra su patria y aceptó una derrota al aceptar el mando la misma noche que fué forzado el paso del Adda.

Con su habilidad y su valor logró salvar los restos del ejército, adquiriendo con esto nueva gloria. ¡Dichoso él, si no hubiera desmentido despues este heroico sacrificio hecho en aras de su patria!

Reconciliacion de los ciudadanos á la aproximacion de enemigo: el arzobispo do Génova.

[Siglo XIII.]

Largos años hacia que la república de Génova[2] se hallaba dividida en dos bandos, obteniendo el triunfo ya la una ó la otra parcialidad, sin que pudiera jamas el vencedor destruir ni desarmar á su enemigo. Los asesinatos ensangrantaban la ciudad diariamente, la venganza requeria venganza, y los odios y enemistades eran hereditarios. Inútilmente los buenos ciudadanos lloraban un mal que

1. Rio de Italia que desemboca en el Po, célebre por la victoria de Flaminio sobre los galos.

2. Esta ciudad de Italia fué una república poderosa en la edad media.

les parecia irremediable, y entretanto la república marchaba á su ruina á pasos agigantados.

Para colmo de desgracia se vió atacada Génova en situacion tan deplorable por el extranjero; los pisanos [1], república entónces poderosa, le declaró la guerra. Esperábase á cada instante se presentara la escuadra enemiga, pero exaltados como estaban los espíritus con las discordias civiles, no se tomaba precaucion alguna contra el enemigo exterior.

Habia un hombre, sin embargo, que se levantaba mas que todos de aquella ceguedad y aquellos furores enconados; era Ugo, arzobispo de Génova, que ántes de recibir las órdenes sagradas, habia sido marino y soldado; estaba dotado de las virtudes del sacerdote y su pecho encerraba el corazon de un ciudadano. A fines del otoño supó una noche, por seguro conducto, que Rolando Avogado, jefe de una de las dos facciones enemigas, habia reunido en un banquete á sus partidarios principales y que habian tomado una resolucion espantosa: al rayar el alba del dia siguiente habia de tomar las armas el partido de Rolando, y atacar el partido contrario hasta exterminarse uno ú otro.

Estremecióse de horror el prelado al oir tan funesta nueva, y resolvió tentar un esfuerzo supremo, no solo para evitar tan terrible atentato, sino para reconciliar, si era posible, á los dos partidos. De consuno con los ciudadanos mas prudentes y los principales magistrados, empleó la tarde y las primeras horas de la noche en preparar la grande escena que meditaba. Hé aquí la relacion de este suceso memorable, tal como nos la ha trasmitido una crónica de aquel tiempo:

Eran las doce y cuarto de la noche; reinaba un profundo silencio, y las espesas tinieblas no permitian ver ninguna estrella en el firmamento, cuando de pronto se oye la campana de la catedral tocar á rebato, y tras ella suenan las

1. Pisa, ciudad de Toscana, ha decaido hoy mucho de su antiguo esplendor.

de las demas iglesias. A este ruido inesperado se despiertan todos los habitantes de la ciudad; las mujeres se asoman á los balcones preguntándose mutuamente y con ansiedad la causa de aquel ruido; los hombres se arman con lo primero que encuentran y salen á la calle; corren á informarse de si los pisanos amenazaban ya la ciudad, ó si Rolando, sus amigos ó sus enemigos han adelantado la hora convenida y ha comenzado la lucha. « ¡A la plaza mayor, á la plaza mayor! » gritan algunos, y esta voz es pronto la de todo el pueblo. En medio de la oscuridad de la noche se precipita la multitud á torrentes por todas las avenidas hácia la plaza mayor, sin que en esto dejaran las campanas de hacer oir sus lúgubres sonidos.

En la plaza, delante del pórtico de la catedral, se ven treinta eclesiáticos en alba y sobrepelliz con antorchas en la mano, y formados en una sola línea. La rojiza llama de las antorchas que oscila á impulsos del viento, colorea con reflejos variados el pórtico y las columnas, penetra en el interior del templo, cuyas puertas abiertas dejan percibir desde léjos el altar mayor resplandeciente de luces, dan de lleno sobre la cabeza blanca del venerable Ugo, y permiten distinguir claramente los rostros de los personajes que forman una asamblea imponente al lado del prelado, asamblea compuesta de los jefes de la ciudad y de los ciudadanos mas conocidos por su influencia y rectitud.

La vista de este cuadro sorprende á los ciudadanos, que quedan sobrecogidos de respeto. Todos esperan con impaciencia lo que va á pasar; un profundo silencio reina por todas partes y permite que oigan los ciudadanos el llamamiento que les dirige el ilustre prelado.

« Hermanos mios, roguemos; » y su voz, secundada por todo su clero, entona el *Veni Creator*. Descúbrense todas las cabezas, todas las almas se unen á la suya en aquella plegária; parece que desciende el invocado espíritu de Dios sobre aquella muchedumbre muda y prosternada. El mismo Rolando, que no está léjos del arzobispo, se siente profundamente conmovido.

Termina la plegária, y Ugo, que habia permanecido arrodillado miéntras duró la invocacion al Espíritu Santo, se levanta y dirige al pueblo el siguiente discurso :

« Escuchadme, hermanos mios. Dios no quiere que los hermanos viertan la sangre de sus hermanos, y os ordena por mi boca abjureis de tan impíos proyectos. ¡Desgraciado de aquel que desprecie los decretos divinos!... Hermanos mios, yo tambien he sido soldado, y bajo este título os digo : Baldon eterno al cobarde que en lugar de marchar contra el enemigo de su patria, vaya á inmolar á los que pueden defenderla con él!... En el nombre de Dios, y so pena de su maldicion, os conjuro á renunciar á vuestros odios parricidas, á que os prometais mutuamente el olvido, el perdon y la paz, jurándolo sobre el Evangelio. »

A estas palabras, levántase un murmullo favorable, y estalla la aprobacion general. Ugo hace señal con la mano reclamando el silencio, y dice :

« ¡Rolando! ¡Rolando Avogado, á tí te toca dar el ejemplo! ven, el Evangelio está pronto y Dios va á recibir tu juramento. »

Pero Rolando no responde; irritado, implacable, aparta los ojos de aquella escena imponente, y los fija en el suelo con tenacidad.

« ¡Rolando! ¡Rolando prorumpe el pueblo; salva á tu país; haz el juramento. » Se le presenta la cruz para que la bese, redoblan las exhortaciones del pueblo, mas él permanece inmóbil.

Se adelanta por fin, pero inflexible; las lágrimas surcan su semblante, lágrimas no de ternura, sino de ira, y con voz fuerte exclama : « ¡No! »

Renueva sus instancias el piadoso arzobispo; los padres y amigos de Rolando rodean á éste, hasta que enternecido por sus ruegos, concluye por ceder.

Acércase á la urna de plata, pone la mano sobre el Evangelio y jura el olvido y la paz.

Resuenan los aplausos en la plaza. Llámase á los jefes del partido contrario y prestan el mismo juramento.

Todos aquellos enemigos antiguos se abrazan; los odios que parecian implacables se extinguen para siempre, y los genoveses ya no tienen sino un mismo corazon, un mismo pensamiento. En aquella noche feliz terminaron las crueles enemistades que iban á causar la ruina de la patria.

Fidelidad á la patria ingrata : Focion.

Focion, uno de los hombres mas célebres de Grecia, fué condenado injustamente por sus ingratos conciudadanos, y hallándose en sus últimos momentos, le preguntaron si no tenia nada que decir para su hijo. « Recomendadle de mi parte, dijo, que sirva á su patria con tanto celo y fidelidad como yo, y sobre todo que olvide que el premio que ella ha dado á mis servicios ha sido una muerte injusta. »

Leonidas en las Termópilas.
[480 ántes de J. C.]

Jérjes, rey de Persia, marchaba contra Grecia á la cabeza de un ejército innumerable. Las repúblicas griegas se aprestaban á la defensa, y en tanto que se reunian sus fuerzas, se resolvió enviar tropas para guardar el desfiladero de las Termópilas por donde debia pasar el enemigo. Este desfiladero, situado entre el mar y las montañas, no tiene en ciertos sitios mas que algunos metros de ancho.

Estaban entónces á la cabeza de la confederacion griega los lacedemonios ó espartanos, trescientos de los cuales recibieron la órden de ir á defender el desfiladero de las Termópilas al mando de Leonídas; cuatro mil griegos de las demas ciudades marcharon con ellos, de modo que cuatro mil trescientos hombres iban á disputar el paso á trescientos mil.

Llegado que hubo Jérjes á las Termópilas, no podia creer que un puñado de hombres osase resistir contra sus fuerzas, y escribió á Leonídas estas palabras : « Si quieres

someterte, te daré el imperio de Grecia. » Leonídas contestó: « Prefiero morir por mi patria á esclavizarla. » La segunda carta del rey solo contenia estas palabras: « Rinde tus armas. » Leonidas escribió debajo: « Ven á tomarlas. »

Ciego de cólera, manda Jérjes á una de sus divisiones que vaya á coger á aquellos hombres y se los presente vivos. Algunos soldados se acercan á Leonídas diciéndole: « Los persas se acercan. » Y él responde friamente: « Decid mas bien que estamos cerca de ellos. »

Se adelantan las tropas persas, y los griegos en masa los ponen en desórden y los derrotan. Durante dos dias se renuevan los ataques con tan poco éxito, que ya Jérjes comenzaba á desesperar de forzar el paso, cuando por la noche le descubrió un traidor una vereda por donde podia flanquear la montaña y envolver la posicion de los griegos.

Sabedores estos de tan funesta nueva, reúnense sus jefes y les dice así Leonídas: « Amigos, marchaos en seguida, no prodigueis aquí vuestras vidas que son necesarias para la defensa comun. Por lo que hace á nosotros, las leyes de nuestra patria no nos permiten dejar el puesto que se nos ha designado sino con la vida; hemos recibido órden de defender el paso y le defenderemos hasta morir. No creais que será inútil nuestro sacrificio, porque doblará el valor de los griegos, miéntras que en nuestros enemigos crecerá el espanto al conocer el pueblo que quieren sujetar. »

Quedóse, pues, solo Leonídas en el desfiladero con sus trescientos espartanos; conmovido de la suerte que esperaba á dos jóvenes con quienes le unian los lazos de parentesco y de la amistad, dió al uno una carta y al otro una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. « No hemos venido aquí para llevar despachos, dijeron, sino para pelear. » Así se vió obligado á ceder á sus instancias para no privarles del honor de morir por su patria.

Pronto vieron aquellos nobles guerreros caer sobre ellos

la innumerable muchedumbre de los persas. Leonídas fué el primero que sucumbió despues de haber inmolado gran número de enemigos. Todos sus compañeros cayeron á su vez, acribillados de heridas, despues de vender muy caro sus vidas.

El sacrificio de Leonídas y de sus compañeros produjo mayor efecto que la victoria mas brillante; pues de este modo hizo conocer á los griegos el secreto de sus fuerzas, y por otra parte, la admiracion que inspiraron aquellos héroes engendró el ardiente deseo de imitarlos; la ambicion de gloria, el amor á la patria, todas las virtudes cívicas se elevaron á un grado desconocido hasta entónces.

En el sitio donde fueron sepultados los héroes de las Termópilas se erigió una columna con esta sencilla inscripcion: « ¡Pasajero! Vé á decir á Esparta[1] que hemos muerto aquí por obedecer á sus leyes. »

Flamma.

[Siglo IV ántes de J. C.]

Estaba el ejército romano como sitiado por los samnitas[2] en un desfiladero de donde no podia salir sin ser destruido. Durante la noche deliberó el cónsul con sus principales oficiales acerca de los medios de evitar el inminente peligro. « No hay mas que un medio, dijo uno de los oficiales llamado Flamma; y es que esta misma noche vayan quinientos soldados á apoderarse de la sola colina que aun no está en manos del enemigo. Al rayar el alba es seguro que los samnitas atacarán la colina, nuestros quinientos hombres perecerán todos, pero miéntras entretienen al enemigo darán tiempo al resto del ejército para ponerse en salvo — El consejo es excelente, dijo el cónsul; si hay quinientos hombres que quieran sacrificarse, se salvará el ejército. Pero, ¿quién los conducirá á ese punto

1. O Lacedemonia; con ámbos nombres se designa la capital de la Laconia en el Peloponeso.

2. Los samnitas eran un pueblo de Italia que resistió largo tiempo, venciéndolos algunas veces.

de donde ninguno volverá?— ¡Yo! » exclamó Flamma. Con el asentimiento del cónsul eligió quinientos valientes invitándoles á ir á morir con él por la patria, y todos respondieron á su llamamiento. Pónense en marcha en profundo silencio, y llegan á la colina; al siguiente dia les atacó el enemigo, pero desguarneciendo un paso por donde pudieron escapar el cónsul y su ejército.

Dícese que Flamma, cubierto de heridas, pero respirando todavía, fué salvado por los enemigos admirados de su valor, y habiendo recobrado su libertad, prestó á su patria servicios dignos de ella y de él.

Winckelried.

Leopoldo, duque de Austria, entró en Suiza á la cabeza de un poderoso ejército con intento de poner este pais bajo su dominacion. Cerca de Sempach encontró al ejército suizo, en escaso número y mal armado. Los soldados de Leopoldo cubiertos de hierro de piés á cabeza, formaban una masa compacta; sus anchos escudos y sus largas picas, que desde la cuarta fila podian salir fuera de la primera línea, hacian impenetrable el frente de aquella terrible cohorte. Inmóbiles en sus puestos recibieron los soldados con las puntas de sus picas los primeros esfuerzos de sus denodados enemigos, estrellándose diferentes veces la impetuosidad de los suizos contra aquella muralla de hierro erizada de puntas homicidas. Ya la falange austríaca comenzaba á moverse con formidable ruido amenazando envolver el corto número de los soldados suizos, que sentian ya debilitarse su valor á la vista de sus pérdidas y del peligro; su irresolucion en tan crítico momento iba á consumar su derrota.

Uno de ellos, llamado Arnoldo Winckelried, exclama entónces: « Compañeros, yo voy á abriros paso: dejo á vuestro cargo mi mujer y mis hijos. » Y rápido como el relámpago, corre hácia el enemigo, abraza con todas sus fuerzas cuantas picas austríacas puede abarcar, hundién-

dolas en su pecho, pero arrastrando con ellas al caer á los que las tenian, y abre de este modo en la falange enemiga un boquete por donde entran los soldados suizos. Sus apretadas y estrechas filas penetran en las austríacas desordenándolas y poniéndolas en dispersion.

Vencidos los austríacos por el asombro ántes de ser heridos por el hierro, en medio de su confusion chocan unos con otros, caen sin resistencia y espiran la mayor parte de ellos bajo el peso de sus armaduras.

El ejército austríaco fué destruido, y Leopoldo halló la muerte en las filas enemigas.

Eustaquio de Saint-Pierre.

Eduardo III, rey de Inglaterra, puso sitio á Calais, apoderándose por fin de ella el 3 de agosto de 1347. Irritado por haber estado tanto tiempo al pié de sus muros, rehusaba al principio conceder capitulacion alguna á sus habitantes. Contentóse por último con que le entregaran á discrecion seis de sus principales ciudadanos, que debian serle presentados con la cuerda al cuello y las llaves de la ciudad en las manos.

Esta noticia sembró la consternacion en los de Calais; era preciso enviar á seis de sus compatriotas á una muerte segura.... ¿A quién le tocaria la suerte que no hubiese prestado servicios á su patria y cuya pérdida no hiciese verter lágrimas á sus conciudadanos? Nadie se resolvia á tomar una determinacion, hasta que el generoso ciudadano Eustaquio de Saint-Pierre rogó á sus compatriotas le permitiesen sacrificar su propia vida por salvar las suyas. Otros cinco imitaron su ejemplo.

Ellos mismos se pusieron al cuello la cuerda que debia ser el instrumento de su suplicio; diéronles las llaves de la ciudad y se ponen en marcha; todos los habitantes los miran desde lo alto de las murallas derramando lágrimas. Los seis heróicos ciudadanos se presentan á Eduardo y le entregan las llaves de Calais. Recíbelas el rey con airado

semblante y manda poner á las víctimas en manos del verdugo. Afortunadamente se hallaba á la sazon en el campamento la reina de Inglaterra Felipa de Hainaut, que no podia consentir se cumpliese aquella órden inhumana, y á fuerza de ruegos y de lágrimas obtuvo de su marido la vida y la libertad de los seis generosos franceses.

D'Assas.

El caballero d'Assas, capitan del regimiento de Auvernia, en 1760, recibió el encargo de hacer un reconocimiento durante la noche á corta distancia del campo frances, en las cercanías de Clostercamp, en Westfalia. Marcha en silencio por medio de los bosques en profunda oscuridad, mas de pronto siente que varias espadas se apoyan en su pecho, y una voz sigilosa le dice al oido : « Si das un grito eres muerto. » Era una columna enemiga que se adelantaba en silencio para sorprender á los franceses. Reuniendo d'Assas sus fuerzas, grita con toda la fuerza de sus pulmones : « ¡A mí, Auvernia! ¡El enemigo! » Cayó atravesado de heridas, pero se salvó el ejército frances.

Desilles.

En los primeros dias de la Revolucion francesa se sublevó un regimiento que estaba de guarnicion en Nancy. Un cuerpo numeroso se adelantaba para restablecer el órden y se prometió una amnistía á aquellos soldados ilusos si entraban en el camino del deber. Hallábase ya la vanguardia á treinta pasos de una de las puertas de la ciudad, que defendian los facciosos con dos cañones cargados con metralla; con la mecha encendida en la mano, contestan con gritos enfurecidos á la intimacion que les hacen de rendirse y se disponen á hacer fuego contra las tropas.

En aquel instante se lanza en medio de los sublevados un jóven oficial del mismo regimiento, y se opone á que ejecuten sus desastrosas intenciones. Viendo Desilles (éste

era su nombre) que son vanas sus instancias y que los revoltosos quieren saciar su sed de sangre, arranca de sus manos las mechas encendidas, y colocándose sobre una de las piezas que cubre con su cuerpo, exclama: « ¡No, el regimiento no hará traicion á su patria! » En el mismo instante echa de ver que van á disparar el otro cañon, distante algunos pasos del primero, se arroja delante de la boca, pronta á vomitar la muerte y la carnicería, y prorumpe en estas palabras: « Son franceses, vuestros hermanos de armas, ¿y os atreveréis á tirar contra ellos?... ¡No! ántes me quitareis la vida. » Notando que sus palabras han despertado el honor en los corazones y que han causado impresion en los que le rodean, que permanecen inmóbiles, vuelve á la otra pieza que ya iban á disparar y declara que ántes le harán pedazos que dejar el peligroso puesto que ocupa. Pero su tenaz resistencia exaspera á los facciosos, que, irritados de ver que un hombre solo se opone á su resolucion, cediendo al furor de que están poseidos, vuelven contra él las armas parricidas, y cae Desilles acribillado de balas y bayonetazos. Compadecidos de su sublime abnegacion algunos habitantes de la ciudad, alzan aquella noble víctima que riegan con sus lágrimas, le trasportan á una casa próxima, donde el jóven héroe espira profiriendo estas palabras memorables: « Al ménos yo no sobreviviré.... al deshonor de mis compañeros de armas! »

Sin embargo, el rumor de su muerte que corrió entre los amotinados influyó para que la vergüenza y el arrepentimiento reemplazaran á su furor, pues es irresistible la impresion que produce una accion heróica inspirada por el sentimiento del deber. Aprovecharon los jefes aquel cambio repentino para hacer entrar en la obediencia á los facciosos, bastando la muerte generosa de un jóven oficial para impedir que una de las ciudades principales de Francia, y tal vez una provincia entera, fuese presa de los horrores de la guerra civil

Schwardin.

[19 de setiembre de 1793.]

Un ejército de cuatro mil soldados, al mando de Kleber, se veia perseguido en Forfou, durante las guerras civiles de la Vendea, por veinte mil hombres pertenecientes al partido contrario. Llama Kleber á su amigo el coronel Schwardin, y le dice: «Ya ves nuestra posicion; tú vas á situarte en el barranco con tu regimiento, te harás matar, pero me darás tiempo para salvar el ejército.—Así lo haré, general,» responde Schwardin, quien en seguida se pone en marcha, se atrinchera en el barranco, sostiene con su gente el ataque del enemigo, da tiempo á Kleber y á su pequeño ejército de ponerse en salvo, y muere gloriosamente con todos aquellos valientes.

La Palice.

[1521.]

El valeroso la Palice, caballero frances, era el comandante de una ciudadela sitiada por los españoles; en una salida que hizo, cubierto de heridas, quiso volver á la fortaleza, pero los españoles le impiden el paso; entónces se apoya contra una pared y se defiende largo rato. Cediendo al fin al número, cae, y le llevan moribundo á la tienda de Gonzalo de Córdoba, jefe de los sitiadores, quien le amenaza con darle muerte si no obliga á los sitiados á entregarse en seguida. La Palice escucha con calma á Gonzalo, y le contesta: «Que me lleven al pié de las murallas.» Una vez allí hace llamar á su lugarteniente, y le dice:

«Ya veis, Cornon, que me amenaza Gonzalo con quitarme un resto de vida si no os rendís inmediatamente; os ruego, amigo mio, me considereis ya como un hombre muerto; sed fiel á vuestro deber para con el rey y la Francia, y defended la plaza hasta el postrer aliento.»

Aunque airado Gonzalo, no llevó á cabo su amenaza, y

prefirió canjear á la Palice con un capitan español de igual graduacion que su prisionero. La Palice curó de sus heridas y llegó á ser mariscal de Francia.

---

§ XI. DEBERES DE FAMILIA.

PADRES Y MADRES.

En el cariño que profesan los padres á sus hijos hay alguna cosa de heróico, causándoles satisfaccion personal la buena conducta de un hijo. Aplauden todo lo que hace en su propio interes bien entendido y se alegran de la misma felicidad que se procura. (B.)

¡ Dichosos los hijos que sus padres guian á la perfeccion, ménos por la vía larga y difícil de los preceptos que por el corto y fácil camino de los ejemplos! Son imágen viva de la virtud haciéndola sensible á sus ojos. No es la virtud elevada por encima de la humanidad, que los filósofos representan sentada en una roca escarpada al cabo de un largo y áspero camino; es la virtud presente, accesible, por mejor decir, familiar, que aprenden pronto los niños por aficion y por instinto, que creen ver y tocar; y que parece tomar una forma corpórea para acomodarse á la debilidad de su razon naciente, para excitar en ellos no una admiracion estéril sino una imitacion utilísima. (AGUESSEAU.)

Respuesta de Agesilao.

Agesilao, rey de Lacedemonia, otro de los hombres mas célebres de Grecia, se entretenia un dia corriendo á caballo montado en un baston para distraer á su hijo, entónces de corta edad. Un testigo de esta escena no pudo ménos de reirse. « Amigo mio, le dijo aquel héroe, no te burles tan pronto; para juzgar la conducta de un padre espera tú hasta que lo seas »

La señora de Sevigné [1].

La señora de Sevigné amaba á su hija con pasion, y cuando tuvo que separarse de ella, exhalaba sus emocio-

1. Esta mujer celebre murió en 1696.

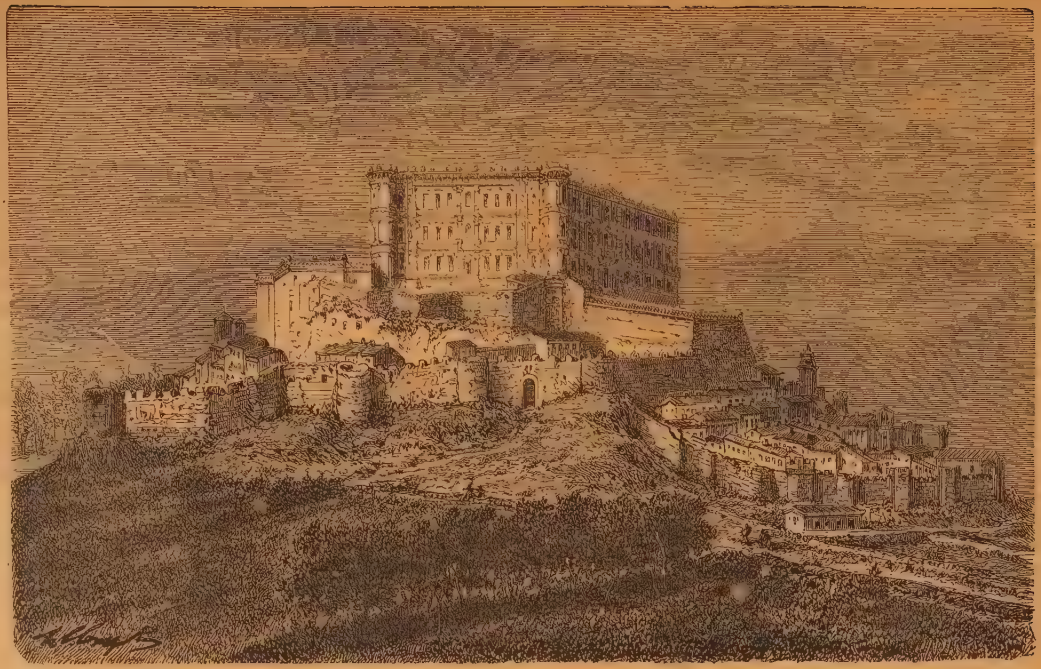
nes maternales en una multitud de cartas que se han publicado despues de su muerte y que subsistirán siempre como obras maestras en el sentimiento y en el estilo.

En estas cartas se pueden conocer los tesoros de amor que encierra el corazon de una madre. Apénas se ha puesto en camino la señora Grignan[1] con su marido en direccion á la Provenza, que ya comienza la señora de Sevigné á confiar sus angustias maternales al papel, que parece abrasador bajo sus dedos. Al principio «ha sentido en veinte leguas este alejamiento cruel, como sentiria un cambio de clima.» La idea de los peligros de un viaje tan largo aumenta el dolor de la separacion; continuamente tiene ante sus ojos «las alturas escarpadas de Tarare[2], y la rápida corriente del Ródano.» Cuando sabe que Madama de Grignan ha llegado con felicidad, cambian de aspecto los temores de su madre, sin ser por eso ménos vivos; sin hablar del «fastidio de la ausencia,» es preciso «que esté sumamente inquieta por la salud tan preciosa de su hija.» Sabe que ésta se siente mal del pecho, y dice «que está enferma en el pecho de su hija.» ¡Cuánto debe compadecer el lector á esta pobre madre, entregada á merced de todos los caprichos de su imaginacion! Porque para un corazon como el suyo, «todas las tristezas de temperamento son presentimientos, todos los sueños son presagios, todas las precauciones son avisos; es un dolor sin fin.»

Por lo tanto, su único pensamiento es el de reunirse con su hija, y segun sus enérgicas frases, «precipitar en esta esperanza el resto de su vida.» «Empujo con mi mano, dice, á los dias para que pasen mas pronto, y consiento de todo corazon en su rapidez, con tal de vernos juntas!» Afortunadamente la señora de Sevigné tiene el consuelo de que puede escribir y la alegría de que su hija no deja nunca de responder. Estas cartas, que vienen de Provenza, son verdaderos acontecimientos, y así ¡con qué

1. Hija de Madama de Sevigné.

2. Tarare es una pequeña ciudad próxima á Lyon.



Castillo de Grignan, récidencia de la hija de la señora de Sévigné.

impaciencia se las aguarda! Cuando toma una de esas cartas, no la lee en seguida por miedo de haberla leido demasiado pronto, y una vez que la ha leido, la lee y la vuelve á leer de nuevo; y este dichoso papel reina en su corazon hasta que otra nueva carta viene á reemplazarle.

La viuda del leñador.

[1824.]

Acostumbraba la viuda de un pobre leñador ir todos los dias á cortar leña en medio de los bosques de pinos que coronan la cima de los Vosgos, y miéntras recorria la selva, dejaba su niño, todavía muy pequeño, en algun matorral.

Pero, ¿podia acaso estar ausente largo tiempo de su querido niño? Una hora de espera es un siglo para la tierna madre. Tal vez en aquel momento alarga sus bracitos llamando á gritos á su madre.

Alarmada con sus pensamientos se apresura á llegar donde reposa su hijo, cuando se presenta á su vista un terrible lobo, con el pelo erizado y la boca abierta. Helada de espanto, siente el frio de la muerte, y teme que la fiera haya devorado á su hijo. ¡Dios sea loado! un débil grito la anuncia que su hijo respira aún, acostado en su cuna de yerba.

En aquel momento se dispone el lobo á arrojarse sobre su víctima, va á alcanzarla; ¡cuánta fuerza no inspira en una madre el peligro de su hijo! Con el mayor valor se interpone entre su enemigo y el matorral, haciendo de su cuerpo una muralla para defender á su hijo.

Al ver esto la fiera, olvida la presa de que iba á apoderarse, y volviendo toda su rabia contra la nueva víctima que se le presenta, se arroja sobre ella, la destroza y se sacia de sangre. Miéntras aquella desgraciada forcejeaba con el lobo, se acuerda que lleva consigo un cuchillo, le coge, y reuniendo todas sus fuerzas ya desfallecientes, hunde el agudo hierro en el corazon del animal, que espira dando un horrible ahullido. Debilitada la madre por

aquel esfuerzo, cae al lado de su enemigo muerto, gritando: « ¡Salvad á mi hijo! »

A sus lastimeros quejidos acuden algunos leñadores que ven al llegar á su pobre compañera tendida en el suelo ensangrentada. Durante el combate, se habia dormido el niño en apacible sueño ignorando el peligro de su madre.

Los leñadores llevan al hijo y á la madre á su cabaña; rodean á la pobre mujer inanimada, prodigándola todos los cuidados que pueden volverla á la vida. ¡Socorros inútiles! Está ya fria...

Desesperaban ya de reanimar aquella víctima generosa del amor maternal, cuando tuvo alguno la idea de arrimar la cara del niño á la de su madre; á poco hace esta un ligero movimiento, se van coloreando sus mejillas, entreabre sus ojos descaecidos, y un suave calor comienza á extenderse por sus miembros; conoce á su hijo y le estrecha entre sus brazos con entrañable ternura. La imágen del mónstruo se presenta, sí, á su imaginacion, pero la olvida en seguida, puesto que su hijo vive... Y está salvada ella misma.

Clementina.

[Siglo XVIII.]

En el hermoso país del Rosellon, en medio de un bosquecillo de limoneros, habia una casita solitaria donde moraba la buena Clementina, cuyas virtudes y cariño formaban las delicias de su marido y de sus hijos.

Hallábase un dia ausente su marido, y los dos niños, Antoñita y Antonio jugaban juntos cerca de la casa; mas de repente oye Clementina gritar á su hijo; sale corriendo muy asustada y se estremece viendo á Antonio que conducia á su hermanita temblorosa y espantada. « Mamá, dijo, mirad cómo corre la sangre de la mano de Antoñita; la ha picado una víbora. » Clementina grita entre sollozos: « ¡Ay mi hija! ¡Hija mia! ¡Una víbora! ¡Socorro, socorro! »

En aquel momento pasaba un hombre que iba muy de prisa; y con voz entrecortada le suplicó se detuviera y viniera en su ayuda.

« Señora, dijo el viajero, no puedo detenerme; ademas, no sé mas que un remedio; procuraos un perro que chupe el veneno de la herida, pero apresuraos, no perdais un momento. »

Marchó el hombre y Clementina se vió próxima á caer por tierra, como sobrecogida de un vértigo. Pintábase la desesperacion en su pálido semblante, pero un instante despues apareció la calma en su rostro, y se irguió trasportada de júbilo.

« ¡ Que chupe un perro el veneno de su herida ! No, un perro no lo haria, pero una madre puede hacerlo, y lo hace. » Coge en seguida el brazo de su hija, aplica sus labios á la herida, y chupó por largo tiempo con indecible ardor.

A todo esto llega el padre, y viéndole venir Antonio, corre á su encuentro y le refiere lo sucedido y lo que ha hecho su madre. El jóven esposo palidece de terror, sus piernas vacilan y tiene que apoyarse en un árbol.

« ¿Qué teneis padre? » exclama el niño dirigiéndose á socorrerle; en aquel momento cayó al suelo el baston que su padre tenia en la mano. Al ver el niño aquel baston en el que habia una culebra enroscada, retrocedió espantado gritando : — « ¡ Esa es, esa es la víbora que ha picado á mi hermana! — ¿Qué es lo que dices, hijo mio? exclama el padre volviendo en sí; ¡qué! ¿era igual á esta la culebra que ha picado á tu hermana? — ¡ Sí, señor, enteramente igual ! »

Su padre respira entónces y da un grito de alegría : « ¡Loado sea Dios! exclama; el reptil que ha picado á Antoñita no era una víbora, es una culebra; su picadura no es peligrosa y Clementina no ha chupado veneno alguno.

Llega á la casita con los ojos arrasados en lágrimas; abraza á la madre y á la hija, las estrecha largo rato contra su pecho, y dice ébrio de gozo :

« ¡Qué miedo me has causado! pero gracias á Dios, el reptil no era venenoso. Todavía viviremos juntos; jamas olvidaré tu maternal cariño, y nuestros hijos tampoco lo olvidarán. »

Juan Ducas.

[1072.]

Unas bandas de aventureros frnceses, á las órdenes de Oursel, caballero normando, asolaba el Asia Menor, sometida entónces al cetro de los débiles soberanos del Bajo Imperio. Juan Ducas, salió á su encuentro á la cabeza de un ejército numeroso. Los franceses alcanzaron la victoria, y Juan, despues de una tenaz resistencia, fué herido, hecho prisionero y cargado de cadenas. Su hijo Andrónico se arroja entónces en medio de los franceses con objeto de libertarle, pero agobiado por el número y cubierto de heridas cae á su vez. Un guerrero frances, espada en mano, va á darle el golpe mortal, pero Juan, testigo de tan terrible espectáculo, hace un esfuerzo supremo, rompe sus ligaduras, corre hácia Andrónico cubriéndole con su cuerpo y exclama : « ¡Deteneos, es Andrónico mi hijo! »

Los franceses bajan sus espadas, y admirados del valeroso cariño de un padre salvando la vida de un hijo que moria por libertarle, alzan á los dos cautivos, les tratan con dulzura, y les conceden la libertad.

Loizerolles.

[1794.]

Millares de inocentes se hallaban encerrados en los calabozos en la época del Terror [1], condenados á muerte sin distincion de edad, sexo ni condicion; no les quedaba mas que hacer sino responder al último llamamiento del carcelero y salir á la carreta fatal; apénas si algunas veces tenian los jueces tiempo y voluntad para asegurarse de la

1. Se da este nombre en Francia al tiempo transcurrido desde el 2 de junio de 1793 hasta el 27 de julio de 1794.

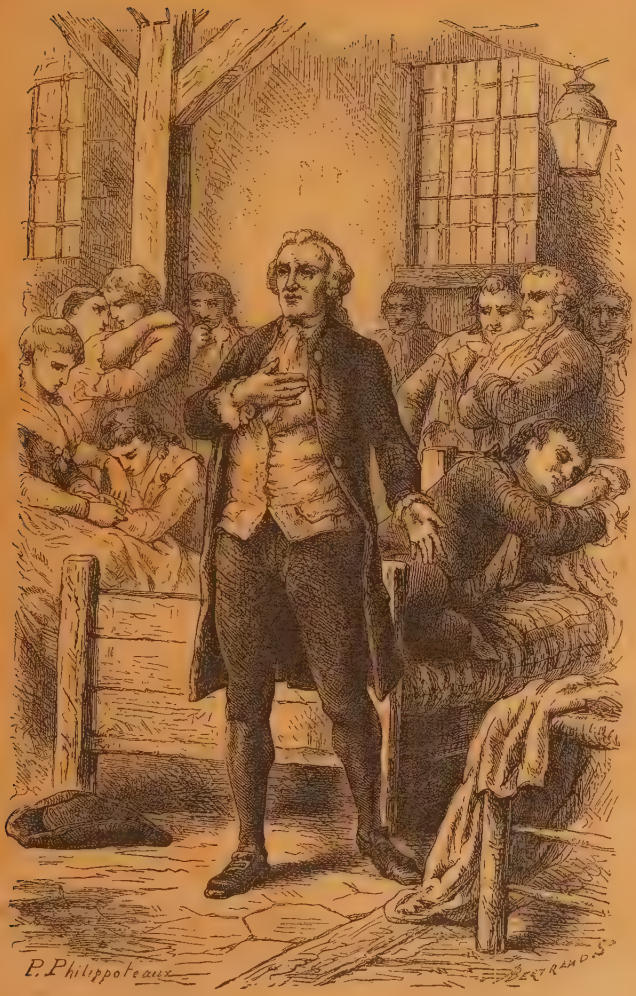
identidad de los que esperaba la guillotina; mezclados unos con otros en la prision, del mismo modo morian todos.

Un jóven llamado Loizerolles, compareció en dicha época ante el tribunal revolucionario y fué condenado. Su padre, que no quiso separarse de él, le acompañó en la cárcel. El anciano queria sostener al jóven en su última prueba. El dia en que debia cumplirse la sentencia, estaba el jóven tan cansado, triste y agobiado por sus emociones, que se quedó dormido en el calabozo. Su padre velaba á su lado; de pronto rechinan los cerrojos, se abre el postigo, y se presenta el carcelero, acompañado de soldados, con una lista en la mano y va llamando uno por uno á los desdichados cuya última hora ha sonado.

Nombra á « ¡Loizerolles! » nadie contesta. « ¡Loizerolles! » grita segunda vez; el mismo silencio... solo el padre ha oido el llamamiento de la muerte. Es á su hijo á quien llaman, y éste se encuentra sumido en profundo sueño. Un pensamiento súbito brilla en los ojos del anciano; llaman al hijo, el padre responderá.

Y aquella sublime inspiracion la lleva á cabo en silencio; por segunda vez va á dar la vida á su hijo. Se presenta en seguida, y se pone en la fila de los que van á marchar al cadalso.

Pero ántes de salir de la prision, vuelve al lado de su hijo, é inclinándose sobre él, dice : « ¡Duerme, hijo mio, duerme en ese sueño feliz que te oculta la vista de tu padre que va á morir por tí! ¡Ah! ¡No te despiertes ántes de tiempo, espera á que sea consumado el sacrificio! » No le abraza por temor de despertarle, y dirijiéndose en voz baja á uno de sus compañeros de cautiverio que le miraba con los ojos anegados en lágrimas, le dice : « Os ruego por lo mas sagrado, que le calmeis cuando se despierte y sepa la terrible verdad; impedid que en su desesperacion cometa alguna imprudencia y sea inútil mi sacrificio; hacedle saber la última voluntad de un padre que debe ser obedecido. Yo le ordeno que se resigne y le prohibo comprometer una vida que le he dado por dos veces. »



Loizerolles.

Y el padre sale de la prision entre los demas condenados á muerte, sube al patíbulo, y presentando su cabeza al verdugo, murmura esta corta plegaria : « ¡Dios mio, velad por mi hijo! »

NIÑOS.

El deber mas sagrado de todos, el que con caractéres de fuego ha grabado la naturaleza en el fondo de nuestra alma, es amar á los que nos dieron el sér. ¡Y cuán dulce es obedecer este precepto de amor!
(FLORIAN.)

La piedad filial es un deber de religion que Dios mismo nos prescribe.

La piedad filial consiste en el respeto, el cariño, el agradecimiento y la abnegacion. (B.)

Guillermo Brown.

Un inglés, autor de un viaje á Escocia, refiere el suceso siguiente :

Al dia siguiente de salir de Glascow [1], tuvimos que hacer alto en una villa, y desde la ventana de nuestra posada, situada frente á la cárcel, veíamos todos los que pasaban por la calle. En esto llegó un hombre á caballo, vestido con sencillez pero con elegancia; hechó pié á tierra á la puerta de nuestra posada, y entregando su caballo al dueño de ésta, se dirigió á un anciano que se ocupaba en empedrar la calle. Despues de saludarle, tomó el pison en sus manos, y dando algunos golpes en el empedrado, dijo al anciano que le miraba como admirado : « Me parece bien duro este trabajo para vuestra edad; ¿no teneis hijos que puedan evitaros tan penosa tarea? — Sí, señor, respondió el anciano, tengo dos hijos en los que fundaba mis esperanzas; pero no se hallan ahora en situacion de socorrer á su padre... — ¿Dónde están? — El mayor está en las Indias orientales [2] con grado de capitan. — ¿Y el segundo? » preguntó el caballero con precipitacion. A estas palabras no pudo contener sus lágrimas el pobre viejo... « Ha salido

1. Grande y rica ciudad de Escocia.

2. Una gran parte pertenece á los ingleses.

garante por mí, dijo; el pobre muchacho se encargó de pagar mis deudas, no ha podido hacerlo, y está en la cárcel... » Al oir esta relacion se retiró el viajero algunos pasos, cubriéndose el rostro con las manos un buen rato, y volviendo de nuevo hácia el anciano, le dijo : « ¿No os ha enviado nada el hijo mayor, ese capitan, hijo desnaturalizado, para sacaros de la miseria? — ¡Ah, no le llameis desnaturalizado! exclamó el padre; mi hijo es el mejor de los hombres, me ha enviado dinero, y mas de lo que habia menester; pero perdí todo este dinero á causa de haber dado fianza por un hombre muy honrado, que cayó en la desgracia y se vió imposibilitado de pagar; me han vendido todo lo que poseia, nada poseo, y he vuelto á tomar mi primitivo oficio de empedrador... » Estando hablando de este modo, asomó un jóven su cabeza por entre los hierros de una ventana de la cárcel y se puso á gritar : « ¡Padre, padre! Si vive aún mi hermano Guillermo, es ese viajero que está hablando con vos... — Sí, yo soy, exclamó éste arrojándose en los brazos del anciano, que aturdido, fuera de sí, lloraba sin acertar á hablar, y no recobró el sentido hasta que de una casa medio arruinada salió una señora anciana, vestida con bastante decencia, diciendo á gritos : « ¿Dónde está mi hijo? ¿Eres tú mi querido Guillermo? ¡Ven á abrazar á tu madre! » Apénas la hubo visto el capitan, cuando desprendiéndose de los brazos de su padre, voló á recibir á su madre en los suyos. Entónces bajamos á la calle, y hendiendo el grupo de gente que se habia formado en derredor de la dichosa familia, se llegó uno de mis compañeros al viajero y le dijo : « Capitan, os pedimos el favor de aceptar nuestra amistad; hubiéramos andado de buena gana cien leguas por presenciar una escena como ésta; os suplicamos mis compañeros y yo, vengais todos á comer con nosotros á nuestra posada. » Agradecido el capitan á la oferta, aceptó diciendo que no comeria ni beberia nada hasta que su hermano recobrara la libertad. Marchó á depositar la cantidad que era necesaria, y en el instante fué puesto el jóven en libertad. Entónces se presentó toda la familia en la posada

donde les costó trabajo entrar á causa del gentío que se habia reunido á la puerta, agasajando todos á porfía al buen Guillermo que correspondia afectuosamente á aquel cordial recibimiento.

Así que pudimos establecer la conversacion, el capitan nos refirió lo siguiente : « Hoy es cuando conozco en toda su grandeza los beneficios de la Providencia, á quien tanto debo. Apénas salido de la infancia, me alisté en las tropas destinadas al servicio de la India. Cifraba mi esperanza en alcanzar la fortuna por medio de mi buena conducta, y felizmente mi esperanza se ha realizado; tuve la suerte de que el gobernador de las posesiones inglesas en la India me diera pruebas de distincion. Con mi celo en el servicio logré inspirarle afecto, y gracias á su proteccion, fuí pasando por todos los grados hasta llegar á capitan, obteniendo permiso al mismo tiempo, como algunos de mis compañeros, para ocuparme en negocios comerciales. Todo me ha salido bien, y poseedor de una fortuna suficiente, he dejado el servicio para volver al seno de mi familia. Tres veces he enviado cantidades importantes á mi padre, pero no ha recibido mas que la primera; la segunda cayó en manos de una persona que hizo quiebra, y la tercera la confié á un escoces que falleció en el camino.... » Despues de comer, el capitan entregó á su padre cien monedas de oro para sus necesidades del momento; firmó una escritura por la que aseguraba á sus padres una renta anual de dos mil francos, que heredaria su hermano, prometiendo asociar á éste en una manufactura que se proponia establecer para procurar ocupacion á los habitantes de la villa. Por último, despues de distribuir mil doscientos francos entre los pobres, dió una fiesta brillante á sus compatriotas.

El paje.

Federico II, rey de Prusia, llamó un dia desde su habitacion, sin que respondiese nadie, y abriendo la puerta de

la antecámara, vió un paje dormido en una silla. Iba á despertarle, cuando notó que por fuera de uno de los bolsillos de éste asomaba un papel y le tomó. Era una carta de la madre del jóven paje, en la que le daba las gracias por el dinero que le habia remitido. Contento Federico al ver la conducta de su paje, que se privaba de su paga por ayudar á su madre, tomó un cartucho de ducados y le deslizó con la carta en el bolsillo del jóven dormido. Un instante despues tiró de la campanilla; despertóse el paje y corrió á la cámara real. « Os habeis dormido, » le dijo el rey. Trató el jóven de excusarse, mas sintiendo en su bolsillo mas peso que de ordinario, metió la mano en él y halló el cartucho de ducados. Perdió el color, y se quedó temblando sin poder articular una palabra. « ¿Que teneis? le dijo el rey. — ¡Ay, señor! exclamó el paje; alguno me quiere perder; yo no sé de donde viene este oro. — ¿No dicen que la fortuna viene durmiendo? Envia esa suma á tu madre, salúdala de mi parte, y puedes asegurarla que cuidaré de ella y de tí. »

El discípulo de la Escuela militar [1].

Un niño de doce años, que bajo el reinado de Luis XV [2] obtuvo una plaza dotada en la Escuela militar, se hacia notar por su frugalidad, rara en toda edad, pero especialmente á la suya; se mantenia únicamente de sopa y pan seco, y no bebia mas que agua pura. Advertido el sub-director de aquella singularidad, le dijo un dia: « ¿No encontrais á vuestro gusto lo que os sirven? — Sí, señor, me parece muy apetitoso todo lo que nos sirven, pero no puedo decidirme á comer de ello. » No pudo el sub-director obtener otra respuesta, y con este motivo manifestó el caso al gobernador de la escuela, quien hizo llamar al discípulo, y despues de manifestarle con dulzura lo necesario qué

1. Se daba entónces el nombre de *Escuelas militares* á los colegios donde se educaban los niños destinados al ejército. Tal es hoy el de la Flecha, en el departamento de la Sarthe.

2. Reinó desde 1715 hasta 1774.

era evitar toda clase de singularidad y conformarse á la costumbre de la escuela, se vió obligado de amenazarle con devolverle ó su familia. « ¡Ay, señor, contestó el niño: ¿quereis saber la razon de mi conducta? pues bien, sabed que mi padre, mi madre y mis hermanos se hallan en la mayor pobreza; no comen mas que pan negro y no beben mas que agua; cuando yo veo todas las buenas cosas que nos sirven aquí, pienso en la miseria de mis padres, se me oprime el corazon y no puedo comer. » Al decir estas palabras el pobre niño, entristecido por el recuerdo, vergonzoso y afligido por haberse visto obligado á revelar la miseria de sus padres, rompió á llorar. Conmovido el gobernador, estrechó al niño entre sus brazos y trató de consolarle. « Decidme, amigo mio, vuestro padre, que es oficial retirado, ¿no tiene pension? — No, señor; hace dos años que solicita una, y todavía no ha tenido contestacion. — Hijo mio, mañana veré al ministro, y os prometo que ántes de ocho dias obtendrá su pension. Entretanto comed con apetito, y aceptad estos tres luises que os doy en nombre del rey para que los gasteis como querais. En cuanto á vuestro padre, yo me encargo de adelantarle el primer trimestre de su pension. — Pero, señor, respuso el niño radiante de alegría, ¿cómo podreis enviarle ese dinero? — No os inquieteis, ya encontraremos el medio. — ¡Ah señor! puesto que teneis esa facilidad, envidiadle tambien los tres luises que acabais de darme; aquí hay abundancia de todo, este dinero me seria inútil y mi padre le podrá emplear muy bien para mis hermanos. »

Sedaine[1].

Un maestro de obras llamado Sedaine, sin otra fortuna que su industria, murió en una ciudad del Mediodía de Francia dejando sin recursos á su mujer y dos hijos; el mayor, de edad de catorce años, asistia como externo á las clases del colegio; el otro era mucho mas pequeño.

1. Autor de varias obras dramáticas; nació en 1719, y murió en 1797.

Todos los vecinos se interesaron por aquella pobre familia, y querian que el jóven Sedaine continuara sus estudios que habia comenzado con celo y brillante éxito; prometian ayudarle, el director del colegio le ofrecia su apoyo, proposiciones todas que llenaban de satisfaccion el corazon del jóven discípulo. « Pero, dijo, ¿qué será de mi hermanito, de quien soy el único protector á pesar de mis pocos años? ¿Podrá mi madre atender á él con el trabajo de sus manos, acostumbrada como se halla al bienestar? No; es preciso que yo me ponga en situacion de ayudarlos lo mas pronto posible; ese es mi deber, yo lo conozco, mi conciencia me dicta y mi corazon me encamina á hacerlo. » Y el pobre muchacho entró como aprendiz de albañil.

Los trabajadores, por respeto á la memoria de su padre, le manifestaban las mayores consideraciones; los maestros se apresuraron á facilitarle sus progresos. Desde el primer dia empezó á ganar alguna cosa, aumentando su jornal con rapidez.

Al dejar el colegio, habia conservado sus libros y cuadernos, y por las noches se ocupaba en estudiar; sus antiguos condiscípulos le comunicaban las lecciones de clase, los profesores recibian gustosos sus visitas y le ayudaban con sus consejos. El director le proveia de libros.

De este modo comenzó una existencia doble; consagraba el dia al trabajo manual para sostener á su familia y dedicaba parte de la noche al cultivo de sus facultades intelectuales; el dia pertenecia á las necesidades presentes, la noche á las esperanzas del porvenir, porque aquel generoso niño soñaba en la gloria aunque ocultaba este pensamiento en el fondo de su corazon. Al mismo tiempo que llegaba á ser un albañil muy hábil, concluyó sus estudios clásicos.

Entónces quiso aprender la arquitectura y se dirigió á Paris, donde un amigo de su padre le prometió buena acogida. Los carruajes en aquella época caminaban lentamente; con el dinero de sus economías costeó un asiento por su hermano y él caminaba á pié.

En Paris continuó el mismo género de vida, ganando con su trabajo lo necesario para vivir él y su hermano y socorrer á su madre que habia quedado en su país; y estudiando la arquitectura con ardor é inteligencia, cultivando al mismo tiempo las letras, tanto para satisfacer las nobles inclinaciones de su alma, como con la esperanza de conquistarse un nombre.

El éxito coronó siempre virtud tan pura. El noble colegial que se habia convertido en aprendiz de albañil, llegó á ser uno de los mejores arquitectos, á la par que uno de los literatos mas célebres de su época; se enriqueció y alcanzó un nombre honroso en las dos carreras que habia abrazado simultáneamente; fué miembro de la Academia de arquitectura y de la Academia francesa.

La señorita Josserand.

Una honrada familia de la ciudad de Provins [1] se vió completamente arruinada por algunas empresas arriesgadas. Despues de deshacerse de todo lo que poseia, el desgraciado padre, anciano é incapacitado para trabajar, debia cerca de 4,000 francos.

Declarado insolvente y siendo sus hijos menores de edad, le dejaron en paz sus acreedores. Su hija estaba trabajando hacia algunos años para reunir un dote con objeto de abrazar el estado religioso, que era su único deseo.

Pero en seguida que ocurrió el desastre en su familia, empleó su pequeño tesoro para atender á las primeras necesidades, y por medio de su trabajo convertirse en el apoyo de un padre impedido, un hermano de corta edad y una abuela octogenaria; pero no era esto bastante para la pobre jóven.

Su abuela, su pobre abuela se halla moribunda, y no es la miseria la que la mata. Su nieta que vela á su lado, comprende los deseos que abriga aquella en el corazon sin

1. Cabeza de distrito en el departamento de Sena y Marne.

atreverse á manifestarlos, y se consagra á cumplirlos. El trabajo del dia y el de la noche, unido á las mayores privaciones, la permitirán saldar las deudas de su familia, y algun dia podrá rehabilitar el nombre de su padre

La desgraciada abuela cierra sus ojos bendiciendo á su nieta, que poco á poco va á ver á los acreedores, les pide tiempo, mucho tiempo, y les suplica dejen algunos efectos á su pobre padre.

Conmuévense á la vista de aquella jóven, pero su proyecto les causa asombro; no tiene sino su trabajo, con tres personas á su cargo y se encarga de pagar deudas que no son suyas. Tan firme resolucion en su edad encuentra muchos incrédulos.

Veinte años despues de haber contraido la señorita Josserand este compromiso, habia solventado todas las cuentas, y parecia demostrar en su semblante que su conducta no tenia nada de extraordinario.

Su valor, que jamas desfalleció, una vida consagrada enteramente á ejecutar un pensamiento honrado, dejaron intacta su modestia y su delicadeza.

Recibió en su pecho los últimos deseos de su abuela; ha honrado los últimos dias de su padre; su hermano la debe una buena educacion y una profesion, y sobre todo, un nombre sin tacha, porque todas las deudas fueron cubiertas; y si se ha divulgado el secreto de virtud tan rara, se debe á los mismos acreedores satisfechos y á los vecinos testigos de todo.

La catástrofe de Monville.

[19 de agosto de 1845.]

En el valle de Monville, cerca de Ruan, estalló una tempestad horrible, acompañada de una tromba furiosa.

Dos vientos violentos, soplando en direccion opuesta, formando un cono, que bajando de las nubes, apoyando su punta en la tierra, giraba con espantosa rapidez. De su seno salian relámpagos que esparcian á lo léjos un olor de

azufre muy pronunciado, y dícese que varias nubes rojas y negras se movian verticalmente lanzadas y rechazadas con prodigiosa fuerza. Se oia un ruido parecido al que precede al granizo. El barómetro bajó de repente diez y seis milímetros; la temperatura se elevó rápidamente, y una corriente de aire cálido precedió á la tromba.

El metéoro se dirigia hácia el Este, derribando todo lo que hallaba al paso; abrió un ancho boquete por medio de una selva, quebrando ó torciendo los árboles, arrojándolos á derecha é izquierda, sin perder por eso su fuerza.

En seguida cayó sobre tres de las principales fábricas del valle. Eran estas tres fábricas de hilados ricas y magníficas, y las tres quedaron en un instante reducidas á escombros. Para colmo de fatalidad, era la hora en que todo el personal de las fábricas se hallaba en el trabajo.

Mas rápida que el rayo fué la destruccion de aquellos establecimientos, perdiendo la vida cuarenta personas, y heridas otras ciento, la mayor parte mortalmente.

Dos ó tres minutos despues cesó el metéoro; por espacio de algunas horas sopló un viento violento causado por aquella terrible perturbacion de la atmósfera, y su fuerza se hizo sentir á distancias enormes; algunos restos de las fábricas fueron arrastrados hasta mas de diez leguas.

Un rasgo notable de valor, inspirado por el amor filial, señaló aquella terrible catástrofe.

Los habitantes que de todas partes habian acudido, trabajaban bajo la direccion de las autoridades retirando los escombros para sacar las víctimas que se hallaban debajo, y salvar á las que fuera posible.

Todo el mundo temblaba por la suerte de M. Neveu, uno de los propietarios de las tres hilanderías destruidas. Ya hacia largo rato que se le buscaba sin poder hallarle, cuando se hoyeron gemidos medio ahogados bajo las ruinas; era la voz de M. Neveu, y los trabajadores se dirigieron por aquel lado.

Se le encontró apoyado en sus dos puños, arqueado el cuerpo, soportando sobre sus espaldas un monton de es-

combros y protegiendo de este modo á su madre que habia caido con él y que hubiera perecido ahogada sin su heróico valor. Ni la madre ni el hijo tenian heridas de gravedad.

Tres horas habia permanecido M. Neveu en aquella horrible posicion escudando á su madre con su cuerpo, y tal fué la contraccion de sus músculos, que la reaccion que se apoderó en él despues de su salvacion le causó una postracion absoluta. Algunas horas transcurrieron sin que pudiera articular una palabra; cuando recobró el conocimiento, su primer persamiento coronó dignamente su abnegacion : « Estoy arruinado, dijo, pero no me quejo, pues he podido salvar á mi madre. »

Luisa.

Luisa era hija única; á todos los dones reunidos de la belleza, la acompañaban la educacion y la fortuna.

Tenia veinte años, y estaba ya decidida su union con un jóven digno de ella que la amaba tiernamente y á quien ella correspondia en el mismo grado.

Mas de repente se quedó ciego su padre.

Entónces Luisa, á pesar del dolor y las instancias del jóven, y las súplicas de su padre, devuelve su palabra á aquel. Ya no quiso ocupar su vida sino para consolar y guiar á su padre; desde aquel momento se despidió de los plăceres para siempre.

Jamas dejaba de la mano al pobre ciego, distrayéndole con su jovialidad y sus discursos. Cuando su padre queria salir, le decia : « Apoyaos en mí, padre; » y le conducia al jardin ó al campo para hacerle respirar el aire puro.

De vuelta á su casa le entretenia con la lectura, con el canto ó la música. De cuando en cuando reunia algunas noches personas sensatas y amables cuya conversacion agradaba al anciano, ó le conducia á casa de amigos antiguos donde pasaba el tiempo sin sentirle; despues le conducia de nuevo á su casa. Cuando invitaban á Luisa á tomar parte en las fiestas y diversiones que ántes eran de su

agrado, respondia : « ¿Y quién hará compañía á mi padre? » y permanecia á su lado.

Gracias á los tiernos é ingeniosos cuidados de su hija, jamas el pobre ciego tuvo un momento de fastidio.

Isabel Lopouloff.

Lopouloff, oficial ruso, aunque inocente del delito que se le imputaba, fué desterrado á Siberia y pasar el resto de sus

Trineo para viajar en Siberia.

dias en uno de los distritos mas espantosos de ese terrible pais. Allí tenia que sufrir toda clase de males y privaciones; para vestirse y alimentarse él, su esposa y su hija, no recibia sino seis sueldos diarios [1].

Su hija, la jóven Isabel, veia con dolor el infortunio de su padre, quien á pesar de los catorce años que llevaba de cautiverio, no podia acostumbrarse á su situacion y se entregaba muchas veces á accesos de violenta desesperacion. Entónces concibió Isabel una idea extraordinaria y heróica, cual fué la de encaminarse á San Petersburgo é ir á pedir al emperador el perdon para su padre. Hállase San Petersburgo á mas de mil leguas del desierto donde gemia Lopouloff; nadie le conocia en aquella gran capital ni se tomaba el menor interes por su suerte. Ni Isabel ni sus padres poseian un escudo, y sin embargo, esta hija admi-

1. Un real de vellon, próximamente.

Isabel Lopouloff recibe la bendition de sus padres.

rable, poniendo su confianza en Dios, resolvió llevar su idea á cabo.

Al principio no se atrevia á hablar de ello á su padre, pero al fin cobró ánimo y le dijo un dia : « ¡Padre mio! tengo que pediros una cosa, y es que me permitais ir á San Petersburgo á pedir vuestro perdon al emperador; espero que el favor de Dios me ayudará para conseguirlo. »

Al oir esta proposicion, soltó Lopouloff la carcajada, tomó á su hija de la mano, la condujo á donde se hallaba su madre preparando la comida, y la dijo : « Mujer, oye una gran noticia : aquí tienes una gran señora que quiere tomarse el trabajo de ir por nosotros á San Petersburgo, y que tendrá la amabilidad de hablar ella misma al emperador. — Mejor haria, contestó la madre, de ocuparse de su trabajo que en tontunas semejantes. » Viendo que su hija lloraba, la abrazó su madre sonriendo : « Vamos, la dijo, poniendo en sus manos un trapo de cocina, empieza por limpiar la mesa y luego te ocuparás de la visita al emperador. »

Viendo Isabel que se burlaban de ella, no se atrevió á hablar mas de su proyecto, pero no cesaba de pensar en él, y en su preces rogaba contínuamente á Dios la concediera su padre el permiso de partir.

Tres años despues (tenia entónces diez y ocho) renovó su demanda; sus padres vieron que hablaba sériamente, y trataron de disuadirla con lágrimas y con caricias.

Tanto fué lo que rogó y porfió, que al fin consintieron sus padres. Obtuvo un pasaporte que no la podian negar, puesto que no estaba condenada como su padre, y recibiendo la bendicion paterna, se puso en marcha.

No llevaba en su bolsillo sino el valor de cinco ó seis francos en gruesa moneda de cobre; iba sola, pero el noble valor que la animaba era su mejor tesoro y su confianza en Dios le servia de escolta.

Inauditas fatigas y peligros terribles tuvo que soportar en su viaje.

No conocia el camino que debia seguir, y cuando preguntaba por el camino de San Petersburgo, que tan léjos estaba,

la tenian por loca y se echaban á reir, por cuyo motivo equivocó á menudo su camino, alargando con esto su viaje.

Segun la obligaba el cansancio, y segun era recibida en los pueblos á donde llegaba, se detenia ó no en ellos. Miéntras permanecia en alguna casa, trataba de ser útil, barria la casa, lavaba la ropa ó cosia lo que le encomendaban.

¡Cuántas veces era rechazada é injuriada groseramente! Se alejaba entónces llorando; pero algunas veces tambien, al ver esto los mismos que la habian maltratado, conmovidos por sus lágrimas y por su aire decente, la llamaban y la daban buena acogida.

Una tarde la sorprendió una fuerte tempestad, y trató de refugiarse en un bosque. Colocóse bajo un pino rodeado de altas malezas para preservarse de la violencia del viento. La pobre jóven pasó allí toda la noche, expuesta á la lluvia que caia á torrentes. Al siguiente dia, medio muerta de hambre y de frio, cubierta de barro, llegó á una pobre casita donde fué bien recibida, pero donde estuvo enferma algun tiempo.

En otra ocasion fué atacada por una bandada de perros que la rodearon. La jóven echó á correr defendiéndose con un palo que la servia de baston, pero esto aumentó el furor de los animales; uno de estos cogió el bajo de su vestido y se lo desgarró. Entónces se arrojó al suelo encomendándose á Dios; sintió horrorizada que uno de los mas furiosos acercó su frio hocico para olerla, pero Dios velaba por ella y los perros no la hicieron ningun daño; un aldeano que pasaba por allí los dispersó.

Otro dia atravesaba por unos pantanos cubiertos de hielo; se extravió y despues de muchos esfuerzos llegó á un sitio agreste rodeado de espesos bosques. Aproximábase la noche, y se estremecia de temor; de repente ve salir unos hombres de un bosque; eran malhechores y sus rostros feroces la helaron de espanto. Adelantáronse á ella, la miraron con aire siniestro y la preguntaron con dureza qué venia hacer allí.

Isabel les respondió con temblorosa voz: « Vengo del

fondo de la Siberia y voy á San Petersburgo á pedir el perdon para mi padre. »

Asombrados los bandidos, quisieron ver el dinero que tenia para hacer un viaje tan largo; quedábanla algunas monedas de cobre que les mostró, y aquellos hombres se conmovieron... No solo no la hicieron ningun mal, sino que la dieron parte de sus provisiones y la indicaron el camino.

Cuando llegó á Kasan [1] soplaba un fuerte viento que habia amontonado muchos témpanos de hielo sobre el Volga [2]. El paso de este rio era casi impracticable; no se podia atravesar por él mas que una parte en lancha y otra á pié saltando de un témpano á otro. Los bateleros no se atrevian á ir de una á la otra orilla. Sin echar de ver el peligro, quiso entrar Isabel en una de sus barcas, pero la rechazaron bruscamente y la trataron de loca, jurando que no permitirian que pasase el rio hasta que estuviera helado enteramente. Preguntóles que cuanto tiempo era preciso aguardar y contestaron: « Quince dias lo ménos. » Al oir esto decidió pasar en el acto. « Por Dios os ruego, les dijo con voz suplicante, que me ayudeis á atravesar el rio. Vengo desde el centro de la Siberia para pedir al emperador el perdon para mi padre que ha sido condenado por error. ¡Es el camino tan largo! ¡Y perder aquí quince dias!... »

Sus palabras conmovieron á uno de los barqueros, quien tomando á Isabel de la mano, la dijo: « Venid, voy á tratar de conduciros. Sois buena hija, temerosa de Dios y amais á vuestro padre; el cielo os protegerá. »

Hizo que entrase en su barca y navegó hasta la mitad del rio, donde no pudiendo ir mas léjos, cargó con la jóven llevándola en sus espaldas, marchando sobre el hielo, sosteniéndose con un remo, y arribó con ella á la otra orilla del Volga sin ningun tropiezo.

Ya comenzó á faltarle todo á la pobre Isabel poco ántes de llegar á Moscou; su calzado estaba estropeado, sus vestidos hechos girones y el frio era terrible. Habia cerca de

1. Importante ciudad de Rusia, á 1653 kilómetros de San Petersburgo.

2. El Volga es el rio mayor de Europa.

un metro de nieve, que al caer, algunas veces, se helaba en el aire y se convertia en una lluvia de témpanos que no permitia distinguir el cielo ni la tierra.

Son indecibles los peligros que corrió esta jóven generosa, pero contenta siempre y sin que su valor desmayara un ápice; su pensamiento estaba fijo contínuamente en su padre, y esto la daba una fuerza increible.

Al llegar á una de las ciudades situadas en su camino, fué recibida en un convento por su superiora, quien la entregó varias cartas dirigidas á una señora de Moscou y á otra que moraba en San Petersburgo. La señora de Moscou recibió perfectamente á Isabel y la dió calzado y vestidos nuevos. Alegre por tan buena acogida, siguió alegremente su camino, y llegó al fin á San Petersburgo diez y ocho meses despues de su salida de Siberia.

Al principio estuvo como perdida en aquella inmensa ciudad, hasta que consiguió encontrar á la señora á quien iba recomendada, que la alojó en su casa y la trató con suma bondad.

¿Pero cómo podria acercarse hasta el emperador? Esto era mas difícil todavía que lo que habia hecho hasta entónces. Cuando se presentó Isabel en las puertas del palacio y manifestó su deseo de ver al emperador, los guardias no pudieron contener la risa, y tuvo que retirarse avergonzada y confusa.

Dos meses empleó en pasos inútiles, hasta que una persona caritativa habló á la esposa de un oficial de guardias. Esta señora conocia á la esposa de un secretario de la emperatriz, y la rogó concediera á Isabel un momento de conversacion.

Consintió en ello la esposa del secretario, recibió á Isabel, quien la refirió su historia que enterneció en extremo á aquella digna señora y la dirigió las siguientes palabras: « Sois una hija excelente; Dios, que os ha protegido hasta ahora, no os abandonará, y tal vez se sirva de mi marido para alcanzar lo que deseais. »

Llegó en esto su marido y prometió hablar á la empera-

triz el mismo dia; rogó á Isabel se quedará á comer en su casa, y marchó despues á palacio.

Ordenóle la emperatriz que se presentara Isabel aquella misma tarde á las seis. No esperaba la pobre jóven tan fausta nueva; al saberla, perdió el color y faltó poco para que se desmayara.

Pero recobrando sus fuerzas dirigió al cielo sus ojos preñados de lágrimas diciendo: «¡Oh Dios mio! ¡No en vano he puesto en vos mi esperanza!» Cubriendo luego de besos las manos de la esposa del secretario y regándolas con sus lágrimas.

El secretario la condujo aquella tarde á palacio. La emperatriz recibió con suma benignidad á Isabel y la interrogó acerca de todas las circunstancias de su historia. La jóven, confusa y temblorosa al principio, se fué serenando poco á poco. «¡Ah señora! dijo á la emperatriz; mi padre está inocente, no pido gracia para él, sino una revision de su causa y que se le haga justicia.»

Conmovida la emperatriz hasta derramar lágrimas, alabó su valor y su piedad filial, y despues mandó la entregasen cien monedas de oro para sus primeras necesidades miéntras se la disponian otros beneficios.

Tal era el agradecimiento y la dicha que sintió Isabel, que no pudo dar las gracias á la emperatriz sino con lágrimas y sollozos.

El emperador, á demanda de la emperatriz, ordenó se revisara la causa de Lopouloff, y en efecto, fué reconocida su inocencia, dándose en consecuencia un decreto que le devolvia la libertad. A mas de esto, el emperador le concedió una pension considerable reversible á su esposa y á su hija.

ESPOSOS.

La mujer consagra su existencia al que ha aceptado por esposo al pié de los altares; le es fiel en el infortunio y en la prosperidad, en la enfermedad y en la salud, en el país del destierro y en la tierra patria; la muerte sola puede quebrantar tan sacrosantos lazos. (B.)

La sensibilidad es un deber en el matrimonio. En las demas relaciones

puede bastar la virtud; pero en la que están enlazados los destinos, donde un mismo impulso hace latir dos corazones, por decirlo así, se necesita indispensablemente un lazo de profundo afecto. (*Curso de moral.*)

Palabras de Livia.

Cuando murió Augusto, preguntaron á su esposa Livia con qué medios habia podido cautivar por tanto tiempo el corazon de su esposo. « Con medios muy sencillos, contestó; he observado rigorosamente mis deberes; he previsto todos sus deseos; me he apresurado á ejecutar sus voluntades; jamas he tratado de conocer los asuntos que no tenia intencion de confiarme; y si ha cometido faltas para conmigo, siempre he querido ignorarlas. »

Respuesta de una madre de familia.

A una señora virtuosa la rogó una de sus amigas la descubriera el secreto que poseia para conservar el cariño de su marido, á lo que respondió : « Consiste en hacer todo lo que le agrada, y sufriendo con paciencia todo lo que no me place. »

Los diamantes.

[Siglo XVIII.]

El señor de C.... estaba unido hacia algunos años con una esposa que amaba con extremado cariño; desgraciadamente fué atacada de una enfermedad de pecho que lentamente la conducia al sepulcro. Su marido, que presenciaba los progresos de la enfermedad y adivinaba los dolores que ella trataba de ocultarle, la cuidaba con sumo esmero y afecto; y aunque le devoraba una pena mortal, se esforzaba por no mostrarse inquieto con objeto de tranquilizarla y calmar su imaginacion. No era rico, y segun las cláusulas del contrato de matrimonio, si la esposa fallecia sin hijos, todas sus alhajas, inclusas las que su marido la hubiera dado, deberian volver á los herederos de la señora

de C.... Esta cláusula del contrato inspiró en la mente, ó mejor dicho en el corazon del marido, una idea delicada y generosa. El dia del cumpleaños de su esposa, aunque los médicos habian opinado que ántes de seis meses habria dejado de existir, ocultando sus terribles angustias bajo un aspecto sereno y dulce sonrisa, la regaló un hermoso aderezo de diamantes. Dichosa por este don con doble motivo, puesto que la hizo creer que ningun peligro amenazaba su existencia, desechó sus temores, y gracias al generoso cariño de su marido, ninguna inquietud volvió á turbar los últimos seis meses de su vida.

Eponina.

Julio Sabino, nacido en los alrededores de Langres, fué uno de los jefes de la insurreccion en las turbulencias que precedieron y siguieron en las Galias á la muerte de Neron [1]. Dicho jefe decíase ser descendiente de Julio César, y parece ser que tomó el título de emperador, pero fué vencido; quedó destruida la insurreccion de las Galias y sus jefes fueron proscritos, y Sabino, especialmente, que era peligroso á causa de su nacimiento, no podia esperar gracia. Puso fuego él mismo á su casa y se escondió en un subterráneo que solo él conocia. Se creyó generalmente que habia perecido en el incendio que habia encendido su desesperacion.

Dos fieles servidores le siguieron á aquel retiro sombrío; en la antigua Galia era extremado el afecto que se profesaban entre sí los amigos, y el de los servidores para con sus amos. Vamos á ver que no era ménos admirable el de las mujeres por sus esposos.

Cuando supo Eponina la muerte de Sabino, se entregó á la mas profunda afliccion; los criados de éste, que de vez en cuando salian del subterráneo para renovar las provisiones, le dijeron que la vida de Eponina se iba agotando

1. Cruel tirano de Roma, que pereció de muerte violenta el año 69.

con sus lágrimas, y encargó en consecuencia á uno de ellos fuera á consolarla y á participarla que vivia.

A tan dichosa nueva se reaniman las fuerzas de Eponina, y arde en deseos de adquirir por sí misma la certidumbre de que su marido se ha salvado; protegida por la oscuridad de la noche se pone en marcha acompañada del leal servidor, y de repente se presenta á la vista de Sabino. « Vengo, le dijo, á suavizar tu suerte participando de ella contigo; vengo á recobrar mis sagrados derechos de esposa, y vengo á dedicarte mi vida. » ¡ Cuánta admiracion, y cuánta gratitud debió sentir Sabino! ¡Cómo cambió todo en un instante en su derredor! Aquella vasta caverna no es ya triste á sus ojos; sin embargo, al pensar que en adelante será la morada de Eponina, suspira....

Los dos esposos acuerdan las medidas que deben tomar para su mútua seguridad, pues hubiera sido peligroso que Eponina desapareciera completamente del mundo, y quedó decidido que solo iria al subterráneo por la noche. Pero su casa distaba cinco leguas de allí ; ¿cómo podria soportar el cansancio? ¿Cómo podria atreverse una mujer tímida y delicada á exponerse á los peligros de un viaje nocturno y penoso que debia hacer con tanta frecuencia? ¿Cómo podria ser tan prudente y discreta para ocultar á todos los ojos sus pasos y su secreto?... Todo le consiguió, porque estaba guiada por el amor y la virtud, poderosos móviles cuando se hallan reunidos.

Eponina cumplió todos los compromisos que habia contraido su corazon; iba con regularidad al subterráneo, en donde á menudo pasaba algunos dias seguidos, tomando las precauciones necesarias para que su ausencia no excitara sospechas. De todos los obstáculos triunfaba por ir á ver á su esposo; ni los rigores del invierno, ni el frio, ni la lluvia podian detenerla ni retardarla. ¡Qué espectáculo para Sabino, cuando la veia llegar tiritando de frio, sin aliento, pudiendo apénas sostenerse en sus piés delicados, estropeados por el camino, intentando disimular, á pesar

de todo, su cansancio y sus padecimientos ó, por mejor decir, olvidándolos al hallarse á su lado!...

Nueve años duró esta dicha desconocida del mundo, hasta que por una fatal casualidad se descubrió el asilo de Sabino, que fué preso, cargado de cadenas y conducido á Roma, á donde le siguió Eponina. El emperador Vespasiano, que hubiera podido perdonarle, no quiso conceder la vida á un hombre que habia tenido pretensiones y tal vez algun derecho á la corona imperial. No pudiendo obtener Eponina la vida de su marido, pidió compartir con él su suerte. « Concédeme esta gracia, Vespasiano, le dijo, pues seria mas espantoso para mí vivir bajo tu dominio, que lo ha sido vivir bajo tierra y en las tinieblas. »

Roque Martin.

Uno de los caractéres de la virtud es exagerarse sus deberes y cumplirlos, por penosos que sean, de lo cual nos da un ejemplo Roque Martin. Sirvió en el ejército como sustituto, obtuvo su licencia y se casó en 1815 en el pueblo de Montigny, cerca de Metz. La familia de su esposa, que se componia de una madre achacosa y tres niños ciegos, se hallaba en la indigencia.

El jóven marido se consideró como encargado desde entónces y para siempre de proveer á las necesidades de la familia de su esposa, á las que consagró la cantidad de seis mil francos, precio del servicio que habia hecho como sustituto. Una parte de este pequeño peculio la empleó en comprar á la familia de su esposa una casita; pero el nacimiento de tres hijos, y sobre todo la carestía de los años 1817 y 1818 absorbieron pronto el resto. Los cuidados que necesitaba la madre enferma, tres niños de corta edad y otros ciegos, no dejaban tiempo á la mujer de Martin para ocuparse en algun trabajo productivo, de modo que solo el del marido vino á ser el único medio de subsistencia para nueve personas

No ganaba mas que un franco diario, y sin embargo hay

Evasion de Grocio.

tal nobleza y delicadeza en los sentimientos generosos, que á pesar de su extremada penuria, nunca consintió que sus jóvenes cuñados fueran á implorar la caridad pública. La idea que se habia formado de sus deberes le hacia pensar que podria merecer reproches si su familia recibiese socorros extraños. Preferia darles todo el pan que tan penosamente ganaba, y exponerse, como le sucedió varias veces, á caerse de inanicion en medio de su trabajo.

Nadie le oyó una queja ni tampoco una alabanza; y despues de perseverancia tan enérgica, se ignoraria aún su abnegacion, fuera del estrecho recinto de su pueblo, si el amor de la humanidad no hubiera llevado á él un cirujano distinguido que emprendió la tarea de devolver la vista á los tres ciegos. Desgraciadamente no logró su objeto; pero testigo de los esfuerzos que por espacio de diez años hacia el jefe de aquella numerosa familia, reveló sus necesidades, sus desgracias y sus nobles deudas; por esta feliz indiscrecion se hizo pública aquella virtud tan constante y generosa, atrayendo sobre ella honrosas recompensas.

La esposa de Grocio [1].

A consecuencia de una contienda religiosa que sostuvo el ilustre Grocio donde su partido fué vencido, fué condenado á prision perpétua y encerrado en el castillo de Lœvestein [2]. Su esposa alcanzó el permiso de ir á verle con frecuencia y llevarle la ropa que necesitaba.

Esta mujer prudente y animosa, habia notado mas de una vez que los guardias descuidaban registrar un gran cofre, en donde tenia costumbre de llevarse la ropa sucia, y se aprovechó de esta negligencia para aconsejar á su marido se encerrara en el cofre y escaparse de este modo. Con este objeto, tuvo la precaucion de hacer algunos agujeros en el cofre para facilitar la respiracion. Estaban tan bien tomadas sus medidas, que siguiendo su marido

1. Sábio holandes nacido en 1583, falleció en 1646.

2. Lœvestein, en Holanda, provincia de Güeldres.

el consejo, consiguió evadirse, y fué llevado en el cofre á casa de un amigo suyo. Desde allí marchó disfrazado á Amberes y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido.

Con el fin de dar á Grocio tiempo de huir, é impedir á la vez que cayera otra vez en poder de sus enemigos, fingió su esposa que se hallaba enfermo su marido, y con este pretesto evitó que entrara nadie en el cuarto que le servia de cárcel. Cuando tuvo la conviccion de que su esposo estaba en salvo, dijo á los carceleros, en son de burla, que el pájaro habia volado.

Al principio fué cuestion de formarla causa criminal, y aún hubo jueces que opinaban por que debia quedar presa en lugar de su marido; pero la mayoría de los votos decidió en favor del amor conyugal. La noble esposa fué puesta en libertad y todos aplaudieron su proceder. Madama de Lavalette imitó despues, en Francia, este rasgo con el mismo éxito.

HERMANOS Y HERMANAS.

¿Cómo hallareís amigos fieles entre los extraños si sois indiferentes á los amigos que os ha dado la naturaleza? (*Moralistas antiguos.*)

El amor á vuestros semejantes debe comenzar á manifestarse en toda su perfeccion con aquellos con quienes estais ligados por la mas estrecha de toda clase de fraternidad, es decir, lo que proviene de los vínculos de la sangrn. (Silvio Pellico.)

Los dos hermanos.

La discordia se interpuso entre dos hermanos, unidos estrechamente desde la infancia y divididos por la posesion de una tierra perteneciente á la herencia de su padre. Habíanse agriado sus ánimos, ámbos se habian ofendido de palabra y sus disputas y su odio les hacian desgraciados. Uno de ellos fué á ver al cura de aquel pueblo y le manifestó su sentimiento, diciéndole: « Ese pedazo de tierra es mio y no creo que deba perder lo que me pertenece....» El buen cura le respondió: « ¿Cuánto produce ese pedazo de tierra? — Treinta francos al año cuando la cosecha es

buena. — ¡Treinta francos!..... ¿Qué se puede comprar con ese dinero? ¿Un vestido, un mueble, un hectólitro y medio de trigo? — Sin duda. — Otra cosa se podria comprar que valdria mas. — ¿Cuál? — Si con ese dinero podeis aseguraros un amigo que os socorriera en vuestras necesidades, que viniera en las noches de invierno á sentarse en vuestro hogar, que os ayudara en la siega ó á encerrar la cosecha, que tuviera cariño á vuestros hijos y fuera su protector, ¿no valdria esto treinta francos? — ¿Qué quereis decir con eso señor cura? — Quiero decir, amigo mio, que por ganar treinta francos perdeis cosa que vale mas: perdeis un hermano, que ha sido vuestro amigo y compañero de infancia, que ha sido mecido en los brazos de una misma madre y amamantado en el mismo seno. Quiero decir que por ganar treinta francos perdeis la alegría y la tranquilidad de vuestra vida. — Puede muy bien que así suceda, señor cura, ¿pero qué he de hacer? — Yo hablaré con vuestro hermano, y tal vez haya medio de arreglarlo todo.»

En efecto, el buen sacerdote fué á ver al otro hermano, y empleó con él poco mas ó ménos el mismo lenguaje; cuando le vió ya algo indeciso, le habló de su anciana madre, y del padre que ya no existia.... « ¿Quereis afligir á vuestra madre en su vejez? le dijo; ¿qué diria vuestro padre si alzara la cabeza y presenciara las querellas de sus hijos? El ódio entre los hermanos es el dolor de los padres... » Corrieron las lágrimas por el rostro del aldeano, y corrió á abrazar á su hermano, y olvidando ámbos su animosidad rogaron al sacerdote se erigiera en árbitro de su discusion, quien tuvo poco trabajo en arreglar la diferencia, devolviéndoles desde aquel momento la tranquilidad.

La señorita de Rigny.

[Siglo XIX.]

Los acontecimientos de la Revolucion habian privado á la señorita de Rigny de toda su familia. Retirada en una casa

aislada en medio del campo á la edad de veinte años, cuidaba á la vez de la casa y de la educacion de su hermano, que no contaba con otro apoyo que ella. Su deseo era que su hermano entrara en la Escuela politécnica; pero, ¿cómo podia prepararle para ello? ¿Cómo podia darle al mismo tiempo la educacion literaria? Los colegios han desaparecido, y las escuelas de instruccion que comenzaban á establecerse, no le parecian á la señorita de Rigny dignas de su confianza. Su fraternal cariño la inspiró una idea verdaderamente noble, y se puso á aprender todo lo que debia saber su hermano para enseñárselo. Por árido que pueda parecer este trabajo á una mujer, la señorita de Rigny se entregó á él con perseverancia y consiguió el mejor resultado; la lengua latina, la literatura antigua y moderna, la elocuencia, la historia, los diversos ramos de las matemáticas, todo lo aprendió y lo enseñó á su hermano; el jóven Rigny fué admitido en la Escuela politécnica sin haber tenido otro maestro que su hermana.

Este mismo Rigny fué quien, con el grado de almirante, mandaba la escuadra francesa en Navarino[1]; y tiempo despues desempeñó el ministerio de Marina[2].

Tal fué el glorioso puesto que le preparó la infatigable abnegacion de su hermana.

Aubry.

El 31 de octubre de 1800 se efectuó la apertura de la esclusa de Vermanton[3] que habia sido construida de nuevo. Estéban Aubry sabe que su hijo, de edad de doce á trece años, conduce la popa del tren de balsas que debe pasar primero. Alarmado del peligro que corre en una esclusa nueva, va á buscarle y se embarca con él para estar á la mira. En efecto, apénas habia pasado la mitad del tren, cuando la otra mitad se sumerge á mas de dos metros;

1. Ciudad y puerto de Grecia en la Morea; las escuadras aliadas de Francia, Inglaterra y Rusia destruyeron la flota turca y egipcia en 1827.

2. Falléció en 1835.

3. Vermanton está á 22 kilómetros de Auxerre; esta esclusa da paso á las maderas flotantes.

Aubry tomó á su hijo con un brazo y con el otro se afianzaba en el tren; pero la violencia de la corriente los separa, y desaparecen en los espumosos remolinos de agua.

El hijo mayor de Aubry, inválido militar, privado del brazo izquierdo, testigo de aquel terrible espectáculo se desesperaba viendo perecer á su padre y hermano sin poder ir en su auxilio.

El padre, sin embargo, consigue subir á bordo, merced á un largo remo que se le habia puesto al alcance, pero el niño, á quien se le habian presentado varias veces, no pudo asirle. Iba á apoyarse; su hermano, entónces, no consultando sino su corazon, se echa á nado, y á pesar de faltarle un brazo, coge al niño, le toma acuestas y le saca sano y salvo á la orilla.

El hijo del mercader.

Un comerciante de Lóndres tenia dos hijos de caractéres opuestos; el primogénito, orgulloso y malo, aborrecia á su hermano menor, que con su dulzura y amabilidad se conquistaba el afecto de todos. Murió el padre cuando el hijo segundo contaba diez y ocho años; el mayor se puso al frente de la casa y comenzó por arrojar de ella á su hermano. Entregándose luego á sus pasiones, creyó que la herencia paterna era inagotable, mas, empresas demasiado arriesgadas produjeron pérdidas de consideracion; su carácter alejó de él la confianza de las personas honradas y no tardó en ver comprometidos sus intereses.

El hermano menor se desanimó en un principio; su corazon estaba henchido de amargura y se decia á sí mismo: « Si mi hermano me trata así, ¿qué puedo esperar de los extraños? » No obstante recobró su valor, comenzó á emprender algunas operaciones comerciales, y ayudado por sus amigos, sostenido por la buena reputacion que supo adquirir, rico con la confianza que inspiraba, no tardó en ver prosperar sus negocios y aumentarse su fortuna.

Quince años habian trascurrido, y durante este inter-

valo ¡qué cambios tan notables produjeron los acontecimientos!

El hermano mayor se vió reducido á una situacion deplorable, salió de Inglaterra para buscar recursos en los países extranjeros, teniendo que regresar por último á su patria pobre, sin asilo y obligado á mendigar el pan.

Un dia que habia andado algunas leguas, cansado, estenuado, buscaba un abrigo donde poder reposar, cuando vió al extremo de una bella alameda una habitacion elegante situada en medio de una verde pradera y esmaltada de flores.

Al acercarse vió unos niños que jugaban sobre el césped al lado de su madre, y á alguna distancia de ellos un hombre que daba órdenes á los trabajadores y que parecia ser el dueño de aquella hermosa quinta. Adelantóse el infeliz; sus ropas destrozadas denotaban bien claro su miseria y balbuceó algunas palabras manifestando lo que necesitaba.

El dueño de la casa era muy caritativo; hizo que le socorrieran como era debido, y conversando con él despues con afabilidad, le preguntó la causa de su infortunio. El desdichado sintió ensancharse su corazon; refirió su historia, y hasta llegó á pronunciar el nombre de su padre.

A medida que iba hablando, se iba conmoviendo mas y mas su interlocutor, pero conteniendo en su pecho lo que sentia, invitó al pobre para que pasara la noche en su casa; hizo que le preparasen una habitacion cómoda y mandó que se le cuidase con el mayor esmero.

Al dia siguiente le preguntó: « Ayer me hablásteis de vuestro padre; ¿erais, pues, hijo único? — No señor, tenia un hermano. ¡Pero este recuerdo me es muy doloroso! un hermano á quien yo debia querer y que arrojé de mi lado; ¿por qué me haceis esa pregunta? — ¡Yo soy, yo soy tu hermano! » respondió el otro llorando, y arrojándose en sus brazos le estrechó en su corazon.

Asombrado y confuso el hermano mayor de arrepentimiento, gratitud y alegría, no podia hablar. « ¡Her-

mano mio! » exclamó, sin que pudiera salir otra palabra de su boca, estallando en sollozos y derramando copiosas lágrimas. « Desde ahora te quedas en mi casa, dijo el menor; puesto que yo soy rico, tú tambien lo eres; viviremos juntos y olvidaremos las pasadas penas. »

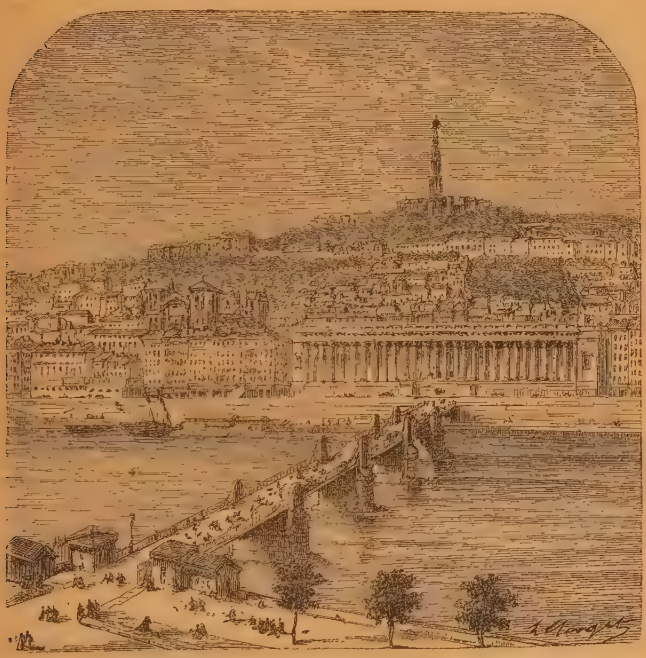
La vuelta del cautivo.

El jóven Drymel, de nacion francesa, cayó en poder de los rusos en la campaña de 1812 [1]; fué enviado á Siberia en cuyo espantoso país permaneció hasta que la paz de 1815 abrió á los cautivos las puertas de su patria. Drymel, cuya salud se habia alterado profundamente con las fatigas y el rigor del clima, marchó con sumo trabajo por los caminos de Europa en compañía de otros prisioneros; pero al llegar á un pueblo cerca de Moscou, sus fuerzas le abandonaron por completo; se detuvo allí no dudando que se acercaba su última hora y se despidió de sus compañeros que continuaron su camino hácia Francia.

Algunos años transcurrieron sin que pudiera volver á su patria; su familia le creia muerto, pero despues de haber pasado cinco años en un hospital entre la vida y la muerte, la primavera de 1819 pareció devolverle las fuerzas y el valor. Púsose en camino, y á medida que andaba se sentia con mayores ánimos; pronto llegó á la frontera, y al poner su pié en la tierra de Francia se conmovió su alma de un modo imposible de describir. Se apresura ir á Lyon, su patria, llorando de gozo al volver á ver los sitios donde habia pasado sus primeros años. Sin darse á conocer, preguntó por la casa de sus ancianos padres, y sólo le pudieron indicar los sepulcros donde reposaban. Le dijeron que el señor y la señora Drymel habian tenido un hijo que habia muerto en Rusia, y que por lo tanto habia quedado su hermana como única heredera de una fortuna bastante considerable, añadiendo, que dentro de dos ó tres dias iba á contraer matri-

1. El ejército francés que invadió la Rusia en 1812, fué casi enteramente destruido por el excesivo rigor del frio.

monio con el hijo de un comerciante no ménos rico y acaudalado. Al oir estas nuevas cayó Drymel en profunda meditacion; dirijió sus pasos á orillas del Ródano, y siguiendo por una calle de árboles que conducen hasta su confluencia, se preguntó qué partido deberia tomar. ¿Iré á



Lyon. —Vista tomada en frente del Palacio de Justicia.

presentarme en casa de mi hermana á pedirla mi parte de la herencia peterna? Cierto es que estòy en mi derecho; pero va á casarse con un jóven á quien ama sin duda; el padre de este jóven pasa por ser interesado y codicioso; si se disminuyen en una mitad los bienes de mi hermana, seguramente no se efectuará el casamiento, ¡y entónces seria yo quien habria destruido el porvenir de mi hermana.

de esa pobre niña que tanto he querido! ¡Oh no! Dejémosla su dicha y su esposo. Me creen muerto; mi plaza en este mundo está ocupada, pues bien, no la reclamaré. ¡Líbreme Dios de entristecer las fiestas de la boda con la aparicion de un rostro olvidado hace largo tiempo; iré á Marsella, allí encontraré buenos amigos, mis compañeros de colegio, que me abrirán sus brazos, y si tengo que pasar algunos dias malos, peparado estoy á ello. ¿Qué puedo temer ya despues de lo que he sufrido?

Drymel habia tomado una resolucion irrevocable, pero no podia arrancarse de su ciudad natal sin haber visto á su hermana una vez por lo ménos. Guardó el mas estrecho incógnito en Lyon, y llegado el dia del himeneo, fué á la iglesia donde debia celebrarse; colocóse detras del pilar mas próximo al altar y esperó á los novios y á su séquito con una impaciencia que apénas podia reprimir. Las sillas estaban dispuestas para los asistentes, y un reclinatorio con dos cirios para los desposados. Llegó al fin el cortejo, y con una vivacidad que le hubiera descubierto si no estuviera ocupada en otro punto la atencion de los circunstantes, exclamó : « ¡Ella es, sí, ella es! ¡Qué aire tiene tan amable y bondadoso! » Pero en medio de aquella brillante reunion, nadie hizo alto en un jóven, pálido, delgado, envuelto en un es mal capote gris, y medio oculto detras de una columna; así es que no fué conocido de nadie. Reclinado sobre la silla de delante, contemplaba extasiado á su hermana; luego, fijando en su marido una mirada escrutadora, trataba de adivinar en sus ojos y en sus menores movimientos si haria feliz á la que se entregaba á él para toda su vida. En el momento en que la desposada pronunciaba con voz conmovida el *sí* que unia eternamente su destino, Drymel cayó de hinojos y pronunció por ella una de esas preces que llegan hasta el cielo, porque son desinteresadas.

Despues de la misa se colocó Drymel cerca de la puerta por donde debia pasar el cortejo nupcial. La jóven desposada notó en medio de la multitud aquella cara pálida y grave; se detuvo, miró fijamente y pasó. Drymel estaba á punto de

arrojarse á los brazos de su hermana, pero su valor le contuvo y se alejó de allí con rapidez.

La misma noche salió con direccion á Marsella, en donde encontró á un antiguo condiscípulo que á la sazon era un comerciante probo é inteligente. Oyó el relato de Drymel respecto á lo sucedido en Lyon; le manifestó un enternecimiento mezclado de respeto, y prometió guardar inviolablemente el secreto. Tenia entónces un buque que estaba haciendo su cargamento para la América meridional, y propuso á Drymel una plaza en el buque interesándole en las mercancías, oferta que aceptó Drymel de buena gana, y de este modo salió de Francia quince dias despues de haber vuelto á ella; desde entónces no se ha vuelto á saber de él. ¿Habrá conseguido hacer fortuna con que venga á disfrutar de ella algun dia al lado de su hermana, ó acaso su salud, ya tan quebrantada cuando salió, no pudo resistir la fatiga de aquella travesía tan larga? Se ignora completamente; pero es seguro, que en este ó en el otro mundo ha recibido ya su recompensa.

AMOS Y CRIADOS.

Acostumbraos á ser hermanos y bondadosos para con vuestros servidores. Ha dicho un sabio « que es preciso mirarlos como á amigos desgraciados. » Reflexionad que sólo debeis á la casualidad la extremada diferencia que existe entre ellos y vosotros; no los hagais sentir su situacion; no aumenteis sus penas; no hay cosa mas baja que ser altanero con quienes están sometidos á vuestro dominio. No empleeis palabras duras; siendo el servicio contrario á la igualdad natural de los hombres, debemos suavizarle. ¿Tenemos derecho á exigir que estén exentos de defectos nuestros criados, cuando todos los dias les mostramos los nuestros? (MADAMA DE LAMBERT.)

Nada es tan frecuente en el mundo como los funestos cambios de la suerte. Engañadas muchas familias ricas y felices por la instabilidad de la fortuna, caen de repente en una miseria absoluta. ¿Dónde hallará recursos su desesperacion? Con frecuencia será en la piedad, en la abnegacion de pobres sirvientes que les fueron adictos en los dias de su opulencia. (L.)

Gaugelme.

[1348.]

Durante la expedicion de San Luis á Egipto, fué atacado de la peste un ayuda de cámara del rey, quien al saber que

estaba en peligro su fiel servidor, exclamó : « Quiero ir á verle. » En vano se le quiso disuadir, manifestándole que era suma imprudencia exponerse á contraer aquella terrible enfermedad. « Ese hombre es mi criado, es mi hermano, contestó el monarca; y no le dejaré morir sin darle esta prueba de mi afecto. » Y en el acto marchó á ver á Guagelme, cuyos ojos medio apagados brillaron de júbilo y de gratitud. Luis prolongó algun tiempo su visita y con sus palabras le consoló y le infundió valor.

Miguel Angel [1].

Siendo ya Miguel Angel mas que octogenario, cuidó de dia y de noche á su fiel criado Urbino, al que una enfermedad mortal habia postrado en cama. Hé aquí en que términos escribe á un amigo refiriendo la pérdida de su sirviente :

« Mi querido amigo, yo escribo muy mal, mas sin embargo os diré alguna cosa en contestacion á vuestra carta... Ya sabeis que ha muerto Urbino, lo que ha sido para mí una verdadera gracia de Dios y á la vez una gran pérdida é infinito dolor. Digo la gracia, porque despues de conservar mi vida durante la suya con sus cuidados, me ha enseñado á su muerte la manera de morir bien. Le he tenido en mi casa por espacio de veinte y seis años y siempre ha sido fiel y exacto; y cuando le habia puesto al abrigo de la necesidad, cuando esperaba que me serviria de báculo en mi vejez, le he perdido sin que me reste otra esperanza que la de volverle á ver en el paraíso. Dios nos ha dado á ámbos una señal de ello con su dichosa muerte, porque sentia mucho ménos el morir que el dejarme en este pérfido mundo en medio de tantas penas, y aunque la mayor parte de mí mismo se ha ido con él. Solo me queda un dolor inmenso, y ahora me recomiendo á vos. »

Esta carta, que demuestra á un tiempo la piedad y la

1. Nacido en Toscana; gran pintor, escultor y arquitecto; todavía trabajaba cuando falleció en Roma en 1564, á la edad de 90 años.

sensibilidad de Miguel Angel, es uno de los rasgos mas sublimes y característicos de la historia de este héroe del arte.

Un célebre pintor de nuestros dias ha representado en un cuadro de mérito la escena de Miguel Angel cuidando á su leal sirviente.

La doncella.

Con motivo de haber sufrido graves reveses de fortunas se vió precisado un hombre muy acaudalado, á encerrarse en una severa economía. « Acabo de deshacerme de todo el lujo que ántes nos permitia la fortuna que hemos perdido, dijo á su esposa, y no puedo dispensarme de rogarte me imites en esto. Tienes á tu servicio una doncella que aprecias mucho, y me cuesta pesadumbre pedirte ese sacrificio, pero es absolutamente necesario y creo que no me lo rehusarás. »

Por cruel que fuera la separacion, conoció aquella señora la necesidad y se resignó. Llamó á su criada y la anunció sus intenciones, manifestando lo penoso que la era separarse de ella. « Señora, contestó la jóven, ya sabeis que tengo alguna maña, y creo que con las pocas disposiciones que tengo podria ganar mi comida en vuestra casa. Por lo tanto os ruego me permitais continúe á vuestro servicio, pues no quiero mas retribucion que la de permanecer á vuestro lado. » Lágrimas abundantes que corrieron por ámbos rostros dieron fin á la conversacion.

A poco rato se anunció que estaba servida la comida, y el marido, que supo lo ocurrido, pasó al comedor y mandó poner otro cubierto mas en la mesa. « ¿Esperas á alguien? le preguntó su esposa. — No, llama á tu doncella que venga. » Llegó ésta, y tomándola de la mano el dueño de la casa, la dijo : « Señorita, la nobleza de vuestros sentimientos, la sensibilidad de vuestro corazon os hacen nuestra amiga; tomad sitio á nuestro lado y en adelante no tendreis otro. »

Huber[1].

El célebre Huber, á quien es deudora la historia natural de observaciones curiosísimas, perdió la vista; terrible desgracia que iba á poner fin á sus trabajos interesantes y cuya idea le desesperaba. Pero despues de haber reflexionado bien un dia sobre aquel triste suceso, exclamó de repente: « Yo me haré ojos, yo veré, » y en el instante llama al jóven Francisco Burnens que estaba á su servicio. « Escucha, le dijo: tú tienes bastante talento, buena vista y deseas instruirte; ayúdame á continuar mis experiencias, tú verás por mí, y yo me encargo de lo demas. » El pobre jóven, avergonzado de su ignorancia, no se atrevia á responder; pero conmovido por los ruegos de su amo, consintió en ello, y desde entónces se dedicó enteramente y con el mayor celo á cumplir sus nuevos deberes. Secundó con tanto acierto á Huber, que ya no echaba éste de ménos sus ojos. El maestro y el discípulo formaban una sola persona; era la misma voluntad y la misma existencia. Aquella tierna asociacion hizo multitud de observaciones muy curiosas. Cuando murió Huber, le lloró amargamente el jóven, pues habia concebido por él un afecto cariñoso. Su abnegacion fué recompensada, porque trabajando con su amo se desarrolló su inteligencia y se aumentaron sus conocimientos. Estudió leyes y llegó á ser juez en un canton de Suiza.

La partida de caza.

Thery, escritor de nota, insertó en sus *Consejos á la juventud* el relato siguiente, debido á uno de sus amigos, hábil médico y aficionado á la caza; ejemplo que servirá de leccion á los que se muestran duros é insolentes con las personas que la necesidad obliga á servirlos.

« Tenia en mi casa un viejo y excelente criado que yo es-

1. Francisco Huber nació en Ginebra en 1740 y falleció en Lausana en 1801

timaba y que me pagaba con su cariño. Por desgracia mis dos hijas, mal educadas por un aya demasiado complaciente, se divertian en atormentarle. Elisa le hacia jugarretas muy indiscretas, ya haciéndole creer que yo le llamaba desde el otro extremo del jardin, adonde llegaba sin poder respirar para sufrir un regaño de mi parte por haber dejado su ocupacion; ya apagando su luz en el momento que bajaba á la cueva con riesgo de que se rompiera una pierna. Elena, que era la mayor, se burlaba de él como de un ente completamente ridículo, y le mandaba hacer con tono breve y despótico tareas inútiles ó fatigosas. El pobre Olivier lo soportaba todo por el afecto que me profesaba, y me ocultaba muchas de estas cosas, porque temia mi cólera contra mis hijas.

Una vez dispuse en compañía de varios amigos salir á caza de jabalí. Cuando se hallaba Olivier haciendo con afan los preparativos necesarios, limpiando las escopetas y los cuchillos de monte, Elisa corria y saltaba en derredor suyo echando por tierra sus cepillos, desgarrando los pedazos de tela con que limpiaba y pulia; coge luego una escopeta, y jugando con ella, apuntó á su aya, que presenciaba aquellas travesuras sin poner coto. Olvidando la pobre señora que no estaba cargada la escopeta, se asustó de tal modo que cayó de espaldas y se hizo una herida. Al ver esto Elisa comenzó á dar tremendos gritos. Acude Elena, se entera de lo sucedido y dice á Olivier con desabrido é insultante tono : « Si con vuestros sesenta años y vuestra barba blanca no sois capaz de impedir semejantes locuras, no veo para qué servís aquí; de este modo es muy mal ganado el dinero que os da mi padre. »

Quedóse confundido Olivier, y se acabó su paciencia. Resolvió á dejar una casa donde ni su edad ni su fidelidad impedian que se le tratara de tan indigna manera. Estaba yo entónces haciendo mis visitas, y cuando volví á casa ya no le encontré.

La herida del aya era insignificante. Reprendí á mis hijas con severidad y esperé en vano á que viniera Olivier.

Mi ansiedad era extrema, cuando á las tres de la mañana vinieron á buscarme mis amigos para la caza y marché con ellos inquieto y apesadumbrado.

Llegamos al monte y nos señalamos los puestos para poder rodear el sitio mas espeso, y soltamos los perros. Al cabo de una hora sale el jabalí á un campo, donde le herí

de un tiro; cae, rueda algunas veces por el suelo, se levanta y vuelve á meterse rápidamente en la espesura.

« Me hallaba solo entónces, léjos de mis compañeros y sin perros; pero el amor propio me enardeció el ánimo; quise acabar la obra comenzada y cortar la retirada al jabalí atravesando una hondonada bastante profunda que bajaba y subia en forma de embudo, y toda ella llena de piedras y maleza. Varias veces se me resbaló el pié, ó se

enganchaba mi escopeta y me hacia dar un paso atras. Llegué por fin á la vuelta que era preciso pasar para volver á entrar en el bosque. Comenzaba á subir un sendero estrecho y pedregoso, cuando en aquel mismo sitio se presenta por cima de mi cabeza el jabalí, furioso por la herida. Apénas tuve el tiempo de echar un paso atras que ya la fiera me embiste y me derriba. Del primer golpe de sus terribles colmillos me desgarró la ropa; el segundo va á serme fatal; no tengo mas que un medio, y haciéndome temerario por necesidad, lucho á brazo partido con el animal, mas temible cuanto mas irritado estaba; pero cuyas fuerzas se iban debilitando con la pérdida de sangre.

« Le abrazo con fuerza, y luchamos en el fondo del precipicio que parecia iba á ser nuestro mútuo sepulcro. El jabalí dió algunas sacudidas rápidas é imprevistas, desembarazó su cabeza varias veces y me hizo crueles heridas. Ya me iba debilitando y temia que no fueran oidas mis voces, cuando oí un ruido á mi lado. Unas moreras silvestres me impedian ver un hombre que se deslizaba por el costado mas escarpado del precipicio. Con un arma en la mano se arrojó sobre mi temible adversario y le hirió mortalmente.

« ¿ No adivinais quién era aquel hombre á quien yo debia la vida? Era Olivier. Triste y desesperado habia pasado la noche en el bosque; y como oyera despues las trompas de caza, se acordó que algunas veces mi temeridad llegaba al exceso, y siguiéndome de léjos no me habia perdido de vista.

« ¡ Cuál fué la confusion de mis hijas cuando supieron que el hombre que tan indignamente habian maltratado, acababa de salvar la vida á su padre! Desde este dia le consideran con respeto, y Olivier recibe el trato que merece un servidor fiel, es decir, como un amigo verdadero. »

Guenisset.

Antonio Magi, comerciante de Marsella, sufrió algunas pérdidas en la época de la primera revolucion. Inspirándole confianza las operaciones del gobierno, despues del tratado de Amiens [1] arriesgó en algunos buques lo que le quedaba de su fortuna; pero todo cayó en manos de los corsarios ingleses. Arruinado con este nuevo desastre, se dirigió á Paris, acompañado de sus dos antiguos criados, Guenisset y su mujer, para solicitar una indemnizacion al gobierno, sin que pudiera conseguirlo...

Desde entónces debió su existencia á los sacrificios de sus leales sirvientes, que compadecidos de su infortunio, unieron mas que nunca su suerte á la de su amo, con la esperanza, si no de cambiarla, al ménos de suavizarla. El marido obtuvo una plaza de sacristan que le producia quinze francos mensuales que se empleaban en la casa. Su mujer se procuró trabajo en la costura, y de comun acuerdo dedicaban el fruto de su trabajo á sostener los penosos dias de su buen amo. Veinte años despues murió la esposa de Guenisset, y su honrado marido continuó soportando él solo la carga que ántes llevaban los dos; en los momentos que le dejaban libres las funciones de la sacristía, se ocupaba como demandadero. Una grave enfermedad le hizo perder su plaza de sacristan, y ya no quedó mas recurso para él y su amo que lo que podia ganar con su segunda ocupacion. Su celo parecia aumentar sus fuerzas, y gracias á él, su amo no careció de nada hasta su muerte.

1. En 1802. La paz de Amiens entre Francia e Inglaterra, bajo el consulado de Bonaparte, sólo duró algunos meses.

§ XII. DEBERES DE POSICION Y DE PROFESION.

MAGISTRADOS, ADMINISTRADORES.

El magistrado es la ley viva. (CICERON.)

Para ser digno de mandar, debe el hombre tratar de ser mejor que los que están á sus órdenes. (*Curso de moral.*)

Cuanto mas elevada es la dignidad, mayores son los deberes para con Dios, la patria, el príncipe y el público, y por lo tanto mas severos para consigo mismo. (B.)

Mateo Molé [1].

La mala administracion del cardenal Mazarino durante la minoría de Luis XIV, causó desórdenes que degeneraron en guerra civil.

Mateo Molé, primer presidente del Parlamento de Paris, desplegó en aquellas circunstancias una firmeza á toda prueba, y cumplió con igual celo sus deberes de magistrado y de ciudadano.

El gobierno encarceló arbitrariamente á dos consejeros del Parlamento, acusados de sublevar al pueblo, con lo cual estalló en Paris una sedicion. El Parlamento decidió presentarse en el Palacio Real [2] á pedir á la reina madre pusiera en libertad á los dos consejeros. En todas las calles se levantaron barricadas, que se bajaban ante el Parlamento; mas volviendo este cuerpo sin traer consigo á los consejeros presos, el furor del pueblo se volvió contra los magistrados, acusándolos de traicion. Se construyeron de nuevo las barricadas, se oyen gritos terribles, y con pistola en mano se amenaza á los consejeros; la mayor parte de estos hallan su salvacion en la fuga. Molé, impávido y sereno, reune los consejeros que puede, y vuelve al Palacio Real con lento paso, sufriendo en su camino blasfemias é

1. Nació en 1584; fué primer presidente en 1641, y murió en 1656.

2. La reina regente, madre de Luis XIV, habitaba entónces en el Palacio Real.

insultos, pero arriesgando su vida, consigue la libertad de de los dos consejeros.

Desde este dia crecieron las turbulencias, pero Mateo Molé se mantuvo constantemente digno de su cargo, tratando de hacer entrar al gobierno en la via legal; al Parlamento en el ejercicio de sus deberes, y al pueblo, en el órden y la tranquilidad. A menudo vió amenazada su vida en aquellos dias tempestuosos. Hallábase una vez el pueblo amotinado delante del palacio, pidiendo á gritos la cabeza del primer presidente; éste salió con aire tranquilo y su calma habitual; como apoyara un hombre el cañon de su mosquete cargado en la frente de Molé, sin separar el arma ni volver siquiera la cabeza, le dijo éste sin alterarse en nada: « Cuando me hayais muerto, ya no necesitaré mas que seis piés de tierra. » El pueblo frances elogió su valor; esta respuesta, notable sobre todo por la sangre fria é intrepidez de Molé, excitó la admiracion de la multitud, y en lugar de insultarle, le acompañó en silencio hasta la puerta de su morada.

La reina regente, sin privarle de su cargo de primer presidente, le nombró guarda-sellos[1]. No podia darse á la justicia jefe mas íntegro ni de mayor firmeza; pero Molé se habia creado gran número de descontentos. Sabiendo que su presencia en el ministerio era un obstáculo para la reconciliacion de algunos de sus colegas, hizo dimision de aquel elevado cargo.

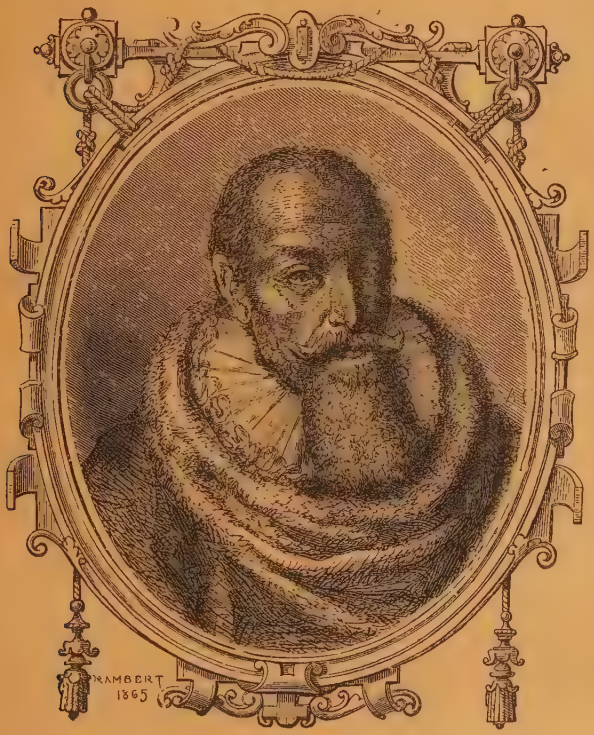
Al aceptar la reina su dimision sentia mucho separarse de un ministro tan hábil y denodado. Quiso nombrar secretario de Estado[2] á su hijo mayor. « Mi hijo es todavía muy jóven, » contestó. No sabiendo como valerse para darle una prueba de su gratitud y de su sentimiento, le rogó aceptase una indemnizacion de cien mil escudos, pero Molé la rehusó.

Todavía se oia el rumor de la guerra civil cuando fué llamado de nuevo al ministerio. La reina habia marchado

1. Es decir ministro de justicia.

2. Los ministros llevan el título de secretarios de Estado.

á Bourges llevando consigo al jóven rey su hijo; Molé fué el único ministro que permaneció en Paris, donde tuvo varias ocasiones de demostrar su grandeza de alma. Un dia,



Mateo Molé.

la muchedumbre exasperada á la puerta de su casa, pedia la vuelta del jóven rey y la disminucion de los impuestos. Un mariscal de Francia que se hallaba con él á la sazon, propuso hacer venir un regimiento suizo para dispersar los grupos. « No, señor mariscal, dijo Molé con tranquilo tono,

dejadme terminar por mí solo este asunto. Abrid todas las puertas, dijo á sus criados; la puerta del primer presidente deben estar abiertas para todo el mundo. » Y como le manifestara un consejero jóven que estaba en su compañía, que se exponia á perecer, le dijo: « Sabed, amigo mio, que hay mucha distancia entre el puñal de un asesino y el pecho de un hombre de bien. » Se presenta á la multitud irritada que se calma luego y se disipa el tumulto por sí mismo.

Hasta su último momento conservó Molé los dos grandes cargos reunidos de guarda-sellos y primer presidente: cuando cesó de vivir cesó de servir á su patria.

Rotrou.

[1650.]

El célebre poeta francés Rotrou, conocido por sus obras dramáticas, fué nombrado alcalde de Dreux [1], su ciudad natal. Hallándose ocupado en Paris en sus trabajos literarios, supo que se habia desarrallado en su país una enfermedad epidémica, y en el acto se encamina á Dreux para entregarse al servicio de sus conciudadanos. En vano le escribieron algunos amigos de Paris, rogándole que dejara aquel puesto peligroso. « Mi conciencia no me lo permite, decia en su carta; no deja de ser grave el peligro, pues en el momento en que os escribo tañen las campanas por la vigésima segunda persona que ha muerto hoy. Me llegará el turno cuando sea la voluntad de Dios. » ¡Qué sublime es este modo de pensar! ¡Qué suerte mas digna de ser envidiada que la de Rotrou, muriendo en el cumplimiento de su deber!

Félix Lecoulteux.

¡Dichosa la ciudad que tiene un magistrado como la de que vamos á hablar! Félix Lecoulteux fué nombrado

1. Cabeza de distrito en el departamento de Eure-et-Loir.

prefecto de la Côte-d'Or. Gozaba en su juventud de todos los bienes que pueden ligar á la vida dándola la felicidad en la tierra, tenia una esposa digna de su efecto, una familia cariñosa y excelentes amigos; poseia una fortuna considerable, era respetado de todos y habia sido llamado á ocupar un puesto elevado.

En 1812 llegó á Dijon una columna de prisioneros españoles, en ocasion que reinaba el tífus en dicha ciudad. Ropa blanca, farmacia, todo lo necesario lo dispuso por sí mismo y proveyó á todo. Apénas habian sido instalados los prisioneros en este asilo, cuando el tífus redobló sus estragos, viniendo á juntarse á estos otra nueva desgracia, pues estalló un incendio cerca de allí, y alcanzó al dormitorio de los prisioneros, por lo cual fué preciso trasportar á los enfermos sin pérdida de tiempo. En vano el prefecto pide brazos prometiendo recompensas, porque nadie se atreve á exponer y hasta los mismos enfermos retroceden ante el peligro; al ver esto el prefecto, entra en la sala donde yacen aquellos infortunados, se quita el uniforme, y carga en sus hombros sucesivamente con los enfermos; su secretario general sigue su ejemplo y todos quedan en salvo.

Era hácia el 20 ó el 24 de marzo de 1824, y aquella misma noche Félix Lecoulteux fué atacado de la terrible enfermedad á la que sucumbió el 1° de abril en brazos de su esposa y de sus hijos, víctima de tan rara abnegacion. Aquel digno magistrado murió como un héroe cristiano, fiel al ejemplo y á las lecciones de su madre que era modelo de virtud.

ECLESIÁSTICOS.

Ninguna clase entre los hombres ha honrado la humanidad en tanto grado como la de los obispos, y no pueden hallarse fuera de ello mas virtud, genio y grandeza de alma :

El carácter distintivo de los sacerdotes de nuestras parroquias es la sencillez de corazon, la santidad de la vida, la pobreza evangélica y la caridad de Jesucristo. Hánse visto algunos que mas que hombres, parecian espíritus benéficos venidos á este mundo para auxiliar á los desgraciados. (CHATEAUBRIAND.)

Bartolomé de las Casas [1].

Bartolomé de las Casas, héroe del cristianismo, abrazó el estado eclesiástico y marchó á América, descubierta hacia poco, para trabajar por la salvacion y libertad de los indios [2], que eran tratados por los españoles con inhumanidad. Despues de haber dirigido inútiles amonestaciones á aquellos hombres crueles, se resolvió las Casas á volver á Europa para hacer presente á Cárlos V las quejas de los oprimidos. Aunque pobre y sin protectores, no temió denunciar como mónstruos y tiranos á hombres poderosos por sus riquezas, por su crédito y su poder. La voz de aquel apóstol generoso fué oida, y se suavizó la suerte de los pobres indios. Nombrado las Casas obispo de Chiapa [3], regresó á América. Sin embargo, á pesar de las órdenes de Cárlos V, comenzó de nuevo la persecucion contra los indios; con riesgo de su vida, se dedicó las Casas á defenderlos y consolarlos, cumpliendo este deber sublime por espacio de cincuenta años con infatigable ardor y caridad evangélica, sin cesar de dar el ejemplo de todas las virtudes.

San Juan Nepomuceno.
[1583.]

El emperador Wenceslao [4], aquel monarca insensato casi siempre ébrio, formó el extraño y criminal proyecto de hacer revelar á Juan Nepomuceno, prelado residente en Praga, lo que la emperatriz le habia dicho bajo confesion. Juan rechazó con horror su proposicion tan contraria á sus deberes; despues de otra tentativa, furioso Wenceslao mandó encerrarle en un calabozo; pasados algunos dias, le hizo salir, le invitó á su mesa y trató de ganarle con promesas seductoras.

1. Nació en Sevilla en 1474 y murió en Madrid el año 1566.
2. Se da el nombre genérico de *indios* á los indígenas de América.
3. Ciudad de Méjico.
4. Emperador de Alemania y rey de Bohemia; murió en 1419.

Cárlos V y Las Casas.

Añadió á sus ofertas la seguridad de guardar secreto inviolable, y en caso de negarse, le amenazó con crueles tormentos. Juan respondió como ántes que las leyes mas sagradas le obligaban á guardar silencio.

Exasperado Wenceslao llamó á sus verdugos que tendieron al prelado sobre una especie de caballete ardiente, y le atormentaron con espantosa barbarie. En medio de aquel suplicio demostró Juan el valor de un héroe y la dulzura de un ángel, hasta que por fin le dejaron.

Restablecido ya de tan feroz tratamiento, esperaba el tirano hallarle mas dócil; viéndole pasar un dia por la calle desde las ventanas de su palacio, ordenó á sus guardias le condujeran á su presencia. Al entrar el prelado en la sala, se dirige á él Wenceslao, brotando fuego de sus ojos, y los lábios temblorosos de furor. « Por última vez escoge, le dijo; obedecer ó morir. — ¡Hágase la voluntad de Dios! respondió Juan; yo no faltaré á mi deber. Mi vida está en vuestras manos. »

Entónces exclamó Wenceslao : « ¡Quitad á este hombre de mi vista, y esta noche que lo arrojen al rio! » Juan Nepomuceno empleó las pocas horas que le quedaban en prepararse á la muerte; y en efecto, le arrojaron al Moldava [1] desde el puente, atado de piés y manos, desde el mismo sitio donde hoy se ve un monumento erijido á su memoria. No tardó la Iglesia en honrar é invocar el mártir del secreto de la confesion, bajo cuyo título le ofrece como modelo á todos sus ministros.

Dionisio Augusto Affre [2].

Durante las terribles jornadas de junio de 1848 en Paris, el venerable arzobispo de esta capital resolvió detener la efusion de sangre arriesgando su vida. En la tarde del domingo 25 de dicho mes, despues de haber obtenido el per-

1. Rio que desemboca en el Elba.
2. Nació en Saint-Rome de Tarn, departamento de Aveyron, el 28 de setiembre de 1793. Fué nombrado arzobispo de Paris en 1840, y murió el 27 de junio de 1848.

miso del jefe del poder ejecutivo, acompañado de dos de sus vicarios generales, se dirigió á la plaza de la Bastilla, donde los insurrectos, atrincherados en formidables barricadas, sostenian un combate desesperado. A medida que adelantaban por las calles llenas de soldados y de guardias mobilizados, acercándose al sitio de la pelea, los oficiales, conmovidos hasta saltárseles las lágrimas, le suplicaban no prosiguiera tan peligrosa empresa cuyo éxito parecia imposible. Respondia á todos con calma y sonrisa bondadosa, que miéntras quedara un rayo de esperanza se esforzaria por detener la efusion de sangre, y continuaba avanzando; visitaba de paso los hospitales de sangre, bendecia y absolvia á los moribundos, dirigiendo á los heridos palabras de cariño y de consuelo.

Llegado ante el general que dirigia el ataque, le mostró el consentimiento dado por el jefe del poder ejecutivo para llevar á cabo su proyecto y le pidió por favor suspendiera un instante el fuego de artillería y de fusilería. « Me adelantaré solo con mis vicarios, añadió, hácia ese pueblo que han engañado; espero que respetará mi traje arzobispal y la cruz que llevo en el pecho. » A pesar de lo grave de la situacion, fué escuchada su demanda y se dió órden de suspender el fuego. Algunos guardias nacionales suplicaron al arzobispo les permitiese acompañarle y morir con él si era necesario. No consintió en ello, y solo un pobre obrero obtuvo el permiso de precederle en su marcha llevando en sus manos una gran palma verde, símbolo de paz.

Al ver los insurrectos al arzobispo suspendieron tambien el fuego, y pareció que los defensores de la barricada mostraban disposiciones ménos hostiles. El arzobispo cruza por la plaza de la Bastilla, llega con sus vicarios hácia la entrada del arrabal de San Antonio, y en un instante se encuentra en medio de los insurgentes que habian bajado á la plaza, á los que se mezclan algunos soldados. Pero en aquel momento estallan algunas colisiones, y se oye el grito de *¡A las armas! ¡á las barricadas!* suena un tiro y enseguida se vuelve á generalizar el fuego. Eran las ocho y

media de la noche; el arzobispo flanqueó la barricada y entró en el arrabal por el estrecho pasadizo de una casa que tenia dos salidas, y esforzábase por apaciguar á la multitud con palabras y con signos, cuando una bala le hirió mortalmente. « ¡Estoy herido! dijo al caer al obrero que llevaba la palma verde. ¡Siquiera fuese mi sangre la última que se vertiera! » Se le trasportó al hospital de San Antonio donde le hicieron la primera cura. Sufria dolores atroces; los ayes que le arrancaban iban acompañados de piadosas exclamaciones : « ¡Ay, Dios mio, cuánto padezco! ¡Cómo os amo, Dios mio! ¡Dios mio, si yo sufro, lo he merecido, pero vuestro pueblo, vuestro pobre pueblo! tened misericordia de él : *Parce, Domine, parce populo tuo ne in æternum irascaris nobis.* »

Los insurrectos, que habian velado toda la noche silenciosamente en derredor del lecho donde yacia el buen pastor que habia dado su vida por su rebaño, pedian con ansiedad noticias de su estado á cada momento. Pero no habia esperanza alguna y en la mañana del siguiente dia recibió la extrema uncion.

La emocion que su sacrificio causó en aquel inmenso arrabal contribuyó en gran parte á que fuera ménos encarnizada la última resistencia, y, por lo tanto, apresuró la pacificacion general.

Se pudo trasportar el ilustre herido al palacio arzobispal, adonde inútilmente corrieron los médicos mas afamados. La agonía comenzó al medio dia del mártes y á las cuatro y media de la tarde daba el último suspiro aquel mártir de la caridad.

En la iglesia de Nuestra Señora de Paris se elevó un monumento en honor suyo, y próximo al sitio donde recibió el golpe mortal se colocó una lápida de mármol negro.

MILITARES.

La mas bella prenda del soldado es el delicado sentimiento del honor, que es para él lo que para otros el temor del castigo ó el aliciente de

la recompensa. Este sentimiento es el que nos sostiene en la adversidad y el que levanta nuestro ánimo despues de los mayores desastres. (B.)

Modelo de los militares : Desaix [1].

Desde sus primeros años manifestó Desaix (Luis Cárlos) sus nobles inclinaciones; sus padres y sus condicípulos le dieron el sobrenombre de el *Discreto*. Prefirió á todas las carreras la de las armas porque era la que le ofrecia la esperanza de alcanzar la gloria siendo útil á su patria, y con rapidez llegó á los grados mas elevados.

Dos balas le atrevesaron las mejillas en Lauterburgo [2] y no consintió que le curaran hasta rehacer sus tropas; la sangre que inundaba sus labios no le impidió dar órdenes y vencer.

Delante de Estrasburgo cejan sus tropas y van á desbandarse, pero se arroja en medio y las detiene. « General, le gritan por todas partes, ¿no habeis ordenado la retirada? — « *Si*, contesta Desaix, *pero es la del enemigo*. » Enciéndese de nuevo el ardor de los soldados al oir estas palabras, y el enemigo derrotado emprende la fuga.

Confióse á Desaix la defensa del fuerte de Kelh [3], plaza pretegida apénas por malas empalizadas construidas por los soldados; no obstante Desaix se defendió algunos meses contra muchos ataques, cada vez mas furiosos. No siendo ya posible conservar la posicion, fué preciso abandonar aquel teatro de la resistencia mas gloriosa que se habia visto en las últimas guerras. Desaix arranca una estaca de las empalizadas y se la echa al hombro; cada soldado hace lo mismo, y al cabo de cuatro horas no quedaba algun vestigio de lo que habian establecido los franceses para su defensa: « No hemos evacuado el fuerte de Kelh, dijo Desaix, nos lo hemos llevado.

Su bondad y su humanidad igualaban á su valor. Un jóven aleman le hiere de un tiro en el muslo al pasar el Rhin,

1. Nació en 1768 y murió en 1800.
2. Ciudad de la Baviera renana.
3. Fortaleza de la orilla derecha del Rhin. frente á Estrasburgo.

y haciéndole Desaix prisionero por su propia mano, le pone luego en libertad y le envia á su país. Pocos dias despues pasaba con su division por una aldea. Al aspecto de aquellas tropas cuyo jefe no conocen los habitantes, huyen despavoridos, pero en medio del desórden se oye una voz : « Es el general Desaix, entremos en nuestras casas, pues con él no hay nada que temer. » El que acababa de tranquilizar así á los habitantes, corre hácia el general y le besa las manos derramando lágrimas : era el jóven aleman que le debia la libertad.

El general Desaix acompañó á Bonaparte en la expedicion de Oriente. Haciendo prodigios de valor y de habilidad conquistó el alto Egipto y le gobernó con prudencia y bondad. Los habitantes del pais, felices bajo su mando, le apellidaron el *Sultan justo*. Supo grangearse el amor de sus soldados como muy pocos generales, inspirándoles al mismo tiempo entusiasmo y confianza; cuidaba sobre todo de hacer que fueran humanos, generosos y desinteresados, y que no tuviesen mas mira que la gloria de su patria.

Sin embargo, Bonaparte, despues de su vuelta á Francia en calidad de gefe del Estado y con el título de primer cónsul, acababa de entrar en Italia al frente de un ejército. Desaix, apénas desembarcado de Egipto, corrió á buscarle á su cuartel general. « Mandadme seguiros como general ó como soldado, como querais, le dijo; si paso un dia sin servir á mi patria, es un dia ménos de mi vida. »

El primer cónsul le recibió muy bien y le dió el mando de dos divisiones.

Entónces tuvo lugar la famosa batalla de Marengo que decidió le suerte de Europa. Bonaparte solo contaba con veintidos mil hombres contra cuarenta mil austríacos. Desaix se encontraba con su cuerpo de ejército á diez leguas del campo de batalla, y habiendo oido, por fortuna, el cañonco, corrió velozmente al sitio del combate.

La lucha era terrible y desigual; Bonaparte habia formado el cuadro con su guardia consular y parecia que peleaba solo por defenderse; pero Desaix llega, y á su vista

se reanima el abatido espíritu del ejército, renace la esperanza y se dobla su valor. Bonaparte toma la ofensiva y envia á Desaix con sus dos divisiones contra los austríacos. Bajo el fuego mismo de la artillería enemiga forma Desaix sus tropas en columna cerrada, da una vuelta con habilidad por el flanco derecho y cae sobre los austriacos con la impetuosidad del rayo. Rotos y dispersos los batallones enemigos, caen unos sobre otros; los franceses consiguen ventajas por todas partes y ganan la batalla. El general austríaco Melas, que ve á sus tropas próximas á ser exterminadas, pide un armisticio al primer cónsul que accede á ello, haciendo que le entreguen inmediatamente todas las plazas que los austríacos poseian aún en Italia; y Francia va á recoger el fruto de una de las victorias mas brillantes que han coronado sus armas.

Pero caro fué el triunfo; en medio de las felicitaciones y gritos de júbilo que resonaban en derredor de Desaix, cae éste herido por el último disparo del enemigo; un casco de bomba le tocó en el corazon. Expiró pronunciando estas palabras que recogieron sus compañeros de armas :

« Decid al primer cónsul que muero con el sentimiento de no haber hecho bastante por mi patria. »

Su cuerpo fué embalsamado y llevado en hombros de sus soldados á la cima del monte San Bernardo [1]; allí reposa en un modesto mausoleo que nadie visita sin manifestar el mas profundo respeto.

El soldado ciudadano : La Tour de Auvergne [1].

Despues de servir La Tour de Auvergne con distincion en el ejército y de haber obtenido su retiro, volvió al servicio á la edad de cuarenta y nueve años, cuando se vió Francia atacada por la coalicion de los soberanos extranjeros, sin querer aceptar otro grado que su antiguo título de capitan de granaderos. En el ejército de Saboya se puso todos los

1. Montaña muy elevado de los Al-

2. Nació en 1743 en Carhaix (Finistère), y murió el 17 de junio de 1800.

granaderos bajo su mando, con los que formó una legion á la que dió el nombre de *columna infernal*, pues formando la vanguardia, ganaba casi todas las batallas ántes que llegase el resto del ejército. La Tour de Auvergne era el ídolo de los soldados y el terror de sus enemigos; su generosidad y su humanidad corria parejas con su valor. En recompensa de sus brillantes servicios fué nombrado general de brigada, pero aquel modesto héroe le rehusó y prefirió permanecer capitan de granaderos. Bonaparte, nombrado primer cónsul, confirió á este soldado, cuyo mérito excedia á todas las recompensas militares, el título honorífico de *primer granadero de Francia*. El ejército y la nacion aplaudieron esta distincion, á la cual no fué insensible el noble orgullo de la Tour de Auvergne. Cuando se suspendieron las hostilidades, se retiró este guerrero á Carhaix, su ciudad natal, hasta que, estallando la guerra de nuevo volvió á dejar su retiro, á la edad de cincuenta y ocho años para reemplazar á un jóven conscrito, hijo de un amigo íntimo, y volvió á entrar en el servicio como simple granadero. Se le dió el mando de los granaderos de la 46ª media brigada, y murió en el combate de Obenhausen, á orillas del Danubio, al tiempo de tomar una bandera al enemigo.

De este modo sucumbió en el campo del honor el mas ilustre de los soldados franceses. Durante tres dias llevaron gasa negra los tambores de todas las compañías de granaderos. La 46ª media brigada, á que pertenecia, llevó consigo largo tiempo el corazon del héroe dentro de una caja de plomo sujeta á la bandera del regimiento; cuando se pasaba lista en este cuerpo se evocaba su memoria diciendo: « La Tour de Auvergne; » á lo que contestaba un granadero: « ¡Muerto en el campo del honor! »

La Tour de Auvergne era muy instruido, y descansaba de sus ocupaciones militares empleando este tiempo en estudios serios y profundos, especialmente en lo concerniente á las antigüedades nacionales.

Muerte de Duguesclin.

[13 de julio de 1380.]

La vida de Beltran Duguesclin, llamado el *buen condestable*, es una série continuada de hechos heróicos y actos de bondad. Su muerte no fué ménos gloriosa.

En el sitio de Chateauneuf-de-Randon[1] fué acometido por una enfermedad que le condujo al sepulcro. Estando á punto de morir, rodeado de los viejos capitanes que le habian seguido por espacio de cuarenta años, y que derramaban lágrimas en torno de su lecho, se dirigió á ellos diciéndoles: « Por Dios os pido que no olvideis lo que os he repetido mil veces, es decir: que en cualquier país donde hagais la guerra, no trateis como enemigos á los sacerdotes, las mujeres, los niños, ni al pobre pueblo. » Tomando luego en sus manos la espada de condestable, y contemplándola por algunos instantes, exclamó derramando lágrimas: « Esta me ha ayudado á vencer los enemigos de mi rey; pero ella tambien me ha valido otros bien crueles que le rodean[2]. Os la entrego, añadió dirigiéndose á Oliverio de Clisson, y juro que no he faltado nunca al honor que el rey me hizo al confiarla á mis manos. » Y con piedad respetuosa, descubrió su cabeza y espiró encomendando á Dios su alma y su país.

La virtud de este héroe fué respetada hasta por el enemigo. Habia capitulado con él el gobernador de Chateauneuf-de-Randon, y debia entregarle las llaves de la ciudad; al tener noticia de su muerte, y requerido á que abriese las puertas, no quiso rendirse sino á Duquesclin y cumplió su palabra ante su féretro. Salió acompañado de los oficiales superiores de la guarnicion, y puso las llaves al lado del cuerpo del condestable, tributándole los mismos honores que si estuviera en vida.

1. Cabeza de distrito del departamento del Lozere. Hallábase dicha poblacion ocupada entónces por una guarnicion inglesa.

2. Varios envidiosos le habian calumniado en la córte.

Muerte de Bayardo[1].

El caballero Bayardo, héroe denodado y generoso, compasivo con los vencidos, fiel á sus amigos, sacrificándolo todo en servicio de su patria, tuvo un fin digno de su vida. Encargado de dirigir un ejército, comprometido por la impericia de su general, consiguió salvarle, pasando el rio Sesia en Romagnano[2] delante del enemigo, muy superior en número; pero habiéndose quedado el último para cubrir la retirada, fué herido mortalmente por una bala. Sintiendo acercarse su última hora, hizo que le trasladaran al pié de un árbol con la cara vuelta hácia el enemigo, «porque, decia, no habiéndole vuelto nunca las espaldas, no queria empezar á hacerlo en sus últimos momentos.» Dicho esto, dió el encargo á uno de los soldados que le rodeaban, de ir á decir al rey, «que el único pesar que le quedaba al morir era el de no haber podido servirle mas tiempo.» En aquel momento se le acercó el duque de Borbon, que habiendo abandonado el servicio de su patria, combatia al lado de los españoles vencedores; como le demostrase compasion, rechazóle Bayardo con estas palabras que la historia ha consignado:

¡Tú á Bayardo espirando compadeces!
Dulce es la muerte á quien vivió sin tacha:
Tú solo esa piedad invocar debes,
Tú que siendo frances vendes tu patria.

Tal fué Bayardo, á quien se dió el dictado de «El caballero sin miedo y sin tacha.»

Turena y sus soldados.

Respetaban los soldados á Turena y le querian como á un padre. Pasaba un dia el ejército con un frio riguroso,

1. Pedro del Terrail de Bayardo nació en el castillo de Bayardo en el Delfinado, murió el 30 de abril de 1524.

2. En el Piamonte.

Muerte de Bayardo.

un estrecho desfiladero entre montañas escarpadas, y el mariscal, extenuado del cansancio y del insomnio, se reclinó en unas breñas para dormir un poco. Caia la nieve en abundancia, lo que visto por los soldados, cortaron algunas ramas de árboles formando en derredor suyo una especie de choza que cubrieron con sus capotes. Cuando se apresuraban á ponerle así al abrigo de la inclemencia del aire, se despertó y les preguntó en qué se entretenian en vez de continuar su marcha. « Queremos conservar á nuestro padre, le respondieron, y es nuestro deber mas sagrado é imperioso. » Atacado su ejército por una enfermedad contagiosa, demostró en esta circunstancia cuán digno era del afecto de sus soldados, pues jamas padre mas solícito cuidó como él por la salud de sus hijos; los animaba, preveia sus necesidades y los hablaba con nobleza y afabilidad. Semejante conducta no podia ménos de inspirar á los soldados amor y veneracion. Cuando pasaba á la cabeza de sus tropas, todo el mundo corria á verle; su presencia sola bastaba para hacer olvidar al soldado su cansancio y reanimar su valor.

Respuestas de Villars.

El mariscal de Villars, célebre por la victoria de Denain [1], era un general prudente, pero que llegada la ocasion, exponia su vida como buen soldado. Exhortábanle á que se cubriera con una coraza en un combate que parecia debia ser encarnizado, á lo que se negó diciendo en alta voz al frente de sus tropas: « No creo que sea mi vida mas preciosa que las de esos valientes. »

Como se le aconsejara otra vez no arriesgara una existencia tan importante como la suya, contestó: « que un general debia exponer su vida del mismo modo que él exponia a de los demas. »

Estando en su lecho de muerte, le llevaron la noticia de

1. El mariscal Villars alcanzó una brillante victoria en Denain, pueblo del departemento del Norte en 1712, sobre los ejércitos austríaco y holandes que amenazaban invadir la Francia. Murió en 1734.

que el mariscal de Berwich habia sido muerto delante de Filipsburgo por una bala de cañon al tiempo que visitaba las trincheras; y al oirlo exclamó Villars: « ¡Ah! ¡bien decia yo que Berwick era mas dichoso! » Y estas fueron sus últimas palabras.

Diálogo entre Chevert y un granadero.

[25 de noviembre de 1741.]

Sitiaba á Praga un ejército frances, contra el que se acercaban dos ejércitos enemigos por distintos puntos, superiores en número, y se hallaban ya á cinco leguas de distancia; estaban perdidos los franceses si no se apoderaban de Praga, pues tenian cortada la retirada con la nieve que cubria los montes, sin víveres y sin ninguna fortaleza que les sirviera de refugio. El mariscal de Sajonia que mandaba el ejército frances, resolvió dar inmediatamente el asalto durante la noche. Chevert, coronel á la sazon, recibió el encargo de dirigir el verdadero ataque, miéntras que con otros simulados se llamaba la atencion de los sitiados á diversos puntos.

En esta ocasion tuvo lugar entre Chevert y un granadero frances el siguiente diálogo, notable por su sencillez y su heroismo: « ¿Ves ese centinela delante de tí? — Sí, mi coronel. — Va á decirte ¡quién vive! no respondas y avanza. — Bien, mi coronel. — Te hará fuego y errará el tiro. — Bien, mi coronel. — Mátale que yo voy contigo para defenderte. »

Se adelanta el granadero, y errado por el centinela, le mata; Chevert le sigue; llegan á la muralla, se echa abajo una puerta y entra el mariscal en la ciudad. La guarnicion se rinde, y la toma de la ciudad que apénas costó cincuenta hombres al ejército frances, lo salvó de una derrota.

Severa respuesta.

Un capitan, que encargado de defender un puesto contra

el enemigo, le habia entregado con poca resistencia al primer ataque, contestó á los reproches de su general diciendo «que el puesto era *indefendible*.» A lo que con mirada severa, le respondió el general: «Esa palabra no está en el diccionario.»

Buena voluntad.

Pedia el coronel de un regimiento doce hombres que se ofrecieran voluntariamente para una empresa arriesgada. El regimiento permaneció inmóvil sin que nadie respondiera. Por tres veces repite la demanda y las tres veces la sigue el mismo silencio. «¿Qué es esto? dijo el coronel; ¿no me oye nadie?— Ya os oimos, contesta una voz; pero ¿por qué pedís doce hombres de buena voluntad? todos la tenemos, por lo tanto, no teneis mas que escoger.»

Generosidad.

El coronel inglés Hawher mandaba un regimiento de dragones en una de las grandes batallas que se dieron en España; y habiendo perdido un brazo en una accion precedente, conducia un soldado su caballo por la brida. Su conductor cayó muerto á su lado al tiempo que la caballería francesa acababa de romper la línea de los dragones ingleses con una carga vigorosa, que fué seguida de una terrible carnicería; llegó un oficial frances frente al coronel Hawhert con el sable levantado, mas viendo que le faltaba á éste un brazo, bajó su arma y siguió adelante. Esta anécdota ha sido referida por los historiadores ingleses.

Jovialidad.

Un general fué herido gravemente en la rodilla durante una batalla, y los cirujanos declararon que era necesario practicar la amputacion. Al saber esta decision mostró el general la mayor serenidad; como notara entre los circuns-

tantes á su ayuda de cámara que parecia sumido en profunda pena, le dijo sonriendo : « ¿Por qué lloras, German? es una fortuna para tí, pues no tendrás que limpiar mas que una bota. »

Disciplina.

Cuando entraron en Amsterdam las tropas francesas al mando de Pichegru, dieron un ejemplo admirable de órden y disciplina. Era el 20 de febrero de 1794, en medio de un frio excesivo. Los soldados, que desde el principio de la campaña habian sufrido crueles privaciones, estaban hambrientos y medio desnudos. Los habitantes de Amsterdam acudieron en masa, no cansándose de admirar aquellos hombres que habian despreciado el rigor de aquel rudo invierno y alcanzado tantas victorias. Pero lo que les parecia mas digno de admiracion era ver á aquellos militares, que sin ropa ni víveres, entre el hielo y la nieve, en medio de una de las mas ricas capitales de Europa, esperaban con paciencia durante horas enteras alrededor de sus armas en pabellones, á que los magistrados de la ciudad les procuraran alojamientos y proveyeran á sus necesidades.

Junot.

[1793.]

Bonaparte, comandante de artillería en el sitio de Tolon[1], estableció bajo el fuego del enemigo una de las primeras baterías; teniendo que enviar una órden, pidió entre los que le rodeaban un sargento ó un cabo que supiera escribir. Salió un jóven de las filas, y en el mismo espaldon de la batería escribió lo que le dictaba su jefe. Apénas estaba terminado el despacho, cuando una bala rasa llenó de tierra el papel y la escribanía. « ¡ Bueno ! dijo el jóven

1. Tolon, puerto magnífico sobre el Mediterráneo, habia sido entregado á los ingleses. El ejército frances reconquistó esta ciudad despues de un sitio famoso, en el que mandaba la artilleria Bonaparte, poco conocido entónces.

con tono jovial; así no necesito polvos. » Esta salida, y la serenidad que demostraba el soldado, llamaron la atencion de Bonaparte. Aquel sargento era Junot, que llegó á ser uno de los tenientes mas famosos del emperador.

Vincent.
[1795.]

El general Vincent[1] recibió la órden del general en jefe del ejército del Mosela para apoderarse del fuerte de Rheinfels[2], en una isla del Rhin, puesto á cuya defensa habian contribuido el arte y la naturaleza. Vincent era corto de vista, mas á pesar de ello no queria confiar á nadie el exámen de la posicion del fuerte y el del punto donde podia situar sus baterías. Quítase el uniforme, se viste como un soldado raso, y fingiéndose un centinela avanzado, va á reconocer la plaza y sus alrededores bajo el fuego del enemigo, retirándose despues de sufrir algunos disparos del enemigo, que habria puesto mas cuidado si hubiera sabido que era un general. El general Vincent tomó sus disposiciones durante la noche, y al dia siguiente ondeaba la bandera tricolor en los muros de Rheinfels.

Menage.
[20 de julio de 1795.]

Ocupaban los ingleses la península de Quiberon[3], que está unida al continente de la Bretaña por una estrecha lengua de arena, de una legua de largo, conocida con el nombre de la Falaise (Acantilado). Colocado el fuerte de Penthievre entre ésta y la península, defienden aquel punto por la parte de tierra.

Hoche[4], general del ejército frances, quiso en primer lugar apoderarse del fuerte; tomarle de viva fuerza era im-

1. Nació en Monteriender (Alto-Marne), y murió en 1820.
2. Cerca de Coblenza, en Alemania.
3. En el departamento de Morbihan, á 40 kilómetros de Lorient; es cabeza de distrito. Pob., 2086 hab.
4. Famoso general frances; nació en Versalles en 1768, y murió en 1797 á la edad de veinte y nueve años.

posible, pues no habia medio de llegar á él sino por el acantilado que barrian las cañoneras inglesas. Solo intentando una sorpresa nocturna podria hacerse dueño del fuerte; algunos desertores le indicaron el medio. Entrando en el agua hasta el pecho se puede dar la vuelta á la roca que está situada á la izquierda del fuerte de Penthievre, encontrándose entónces un sendero que conduce á la escarpada cima donde se halla construido éste.

Decidióse, pues, Hoche á dar este golpe de mano y esperó á la media noche. El cielo estaba encapotado; un viento fuerte encrespaba las olas, encubriendo el rumor de las armas y el paso de la tropa. El general Hoche da trescientos granaderos á Menage, mariscal de campo, jóven de un valor á toda prueba; le ordena pasar por la derecha, entrar en el agua con sus granaderos, flanquear la roca que sirve de base á las murallas, subir por la senda y tratar de introducirse de este modo en el fuerte.

En efecto; entra Menage en el mar con sus trescientos hombres; el ruido que produce el viento cubre el que ellos hacen en el agua; unos soldados caen, se levantan, otros desaparecen arrastrados por las olas, pero al fin, de roca en roca, siguen á su intrépido jefe y consiguen subir por la senda que conduce al fuerte.

Adelántanse en profundo silencio, escalan la muralla y caen sobre la guarnicion; parte de ella sucumbe y la otra se rinde.

Entretanto, protegido por la oscuridad, avanzaba Hoche por el acantilado con sus tropas formadas en columnas. Al percibir los centinelas ingleses el movimiento de aquellas masas negras, dan la alarma, y las chalupas cañoneras envian una lluvia de metralla que pone los franceses á punto de desbandarse. Pero siendo en aquel momento ménos profunda la oscuridad, Hoche muestra á sus soldados la bandera tricolor que Menage acababa de izar en una de las almenas, y se lanza con ellos al fuerte.

Bethencourt.
[1800.]

Hay en el Simplon[1] un camino magnífico que conduce desde Suiza á Italia, y que ha sido construido por los franceses. En la época en que no existia este camino, era extremadamente difícil el paso de dicha montaña.

Miéntras el primer cónsul ganaba la batalla de Marengo en 1800, el general Bethencourt, á la cabeza de mil franceses, pasaba la montaña; las nieves y las rocas desprendidas habian destruido un puente, de modo que el camino estaba cortado por un abismo de veinte metros de ancho, y en cuyo fondo rugia un torrente. Un intrépido voluntario se ofreció á intentar una empresa peligrosísima. Arriesgando la vida, bajó á lo largo de la pared vertical del precipicio, poniendo alternativamente los piés y las manos en los agujeros practicados para apoyar las vigas del puente; llegó así al fondo de la sima, pasó el torrente á nado y volvió á subir del mismo modo por el otro lado; habia llevado consigo una cuerda, que quedó entónces sujeta de un extremo á otro. El general fué el primero que, acolgajándose en la cuerda, pasó el precipicio; los mil hombres que mandaba siguieron su ejemplo.

En memoria de este hecho, se grabaron en las rocas los nombres de todos los oficiales que formaban parte de la columna.

Algunos perros acompañaban á la tropa; cuando hubo pasado el precipicio el último hombre, los pobres animales se arrojaron todos al abismo. Tres de ellos fueron arrastrados por la impetuosa corriente; los restantes pudieron vencerla, y llegados á la otra orilla, treparon, hasta lo alto de la roca, y llegaron aspeados y extenuados hasta los piés de sus amos.

1. Montaña de los Alpes entre el Valais, el canton de Suiza é Italia.

El Simplon.

Peyragai.
[1845.]

El comandante Peyragai, que con tanta gloria sucumbio en Argel, era uno de los mas valerosos jefes del ejército. Dos rasgos, entre mil, nos darán á conocer su intrepidez.

Peyragai, capitan en una de las guerras del imperio, se encontró expuesto con su compañía al fuego de la artillería que diezmaba las filas de sus soldados; algunas bombas habian esparcido el desórden, y los soldados comenzaban á desbandarse. Perenne en su puesto Peyragai, trató de reanimarlos con su ejemplo, cuando una bomba cae á sus piés; los mas próximos huyen, miéntras que Peyragai saca tranquilamente un cigarro de papel y le enciende en la mecha del proyectil; revienta éste, cubriéndole de polvo y de humo, y disipada la nube, se ve al oficial sano y salvo, y tan sereno como ántes de la explosion. Aplausos y vítores resonaron por todas partes, y ni un soldado salió de las filas desde aquel momento en tanto que duró el fuego.

En el asalto de un reducto [1], llegó Peyragai solo á la cresta [2] y enarboló en ella su bandera. En aquel instante resonó un terrible tiroteo dirigido contra él. «¡Baja, baja, Peyragai! gritaba uno de sus camaradas: ¡*vas á recibir una almendra*! — Ya la tengo, contestó el animoso capitan, sosteniéndose en el asta de su bandera, pero no digas nada, porque no me seguirian.»

Habia sido herido de un balazo en el pecho, pero se mantuvo de pié y fué tomado el reducto.

MARINOS.

La vida del marino es una série de privaciones, de trabajo y de incesante lucha; necesita mas valor en los combates que el soldado, pues tiene que resistir, ademas del furor de los hombres, al de los elementos, sin mas recurso que las débiles tablas que le sostienen cubriendo el abismo que le amenaza de contínuo:

1 Pequeño fuerte construido de tierra ó de fábrica, aislado de la plaza.

2. Llámase cresta á las obras superiores de fortificacion.

La historia de las marinas de todas las naciones, contiene rasgos numerosos de valor que rayan en lo prodigioso. (B.)

Duguay-Trouin [1].

En sus primeros años sirvió Duguay-Trouin en la marina mercante; mostró despues tanto valor y pericia peleando con los ingleses y holandeses coaligados contra Francia, que Luis XIV le envió una espada de honor.

Entusiasmado con tal distincion, y deseoso de hacerse mas digno de ella, marchó con tres navíos á atacar una flotilla holandesa escoltada por tres buques de guerra al mando del intrépido Wassenaer, felicitándose Duguay-Trouin de habérselas con un competidor digno de su valor. El ardor que le anima inflama á su gente, que cuatro veces va al abordaje y otras cuatro es rechazada sin embargo. Renueva el ataque y triunfa. El denodado Wassenaer cae bañado en su sangre; Duguay-Trouin le deja en el buque holandes, cuya guarda confia á algunos de sus soldados, y vuelve al suyo, concluyendo de derrotar al enemigo.

¡Pero qué terrible noche sucede á aquel dia de triunfo! Acribillado de balazos el navío de Duguay-Trouin, y maltratado por los vientos, se entreabre por todas partes. Su tripulacion se compone de heridos y moribundos, con quinientos prisioneros á su custodia, y una terrible tempestad con la que hay que luchar; el agua penetra por todas partes en el buque, multitud de desgraciados heridos casi al punto de espirar que huyen del agua arrastrándose con piés y manos, el tumulto, el espanto, los gritos arrancados por el dolor, mezclados con los del pavor, todo junto presenta un espectáculo horroroso. El vencedor despliega en esta ocasion toda su actividad unida á la mayor sangre fria, y consigue triunfar á la vez de los elementos como acababa de hacerlo con sus enemigos.

La borrasca le impele al puerto con los buques apre-

1. Nació en Saint-Malo, departamento de Ille-et Vilaine.

sados, y apénas llega, su primer cuidado es informarse del estado de Wassenaer, prodigándole todos los auxilios que puede ofrecerle. Noticioso de que dicho jefe no habia sido tratado con la consideracion debida por la gente encargada de dirigir su buque, manifiesta viva indignacion contra el oficial que la mandaba, y aunque era cercano pariente suyo, no pudo ménos de demostrar desde entónces la mayor aversion y desprecio cuantas veces le veia. Restablecido Wassenaer de sus heridas, le presentó Duguay-Trouin por sí mismo á Luis XIV y consiguió su libertad. Mas honra semejante comportamiento que diez victorias.

Duguay-Trouin contaba entónces veinte y tres años de edad, y en toda esta época pasó este intrépido oficial de la marina mercante á la militar con el grado de capitan de navío, desde el que fué ascendiendo á los de jefe de escuadra ó contra-almirante, y por fin á vice-almirante con el título de teniente general de la Armada.

En nada alteraron los honores su sencillez y franco carácter; era bondadoso, humano, caritativo, y poseia todas las cualidades del marino y del hombre de bien.

Consideraba la disciplina como el elemento principal en la guerra y el medio mas seguro de alcanzar la victoria. Si jamas dejó pasar una buena accion sin recompensa, tampoco una falta sin castigo. Así, pues, mantenia la disciplina con severidad hasta rayar en dureza; sin embargo, el exceso en la disciplina tiene excusa y aún puede ser útil.

Su desinteres corria parejas con su valor; la gloria era su ídolo, por lo tanto miraba el dinero con indiferencia.

Despues de un combate glorioso y atrevido, le recompensó Luis XIV espontáneamente y como una prueba de su satisfaccion con una pension de 2,000 francos sobre el Tesoro; Duguay-Trouin escribió en seguida al ministro para suplicarle diera aquella pension á Saint-Auban, teniente suyo, que habia perdido una pierna en el abordaje de un navío inglés, y que necesitaba mas que él dicha pension. «Será completa mi recompensa, añadia, si obtengo ascensos para mis oficiales »

Miéntras duró la guerra fué temido de los ingleses. No bastaria un volúmen para relatar sus hazañas.

Juan Bart [1].
[1702.]

Vamos á referir una de las acciones heróicas que tanta celebridad dieron al nombre de Juan Bart, en la que se manifiestan una energía é intrepidez inauditas.

Hallábanse reunidos en un puerto de Alemania un centenar de buques mercantes con cargamento de trigo con destino á Francia, cuya llegada se esperaba impacientemente con motivo de la carestía que reinaba á la sazon en dicho reino. Inglaterra y Holanda estaban en guerra en aquella época con Francia. Dióse órden á Juan Bart para que fuese á buscar los buques mercantes, y que los escoltara hasta llegar á Francia. Sale de Dunkerque con una escuadra de seis velas, mas los buques mercantes no le habian esperado; impacientes sus capitanes, se habian puesto en marcha escoltados por tres navíos dinamarqueses, pero pagaron cara su imprudencia, pues fueron capturados por una fuerte escuadra holandesa, compuesta de ocho navíos de línea, mandada por un contra-almirante.

Encuentra Juan Bart la flota mercante en alta mar y la ve en poder del enemigo, y en el acto se resuelve á atacar á los holandeses, aunque superiores en número. Con la rapidez del rayo embiste contra el navío almirante, armado con cincuenta cañones, y á pesar del terrible fuego de sus baterías, llega á él, hace una descarga de artillería y fusilería, y grita con poderosa voz: « ¡Compañeros, no mas cañones... sable en mano y á ellos! » Salta al abordaje, y seguido de sus valientes, descarga tan terribles golpes sobre el enemigo, que se ve el contra-almirante obligado á rendirse. Otros dos navíos holandeses, uno de cincuenta cañones y el otro de treinta y seis, caen igualmente en sus

1. Valeroso marino nacidó en Dunkerque, en 1651; murió en 1702.

manos; los restantes buscaron su salvacion en la fuga. Dueño Juan Bart, por consiguiente, de la flota mercante, volvió á Francia con ella cuatro dias despues de su salida de Dunkerque, trayendo consigo los tres navíos enemigos.

Pleville[1].

El denodado y generoso Pleville puede servir de modelo á la gente de mar; este marino, que comenzó su carrera desde grumete, llegó á las mas altas dignidades y sirvió á su país por espacio de sesenta años. Su humanidad y su intrepidez eran proverbiales.

A fines de 1770 fué arrojada por una tormenta la fragata inglesa *Alarma* á la bahia de Marsella[2]. El tiempo era espantoso, la noche profundamente oscura, y el navío corria peligro de estrellarse contra las rocas. Pleville, teniente del puerto en aquella ocasion, reune á todos los marineros que halla al paso y les anima á que salgan en auxilio de la fragata extranjera. Los marineros titubean, Pleville se rodea el cuerpo con una cuerda y se desliza al mar por entre las rocas, azotadas por las furiosas olas; lucha con éstas que le rechazan, sube por las rocas, cuyas asperidades desgarran sus carnes, y llega al fin á la fragata. Entónces olvida todos los riesgos que ha corrido, y no piensa sino en los de la tripulacion inglesa. Manda la maniobra, dirige la fragata por entre los escollos, y consigue conducirla al puerto.

Es mas digno de atencion este acto de arrojo, cuanto que Pleville tenia una pierna de ménos; una bala de cañon se habia llevado su pierna derecha. Algun tiempo despues, siendo alférez de navío, perdió en un combate su pierna de palo. Al verle caer, le preguntó su capitan si estaba herido:

« No, contestó sonriendo, la bala solo ha dado que hacer al carpintero.

1. Nació en 1726, y murió en 1805. 2. Entre la alta mar y el puerto.

Otra bala de cañon se llevó de nuevo en 1759 su pierna de palo cuando mandaba el navío la *Hirondelle*, con el que atacó y apresó tres buques ingleses armados en guerra.

Los detalles precedentes bastan para juzgar su valor; con lo que vamos á referir se podrá juzgar su desinteres.

Durante la guerra de América, en 1778, fué nombrado Pleville para efectuar la venta de los buques tomados á los ingleses, lo que produjo la suma de dos millones de francos. Satisfecho el almirante del resultado, invitó al gobierno para que concediera el dos por ciento á Pleville, quien rehusó aceptarlo, diciendo que su sueldo bastaba á cubrir sus necesidades.

Nombrado ministro de Marina, en 1798, recibió el encargo de visitar las costas del Oeste, entregándosele la cantidad de 40,000 francos para los gastos de aquella mision; Pleville no gastó mas que 8,000 y envió el resto al Tesoro. La suma total habia sido inscrita en el registro de los gastos, y por lo tanto, no fué aceptada dicha cantidad. Pleville insiste, y como recibiera igual respuesta, manifiesta entónces su deseo de destinar aquellos 32,000 francos á la ereccion de algun monumento útil. Al fin se emplearon en la construccion de un telégrafo que funcionó largo tiempo en el tejado del palacio del ministerio de Marina en el costado de la plaza de la Concordia.

Un marino de trece años.

El hijo del contra-almirante Casabianca, de edad de trece años, se embarcó con su padre en el navío el *Orient*, en el que servia en calidad de aspirante; en la desgraciada jornada de Abukir se condujo con valor y serenidad, lo que le valió la admiracion de los mas viejos marineros.

Declárase de repente el fuego á bordo del *Orient*, y era imposible extinguirle; en un instante son abandonadas las baterías; el niño se queda solo en el puente exclamando: «¡Padre mio! ¿Puedo abandonar mi puesto sin deshonor?» Creia que su padre le oia, y esperaba la respuesta,

pero su padre, herido mortalmente, no podia oir su voz. Un marinero viejo corre hácia él y le dice: « Vuestro padre está moribundo, y os ordena rendiros y salvar vuestra vida, como á mí tambien. » El niño, fuera de sí, corre al camarote donde estaba espirando el contra-almirante, le abraza estrechamente y jura no abandonarle. En vano su padre emplea los ruegos y el poder de su autoridad; en

Incendio del *Oriente*.

vano igualmente el viejo marinero trata de salvarle: « ¡ Moriré, sí.... moriré con mi padre! contesta el noble niño. — No me queda mas que un instante, dijo el marinero, y á duras penas podré salvarme: ¡adios! » Las llamas llegan á la Santa Bárbara y salta la embarcacion con el jóven héroe, que trataba de cubrir con su cuerpo los mutilados restos de su padre. Tal es el relato que hizo el viejo marinero á su llegada de Alejandría.

Descubrimiento de la América.

El viérnes 3 de agosto 1492, por la mañana, Colon se hizo á la vela un poco ántes de amanecer en presencia de una apiñada multitud de espectadores que elevaban al cielo sus ruegos por el próspero acabamiento del viaje, que mas que aguardar lo deseaban. Tiró Colon en derechura hácia las islas Canarias adonde llegó sin accidente que hubiese merecido mencionarse en otra ocasion cualquiera, pero en un viaje tan largo é importante la menor circunstancia era atendible.

Para el primero de octubre se hallaban, segun el cálculo del almirante, á setecientas setenta leguas al oeste de las Canarias, aunque para que su gente no se intimidase con la prodigiosa extension del viaje dijo que solo habian andado quinientas ochenta y cuatro leguas, y por dicha de Colon ni su propio piloto ni el de los demas barcos eran bastante expertos para notar su error y descubrir el engaño. Llevaban ya cosa de tres semanas en la mar; habian llegado mas allá de donde otros navegantes se aventuráran ni aún lo creyeran posible; todos los pronósticos del descubrimiento, fundados en el vuelo de las aves y otras circuntancias, habian resultado fallidos; las apariencias de tierra con que los habia halagado y distraido de tiempo en tiempo su misma credulidad ó la estucia de su jefe, habian parado en ilusiones y sus esperanzas de buen éxito parecian mas distantes que nunca. Tales reflexiones ocurrian de contínuo á hombres que no tenian mas ocupacion ni objeto que raciocinar y discurrir acerca de los fines y circunstancias de su viaje. Impresionaron primero á los ignorantes y tímidos y extendiéndose por grados á los mas instruidos y resueltos, al fin prendió el contagio del uno al otro buque. De chichisveos y murmullos pasaron á tramas descubiertas y quejas públicas. Acusaban á su soberano de inconsiderado y crédulo por haber estimado en tanto las vanas promesas y conjeturas vagas de un extranjero indigente como para poner en riesgo la vida de muchos súbditos suyos en un in-

tento quimérico. Dijeron que bien habian cumplido su deber engolfándose tan léjos en una senda desconocida y sin esperanza, por lo cual no serian censurables si rehusaban seguir á un aventurero desatentado en su ruina inevitable. Pretendiendo que era de necesidad pensar volver á España, miéntras sus naos trabajadas se hallaban todavía en estado de navegar; pero manifestaron temores de que seria inútil empeño por cuanto el viento que tan propicio les habia sido en su viaje haria imposible el navegar en direccion contraria. Todos convinieron en obligar por la fuerza á Colon á que tomase una medida de la cual pendia la salvacion comun. Algunos de los mas osados propusieron como medio mas seguro y espedito para salir del paso, arrojarlo á la mar, persuadidos de que á su vuelta á España, la muerte de un empresario chasqueado llamaria bien poco la atencion y no se averiguaria con grave empeño.

Bien apercibido se hallaba Colon de su situacion peligrosa. Con sumo desagrado veia los fatales efectos de la ignorancia y el miedo que inspiraban el descontento entre sus tripulantes á punto de estar para estallar en un motin. Pero conservó sin embargo completa presencia de ánimo é hizo cual si ignorase sus maquinaciones. A despecho de la agitacion y recelo de su espíritu mostróse con semblante risueño, como si estuviera satisfecho de los progresos que hacia confiado en el buen resultado. A veces empleaba todas las artes de la insinuacion para calmar á su gente, á veces excitaba su ambicion y codicia haciéndoles magníficas descripciones de la fama y riqueza que estaban á punto de alcanzar. En otras ocasiones asumia el tono de autoridad y les amenazaba con la venganza de su soberano si con bastardo proceder destruian los nobles esfuerzos para promover la gloria de Dios y enaltecer el nombre español sobre todas las demas naciones. Aún para marineros amotinados, las palabras de un hombre á quien estaban acostumbrados á respetar, eran de peso y convincentes; así que, no solo les apartaron de cuantos excesos de violencia fraguaban, sino que les indujeron á acompañar á su almirante por mucho mas tiempo.

Conforme iban avanzando las señales de la proximidad de la tierra iban siendo mas seguras y mas reanimaban la esperanza. A bandadas empezaban á verse los pájaros que volaban hácia el sudoeste. Colon, imitando á los navegantes portugueses que en muchos de sus descubrimiento se guiaron por el vuelo de las aves, torció su rumbo de Oeste tirando hácia el punto de donde venian volando. Poco despues de haber seguido esta direccion por muchos dias sin mejor éxito que al principio y sin haber visto en treinta sino mar y cielo, decayeron las esperanzas de sus compañeros mucho mas pronto de lo que se habian formado; revivieron los temores con vigor nuevo y en todos los rostros asomaron la impaciencia, la rabia y la desesperacion. Todo sentimiento de subordinacion desapareció. Los oficiales, que hasta allí habian sido del dictámen de Colon y sostenido su autoridad, tomaron parte por los marineros y soldados; reuniéronse en tumulto sobre cubierta, rogaron á su comandante, mezclando las amenazas á sus ruegos, y le exijieron que en el acto virase por redondo dando la vuelta á Europa. Conoció Colon que no le valdria echar mano de ninguna de sus artes anteriores, las cuales por manoseadas no producirian efecto, siendo imposible reanimar el celo por el éxito de una empresa en corazones en que el temor habia estinguido todo sentimiento generoso. Ni ménos infructuoso habria sido emplear medidas severas para aplacar un motin tan general como violento. Todo bien considerado era preciso dar suelta á pasiones que ya no podia dominar, y abrir paso á un torrente demasiado impetuoso para ser contenido. Prometió, pues, solemnemente á los suyos que accederia á sus deseos con tal de que le acompañasen y obedeciesen por tres dias mas y si en este plazo no descubrian tierra abandonaria la empresa y tomaria la vuelta de España.

Por mas enfurecidos é impacientes que estuviesen los marineros de volver á su tierra natal, no les pareció irracional esta propuesta, ni arriesgaba mucho Colon al reducirse á tan corto plazo. Tan numerosos y halagüeños eran ya los presagios de descubrir tierra que le parecieron infa-

libles. Durante algunos dias la sonda habia encontrado fondo y la arena que habia sacado indicaba que la tierra no podia quedar á gran distancia. Las bandadas de pájaros iban en aumento y se componian no solo de aves marítimas, sino tambien de tierra, que no era de suponer volasen muy léjos de las playas. La tripulacion de la *Pinta* observó un junco flotante que parecia recien cortado y un pedazo de madera labrada artificialmente. Los marineros de la *Niña* cojieron una rama de escaramujo con frutas verdes perfectamente frescas. Las nubes del ocaso tomaban un nuevo aspecto, el aire era mas suave y templado y por la noche sopiaba el viento desigual y variable. Por todos estos síntomas confiaba tanto Colon en la proximidad de la tierra, que en la tarde del 11 de octubre despues de una oracion pública por el buen éxito, mandó acortar velas y que los barcos estuviesen con cuidado para no encallar por la noche. Durante este intervalo de espectativa y ansiedad, ni un solo hombre cerró los ojos, permaneciendo todos sobre cubierta observando el punto por donde esperaban descubrir la tierra, objeto por tanto tiempo de sus deseos.

Como dos horas ántes de la media noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, observó una luz en lontananza y en secreto se la mostró á Pedro Gutierrez, paje del guardaropa de la reina. Vióla Gutierrez y llamó la atencion á Salcedo, proveedor de la escuadra, y todos tres vieron que se movia como si fuese llevada de un lugar á otro. Un poco despues de media noche el grito alegre de *¡Tierra! ¡Tierra!* se oyó en la *Pinta* que iba siempre delante de las demas naves. Pero como se habian engañado tantas veces con apariencias falaces, todos se mostraron remisos en dar fé y aguardaron con toda la angustia de la incertidumbre y y la impaciencia á que despuntase el dia. Tan luego como amaneció desaparecieron todas las dudas y temores. Desde todos los buques se vió como dos leguas al Norte una isla cuyas márgenes verdes y risueñas estaban cubiertas de bosque y bañadas por muchos arroyos que le daban el aspecto de ser un lugar deleitoso. La tripulacion de la *Pinta*

entonó al mismo instante un *Te-Deum*, himmo de gracias al Señor, que entonaron tambien en las demas naves con lágrimas de alegría y transportes de regocijo. A este acto de gratitud hácia el cielo siguió otro de justicia hácia el comandante. Echáronse á los piés de Colon con sentimiento de admiracion y respeto. Pidiéronle perdon por su ignorancia, incredulidad y rebeldía que le habian causado tan inútil desasosiego y por tantas veces entorpecido la ejecucion de su bien concertado plan, y pasando en el entusiasmo de su admiracion, del uno al otro extremo, proclamaron que el hombre á quien tanto habian vilipendiado y amenazado era un inspirado del cielo, de sagacidad y fortaleza sobrehumanas para llevar á cabo un designio tan superior á todas las ideas y concepciones de todos los siglos anteriores.

En cuanto salió el sol se echaron al agua y armaron todos los botes. Dirijiéronse á la isla con banderas desplegadas, música militar y toda la pompa marcial. Conforme se acercaban á la costa la veian cubierta de una multitud de gente que atraia la novedad del espectáculo y en cuya actitud y ademanes se dejaban ver la admiracion y asombro que le causaban los extraños objetos que tenian delante. Colon fué el primer europeo que puso el pié en el Nuevo Mundo, que él habia descubierto. Desembarcó ricamente vestido y con la espada desnuda en la mano. Su gente le siguió y arrodillándose besaron la tierra que por tanto tiempo habian deseado ver Luego erijieron una cruz y postrándose ante ella dieron gracias á Dios por haber guiado su viaje á tan dichoso término. Despues tomaron solemnemente posesion del pais en nombre de la Corona de Castilla y de Leon con todas las formalidades que acostumbraban los portugueses observar en sus nuevos descubrimientos.

En cuanto salió hacian los españoles, rodéanlos los naturales que admiraban en silencio acciones que no acertaban á comprendrer y cuyas consecuencias no preveian. El traje de los españoles, la blancura de su piel, sus barbas y sus armas les parecian extrañas y sorprendentes. Las gran-

dos máquinas en que habian atravesado el Océano, que parecian moverse sobre las aguas por medio de alas y producian estrepito espantoso, semejante al trueno, acompañado de luz y humo, llenaron su espíritu de tal pavor que empezaron á respetar á sus nuevos huéspedes como á séres de un órden superior y dedujeron que eran hijos del sol, que habian bajado del cielo para visitar la tierra.

No ménos admirados estaban los europeos con la escena que tenian á la vista. Todas las yerbas, arbustos y árboles eran diversos de los que florecian en Europa. El suelo parecia muy fecundo, pero muy pocas muestras daba de cultivo. El clima, aunque para los españoles algo cálido, era en extremo delicioso. Los habitantes aparecian en la sencilla inocencia de la naturaleza enteramente desnudos. Sus cabellos negros, largos y lisos les flotaban sobre las espaldas ó se enlazaban en trenzas sobre la cabeza. No tenian barbas ni vello en todo su cuerpo. Tenian el color cobrizo, las facciones raras, mas bien que desagradables, y el porte reposado y tímido. Aunque no altos eran fornidos y ágiles. Llevaban la cara y muchas partes del cuerpo pintadas de colores subidos. Primero se mostraron esquivos y medrosos, pero luego se familiarizaron con los españoles y locos de alegría los aceptaron cascabeles, cuentas de vidrio y otras barajitas, dándoles en cambio las provisiones que tenian ó hilo de algodon, únicos menesteres que poseyesen de alguna estima. Por la tarde Colon volvió á su nave, acompañado por muchos de los isleños en sus botes, que llamaban canoas, hechos toscamente del tronco de un solo árbol, que manejaban con destreza sorprendente. Así pues, en la primera entrevista de los habitantes del viejo y del nuevo mundo, todo pasó amistosamente y á satisfaccion de unos y otros. Los primeros, ilustrados y ambiciosos, formaron desde luego grande idea de las ventajas que podrian sacar de las regiones que empezaban á ver. Los últimos, encillos y sin discernimiento, no preveian las calamidades desolacion que aguardaban á su pais!

Entrada triunfal de Colon en Barcelona.

Gran sensacion produjo en la córte la carta de Colon á los monarcas españoles anunciando su descubrimiento. El acontecimiento que comunicaba se consideró el mas extraordinario de su próspero reinado, y como tan de cerca sucedió á la conquista de Granada, túvose como una prueba manifiesta del favor divino por aquel triunfo conseguido en bien de la causa de la fé. Los soberanos mismos se quedaron por algun tiempo atónitos y arrobados con esta repentina y fácil adquisicion de un nuevo imperio, en límite indefinido y al parecer inmensamente rico; y su primera idea fué asegurarlo contra toda cuestion de competencia. A poco de su llegada á Sevilla recibió Colon una carta de ellos manifestando su gran regocijo y rogándole que inmediatamente se presentase en la córte para concertar los planes de una segunda expedicion en mayor escala. Considerando que se adelantaba el verano, estacion favorable para el viaje, deseaban que en Sevilla ú otra parte hiciera arreglos que apresurasen la expedicion y que les informase á la vuelta del correo lo que por su parte deberian ellos hacer. Dirijíasele esta carta con el título de *Don Cristóbal Colon, nuestro Almirante del Mar Océano y Virey y Gobernador de las islas descubiertas en las Indias*, y al mismo tiempo se le prometian mayores recompensas. No perdió tiempo Colon en cumplir las órdenes de sus soberanos. Envió una lista de los barcos, hombres y municiones que se necesitaban, y despues de tomar en Sevilla las medidas que las circunstancias permitian, salió de viaje para Barcelona, llevando consigo los seis indios y los diversos productos y curiosidades que trajo del Nuevo Mundo.

La fama de su descubrimiento habia resonado en toda la nacion, y como atravesaba en el tránsito varias de las mas bellas y populosas provincias de la España, su viaje parecia la marcha de un soberano. Por donde quiera que pasaba, del país circunvecino salian todos los habitantes que inun-

daban el camino y los pueblos. Las calles, balcones y ventanas en las grandes ciudades estaban llenos de espectadores ansiosos que hacian resonar los aires con sus aclamaciones. Su marcha era sin cesar interrumpida por la multitud que se apiñaba para verle y á los indios que eran contemplados con tanta admiracion como si fueran habitantes de otro planeta. Imposible era satisfacer la ardiente curiosidad con que lo asaltaban á él y á su séquito haciéndole á cada paso innumerables preguntas; como de costumbre la voz popular habia exajerado la verdad y llenado la tierra recien descubierta de todo género de maravillas.

A mediados de abril llegó Colon á Barcelona donde se habian hecho todos los preparativos para su recibimiento solemne y magnífico. Un tiempo hermoso y sereno en aquella agradable estacion y en un clima tan privilegiado contribuyeron al esplendor de aquella memorable ceremonia. Al llegar al sitio encontró á muchos de los cortesanos mas jóvenes y de los hidalgos de mas valor que unidos con el pueblo se habian adelantado para recibirle y darle la bienvenida. Su entrada en aquella noble ciudad se ha comparado á los recibimientos triunfales que los romanos acostumbraban decretar á los emperadores. Rompian la marcha los indios pintados á usanza salvaje y adornados con plumas tropicales y prendas de oro; seguian despues diversas clases de loros vivos y animales empajados, de especies desconocidas, y plantas raras á las que se atribuian cualidades preciosas. Habíase tenido particular cuidado en mostrar una brillante coleccion de coronas, brazaletes y adornos, de los indios, todos de oro, que pudiesen dar una idea de la riqueza de las regiones nuevamente descubiertas. En seguida iba Colon á caballo, rodeado de una brillante division de caballería española. Por las calles casi no se podia transitar á causa de la innumerable multitud; las ventanas y balcones estaban coronados de bellezas, y los mismos techos llenos de espectadores. Parecia que el público no se saciaba de ver aquellos trofeos de un mundo desconocido ni al hombre notable por quien habia sido

descubierto. Hubo cierta sublimidad en aquel suceso mezclado al regocijo público. Considerábasele como una grande y señalada dispensacion de la Providencia en recompensa de la piedad de los monarcas, y el justo y venerable aspecto del descubridor, tan distantes de la juventud y entusiasmo que siempre se suponen en una empresa árdua, parecian armonizar con la grandeza y dignidad de su obra.

Para recibirle con la debida pompa y majestad, los soberanos mandaron poner su trono en público, bajo un rico sólio de brocado de oro en un espacioso y expléndido salon. Allí esperaron su llegada el rey y la reina, sentados en estrado con el príncipe Juan y rodeados de los dignatarios de su córte y la nobleza principal de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, impacientes todos de ver al hombre que á la nacion habia hecho tan incalculable beneficio. Al fin entró Colon en la sala rodeado por una multitud brillante de caballeros, entre los cuales, dice Las Casas, sobresalia por su estatura alta é imponente que al aspecto venerable de sus caballos blancos le dada la apariencia augusta de un senador romano. Una sonrisa modesta animaba sus facciones, indicio de que gozaba el brillo y la gloria de que estaba rodeado. Y á la verdad que nada podia ser mas profundamente conmovedor para un alma inflamada por la noble ambicion y la conciencia de haber llevado á cabo grandes cosas, que aquellos testimonios de admiracion y gratitud de un pueblo ó mas bien de un mundo. Al acercarse Colon los soberanos se pusieron de pié cual si á persona del mas elevado rango recibieran. Doblando la rodilla pidióles la mano á besar, pero hubo de parte de Sus Majestades alguna indecision en consentir aquel acto de vasallaje. Levantándole del modo mas gracioso, le mandaron sentar en su presencia, honor bien raro en tan altiva cuanto valerosa córte.

Por súplica de Sus Majestades hizo entónces Colon la historia de los acontecimientos principales de su viaje y una descripcion de las islas que habia descubierto. Enseñó las muestras que habia traido de aves y animales descono-

cidos, de plantas raras por sus virtudes medicinales y aromáticas, de oro indígena en polvo, en barra bruta, ó labrado en forma de adornos bárbaros, y mas que todo presentó á los naturales de aquellos países, que fueron objeto de profundo é inagotable interes; que nada hay para el hombre tan curioso como las variedades de su propia especie. Declaró que aquellos eran meros precursores de mayores descubrimientos que aún habria de hacer y que añadirian reinos de riqueza incalculable á los dominios de Sus Majestades, y prosélitos de la verdadera fé á todas las naciones.

Con profunda emocion de los soberanos fueron oidas las palabras de Colon. Luego que concluyó, cayeron de rodillas y elevando unidas las manos al cielo, sus ojos se arrasaron de lágrimas de agradecimiento y alegría y prorumpieron en alabanzas y accion de gracias á Dios por tan grande beneficio. Todos los presentes imitaron su ejemplo y un solemne y profundo entusiasmo dominó á la expléndida asamblea, que impidió toda aclamacion vulgar de triunfo. El himno de *Te Deum laudamus* cantado por el coro de la capilla real con melodioso acompañamiento de orquesta, se elevó de en medio de la multitud en un coro de sagrada armonía que parecia llevar al cielo los pensamientos y sensaciones del auditorio, *de modo*, dice Las Casas, *que en aquel momento semejaba participar de las delicias celestiales.* Tal fué la manera piadosa y solemne con que la córte fastuosa de España celebró tan sublime acontecimiento, pagándole un tributo de agradecimiento en melodías y alabanzas y ansalzando la gloria del Señor por el descubrimiento de otro mundo.

PROFESIONES VARIAS.

Cuando se consagra la ciencia con perseverancia al servicio de la humanidad y de la patria, se asemeja á la virtud, ó mejor dicho, se convierte en virtud. (B.)

Las artes contribuyen á perfeccionar la civilizacion y la ilustracion del país en donde se cultivan; el carácter del verdadero artista es el amor á la gloria, la emulacion sin envidia, y sobre todo el deseo ardiente

de hacer servir el arte para conseguir el triunfo de la virtud. (*Curso de Moral.*)

El agricultor laborioso, el comerciante probo, el manufacturero hábil, enriquecen al Estado, aumentan el bienestar en todas las clases de la sociedad, mereciendo por lo tanto su aprecio y su proteccion; el país mas rico llegará á la mayor pobreza si no se estimula la agricultura, el comercio y la industria. (B.)

Modelo de médicos: Larrey[1].

Celo, humanidad y abnegacion á toda prueba fueron las prendas sobresalientes que acompañaron á Larney en el ejercicio de la medicina.

A su talento y experiencia debió ser nombrado cirujano en jefe del ejército frances, al que acompañó á Egipto y despues en todas las campañas del imperio.

Su conducta fué admirable siempre; tan intrépido como el soldado, de cuya suerte participaba, se vió á Larrey mas de una vez arrojarse bajo el fuego de los cañones enemigos, en una lluvia de balas y metralla, para arrancar víctimas á la muerte, para curarlas y proporcionarlas alimentos, y hasta algunas veces daba á los heridos sus propias ropas y sus mismos víveres; rodeado de heridos se le veia durante treinta horas, sin comer ni descansar, cumpliendo la penosa tarea de remediar sus males; su esfuerzo cansaba á sus auxiliares los mas vigorosos y resueltos; bañado en sudor y cubierto de sangre, no dejaba su trabajo hasta haber curado al último herido; hubiera preferido la muerte á abandonar uno solo de aquellos desgraciados. Esta fué la obra que desempeñó Larrey durante los veinte y dos años de una guerra sin ejemplo en los anales del mundo.

Para Larrey no habia gerarquías; el dolor marcaba los rangos, y así, si era el último soldado el que corria mas peligro, aquel era el primero que atendia. Y no solo prodigaba sus cuidados á los franceses, sino que del mismo

1. Nació en 1776, en Beaudans, departamento de los Altos Pirineos; murió en

modo obraba con los soldados enemigos. ¿Cómo no habria de merecer la veneracion de todo el ejército su noble y valeroso espíritu de humanidad? No habia soldado que no conociese sus menores acciones, todos le querian, y en momentos bien terribles recibió la prueba del afecto general que habia inspirado.

En la desastrosa retirada de Rusia huia en desórden un cuerpo de ejército frances, perseguido de cerca por el enemigo; hallan un rio á su paso y se echan sobre él dos puentes precipitadamente, en los que se amontona rápidamente una inmensa multitud de fugitivos de Moscou con sus mujeres, sus hijos, sus bagajes, mezclados con los soldados, los caballos y la artillería. En esto se ve venir á lo léjos á Larrey, y mil voces resuenan: « ¡Salvemos al que nos ha salvado, que venga, que se acerque! » La multitud le abre paso, llega Larrey al puente, y levantándole los soldados en sus brazos, le pasan de mano en mano al otro lado del rio; apénas está en salvo, cuando demasiado cargados los puentes, ceden y se hunden, arrastrando á todos en su caida.

Enfermo Larrey á consecuencia de las crueles impresiones del excesivo y prolongado frio, no dejó por eso de prodigar sus cuidados á los pobres soldados. Desde el Niemen hasta el Rin, con prodigiosa actividad, creó hospitales y organizó el servicio medical.

Despues de la paz fué nombrado cirujano en jefe de un hospital militar en Paris, y en la revolucion de Julio salvó del furor de la multitud exasperada los heridos de la guardia real, para lo cual sola su presencia, por decirlo así, bastó para hacer volver la multitud á los sentimientos de humanidad.

Animado siempre de su celo, pidió y obtuvo, á la edad de setenta y seis años, la mision de inspeccionar los hospitales de Argel, atestados de enfermos en aquella época. Las fatigas de aquel viaje ocasionaron su muerte, sacrificando su existencia por el bien de su patria, idea que habia sido siempre su norma.

Napoleon pronunció estas palabras memorables respecto á Larrey:

« Si alguna vez erige el ejército un monumento al agradecimiento, nadie le merece con mas justicia que Larrey. »

Respuesta de un cirujano.

El hábil cirujano Boudon fué llamado una vez á ejecutar una operacion difícil en la persona del cardenal Dubois, primer ministro [1] á la sazon. Al ver entrar éste al cirujano, le dijo: « ¡Cuidado con tratarme como á los pobres diablos de vuestro hospital! — Señor, respondió Boudon, cada uno de esos pobres diablos como vos los llamais, es primer ministro cuando sus padecimientos necesitan mis servicios. »

Ejemplo para los abogados: rasgo de Bellart [2].

Acusada la señorita de Cicé [3] de un crímen capital, escogió por defensor al señor Bellart, célebre abogado de Paris. Oyó Bellart la declaracion de la jóven, y quedó convencido de su inocencia. En aquel tiempo padecia nuestro abogado de una enfermedad de pecho, y no podia hablar sin fatigarse en seguida. No obstante, se decidió á prestar su auxilio á la inocencia en peligro, sacrificándose por ella. Con su elocuencia alcanzó un triunfo verdadero, pues oscurecida hasta entónces la inocencia de su defendida por un concurso de apariencias engañosas, brilló á los ojos de todo el mundo con puro esplendor. Miéntras habló el orador, todos los corazones se hallaban conmovidos; la emocion estaba pintada en los semblantes de los jueces, el auditorio enternecido, y hasta los gendarmes, soldados viejos,

1. En 1723. Hombre ruin y mal ministro.
2. Murió en 1826.
3. Fué acusada de haber tomado parte en un terible atentado cometido contra la persona del primer cónsul con una máquina infernal, el 24 de octubre de 1800.

olvidando la consigna, dejaban caer sus fusiles para enjugar sus ojos arrasados de lágrimas. Poco faltó para que semejante triunfo costara la vida al orador; aquel discurso fué el mejor que pronunció, pero tambien fué el último. Viéndose obligado á no volver á hablar mas en público, no salia de su gabinete, á donde todos acudian á consultarle.

Al ver la multitud de personas que asediaban su despacho, podia creerse que Bellart reunia grandes capitales; pero muy léjos de eso: todos los que le conocieron saben el desinteres que le acompañó durante su vida, y la medianía en que terminó su laboriosa carrera. No pedia jamas, ni aún á los ricos, el precio de su trabajo; se contentaba con cualquier don, por modesto que fuese, y solo rehusaba las ofertas generosas en demasía.

Así obraban los abogados antiguos como los Cochin, los Lenormand, los Gerbier, y siguiendo el ejemplo de tan virtuosos modelos, así obran hoy todos los abogados que comprenden la dignidad de su profesion, que, gracias al cielo, son numerosos. La delicadeza y el desinteres son virtudes innatas en el foro, los vicios opuestos son solo excepciones.

Ejemplo para los artistas: el Guido [1] y Albano [2].

Estos dos pintores, nacidos en la misma ciudad [3], en la misma época, y ámbos discípulos de la célebre escuela de los Carracci [4], dotados de igual genio, tuvieron un destino bien diferente, porque el talento del uno fué santificado por la virtud y el del otro deshonrado por el vicio.

El Guido (*Guido Reni*) adquirió gran fama desde sus primeros años y dejó muchos cuadros célebres, entre ellos la *Crucifixion de san Pedro*, un *San Miguel y el Martirio de san Andres*. Es de admirar en sus producciones la

1. Nació en 1575 y murió en 1644.
2. Nació en 1578 y murió en 1660.
3. Bolonia, ciudad de Italia.
4. Los Carracci eran tres pintores, parientes cercanos, hábiles y célebres, que florecieron en Bolonia en el siglo XVI.

riqueza de su composicion, la correccion del dibujo, la gracia y la nobleza de la expresion, la frescura del colorido, la armonía y la delicadeza de los tintes. El ilustrado y generoso pontífice Paulo V apreció su talento y le llamó á Roma; y tal fué el cariño que cobró al artista, que iba con frecuencia á su taller, donde pasaba horas enteras viéndole trabajar.

La dicha del Guido hubiera igualado á su talento si por su culpa no le hubieran sido inútiles y aún perjudiciales los favores con que le habia colmado la Providencia.

Se dejó seducir por los atractivos del vicio y se abandonó á todos los desórdenes de la vida mas desarreglada. Se apoderó de él la pasion del juego que llegó hasta el paroxismo, y entretanto olvidó los encantos de la gloria, el arte y el trabajo.

En los últimos dias de su vida se encontró el Guido en un estado deplorable; pobre y despreciado de todos, perdió hasta la sombra de su talento, y terminó en innoble holgazanería una vida que habia comenzado por el trabajo, la gloria, la opulencia, y murió completamente olvidado del mundo que tanto le aplaudió en su juventud.

En tanto que el Guido era despreciado de todas las personas honradas por sus vicios, su antiguo compañero Albano (*Carlo Albani*), natural como él de Bolonia, gozaba de la estimacion general por su carácter benigno y elevado, por sus virtudes y por su desinteres que era igual á su talento. No exigia precios exagerados por sus cuadros, le bastaba lo suficiente para vivir tranquilamente con su familia, en cuyo seno hallaba la mas pura felicidad. Pagó las deudas considerables de su hermano, que habia disipado todos sus bienes y que habia muerto insolvente.

Se complacia en enseñar su arte á los discípulos que iban á tomar sus lecciones; los recibia con cariño, les demostraba estimacion, y hasta les pedia parecer sobre sus propias obras. Los protegia de todas maneras, los ayudaba con sus consejos y advertencias, y no solo no exigia nada á

los que carecian de fortuna, sino que muchas veces los socorria liberalmente.

El cuidado de su familia le absorbia completamente y su amor al trabajo se aumentaba cada vez mas; la avanzada edad á que llegó no disminuyó su aplicacion.

Murió estimado, querido y admirado de todos.

El carácter principal de su talento consiste en la gracia, y sobresalia particularmente en las figuras de niños, de mujeres y de ángeles. Fecundizada su imaginacion con la lectura de los poetas, le inspiraba ideas muy felices, alusiones interesantes y figuras encantadoras.

Albano pasaba el estío generalmente en dos casas de campo que poseia, y que estaban adornadas con fuentes y con bosques. En aquellos pintorescos retiros era donde encontraba aquellos sitios magníficos y los alegres paisajes que ha reproducido en sus cuadros con efectos verdaderamente mágicos.

Ejemplo para los industriales : Oberkampf [1].

Oberkampf, hijo de un pobre tintorero establecido en Suiza, llegó á Paris á la edad de diez y ocho años solo, á pié, sin saber una palabra de frances, y sin la menor carta de recomendacion.

La industria de las telas pintadas en Francia estaba entónces en la cuna, ó por mejor decir, no existia mas que de nombre. Despues de haber trabajado durante dos años en un establecimiento de Paris en clase de grabador y colorista, sin mas recursos que las escasas economías que habia hecho en aquel tiempo, concibió Oberkampf el atrevido proyecto de crear en Francia una manufactura de telas pintadas que pudieran rivalizar con las del extranjero, para lo cual se estableció en el valle de Jouy, pantanoso y casi desierto, atravesado por el Bièvre, riachuelo que corre entre Paris y Versalles.

1. Nació en 1738 en Weissembach, cerca de Anspach (Baviera); murió en 1815.

Una mala casucha fué la cuna de una gran industria que debia llegar á superar los mayores establecimientos de la Gran Bretaña, libertando á la Francia del tributo que pagaba al extranjero.

Para poner por obra los dos nuevos procedimientos que

Oberkampf.

habia descubierto, la impresion por medio de planchas, y la impresion con rodillo, hubiera necesitado varios artistas, un dibujante, un grabador, un impresor y un tintorero. Oberkampf estaba solo y se encargó de todo, del dibujo, del grabado, de la impresion y del tinte sin mas taller que su habitacion, que apénas podia contener una cama y una mesa.

Los primeros ensayos salieron bien, y los elegantes productos de su trabajo los vendió inmediatamente. Por medio de su laboriosidad y economía, aumentaba diariamente las proporciones de su establecimiento; despues se construyeron inmensos edificios, se secaron los pantanos de las cercanías, se hizo mas saludable aquella comarca, y mil quinientos obreros encontraron su subsistencia en aquel valle, que en otro tiempo era infecundo y malsano.

Sin dejarse deslumbrar Oberkampf por su prosperidad, no pensó sino en merecer y sostener su fama con nuevos progresos, como lo consiguió en su fábrica, perfeccionando los dibujos y los colores hasta tal punto, que los comerciantes ingleses iban á comprar á Jouy telas pintadas para revenderlas luego en Inglaterra como mercancías de las Indias. Oberkampf tuvo sus imitadores, y en poco tiempo se elevaron trescientos establecimientos émulos del suyo, donde aseguraron su subsistencia veinte mil operarios.

Poco faltó para que fuese arruinada la manufactura de Jouy por la Revolucion; pero gracias al crédito, á la infatigable actividad de Oberkampf, y á la confianza pública, no tardó en poner en órden sus negocios y reparar sus pérdidas.

Diez años ántes de morir fundó la fábrica de hilados de algodon de Essonne, quitando de este modo á los ingleses el privilegio de hilar y de tejer el algodon, por medios económicos é ingeniosos que disminuian considerablemente los gastos de la mano de obra. Esta segunda empresa tuvo igual éxito que la primera, proporcionando este importante ramo industrial un nuevo elemento de riqueza pública.

Estos trabajos valieron á Oberkampf marcadas muestras de distincion. Rehusó el nombramiento de senador que Napoleon queria conferirle, quien para obligarle á aceptar una prueba de su aprecio, se quitó de su ojal la cruz de la Legion de Honor y se la entregó diciéndole « que nadie era mas digno que él de llevarla en su pecho. »

Con alguna frecuencia iba Napoleon á su establecimiento á conversar con él. Un dia le dijo: « Ambos hacemos la

guerra á los ingleses, vos con vuestra industria y yo con mis armas. » Despues, y como presintiendo el porvenir, añadió: « Pero la que vos haceis es la mejor. »

A la rectitud y vasto talento de Oberkampf le acompañaba su buen corazon, pues desde que se lo permitió el

El valle de Jouy

buen estado de sus negocios, pensó en hacer buenas obras, comenzando por aquellos á quienes debia algunos favores. Cuando llegó á Paris habia sido bien acogido por el portero del ministerio de Hacienda, sujeto muy honrado que le habia protegido. En la época de su prosperidad, Oberkampf le colmó de beneficios. Asimismo señaló una pension á una pobre mujer que en el arrabal de Saint-Marceau le preparaba su modesta comida á razon de cuarenta céntimos diarios, y que le habia manifestado mucho afecto.

Durante la Revolucion, aunque se vió próximo á la ruina, no quiso despedir á los trabajadores, ni cesó de visitar sus manufacturas como de costumbre. Dirigia palabras afectuosas á todos sus operarios, y socorria á los necesitados. Si caian enfermos cuidaba de ellos á su costa, y continuaba pagándoles su jornal como si trabajasen. Acogia en sus fábricas á todos los niños huérfanos de los alrededores, los

educaba hasta que llegasen á la edad de ser utiles, y los trataba como á hijos adoptivos.

MAESTROS Y DISCÍPULOS : EDUCACION.

La educacion de la juventud requiere verdadera abnegacion; sin elevarse el maestro al sublime amor de los padres, puede aproximarse mucho. (B.)

Para que sea completa la educacion de un niño, es preciso que éste sea dócil y aplicado: entre todas las personas que intervienen en su educacion, es él quien representa el papel mas importante, pues si no secunda con sus esfuerzos la instruccion que se le da, todo será inútil. (B.)

Los árboles bien cuidados.

En un hermoso dia de primavera se paseaba por un jardin un padre de familia con su hijo mas pequeño. El niño contemplaba atentamente los árboles y demas plantas.

« ¿Por qué este árbol es tan hermoso y está tan derecho, decia Alfonso á su padre, y aquel otro no? — Porque éste, dijo el padre, ha sido guiado desde el principio, se le ha sostenido con estacas y se le ha podado, miéntras que por el contrario, al otro se le ha dejado crecer sin que nadie cuidara de él.

— ¿Y por qué son tan bellas estas flores, y aquellas de la misma especie apénas están abiertas? — Porque han sido mejor cultivadas que las otras.

— ¿Luego en los jardines depende todo del cultivo y del cuidado? preguntó Alfonso. — Sí, hijo mio, y nosotros debemos aprovechar esta leccion.

« Tú eres ahora como ese arbolillo. Si yo te impido hacer todo lo que te parezca, y en cambio te digo lo que debes hacer ó no, si te obligo á que aprendas cosas de utilidad y tú eres obediente, llegarás á ser árbol con fruto entre los hombres. »

Prudente respuesta de un aldeano.

Siempre son bien empleados el tiempo y el dinero que

cuesta la educacion. Así nos lo da á entender la ingeniosa respuesta que dió un aldeano á una persona que le preguntaba sobre el empleo que hacia del dinero ganado con su trabajo.

« Le divido en tres partes, contestó el aldeano; con la primera pago mis deudas; la segunda es para los gastos de mi casa; y la tercera la coloco á crecido interes.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Que la primera parte sirve para socorrer á mis padres; ¿no es esto pagar una deuda? La tercera, que empleo en educar á mis hijos, ¿no es colocarla á crecido interes? »

Educacion de los niños espartanos.

Desde la edad mas tierna acostumbraban en Esparta á los niños á quedarse solos ó caminar á oscuras para que no fueran medrosos. Igualmente se les acostumbraba á no ser delicados ni melindrosos con la comida; les estaba prohibido encolerizarse, gritar, llorar ó enfurecerse; se les obligaba á andar descalzos, á acostarse en duras camas y aún en el suelo; á llevar el mismo traje en invierno y en verano para hacerlos insensibles al frio y al calor. A la edad de siete años se les ponia en manos de maestros doctos y severos. Su educacion, hablando con propiedad, era un aprendizaje de obediencia, pues habia comprendido muy bien el legislador, que el medio mas seguro de que los ciudadanos obedeciesen las leyes y á sus magistrados, era enseñar á los niños desde sus primeros años á ser obedientes á sus maestros.

Cuando eran algo mayores y se les admitia en la mesa de personas de mas edad, se les mostraba la puerta de la sala diciéndoles: « Ninguna palabra debe salir por esa puerta. » Leccion diaria que les acostumbraba á la discrecion.

Mucho trabajo le costó á Licurgo [1], legislador espartano, persuadir á sus compatriotas de lo útil que era aquella,

1. Licurgo vivia en 884 ántes de J. C.

educacion rígida y minuciosa. Para convencerlos se sirvió de una fábula en accion, y este apólogo de nuevo género tuvo mas éxito que los mejores discursos.

Habia criado dos perros, nacidos ámbos de los mismos padres, tratando al uno con severidad y dejando al otro en completa libertad y dándole de comer lo que queria. Presentóse un dia en la asamblea del pueblo con los dos perros, y al mismo tiempo puso en tierra una escudilla de sopa y soltó una liebre; el perro amaestrado corrió á la caza y su compañero á la cazuela. « Aquí teneis el efecto de la educacion, dijo el legislador; estos animales son de la misma raza y de la misma sangre; el uno es glotón y el otro cazador; tal es el resultado de las lecciones que se les ha dado. Vuestros hijos serán valerosos ó cobardes segun sigais ó descuideis las leyes que os propongo. » Esparta creyó en él y llegó á ser la ciudad mas potente de la Grecia.

Fenelon y su discípulo.

Hé aquí una brillante prueba del poder que ejerce en las almas la educacion. Cuando Luis XIV confió su nieto el duque de Borgoña en manos del célebre Fenelon, faltaba mucho que hacer, pues aquel niño habia venido al mundo con un carácter vicioso y violento que hasta entónces nadie habia intentado combatir. Véase en qué términos nos le representa un autor contemporáneo :

« El príncipe heredero se mostró terrible desde su nacimiento, y su juventud inspiraba sérias inquietudes; duro y colérico hasta en los últimos límites y hasta contra las cosas inanimadas; impetuoso con furia; incapaz de sufrir la menor resistencia ni aún de las horas ni de los elementos sin que se encolerizara á tal punto que se temia por su vida; su tenacidad era extremada; amaba con pasion los placeres de la mesa, la caza, el juego, las diversiones; su carácter huraño llegaba hasta la crueldad, y sus burlas eran pesadas. Como si estuviera colocado en las alturas celestes

consideraba á los hombres como átomos con los que no tenia semejanza alguna cualesquiera que fuesen. »

Tal era el carácter que era necesario domar y suavizar; la tarea era ruda, pero no eran insuperables las dificultades, porque lo único incurable que hay en la educacion es la indolencia y la total carencia de sentido. El niño poseia dos cualidades, que eran actividad é inteligencia muy vivas. Hé aquí lo que dice el mismo autor.

« Su talento y su penetracion brillaban en todos momentos, pues en medio de sus arrebatos asombraban sus respuestas; sus razonamientos, aunque se hallase encolerizado, tendian siempre hácia lo justo y lo profundo; burlábase de los conocimientos mas abstractos, y la extension y vivacidad de su espíritu eran prodigiosas. »

El carácter de Fenelon estaba dispuesto admirablemente para llevar á cabo aquella gran tarea de educacion á la que no bastaban todas las luces del espíritu. Era una mezcla exquisita de cariño y de fuerza, de bondad y de firmeza, de paciencia y de habilidad, en donde la gracia templaba la energía. Para tratar con los niños se necesita corazon y carácter: corazon para atraerlos y carácter para dominarlos, cualidades ámbas que poseia Fenelon en alto grado y de las que se sirvió para ejercer en su discípulo el debido ascendiente.

Los primeros principios de aquella educacion fueron tempestuosos. En un acceso de cólera, se atrevió á decir el intratable niño á su preceptor: « Olvidais quién soy yo y lo que vos sois. » Fenelon no contestó una palabra y dejó todo el dia al culpable entregado á sus reflexiones. Al dia siguiente entró mas temprano que de costumbre en la habitacion de su discípulo, y con aire grave y entristecido le dijo:

« No sé si os acordais de lo que me dijísteis ayer, que *vos sabíais quién sois y lo que yo soy*, y es mi deber haceros saber que ignorais lo uno y lo otro. ¿Os imaginais, pues, ser mas que yo? algunos criados os habrán dicho esto, pero puesto que me obligais, yo no temo deciros *que*

soy mas que vos. Vos comprendeis muy bien que aquí no se trata del nacimiento que nada añade al mérito; creo que no pondreis en duda que por mis luces y conocimientos soy superior á vos. Hasta ahora no sabeis sino lo que os he enseñado, que es nada, en comparacion á lo que me falta que enseñaros. En cuanto á autoridad, vos no teneis ninguna sobre mí, y yo, por el contrario, la tengo plena y entera sobre vos; el rey y vuestro padre os lo han dicho repetidas veces. Tal vez creeis que puedo considerarme por muy dichoso al ejercer el cargo que tengo cerca de vuestra persona; yo le he tomado solo por obedecer al rey, y ahora voy á conduciros á su presencia para rogarle que nombre otro preceptor al que yo deseo mas acierto que el que tengo. »

Un torrente de lágrimas fué la contestacion del niño á estas palabras, y Fenelon se ablandó al fin con sus ruegos.

Desde este dia comenzaron los progresos de la educacion del duque de Borgoña, y las lecciones de Fenelon alcanzaron el mas brillante resultado; no solo adornaron el talento natural de su discípulo, sino que operaron en él una transformacion que llamó la atencion general. El mismo autor que nos ha dicho lo que era el niño, va á decirnos lo que fué luego, gracias á Fenelon:

« De este abismo salió un príncipe afable, benigno, humano, moderado, sufrido, modesto; y humilde y austero, tanto y aún mas de lo que le permitia su rango. Dedicado exclusivamente á sus deberes, comprendiendo su inmensa importancia, no pensó sino en unir sus deberes de hijo y de súbdito con los de aquellos á quien estaba destinado. Su mayor dolor era la brevedad de los dias. »

Las dos educaciones.

Dos hermanas tenian cada una un hijo que educaban de distinto modo. La una, de carácter débil y condescendiente hasta el exceso, prodigaba á su hijo Fanfan las caricias, los juguetes de mas precio, dulces y trajes caprichosos. El

otro niño, llamado Emilio, habia sido educado severamente, en apariencia, mas sin embargo con un cariño verdaderamente prudente que parecia duro á la madre de Fanfan. Este poseia un almacen de confites y golosinas que devoraba á veces solo por la noche, y tenia otro de juguetes que á menudo se divertia en hacer pedazos por tener el gusto de renovarlos. Era, en fin, lo que se llama un niño mimado, que pedia medias de seda cuando estaba helando á mas y mejor; que queria aguas de olor para perfumar su pañuelo y sus bolsillos; que no le gustaban sino zapatos nuevos y hermosos trajes. ¿Qué sucedió al cabo Que Fanfan padeció reumatismos atroces que le enrojecieron la nariz, con los ojos pitarrosos y las orejas hinchadas; el azúcar le echó á perder el estómago y sus dientes se quedaron mas negros que el carbon; se llegó á cansar de todo, y se convirtió en un muchacho antojadizo, fastidioso, llorón, endeble, enfermizo y tonto. Emilio, por el contrario, acostumbrado á las privaciones, jugando únicamente para desarrollar sus facultades físicas, sus comidas eran sanas y frugales, saltaba de la cama en cuanto se despertaba, sin caprichos ni mal humor, sincero, diligente y bondadoso, y por lo tanto su juicio era tan recto como vigoroso su cuerpo. Fué la dicha y la alegría de su madre, modelo entre sus compañeros, llegando á ser un hombre de bien y útil á la sociedad.

La educacion floja solo engendra séres degradados; solo la educacion viril y severa da hombres á la patria.

El discípulo rebelde.

Relacion de un discípulo del colegio de ***.

Tuve la desgracia de perder de muy pronto á mi padre y de tener una madre demasiado condescendiente que me daba todos los gustos, así fué que casi por fuerza fuí conducido al colegio, gracias á la enérgica voluntad de mi tutor. Ya era tiempo, pues habia cumplido catorce años, y

fuera de lo que se enseña en las escuelas primarias, no sabia nada absolutamente.

En aquel colegio habia unos sesenta internos, á mas de los externos, que eran numerosos.

Aquella escuela estaba admirablemente organizada, y en ella reinaba un régimen firme y vigilante, pero ilustrado y bondadoso á la vez. Los estudios eran excelentes y escogidos; las costumbres puras y tranquilas; dos maestros prudentes é instruidos, dedicados á la educacion de los internos, secundaban el director que era de avanzada edad. Todos los colegiales parecian dóciles, aplicados, y demostraban estar contentos con su suerte.

No era así el nuevo compañero que les habian dado ó mejor dicho, llevado por fuerza. Acostumbrado como estaba á completa independencia, á hacer todas mis voluntades, declaré al entrar en el colegio que no me convendria aquel régimen casi claustral. Al retirarse mi tutor, me agarré á su ropa para irme con él, pero me rechazó rudamente. Traté de salir en su seguimiento, pero la puerta estaba bien cerrada; por mas que lloré, grité y me enfurecí nadie vino á abrirla.

Héme, pues, encerrado. Vagaba como un loco por el patio que estaba desierto; me parecia que estaba en una cárcel mas bien que en un colegio, en el asilo del trabajo y del estudio. Una ciega cólera se apoderó de mí como un verdadero frenesí. « ¡Yo me ahogo aquí! gritaba enfurecido; ¡me ahogo! ¿Qué? ¡No podré romper esta maldita valla? ¿No podré saltar por encima de estas odiosas paredes?» Y daba vueltas por el patio como el leon en su jaula; extenuado por mis esfuerzos, me eché en el empedrado pegando á él mis lábios ardientes, y sollozando exclamaba : « ¡Qué tiranía! ¡Ay madre mia! ¿No vendrás á sacarme de este calabozo? »

Solitario estaba el patio en el momento en que me revolcaba furioso por el suelo; pero á poco oí la campana y los discípulos que venian á pasar el tiempo de recreo, y me levanté en seguida temiendo que se burlaran de mí, pero en aquel instante tomé una resolucion decisiva.

« Yo haré que los carceleros me abran la puerta; seré tan malo y tan díscolo, que no querrán tenerme aquí. Ya sé que me costará trabajo, pero, ¿qué pueden hacer? ¿Pegarme? ¡Ojalá lo hicieran, pues el mal trato me justificaria! ¿Encerrarme? El peor calabozo para mí son sus clases y sus salas de estudio. ¿Hacerme sufrir? Cualquier sufrimiento me parecerá leve en comparacion del trabajo á que me quieren obligar. ¿Privarme del recreo, de la comida ó de las distracciones? Será trabajo en valde, porque yo mismo me privaré de ello. ¡Animo, pues, y adelante! »

En tanto que yo formaba estos diabólicos propósitos, llegaron los discípulos al patio y comenzó el tiempo de recreo, que era alegre y animado como puede serlo entre niños cuya conciencia está satisfecha y su corazon tranquilo.

Yo permanecí obstinadamente en un rincon volviendo la espalda á los colegiales.

Se llegó á mí el maestro de clase, que era muy jóven, y mas que maestro de aquellos niños, parecia su hermano mayor y su compañero, á quien demostraban amar y obedecer con placer y prontitud. Él mismo los animaba en sus juegos y hasta tomaba parte en ellos. Como era natural, su solicitud se inclinó hácia el pobre olvidado cuya malicia no sospechaba; se acercó á mí y me dirigió algunas palabras cariñosas invitándome á ir á jugar con mis nuevos compañeros. Continué pegado á la pared y con los ojos bajos. Cansado por último de sus instancias que yo calificaba de persecucion, le miré con ojo arisco y le dije con malos modos : « Dejadme en paz. »

Al oir esta contestacion, no supo el jóven maestro si debia enfadarse ó tomarlo á risa; pero solo demostró compasion, y volvió á donde estaban sus demas discípulos que habian suspendido sus juegos esperando al nuevo compañero que les iban á presentar; al llegarse á ellos les dijo con naturalidad : « Está triste porque no ha salido nunca del lado de su madre; dejémosle tranquilo por ahora. »

En vez de ablandarme la bondad del jóven maestro, que no solo perdonaba mi lenguaje grosero, sino que trataba de

disculparse ante mis compañeros, fué todo lo contiario, pues me irrité aun mas. Habia yo creido que me hablaria con severidad, y me habia propuesto hablarle con insolencia; pero habiéndome privado de esta satisfacion con su bondad, creció mi ira, contando con vengarme en la clase.

Entretanto continuaron los juegos con animacion y algazara hasta que se volvió á oir la campana; en aquel instante, sin transicion alguna, reinó un silencio tan profundo, que no pude dominar un movimiento de admiracion. Subyugado yo mismo por el imperio de la disciplina, no me atreví á quedarme fuera de las filas de los dicípulos, y llegué con ellos á la sala de clase. Todos se colocaron en su puesto, y abriendo sin ruido los pupitres, cada uno tomó sus libros y sus cuadernos; todos aquellos jóvenes, un instante ántes tan alegres y bulliciosos, guardaban silencio universal, y no se oia mas ruido que el de las plumas que corrian sobre el papel. Era éste un espectáculo verdaderamente encantador que me conmovió, y oí una voz que desde el fondo de mi corazon me decia : « Haz lo mismo, sé juicioso, » pero mi despreciable orgullo ahogó esta voz divina. El mismo maestro que en el patio me habia demostrado tanta indulgencia, me hizo sentar frente á un pupitre provisto de plumas, papel y tintero; y despues de cerciorarse en un momento de que por todas partes se trabajaba con órden, se llegó á mí con un libro en la mano, y presentándomele me dijo : « Vais á comenzar á aprender el latin; hé aquí los primeros elementos; copiad varias veces la primera página, y aprendedla de memoria. » Pronunció estas palabras con bondadoso acento, pero por mas que me alargaba el libro, yo no tendí mi mano para tomarle. « Tomadle, me dijo sonriendo; ¿acaso teneis miedo á este estudio que no habeis ensayado aún? » Si bien yo deseaba mostrarme revoltoso y desobediente, no queria tampoco pasar por un záfio, así es que le dije : « Caballero, recibo el libro, porque os habeis tomado el trabajo de traerle, pero todo es inútil porque no estudiaré. » Tomé el libro, que estaba abierto en la primera página, le cerré, y apoyando en él los dos

brazos, oculté mi cara entre las manos. De vez en cuando alzaba la cabeza, paseaba mis miradas por todos los discípulos con aire provocativo, ó miraba al maestro á hurtadillas para ver si mi conducta le irritaba; pero los discípulos no demostraban echar de ver que estaba yo allí, y en cuanto al maestro, visitaba los puestos de los colegiales para ayudarles en su trabajo, y sus ojos no manifestaban ni cólera ni sorpresa.

A poco rato entró el director en la clase; creo que mi maestro le habia advertido por medio de una esquela. Al verle sentí un ligero estremecimiento. Echó una ojeada por toda la clase y se acercó á mi puesto. Observé que queria hablarme y me levanté respetuosamente con los ojos bajos. « ¿Es verdad, Ernesto, me dijo, que no quereis trabajar? ¿Sabeis el pesar que vais á causar á vuestra madre? » Sentí un buen movimiento, conocí que iba á llorar, pero continué firme, me endurecí, y la lágrima que estaba próxima á correr, se detuvo en mis párpados; un sollozo convulsivo fué mi única respuesta. El director me miró con aire compasivo y se marchó. Me volví á sentar poseido de rabia, y puse de nuevo mi cabeza entre mis manos.

De este modo pasó todo el tiempo que duró la clase. A la hora de comer fuimos al refectorio, pero no quise tocar á nada.

Todo el dia obré del mismo modo, en abierta rebelion, sin querer escuchar en la clase, ni estudiar, ni comer ni jugar.

El director vino aquel dia á menudo á visitar los discípulos, creo que por mi causa. No cabia duda que padecia interiormente al ver mi comportamiento; yo tambien sufria, y aún hoy me estremezco al recordar aquel dia terrible. Estaba exasperado de tal manera mi carácter, y mi razon tan extraviada, que si me hubieran tratado con el rigor que merecia, hubiese llegado á ser un muchacho perverso en toda la extension de la palabra. Pero mi excelente director (cuya memoria venero profundamente) empleó otro método conmigo, y no se me escapaba que yo le ocupaba bastante.

Bajo mi exterior adusto, habia conocido que yo poseia sensibilidad ardiente é inclinaciones que podian llegar á ser buenas. Sus miradas buscaban con frecuencia las mias; leia en ellas tanta bondad y á la vez reproches tan severos, que sino hubiera estado realmente loco, no hubiera podido resistir.

Concluyó por fin aquel dia cruel y subimos al dormitorio. Si no comí al medio dia, tampoco toqué á la cena, aunque á la verdad, algunas golosinas que me habia dado mi madre me habian permitido aquella baladronada. Por lo demas parecia que nadie habia notado que yo no comia; y esta indiferencia aparente aumentó mi despecho, con lo cual tomé la atrevida resolucion de no acostarme, y sin desnudarme, me senté en la silla que estaba al lado de mi cama; nadie me dijo nada.

Pasé una noche terrible; dormí en la silla, si puede llamarse sueño el estado de entorpecimiento y estupor en que caia á veces, y durante el cual me acosaban espantosas pesadillas. Me dispertaba á menudo sobresaltado, y entónces me infundia terror el aspecto de aquel vasto dormitorio alumbrado por la luz de un quinqué. Miraba con asustados ojos aquellas largas hileras de camas cubiertas con blancos cortinajes; luego, oyendo la respiracion tranquila y regular de todos aquellos jóvenes que dormian profundamente, me tranquilizaba y aquella calma que reinaba en mi derredor y que no obstante, tan léjos estaba de mi corazon, me causaba mas placer que envidia. Vertia abundante llanto, y mis lágrimas me consolaban algun tanto. Los buenos pensamientos comenzaban á apoderarse de mí; estuve tentado en desnudarme, acostarme como los demas, y levantarme al dia siguiente con ellos, sumiso, dócil y dispuesto á estudiar y seguir el régimen de la casa. Tal vez con la esperanza de que sucederia así me dejó mi buen director en paz y en completa libertad aquella noche, en vez de encerrarme en la sala de correccion como merecia; pero fué vana su esperanza, porque mi execrable orgullo ahogó mis buenos pensamientos. Cuando al dia siguiente bajé con mis compa-

ñeros ó la clase, me hallaba extenuado de cansancio, pero tan obstinado como la víspera. Bien sentia en el fondo de mi alma que obraba mal; las reflexiones de aquella noche aciaga habian dado sus frutos, pues al paso que los castigos me hubieran agriado y me hubieran echo perder el juicio, gracias á la tranquilidad en que me dejaron, pude calmarme poco á poco. Comprendia que necesitaba instruirme; conocia que me era aún mas necesaria la educacion que la instruccion, y que si no me corregia causaria la desgracia de mi madre y la mia; pero puesto que habia comenzado á desempeñar mi papel, queria sontenerle. Así, pues, era tan indócil como el dia anterior y mas culpable, porque si extraviado la víspera por una especie de demencia no conocia mi falta, aquel dia la comprendia muy bien.

Ya unas veces dirigia miradas de desdeñoso orgullo sobre mis compañeros, ya las apartaba con afectado desden; ora trataba de sorprender en sus ojos alguna admiracion á mi valor, ó bien alguna secreta simpatía hácia mi desobediencia. Pero ¡triste de mí! solo leia en ellos la indiferencia ó la bondadosa compasion que inspira un enfermo. Habia creido erigirme en héroe ante sus ojos; mi orgullo habia soñado al papel de mártir, y eché de ver que desempeñaba el de un insensato.

No creo que se pueda sufrir mas de lo que yo padecí durante aquella terrible mañana; parecia que mi cabeza estaba rodeada por un círculo de fuego que la apretaba; mi imaginacion se trasportaba de uno á otro sueño, y mil cuadros pasaban sucesivamente por mi vista; ya unas veces creia ver que despedido por el director, volvia á casa de mi madre; veia á ésta afligida, enojado mi tutor, sin abrirme la puerta; los vecinos y amigos indignados contra mí, y veia al criado unciendo el caballo al carruaje para conducirme de nuevo al colegio, avergonzado, confundido y obligado á pedir humillante perdon.

Aquella especie de calentura que me abrasaba era como una crísis que debia curarme; y como habia previsto el director, favorecidas mis reflexiones por la profunda calma

que reinaba en torno mio, y los ejemplos de órden, de trabajo y de satisfaccion que tenia á la vista, todo debia contribuir á una reaccion saludable.

Cuando subimos al refectorio á la hora del medio dia ya se habia calmado un poco mi excesivo orgullo. Como el dia anterior no habia querido probrar bocado, solo hallé en mi puesto pan y agua. Aquello era muy justo, pero sin embargo me irrité y con tono brusco dije al criado : « Que me sirvan como á todos. » El criado fingió no haber oido y pasó sin contestar.

Entónces el discípulo que estaba á mi lado me dió con el codo disimuladamente y me dijo de modo que nadie le oyera : « Háblale con mejores modos y te servirá; así es la regla. »

Al oir esto me conmoví, pues era la primera vez que un compañero me dirigia la palabra ; su voz estaba llena de dulzura. Levanté los ojos y le miré; era un adolescente de mi edad, en cuyo semblante estaban retratadas la viveza, la jovialidad y la nobleza de su alma. Su fisonomía no expresaba ironía ni desden, ni aun la compasion poco lisonjera que los demas manifestaban; solo ví franqueza y lealtad. Aquel jovencito se llamaba Alfonso, y supe tiempo despues que el director le habia puesto á mi lado con la sagrada mision de ejercer en mí su influencia por medio de la confianza y de la amistad; mision propia de un ángel, y Alfonso lo era, en efecto, por su carácter encantador y la pureza de su corazon.

Desde aquel instante conocí que seríamos buenos amigos. Mi orgullo me impedia seguir desde luego su consejo, pero temiendo pasar á sus ojos por un niño mal criado, y por no perder su estimacion, no sin violentarme, dije con buenos modos al criado á tiempo que pasaba : « Haced el favor de servirme como á todos. — Con mucho gusto, señorito, » respondió. Noté que Alfonso estaba satisfecho, y comí entónces tranquilamente. A toda esto parecia que no habian observado nada los colegiales ni el director, que presidia la mesa.

Al salir los estudiantes del comedor, se esparcieron por el patio y entablaron toda clase de juegos. Alfonso se privó de esta diversion, que sin embargo amaba con todo el ardor de su edad, y tomándome amistosamente del brazo, se paseó conmigo por un sitio algo apartado durante el tiempo del recreo.

Hora de recreo.

¡Cuánto bien me hizo aquella conversacion, y qué saludable impresion produjo en mi ánimo! Nada se habló respecto á mi insensata conducta, de la que me ruborizaba ya en secreto; mi nuevo amigo evitaba las preguntas que hubieran podido parecer reproches á mi susceptible orgullo. Hablamos de los lugares y de los placeres de nuestra infancia, yo de mi querida madre y él de sus padres. ¡Oh cuánto los queria! ¡Y cuánto le animaba en sus estudios el deseo de agradarlos! Al escucharle sentia que volvia yo á la senda del bien y me daban deseos de imitarle. Tambien hablamos del colegio; me habló del director con respetuosa veneracion y demostraba cariñoso agradecimiento para con los maestros. Concluyó el recreo, que como era juéves, habia durado dos horas que fueron para mí un minuto.

¡Qué bien conocia aquel digno director el corazon de la juventud, pues para volver al deber á mi ánimo extraviado, me habia enviado un amigo en vez de imponerme castigos!...

Despues del recreo de medio dia, acostumbraba el director á dirigir una plática moral á sus discípulos, y apro-

vechaba aquella ocasion para distribuir los elogios ó las reprensiones que cada uno merecia.

Esta circunstancia, que conocia yo bien, me inspiraba una especie de miedo mezclado con un resto de indocilidad. Cuando entró en la sala el director y subió á la cátedra, su fisonomía denotaba calma, pero severidad al mismo tiempo; me parecia que yo era su objeto exclusivo, y temia sus terribles amonestaciones, una humillacion pública contra la que se sublevaba mi orgullo de antemano. Así fué, que temblé en cuanto tomó la palabra, y mi corazon latia con violencia. Alfonso, que estaba á mi lado, lo notó y me apretó la mano lijeramente; recobré algun valor, pero con todo, el profundo silencio que reinaba entre aquella juventud atenta y respetuosa, me infundia espanto; me parecia que, uniéndose todas las voces á la de nuestro superior, gritaban á mi oido estas palabras : « ¡Ingrato, desobediente, rebelde! » Pero me preparaba yo á arrostrar el anatema, pues en medio de los buenos pensamientos que Dios sin duda me inspiraba, oia rugir dentro de mi alma el murmullo de mi altanero orgullo

Mis temores no se realizaron; el director no encaminó su discurso directamente á mí y se expresó en términos generales; pero toda su alocucion, inspirada por su cariñosa compasion, se aplicaba al jóven insensato que tanto la necesitaba. Tomó por texto estas palabras del Evangelio : *Nolite obdurare corda vestra* [1], y nos habló con afectuosa y apasionada elocuencia de la dureza del corazon y del arrepentimiento; pintó con vivos colores la irremediable desgracia del jóven que se obstina en el mal, cerrando sus oidos á la voz divina; nos hizo ver cuán desconsoladoras son las lágrimas que hace derramar el arrepentimiento y cuánta dicha sienten los que vuelven al camino de la virtud que ántes dejaron. Sus palabras llegaban hasta mi corazon como aceradas puntas y así, mi tenacidad, indocilidad y orgullo, todo fué reducido á polvo. Las ideas nobles y san-

1. Estas palabras latinas significan: « Que no se endurezcan vuestros c razones »

tas se apoderaron de mí con increible fuerza, y ardian ya en deseos de demostrar á semejante maestro que yo era digno de sus lecciones.

Habia concluido de hablar y me parecia oirle todavía. Alfonso me dijo despues que en aquel instante estaba yo como transfigurado, y que mis compañeros habian observado como una luz celestial en mi semblante que poco ántes conservaba las huellas de los malos instintos.

Apénas nos dejó nuestro director, bajo la influencia de sus nobles y persuasivas palabras, me apresuré á reparar el mal ejemplo que habia dado, y conteniendo los sollozos que me ahogaban, cogí mis libros. En aquel momento me llamaron de parte del director, y me condujeron á su gabinete. Ignoro por donde fuí, pues una nube cubria mis ojos. Llegado á su presencia, corrí hácia él sollozando, derramando copioso llanto, y exclamé : « ¡Oh, cuán perverso he sido! ¡Qué culpable soy! » Me recibió en sus brazos, me estrechó contra su pecho, y una lágrima, sí, estoy seguro, una lágrima se desprendió de sus ojos venerables y se mezcló con las mias.

Le pedí que me impusiera el castigo, pero lo juzgó inútil y me perdonó. Me habló de Dios, de mi madre, y salí consolado de su gabinete, con buenos propósitos y esperanzas.

Dejándome mi maestro entregado primero á mis reflexiones, confiándome luego á la tierna solicitud de la amistad, y dirigiéndome por último el lenguaje del sentimiento y de la razon, triunfó de una altanería contra la que hubieran sido impotentes todos los esfuerzos.

Desde aquel dia no hubo colegial mas dócil que yo. Llevé á cabo mis estudios con rapidez y lucimiento, pues ya no tenia mas deseo que el de dar gusto á mi madre cumpliendo con mi deber, y el de mostrarme digno de tener á tal hombre por maestro y á Alfonso por amigo.

§ XIII. DEBERES DE SOCIEDAD.

HOSPITALIDAD.

La hospitalidad es un deber de los mas sagrados. En los tiempos antiguos se consideraba al huésped como á un pariente, y casi como á un amigo. (B.)

La acogida que hagais á vuestros huéspedes será segun os lo permitan vuestros medios y las circunstancias; pero deberá ser en todo caso afectuosa, cortés y desinteresada. (*Curso de moral.*)

El convento del monte San Bernardo.

En medio de los Alpes descuella el monte San Bernardo [1], cuya cresta se pierde entre las nubes. Aun en verano es allí excesivo el frio. No se ven en él ni árboles ni arbustos. Sus escarpadas cuestas están cubiertas de nieve; sus inmensas llanuras de hielo están cortadas por profundos precipicios.

Los que atraviesan por aquellas soledades van expuestos á rodar hasta el fondo de los abismos, á ser enterrados entre la nieve, ó á perecer envueltos por los aludes.

Existe en dicho monte un convento habitado por religiosos dedicados exclusivamente al auxilio de los viajeros que se pierden en aquellos desiertos de hielo, y tienen en su monasterio una raza de perros que han enseñado á secundar su intrépida caridad. Unas veces acompañan estos nobles animales á sus amos, y otras van solos en descubierta, con una campanilla al cuello para advertir á los viajeros, y una cantimplora con aguardiente para que puedan reanimar sus fuerzas. Cuando se encuentra algun viajero enterrado en la nieve por efecto de algun hundimiento, los inteligentes perros vuelven al convento para avisar á sus amos, quienes les atan al cuello una cesta con provisiones y siguen sus pasos; retiran la nieve y sacan al desgraciado viajero, salvando así su vida las mas de las veces.

1. Situado entre Italia y Suiza. Es uno de los pasos mas frecuentados para ir á Italia; tiene 3,470 metros sobre el nivel del mar.

« A fines de abril, dice un escritor, iba yo al Piamonte por el camino del monte de San Bernardo. A eso de las cuatro de la tarde, la pequeña caravana en cuya compañía habia yo franqueado este peligroso paso, llegó á la cum-

Convento del Monte San-Bernardo.

bre del monte, y despues de restaurar sus fuerzas en el monasterio, se volvió á poner en camino para ir á pernoctar en el valle de Aosta. Yo no quise seguirla.

« Habia disminuido ya mucho el calor del sol y hasta el cielo comenzaba á encapotarse; algunas nubes vaga-

ban ya por las crestas de las rocas, y se amontonaban en las estrechas gargantas de aquellas soledades. La inquietud se apoderó de mí y me resolví á pasar la noche en compañía de los hospitalarios religiosos que participaban de mis presentimientos, que por desgracia no nos engañaron.

« A las seis de la tarde estaba ya casi en tinieblas aquella planicie helada; arrastradas las nubes con la rapidez de la flecha por un viento noroeste, se arremolinaban en derredor de las agrupadas rocas; oíase ya á lo léjos el rumor de los aludes y átomos de apretada nieve, menuda como polvo, ya desprendiéndose de las montañas, ya cayendo del cielo, interceptaban la escasa luz y ocultaban á la vista todo lo que nos rodeaba.

« Miéntras yo conversaba con el prior del convento, delante de un buen fuego, acerca de las consecuencias de la tormenta, los religiosos habian ido á cumplir con los deberes que les imponian las circunstancias, ó mejor dicho, á ejercer sus buenas obras cotidianas; cada uno de ellos ocupó su puesto de peligro en aquellas glaciales soledades para poder socorrer eficazmente á los viajeros de toda clase, cualquiera que fuese su patria ó su religion, y hasta á los animales de carga que les acompañaban. Algunos de estos heróicos solitarios subian por las pirámides de granito que están á orillas del camino para ver si descubrian alguna caravana en grave apuro, ó poder contestar á los que pidieran socorro; otros abrian el camino oculto por la nieve caida recientemente, con riesgo de perecer ellos mismos en los precipicios; todos, en fin, despreciando el frio, los aludes, el temor de perderse, medio cegados por los torbellinos de nieve, prestaban oído atento al menor rumor que se asemejase á la voz humana.

« Su heroismo y su vigilancia son inapreciables; ningun desgraciado les llama en vano; los religiosos le sacan medio ahogado de debajo de los aludes, le reaniman aun cuando esté próximo á espirar de frio y de terror; le trasportan en sus brazos, miéntras sus piés resbalan en el

hielo ó se hunden en la nieve, y este ministerio le ejercen dia y noche, á todas horas.

« Hacia ya una hora que cinco religiosos, sus criados y sus perros, buscaban la huella de los viajeros, cuando los ladridos de los fieles animales nos anunciaron su regreso,

« Diez personas entraron en el monasterio, extenuadas de cansancio, ateridas de frio y de espanto. Sus guias olvidaban su fatiga propia; y todo lo que puede ofrecer la mas solícita hospitalidad, todo lo que ni á peso de oro se podria encontrar en las mejores posadas de las ciudades, desde la ropa blanca hasta los licores mas fortificantes, todo estuvo dispuesto al instante, distribuido sin distincion, y empleado con tino y tacto exquisitos. »

La isla de Sein.

A cuatro kilómetros de la costa, en el departamento del Finisterre, se halla la isla de Sein, planicie aislada y estéril, que apénas cuenta 350 habitantes, todos pescadores. Esta poblacion activa y hospitalaria, parece haber dedicado su existencia entera al servicio de la humanidad. Desde 1617 hasta 1765 han salvado estos isleños de una pérdida segura, á un navío de línea, una fragata, dos corbetas, un lugre, tres barcos mercantes, entre los cuales se hallaba un trasporte que traia de las colonias quinientos soldados franceses; cinco tripulaciones enteras de buques de guerra ó mercantes, y ochocientos diez y nueve hombres pertenecientes á la tripulacion del *Séduisant*, navío de primer órden que se estrelló contra el Fevenec, el escollo mas peligroso de la terrible costa de Sein, tan fecunda en catástrofes nocturnas y muertes ignoradas.

Y si la tempestad, que cada vez era mas terrible, no hubiera hecho el mar impracticable, hubieran salvado hasta el último hombre del *Séduisant*.

Por espacio de once dias que el estado del mar impidió toda clase de comunicacion con la tierra firme, los habitantes de la isla dividieron fraternalmente con los náufragos

sus casas y sus provisiones; de modo que si la tempestad se hubiera prolongado mas, habitantes y refugiados hubieran perecido de hambre. Hace unos veinte años, estos mismos isleños salvaron la tripulacion entera del bergantin inglés de guera *la Bellísima*, que formaba parte de la escuadra del almirante Codrington.

Un moro de España.

Durante la época en que gran parte de España se hallaba bajo la dominacion árabe, un castellano mató en duelo á un moro jóven, y se refugió despues en la primera casa que encontró abierta, que pertenecia á otro moro. El castellano imploró su proteccion; el moro, tomando un albérchigo, le ofreció la mitad y comiéndose la otra, le dijo : « Come esta fruta y no tengas cuidado; desde este momento eres mi huésped. » Esconde al castellano en una habitacion aislada y se guarda la llave. Pero no tarda en saber que es su hijo el que ha sucumbido á manos del castellano; espera que llegue la noche, va á la habitacion donde éste se halla y le dice : « ¡Ay desdichado! ¡Era mi hijo al que tú has quitado la vida!... Sal de aquí, aprovecha esta noche para escapar, porque si los deberes de la hospitalidad encadenan hoy mi venganza, mañana recobrarán sus derechos la justicia y el amor de padre. »

El proscrito.

[1794.]

Fabre de Églantine, miembro de la Convencion, proscrito y condenado á muerte, se habia librado de ir al cadalso por medio de la fuga y buscaba asilo. Sabedor de que una señora, á quien él habia perseguido cuando estaba en el poder, habitaba una quinta aislada en Ivry, toma la extraña resolucion de ir á refugiarse en su casa. Entra, en efecto, y dice á aquella señora . « Yo he amenazado vuestra existencia, pero hoy está la mia en vuestras manos. Si me con-

cedeis hospitalidad estoy en salvo, pues como se sabe que he sido vuestro enemigo, es seguro que no vendran á buscarme en vuestra casa. »

Grande fué la sorpresa de aquella señora, pues el que en otro tiempo la habia tenido encerrada en un calabozo, venia ahora á pedirla hospitalidad. ¡Y en qué momento! ¡Cuando la ley condenaba á muerte á quien quiera que diese asilo á un proscrito! « Sois mi huésped, le dijo, y haré todo lo que pueda por salvaros. »

Fabre permaneció algunos dias en completa seguridad en casa de aquella noble mujer, pero pronto tuvo que buscar un retiro mas distante de Paris. Circulaban en Ivry rumores sospechosos y habian empezado las visitas domiciliarias en los alrededores. Fabre se empeñó en marcharse, y la señora, obligada á consentir en ello, le dió un traje de aldeano y lo dispuso todo para que reemplazase en un carricoche al hermano de su jardinera que debia ir á llevar leche al mercado de Choisy.

Antes de rayar el alba se acomodó Fabre en el carruaje; á su lado iba una aldeana con un ancho pañuelo de indiana en la cabeza que la cubria el rostro en parte, rodeada de cestos de huevos y cántaros de leche, con las bridas del caballo en la mano. Cuando ya fué mayor la claridad del dia, prorumpió Fabre en un grito de sorpresa al reconocer en la aldeana que iba á su lado á la misma señora que le habia hospedado, y que no quiso confiar á nadie el cuidado de salvarle. Le condujo muy léjos y no volvió á su casa sino ya muy entrada la noche.

El prisionero de guerra.

Guillermo Apfel, soldado prusiano, prisionero en la batalla de Jena[1], fué enviado al acantonamiento situado en lar cercanías de Mèves (Nièvre). Los aldeanos en cuya casa estaba alojado, léjos de tratarle como enemigo, le prodiga-

1. 14 de octubre de 1806.

ron cuidados capaces de hacerle olvidar su cautiverio, pero sin que nada le pudiera distraer del recuerdo de su pais y de sus padres. Antonio Fouquier, hijo de su patron, se conmovió al ver su dolor, y poniendo en sus manos 80 francos que tenia ahorrados, le proporcionó medios para que pasase la frontera.

Siete años despues servia Antonio Fouquier en el 4° ligeros, y herido en el brazo en la batalla de Leipsik[1], tuvo que rendirse. Le despojaron de la mayor parte de su ropa, le quitaron hasta los zapatos, y con algunos compañeros de infortunio, fué enviado hácia el interior de Prusia. Caminaba entre dos hileras de soldados enemigos, cuando uno de éstos se dirige á él y le abraza con efusion. Era Guillermo, que habia reconocido á su bienhechor y corrió en seguida á solicitar su libertad. El relato del generoso corportamiento de Fouquier conmovió al general prusiano, y el jóven frances, acogido en el seno de la familia de Guillermo, no tardó en volver á su pátria.

La hospitalidad á prueba.

[Siglo XVIII.]

A la edad de diez y siete años quedó huérfano de padre y madre el jóven Cárlos Royer, en la ciudad de Montpeller, y recogido por un tio que ya tenia dos hijos, manifestó éste poco afecto al recien venido.

Advirtiendo el jóven que era una carga para su tio, pidió y obtuvo el permiso para marchar á la Guadalupe con una pequeña pacotilla adquirida con el importe de la pobre herencia que le habian dejado sus padres. Desde aquel dia ya no se oyó hablar mas del huérfano, y la familia entera le olvidó, á excepcion del mas jóven de sus primos que tenia un corazon excelente, y al que le agradaba el recuerdo de los años de su infancia.

Con su buena conducta, su asiduidad al trabajo y con

1. 10 de octubre de 1813.

su economía, prosperó Cárlos Boyer en la Guadalupe. Al cabo de treinta años era ya muy rico; no habiendo tenido hijos y encontrándose viudo, se resolvió á concluir sus dias en su pais natal en el seno de su familia, y en su consecuencia se embarcó con direccion á Francia. El buque nau-

Naufragio.

fragó en la travesía y perdió todo lo que llevaba pero él consiguió salvarse. Como le quedaba en Guadalupe diez veces mas de lo que habia perdido, se inquietó poco de aquella desgracia, y se decidió á aprovecharse de ella para poner á prueba sus parientes y cerciorarse por sí mismo si eran dignos de sus beneficios, pues tenia intencion de repartir su fortuna con sus dos primos y vivir con ellos como un hermano.

Llegado á Montpeller, su primer cuidado fué averiguar su posicion, y supo que el mayor de sus primos, despues de haber prosperado brillantemente en el comercio, se habia retirado de los negocios y vivia tranquilamente de sus rentas: el segundo, por el contrario, habia sufrido muchos

reveses y se vió obligado á aceptar un modesto empleo con el que á duras penas podia subsistir él con su familia

Boyer se pone una levita vieja, limpia, pero muy raida; un pantalon y un chaleco por el estilo; se endosa una enorme corbata colorada, zapatos gruesos y un sombrero cuidadosamente cepillado pero casi desprovisto de pelo, y vestido de este modo va á llamar á la puerta de Juan Boyer, el mayor de sus primos, y es introducido en la casa.

Aquel dia no estaba Juan de buen humor, pero aunque hubiera estado bien dispuesto, toda su alegría hubiera desaparecido al ver aquel hombre tan mal vestido arrojarse en sus brazos diciéndole : « ¡Ah primo mio, mi querido primo! ¡Qué dichoso soy de verte!

— ¿Está V. loco? dice Juan encolerizado rechazando al importuno; yo no tengo primo alguno, y si tuviera alguno como V. renegaria de él en seguida.

— ¡Cómo! ¿No conoce V. á Cárlos Boyer, que hace treinta años?...

— Hace treinta años, es muy posible, pero no me acuerdo si ha existido ese Cárlos; si V. es él mismo, dígame V. por fin á lo que viene, y le ruego que sea breve y se despache, porque me están esperando.

— ¡Ah, querido primo! Al volver á Francia ha naufragado la embarcacion que me conducia; los demas pasajeros y yo no hemos podido salvar sino nuestras vidas; traia conmigo cien mil francos y todo lo he perdido.

— ¿Es eso lo que me tenia V. que decir? Y bien, ¿qué quiere V. que yo le haga? Si el dinero está en el fondo del mar, ¿tengo yo acaso poder para hacerle subir encima del agua?

— No señor, pero podria V. prestarme algun servicio como pariente y como amigo. He sabido que se halla V. en una buena posicion, y me he alegrado por V. y por mí, pues todo lo espero de su bondad.

— ¡Muchas gracias por la preferencia; veo que es V. muy amable! Es decir, que V. no ha sabido manejarse y me hace el honor de escogerme para remediar su mala for-

tuna. V. ha hecho disparates y es preciso que yo los pague. Eso seria muy cómodo, pero amigo mio, á pesar de mi buena voluntad, no puedo hacer nada absolutamente; para mí es V. un extraño, y si en alguna parte se alaba de ser pariente mio, puede V. estar seguro que le desmentiré. ¡Buen pariente, á fé mia!

Y diciendo estas palabras empujaba Juan á su primo poco á poco hasta la puerta de la habitacion y de allí hasta la de la calle. Al verse Cárlos Boyer en el umbral, se detiene un momento, y bajando la vista, dice en voz baja:

— ¡Ah primo!... Si al ménos pudiera V. prestarme cinco francos.... esté seguro que se los devolveré mas tarde.... ¿No?... ¡Bueno! ¡Déme V. siquiera dos!...

— Lo siento mucho.... pero no tengo un cuarto.... es imposible, » dice Juan, y dando un fuerte empujon á su primo, le echa á la calle, por decirlo así; cierra despues la puerta con extrépito, y recomienda á las personas que habia en su casa, se hiciesen cargo de aquel hombre que salia, para que le conocieran bien y no le abriesen la puerta cuando se presentase.

Cárlos sentia lacerado su corazon. « ¡Qué dureza! ¡Qué egoismo! decia para sí. ¡Hé aquí como me trata un pariente, él, que tan fácil le seria socorrerme! ¿Qué recibimiento puedo esperar del otro hermano que es tan pobre?... ¡Oh qué bien he hecho en probar á mi familia! Si Estéban es como su hermano, mañana me pongo en marcha para la Guadalupe, y no dejaré á esta gente ni un céntimo, ni un recuerdo. »

Llega á casa de Estéban, pero allí la acogida es muy distinta. No tuvo necesidad de decir su nombre, pues apénas se presentó, corrió Estéban á abrazarle exclamando: « ¡Cárlos, querido primo! » Y llamó á toda su familia para que participase de su alegría y festejar la llegada del recien llegado.

Pasada la efusion de ternura recíproca, Cárlos Boyer refirió su naufragio. Estéban le estrechaba las manos con inequívocas muestras de sincero interes.

« De modo, primo, que la fortuna te ha sido aun mas adversa que á mí, pues yo no soy tan pobre que no pueda hacer algo por un amigo. Ya buscaré el medio de proporcionarte un empleillo como el mio para que puedas vivir, y entretanto, comerás con nosotros de lo que haya. Nuestra habitacion es un poco estrecha, pero no le hace, apretándonos un poco, habrá sitio para tí. ¡Ah! y ahora que pienso en ello, continuó el buen Estéban dirigiéndose á su escritorio, tal vez necesitarás algun dinero; permíteme, pues, que te adelante esta pequeña cantidad que me devolverás cuando buenamente puedas, y lo único que siento es que no sea mayor. » Y le presentó una moneda de oro que habia tomado de un cajon, la única que poseia.

Los ojos de Cárlos estaban inundados de lágrimas. Recibió la moneda de oro de manos de Estéban, y llevándola á sus lábios la besó exclamando con voz medio ahogada por los sollozos : « ¡ Oh, toda mi vida conservaré esta muestra de tu buen corazon! ¡Primo mio, mi amigo, mi hermano!... Yo no soy un pordiosero, soy millonario; vengo á dividir contigo mis riquezas; tus hijos serán los mios.... Perdóname que haya puesto á prueba un corazon como el tuyo!... »

Cuando supo Juan el suceso cayó enfermo, no de arrepentimiento, sino de despecho y de coraje; recurrió á toda clase de bajezas para volver á la amistad de su primo, pero todo fué inútil; sufrió el castigo que merecia su mal corazon.

URBANIDAD.

La urbanidad es el cuidado que debemos poner para que con nuestras palabras y modales dejemos á los demas satisfechos de nosotros y de sí mismos. (*Curso de moral.*)

No siempre la urbanidad inspira la bondad, la equidad, la deferencia y la gratitud, pero al ménos le da estas apariencias y presenta al hombre por de fuera como debiera serlo interiormente. (MADAMA DE LAMBERT.)

Respuesta de Catinat.

Paseábase un dia Catinat por sus tierras, vestido muy

sencillamente cual acostumbraba, cuando se llegó á él un jóven parisiense, y le dirigió estas palabras con su sombrero puesto miéntras el mariscal le escuchaba con el sombrero en la mano: « Buen hombre, yo no sé á quién pertenece esta posesion, pero puede V. decir al propietario que me he tomado la libertad de cazar en sus tierras. » Algunos aldeanos que le oyeron, echaron á reir á carcajadas; el cazador, con tono arrogante, le preguntó de qué se reian. « De la insolencia con que se atreve V. á hablar al mariscal de Catinat, contestaron. Con una seña que nos hubiera hecho le hubiéramos doblado á V. á garrotazos. » Corrió el jóven á donde se hallaba el mariscal y se excusó por no haberle conocido. « No creo que sea necesario conocer á alguien, respondió el mariscal, para quitarse el sombrero. »

Respuesta discreta.

El caballero Guillermo Gooels, gobernador de Virginia[1], hablaba en la calle con un comerciante, cuando acertó á pasar por allí un negro que le saludó, y el gobernador le devolvió el saludo. « ¡Cómo! exclamó el comerciante; ¿saludais á un negro? — Sí señor, contestó el gobernador; pues no me agradaria que un negro fuese mas cortés que yo. »

Leccion de urbanidad.

Una señora que vivia en el campo con su hija Eugenia, su hijo Eugenio, y el señor Dorval, preceptor de éste, recibió un dia la visita del sñor de la Paliniere, vecino suyo, y le convidó á comer. Al levantarse de la mesa, propuso el señor Dorval al señor de la Paliniere jugar una partida de ajedrez. Él señor Dorval creia ser buen jugador y se alababa de ello. ¡Pero cuál fué su admiracion al ver la prontitud

1. Fué colonia inglesa; en el dia forma parte de los Estados-Unidos de América; en este pais nació el célebre Washington.

con que su adversario le ganó todas las partidas! Eugenia, que estaba á su lado, se reia al verle perder y le preguntaba contínuamente chanceándose, si era tan fuerte en aquel juego como acostumbraba á decirlo. Eugenio padecia interiormente de las impertinencias de su hermana; la madre, que estaba bordando en un extremo del salon, no demostraba notar lo que pasaba; pero cuando se hubo despedido el señor de la Paliniere, llamó á Eugenia y la dijo :

— Parece que tengo una hija locuela, burlona, impertinente y descortés. — ¿Pues qué he hecho yo, mamá? — Oidme, señorita : debeis guardar respeto al amigo de vuestra familia, al hombre que se dedica enteramente á la educacion de vuestro hermano; y no solo el señor Dorval merece ese respeto, sino que si teneis buen corazon, debeis profesarle cariño.... — Sí, mamá, respondió Eugenia llorando, yo respeto al señor Dorval y le aprecio.... — Sin embargo, acabais de burlaros de él, y habeis hecho todo lo posible para incomodarle. Aunque fuera cierto que tuviera la pretension de creerse un jugador perfecto de ajedrez, y no tuviera fundamento su creencia, ¿deberíais tratar de poner de manifiesto esa inocente ridiculez? ¿Puede burlarse de los demas el que tiene buen corazon, y demostrar malignidad semejante? — ¡Mamá! exclamó Eugenia derramando copioso llanto, ahora veo que me he reido sin razon, pero no tenia intencion de hacer mal ni de enfadar al señor Dorval.... — ¿Es cierto eso? ¿No os habeis reido de la confusion que suponíais en el señor Dorval? ¿No lo habeis dicho con intencion de hostigarle?.... Examinaos vos misma y contestad. — ¡Sí, mamá, ahora lo conozco! dijo Eugenia sollozando; no he sido buena, en efecto, y merezco ser castigada. »

Eugenio pidió el perdon de su hermana y lo consiguió. « ¡Hija mia! la dijo su madre con tono mas suave, que esto te sirva de escarmiento; acuérdate que la malignidad acompaña siempre á la insolencia. » Desde este dia Eugenia fué en todo tiempo bondadosa, afable y cortés.

Respeto á los ancianos.

Guardad siempre á los cabellos blancos la consideracion que merecen.

Un anciano ateniense buscaba sitio en un espectáculo y no le hallaba. Algunos jóvenes que le vieron en aquel apuro, le hicieron seña de léjos, pero en vez de procurarle un asiento, se burlaron de él. De este modo dió la vuelta al teatro sin saber qué hacer; pero habiéndolo notado los embajadores de Lacedemonia, que ocupaban un puesto de preferencia, se levantaron en seguida é hicieron que el anciano se sentase en medio de ellos. Toda la asamblea observó aquella accion que fué acogida con unánimes aplausos.

Deferencia á los magistrados.

Desde la fundacion de Roma hasta la época de Escipion el Africano, en los espectáculos públicos no habia sitio señalado para los senadores. No obstante, en tan largo espacio de tiempo no se vió nunca que se colocase un particular delante de un senador, pues todo el mundo tenia á honor ceder el puesto á los respetables consejeros de la república. Si alguien hubiese faltado á esta deferencia, hubiera sido objeto de la reprobacion general.

AMISTAD.

La amistad es una necesidad del alma, y mas noble cuanto mas pura es el alma; es un contrato entre los corazones, mas sagrado que si estuviera escrito y que nos impone deberes imprescindibles:

Una amistad fiel y tranquila es el don mas precioso que podemos apetecer. ¡Cuán grande es nuestra dicha cuando hemos hallado un hombre en cuyo seno podemos confiar nuestros secretos con plena seguridad, y con cuya discrecion contamos mas que con la propia! Un hombre que con sus palabras calme nuestra inquietud, con sus consejos nos decida á tomar el partido mas prudente, que con su buen humor disipe nuestra tristeza y cuya sola presencia nos inunda de alegría. (*Autores varios.*)

Procurad tener un amigo que deslice en vuestra alma la verdad con

sus palabras. El primer mérito que debemos buscar en un amigo es la virtud, pues ella nos dumuestra que es capaz y digno de amistad. La mayor ventaja de la amistad consiste en hallar un modelo verdadero; pues como deseamos la estimacion de la persona que amamos, este deseo nos conduce á imitar sus virtudes. Riquezas, valía, cuidados, servicio, todo lo que poseemos es de nuestro amigo, á excepcion del honor. (MADAMA DE LAMBERT.)

Contestacion de Rutilio.

Un amigo de Rutilio, célebre romano, le pidió una cosa injusta que éste le negó con firmeza. « Si no puedo obtener nada de tí, exclamó su amigo con ira, ¿de qué me sirve tu amistad? — ¿Y qué fruto sacaré yo de la tuya, contestó Rutilio, si debo conservarla á costa de la virtud y de la justicia? »

Escasez de amigos verdaderos.

No tengais muchos amigos, pues los buenos son muy raros. Preguntó un padre á su hijo de dónde venia, y habiendo éste contestado que venia de ver á *uno de sus amigos*, repuso el padre : « ¿Luego tienes muchos? ¡Eres mucho mas feliz que yo, puesto que en setenta años que tengo, apénas he podido hallar uno ! »

Sócrates pensaba casi del mismo modo cuando contestó á los que le decian que era muy pequeña su casa : « ¡Plegue á Dios que siempre esté llena de amigos verdaderos ! »

Es un bien tan grande la amistad, que un solo amigo verdadero es un tesoro inapreciable; toda la vida andamos buscándole y pocas veces le encontramos.

Esto es lo que da á entender la respuesta de un guerrero persa que acababa de cubrirse de gloria en una batalla, debido principalmente al vigor y agilidad de su caballo. Preguntóle Ciro si queria cederle su caballo á trueque de una provincia de su reino. « No, señor, respondió el jóven, por una provincia no, pero sí por un amigo verdadero si podeis proporcionármelo. »

Amistad de colegio: Saint-Pierre y Chabrillant.

El célebre Bernardino de Saint-Pierre, autor de los *Estudios de la naturaleza*, no recordaba nunca sin emocion á un amigo que la Providencia le habia dado cuando él era estudiante en el colegio de Caen. Era ese amigo uno de sus camaradas que, como él, contaba solos diez y seis años, y que como él tambien, era de buen corazon, estudioso y dócil.

Pablo de Chabrillant tenia esos gustos sencillos y puros que arguyen siempre un alma superior, cuando son resultado de la reflexion, y era uno de esos niños precoces en quienes una exquisita sensibilidad reemplaza la madurez de la edad. Tenia un nombre ilustre, estaba destinado á la prosperidad y sus talentos eran superiores á su edad; pero no hacia caso de la fortuna, ni de la nobleza ni de los talentos, porque no estimaba ni amaba otra cosa que la virtud. Saint-Pierre era exaltado de pasiones y ambicioso, pero la sociedad de Pablo ejerció sobre su carácter una feliz influencia, calmó su calurosa imaginacion y le habituó á poner mas moderacion y prudencia en sus ensueños del porvenir.

Casa de Bernardino de Saint-Pierre, en el valle de Essones.

Habiendo Saint-Pierre obtenido permiso de su familia para pasar los asuetos con Pablo, ambos amigos partieron juntos, despues de la distribucion de premios, decididos á no separarse nunca. Desgraciadamente la salud delicada de Pablo no pudo resistir á la crísis que separa la infancia

de la juventud, y de dia en dia se le veia desfallecer. Ya á punto de espirar, no pensaba sino en el dolor que su muerte iba á causar á su amigo, á cuya mente traia el recuerdo de Estéban de Beocia, aquel amigo tan caro, cuya memoria ha hecho imperecedera Montaigne; y haciendo alusion á estas palabras que tanto habian admirado juntos, le suplicaba tambien que *tuviese valor y mostrase prácticamente que las pláticas que entre los dos habian pasado cuando estaban sanos ámbos, no eran vanas palabras, sino la expresion de convicciones profundas que estaban dispuestos á poner en ejecucion.*

Así ese noble adolescente no veia en la muerte sino un medio de probar su virtud; y cuando en la hora postrera dirigia á su amigo su última mirada, le dijo con moribunda voz: « No llores, Enrique, que esta separacion no es eterna. »

Nada fué capaz de borrar en el alma del jóven Saint-Pierre el pesar que semejante pérdida le ocasionó. Viejo ya, no podia contener las lágrimas, cuando viniéndole á la memoria lo pasado, se acordaba del tiempo en que la amistad se le habia aparecido bajo la forma mas conmovedora para disponer su alma á la virtud.

La amistad en las diversas situaciones de la vida: Clemente XIV.

Cuando Clemente XIV no era mas que un simple religioso, veia con frecuencia á un pintor italiano de talento adocenado, cuyo carácter le gustaba, cuyas costumbres respetaba y con quien vivia en la mayor intimidad. Elevado Clemente á la dignidad cardenalicia, le pareció al pobre artista que su amigo se habia convertido en un gran señor, á quien, segun el uso no le era dable acercarse sino con grande dificultad, y en tal creencia, ya no se atrevió á volver á casa del nuevo cardenal, quien asombrado de su ausencia, fué á su casa, le reconvino con ternura y le instó

para que viniese á verle frecuentemente, asegurándole que su antigua amistad no sufriria ninguna alteracion.

Cuando fué elegido papa le presentaron la lista de las personas que debian ser agregadas á su casa, lista en la cual se habia inscrito á uno de los mas famosos pintores de Italia. El Padre Santo dijo : « Apruebo la lista con excepcion del artículo del pintor. Sin duda es excelente el que vosotros me presentais, pero es rico y no me necesita. Conozco un artista ménos célebre, mucho ménos opulento, amigo mio, y quiero que él sea mi primer pintor. »

La amistad en las necesidades de la vida : Costar ; Madama de la Sablière ; Boileau.

Voiture, célebre literato del siglo XVII, necesitaba un dia doscientos doblones, y escribió á Costar, su fiel amigo, la siguiente notable carta :

« Tengo necesidad urgente de doscientos doblones : si los teneis, enviádmelos sin falta; si no los teneis pedidles prestados. Es necesario que de cualquier modo me los presteis; no vayais á permitir que otro aproveche esta ocasion al serme agradable : sé que os seria difícil conformaros sin que eso suceda; y ántes que consentir en tal desgracia vended lo que teneis... ya veis cuán imperiosa es la amistad. Yo experimento cierto placer al usar de ella del modo que lo hago, y creo que todavía gozaria mas, si vos procedieseis conmigo de idéntica manera. Daré recibo á la persona que me traiga el dinero. Salud. »

Costar le dirigió esta respuesta : « Estoy lleno de contento porque puedo prestaros el pequeño servicio que me pedís; y nunca hubiera creido que fuese tan grato ayudar á un amigo con doscientos doblones. Una vez que tanto gusto me ha causado, os doy mi palabra de que siempre tendré una corta suma disponible para aquellas ocasiones en que os hallareis necesitado... Mandad, pues, decididamente cuanto quisiereis : vuestro placer en mandar no podrá

nunca ser igual al que yo tendré en obedecer; pero aunque yo sea muy sumiso, me indignaré de que querais darme recibo. »

Hé ahí el lenguaje de la verdadera amistad. Es mas notable todavía la conducta de madama de la Sablière y de Hervart para con la Fontaine.

Madama de la Sablière acogió en su casa durante veinte años al célebre fabulista, quien se cuidaba muy poco de sus negocios, y así sucedia que era ella quien los dirigia, pues no solamente era amiga suya sino una administradora que le arreglaba sus gastos y observaba hasta sus menores descuidos. Cuando la Fontaine perdió esa preciosa amiga, Hervart la reemplazó. Notable es la manera como sus servicios fueron ofrecidos y aceptados. « He sabido, dice Hervart á la Fontaine, que habeis perdido á madama de la Sablière, y en tal virtud os propongo vengais á estableceros en mi casa. — Allá iba, » le respondió. Esa frase hace el elogio de ámbos.

Suele citarse tambien la conducta de Boileau para con su amigo Patrú, abogado célebre, que, forzado por la necesidad en sus postreros dias, se vió obligado á vender su biblioteca. Boileau la compró, la pagó y exigió que su amigo gozara de ella hasta su muerte.

La amistad en las enfermedades.

En la niñez del príncipe Guillermo de Orange, Bentink fué el compañero íntimo de sus juegos y estudios. Su amistad fué acrecentándose con los años, y Bentink dió de la suya una expléndida prueba. Contaba el príncipe diez y seiz años cuando se enfermó de viruela de una especie maligna; y los médicos, guiados par la ignorancia y las prácticas de aquellos tiempos, la juzgaron mortal, si algun jóven de la misma edad del enfermo y que aun no hubiera sufrido esa cruel enfermedad, no consentia en dormir con él, pretendiendo que ese cuerpo sano, al recibir de ese modo la viruela atraeria á sí todo lo maligno de ella y sal-

varia al enfermo. Bentink pidió como un favor el que se le permitiese salvar la vida de su amigo. Adoptado el consejo de los médicos, los resultados respondieron á lo que ellos esperaban : Guillermo fué restableciéndose por grados, y con el mas vivo dolor vió en peligro á aquel amigo, que tan generosamente se habia expuesto por él. Pero no le abandonó, le sirvió él mismo, y apenas tomaba el alimento indispensable miéntras duró la enfermedad de Bentink. Estas recíprocas pruebas de abnegacion acrisolaron mas y mas el mútuo afecto de los dos jóvenes; y en adelante, cuando el príncipe llegó á ser rey de Inglaterra bajo el nombre de Guillermo III, su amistad hácia Bentink parecia adquirir nueva fuerza.

La amistad en la desgracia : Lisímaco.

El filósofo Calístenes, que habia seguido á Alejandro en sus conquistas, fué acusado de traidor ante este príncipe, quien lo condenó á ser encerrado en una jaula de hierro á la retaguardia del ejército. Lisímaco, uno de los capitanes del ejército de Alejandro, y amigo de Calístenes, no dejó de venir á verle; mas este filósofo, despues de darle las gracias por tan valerosa atencion, le suplicó que no continuase sus visitas. — « Os veré todos los dias, respondió Lisímaco : si el rey supiese que los hombres de bien os habian abandonado, no sentiria remordimiento, y os creeria verdaderamente culpable. No, tu temor de perder su favor no me hará abandonar á un amigo desgraciado. »

Desavenencia y reconciliacion : Arístipo.

Debemos tolerarnos mútuamente muchas cosas, si queremos que la amistad sea duradera. El mas virtuoso ama mas y perdona mas.

En un arrebato de cólera, el filósofo Arístipo se habia malquistado con Esquino, su amigo. « ¡Pues bien! le dijeron, ¿qué se hizo esa amistad que os unia á los dos? —

Duerme, respondió Arístipo, pero voy á despertarla. » Corre en busca de Esquino, á quien le dice : « ¿Me crees tú tan insensible que no sea capaz de reparar mis faltas? — ¡Ah! tú tomas siempre una generosa iniciativa, dijo Esquino vivamente conmovido; lo que yo debia hacer lo haces tú. » No hubo mas explicacion entre ellos, y su amistad se reanimó mas ardiente y mas tierna que nunca.

Damon y Pythias.

Eran Damon y Pythias dos jóvenes siracusanos que se profesaban mútua amistad, á que habia dado orígen una fácil conformidad de sentimientos, y cimentádola la práctica de las mas nobles virtudes. En aquella época estaba Siracusa gobernada por un tirano para quien toda virtud era odiosa, y quien por un frívolo pretexto condenó á Damon al último suplicio.

Damon pidió permiso al tirano para ir á abrazar por la última vez á su madre y á su hermana que habitaban una ciudad poco distante, prometiendo que dentro de cuatro dias estaria de regreso en Siracusa á sufrir su condena.

Tal peticion pareció extraordinaria al tirano, que sonrió de lástima, y le dijo : « ¿Me crees tú tan cándido que haya de fiarme de tu palabra? ¿Quién me responde de que volverás si te dejo partir? »

— Yo, dijo Pythias, que habia acompañado á su amigo ante el tirano. Si no ha vuelto el dia y la hora señalados, yo prometo morir en su lugar.

El tirano aceptó gozoso este ofrecimiento, pues en todo caso estaba seguro de una víctima : los dos amigos le eran igualmente odiosos. Juzgando el corazon ajeno por el suyo propio, estaba cierto de que Damon, una vez libre de su poder, no volveria, y que así, de esos dos jóvenes tan célebres por su virtud, pereceria el uno, y el otro quedaria deshonrado.

Llega el cuarto dia; se acerca la hora fatal; todos los habitantes de Siracusa, reunidos en la plaza donde se habia

levantado el cadalso, aguardaban ansiosos el acontecimiento. Damon no aparece; Pythias, desde su prision, hacía votos para que algun obstáculo se opusiese á la vuelta de su amigo; al fin llega la hora; van á buscarle; y miéntras el pueblo se estremece de dolor y el tirano se entrega á un cruel alborozo, Pythias sube al cadalso.

De repente, en medio del funeral silencio, óyese un grito: « ¡Héle aquí¡ ¡Es Damon! » Y el pueblo entero lo repite. Despavorido, jadeante, Damon, á quien un rio crecido le habia impedido llegar mas pronto, se precipita hácia el sitio, sube al cadalso y estrecha en sus brazos á su amigo, derramando un raudal de lágrimas.

Empéñase entónces entre los dos jóvenes un combate de generosidad que hubiera arrancado lágrimas aun á los corazones mas encallecidos: « Ha pasado la hora, decia Pythias; á mí me toca morir. — Yo soy el condenado, responde Damon; á tí te toca vivir. »

La ferocidad del tirano no pudo resistir á tal espectáculo ni á la admiracion y enternecimiento que por todas partes se dejaron sentir: perdonólos á ámbos, y el pueblo los condujo en triunfo á sus hogares colmando los aires con gritos de gozo.

Antonio y Rogerio.

Hallábanse presos en Tunez dos marineros, uno frances y otro español, cuando esa ciudad era todavía una guarida de piratas: el primero se llamaba Antonio, y el otro Rogerio, y quiso la casualidad que se hallasen empleados en unos mismos trabajos. La amistad es el consuelo de los desgraciados: Antonio y Rogerio seboreaban todas sus dulzuras, y desde aquel momento les pareció ménos pesada la cadena que arrastraban.

Estaban trabajando en la construccion de un camino que atravesaba una montaña. Cierto dia se paró el español y tendió la vista al mar diciéndole á Rogerio con un profundo suspiro: « Todos mis votos se dirigen al extremo

de esta vasta extension de aguas: ¡que no pueda yo salvarla contigo! A todas horas me parece estar viendo á mi mujer y á mis hijos, que me llaman y lloran mi muerte. » Antonio estaba absorto en ese pensamiento abrumador, y cada vez que volvia á la montaña recorria con la vista el inmenso espacio que lo separaba de su patria.

Un dia abrazó con entusiasmo á su camarada: « Columbro un bajel, amigo mio; ven, ¿no lo distingues lo mismo que yo? Si tú quieres, seremos libres dentro de algunas horas. Sí, dentro de algunas horas, la embarcacion pasará á algunas leguas de la costa, y entónces desde lo alto de estos peñascos nos precipitaremos al mar y alcanzaremos el navío ó pereceremos. Es preferible la muerte á nuestra cruel esclavitud. — Si tú puedes salvarte, yo sobrellevaré con mas resignacion mi desgraciada suerte; tú irás á buscar á mi padre y le dirás.... — ¿Que vaya yo á buscar á tú padre, Rogerio? ¡Ah! yo no podria vivir un solo instante si te dejase encadenado.... — Pero, Antonio, yo no se nadar y tú sí. — Yo soy tu amigo, repuso el español; mi vida es la tuya; nos salvaremos ámbos; vamos, la amistad me dará fuerzas, tú te agarrarás de este cinturon. — Es inútil pensar en ello, Antonio, me desprenderé del cinturon ó bien te arrastraré conmigo, y seré la causa de tu pérdida. — No temas nada.... Mas alguien nos espía, callemos. »

Vuelven á sus trabajos. Horas despues se encuentran por un momento fuera de la vigilancia de sus capataces, y ya se descubre distintamente el navío. « Ven, la ocasion es calva, » dice Antonio arrastrando á Rogerio por una roca escarpada. Rogerio insistia en su negativa repitiéndole: « Causaré tu pérdida. — Por última vez, dice Antonio, déjate conducir, ó yo mismo renuncio á la idea de salvarme. »

Consiente al fin el jóven frances, se agarra del cinturon de su amigo y juntos se lanzaron al mar.

Antonio hace esfuerzos increibles y se siente animado de una fuerza sobrehumana. La tripulacion del navío contem-

plaba con curiosidad y sorpresa el objeto casi imperceptible que se movia sobre las olas; echa al mar una lancha, que se dirige hácia ese punto y toma á Antonio, cuyas fuerzas estaban casi agotadas, y al amigo á quien habia salvado por su generosa heroicidad.

El literato y el médico.

Una amistad generosa y tierna unia á un literato y un médico. Enfermó éste, y al punto su amigo ocurrió á su lado. « ¡Oh amigo mio! le dice el médico, conozco que mi enfermedad es contagiosa: no dejeis entrar á nadie en mi cuarto; solamente vos debeis acercaros á mí. »

¡Almas sublimes! ¡Ambas igualmente admirables!... No se sabe cuál de los dos llevaba mas léjos el heroismo de la amistad, si el que podia usar de aquel lenguaje ó el que se habia hecho digno de oirlo.

1910

INDICE.

PRIMERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.

		Páginas.
I.	Prácticas de las virtudes cristianas	1
II.	Culto interno y externo.	20
III.	Muerte cristiana.	27

SEGUNDA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO.

I.	Perfeccion moral.	39
II.	Modestia.	72
III.	Moderacion en los deseos. — Desinteres	82
IV.	Sencillez, sobriedad	105
V.	Paciencia	113
VI.	Firmeza contra los males.	125
VII.	Valor	131
VIII.	Perseverancia.	140
IX.	Actividad, trabajo, empleo del tiempo.	150
X.	Prudencia, habilidad.	159
XI.	Discrecion, silencio.	172
XII.	Orden, economía, prevision.	176

TERCERA PARTE.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON SUS SEMEJANTES.

I.	Justicia..	183
II.	Probidad.	194

Páginas.

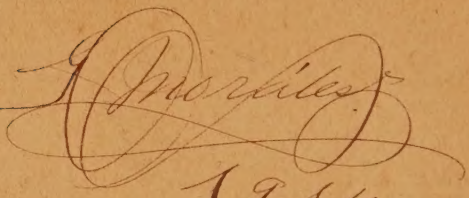
III. Fidelidad 211
IV. Sinceridad. 217
V. Gratitud. 222
VI. Bondad, indulgencia. 240
VII. Caridad, beneficencia 252
VIII. Humanidad, abnegacion. 280
IX. Generosidad. 314
X. Deberes para con la patria 321
XI. Deberes de familia. 355
XII. Deberes de posicion y de profesion. 403
XIII. Deberes de sociedad. 470

FIN DEL INDICE.

Coulommiers. — Imp. Paul BRODARD. — 83-1902.

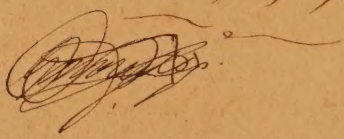
Propiedad de Gildardo Morales
México 15 de Mayo de 1911.

—o—



1914.

—o—



Luxp. Mexico

EN LA MISMA LIBRERÍA

Barrau : *Libro de moral práctica*. 1 t. en 12, con grabados.
Bos : *Geometría elemental*. 1 t. en 16, con grabados.
Briot y Vacquant : *Elementos de Geometría aplicada*. 1 t. en 12.
Bustamante (Corona) : *Diccionario Francés-Español*. 1 t. en 8.
— *Diccionario Español-Francés*. 1 t. en 8.
Cortambert : *Pequeño atlas de geografía moderna*, compuesto de 20 mapas impresos en colores. 1 t. en 4 mayor.
— *Curso completo de geografía*, edición enteramente refundida. 1 t. en 12, con 159 grabados.
Ducoudray (G.) : *Historia universal contemporánea*, desde 1789 hasta nuestros días. 1 t. en 12, con grabados y 8 mapas.
— *Compendio de historia general*. 1 t. en 12, con 57 grabados y 25 mapas.
Duruy (V.). Ministro que fué de la Instrucción pública en Francia : *Curso de Historia*. 1.° 2 tom. en 12, pasta de tela. — á saber : *Historia griega*, con 18 grab. y 4 mapas. — *Historia de la Edad media*, con 56 grab. y 1 mapa.
2.° *Compendios*. 7 tomos en 12, — con mapas y grabados, encartonados, como sigue : *Historia Sagrada*. — *Historia antigua*. — *Historia griega*. — *Historia romana*. — *Historia de la Edad media*. — *Historia de los tiempos modernos*. — *Historia general*.
Hachette : *Mi primer Alfabeto*. — *Lectura y Escritura*, arreglado al castellano por D. Ezequiel Solana, Director de *El Magisterio Español*, de Madrid, y el Dr D. Rufino Blanco y Sánchez, Profesor de lectura en la *Escuela normal central de Maestros* de España. Album en 4°, ilustrado con 302 grabados, encartonado, cubierta cromotipografía.
— *Mi Historia Sagrada*. Album en 4°, ilustrado con 106 grab., encart. cubierta cromotipografía.
— *Mi historia natural*. Album en 4°, ilustrado con 280 grab., encart., cubierta cromotipografía.
— *Mi aritmética*. Album en 4°, ilustrado con 580 grab., encart., cubierto cromotipografía.
— *Primer libro de lectura corriente para los niños*. 1 t. in-16 grande, con 41 grab. en negro, 82 en cromo y 3 mapas.
— *Biblioteca de las Escuelas y Familias*. Albumes de 16 pág. : 1ª serie, 8 t. de 25×16 centim. con grab., y dos lám. en cromotipografía ; 2ª serie, 8 t. de 22 1/2×14 centim., con grab.
Jost y Humbert : *Lecturas prácticas*, arregladas para uso de las escuelas americanas por el Doctor F. A. Berra. 1 t. en 8 menor, con numerosos grabados en negro y en cromotipografía.
Lemonnier y Schrader : *Elementos de geografía*. 1 t. en 4°, con 18 mapas y numerosos grabados.
Mándevil : *Libros de lectura*. 3 tomos en 12, con *láminas nuevas*, cub. cromo.
— *Libro primero*. — *Libro segundo*. — *Libro tercero*.
Mantilla : *Libros de lectura*. 3 t. en 12, con *láminas nuevas*, cubierta cromo.
— *Libro primero*. — *Libro segundo*. — *Libro tercero*. — El primero tiene además 4 grab. en cromo, y el tercero un vocabulario español-francés-inglés.
Ritt: *Nueva aritmética* para uso de las escuelas americanas. 1 t. en 12, encartonado.
— *La misma*, primera parte sola, 1 tomo en 12, encartonado.
Saffray (el doctor) : *Recreaciones instructivas*. 1 t. en 12, con 334 grabados.
Smith : *Primer libro de Geografía*, novísima edición, revisada por J. Navarro y Pérez, catedrático de geografía. 1 t. en 4 menor con 20 mapas nuevos, 81 grabados y 6 láminas en cromotipografía.
Sonnet : *Primeros elementos de geometría*. 1 t. en 12, con grabados.

Coulommiers. — Imprenta de P. BRODARD. — 81-1902.